





BRIAN HERBERT / KEVIN J. ANDERSON

DUNE
LA CRUZADA
DE LAS
MÁQUINAS
SERIE LEYENDAS 2



Índice

Agradecimientos	7
Prólogo	8
177 A.C. (Antes de la Cofradía)	10
Capítulo 1	11
Capítulo 2	17
Capítulo 3	23
Capítulo 4	30
Capítulo 5	37
Capítulo 6	43
Capítulo 7	52
Capítulo 8	60
Capítulo 9	66
Capítulo 10	73
Capítulo 11	77
Capítulo 12	83
Capítulo 13	88
Capítulo 14	95
Capítulo 15	101
Capítulo 16	108
Capítulo 17	115
Capítulo 18	119
Capítulo 19	125
Capítulo 20	131
Capítulo 21	138
176 A.C.	142
Capítulo 22	143
Capítulo 23	155
Capítulo 24	159
Capítulo 25	165
Capítulo 26	172
Capítulo 27	176
Capítulo 28	182
Capítulo 29	187
Capítulo 30	195
Capítulo 31	201
Capítulo 32	205
Capítulo 33	211
175 A.C.	218
Capítulo 34	219
Capítulo 35	225
Capítulo 36	229



Capítulo 37.....	232
Capítulo 38.....	236
Capítulo 39.....	240
Capítulo 40.....	248
Capítulo 41.....	256
Capítulo 42.....	264
Capítulo 43.....	270
Capítulo 44.....	274
Capítulo 45.....	283
Capítulo 46.....	287
174 A.C.	294
Capítulo 47.....	295
Capítulo 48.....	300
Capítulo 49.....	305
Capítulo 50.....	309
Capítulo 51.....	316
Capítulo 52.....	325
Capítulo 53.....	331
Capítulo 54.....	339
Capítulo 55.....	345
Capítulo 56.....	351
Capítulo 57.....	357
Capítulo 58.....	363
Capítulo 59.....	371
Capítulo 60.....	377
Capítulo 61.....	385
Capítulo 62.....	389
Capítulo 63.....	394
Capítulo 64.....	399
Capítulo 65.....	406
Capítulo 66.....	409
Capítulo 67.....	413
Capítulo 68.....	418
Capítulo 69.....	423
Capítulo 70.....	430
Capítulo 71.....	437
Capítulo 72.....	441
Capítulo 73.....	446
Capítulo 74.....	453
Capítulo 75.....	457
173 A.C.	464
Capítulo 76.....	465
Capítulo 77.....	468
Capítulo 78.....	474
Capítulo 79.....	478
Capítulo 80.....	483



Capítulo 81.....	488
Capítulo 82.....	493
Capítulo 83.....	496
166 A.C.	501
Capítulo 84.....	502
Capítulo 85.....	506
Capítulo 86.....	509
Capítulo 87.....	512
Capítulo 88.....	517
Capítulo 89.....	522
165 A.C.	526
Capítulo 90.....	527
Capítulo 91.....	532
Capítulo 92.....	536
Capítulo 93.....	543
164 A.C.	549
Capítulo 94.....	550
Capítulo 95.....	557
Capítulo 96.....	561
Capítulo 97.....	567
Capítulo 98.....	573
Capítulo 99.....	578
Capítulo 100.....	583
Capítulo 101.....	589
Capítulo 102.....	594
Capítulo 103.....	603
Capítulo 104.....	611
Capítulo 105.....	614
Capítulo 106.....	618
Capítulo 107.....	622
Capítulo 108.....	625
Capítulo 109.....	629
Capítulo 110.....	633
Capítulo 111.....	636
Capítulo 112.....	642
Capítulo 113.....	648
Capítulo 114.....	652
Capítulo 115.....	658
Capítulo 116.....	661
Capítulo 117.....	666
Apéndice	669



Para Penny y Ron Merritt,
compañeros de viaje
en el universo de Dune,
con amor y aprecio
por ayudarnos a preservar
el legado de Frank Herbert.



Agradecimientos

Cuando terminamos de redactar el manuscrito del libro, el trabajo no había hecho más que empezar. Pat LoBrutto y Carolyn Caughey demostraron su buen hacer editorial, guiándonos a través de numerosas versiones y ajustes de los que surgió la versión definitiva. Nuestros agentes, Robert Gottlieb y Matt Bialer de Trident Media Group, han demostrado su apoyo y entusiasmo por el proyecto desde el principio. Tom Doherty, Linda Quinton, Jennifer Marcus, Heather Drucker y Paul Stevens, de Tor Books, y Julie Crisp de Hodder & Stoughton, nos ayudaron en todo lo relacionado con la producción y la promoción sin dejar que su entusiasmo desfalleciera ni por un momento.

Como siempre, Catherine Sidor, de WordFire, Inc. Ha trabajado incansablemente para transcribir docenas de microcasetes, introducir correcciones y mantener la coherencia a pesar del ritmo acelerado de trabajo. Diane E. Jones hizo de lectora y conejillo de indias, nos ofreció sus reacciones espontáneas y propuso escenas adicionales que han permitido dar mayor fuerza al libro.

Rebecca Moesta Anderson dedicó incontables horas de esfuerzo, concentración, consejos y crítica (atemperada siempre con amor), sin dejar en ningún momento que la palabra «muy bien» saliera de sus labios. Jan Herbert, como siempre, nos mostró su apoyo, paciencia y comprensión a la vista de las necesidades impredecibles de un escritor.

Javier Barriopedro y Christian Gossett nos inspiraron con la habilidad propia de un maestro de armas. El doctor Attila Torkos dio un último repaso al manuscrito y nos ayudó a evitar incoherencias.

The Herbert Limited Partnership, incluidos Penny y Ron Merritt, David Merritt, Byron Merritt, Julie Herbert, Robert Merritt, Kimberly Herbert, Margaux Herbert y Theresa Shackelford, nos ofrecieron su apoyo entusiasta y nos confiaron el universo de Frank Herbert.

Sin las casi cuatro décadas de apoyo y dedicación de Beverly Herbert, Frank Herbert no habría podido crear un universo tan amplio y fascinante. Tenemos una enorme deuda para con ambos.



Prólogo

Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre los mensajes fragmentarios que nos llegan del pasado.

Cuanto más se adentra uno en la historia —¡oh, qué tiempos lejanos y caóticos!—, con mayor fluidez se suceden los hechos y más contradictorias se vuelven las crónicas. A través del océano del tiempo y la memoria imperfecta, héroes reales se convierten en prototipos; las batallas adquieren mayor relevancia de la que en realidad tuvieron. Es difícil conciliar leyenda y realidad.

Como primer historiador oficial de la Yihad, debo dejar constancia de los hechos lo mejor que pueda, basándome en la tradición oral y los documentos fragmentarios que se han conservado durante cien siglos. ¿Qué es más exacto, una historia bien documentada como la mía o un cúmulo de mitos y cuentos populares?

Yo, Naam el Anciano, debo escribir honestamente, incluso si eso despierta la ira de mis superiores. Lea esta historia con detenimiento, una historia que inicio con un documento confiscado por la Yipol, el *Manifiesto de Protesta* de Rendik Tolú-Far.

¡Estamos cansados de luchar... cansados hasta la muerte! Billones y más billones han sido masacrados en esta cruzada contra las máquinas pensantes. Entre las víctimas no solo se cuentan soldados uniformados de la Yihad y los mercenarios a quienes pagan, también hay colonos inocentes, y esclavos humanos de los Planetas Sincronizados. Nadie se molesta en contar el número de máquinas enemigas destruidas.

Muchos planetas llevan más de mil años bajo el dominio de Omnius, la supermente informática, pero fue hace veinticuatro años cuando el asesinato del hijo inocente de la sacerdotisa Serena Butler desencadenó una revuelta generalizada de los hombres. La mujer utilizó esta tragedia para despertar el fervor en la Liga de Nobles, lo que provocó el ataque a gran escala de la Armada y la destrucción atómica de la Tierra.

Sí, esto fue un duro golpe para Omnius, pero eliminó hasta el último ser humano del planeta y convirtió la cuna de la humanidad en una ruina radiactiva, un lugar inhabitable por los siglos de los siglos. ¡Un precio nefasto!... y no fue una victoria, no significó el fin, tan solo fue el inicio de esta larga lucha.



Durante más de dos décadas, la guerra santa de Serena ha tratado de combatir a las máquinas pensantes. A nuestros ataques contra los Planetas Sincronizados las máquinas responden con incursiones robóticas contra las colonias de la Liga. Una y otra vez.

La sacerdotisa Serena parece una mujer devota, y me gustaría creer en su pureza y santidad. Ha dedicado años al estudio de los escritos disponibles y las doctrinas de los antiguos filósofos. Nadie ha pasado tanto tiempo como ella hablando con Kwyna, la pensadora que reside en la Ciudad de la Introspección. La entrega de Serena es evidente, y sus creencias son irreprochables, pero ¿es consciente de las cosas que se hacen en su nombre?

Serena Butler no es más que una figura simbólica. Quien realmente tiene el poder es Iblis Ginjo. El hombre se califica a sí mismo de «Gran Patriarca de la Yihad» y dirige el Consejo de la Yihad, un cuerpo de emergencia que gobierna fuera de las fronteras del Parlamento de la Liga. ¡Y nosotros lo permitimos!

He visto al Gran Patriarca —un antiguo capataz de esclavos de la Tierra— utilizar su carisma y sus dotes de orador para transformar la tragedia de Serena en un arma. ¿Es que nadie se da cuenta de que está creando su propio poder político? ¿Por qué si no iba a casarse con Camie Boro, cuya ascendencia se remonta al último y débil gobernante del Imperio Antiguo, mil años atrás? ¡Nadie se casa con la única descendiente viva del último emperador solo por amor!

Para localizar a traidores humanos y saboteadores clandestinos, Iblis Ginjo ha creado la policía de la Yihad, la Yipol. Pensad en los miles de personas que han sido arrestadas en años recientes... ¿es posible que todos fueran traidores al servicio de las máquinas, como defiende la Yipol? ¿No resulta muy conveniente que haya entre ellos tantos enemigos políticos del Gran Patriarca?

No critico a los mandos militares, a los bravos soldados, ni siquiera a los mercenarios, porque todos ellos luchan en la Yihad como mejor pueden. Son hombres procedentes de todos los planetas libres decididos a destruir las avanzadas de las máquinas y frenar sus incursiones. Pero ¿qué esperanza tenemos de lograr jamás la victoria? Las máquinas siempre pueden construir más y más combatientes... siempre regresan.

Estamos agotados por esta guerra sin fin. ¿Qué esperanza tenemos de conseguir la paz? ¿Qué posibilidad hay de llegar a un acuerdo con Omnius? Las máquinas pensantes nunca se cansan.

Nunca olvidan.



177 A.C. (Antes de la Cofradía)

Año 25 de la Yihad



Capítulo 1

El punto débil de las máquinas pensantes es que creen toda la información que reciben y actúan en consecuencia.

Vorian Atreides, cuarta entrevista con la Armada de la Liga

Al frente de un grupo de cinco ballestas en órbita sobre el planeta surcado de cañones, el primero Vorian Atreides estudió las fuerzas enemigas alineadas contra él; lisas y plateadas, como un pez predador. Involuntariamente, su diseño eficaz y funcional les daba la elegancia de afilados cuchillos.

Los monstruos de combate de Omnius superaban en número a las naves humanas en una proporción de diez a uno, pero las naves de combate de la Yihad estaban equipadas con capas superpuestas de escudos Holtzman, así que, por mucho que les bombardearan, no podían hacerles daño y, en consecuencia, tampoco podrían avanzar hacia la superficie de Anbus IV.

Aunque no tenían el armamento necesario para derrotar al contingente robótico, ni tan siquiera para repelerlo, los yihadíes seguían luchando. Era un pulso; hombres y máquinas cara a cara en la órbita del planeta.

Omnius y sus fuerzas se habían asegurado muchas victorias en los últimos siete años; habían conquistado pequeñas colonias aisladas y establecido avanzadillas desde las que lanzaban continuos ataques. Pero el ejército de la Yihad había prometido defender aquel Planeta No Aliado de las máquinas pensantes a toda costa, tanto si sus habitantes lo querían como si no.

Abajo, en la superficie, su compañero, el primero Xavier Harkonnen, estaba intentando una nueva misión diplomática con los ancianos zenshiés, los líderes de una primitiva secta budislámica. Vor dudaba que su amigo llegara a hacer ningún progreso. Xavier era demasiado inflexible para ser un buen negociador; siempre le movía su sentido del deber y su estricto apego a los objetivos de la misión.

Además, Xavier estaba predispuesto contra aquella gente y evidentemente ellos lo notaban.

Las máquinas pensantes querían Anbus IV. El ejército de la Yihad tenía que detenerlos. Los zenshiés no les servirían si se aislaban del conflicto galáctico y no cooperaban con los bravos soldados que luchaban para que la raza humana siguiera



siendo libre. En una ocasión, Vor comparó jocosamente a Xavier con una máquina, porque para él todo era o blanco o negro; él lo miró con expresión glacial.

De acuerdo con los informes que llegaban desde la superficie, los líderes religiosos zenshiies se mostraban tan obstinados como el primero Harkonnen. Ambos bandos se habían parapetado en sus posiciones.

Vor no cuestionaba el estilo de su amigo, aunque era muy distinto del suyo. Él, que se había criado entre máquinas y había sido entrenado como humano de confianza, abrazaba la «humanidad» en todas sus facetas, y estaba entusiasmado con su libertad recién descubierta. Se sentía liberado cuando practicaba algún deporte, cuando apostaba, cuando alternaba y bromeaba con los otros oficiales. Era todo tan distinto de lo que Agamenón le había enseñado...

Allá fuera, en órbita, Vor sabía que las naves de combate robóticas jamás se retirarían, a menos que los convencieran estadísticamente de que no podían ganar. En las últimas semanas, Vor había estado trabajando en un complejo plan que haría que la flota de Omnius se desmoronara, pero todavía no estaba preparado para llevarlo a la práctica. Todavía no...

Aquel punto muerto orbital no se parecía en nada a los juegos que a Vor le gustaba practicar con sus hombres cuando estaban de patrulla o a los divertidos desafíos que él y el robot Seurat se planteaban hacía años, durante sus largos viajes estelares. Aquel tedioso impasse no dejaba lugar a la diversión.

Vor había estado estudiando patrones de comportamiento.

Pronto, la flota robótica se lanzaría contra ellos como pirañas en una órbita retrógrada. El, orgullosamente ataviado con su uniforme verde oscuro salpicado de púrpura —los colores de la Yihad simbolizaban la vida y la sangre derramada— daría órdenes para que las naves de su flota centinela activaran los escudos Holtzman y estuvieran atentas a un posible sobrecalentamiento.

Las naves robóticas —cubiertas de armas— eran penosamente predecibles, y los hombres de Vor hacían apuestas para ver cuántas veces dispararían.

Vor observó cómo sus fuerzas se desplazaban para colocarse en posición, como él les había indicado. El hermano adoptivo de Xavier, Vergyl Tantor, capitaneaba la ballesta de vanguardia y se colocó en posición. Vergyl había servido en el ejército de la Yihad durante los últimos diecisiete años, siempre bajo la atenta mirada de Xavier.

Allí nada había cambiado desde hacía más de una semana, y los hombres empezaban a impacientarse. Pasaban ante el enemigo una y otra vez, pero poco podían hacer aparte de hinchar el pecho y desplegar su plumaje de combate como aves exóticas.

—Vaya, a estas alturas las máquinas ya tendrían que haber aprendido —masculló Vergyl por el comunicador—. ¿Todavía esperan que cometamos algún error?



—Solo nos están probando, Vergyl. —Vor evitaba la formalidad de los rangos y la cadena de mando porque le recordaban demasiado la rigidez de las máquinas.

Horas antes, cuando los caminos de las dos flotas se cruzaron brevemente, las naves robóticas habían lanzado una andanada de proyectiles que toparon contra los inexpugnables escudos Holtzman. Vor ni siquiera había pestañeado mientras observaba aquellas explosiones inútiles. Durante unos momentos, las naves enfrentadas se confundieron en un revoltijo caótico y luego pasaron de largo.

—De acuerdo, dame el total —dijo cuando todo acabó.

—Veintiocho impactos, primero —informó uno de los oficiales del puente.

Vor asintió. Siempre había entre veinte y treinta proyectiles, aunque él había calculado unos veintidós. El y los oficiales de las otras naves se felicitaron y se lamentaron en tono amistoso si habían perdido por uno o dos disparos; luego se pusieron de acuerdo para recoger las ganancias de la apuesta. Las horas de guardia pasarían de los ganadores a los perdedores, y generosas raciones circularían de un lado a otro entre las naves.

La misma operación se había repetido ya casi treinta veces. Pero en aquella ocasión, mientras las dos partes enfrentadas se acercaban, Vor tenía un as en la manga.

La flota de la Yihad permaneció en perfecta formación, con una disciplina digna de las máquinas.

—Allá vamos. —Vor se volvió hacia los hombres del puente—. Preparados para el encuentro. Escudos a máxima potencia. Ya sabéis qué hay que hacer. Lo hemos ensayado muchas veces.

Una intensa vibración se extendió por la cubierta, debida a las capas de fuerza protectora alimentada por grandes generadores acoplados a los motores. Cada comandante se encargaría de controlar cuidadosamente que no se produjera un sobrecalentamiento en los escudos, porque provocaría un fallo generalizado del sistema. Pero, de momento, las máquinas no sospechaban nada.

Vor vio cómo la ballesta de vanguardia se desplazaba por la ruta orbital.

—Vergyl, ¿estás preparado?

—Hace días que lo estoy, señor. ¡Vamos allá!

Vor consultó con sus especialistas en destrucción y táctica, dirigidos por uno de los mercenarios de Ginaz, Zon Noret.

—Señor Noret, imagino que ya habrás desplegado todas tus... ratoneras.

La señal fue la respuesta.



—Todos en posición, primero. He enviado las coordenadas exactas a cada una de las naves para que podamos evitarlas. La pregunta es: ¿se darán cuenta las máquinas?

—¡Yo las distraeré, Vor! —dijo Vergyl.

Las naves enemigas se acercaban al punto de encuentro. Aunque las máquinas pensantes no tenían sentido de la estética, con sus cálculos y sus eficientes diseños de ingeniería resultaban unas naves de curvas precisas y cascos impecablemente lisos.

Vor sonrió.

—¡Adelante!

Mientras el grupo de Omnius avanzaba como un banco de peces imperturbables y amenazadores, de pronto la ballesta de Vergyl salió disparada a gran velocidad, lanzando misiles gracias a un nuevo sistema que permitía activar y desactivar los escudos de la proa en una secuencia de milisegundos, coordinada con gran precisión para que los proyectiles cinéticos salieran sin obstáculos.

Cohetes de alta intensidad impactaron contra la nave enemiga más próxima y Vergyl se desvió; cambió el rumbo y arremetió contra el grueso de las naves robóticas como un toro salusano en estampida.

Vor dio la orden de dispersarse y el resto de naves rompieron la formación y se dispersaron. Para quitarse de en medio.

Las máquinas, en un intento por responder a aquella situación inesperada, poco pudieron hacer aparte de abrir fuego contra las naves de la Yihad protegidas por los escudos.

Vergyl volvió a arremeter con su ballesta de vanguardia. Tenía orden de vaciar las baterías de su nave en un ataque suicida. Uno tras otro, los misiles detonaron contra las naves robóticas; provocaron daños significativos, pero sin llegar a destruirlas. Por los comunicadores no dejaban de oírse vítores.

Pero la táctica de Vergyl no era más que una maniobra de distracción. El grueso de las fuerzas de Omnius seguía la ruta fijada... directos hacia al campo de minas espacial que el mercenario Zon Noret y sus hombres habían puesto en órbita.

Las gigantes minas de proximidad estaban revestidas por unas películas que las hacían prácticamente invisibles a los sensores. Unas naves de reconocimiento y unos escáneres muy precisos habrían permitido detectarlas, pero el ataque furioso e inesperado de Vergyl había desviado la atención de las máquinas hacia otro lado.

Las dos naves de vanguardia estallaron al chocar contra una hilera de potentes minas. Las detonaciones abrieron boquetes en las proas, los cascos y las cámaras inferiores de los motores. Las naves afectadas perdieron el rumbo envueltas en llamas; una de ellas chocó contra otra mina.



Sin acabar de entender todavía qué pasaba, otras tres naves colisionaron contra minas espaciales invisibles. Entonces el grupo de combate robótico se reorganizó. Haciendo caso omiso de los ataques de Vergyl, las naves restantes se dispersaron y desplegaron sensores para detectar la posición de las minas, que retiraron con disparos precisos.

—Vergyl... sal de ahí—transmitió Vor—. Las demás ballestas, reagrupaos. Ya nos hemos divertido un poco—. Se recostó en su asiento de mando con un suspiro de satisfacción—. Que cuatro kindjal de reconocimiento salgan a comprobar la magnitud de los daños que hemos causado.

Abrió una línea de comunicación privada, y la imagen del mercenario de Ginaz apareció en pantalla.

—Noret, tú y tus hombres recibiréis una medalla por esto. —Cuando no llevaban ropa de camuflaje para colocar minas o realizar otras operaciones clandestinas, los mercenarios vestían uniformes diseñados por ellos mismos, de color oro y carmesí. El oro simbolizaba las sustanciosas sumas de dinero que recibían; el carmesí, la sangre que derramaban.

A sus espaldas, el dañado grupo de Omnius seguía con su patrulla orbital, impertérrita, como tiburones buscando comida. Numerosos robots habían salido de las naves y se arrastraban como piojos por la parte exterior de los cascos efectuando reparaciones.

—No parece que les hayamos hecho mucho daño —dijo Vergyl cuando su ballesta se reunió con el grupo de la Yihad. Parecía decepcionado; luego añadió—: Pero no nos quitarán Anbus IV.

—¡Desde luego que no! En los últimos años hemos dejado que se quedaran demasiadas cosas. Ya va siendo hora de que le demos la vuelta a esta guerra.

Vor no acababa de entender por qué en aquella ocasión las fuerzas robóticas esperaban tanto para provocar una escalada en el conflicto. No era lo habitual. Como hijo del titán Agamenón, él —más que ningún otro humano en la Yihad— sabía muy bien cómo funciona la mente de los ordenadores. Cuanto más lo pensaba, más inquieto se sentía.

«¿Soy yo quien se ha vuelto demasiado predecible? ¿Y si los robots solo quieren hacerme creer que no van a cambiar de táctica?»

Con el ceño fruncido, abrió la línea de comunicación con la ballesta de vanguardia.

—¿Vergyl? Tengo un mal presentimiento. Envía unas naves de reconocimiento para que comprueben la superficie del planeta y levanten un mapa. Creo que las máquinas están tramando algo.

Vergyl no cuestionó la intuición de Vor.



—Estaremos atentos, primero. Si han movido aunque sea una roca, lo descubriremos.

—Sospecho que será mucho más que eso. Están tratando de hacer trampa a su manera.

—Vor echó un vistazo al cronómetro, consciente de que hasta dentro de unas horas no tendría que preocuparse del siguiente encuentro orbital. Se sentía inquieto—. Entretanto, Vergyl, estás al mando. Yo bajaré a la superficie para ver si tu hermano ha conseguido hacer entrar en razón a nuestros amigos zenshiés.



Capítulo 2

Para comprender el sentido de la victoria, primero debes definir quiénes son tus enemigos... y tus aliados.

Primero Xavier Harkonnen, lecciones de estrategia

Desde el éxodo de las sectas budislámicas de la Liga de Nobles siglos atrás, Anbus IV se había convertido en el centro de la civilización zenshií. Darits, su ciudad principal, era el centro religioso de aquella secta aislada e independiente, normalmente menospreciada por los extranjeros, que consideraban poco valiosos los escasos recursos del planeta y a aquellos fanáticos religiosos.

Las masas de tierra de Anbus IV estaban surcadas por mares inmensos y poco profundos, algunos de ellos de agua dulce, otros muy salados. Las mareas provocadas por las lunas cercanas hacían que los mares se desplazaran sobre el paisaje, arrastrando a su paso las capas superiores de tierra entre los abruptos cañones, erosionando la arenisca y creando con ella cavernas y anfiteatros. Los zenshiíes habían construido sus ciudades al amparo de los profundos salientes de roca.

Los ríos se desplazaban de un mar poco profundo a otro, impulsados por las mareas. Los habitantes de aquel lugar habían desarrollado de forma excepcional las matemáticas, la astronomía y la ingeniería para predecir las subidas y bajadas de estas mareas. Los mineros del cieno conseguían una gran riqueza mineral cribando las aguas fangosas que discurrían entre los cañones. La parte baja de los ríos proporcionaba grandes extensiones de tierra fértil; solo había que saber plantar y cosechar en el momento adecuado.

En Darits, los zenshiíes habían construido una enorme presa en una garganta situada entre cañones de roca roja; un gesto desafiante para demostrar que su fe e ingenuidad bastaban para contener el poderoso curso del río. Detrás de la presa se había formado un enorme pantano de aguas azules. Allí, los pescadores zenshiíes utilizaban delicados esquifes y grandes redes para complementar con la pesca el grano y las verduras que se cultivaban en la llanura aluvial.

La presa de Darits no era una simple pared, estaba adornada con dos inmensas estatuas de piedra, talladas por artesanos diestros y leales. Aquellos monolitos gemelos, de cientos de metros de altura, representaban las formas idealizadas de



Buda y Mahoma, con las facciones desdibujadas por el tiempo y un concepto idealista del respeto.

Los fieles habían instalado voluminosas turbinas hidroeléctricas, a las que impulsaba la fuerza de la corriente. Junto con las numerosas placas solares que cubrían las mesetas, la presa de Darits generaba energía suficiente para abastecer a todas las ciudades de Anbus IV, que no eran grandes según los estándares de otros mundos. En todo el planeta tan solo había setenta y nueve millones de habitantes. Y a pesar de ello, la infraestructura tecnológica que permitía conectar los diferentes asentamientos a las líneas de comunicación y la red energética hacía de aquel el más evolucionado de los refugios budislámicos.

Ese era justamente el motivo por el que las máquinas pensantes lo querían. Con un esfuerzo mínimo, Omnius podía convertir Anbus IV en una avanzadilla y desde allí prepararse para lanzar ataques a mucha mayor escala contra los mundos de la Liga.

La Yihad de Serena Butler llevaba más de dos décadas en pleno apogeo. En los veintitrés años que habían pasado desde la destrucción atómica de la Tierra, las mareas de la batalla habían pasado muchas veces de la victoria a la derrota para ambos bandos.

Pero, hacía siete años, las máquinas pensantes habían puesto sus miras en los Planetas No Aliados, más fáciles de conquistar que los mundos de la Liga, tan bien defendidos y densamente poblados. En los vulnerables Planetas No Aliados, los comerciantes dispersos, los mineros, los granjeros y los refugiados budislámicos rara vez eran capaces de reunir las fuerzas suficientes para oponerse a Omnius. En los primeros tres años, cinco de dichos planetas fueron doblegados por las máquinas.

En Salusa Secundus, el Consejo de la Yihad no supo entender por qué Omnius se molestaba en conquistar lugares tan insignificantes... hasta que Vorian vio que seguían un patrón: dirigidas por los cálculos y proyecciones de la supermente electrónica, las máquinas pensantes estaban rodeando los mundos de la Liga como una red, acercándose más y más, preparando el golpe de gracia que darían contra la capital.

Poco después de que Vorian Atreides —con el apoyo de Xavier— exigiera que la Yihad dedicara su potencia militar a defender los Planetas No Aliados, un contraataque masivo e inesperado de la Yihad consiguió arrebatarse Tyndall de manos de las máquinas. Cualquier victoria era bienvenida.

Xavier se alegraba de que el ejército de la Yihad hubiera llegado a Anbus IV a tiempo, gracias al aviso de un comerciante de esclavos de Tlulax llamado Rekur Van. El comerciante había estado saqueando aquel mundo junto con sus hombres, secuestrando zenshiíes para venderlos después en los mercados de esclavos de Zanbar y Poritrin. Cuando ya había terminado, el esclavista topó con una patrulla de robots que estaban levantando mapas y analizando la superficie del planeta, el paso



previo para que las máquinas se lanzaran a una conquista. Rekur Van volvió a toda prisa a Salusa Secundus y comunicó la mala noticia al Consejo de la Yihad.

Para hacer frente a la amenaza, el Gran Patriarca Iblis Ginjo preparó inmediatamente aquella precipitada pero efectiva campaña militar.

—No podemos permitir que otro mundo caiga en manos de esas demoníacas máquinas pensantes —gritó Iblis durante la ceremonia de despedida, entre entusiastas y desafiantes vítores y flores naranjas—. Ya hemos perdido Ellram, la colonia Peridot, Bellos y otros. Pero con Anbus IV, el ejército de la Yihad va a poner un punto y aparte.

Aunque Xavier había subestimado el número de efectivos que Omnius enviaría a aquel mundo remoto y no conseguían expulsarlos, hasta el momento sus fuerzas habían logrado frenar la invasión.

Durante una de las pausas en las conversaciones con los zenshiíes, Xavier se puso a maldecir por lo bajo. La gente a la que estaban intentando salvar no tenía ningún interés en que les ayudaran y se negaba a luchar contra las máquinas pensantes.

En aquella ciudad situada entre cañones rojos se conservaban reliquias, y las leyes originales escritas a mano de la interpretación zenshií del budislam. Los sabios conservaban los manuscritos originales de los sutras coránicos en el interior de cuevas abovedadas y rezaban cinco veces al día cuando oían las llamadas a la oración desde el minarete erigido al borde del cañón. Desde Darits los ancianos comentaban las escrituras para guiar a los fieles a través del esoterismo.

Xavier Harkonnen se sentía profundamente desconcertado. Él era un hombre de armas, acostumbrado a dirigir batallas, a mandar a sus tropas y ser obedecido. Simplemente, no supo qué hacer cuando aquellos budislámicos pacifistas dijeron... que no.

En su hogar, entre los mundos de la Liga, el movimiento de oposición a la Yihad era cada vez más importante. Después de más de dos décadas de derramamiento de sangre, la gente estaba cansada. Algunos hasta se habían presentado ante los altares del niño asesinado, Manion el Inocente, con pancartas donde suplicaban «Paz a cualquier precio».

Sí, Xavier comprendía aquella desidia y desesperación, porque había visto morir a muchos seres queridos a manos de las máquinas pensantes. Pero aquellas gentes aisladas no habían movido ni un dedo para resistirse, lo que ponía de manifiesto lo absurdo de la no violencia radical.

El objetivo de las máquinas estaba claro, y evidentemente Omnius no tendría ninguna consideración por las preferencias de unos fanáticos religiosos. Xavier tenía una misión vital que llevar a cabo en aquel lugar, en el nombre de la Yihad, pero esa misión exigía un poco de sentido común y cooperación por parte de la población



autóctona. No esperaba tener tantos problemas para hacer ver a aquella gente el riesgo que estaban corriendo por ellos.

Los ancianos zenshiíes volvieron a la sala de reuniones, un recinto adornado con objetos antiguos de oro y piedras preciosas.

Al igual que había hecho él durante horas, el líder religioso Rhengalid lo miraba con ojos fríos y una implacable expresión de rechazo. Tenía una cabeza grande, afeitada y reluciente a causa de los aceites exóticos que se aplicaba; y cejas pobladas que había peinado y oscurecido artificialmente. Su mentón estaba cubierto por una barba canosa y espesa, cortada con forma cuadrada y que él llevaba como señal de orgullo. Sus ojos claros, de color gris verdoso, contrastaban fuertemente con su piel morena. A pesar de la siniestra flota de máquinas pensantes que había allá arriba, o del impresionante despliegue armamentístico del ejército de la Yihad, aquel hombre no parecía ni impresionado ni intimidado. Era como si aquello no fuera con él.

Haciendo un gran esfuerzo, Xavier mantuvo un tono sereno.

—Estamos tratando de proteger vuestro mundo, anciano Rhengalid. Si no hubiéramos venido, si nuestras naves no contuvieran a las máquinas pensantes como lo hacen un día tras otro, tú y toda tu gente seríais esclavos de Omnius.

Se sentó erguido en el banco que había frente al líder zenshií. Rhengalid ni siquiera le había ofrecido un refrigerio, aunque Xavier tenía la sospecha de que los ancianos se servían generosamente cuando los soldados salían de la sala.

—¿Esclavos? Si tanto te preocupa nuestro bienestar, primero Harkonnen, ¿dónde estaban tus naves hace unos meses cuando los comerciantes de carne de Tlulax se llevaron a jóvenes hombres y a mujeres fértiles de nuestros asentamientos de granjeros?

Xavier trató de no manifestar su inquietud. Nunca había querido ser diplomático, ni tenía paciencia para ello. Servía a la causa de la Yihad con todo su empeño y lealtad. El carmesí de su uniforme simbolizaba la sangre vertida por la humanidad, y su hijo inocente, con apenas once meses de edad, había sido el primero de los nuevos mártires.

—Anciano, ¿qué hiciste tú para defender a tu pueblo cuando vinieron los intrusos? No sabía nada de ese incidente hasta que lo has mencionado, y no puedo ayudarte en algo que sucedió en el pasado. Lo que sí puedo asegurar es que la vida bajo el dominio de las máquinas pensantes será mucho peor.

—Eso es lo que tú dices, pero no puedes negar la hipocresía de vuestra sociedad. ¿Por qué habríamos de dar más crédito a la palabra de un esclavista que a la de otro?

Las aletas de la nariz de Xavier se hincharon. «¡No tengo tiempo para esto!»

—Ya que insistes en recordar el pasado, quizá deberías recordar que la negativa de vuestra gente a luchar contra las máquinas desde el principio ha costado la libertad a



millones de seres humanos, además de incontables muertes. Son muchos los que creen que estáis en deuda con vuestra raza.

—No simpatizamos con ninguno de los bandos enfrentados en este conflicto — repuso el hombre de la barba gris—. Mi gente no quiere participar en vuestra guerra absurda y sangrienta.

Xavier se calló unas palabras hirientes y en vez de eso dijo:

—Sea como sea, estáis atrapados entre dos fuegos y tenéis que elegir.

—¿Acaso es mejor un tirano humano que uno que sea una máquina? ¿Quién sabe? Lo único que puedo decir es que esta no es nuestra lucha, nunca lo ha sido.

En el interior de la presa de Darits, los operarios abrieron las compuertas y dejaron que el agua cayera formando dos espectaculares cascadas desde las palmas extendidas de las colosales estatuas de Buda y Mahoma. Al oír aquel repentino estrépito, Xavier alzó la vista y vio con sorpresa al primero Vorian Atreides avanzando a grandes zancadas por la pasarela de piedra que salía de la pista donde había aterrizado con su lanzadera en el tosco puerto espacial. El hombre de cabellos oscuros se acercó sonriendo, con el mismo aspecto joven y viril de cuando lo conoció hacía años, después de escapar de la Tierra.

—Puedes tratar de convencerlos todo lo que quieras, Xavier, pero los zenshiés hablan un lenguaje distinto... en más de un sentido.

El anciano de Darits pareció indignado.

—Vuestra civilización atea nos ha perseguido. Los soldados yihadíes no son bienvenidos... especialmente en Darits, nuestra ciudad santa.

Xavier le mantuvo la mirada.

—Anciano, no permitiré que las máquinas pensantes tomen este planeta, tanto si nos ayudáis como si no. La caída de Anbus IV sería otra avanzadilla que acercaría al enemigo un poco más a los mundos de la Liga.

—Este es nuestro planeta, primero Harkonnen. No tenéis nada que hacer aquí.

—¡Las máquinas pensantes tampoco! —El rostro de Xavier enrojeció.

Vorian lo cogió del brazo. Visiblemente divertido, dijo:

—Veo que has descubierto nuevas técnicas de diplomacia.

—Nunca he dicho que fuera un buen negociador.

Vor asintió, sonriendo.

—Si esta gente obedeciera tus órdenes, nos facilitaría mucho las cosas, ¿verdad?

—No pienso abandonar este planeta, Vor.

El comunicador chisporroteó y a continuación llegó un mensaje. La voz de Vergyl Tantor sonaba exaltada, jadeante.



—Primero Atreides, ¡tus sospechas eran acertadas! Nuestros escáneres han descubierto un campamento secreto de máquinas pensantes sobre una meseta. Parece una avanzadilla, con maquinaria industrial, armamento pesado y robots de combate.

—Buen trabajo, Vergyl —dijo Vor—. Ahora empieza la diversión.

Xavier miró por encima del hombro a Rhengalid, que estaba absorto y parecía no querer ver nunca más a ningún yihadí.

—Aquí ya hemos terminado. Volvamos al buque insignia. Tenemos trabajo que hacer.



Capítulo 3

No existe lo que se conoce como El futuro. La humanidad se enfrenta a muchos posibles futuros, muchos de los cuales dependen de sucesos aparentemente insustanciales.

Crónicas Muadru

Zimia era una ciudad sorprendente, el máximo exponente cultural de la humanidad libre. Tres avenidas bordeadas de árboles se extendían como los radios de una rueda a partir del complejo de edificios gubernamentales y de una inmensa plaza conmemorativa. Hombres ataviados con jubones y damas con trajes ceremoniales oficiales caminaban apresuradamente de un lado a otro.

Con gesto hosco, Iblis Ginjo se dirigía hacia el majestuoso edificio del Parlamento. La imagen ordenada de aquel entorno podía producir una ilusión de seguridad, de que aquello no cambiaría.

«Pero nada permanece. Nada es seguro.»

Ginjo se dedicaba a inspirar a la gente, a despertarlos a la acción convenciéndoles de que las malvadas máquinas podían atacar cualquier mundo en cualquier momento, y de que había siniestros espías humanos que secretamente servían a Omnius incluso allí, en el corazón de la Liga.

A veces Iblis tenía que adornar la realidad por el bien de la lucha.

Iblis era un hombre de hombros anchos, con un rostro cuadrado y el pelo liso y castaño oscuro, y llevaba puesta una chaqueta negra y holgada con puntadas doradas y relucientes ajorcas. Varios pasos por detrás iba media docena de policías de la Yihad —la Yipol—, siempre atentos, siempre listos para sacar sus armas a la menor señal. Podía haber renegados o asesinos fieles a las máquinas acechando en cualquier parte.

Veinte años atrás, Iblis se había concedido a sí mismo el título de «Gran Patriarca de la Yihad de Serena Butler», y la multitud le recibía con los brazos abiertos cada vez que aparecía en público. Él hablaba en su nombre, los convocaba, les decía qué tenían que pensar y cómo reaccionar. Al igual que Vorian Atreides, en otro tiempo Iblis había sido un humano de confianza de las máquinas pensantes en la Tierra. Ahora era un orador y hombre de Estado del más alto orden: rey, político, líder religioso y mando militar en uno, y todo ello rodeado de un halo de carisma. Él se



había labrado su propio camino, un camino sin precedentes que le permitía moverse entre la élite de los círculos de liderazgo de los humanos. Conocía la historia, y veía su sitio en ella con total claridad.

Cuando subió los anchos escalones del edificio del Parlamento y entró en el vestíbulo de techos altos y cubierto de frescos, representantes y funcionarios guardaron silencio. A Iblis le encantaba ver que en su presencia la gente se sonrojaba y tartamudeaba.

Con la debida reverencia se detuvo ante el altar dedicado al hijo asesinado de Serena Butler, Manion, una escultura angelical con los brazos abiertos para recibir diariamente su ramo de flores frescas, caléndulas de un suave color anaranjado que parecían pequeñas y brillantes supernovas. La caléndula se había convertido en la «flor de Manion».

La gran sala estaba llena, cada silla estaba ocupada por un noble o un representante planetario. Incluso los pasillos estaban abarrotados de distinguidos invitados que se habían sentado en el nuevo modelo de sillas suspensoras portátiles, que flotaban en los espacios disponibles.

Un monje con una túnica de color amarillo estaba sentado ante la asamblea, vigilando un recipiente pesado y translúcido en cuyo interior se conservaba un cerebro vivo en un baño de electrolíquido azulado. Iblis miró a la venerada pensadora y sintió una oleada de verdadero placer, porque aquello le hizo pensar en el antiguo cerebro filósofo llamado Eklo, que había compartido sus conocimientos con él cuando no era más que un capataz de esclavos en la tierra. Oh, qué tiempos..., había tantas posibilidades entonces...

Esta pensadora, conocida como Kwyna, parecía más reacia a ofrecerle consejo. A pesar de ello, Iblis acudía con frecuencia a la tranquila Ciudad de la Introspección y se sentaba junto al recipiente que contenía el cerebro de Kwyna con la esperanza de aprender. Solo había conocido a dos pensadores en su vida, pero aquellas magníficas unidades pensantes orgánicas nunca dejaban de impresionarle.

Eran tan superiores a Omnius, tan refinadas y tan infinitamente humanas, a pesar de sus evidentes limitaciones físicas...

El Parlamento llevaba horas reunido, pero nada importante podía suceder hasta que él llegara. Todo había sido preparado. La misión de los discretos aliados que tenía entre los representantes de la Liga era bloquear los asuntos del gobierno con la ayuda de trabas burocráticas para que cuando él interviniera pareciera mucho más eficiente.

En el podio, el representante planetario de Hagal, Hosten Fru, estaba hablando de un problema comercial sin importancia, una disputa entre VenKee Enterprises y el gobierno de Poritrin en relación con unas patentes y los derechos de distribución de los globos de luz, cada vez más populares.



—La idea original se basa en el trabajo realizado por un ayudante del savant Tio Holtzman, pero VenKee Enterprises ha puesto la tecnología en el mercado sin ofrecer ninguna compensación a Poritrin —decía Hosten Fru—. Propongo que nombremos un comité que estudie la cuestión y le dedique la atención que merece...

Iblis sonrió para sus adentros. «Sí, un comité aseguraría la imposibilidad de resolver el asunto.» Aparentemente, Hosten Fru era un político incompetente que entorpecía los asuntos de la Liga con problemas fútiles, con lo que el gobierno parecía tan ineficaz como en tiempos del Imperio Antiguo. Lo que nadie sabía es que el representante de Hagal era uno de los aliados secretos de Iblis. Era perfecto para sus propósitos: cuantas más personas vieran que la Asamblea de la Liga era incapaz de resolver los problemas más simples, sobre todo en momentos de crisis, más decisiones se delegarían al Consejo de la Yihad, que él controlaba...

Iblis Ginjo hizo su entrada triunfal, radiante, lleno de confianza. Como representante de la mismísima Serena Butler, él era portavoz de la humanidad y de su guerra santa contra las máquinas pensantes.

Diez violentos años después de la destrucción atómica de la Tierra, el viejo Manion Butler dejó su cargo de virrey de la Liga y solicitó que su hija Serena ocupara el cargo. Serena fue elegida por aclamación popular, pero insistió en que únicamente se la considerara virreina interina hasta el final de la guerra. Encantado, Iblis se convirtió en su consejero personal, escribió sus discursos y aumentó el fervor de la gente por la cruzada contra las máquinas pensantes.

Con la cabeza muy alta, Iblis avanzó por el pasillo enmoquetado hasta la parte delantera de la sala. Unas cámaras proyectaban sus facciones a un tamaño descomunal a los lados del recinto. Hosten Fru, en un gesto inmediato de deferencia, dio por terminada su intervención, hizo una reverencia y bajó del podio.

—Cedo la palabra al Gran Patriarca.

Iblis avanzó por el estrado, cruzó las manos ante el cuerpo e hizo un gesto de asentimiento, mostrando su gratitud hacia el representante de Hagal, que se alejó apresuradamente de la zona de comparecencias. Sin embargo, antes de que Iblis pudiera ordenar sus pensamientos, alguien le interrumpió.

—¡Hay un punto pendiente! —Enseguida reconoció a la mujer: era Muñoz Chen, la combativa representante del lejano mundo de Pincknon.

Iblis se volvió hacia ella y se obligó a adoptar una expresión paciente mientras la mujer se ponía en pie para hablar.

—Hoy mismo —dijo— he cuestionado que se hayan transferido ciertas responsabilidades del Parlamento al Consejo de la Yihad sin el debido procedimiento. El asunto ha quedado pospuesto hasta que un miembro autorizado del Consejo pueda dirigirse a esta asamblea. —Cruzó los brazos sobre su pequeño



pecho—. Y creo que el Gran Patriarca Ginjo tiene autoridad para hablar en nombre del Consejo.

Iblis le sonrió con frialdad.

—No es ese el motivo por el que acudo hoy ante la Asamblea, señora Chen.

Aquella molesta mujer se negaba a sentarse.

—Hay un asunto pendiente sobre la mesa, señor. El procedimiento exige que tratemos de resolverlo antes de pasar a otras cuestiones.

Iblis intuyó la impaciencia de la multitud y supo aprovecharla para sus propósitos. Aquella gente estaba allí para oírle a él, no para presenciar tediosos debates acerca de una moción irrelevante.

—Me acaba de proporcionar usted un excelente ejemplo del motivo por el que se creó el Consejo de la Yihad: tomar decisiones rápidas y necesarias sin tanta burocracia absurda.

La audiencia mostró su acuerdo. La sonrisa de Iblis se amplió.

Durante los primeros trece años después de que Serena Butler anunciara su Yihad, el Parlamento de la Liga se ocupó de urgentes problemas de guerra con la misma lentitud que había demostrado durante los siglos anteriores de inquietante paz. Pero tras los desastres de Ellram y la colonia Peridot, cuando los políticos perdieron tanto tiempo regateando que protectorados enteros fueron aniquilados antes de que pudieran llegar las misiones de rescate, Serena se había dirigido al Parlamento para expresar su indignación y (peor aún) su decepción porque habían antepuesto sus estúpidas disputas a un enemigo real.

Iblis Ginjo, que estaba junto a ella, tomó la iniciativa y propuso la formación de un «consejo» que supervisara todos los asuntos que afectaran directamente a la Yihad, mientras que las cuestiones de ámbito comercial, social o doméstico, menos urgentes, podrían debatirse sin prisas en las sesiones del Parlamento. Los asuntos relacionados con la guerra requerían una acción rápida y decisiva que las mil voces del Parlamento solo podían entorpecer.

O al menos eso es lo que Iblis les hizo creer: su propuesta fue aprobada por una abrumadora mayoría.

A pesar de ello, una década más tarde, las antiguas costumbres políticas seguían entorpeciendo el progreso. Iblis, satisfecho por el murmullo de aprobación que recorrió la sala, miró a la representante de Pincknon con infinita paciencia.

—¿Cuál es su pregunta?

Muñoza Chen no pareció reparar en los murmullos que se levantaban a su alrededor.



—Vuestro Consejo no deja de encontrar áreas y más áreas que quedan bajo su jurisdicción. En un primer momento, vuestro ámbito de acción se limitaba a supervisar las operaciones militares del ejército de la Yihad, así como asuntos de seguridad interna, de los que se encarga la Yipol. Actualmente el Consejo se ocupa de los refugiados, de la distribución de suministros, impone nuevas tarifas e impuestos. ¿Dónde terminará este inquietante aumento de la autoridad?

Iblis tomó nota mentalmente para que su comandante de policía, Yorek Thurr, investigara discretamente el pasado de aquella mujer. Quizá sería necesario que alguien «encontrara» pruebas abrumadoras que demostraran que Chen estaba «conchabada» con las máquinas pensantes. Yorek Thurr tenía mucha mano para estas cosas. O sufriría alguna enfermedad que *acabaría*, en una muerte «desafortunada».

Iblis contestó muy tranquilo.

—Evidentemente, ayudar a los supervivientes y a los refugiados en zonas de guerra entra dentro de las competencias del Consejo, así como la preparación de médicos de campaña y la distribución del material médico y los cargamentos de comida. Cuando reconquistamos Tyndall de manos de las máquinas el año pasado, el Consejo de la Yihad dispuso inmediatamente una serie de operaciones de ayuda. Tras aprobar con carácter urgente ciertos impuestos y apropiarnos de algunos suministros de los acomodados mundos de la Liga pudimos dar a aquella pobre gente cobijo, medicinas, esperanza. De haber dejado el asunto en manos del Parlamento, señora Chen, aún lo estarían debatiendo en una sesión abierta. —Se volvió hacia el podio y entonces, como si lo hubiera pensado mejor, añadió—: Y no he oído que la población de Tyndall se queje.

—Pero que el Consejo amplíe sus competencias sin el voto de...

Iblis profirió un sonido de impaciencia.

—Puedo pasar horas discutiendo este asunto con usted, pero ¿es eso realmente lo que quiere toda esta gente? —Levantó las manos con gesto inquisitivo y los gritos y abucheos resonaron en las gradas; algunos silbidos venían de su gente, por supuesto, pero muchos eran espontáneos—. Si he venido hoy aquí es para compartir con esta Asamblea ciertos conocimientos revelados recientemente por unas antiguas inscripciones muadru.

En sus fuertes manos cogió un importante fragmento de la historia, una antigua placa de piedra protegida entre dos láminas irrompibles de plaz. La apoyó sobre el podio.

—Estas runas fueron desenterradas hace dos siglos en un mundo vacío, pero no se había logrado descifrar su significado hasta ahora.



La audiencia guardó silencio, intrigada. Muñoz Chen, a quien ya nadie hacía caso, vaciló un momento y luego se sentó con torpeza, sin retirar oficialmente su pregunta.

—Estos símbolos fueron escritos hace mucho tiempo por un profeta en un idioma conocido como muadru; quedaron grabados para siempre en la piedra. Se cree que estas palabras del pasado proceden de la Tierra, el mundo madre de la humanidad. —Se volvió a mirar al subordinado con la túnica amarilla, que estaba junto al antiguo cerebro, en su contenedor cerebral—. Tras ayudarme a traducir estos antiguos símbolos rúnicos, la pensadora Kwyna me ha permitido entender. Kwyna, ¿puedes ofrecernos tu guía en este momento?

Algo vacilante, el monje subordinado se levantó y llevó el contenedor cerebral ornamentado hasta la mesa dorada que había junto al podio. A Iblis le entusiasmaba poder estar junto a aquella mente prodigiosa. El hombre de la túnica amarilla esperó.

Fortalecido por la proximidad de Kwyna, Iblis siguió las intrincadas runas con el dedo. Cuando empezó a leer, pronunciando aquellos marcados chasquidos lingüales y las sílabas fluidas, la audiencia permaneció en silencio, totalmente absorta. Aquellos sonidos extraños e incomprensibles resonaban por el gran salón de comparecencias y hechizaban a la concurrencia.

Cuando Iblis hizo una pausa, el ayudante de la pensadora apoyó la mano en el recipiente curvo donde estaba el cerebro vivo de Kwyna; luego metió lentamente los dedos en el líquido azul. Mediante esta conexión, tradujo las palabras en muadru con voz distante, como si hablara desde épocas pasadas.

Las runas habían quedado dañadas tras un cataclismo que dejó quemaduras y profundos huecos, explicó. Aunque en algunas de las frases faltaban palabras, el resto hablaba de una trágica guerra en la que muchas personas tuvieron una terrible muerte. Finalmente dijo:

—En palabras del profeta sin nombre, «Un milenio de tribulaciones debe pasar antes de que nuestro pueblo encuentre el camino al paraíso».

Iblis, que esperaba aquel momento, sonrió radiante y exclamó:

—¿No está claro? El hombre libre ha sufrido durante mil años bajo el dominio de los cimek y sus amos, las máquinas. ¿No lo veis? El tiempo de sufrir ha terminado... si nosotros queremos.

El electrolíquido del interior del contenedor cerebral de la pensadora se agitó, y el subordinado transmitió el mensaje de Kwyna a la asamblea.

—Esta tabla de piedra no contiene toda la profecía. El mensaje está incompleto.

Iblis insistió.

—Debemos afrontar el peligro y la esperanza de lo desconocido. Uno de nuestros grupos de combate ha ido a defender Anbus IV de la última incursión robótica... pero



no es suficiente. Como humanos libres, debemos tratar de reconquistar todos los Planetas Sincronizados y liberar a las poblaciones humanas esclavizadas. Solo de esta forma terminarán nuestros sufrimientos, como proclama la profecía. Como se predijo, han pasado mil años. Ahora debemos seguir el camino que lleva al paraíso y dejar a un lado a las máquinas demoníacas. Yo abogo por una expansión de las fuerzas de la Yihad, un mayor número de naves de guerra y efectivos militares, y más ofensivas contra Omnius.

La turbulencia era cada vez más acusada en el fluido del interior del contenedor.

—Y más muertes —tradujo el subordinado.

—¡Y más héroes! —Iblis alzó la voz, con el rostro encendido por el entusiasmo—. Como dice la sabia Kwyna, lo único que tenemos es un fragmento de estas runas. Y, como seres humanos, *debemos* elegir la mejor interpretación. ¿Tendremos el valor de pagar el precio necesario para que la profecía se haga realidad?

De pronto, antes de que Kwyna pudiera replicar a sus palabras, el Gran Patriarca dio las gracias a la pensadora y a su ayudante. A pesar del respeto que Iblis sentía por Kwyna, lamentablemente la filósofa pasaba demasiado tiempo entregada a pensamientos contradictorios y a la contemplación, y no entendía la realidad de la Yihad.

En cambio, él tenía objetivos muy concretos. A su entusiasmada audiencia poco le interesaban las sutilezas filosóficas.

La voz del Gran Patriarca resonaba, elevándose y bajando de forma calculada, siempre en el momento adecuado.

—Nuestra victoria se paga con vidas humanas. El pequeño hijo de Serena Butler ya pagó con su vida, al igual que lo han hecho millones de valientes soldados de la Yihad. La victoria última no solo merece esa pérdida, la exige. Una derrota es impensable. Nuestra existencia está en juego.

En la sala las cabezas asentían, e Iblis sonrió para sus adentros con satisfacción. Aunque el monje subordinado permaneció en silencio junto al contenedor cerebral de plaz, el Gran Patriarca intuyó que hasta la mismísima Kwyna estaría de acuerdo. Nadie podía resistirse a sus palabras, a su apasionamiento. Unas lágrimas de agradecimiento destellaron en los ojos de Iblis, lo justo para que todos vieran cuánto le importaba la humanidad.



Capítulo 4

Se podría comparar esta nueva Yihad al necesario proceso de corrección. Nos deshacemos de aquello que nos está destruyendo como humanos.

Pensadora Kwyna, archivos de la Ciudad de la Introspección

El niño yacía en un ataúd de perfecto cristal, pacífico, prístino. Igual que una chispa encerrada en una concha de cristal, Manion Butler estaba aislado de todo cuanto se había forjado en su nombre. Y Serena permanecía reclusa junto a él, en el interior de los muros de la Ciudad de la Introspección.

Ella estaba arrodillada sobre una plataforma de piedra, ante el altar, como hacía con frecuencia, con aspecto beatífico y a la vez sombrío. Los devotos que guardaban un retiro contemplativo hacía ya mucho que habían dejado de pedir que se instalara un banco donde ella pudiera sentarse para rezar junto a su hijo. Desde hacía veinticuatro años, Serena afrontaba sus pensamientos, sus recuerdos, sus pesadillas de aquella forma, arrodillada ante la jaula cristalina.

Manion parecía tan sereno, tan protegido... El delicado rostro del niño y sus frágiles huesos quedaron destrozados cuando el monstruoso robot Erasmo lo dejó caer desde un balcón, pero Iblis Ginjo se encargó de que los expertos forenses le devolvieran su forma y sus facciones. Su hijo se conservaba exactamente como Serena quería recordarlo. Sí, su fiel Iblis se había ocupado de todo.

De haber vivido, Manion ya se habría convertido en un noble adulto; lo bastante para estar casado y tener sus propios hijos. Mientras contemplaba el bello rostro de Manion, Serena pensó en las cosas que podía haber logrado de no ser por aquellas horribles máquinas.

En cambio, su bebé inocente había dado vida a una Yihad que se extendía por los sistemas estelares, fomentando la rebelión en los Planetas Sincronizados y el ataque a las naves robóticas y a todas las encarnaciones de Omnius. Millones de personas habían muerto ya por la causa santa. Seguramente Erasmo también había muerto durante el ataque atómico que aniquiló a las máquinas pensantes en la Tierra, pero la supermente informática seguía controlando el resto de sus dominios, y los humanos no podían confiarse.



El dolor no desaparecía. El asesinato de su hijo le había destrozado el alma. Meditar en su presencia le daba la inspiración que necesitaba para seguir encabezando la Yihad. Aquel altar, donde se conservaba el cuerpo de Manion, estaba reservado solo para ella y para unos pocos devotos escogidos.

Por Salusa Secundus y en otros mundos de la Liga habían aparecido otros altares y elaborados relicarios. Algunos estaban adornados con cuadros o semblanzas del joven divino, el cordero del sacrificio, aunque ninguno de los artistas lo había visto nunca en vida. Supuestamente, algunos relicarios contenían fragmentos de ropa, cabellos o incluso muestras microscópicas de células. Serena dudaba de la autenticidad de estos objetos, pero no pidió que se retiraran. La fe y la devoción de la gente era más importante que la exactitud.

Cuando la Yihad fracasó en su intento de derrotar el planeta sincronizado de Bela Tegeuse y las máquinas pensantes volvieron a atacar Salusa Secundus y fueron expulsadas del planeta, Iblis convenció a Serena para que no diluyera su poder delegando en otras personas ni pusiera en peligro su seguridad por actividades políticas tan insignificantes como acuerdos comerciales o leyes menores. Debía limitar sus apariciones públicas a asuntos de gran importancia. Sin la inspiración de Serena Butler, insistió Iblis, la humanidad no tendría voluntad para luchar. Así que ahora se dedicaba a dar inspiradores discursos, y la gente se lanzaba de cabeza a sacrificar su vida por la causa... por ella.

Sin embargo, a pesar de las precauciones de Iblis, cuando Serena se disponía a hablar ante el Parlamento durante una asamblea, un año después de aceptar el cargo de virreina, estuvo a punto de morir en un atentado. El culpable fue ejecutado y el comandante de la Yipol, Yorek Thurr, encontró una cantidad inusual de tecnología avanzada entre los efectos personales del atacante. Por primera vez, la Liga se encontraba frente a la realidad de los espías de Omnius —los traidores humanos— infiltrados en los mundos de la Liga.

Hubo un gran revuelo, y la gente no acababa de entender qué podía llevar a una persona a jurar voluntariamente lealtad a las amorales máquinas pensantes. Pero Iblis habló ante una gran multitud en la plaza conmemorativa de Zimia: «Yo mismo he visto a esclavos humanos criados en los Planetas Sincronizados. No es ningún secreto que el primero Vorian Atreides y yo fuimos sometidos a un lavado de cerebro para que sirviéramos a Omnius. Es posible que haya personas más egoístas y traicioneras a las que ofrezcan atractivas recompensas: un cuerpo neocimek, o incluso planetas enteros y esclavos. Debemos estar alerta en todo momento».

El miedo a que hubiera espías de las máquinas infiltrados en los planetas libres dio un fuerte impulso a la formación de la Yipol, una fuerza de seguridad que supervisaba las actividades internas buscando comportamientos sospechosos.



Tras el intento de asesinato a Serena, esta fue trasladada inmediatamente a la Ciudad de la Introspección, donde, por motivos de seguridad, se vio obligada a llevar una vida aún más aislada.

Aquel viejo complejo se construyó siglos atrás, a raíz de una idea que en parte surgió del debate acerca del budislam y el posterior exilio de los esclavos zensuníes y zenshiíes, que durante generaciones habían vivido con grandes dificultades en Salusa, antes de su éxodo a planetas no catalogados y que no formaban parte de la Liga. Ahora, los seguidores de las diferentes facciones de estas religiones acudían allí a estudiar los escritos antiguos, obras religiosas y archivos filosóficos. Los eruditos analizaban toda clase de venerables enseñanzas, desde las misteriosas runas muadru que se habían encontrado dispersas en planetas no habitados hasta las indefinidas tradiciones navacristianas de Poritrin y Chusuk, el haiku del Zen hekganshu de Delta Pavonis III y las interpretaciones alternas de los sutras coránicos de las sectas zensuní y zenshií. Las variaciones eran tan numerosas como las comunidades de humanos repartidas por incontables planetas...

Serena oyó pasos sobre el sendero de gemagrava y al alzar la vista vio que su madre se acercaba. Escoltando a la abadesa hasta su presencia iban tres jóvenes mujeres de ojos brillantes ataviadas con túnicas blancas con adornos carmesí, como si los bordes se hubieran mojado con sangre. Las guardianas eran altas y musculosas, su expresión reflejaba una paz pétrea. Unas capuchas de delicada malla dorada les cubrían la cabeza. Cada una de ellas llevaba el pequeño símbolo de la Yihad pintado sobre la ceja izquierda.

Catorce años atrás, cuando el comandante de la Yipol descubrió por primera vez a los leales a Omnius que secretamente conspiraban contra Serena, Iblis creó un cuadro especial de mujeres para proteger a la sacerdotisa de la Yihad. Las «serafinas» eran como una combinación entre amazona y virgen vestal, ayudantes cuidadosamente seleccionadas por el Gran Patriarca para que atendieran todas las necesidades de Serena.

Livia Butler caminaba lo bastante deprisa para ir por delante de las tres serafinas. Serena se apartó del altar de su hijo, sonrió y besó formalmente a la anciana en la mejilla.

Livia tenía el pelo blanco, muy corto, y vestía una túnica larga y simple de fibras de color crema. Llevaba a sus espaldas una vida llena de tragedias y experiencia. Tras la muerte del hermano de Serena, Fredo, la madre se retiró de la propiedad de la familia para buscar solaz y sabiduría en Dios. A causa de su prolongado matrimonio con el anterior virrey, aquella solemne mujer aún seguía de cerca los acontecimientos políticos y de otra índole, y analizaba las consecuencias que la Yihad tenía para el mundo real, en lugar de limitarse a las cuestiones morales y esotéricas que tanto fascinaban a la pensadora Kwyna.

En aquellos momentos, su rostro reflejaba una gran preocupación.



—Acabo de oír el discurso del Gran Patriarca, Serena. ¿Sabías que está apremiando otra vez al ejército, que está incitando a que haya nuevos y sangrientos ataques?

Livia miró por encima del hombro a las tres esculturales serafinas, que estaban demasiado cerca, sobre la plataforma de piedra que había ante el altar. Con un gesto, Serena les indicó que se apartaran. Ellas así lo hicieron, aunque no fueron muy lejos; permanecieron junto a la plataforma, atentas, desde donde podían oírlo todo. Conocía a dos de ellas muy bien; la tercera serafina era nueva, y acababa de graduarse después de un riguroso programa de aprendizaje.

Serena contestó con aquellas consabidas palabras.

—Los sacrificios son necesarios para conseguir la victoria definitiva, madre. Mi Yihad ya hace veinte años que empezó, pero no avanza con la suficiente intensidad. No podemos seguir en este impasse interminable. Debemos redoblar nuestros esfuerzos.

Los labios de Livia se contrajeron en una tenue línea, no exactamente de disgusto.

—He oído que el Gran Patriarca ha dado esas mismas razones, y prácticamente con las mismas palabras.

—¿Te sorprende? —Los ojos de color lavanda de Serena llamearon—. Los objetivos de Iblis son los míos. Como sacerdotisa de la Yihad no puedo perder el tiempo con la política y los juegos de poder. ¿Acaso cuestionas mi buen juicio o mi entrega a la humanidad libre?

Con voz calmada, Livia dijo:

—Nadie cuestiona tus motivos, Serena. Tu corazón es puro, aunque duro.

—Las máquinas han entumecido mi capacidad de amar. El robot Erasmo me la arrebató para siempre.

Livia se acercó con tristeza a su hija y le rodeó los hombros con un brazo. Las serafinas se pusieron tensas y llevaron las manos a sus armas ocultas. Ni Serena ni Livia les hicieron caso.

—Hija mía, el amor humano es infinito. No importa cuántas veces lo entregues, que te lo arrebaten o que seas tú quien lo ofrezca; el amor siempre vuelve, igual que la flor sale de un bulbo, el amor aparece y llena tu corazón. —Serena inclinó la cabeza y escuchó las reconfortantes palabras de su madre—. Mañana es el cumpleaños de Octa. El de Octa y... el de Fredo. Yo también perdí a mi hijo, Serena, así que sé muy bien qué sientes. —Y se apresuró a añadir—: Tu hermano tuvo una muerte distinta, claro.

—Sí, madre... y después de aquello te retiraste a la Ciudad de la Introspección. Tú precisamente tendrías que entenderlo.



—Oh, y lo entiendo, pero yo no he dejado que mi corazón se convierta en piedra, que el amor desaparezca de mi interior. Me dedico en cuerpo y alma a tu padre, a Octa y a ti. Ven conmigo y verás cuánto han crecido sus hijas. Ya tienes dos sobrinas.

—¿Xavier no estará?

Livia frunció el ceño.

—Está luchando contra las máquinas en Anbus IV. Tú misma le enviaste. ¿No te acuerdas?

Serena asintió con gesto distraído.

—Hace tanto tiempo que está fuera... Seguro que desea volver para la fiesta de Octa. —Alzó la cabeza—. Pero la Yihad debe prevalecer sobre los asuntos personales. Cada uno de nosotros hace su elección, y debe ser consecuente.

Con mirada triste, Livia dijo:

—No estés resentida porque se casara con tu hermana. No puedes pasarte la vida deseando que las cosas hubieran sido distintas.

—Por supuesto que me gustaría que las cosas hubieran sido distintas, pero tal vez mi sufrimiento es lo que la humanidad necesitaba para reaccionar. De otro modo, jamás habríamos tenido el impulso suficiente para revolvernos y librarnos de las ataduras que nos imponían las máquinas pensantes. —Meneó la cabeza—. Ya no estoy celosa de Octa, ni estoy resentida con Xavier. Sí, en otro tiempo le amé (era el padre de Manion), pero en aquel entonces yo no era más que una cría. Tonta y soñadora. A la luz de los acontecimientos posteriores, semejantes preocupaciones parecen tan... triviales.

Livia la reprendió.

—El amor nunca es trivial, Serena, incluso cuando no lo quieres.

La voz de Serena se volvió débil, muy distinta al poderoso y apasionado instrumento que empleaba ante las multitudes que acudían a escucharla.

—Madre, temo que el daño que sufrió mi alma tarde más de una vida en curar.

Livia cogió a Serena del brazo y se volvió para guiarla por el sendero de gemagrava.

—Sea como fuere, hija, ese es el tiempo que tienes.

De pronto, Serena vio algo blanco que se movía cerca de donde estaban sus guardianas. Una de las serafinas gritó y se lanzó sobre una de sus compañeras, la más nueva, que se movió con extraordinaria rapidez y sacó una larga y brillante daga de plata.

Livia se lanzó sobre su hija y la derribó. Al caer, Serena oyó muy cerca el sonido de ropa que se desgarraba y un jadeo ahogado, y vio un espantoso borbotón de



sangre; casi en ese mismo momento sintió un fuerte golpe. Era su madre, que se había arrojado encima de ella para protegerla.

La tercera serafina se lanzó sobre la veloz guardiana con la túnica blanca, aferró la capucha de malla dorada que cubría el pelo de la traidora y, con un fuerte tirón, le echó la cabeza hacia atrás para partírla el cuello.

Aunque aún tenía el cuerpo de su madre encima, Serena vio una salpicadura escarlata en la túnica de una de las guardianas, muy distinta del carmesí que ribeteaba el uniforme blanco. La heroica serafina, la única que había sobrevivido, dijo con voz ahogada:

—La amenaza ha sido neutralizada, sacerdotisa. —Y enseguida recobró el aliento y se recompuso.

Temblando, Livia ayudó a su hija a ponerse en pie. Serena estaba perpleja: dos de sus guardianas escogidas yacían muertas en el suelo: su defensora, con la garganta rebanada, y la otra con el cuello roto. La traidora.

—¿Una asesina? —Miró a la mujer, que tenía la cabeza ladeada en un ángulo extraño.

—¿Cómo ha conseguido infiltrarse en nuestro grupo de adiestramiento? —quiso saber Livia.

—Sacerdotisa —dijo la serafina que quedaba—, debemos llevaros enseguida al interior de alguno de los edificios para ponerlos a salvo. Podría haber más atentados contra vuestra vida.

Las alarmas ya habían sonado, y otras serafinas con túnicas blancas acudieron enseguida al lugar buscando posibles amenazas. Se las llevaron a toda prisa hacia el edificio más cercano; Serena notó que sus rodillas temblaban.

Miró a la joven que le había salvado la vida. Llevaba la capucha torcida a causa del altercado, y Serena vio sus cabellos cortos y rubios.

—¿Niriem? Ese es tu nombre, ¿verdad?

—Sí, sacerdotisa. —Se puso bien la capucha.

—A partir de este momento, te nombro jefa de mis serafinas. Asegúrate de que el Gran Patriarca asigna a los mejores oficiales de la Yipol para investigar este asunto —dijo sin aliento mientras corría.

—Sí, sacerdotisa.

Dada la gravedad del incidente, Iblis tendría que intervenir personalmente y quizá tendría que sustituir a todas las serafinas...excepto a Niriem. Dejaría que fuera él quien descubriera qué había pasado. Todavía no acababa de creérselo.

Livia apremió a su hija para que entrara sin más dilación en el edificio principal del santuario, una casa solariega reconvertida con cúpulas y torretas.



—Siempre has sabido que existía ese peligro, hija. Las máquinas están por todas partes.

Los ojos de Serena estaban secos, su expresión era fría.

—Y jamás dejarán de conspirar contra nosotros.



Capítulo 5

Una vida entera no siempre es suficiente para que la persona alcance la grandeza. Para compensarlo, algunos nos hemos tomado más tiempo.

General Agamenón, Memorias

Los mayores enemigos de la humanidad se reunieron en Corrin, el principal de los Planetas Sincronizados: cimek, robots y la misma supermente, Omnius.

Solo cuatro de los veinte titanes originales seguían con vida. Mil años atrás, temerosos de su naturaleza mortal, estos tiranos humanos habían colocado sus cerebros en cilindros blindados para que sus pensamientos, sus mentes y sus almas vivieran para siempre. Pero, en el transcurso de largos y violentos siglos, habían ido cayendo víctimas de infortunios o asesinatos, uno a uno. En los levantamientos más recientes, Barbarroja y Ajax habían sido asesinados.

El general Agamenón, líder de los titanes, se había resarcido de aquel agravio mil veces, matando a incontables humanos. Aplastándolos y dejando que se pudrieran donde caían o poniéndolos en montones para hacer hogueras con ellos. Su amante Juno lo había ayudado a planificar terribles y vengativas estrategias.

Había tantas formas de matar a los humanos...

Dante, el poco ambicioso pero diestro burócrata cimek, seguía sirviendo de forma discreta pero necesaria. El cobarde Jerjes, que originariamente permitió que Omnius se hiciera con el control de los titanes, se aferraba a la absurda idea de que podía recuperar el respeto de los demás.

Los titanes llegaron en cuatro embarcaciones fabricadas especialmente para ellos. Unos brazos manipuladores de la nave espacial de Agamenón instalaron su contenedor cerebral en una práctica forma metálica. Los mentrodos conectaron su mente a los sistemas móviles y Agamenón estiró unas extremidades de aspecto arácnido antes de avanzar bajo el cielo de color rojo sangre. Juno, Dante y Jerjes salieron de sus respectivas naves y siguieron a su líder hacia la opulenta villa de Erasmo, notablemente parecida a una propiedad que la Armada de la Liga había arrasado en su ataque a la Tierra.

Erasmo se consideraba a sí mismo un individuo cultivado, un admirador de glorias humanas del pasado. Había hecho construir aquella propiedad tomando



como referencia palacios históricos, aunque el paisaje de Corrin necesitaba ciertas modificaciones, incluidos dispositivos difusores que evitaran que los esclavos humanos murieran a causa de las emisiones de gas que se concentraban en la superficie.

En sus orígenes, Corrin era un mundo rocoso, helado y muerto. Cuando el sol entró en su fase de gigante rojo, quemando los planetas con una órbita más pequeña, aquel pedrusco inhabitable se deshizo. Tiempo atrás, cuando el Imperio Antiguo de los humanos aún conservaba chispas de genialidad y ambición, pioneros osados transformaron Corrin, plantaron hierba y árboles y llevaron allí animales, insectos y colonos.

Pero aquel asentamiento no sobrevivió ni siquiera el breve espacio que duraba la fase gigante del sol, y ahora las máquinas gobernaban allí bajo cielos rojizos, con el ojo siniestro del sol hinchado mirando siempre las sucias cuerdas de los esclavos.

Los cimek atravesaron las verjas de la villa, unas verjas hechas de metal forjado con formas intrincadas. Exuberantes enredaderas de flores rojas cubrían muros y celosías. El aire debía de estar saturado de perfume; Agamenón se alegró de no haber elegido una forma móvil con sensores olfativos. Oler flores era lo que menos le apetecía en aquellos momentos.

Con una sonrisa artificial en su rostro de metal líquido, Erasmo se deslizó hacia los dignatarios visitantes conforme entraban en su patio. El robot independiente llevaba una estafalaria túnica adornada con una franja de piel a imagen de los antiguos reyes humanos.

—Bienvenidos, compañeros míos. Les ofrecería un refrigerio, pero sospecho que mi gesto sería un derroche con unas máquinas con mente humana.

—No hemos venido para divertirnos —dijo Agamenón.

Sin embargo, a Jerjes siempre pareció entristecerle no poder seguir disfrutando de la buena comida; en sus días de humano era un hedonista. En aquel momento se limitó a suspirar y contempló su entorno con admiración.

Las pantallas Omnius estaban colocadas en las paredes, y había ojos espía flotando como gruesos abejorros mecánicos. Si bien el actual núcleo de la supermente de Corrin estaba situado en la ciudadela, en algún lugar de la ciudad, Omnius podía vigilar desde una miríada de ojos espía y escuchar todas las conversaciones. Hacía ya mucho tiempo que Agamenón se había cansado —y acostumbrado— a aquella constante vigilancia, pero no podía hacer nada... al menos hasta que se librara de Omnius.

—Debemos hablar de esta guerra contra los irracionales humanos. —La voz de la supermente resonó por los altavoces, como un dios omnipresente y todopoderoso.

Agamenón bajó sus receptores auditivos para reducir las atronadoras órdenes de la supermente a unos pequeños chillidos.



—Lord Omnius, estoy preparado para cualquier nueva agresión contra los hrethgir. Solo tenéis que ordenarlo.

—El general Agamenón lleva años abogando por dicha acción —dijo Jerjes, con excesivo entusiasmo—. Siempre ha dicho que la humanidad libre es una bomba de relojería. Ya nos advirtió que, si no nos encargábamos de los hrethgir, acabarían por alcanzar el punto de ebullición y nos causarían un gran daño... que es exactamente lo que han hecho en la Tierra, Bela Tegeuse, la colonia Peridot y, más recientemente, en Tyndall.

El general cimek controló su irritación.

—Omnius es plenamente consciente de nuestras conversaciones anteriores, Jerjes. Y de nuestras batallas con los humanos.

Erasmus habló en tono erudito.

—Puesto que nunca hemos visto una versión con los pensamientos y decisiones finales del Omnius-Tierra, no sabemos exactamente qué sucedió en los últimos días de la Tierra. Esa información se ha perdido para siempre.

—No necesitamos los detalles exactos —gruñó Agamenón—. Hace más de mil años que soy oficial del ejército. He dirigido ejércitos humanos y ejércitos de robots. Yo fui el artífice de la derrota original del Imperio Antiguo.

—Y desde entonces habéis sido un fiel guerrero y siervo de Omnius —añadió Erasmus.

Al titán le pareció notar cierto sarcasmo en su voz.

—Correcto —terció Juno antes de que Agamenón pudiera contestar—. Los titanes siempre hemos sido aliados valiosos para Omnius.

—Nuestra principal preocupación es asegurar que no se produzca ninguna rebelión parecida en ningún otro planeta sincronizado —dijo Omnius.

—Estadísticamente no es muy probable que pase —señaló Dante—. Vuestros ojos espía controlan permanentemente a la población. Ningún esclavo volverá a tener ocasión de reunir seguidores como hizo el humano de confianza Iblis Ginjo.

—Yo personalmente he dirigido incursiones de neocimek contra células rebeldes —dijo Jerjes adelantándose—. Los humanos indisciplinados jamás lograrán encontrar otro apoyo.

Erasmus caminó arriba y abajo por el patio, haciendo ondear su túnica forrada de pieles.

—Por desgracia, semejantes medidas de represión solo consiguen aumentar el descontento. El ejército de la Yihad ha enviado agentes provocadores a nuestros mundos y clandestinamente pasan propaganda a trabajadores esclavizados, artesanos, incluso a nuestros hombres de confianza. Traen grabaciones de



apasionados discursos de Serena Butler, a la que llaman «sacerdotisa de la Yihad». — El rostro de metal líquido del robot formó una expresión pensativa—. Para ellos es hermosa y persuasiva, una auténtica diosa. Si escuchan las palabras de Serena, ¿cómo podrían resistirse a hacer lo que les pide? La seguirían hasta la muerte.

—Nuestros humanos de confianza tienen todo lo que podrían desear —se quejó Agamenón—, y aun así la escuchan. —«Como mi hijo Vorian. El loco»—. Lo mejor es extirpar el cáncer aplastando cada levantamiento. Con el tiempo conseguiremos eliminar a los descontentos... o habrá que exterminar a esos molestos humanos de una vez por todas. Cualquiera de las dos soluciones es aceptable.

— ¿Por donde deseáis que empecemos, lord Omnius?— preguntó Jerjes

— En Ix hay frecuentes sabotajes y un visible descontento —terció Erasmo—. En su mayor parte los accidentes geográficos se han aprovechado para la industria, pero los rebeldes han localizado un panal de cavernas naturales en la corteza del planeta. Se esconden allí como termitas y luego atacan nuestros puntos débiles.

—No deberíamos tener puntos débiles —dijo Agamenón.

—Tampoco debería haber rebeldes, teniendo en cuenta que he aumentado la eficacia de toda la red planetaria —explicó Omnius—. Esta agitación ha causado numerosos problemas, y quiero examinar las diferentes opciones. Quizá eliminar a esos humanos sea tan difícil que no valga la pena. Tal vez lo más efectivo sería dejar de luchar contra ellos.

Agamenón no pudo controlarse.

— ¿Y dejar que ganen? ¿Después de todo lo que hemos creado y logrado en estos últimos mil años?

— ¿Qué importancia tiene un simple milenio? —Preguntó Omnius—. Como máquinas pensantes, nosotros tenemos alternativas que los humanos no tienen. Nuestros cuerpos pueden adaptarse a medios que serían letales para formas de vida biológicas. Si me limito a abandonar los planetas infestados de hrethgir, puedo explotar las numerosas lunas sin atmósfera y los planetas rocosos. Allí las máquinas pensantes prosperaríamos y expandiríamos los Planetas Sincronizados sin mayor problema.

Hasta Erasmo pareció sorprendido por la propuesta.

—En otra época los humanos tenían un dicho, lord Omnius: «Mejor reinar en el infierno que servir en el cielo».

—Yo no sirvo a nadie. Estoy pensando cómo lograr un mayor beneficio con el mínimo coste y el menor riesgo. De acuerdo con mis conclusiones nunca podremos dominar suficientemente a los esclavos humanos. Dejando aparte la erradicación completa (que requeriría un considerable esfuerzo), los humanos seguirán amenazando con sabotajes y pérdida de materias primas.



—Lord Omnius —dijo Agamenón con fervor—, ¿acaso es una victoria gobernar un territorio que nadie quiere? Si abandonáis los planetas que hemos controlado estaréis admitiendo el fracaso. Seríais el rey de la inconsecuencia. Es un disparate.

Omnus no se encolerizó.

—A mí me interesan la expansión y la eficacia, no los anticuados conceptos de grandeza. La propaganda distribuida por Serena Butler ha hecho que me cuestionara las bases de mi poder. No sé cómo manejar la información inexacta que viene del exterior. ¿Cómo es posible que los esclavos creen semejantes afirmaciones sin ningún dato que las corrobore?

—Porque los humanos tienen tendencia a creer lo que quieren creer —dijo Erasmo—, ellos se basan en los sentimientos, no en las pruebas. Mirad si no sus paranoias, siempre andan comprobando cada rincón, e incluso miran detrás de las cortinas por temor a que haya espías e infiltrados de las máquinas entre ellos. Sé que hemos logrado infiltrar a algunos de nuestros hombres de confianza en mundos controlados por la Liga, pero esos paranoicos creen que la mayoría de sus vecinos están secretamente conchabados con Omnius. Un miedo tan infundado solo puede perjudicarles.

Juno rió tontamente y Jerjes emitió un sonido exageradamente despectivo al pensar en la credulidad y debilidad de los hrethgir.

—Volviendo al tema que nos ocupa —dijo Agamenón arrastrando una ante pierna sobre las baldosas—, esta destructiva rebelión es responsabilidad de Erasmo. Sus manipulaciones experimentales crearon las condiciones que suscitaron el levantamiento inicial en la Tierra.

Erasmo se volvió hacia el poderoso cimek.

—General, sin la versión del Omnius-Tierra no podemos estar seguros. Sin embargo, tampoco estáis libre de culpa en esto. Uno de los más importantes soldados de la Yihad es vuestro propio hijo, Vorian Atreides.

Agamenón hervía de rabia. Cuántas esperanzas había puesto en su decimotercero y último hijo... a los doce anteriores los mató tras descubrir sus graves defectos. Todo el semen irremplazable que tenía almacenado fue destruido durante el ataque a la Tierra. Agamenón se lo tomó como algo personal, como un ataque contra su familia.

Vorian era su última esperanza, y al final se había convertido en su mayor motivo de vergüenza.

—Todos somos culpables. No me interesan estas pullas irrelevantes —dijo Omnius.

La voz de Juno sonó profunda y resbaladiza.

—Lord Omnius, durante siglos, nosotros los titanes hemos deseado aplastar a los salvajes humanos, pero jamás se nos ha concedido el permiso para hacerlo.



—Eso podría cambiar —dijo la supermente.

—En estos momentos —Agamenón hablaba emocionado—, mi hijo está con el ejército de la Yihad conteniendo a las fuerzas robóticas en Anbus IV. Permittedme dirigir un grupo de combate cimek y encontraré a mi vástago rebelde.

Omnius estuvo de acuerdo.

—La lucha en Anbus IV nos está haciendo gastar demasiado tiempo y energía. Yo esperaba una victoria fácil. Asegúrate de que la consigues, general Agamenón. Y envía a uno de vuestros titanes a Ix a reprimir a los rebeldes. Elimínad ambos problemas rápida y eficazmente.

—Me ofrezco voluntario para ir a Ix, lord Omnius —se apresuró a decir Jerjes. Por lo visto, pensaba que aplastar a unos pocos rebeldes desorganizados sería más fácil que enfrentarse al ejército de la Yihad—. Siempre y cuando tenga apoyo militar. Y me gustaría que Beowulf sea mi general.

—Beowulf viene con nosotros —dijo Agamenón, principalmente para fastidiar a Jerjes. Beowulf era uno de los primeros cimek de nueva generación, creado por Barbarroja más de un siglo después de que la supermente electrónica tomara el poder. Cuando era humano, Beowulf había colaborado con los cimek como señor de la guerra en un planeta secundario. Demostró ser una persona capaz y ambiciosa, y aceptó entusiasmado la oportunidad de convertirse en uno de ellos.

En realidad el general titán no necesitaba a Beowulf, pero se alegró de no tener que llevar con ellos al cobarde Jerjes. Con la ayuda de Juno y Dante podía reunir montones de neocimek fiables, así como fuerzas militares robóticas que se sumaran a los grupos de combate que ya había en Anbus IV. Aun así, derrotar a Vorian Atreides no sería fácil.

Agamenón había enseñado bien a su hijo.



Capítulo 6

Aquí es donde su capacidad analítica les falla a las máquinas pensantes: creen que no tienen ningún punto débil.

Primero Vorian Atreides, Nunca más a una supermente

Cuando la flota de la Yihad pasó sobre la zona de aterrizaje del enemigo en Anbus IV, soltó una lluvia de unidades destructoras. Desde su ballesta en órbita, el joven Vergyl Tantor gritó de alegría porque los primeros escáneres mostraron a las fuerzas de tierra robóticas de vanguardia tambaleándose, cayendo sobre sus rodillas metálicas, con sus circuitos gelificados desparramados.

Al volver de la ciudad de Darits, Xavier Harkonnen se había puesto un uniforme verde y carmesí nuevecito que llevaba los imponentes distintivos de su rango de primero. Aún se sentía sucio por sus conversaciones con los testarudos ancianos zenshiés. En aquellos momentos, mientras enviaba la siguiente oleada de tropas y equipamiento a la superficie, parecía un comandante ideal.

Una lanzadera llena de entusiastas mercenarios de Ginaz —los mejores guerreros que podían comprarse con dinero— descendió sobre el campamento base de las máquinas y cubrió la zona asignada empuñando espadas de impulsos, granadas descodificadoras. Los profesionales de Zon Noret tardaron menos de una hora en destruir la base enemiga casi terminada, y eliminaron a los últimos robots operativos. Las máquinas no esperaban una respuesta tan rápida y abrumadora.

La expresión de Xavier, en pie en el puente de su nave insignia, era de satisfacción.

—Esto ha sido un revés contra el enemigo, pero no creáis ni por un momento que los detendrá.

Vor se repantigó junto a su amigo.

—Ya que no son lo bastante listos para saber cuándo tienen que rendirse, solo tenemos que convencerlos.

Inclinados sobre papeles y mapas en las salas de análisis de la nave insignia, diligentes expertos en tácticas estudiaban la posición de las fuerzas robóticas, tratando de descubrir los planes de Omnius para hacerse con Anbus IV. Al parecer, incluso después de la destrucción de aquella primera base, las máquinas pensaban



desembarcar un impresionante número de efectivos y lanzar una invasión terrestre que sin duda les permitiría tomar el planeta.

En la sala de guerra, los dos primeros estudiaron la ruta que los invasores habrían seguido. Xavier esperaba la opinión de su compañero de pelo oscuro.

—Y bien, ¿tú le ves algún sentido? ¿Qué es lo que quieren hacer?

Vor apartó unos mechones de pelo que le caían sobre sus ojos.

—Como pasa con todo lo que hacen las máquinas pensantes, su plan es evidente: utilizar un número descomunal de efectivos, sin sutilezas. —Frunció los labios, señalando las proyecciones tácticas que les habían facilitado de las salas de análisis—. Como ves, la flota robot tiene la suficiente potencia armamentística para bombardear Anbus IV y eliminar todas las ciudades zenshiés. Así de fácil. Pero parece que Omnius quiere conservar intacta la infraestructura de Darits y las otras ciudades para que su transformación en un Planeta Sincronizado sea más eficaz. Es primitiva comparada con la que ellos instalarían, pero las máquinas se adaptan.

Xavier lo miró con expresión sombría.

—Y eso requiere mucho más trabajo que si se limitan a destruirlo todo.

—Por supuesto, si se alarga demasiado, volverán al plan original. En mi opinión, no tenemos mucho tiempo. Ya les hemos retenido demasiado.

Xavier pasó el dedo por las gargantas que aparecían en las imágenes de satélite.

—Si los robots de combate piensan utilizar una cantidad apabullante de fuerzas de tierra para tomar Darits, la estación hidroeléctrica y la red de comunicaciones, lo más probable es que desciendan sobre los cañones, aquí. Una vez estén dentro de la ciudad, instalarán la copia habitual de Omnius. —Siguió estudiando los mapas de satélite—. ¿Qué propones, Vorian? Incluso si contamos con todos los mercenarios de Ginaz, no tenemos suficientes efectivos para hacer frente a una invasión terrestre tan importante. Nuestros guerreros no son prescindibles.

—Con Omnius no podemos limitarnos a oponer nuestra fuerza bruta a la suya, tenemos que hacer algo inteligente —dijo Vor con una sonrisa—. Las máquinas pensantes quedarán totalmente confundidas.

— ¿Tú crees? ¿Como esa disparatada flota falsa que se está construyendo en Poritrin? No creo que funcione.

Vor lanzó una risa tonta. Él prefería derrotar al enemigo mediante tácticas poco limpias, haciendo trampas, no mediante procedimientos militares; no porque creyera necesariamente que serían más efectivas, sino para minimizar el coste en vidas humanas.

—Bueno, resulta que siempre he tenido un plan guardado en la manga, Xavier, y casi tengo terminado el virus informático contra las naves que se han concentrado en



la zona. Yo me ocuparé de las naves enemigas en el espacio. Y tú de las fuerzas de tierra.

— ¿Y cómo se supone que voy a hacerlo sin un contingente de hombres?

Vor ya tenía preparada su respuesta.

—Transmite un mensaje a nuestra flota ordenando que retiren nuestras fuerzas militares de la superficie. Di que creemos que las máquinas pensantes atacarán desde el espacio.

La expresión de incredulidad de Xavier casi le hizo reír.

—Las máquinas no son tan estúpidas como para creer algo así, Vorian. Incluso un robot es capaz de detectar un ardid tan chapucero.

—No si la transmisión se hace en código. Utiliza tu sistema matemático más complejo. Te garantizo que los robots lo descifrarán. Y eso hará que crean lo que oyen.

—Gracias a tu padre tienes una mente realmente retorcida —dijo Xavier meneando la cabeza—. Pero me alegra que la utilices en beneficio de la Yihad. Si no logramos evitar que las máquinas instalen su Omnius aquí... —La rigidez de su postura hacía pensar que sentía el peso de aquella carga sobre los hombros—. Bueno, digamos que prefiero aniquilar hasta la última estructura de Anbus IV antes que permitir una derrota. La Liga de Nobles en pleno está en juego. —Xavier suspiró, se frotó las sienes—. ¿Por qué Rhengalid no colabora con nosotros? Podemos salvar a su pueblo y a la vez lograr nuestro objetivo.

Vor le dedicó una sonrisa de conmiseración.

—Los zenshiíes ven enemigos por todas partes, pero son incapaces de reconocer a sus amigos. —Había tratado de ver todo aquello desde el punto de vista de los budislámicos, haciendo de abogado del diablo ante las convicciones inamovibles de Xavier, pero las razones de aquella gente no tenían sentido—. Creo que, después de haberme criado entre máquinas, no entiendo la religión.

Xavier levantó la vista de las proyecciones tácticas y arqueó las cejas.

—No podemos permitirnos el lujo de «entenderlos», Vorian. Esas sutilezas son para los políticos que están en sus cómodos despachos, lejos del campo de batalla. La decisión que tomen los zenshiíes tendrá repercusiones para toda la humanidad. Así que, aunque me encantaría dejarlos a su suerte, no puedo. Anbus IV no debe convertirse en otro escalón para Omnius.

Vor le dio unas palmadas en el hombro y se alegró de no tener que enfrentarse a aquella expresión pétrea en una mesa de apuestas o después de marcarse un farol.

—Eres un hombre duro, Xavier Harkonnen.

—La Yihad de Serena me ha hecho así.



Después de estudiar detallados mapas, Xavier eligió un par de estratégicas ciudades zenshiíes como base para sus tropas. Aquellos asentamientos anodinos estaban en la posición perfecta para que los yihadíes emboscaran a las fuerzas robot que pisotearían el paisaje en su camino hacia la ciudad de Darits. El ejército de la Yihad había enviado su artillería y sus proyectiles más pesados para que se instalara y camuflara en las poblaciones del planeta.

Para su orgullo y satisfacción, al tercero Vergyl Tantor se le asignó la supervisión de las operaciones en la población donde se produciría el primer ataque. Durante las horas muertas que pasaban a bordo, mientras jugaba rápidas rondas al *fleur de lys* con Vorian Atreides, Vergyl se quejaba a menudo de que su hermano adoptivo nunca le encargaba misiones importantes. Sin embargo, en esta ocasión, el joven de tez oscura y ojos marrones no dejó de suplicar hasta que Xavier lo puso al mando de la primera de las emboscadas contra las máquinas.

—Vergyl, en la ciudad zenshií encontrarás todo el material que necesitas para preparar el ataque. No olvides tus conocimientos de táctica.

—Sí, Xavier.

—Busca un cuello de botella donde puedas machacar a los ejércitos robot sin exponerte al peligro. Golpea con dureza, ataca con todo lo que tienes y luego repliégate. El tercero Cregg y sus tropas eliminarán a las máquinas pensantes que sobrevivan en la segunda ciudad.

—Lo entiendo.

—También enviaremos grupos de mercenarios para que persigan a posibles grupos de robots aislados —añadió Vor con un bufido—. Será un cambio agradable para ellos, después de haber tenido que circular en órbita fingiendo que amenazaban a las naves enemigas.

—Y... Vergyl —añadió Xavier con un tono más severo que nunca—, ten cuidado. Tu padre me acogió como huérfano cuando las máquinas asesinaron a mi familia. No quiero llevarle malas noticias.

Vergyl entró con sus fuerzas en la ciudad que se le había asignado con la esperanza de que la población autóctona les diera la bienvenida. Miró a su alrededor, tratando de determinar el ánimo de la gente. Los zenshiíes, en su mayoría granjeros y mineros del limo que trabajaban en los bancos de arena ricos en minerales, estaban en el exterior de sus casas y los observaban con consternación. Los transportes aterrizaron uno tras otro, vomitando tropas de yihadíes y mercenarios de Ginaz. Ingenieros y especialistas en armamento empezaron a descargar los componentes de la artillería, mientras los exploradores se dispersaban por la zona buscando los mejores emplazamientos.

Vergyl se adelantó con expresión tranquila.



—No queremos haceros daño. Hemos venido para protegeros de las máquinas pensantes. El enemigo viene hacia aquí.

Los granjeros los miraron. Un hombre con expresión sombría dijo:

—Rhengalid nos ha dicho que no sois bienvenidos. Deberíais marcharos.

—Lo siento, pero tengo órdenes.

Vergyl envió a sus hombres a inspeccionar los edificios.

—No provoquéis ningún destrozo. Buscad estructuras vacías que podamos utilizar. Debemos molestar a esta gente lo menos posible.

Las ancianas lanzaban maldiciones a los guerreros. Los padres escondían a sus hijos y los encerraban en sus casas de gruesas paredes, como si temieran que los ingenieros de Vergyl los fueran a secuestrar en la oscuridad de la noche.

El severo rostro del granjero mostraba resignación.

— ¿Y si no queremos extraños durmiendo en nuestras casas?

Vergyl sabía qué tenía que responder.

—Entonces montaremos tiendas de campaña. Pero preferiríamos contar con vuestra ayuda y hospitalidad. Cuando amanezca, veréis el gran peligro que os acecha. Entonces os alegraréis de que estemos aquí.

Los zenshiés mostraron muy poco entusiasmo, pero no les molestaron.

Se esperaba que las fuerzas robóticas llegaran a través de los cañones en su camino hacia Darits. Los equipos de reconocimiento ya habían localizado el nuevo lugar en la meseta donde los robots estaban instalados, tal como esperaba el primero Atreides.

Los ingenieros tuvieron cuidado de no dejar señales visibles de su trabajo. Las armas pesadas se trasladaron al interior de edificios vacíos; Vergyl no tuvo necesidad de sacar a ninguna familia de su casa.

Había varias casas vacías lo bastante próximas para que sus hombres se instalaran allí para pasar la noche. Cuando Vergyl preguntó a los habitantes del lugar qué había pasado, la única respuesta que recibió fueron expresiones de miedo. Finalmente un granjero con barba habló.

—Esclavistas de Tlulax se los llevaron hace unos meses. Familias enteras. —Y señaló hacia el grupo de casas.

—Lo siento. —No sabía qué decir.

Cuando empezaba a anochecer, Vergyl se puso en contacto con el tercero Hondu Cregh, su homólogo en la segunda aldea. Todo estaba preparado. El tercero Cregh también había encontrado muy poca colaboración entre la gente, pero nadie había entorpecido sus movimientos.



Después de reunir a sus comandos y realizar una última inspección de las armas, Vergyl se sorprendió al ver a varios granjeros zenshiíes que se acercaban con jarras y botellas. Tenso, pero esperando lo mejor, salió a su encuentro. El granjero que había hablado con él un rato antes le ofreció su jarra, y la mujer que caminaba a su lado le tendió varios vasos bajos.

—Los sutras coránicos dicen que debemos ofrecer hospitalidad a cualquier visita, incluso si no ha sido invitada. —El granjero vertió un líquido anaranjado en uno de los vasos—. No deseamos romper la tradición.

Vergyl aceptó el vaso, mientras la mujer llenaba otro para su marido. Vergyl y el zenshií bebieron en un brindis formal; el líquido era amargo, con un fuerte regusto a alcohol, pero el oficial yihadí tomó otro.

Los otros lugareños fueron pasando vasos, y todos los guerreros bebieron, con cuidado de no ofender a sus anfitriones.

—No somos vuestros enemigos —dijo Vergyl tratando de tranquilizarles—. Estamos tratando de salvarlos de las máquinas pensantes.

Aunque los zenshiíes no parecían muy convencidos, Vergyl tenía la sensación de que al menos tenía el beneficio de la duda.

Luego ordenó a sus soldados que cada uno fuera al lugar que se le había asignado y descansara lo que pudiera antes de la llegada de las máquinas. En los lugares donde había artillería camuflada se apostaron centinelas para que vigilaran las armas y las cargas energéticas...

Vergyl se durmió pensando en Xavier, a quien veía como un héroe. Incluso de niño, siempre había querido emular a su hermano mayor, convertirse en oficial de la Yihad como él. A los diecisiete años, después de la trágica matanza de Ellram, Vergyl había convencido a su padre para que le firmara una dispensa para poder alistarse en el ejército. Decenas de miles de voluntarios estaban deseando unirse a la lucha, indignados por aquel nuevo acto de brutalidad de las máquinas. En contra de la voluntad de su mujer, Emil Tantor dejó que Vergyl se alistara, en parte porque estaba convencido de que, si se negaba, el chico se escaparía y acabaría alistándose de todos modos. De esa forma al menos Xavier podría vigilarlo.

Tras recibir el entrenamiento básico y la instrucción formal, Vergyl fue transferido a Giedi Prime para que ayudara en las tareas de reconstrucción después de la expulsión de las máquinas. Durante años, Xavier evitó que su hermano fuera enviado al frente, y le encargó la construcción de un imponente monumento en memoria a los caídos que se inauguraría en breve.

En Giedi Prime, Vergyl también conoció y se enamoró de Sheel. Llevaban trece años casados y tenían dos hijos, Emilio y Jisp, y una hija, Ulana.

Pero Xavier no podía protegerlo eternamente. Era un oficial con talento y pronto las exigencias de la guerra le obligaron a entrar en combate. Hasta el momento, la



batalla más peligrosa en la que había participado era la reconquista del planeta no aliado de Tyndall, un contraataque masivo e inesperado que permitió arrebatarse aquel planeta arrasado de las manos de las máquinas pensantes. En aquella ocasión, Vergyl se distinguió por su valor y recibió dos medallas que envió a su mujer y a sus hijos.

Ahora se prometió a sí mismo hacer lo posible para que la operación que le habían encomendado fuera un éxito. También derrotarían a las máquinas pensantes en Anbus IV, y Vergyl Tantor reclamaría su parte en la victoria.

Un sueño profundo cayó sobre él como una pesada cortina. Más tarde, al final de la noche, no mucho antes de la llegada de las máquinas, se puso terriblemente enfermo. Igual que el resto de soldados.

Cuando las cuatro ballestas de la Yihad orbitaron hacia el lado opuesto del planeta, las fuerzas enemigas hicieron descender un nuevo contingente de robots de combate. El enemigo había aprendido y había reaccionado tras el primer intento de establecer una avanzadilla. Las fuerzas de Omnius se movieron con gran rapidez y eficacia para preparar la ofensiva del día siguiente. Batallones de temibles soldados mek y vehículos de combate iniciaron la marcha hacia Darits, colocando generadores y subestaciones a cada kilómetro que conquistaban.

Más allá, en el cañón sedimentario, mercenarios de Ginaz a los que se había pagado muy bien se desplegaban bajo la dirección de Zon Noret. Avanzaban por lo alto de los peñascos y seguían cursos de agua, preparando pequeñas barricadas. Detonaban cargas para destruir las paredes de estrechos cañones, a fin de impedir el avance de las máquinas, aunque los robots tenían la suficiente potencia de fuego para abrirse paso por las barricadas.

Otros mercenarios recorrían arroyos llanos y amplios, colocando hileras de minas terrestres destinadas a eliminar la vanguardia de los mek de combate. Cada mercenario llevaba un escudo Holzman que protegía su cuerpo mediante una barrera invisible. Los robots contaban con armas arrojadas, balas y agujas punzantes, pero los escudos los protegían de estos ataques. Los mercenarios lucharon cuerpo a cuerpo entre los robots.

Zon Noret había dado instrucciones muy precisas a cada uno de ellos.

—Vuestra misión no es destruir al enemigo, aunque obviamente sería bueno causarle algunos daños. —Sonrió—. Vuestra misión es disparar al azar, lo suficiente para conseguir que las máquinas sigan adelante. Provocadles, azuzadles, convencedles de que los nativos del planeta piensan resistirse a la ocupación. Eso se nos da muy bien.

Pero aquella ineficaz resistencia tan bien ensayada también debía hacer creer al batallón robótico que los humanos no tenían nada mejor esperando allá delante. Los guerreros independientes de Noret tenían que ser cuidadosamente incompetentes.



Los robots siguieron adelante, impulsados por su programa interno.

Cuando el sol derramaba sus primeras luces sobre el paisaje, en la casa donde había dormido, Vergyl Tantor iba pegado a la pared, sin tenerse apenas en pie. La casa olía a vómito y diarrea. Muchos de los soldados se lamentaban al sentirse traicionados, se tambaleaban, tenían arcadas y apenas podían moverse. Al llegar a la puerta, Vergyl pestañeó y tosió. Los lugareños zenshiíes salieron de sus casas perfectamente frescos.

Vergyl dijo con voz jadeante:

—Nos... nos han envenenado.

—Se os pasará —dijo el granjero de la barba—. Ya os avisamos. Los extranjeros no son bienvenidos aquí. No queremos tener nada que ver con esa guerra vuestra contra las máquinas demoníacas. Marchaos.

El oficial yihadí se balanceó, y tuvo que aferrarse al tosco marco de la puerta para mantenerse derecho.

—Pero... ¡moriréis todos esta mañana! No es a nosotros a quienes quieren, es a vosotros. Los robots... —Le dieron arcadas otra vez y se dio cuenta de que los lugareños debían de haber tomado alguna medicina o antídoto.

Entonces su comunicador emitió una señal: una llamada urgente. Vergyl apenas fue capaz de carraspear antes de responder. Los escuadrones dispersos de yihadíes y los equipos de exploración informaban que los intrusos robóticos ya habían salido de su nuevo asentamiento. Los mercenarios de Ginaz ya se habían interpuesto en su camino para agujijonearlos. El asalto estaba a punto de empezar.

— ¡Las máquinas se acercan! —gritó Vergyl con voz ronca, tratando de levantar a sus hombres—. ¡Todo el mundo a sus puestos! —Sin hacer caso de los lugareños, Vergyl volvió dentro y empezó a sacar a los soldados a rastras. Todos iban vestidos como granjeros para que no se notara que eran yihadíes, pero su ropa estaba empapada de sudor y manchada de vómito.

— ¡Levantaos! ¡Despertad! —Empujó a uno de sus hombres, apenas consciente, hacia el emplazamiento más próximo de la artillería—. A vuestros puestos.

Entonces vio con horror que los centinelas estaban doblados por las convulsiones, junto a las armas. Corrió como un muñeco roto, tratando de reunir todo el equilibrio y la velocidad que pudo para llegar al edificio más cercano, donde habían apostado un gran lanza proyectiles. Miró aquella pesada arma. Un artillero tambaleante entró detrás de él y Vergyl trató de activar el sistema. Se frotó sus ojos cansados. Parecía que la mira telescópica no funcionaba bien.

Su artillero volvió a manipular los mandos, abrió el panel y dejó escapar un grito de sorpresa y desaliento.



— Alguien ha cortado los cables... no tenemos energía.

De pronto Vergyl oyó unos gritos desgarrados que provenían de otros emplazamientos donde habían apostado sus armas en el asentamiento.

— La gente a la que tratamos de ayudar nos ha apuñalado por la espalda — exclamó furioso.

La ira le dio la fuerza suficiente para superar el mareo por un momento. Vergyl salió tambaleándose para hacer frente a los granjeros, que estaban allí con expresión satisfecha.

— ¿Qué habéis hecho? — gritó con voz bronca —. Estúpidos, ¿qué habéis hecho?



Capítulo 7

El futuro, el pasado y el presente están entrelazados, son el tejido que forma cualquier punto en el tiempo.

De «La leyenda de Selim Montagusanos», poema zensuní

En pie, justo en la entrada de la enorme cueva tribal, Selim Montagusanos miraba el tranquilizador mar de dunas de Arrakis, esperando el momento en que el sol asomara por el horizonte. Esperó, y entonces notó que su pulso se aceleraba, porque la luz dorada se derramó como metal fundido sobre el desierto ondulado, purificador e inevitable, como sus visiones, como su misión en la vida.

Selim saludó al nuevo día aspirando una bocanada de aquel aire tan seco que le quemaba en los pulmones. El amanecer era su momento favorito del día, cuando acababa de despertar de una noche cuajada de sueños misteriosos y de portentos. Era el mejor momento para culminar tareas importantes.

Un hombre alto y demacrado se acercó; siempre sabía dónde encontrar a su líder al amanecer. El fiel Jafar tenía una mandíbula poderosa, mejillas hundidas y unos ojos muy azules por los años de dieta rica en especia. El teniente esperó en silencio; Selim era consciente de su presencia. Finalmente, Selim dio la espalda al sol naciente y miró a su amigo y seguidor más respetado.

Jafar le tendió un pequeño plato.

—Te he traído melange para la mañana, Selim, para que puedas ver mejor en la mente de Shai-Hulud.

—Nosotros le servimos, y a nuestro futuro, pero nadie puede comprender la mente de Shai-Hulud. Nunca des eso por sentado, así vivirás más tiempo, Jafar.

—Como tú digas, Montagusanos.

Selim cogió una de las obleas, hechas de especia mezclada con harina y miel. Sus ojos también reflejaban el profundo azul de la adicción, pero la especia sagrada le había ayudado a seguir con vida, dándole energía incluso en momentos de gran tribulación y privaciones. La melange era como una maravillosa ventana al universo, y proporcionaba a Selim visiones que le ayudaban a entender el destino que Budalá había elegido para él. Él y su tropa de exiliados del desierto cada vez más numerosa seguían una llamada más importante que cualquiera de sus vidas individuales.



—Esta mañana habrá una prueba —dijo Jafar, y su voz profunda sonó totalmente neutra. El sol recién nacido dejó al descubierto huellas secretas aparecidas durante la noche—. Biondi desea probarse a sí mismo. Hoy intentará montar a un gusano.

Selim frunció el ceño.

—No está preparado.

—Pero él insiste.

—Morirá.

Jafar encogió los hombros.

—Pues entonces morirá. Es el camino del desierto.

Selim dejó escapar un suspiro de resignación.

—Cada hombre debe saber enfrentarse a su conciencia y probarse a sí mismo. Shai-Hulud es quien decide en última instancia.

Selim apreciaba a Biondi, aunque la impaciencia y la temeridad del joven eran más apropiadas para un extraplanetario del puerto espacial de Arrakis City que para la monotonía de la vida del desierto. Con el tiempo, Biondi tal vez se convertiría en un valioso miembro de su grupo, pero si no era capaz de estar a la altura de sus capacidades, entonces sería un peligro para los demás. Mejor descubrir ahora si ese era su punto débil y no arriesgar las vidas de los fieles seguidores de Selim.

—Miraré desde aquí —dijo Selim.

Jafar asintió y se fue.

Hacía más de veintiséis años estándar, Selim había sido falsamente acusado de robar agua de uno de los almacenes de su tribu; y como castigo fue exiliado al desierto. Manipulados por las mentiras del naib Dhartha, los que antes eran sus amigos lo persiguieron desde las cuevas; arrojándole piedras e insultándole, hasta que se adentró en las dunas traicioneras, donde supuestamente debía morir devorado por uno de los «demonios gusanos».

Pero Selim era inocente, y Budalá le había salvado... con un propósito.

Cuando un gusano de arena se acercó para devorarlo, Selim descubrió el secreto de cómo montar a aquella criatura. Shai-Hulud lo llevó lejos de su aldea y lo depositó cerca de una estación botánica de investigación abandonada, donde encontró comida, agua y herramientas. Allí, Selim tuvo tiempo de mirar en su interior y comprender cuál era su verdadera misión.

En una visión inducida por la melange, medio asfixiado entre el denso polvo rojo que había aflorado por una explosión de especia, supo que debía evitar que el naib Dhartha y sus parásitos del desierto recolectaran y distribuyeran la melange en los mundos exteriores. Durante años, él solo había atacado numerosos campamentos y



había destruido la especia que los zensuní recogían. Se había ganado una reputación, y el nombre de Montagusanos.

No mucho después empezó a reunir seguidores.

Jafar fue el primero, hacía dos décadas. Renunció a la protección de su pueblo cerca de Arrakis City para buscar a aquel hombre capaz de montar a las grandes bestias del desierto. Selim lo encontró bajo un cielo deslumbrante, estaba medio muerto, deshidratado, quemado por el sol, desfallecido de hambre. Cuando levantó la vista y vio al proscrito delgado y endurecido, Jafar habló con voz entrecortada a través de sus labios agrietados, no para pedir agua, sino para hacer una pregunta: «¿Eres el Montagusanos?».

Selim llevaba cinco años solo —demasiado solo—, dedicado a una misión sagrada demasiado importante para un solo hombre. Cuidó de Jafar hasta que recuperó la salud y le enseñó a montar a Shai-Hulud. En los años que siguieron, los dos hombres reunieron un grupo de seguidores, hombres y mujeres insatisfechos con las normas estrictas y la injusticia de la vida en las colonias zensuníes de las cuevas. Selim les hablaba de su misión de frenar el cultivo de especia y ellos escuchaban, hechizados por el brillo de sus ojos.

De acuerdo con las repetidas visiones de Selim, las actividades de los mercaderes extraplanetarios y los recolectores zensuníes trastocarían la paz del planeta desértico. Aunque el marco temporal era impreciso y se perdía en un futuro lejano e incierto, la difusión de la especia por la galaxia acabaría por llevar a la extinción de todos los gusanos y a una crisis de la civilización humana. Sus palabras resultaban atemorizadoras, pero cuando lo veían cabalgando con orgullo en lo alto de la curva montañosa de un gran gusano de arena, nadie podía dudar de sus palabras ni de su fe.

«Pero ni siquiera yo comprendo a Shai-Hulud... el Viejo Hombre del Desierto.»

Cuando fue exiliado, el joven y pícaro Selim no tenía ningún deseo de convertirse en líder. Pero, después de décadas viviendo de su ingenio y tomando decisiones en nombre del grupo de seguidores que dependían de su dirección para sobrevivir, Selim Montagusanos se había convertido en un general seguro de sí mismo y lúcido; había empezado a creer en el mito de que era un demonio del desierto, indestructible. Aunque su vida estaba dedicada a la conservación de los gusanos, no esperaba que el caprichoso Shai-Hulud le mostrara gratitud...

De forma inesperada, Jafar volvió a la cámara haciendo tanto ruido que Selim se apartó de la abertura de la ventana y vio que su amigo traía a una recién llegada. Estaba sucia y flaca, pero sus ojos oscuros brillaban con una expresión altanera y desafiante. Los polvorientos cabellos castaños estaban muy cortos. Bajo los ojos, las mejillas estaban quemadas, pero por lo demás, parecía en buen estado. La joven seguramente había tenido la precaución de cubrirse el cuerpo para protegerse de los



estragos del sol. Una cicatriz blanca con forma de media luna atravesaba su ceja izquierda, un detalle exótico en un rostro de una belleza natural.

—Mira lo que hemos encontrado en el desierto, Selim. —Jafar estaba muy derecho, con expresión estoica, impertérrita, pero Selim percibió un destello de humor en sus profundos ojos azules.

La joven se apartó de aquel hombre alto, como si quisiera demostrar que no necesitaba su protección.

—Mi nombre es Marha. He viajado sola, te buscaba.

—En su rostro apareció una expresión de inseguridad y respeto, lo que hizo que pareciera inesperadamente joven—. ¡Me... me siento honrada de conocerte, Selim Montagusanos!

Selim le sujetó el mentón y le hizo alzar el rostro para que le mirara. Estaba delgada y sucia, pero tenía grandes ojos y facciones fuertes.

—Eres muy poca cosa. No nos servirás para el trabajo duro. ¿Por qué has dejado a tu gente?

—Porque son todos unos idiotas —espetó ella.

—Descubres a muchos idiotas cuando conoces a la gente.

—Yo no lo soy. He venido para unirme a ti.

Selim arqueó las cejas, divertido.

—Ya veremos. —Se volvió a mirar a Jafar—. ¿Dónde la encontrasteis? ¿Hasta dónde ha conseguido acercarse?

—La cogimos bajo la Aguja. Había acampado allí, y no sabía que la habíamos estado vigilando.

—Os había visto —insistió en decir ella.

La Aguja estaba muy cerca del asentamiento. Aunque estaba impresionado, Selim no dejó que se notara.

— ¿Y has sobrevivido en el desierto tú sola? ¿A qué distancia está tu aldea?

—A ocho días de camino. Llevaba comida y agua, y he cazado lagartos.

—Querrás decir que robaste comida y agua en tu aldea.

—Me la había ganado.

—Dudo que vuestro naib lo vea de la misma forma. No es probable que tu gente vuelva a aceptarte.

Los ojos de Marha destellaron.

—No, no es probable. Huí de la aldea del naib Dhartha, igual que hiciste tú hace años.



Selim se puso rígido y la estudió.

— ¿Sigue controlando a la tribu?

— Les enseña que eres malvado, un ladrón, un vándalo.

La risa de Selim fue seca, sin pizca de humor.

— Quizá tendría que mirarse en un espejo. Su traición lo convirtió en mi enemigo de por vida.

Marha parecía cansada y sedienta, pero no se quejó, no pidió su hospitalidad. Se llevó la mano a la garganta y tiró de un collar con un hilo metálico del que colgaba una colección tintineante de fragmentos de metal.

— Fichas de especia de los extraplanetarios. El naib Dhartha me mandó a trabajar en la arena, a arañar la especia y recolectarla para entregarla a sus amigos mercaderes de Arrakis City. Ya hace tres años que estoy en edad de casarme, pero ninguna mujer zensuní (ni ningún hombre) puede buscar pareja hasta haber reunido cincuenta fichas. Así es como el naib Dhartha mide nuestra utilidad para la tribu.

Selim frunció el ceño, su dedo tocó las fichas con delicadeza y luego volvió a colocarlas bien en el collar.

— Le ciega la avaricia, y la falsa esperanza de una vida fácil.

Se volvió a mirar al desierto. Entrecerró los ojos a causa del sol de la mañana y vio cuatro figuras que emergían de las cuevas más bajas. Salieron a las arenas ataviados con túnicas y capas de camuflaje y con los rostros cubiertos para evitar la pérdida de humedad.

El más pequeño era Biondi. Se estaba preparando para su prueba.

Marha miró con expresión inquisitiva a Selim, luego a Jafar.

— Selim Montagusanos recibe mensajes de Shai-Hulud —le explicó Jafar—. Dios nos ha encomendado la misión de detener el saqueo del desierto, poner fin al cultivo de especia, un comercio que amenaza con llevar a la historia por un camino desastroso. Es una tarea demasiado enorme para nuestro pequeño grupo. Al colaborar en el cultivo de la especia, tú misma has ayudado a nuestros enemigos.

La joven mujer meneó la cabeza con gesto desafiante.

— Al abandonarlo he contribuido a vuestra causa.

Selim se volvió de nuevo hacia ella y su mirada pasaron de la cicatriz en forma de media luna a los ojos intensos. En ellos vio determinación, aunque no podía estar seguro de sus verdaderos motivos.

— ¿Por qué has venido aquí, donde sabes que te espera una vida muy dura, en lugar de irte a Arrakis City y enrolarte en la nave de algún mercader?

La joven pareció sorprendida por la pregunta.



— ¿Tú qué crees?

— Porque confías en los extraplanetarios tan poco como en vuestro líder.

Ella alzó el mentón.

— Quiero montar gusanos. Solo tú puedes enseñarme.

— ¿Y por qué iba a hacerlo?

El entusiasmo de la joven era mayor que su inseguridad.

— Pensé que, si lograba encontrarte, si conseguía localizar por mí misma vuestro escondite, me aceptaríais.

Selim arqueó las cejas.

— Eso es solo el primer paso.

— El paso más fácil —añadió Jafar.

— Cada cosa a su tiempo, Marha. Por el momento lo has hecho muy bien. No hay muchos que consigan llegar hasta la Aguja antes de que los capturemos. A algunos los mandamos de vuelta con provisiones suficientes para el viaje de regreso a casa. Otros están tan desesperadamente perdidos que vagan hasta morir sin sospechar siquiera que les hemos estado observando.

— ¿Los dejáis morir?

Jafar se encogió de hombros.

— El desierto es así. Si no son capaces de sobrevivir, no nos sirven.

— Yo no soy inservible. Soy muy buena con el cuchillo... maté a un adversario y herí a otro en dos duelos. —Se tocó la ceja—. Un hombre me hizo esto en el puerto espacial. Trató de violarme. Y a cambio yo le rajé la barriga.

Selim sacó su daga cristalina de un color blanco lechoso y la sostuvo en alto para que la joven pudiera verla.

— Todo montagusanos lleva una daga como esta, hecha con el diente sagrado de Shai-Hulud.

Marha la observó maravillada, con los ojos brillantes.

— ¡Ah, lo que podría hacer con un arma como esa!

Jafar rió.

— Muchos querrían tener una como esta, pero debes ganártela.

— Decidme qué debo hacer.

Al oír un redoble de tambor procedente del extenso desierto, Selim se volvió hacia la ventana.



—Jovencita, antes de que tomes una decisión tan impetuosa observa y verás qué te espera.

—Me llamo Marha. Y ya no soy una jovencita.

Para los jóvenes de las aldeas de Arrakis, Selim era un personaje admirado, un héroe temerario. Muchos trataban de imitarle y convertirse en montagusanos, aunque él trataba de disuadirlos y les advertía de los peligros de la vida del renegado. El había recibido una visión de Budalá, así que no tenía elección. Pero ellos sí.

A pesar de sus consejos, los candidatos, con su mirada soñadora, rara vez le escuchaban. Salían allá fuera con sus grandes sueños y un exceso de confianza, y normalmente aquello era su ruina. Pero los que sobrevivían aprendían la lección más importante de su vida.

El sonido del tambor resonaba entre las dunas. Casi todos los observadores habían abandonado la arena y habían regresado al abrigo de las rocas. Un hombre, Biondi, estaba sentado en lo alto de una duna, el lugar que había elegido para su prueba. Con él llevaba todo lo que necesitaba: uno de los nuevos destiltrajes que Selim y los suyos habían creado para protegerse y poder sobrevivir cuando tenían que salir al desierto; palos y ganchos, y una cuerda sujeta entre las rodillas. Tocaba un tambor solitario, emitiendo una llamada fuerte e insistente.

Marha se adelantó para situarse junto a Selim, como si no acabara de creerse que estaba junto al hombre que había dado origen a tantas y tantas leyendas.

— ¿Vendrá un gusano? ¿Lo montará?

—Ahora veremos si lo consigue —dijo Selim—. Pero Shai-Hulud vendrá. Siempre viene.

Selim fue el primero que vio acercarse al gusano, y se lo señaló a la joven. Después de más de un cuarto de siglo, había perdido la cuenta de las veces que había llamado a un gusano de arena y había trepado por sus anillos para guiar a la criatura a donde él quería.

Biondi solo había montado en dos ocasiones, pero lo hizo acompañado por un maestro jinete, que fue quien realizó todo el trabajo. La actuación del joven había sido correcta, pero aún tenía mucho que aprender. Otro mes de entrenamiento le hubiera ayudado enormemente.

Selim esperaba no perder a otro seguidor, pero fuera como fuese, el destino de Biondi estaba en sus propias manos.

El novicio estuvo tocando el tambor más tiempo del necesario. No vio que el gusano se acercaba hasta que miró hacia el este y notó la ondulación de la arena. Entonces cogió su equipo y se puso en pie con dificultad; al hacerlo golpeó accidentalmente el tambor, que cayó rodando por la duna.



Al pie de aquella formación arenosa, el tambor golpeó una roca y emitió un nuevo sonido reverberante. El gusano se desvió ligeramente, y Biondi cambió su posición tambaleándose en el último momento. El gusano emergió repentinamente, provocando una lluvia de arena que allanó las dunas.

Selim se quedó maravillado ante aquella imagen tan majestuosa.

—Shai-Hulud —susurró con reverencia.

Biondi, una figura insignificante en comparación con aquel monstruo, sujetó los ganchos y el palo con los músculos en tensión.

Instintivamente, Marha retrocedió, pero Selim la sujetó por el hombro y la obligó a seguir mirando.

En el último momento, Biondi perdió los nervios. En lugar de mantenerse firme, sujetando el palo extensor y el gancho, se dio la vuelta para huir. Pero ningún hombre podía huir de Shai-Hulud. El gusano cogió a su víctima junto con un bocado de arena y polvo. Selim ya casi no veía la diminuta figura del joven, que desapareció por la interminable garganta.

Marha miraba, traspuesta. Jafar meneó la cabeza y bajó el mentón, apenado y decepcionado.

Selim asintió como un sabio mucho mayor de lo que en realidad era.

—Shai-Hulud considera que el candidato no estaba preparado. —Se volvió hacia Marha—. Ahora has visto el peligro. ¿No prefieres volver a tu aldea y suplicar perdón al naib Dhartha?

—Al contrario, creo que ahora ya tienes sitio para un nuevo seguidor. —Miró con gesto fiero hacia las arenas—. Y sigo queriendo montar a los gusanos.



Capítulo 8

Aguante. Fe. Paciencia. Esperanza.

Estas son las palabras clave de nuestra existencia.

Oración zensuní

En Poritrin, aquel extravagante y absurdo proyecto de construcción exigía una cantidad extraordinaria de trabajo y de mano de obra. Y por tanto de esclavos.

Ishmael estaba rodeado de chispas y humo, en medio de la atmósfera caliente de los astilleros y el estrépito de las fundiciones adyacentes. Empapado en sudor, manchado de hollín y polvo grasiento, Ishmael realizaba su trabajo junto a los otros cautivos, siguiendo las instrucciones y procurando no llamar la atención. Era la forma que los zensuníes tenían de sobrevivir, llevar una vida relativamente cómoda dentro de las limitaciones que les imponían sus captores de Poritrin.

Por la noche, cuando volvían a los alojamientos para los budislámicos, Ishmael dirigía a los suyos en la oración y los animaba a tener fe. Era el zensuní más cultivado del grupo, y había memorizado más sutras y parábolas que los demás. Así pues, acudían a él en busca de orientación, sin embargo, hasta él mismo se sentía perdido.

En su corazón, Ishmael sabía que aquel cautiverio terminaría algún día, aunque ya no estaba tan seguro de que él pudiera verlo. Ya tenía treinta y cuatro años. ¿Cuánto tiempo podía conservar la esperanza de que Dios liberara a su gente?

Después de todo tal vez Aliid tenía razón...

Ishmael cerró los ojos y musitó una rápida oración antes de seguir con su trabajo. Oía el sonido del metal y el siseo de las soldadoras láser.

Al sur de la ciudad de Starda, el delta del río Isana se ensanchaba, dejando numerosas islas llanas separadas por profundos canales de navegación. Las barcazas traían materias primas desde las minas del norte hasta los centros de producción.

En los últimos seis meses, siguiendo el consejo del primero Vorian Atrides del ejército de la Yihad, el savant Tio Holtzman había reunido una enorme fuerza de trabajo, obligando a desplazarse a grupos de esclavos de todo el continente, con la bendición de lord Niko Bludd. Aquel proyecto a gran escala *exigía*, la participación de todos los obreros de Poritrin; más de mil trabajadores habían sido trasladados a las islas industriales. Fábricas pestilentes y ruidosas transformaban las materias



primas en los componentes de inmensas naves espaciales, planchas para los cascos y cubiertas para los motores, para después trasladarlo todo a órbita y montarlo en el espacio.

Nadie se había molestado en explicar el plan a las cuadrillas de esclavos. Como si fueran hormigas obreras, cada hombre y mujer tenía su tarea, y había supervisores que controlaban aquel frenesí de actividad desde arriba.

Para Ishmael aquello no era más que otro trabajo sucio y difícil. En los últimos cinco años, había trabajado en campos de caña, en minas y en las fábricas de Starda y sus alrededores. Entre los apasionados zenshií, y también entre los menos radicales zensuníes, había un gran descontento porque cada vez les obligaban a trabajar más para responder a las exigencias de la guerra galáctica de Serena Butler.

Cuando Ishmael no era más que un crío, unos invasores atacaron su pacífica aldea en Harmonthep. Secuestraron a colonos zensuníes sanos y los obligaron a trabajar en los planetas de la Liga donde se permitía la esclavitud. Después de más de veinte años, Poritrin era el mundo de Ishmael, su hogar y su cárcel. Había hecho lo mejor que había podido con su vida.

Ishmael no había causado problemas, así que al llegar a la madurez física se le permitió tomar esposa. Al fin y al cabo, los negreros de Poritrin querían que su ganado rindiera, y las estadísticas demostraban que los esclavos casados trabajaban más y se dejaban controlar más fácilmente. Ishmael aprendió enseguida a amar a Ozza, una mujer fuerte y curiosa que le dio dos hijas: Chamal, que ahora tenía trece años, y la pequeña Falina, que tenía once. Sus vidas no les pertenecían, pero al menos su familia se había mantenido unida a pesar de los diversos traslados y cambios de trabajo. Ishmael nunca supo si era una recompensa por sus servicios o una simple casualidad.

En aquellos momentos, las chispas anaranjadas y el resplandor de las aleaciones candentes convertían aquel lugar en una encarnación del Sheol, tal como se describía en los sutras budislámicos. El humo sulfuroso y el regusto del polvillo metálico y los metales quemados obligaban a los esclavos a cubrirse el rostro con unos trapos ennegrecidos para poder respirar.

A su lado, Ishmael veía el semblante sudado y siempre furioso de su amigo de la infancia, Aliid, a quien no había vuelto a encontrar hasta hacía muy poco en los astilleros. El odio contenido de su compañero le hacía sentirse amenazado e incómodo, pero la amistad era una de las pocas cosas a las que podían aferrarse en aquel lugar.

Ya de pequeño, Aliid siempre fue muy problemático, dispuesto siempre a romper las normas, dado al vandalismo y a pequeños actos de sabotaje. Y él, que era su amigo, con frecuencia había tenido que soportar los castigos y los traslados con él. Antes de que llegaran a la adolescencia los separaron, y no habían vuelto a verse desde hacía casi dieciocho años.



Pero el nuevo y ambicioso proyecto de construcción de Tio Holtzman había reunido a muchos esclavos en las fábricas y las fundiciones. Ishmael y Aliid se habían reencontrado.

En aquellos momentos, entre el repiqueteo de los martillos y el latido percusivo de las soldadoras, Ishmael desplazaba la maquinaria sobre las juntas de las placas de los cascos. Con los años, sus músculos se habían desarrollado considerablemente, al igual que los de Aliid. Aunque sus ropas estaban sucias y rotas, Ishmael llevaba el pelo muy corto y se afeitaba las mejillas, la barbilla y el cuello. En cambio, Aliid se dejaba crecer su pelo oscuro y lo llevaba sujeto con una tira de cuero. Su barba era espesa y negra como la de Bel Moulay, el líder zenshií que trató de liderar una revuelta de esclavos cuando no eran más que unos crios.

Ishmael subió hasta donde estaba su amigo y le ayudó a colocar la pesada plancha de metal en su sitio. Aliid puso en marcha la soldadora antes de que ninguno de los dos pudiera comprobar si las planchas estaban correctamente alineadas. El trabajo de Aliid era bastante chapucero, y él lo sabía, pero los nobles de Poritrin y los supervisores nunca los penalizaban ni criticaban su trabajo. Una tras otra, las naves se habían ido ensamblando en el espacio, en la órbita de aquel tranquilo planeta. Ya había docenas preparadas allá arriba, como una jauría de perros de caza que esperan su oportunidad.

— ¿Está dentro de los niveles de tolerancia? —preguntó Ishmael con cautela—. Si no sellamos bien las juntas del casco podríamos provocar la muerte de miles de tripulantes.

Aliid no parecía muy preocupado y continuó disparando la pistola soldadora. De un tirón se quitó el sucio trapo que le cubría la cara para que Ishmael viera su sonrisa dura.

—Ya me disculparé cuando oiga que sus espíritus gritan desde las profundidades del Sheol, que es adonde va la mala gente. Además, si no se molestan en comprobar los componentes en órbita, merecen morder el polvo.

Mientras que él había logrado un destino más o menos estable y se sentía medianamente feliz con su familia, el torturado amigo de Ishmael había sido transferido docenas de veces. Gritando para hacerse oír por encima del estruendo de los astilleros, Aliid le había hablado de su mujer, a la que quería apasionadamente, y de su bebé recién nacido, al que casi ni recordaba: diez años atrás, uno de los supervisores lo descubrió adulterando el combustible de una gran muela de una mina; como castigo, lo separaron de su grupo de trabajo y lo enviaron a la otra punta de Poritrin.

Aliid no había vuelto a ver a su mujer, y nunca había podido coger a su hijo en brazos. Con razón era tan agrio y agresivo. Pero aunque él era el único responsable de su situación, no le interesaban las amonestaciones de Ishmael. En opinión de



Aliid, los únicos culpables eran los habitantes de Poritrin. ¿Por qué iban a importarles las vidas de la gente que tripulaba aquellas naves?

Extrañamente, a los supervisores y a los responsables de la construcción de los barcos tampoco parecía importarles mucho la calidad, como si les preocupara más que se hiciera el trabajo deprisa que asegurar su funcionamiento. O su seguridad.

Ishmael volvió a su trabajo con diligencia. No merecía la pena hurgar demasiado en detalles o preguntas que pudieran suscitar la ira de los supervisores. El tiempo pasaba más fácilmente si por fuera se mostraba como un hombre anodino y ocultaba su identidad muy adentro. Por la noche, cuando recitaba sutras para sus seguidores zensunies, recordaba la vida en Harmonthep, cuando escuchaba cómo su abuelo recitaba esas mismas escrituras...

De pronto empezaron a sonar las sirenas del cambio de turno y la intensidad de las luces aumentó en el interior de la ruidosa refinería. Las chispas caían al suelo como minúsculos meteoros y las poleas subían la maquinaria hasta el techo de las naves. Las voces que bramaban desde los altavoces no eran más que un galimatías en medio del estrépito general. Supervisores uniformados iban a un lado y a otro por las diferentes secciones, dirigiendo a las cuadrillas hacia las plataformas.

—Lord Niko Bludd concede a toda la gente de Poritrin, incluidos los esclavos, esta hora de relajación y contemplación, para conmemorar la victoria de la civilización sobre el barbarismo, el triunfo del orden sobre el caos.

El alboroto de la refinería y los astilleros menguó. Las cuadrillas de esclavos interrumpieron sus conversaciones y miraron hacia los altavoces. Los supervisores estaban sobre elevadas plataformas, dedicándoles miradas furiosas para asegurarse de que prestaban atención.

El anuncio continuó, ahora con mayor claridad. Era un mensaje de lord Bludd.

«Hoy hace veinticuatro años que mis dragones pusieron fin al levantamiento violento e ilegal encabezado por el criminal Bel Moulay. Este individuo engañó a nuestros esclavos, confundiéndolos con promesas irracionales que los arrastraron a una lucha desesperada y absurda. Afortunadamente, nuestra civilización logró restablecer el orden.

»Hoy es el aniversario de la ejecución de ese hombre perverso. Celebramos los triunfos de la sociedad de Poritrin y la Liga de Nobles. Todos los humanos debemos dejar a un lado nuestras diferencias y combatir a nuestro enemigo común, las máquinas pensantes.»

Aliid frunció el ceño, tratando de contenerse. Ishmael sabía muy bien qué estaba pensando. Al trabajar en la industria armamentística, los esclavos contribuían involuntariamente a la lucha contra Omnius. Y sin embargo, para los cautivos, los esclavistas de Poritrin eran tan perversos como las máquinas... solo que de otra forma.



«Esta noche, todos los habitantes de Poritrin están invitados a los festejos. Piroflores y cuadros celestes serán arrojados desde unas plataformas en el río. Los esclavos podrán mirar, siempre y cuando permanezcan en las zonas asignadas. Si trabajamos en colaboración y aunamos nuestras fuerzas, Poritrin se asegurará la victoria sobre Omnius y se liberará de las máquinas pensantes. Que ningún hombre olvide lo mucho que nuestra raza puede lograr.»

El mensaje terminó y los supervisores aplaudieron religiosamente, pero los esclavos tardaron un poco en lanzar sus vítores. Detrás de la barba negra la expresión de Aliid se ensombreció, y volvió a cubrirse el rostro con el trapo; Ishmael no creía que los responsables de las cuadrillas de trabajo hubieran reparado en su expresión de odio.

Cuando cayó la noche y los esclavos volvieron a su campamento en la marisma, lord Bludd inició los extravagantes festejos. Cientos de globos fosforescentes se elevaron al cielo. La música flotaba sobre el río. A pesar de las dos décadas que llevaba en Poritrin, a Ishmael, que estaba sentado con su mujer y sus dos hijas, aquellas melodías le parecían atonales y extrañas.

Los nobles de Poritrin se consideraban seguidores del navacristianismo, bucólico y descafeinado, pero su fe no se extendía a la vida diaria. Tenían sus festividades y abrazaban los arreos propios de la religión, pero las clases altas de Poritrin hacían muy poco para demostrar su fe. Durante siglos, la economía se había basado en el trabajo de los esclavos, desde que dejaron atrás la compleja tecnología y renunciaron a cualquier cosa que les recordara a las máquinas pensantes.

Los esclavos aprendieron a arañar cualquier pequeño momento o recuerdo que podían. Las hijas de Ishmael, Chamal y Falina, estaban fascinadas por el espectáculo, pero él permanecía en silencio junto a su esposa, sumido en sus pensamientos. La celebración le hizo pensar en las brutales medidas que adoptaron los dragones contra los insurgentes dos décadas atrás. Lord Bludd obligó a los esclavos a presenciar la ejecución del líder rebelde, y él y Aliid vieron horrorizados cómo los verdugos desnudaban a Bel Moulay y lo hacían pedazos. Aquel levantamiento había dado a los esclavos una leve esperanza, pero la muerte de su valiente líder destrozó sus espíritus y dejó una profunda cicatriz en sus corazones.

Finalmente, Ishmael se reunió con otros esclavos para realizar una ceremonia en memoria de Bel Moulay. Vio que Aliid también estaba allí, porque este necesitaba su compañía, necesitaba recordar el trágico suceso que había marcado de forma tan acusada sus infancias.

Mientras Ishmael citaba los familiares sutras que prometían la llegada de la libertad y el paraíso, Aliid permaneció en pie junto a Ozza, moviéndose con nerviosismo. No hicieron caso del fantasmagórico sonido de la música y los estallidos de las piroflores. Finalmente, haciendo uso de las mismas palabras que utilizaba con frecuencia —demasiada frecuencia—, Ishmael dijo a sus oyentes:



—Dios nos promete que un día nuestro pueblo será libre.

Los ojos oscuros de Aliid reflejaban el resplandor del fuego. Habló en voz baja pero clara, y sus palabras hicieron que Ishmael se sintiera inquieto:

—Pues esto es lo que yo os prometo: que un día tendremos nuestra venganza.



Capítulo 9

La invención es una forma de arte.

Tío Holtzman, discurso de aceptación de la Medalla al Valor de Poritrin

Mientras aquel ejército de naves se construía a toda prisa en Poritrin, el savant Holtzman trabajaba en Salusa Secundus. El legendario inventor estaba en el interior de un laboratorio, aislado en una de las zonas más seguras, andando arriba y abajo con las manos en las caderas, frunciendo el ceño con cara de desaprobación. Era la imagen que mostraba cuando la gente esperaba que hiciera algo importante.

Se suponía que aquellas inmensas instalaciones gubernamentales, con las paredes blindadas y un sistema eléctrico que no estaba conectado al resto del sistema de Zimia, eran seguras y estaban protegidas. Se suponía que el Omnius que tenían preso estaba bajo control.

Pero aquel laboratorio no estaba como a Holtzman le habría gustado. Él prefería elegir personalmente sus herramientas de diagnóstico, los sistemas de análisis y a los esclavos, a quienes podía culpar convenientemente cuando las cosas salían mal. Holtzman, un hombrecito menudo con barba entrecana, se preciaba de saber gestionar los recursos. El savant estaba seguro de poder proporcionar a aquellos científicos militares de la Yihad un buen asesoramiento. Si las palabras le fallaban, quizá tendría que remitir el asunto a los muchos y entusiastas ayudantes que tenía en Poritrin. Siempre encontraban la forma de impresionarle.

Desde el otro lado de las barreras transparentes de seguridad, el equipo de observadores del cuerpo legislativo seguía todos sus movimientos; también la pensadora Kwyna, que una vez más había sido apartada de su tranquilo lugar de contemplación en la Ciudad de la Introspección. Holtzman podía intuir la ira y el miedo de aquellas personas, a pesar de las barreras.

Una gelesfera plateada flotaba ante él, brillando, girando en el aire en el campo suspensor invisible. Aquella encarnación de la supermente estaba totalmente a su merced. En otro tiempo aquella proximidad le habría inspirado un profundo temor, y en cambio ahora el gran enemigo de la raza humana parecía tan poca cosa... ¡Un juguete! Podía coger la compleja esfera con una mano.



La gelesfera plateada contenía una copia completa de la supermente informática, aunque la versión estaba un poco desfasada. Durante el ataque atómico a la Tierra, cuando se inició la Yihad, Vorian Atreides la capturó en una nave robot que trataba de huir. A lo largo de los años, el «prisionero» de la Liga les había proporcionado una valiosa información acerca de los planes y las reacciones de la máquina pensante.

Los programas de la supermente habían sido copiados, diseccionados y examinados por expertos en cibernética de la Liga. Por norma, todos los datos se consideraban sospechosos, porque cabía la posibilidad de que Omnius los hubiera distorsionado a propósito, aunque en principio un engaño de esa clase era imposible para la mente informática.

El ejército de la Yihad había emprendido algunas de sus operaciones militares basándose en la información extraída de la copia de la supermente. Cuando lanzaron una ofensiva contra Bela Tegeuse, cubierto siempre de nubes, consiguieron especificaciones detalladas del Omnius cautivo. Pero el encuentro terminó de forma no concluyente.

Ahora, tras veintitrés años sin actualizaciones, los datos almacenados en la supermente estaban desfasados. El Omnius cautivo fue incapaz de prevenirles del nuevo ataque de la flota robótica contra Zimia —aunque ese segundo intento fue abortado por el primero Xavier Harkonnen—, ni les preparó para la inesperada matanza de Honru, que costó la vida a tantos colonos indefensos. Aun así, había sido de ayuda.

Holtzman se rascó su gruesa mata de pelo mientras veía girar la esfera en el aire. «A pesar de sus limitaciones, nos puede dar pistas. Solo hay que saber interpretarlas correctamente.»

—Erasmus alababa con frecuencia la infinita creatividad de la mente humana —dijo una aburrida voz informatizada desde los altavoces conectados a la esfera— pero vuestros interrogatorios se han vuelto tediosos. Después de tantos años, ¿no habéis aprendido ya de mí todo lo que vuestras pequeñas mentes pueden asimilar?

Holtzman metió una mano en el bolsillo de su bata blanca.

—Verás, no estoy aquí para distraerte, Omnius. En absoluto.

Holtzman llevaba años comunicándose con aquel Omnius, pero nunca lo había hecho con tanto empeño. En las semanas que llevaba concentrado en aquella nueva tarea, el renombrado inventor no había logrado ningún adelanto, a pesar de sus pasados éxitos en otros campos. Esperaba no haberse metido en un callejón sin salida por culpa de las expectativas irreales de todos.

Trató de volver atrás, recordando cuándo había sucedido cada cosa. Hacía un cuarto de siglo que invitó a la joven genio Norma Cenva a trabajar con él. En aquel entonces era una jovencita de quince años, canija y poco agraciada, un patito feo



comparado con la belleza escultórica de su madre, la poderosa hechicera de Rossak. Pero Holtzman había leído algunos de los innovadores artículos de la joven y decidió que tenía mucho que ofrecer.

Norma no le decepcionó. Al principio. Trabajaba diligentemente y desarrollaba un extraño esquema tras otro. Los eficaces campos descodificadores de Holtzman protegían planetas enteros de las máquinas pensantes, pero Norma propuso adaptar el concepto y crear descodificadores portátiles para utilizarlos con propósitos ofensivos en los Planetas Sincronizados. Norma también utilizó sus ecuaciones de campo para concebir las ahora ubicuas plataformas suspensoras; luego llegaron los globos de luz, unas luces que nunca perdían intensidad. No eran más que una fruslería, juguetes, aunque eran muy populares y provechosos.

Durante ese mismo período, Holtzman y su patrocinador, lord Niko Bludd, desarrollaron y comercializaron los escudos personales, que proporcionaron beneficios a Poritrin con la misma rapidez con que las naves de la Liga podían llevarles informes de las cuentas del banco central. Por desgracia, al final la explotación comercial de los globos de luz se les escapó de las manos. Simplemente, Norma Cenva compartió las especificaciones con su amigo Aurelius Venport, que explotó ampliamente aquellos artefactos a través de su empresa, VenKee Enterprises.

Pero la cuestión era que el concepto de suspensor y de los globos de luz había sido desarrollado por aquella ingenua mujer cuando estaba trabajando a las órdenes de Holtzman, utilizando las ecuaciones de campo de Holtzman. Lord Bludd ya había presentado una querrela ante el tribunal de la Liga exigiendo que se restituyeran todos los beneficios que VenKee Enterprises había ganado mediante el uso no autorizado de una tecnología patentada. Sin duda, ellos ganarían.

En aquellos momentos, mientras observaba la esfera flotante como un mago tratando de descifrar un hechizo, el savant se preguntó qué habría hecho Norma de haber estado allí. Haciendo caso omiso de sus consejos, Norma dedicó años de esfuerzo a reconfigurar un conjunto de ecuaciones derivadas del innovador trabajo que él había realizado. No quiso explicarle los detalles porque, según dijo, él no los habría entendido. Aquellos comentarios despectivos lo irritaron, pero supo ponerlos en su contexto. A pesar de haber hecho algunas aportaciones en el campo de la investigación militar, Norma estaba perdiendo de vista lo realmente importante: se estaba convirtiendo en una ayudante inútil.

Holtzman había tenido una paciencia infinita con ella, pero lo cierto es que se sentía bastante desencantado. No tenía elección, así que poco a poco la apartó de sus otros proyectos y buscó otros ayudantes, inventores jóvenes y brillantes que buscaban una oportunidad. Para él, aquel entusiasta y ambicioso equipo de ayudantes entregados, llenos de ideas e ingenuidad, eran una prioridad. Así pues, el savant trasladó a Norma Cenva del lugar que ocupaba en la torre principal a unos talleres situados más abajo, junto a los muelles. Y a ella ni siquiera pareció importarle.



En aquel momento Holtzman se preguntó si Norma podría darle alguna pista que le ayudara a entender a Omnius.

La gelesfera parecía un planeta de metal que giraba y destellaba bajo la luz de la cámara. Había tantos cabos de información de la supermente que apuntaban a tantas direcciones diferentes... Aquella mente de inteligencia artificial increíblemente compleja desafiaba un examen global.

Pero el gran Tío Holtzman tenía que demostrar que había hecho algún progreso. Tenía que hacerlo como fuera.

Sonriendo, levantó un pequeño transmisor que llevaba en el bolsillo. «Sé que ahí dentro hay algo esperando que yo lo descubra, en un nivel más profundo. Estoy seguro.»

—Esto solo es un pequeño emisor de impulsos de uno de mis descodificadores. Y sé que provocará graves daños en tus sistemas de circuitos gelificados. Espero que sea suficiente incentivo para que colabores.

—Entiendo. Erasmo ya me habló de la afición de los humanos por la tortura. De pronto la voz informatizada quedó borrada por la estática.

Una voz intervino desde la sala de observación, el subordinado de Kwyna, que hablaba en nombre de la antigua pensadora.

—Eso podría provocar un daño irreparable, savant Holtzman.

—Y podría llevar a importantes respuestas —insistió el científico—. Después de todos estos años, es hora de probar a Omnius. ¿Qué podemos perder a estas alturas?

—Es demasiado peligroso —dijo uno de los observadores del Consejo poniéndose en pie—. No hemos sido capaces de crear una réplica de la esfera, así que es la única...

— ¡No se inmiscuyan en mi trabajo! ¡Aquí no tienen autoridad!

Una de las condiciones que Holtzman había puesto para participar en aquel proyecto era la de no tener que responder ante nadie, ni siquiera ante la pensadora Kwyna. Aun así, los observadores —sobre todo los políticos incultos y supersticiosos que miraban con lupa todo lo que hacía— seguían siendo un engorro. El savant habría preferido darles informes y sumarios por escrito, después de retocarlos a sus anchas. Pero con aquello Holtzman también tenía algo que ganar, había ciertas ideas que quería explorar.

—Ya he sido suficientemente interrogado y analizado —señaló Omnius con voz amable—. Imagino que habréis hecho un buen uso de la información militar, los emplazamientos de las flotas y las estrategias cimek.

—La información está demasiado desfasada para sernos de utilidad —mintió Holtzman.



La realidad era que, en los primeros años después de capturar a la esfera, gracias a la información que sacaron de ella el ejército de la Yihad preparó media docena de ataques sorpresa contra las fuerzas mecánicas. En aquel entonces las operaciones militares de las máquinas parecían tan predecibles... se utilizaban los mismos métodos anticuados una y otra vez, seguían las mismas rutas galácticas, utilizaban siempre las mismas maniobras defensivas y ofensivas.

Las flotas enemigas atacaban o se retiraban dependiendo de las probabilidades que los sistemas informáticos de a bordo establecían. Los dirigentes de la Yihad solo tenían que determinar qué era lo más probable que hiciera el enemigo. Ponían una trampa, mostrando algún supuesto punto débil para que las máquinas se animaran a atacar. Y entonces, en el momento preciso, la trampa saltaba y las fuerzas ocultas de la Yihad se lanzaban al ataque. Muchas flotas robóticas habían sido aniquiladas de esta forma.

Sin embargo, después de los éxitos iniciales, las máquinas empezaron a «predecir» las encerronas y ya no era tan fácil engañarlas. En los últimos siete años, la información de Omnius era cada vez menos útil.

Sonriendo, Holtzman volvió a concentrarse en la gelesfera reluciente que tenía ante él.

—Detestaría tener que erradicar todos tus pensamientos con una descarga, Omnius. Me estás ocultando algo, ¿verdad?

—Jamás ocultaría nada al gran científico y genio de la técnica, savant Tio Holtzman —replicó la voz con un extraño tono de sarcasmo. Pero ¿era posible que un ordenador fuera... sarcástico?

—La gente dice que eres el demonio en una botella. —El científico ajustó tranquilamente el transmisor y en respuesta oyó algunos sonidos muy agudos procedentes de la máquina—. En una lata, diría yo. Nunca sabrás qué recuerdos te he borrado, qué pensamientos y decisiones has perdido.

Los observadores se sentían violentos. Hasta el momento Holtzman no había dañado realmente a la bola plateada. Al menos eso creía él. Uno de sus ayudantes había creado aquel artilugio.

— ¿Estás dispuesto a contarme tus secretos?

—Tu pregunta es imprecisa, no tiene sentido. Si no especificas, no puedo contestar. —Omnius no sonaba desafiante; simplemente estaba constatando un hecho—. Ni todas las primitivas bibliotecas y bases de datos juntas de este planeta podrían contener la información que tengo en mí supermente.

Holtzman se preguntó qué esperaba el Consejo de la Yihad que descubriera. A pesar de su pasividad y reticencia, la supermente cautiva se había mostrado relativamente abierta. Con el ceño fruncido, Holtzman se preparó para subir la intensidad de las descargas.



— Aunque disfruto enormemente viendo a Omnius retorcerse de dolor, por el momento ya es suficiente, savant Holtzman.

El Gran Patriarca Iblis Ginjo entró en la cámara de seguridad, saltándose las barreras y pasando directamente al laboratorio. Llevaba una de sus características chaquetas negras, adornada con filigranas doradas.

Consciente de que podía borrar fácilmente los circuitos gelificados de Omnius con una sola descarga de su descodificador, el científico se serenó y apagó el aparato. Holtzman miró al otro lado de las barreras de plaz y vio que tres de los guardas de paisano de la Yipol que acompañaban a Iblis habían tomado posiciones cerca de los representantes más alterados.

La esfera plateada, suspendida todavía en el aire, dijo en voz alta:

— Nunca había experimentado nada que se pareciera a esta... sensación.

— Lo que has sentido es el equivalente mecánico al dolor humano. Creo que estabas a punto de gritar.

— No seas absurdo.

— Extrañamente, los ordenadores pueden ser tan testarudos como los humanos — le comentó Holtzman con petulancia al Gran Patriarca.

Iblis esbozaba una leve sonrisa, aunque se le había puesto la piel de gallina al oír la voz sintetizada de Omnius. Odiaba a la supermente informática. Le daban ganas de coger un palo y destrozarla.

— No quería molestaros savant. He venido en busca de la pensadora Kwyna. — Miró con expresión pensativa el cerebro antiguo, guardado en su contenedor de conservación—. Tengo muchas ideas y preguntas. Quizá ella pueda ayudarme a centrar mis pensamientos.

— O a malinterpretar más escrituras — dijo el subordinado de la túnica amarilla, con una voz tan plana como una losa.

Iblis se sobresaltó ante aquel gesto tan audaz.

— Si el significado no está claro para nadie, ¿quién puede decir que las malinterpreto?

— Cada vez que encuentras un significado a antiguas runas o escritos muere gente.

— Muere gente en todas las guerras.

— Y en la Yihad más.

El Gran Patriarca mostró un destello de ira, luego sonrió.

— ¿Habéis visto, savant? Este es justo el tipo de debate que buscaba... aunque preferiría que fuera en privado, si la pensadora lo permite. — Sus ojos negros destellaron.



Desanimado por su falta de éxito con la supermente cautiva, Holtzman recogió sus cosas.

—Por desgracia, no tengo tiempo para continuar con este interrogatorio. Un transporte espacial partirá en breve hacia Poritrin, y tengo importantes obligaciones que atender en mi mundo. —Miró a Iblis—. El... mmm, el proyecto propuesto por el primero Atreides.

El Gran Patriarca le sonrió.

—Si bien el plan no es exactamente «científico», quizá logremos engañar a las máquinas.

Holtzman esperaba poder marcharse de Zimia con un halo triunfal, pero aquellas semanas habían resultado turbadoramente infructuosas. La próxima vez traería con él a algunos de sus mejores ayudantes; ellos encontrarían la forma de resolver el problema. Pero no traería a Norma Cenva.



Capítulo 10

Aunque Norma Cenva veía grandes revelaciones en los entresijos del cosmos, en ocasiones no distinguía entre el día y la noche, o entre un lugar y el otro. Tal vez no tenía necesidad de identificar tales cosas porque podía viajar por universos enteros en su mente.

¿Era su cerebro físicamente capaz de reunir ingentes cantidades de datos y utilizar esa información para identificar sucesos a gran escala y tendencias complejas? ¿O se trataba más bien de algún inexplicable fenómeno extrasensorial que le permitía sobrepasar la capacidad intelectual de cualquier persona que hubiese vivido antes que ella, o incluso de las máquinas pensantes?

Generaciones después, sus biógrafos no se pondrían de acuerdo sobre el alcance de sus poderes mentales, pero quizá ni la propia Norma habría podido resolver el debate. Si hay que ser realistas, lo que menos le importaba eran los mecanismos que movían su cerebro, del mismo modo que no le importaban su funcionamiento real y los increíbles resultados de sus investigaciones.

«Norma Cenva y la Cofradía Espacial», memorando confidencial de la Cofradía

Estuviera donde estuviese, hiciera lo que hiciese, todo era materia prima para la industriosa fábrica de la mente de Norma Cenva.

Por razones que no se le explicaron, Holtzman la trasladó a un edificio más pequeño y modesto cerca de los almacenes del río Isana. Las habitaciones de las que disponía estaban atestadas, pero aparte de tiempo y soledad, Norma no necesitaba grandes lujos. Ya no tenía a su disposición esclavos cuya única misión era resolver ecuaciones; ahora los calculadores cautivos estaban asignados a tareas más provechosas propuestas por los otros jóvenes y ambiciosos ayudantes del savant. A Norma no le importaba, en realidad prefería ocuparse de los cálculos ella misma. Se pasaba los días entrando y saliendo de un estado de amnesia, siguiendo mentalmente el flujo de las cadenas numéricas.

Durante años había ido a la deriva en un mar de ecuaciones que no habría podido explicar ni a Holtzman ni a ningún otro de los teóricos de la Liga. Estaba inmersa en su visión, y cada vez que resolvía el enigma de otro grano de arena en la vasta orilla de las matemáticas, se acercaba más a su puerto.



Norma aprendería a plegar el espacio... a recorrer grandes distancias sin moverse realmente. Sabía que era posible.

En teoría, el savant Holtzman aún la mantenía en su amplio equipo como ayudante, pero aquella mujer de baja estatura había dejado de trabajar en nada que no fueran sus cálculos cíclicos. No le interesaba nada más.

De vez en cuando el savant iba a verla y trataba de charlar un rato con ella para ver qué hacía. Pero no entendía de qué le hablaba, y los años pasaban. A Norma se le ocurrió que quizá el savant prefería tenerla donde pudiera controlarla.

Aunque no había hecho ningún avance reciente que él pudiera atribuirse, Norma le había sorprendido en diversas ocasiones. Desde el inicio de la Yihad, había modificado los escudos Holtzman de las naves de la Armada de la Liga para que no se sobrecalentaran tan deprisa en el campo de batalla. La subida térmica seguía siendo uno de los defectos del sistema, pero gracias a ella, la versión original de los escudos había mejorado notablemente.

Cuatro años atrás, Holtzman había ideado una técnica que permitía activar y desactivar los escudos de forma intermitente mediante una cuidadosa sincronización, para que las naves pudieran disparar durante las fracciones de un microsegundo en que permanecían desactivados. Norma había pulido los cálculos del savant, evitando con ello mayores desgracias. Pero no se lo dijo: sabía que el hombre se habría indignado y se habría puesto a la defensiva.

Norma ya llevaba ocho años trabajando en su propio laboratorio, siguiendo sus impulsos. En aquel lugar pequeño y saturado, tenía únicamente un espacio para cocinar, otro para dormir y otro para la higiene personal. Aquellas necesidades básicas eran algo secundario para ella; lo importante era el producto de su mente. Holtzman seguía asignándole un presupuesto mínimo, aunque Norma solo necesitaba los recursos de su mente, puesto que su trabajo era eminentemente teórico. Hasta el momento.

Norma llevaba tres días trabajando sin interrupción en una manipulación particularmente compleja de las ecuaciones seminales de Holtzman. Encorvada sobre su mesa de trabajo, que habían modificado para que se amoldara a su estatura, apenas comía y bebía, porque no quería que las necesidades de su cuerpo físico la molestaran.

A pesar de ser la hija de la hechicera de Rossak, había pasado casi toda su vida en Poritrin, no como ciudadana, sino como invitada del savant Holtzman. Tiempo atrás, cuando la severa madre de Norma solo veía en ella un fracaso y una decepción, Holtzman había reparado en el genio discreto de la joven y le había dado la oportunidad de trabajar con él.

En todo ese tiempo, había recibido muy pocas muestras de reconocimiento. Norma era una persona humilde y entregada, y no le importaba que el gran hombre



la eclipsara. A su manera era una patriota y lo único que quería era asegurarse de que las avanzadas tecnologías se utilizaban en beneficio de la Yihad.

En realidad, llevaba años protegiendo a Holtzman, solucionando embarazosas incongruencias que habrían podido tener consecuencias desastrosas. Lo hacía por gratitud, porque él era su patrocinador. Pero desde el momento en que vio que el savant pasaba tanto tiempo alternando con los nobles, que poco podía descubrir por sí mismo, dedicaba menos tiempo a salvar su imagen y se concentraba más en sus investigaciones.

Desde el punto de vista científico, el nuevo y costoso proyecto del savant le parecía un disparate. ¡Construir una falsa flota gigante en órbita! No era más que un engaño, una ilusión. Pero incluso si el plan funcionaba —como insistía en afirmar el primero Atreides—, en opinión de Norma el savant tendría que haber concentrado sus recursos en algo más desafiante que unos simples espejos y pantallas de humo.

Desde su humilde lugar de trabajo junto a los muelles, podía oír el martilleo y el zumbido procedente de las fábricas y los astilleros repartidos por las marismas del Isana: el sonido siseante que salía de las fundiciones; los vapores y las chispas que saltaban de las líneas de montaje; las barcazas que dejaban cargamentos de mena en los astilleros y se llevaban los componentes ya acabados.

Afortunadamente, cuando Norma se concentraba en sus pensamientos, todo lo demás desaparecía.

Finalmente, hambrienta, deshidratada, con el cuerpo pidiéndole a gritos un descanso, Norma apoyó la cabeza sobre los montones de ecuaciones, como si los símbolos pudieran seguir penetrando en su mente por osmosis. Incluso en sueños, inconscientemente su mente seguía procesando las fórmulas que había estado repasando...

Mientras dormía, las ecuaciones matemáticas giraban y giraban en su cabeza. Podía compartimentar las tareas, asignar secciones separadas de su cerebro a funciones específicas, y de todo ello el resultado era un coordinado proceso de producción en masa en su córtex cerebral. Después de tanto tiempo, la simulación interactiva al completo estaba llegando a su punto álgido, y Norma sentía que su yo durmiente se elevaba desde las catacumbas de su mente.

De pronto, Norma se irguió y casi cayó de su silla elevada. Sus ojos enrojecidos se abrieron de golpe, aunque no veían lo que les rodeaba. Inmersa aún en un vívido sueño, miraba al infinito, como si los impulsos de su pensamiento pudieran extenderse de un extremo a otro del universo y unir aquellas zonas tan distantes, doblando el tejido subyacente del universo. Después de días sin descanso, finalmente su inconsciente consiguió que las piezas de aquel rompecabezas encajaran.

¡Por fin!



Norma tomó conciencia de su yo físico, del martilleo de su corazón, tan rápido que parecía que se le iba a salir del pecho. Boqueó para respirar, pero trató desesperadamente de no descentrarse, de no perder la imagen de lo que había soñado. ¡La respuesta!

Mientras despertaba, su mente seguía aferrándose a aquella revelación, como si fuera una mariposa atrapada en una red. Veía grandes naves espaciales atravesando el universo sin moverse, guiadas por pilotos clarividentes capaces de ver las rutas seguras a través del espacio. Inmensas empresas e imperios surgirían a raíz de aquello, y la guerra, los viajes y la política cambiarían drásticamente.

Tío Holtzman no había sabido anticipar ese desarrollo de sus ecuaciones. Y no podría entenderlo. Si hablaba con él, el savant la desafiaría, cuestionaría sus cálculos «improbables», y ella no quería perder un tiempo precioso tratando de explicárselo. Había trabajado muy duro, y el potencial de aquello era demasiado importante. Aquel descubrimiento era solo suyo.

No le interesaba tener la patente o el reconocimiento por el descubrimiento, pero quería asegurarse de que el concepto se explotaba militar y comercialmente como merecía. El savant Holtzman no entendería la grandeza de lo que había hecho; y dejaría que se perdiera en la oscuridad.

No, Norma tenía que buscar otro camino. «El futuro me espera.»

Sonriendo, dejó escapar un largo suspiro. Tendría que haber pensado en aquella posibilidad hacía mucho tiempo. Sabía exactamente dónde encontrar un patrocinador independiente para la investigación, el desarrollo y la producción.



Capítulo 11

Al mirar a través de la lupa del tiempo, los hombres y mujeres del futuro ven a los artífices de la Gran Revuelta como personajes descomunales. Esta impresión no resulta de ninguna distorsión a causa de la lente, ni del proceso de embellecimiento que provoca la mitología. No, los héroes de la Yihad eran exactamente como se los recuerda; supieron estar a la altura de las circunstancias cuando la humanidad más los necesitaba.

Princesa Irulan, El prisma del tiempo

Tras una década de construcción, trabajo escultórico y de acabado, el monumento en memoria de las víctimas de guerra de la Yihad finalmente estaba terminado. Aurelius Venport, cuya empresa VenKee Enterprises era una de las principales patrocinadoras, tenía una de las mejores localidades en la ceremonia de inauguración en Zimia.

Era una noche fresca y los focos y los edificios iluminados que rodeaban la plaza central ahuyentaban las sombras de la noche. La multitud se apiñaba en las calles y callejones cercanos, lejos de los elegantes palcos que se habían instalado en la plaza para las personalidades.

Venport dio un sorbito a su vaso aflautado de champia espumosa. Nunca le había gustado aquella empalagosa bebida de Rossak, con un toque de alcohol, pero era uno de los principales productos que exportaba su empresa. Había entregado un cargamento entero en Salusa Secundus solo para aquel acontecimiento.

El monumento era llamativo y surrealista; estaba formado por dos pilares de formas libres, con suaves curvas y figuras orgánicas que representaban a la humanidad, elevándose sobre un monolito cuadrado caído y roto a sus pies. Simbolizaba la victoria de la vida sobre las máquinas.

Un monumento idéntico se había construido en Giedi Prime, donde, a pesar de la gran cantidad de víctimas, se había logrado una importante victoria sobre las máquinas. Si las cosas iban como se esperaba, este segundo monumento también estaría terminado y listo para su inauguración simultánea con el de Zimia. En uno de sus viajes a Giedi City, Venport había visto la bulliciosa actividad y la enorme estructura que se estaba erigiendo.



Diez años atrás, cuando la Yihad ya llevaba catorce años extendiéndose por los sistemas estelares, Xavier Harkonnen encabezó un movimiento para que se erigiera un monumento apropiado en memoria de las víctimas de las máquinas pensantes. En los dos años anteriores, las máquinas habían conquistado la pequeña colonia de Ellram, luego atacaron la colonia Peridot y posteriormente fueron expulsados a un alto precio. Un grupo de yihadíes entusiastas y mal aconsejados decidió por su cuenta y riesgo vengarse atacando el principal de los planetas sincronizados, Corrin. Pero todos murieron. Mártires de la causa.

En el alboroto que siguió a todos estos reveses, el primero Harkonnen pidió la construcción de esos monumentos para que los soldados caídos no fueran olvidados. Serena Butler seguía siendo la virreina interina de la Liga y, aunque ya se había retirado a la Ciudad de la Introspección, dio su apoyo al proyecto y utilizó su influencia para conseguir ayuda económica de los líderes políticos y de los más importantes hombres de negocios.

Movido por las palabras de Serena y tras presenciar personalmente algunas de las batallas más duras contra las máquinas pensantes, Aurelius Venport decidió contribuir a pesar de las objeciones iniciales de su socio de Tlulax, Tuk Keedair. Desde el inicio de la Yihad, los beneficios de VenKee Enterprises habían aumentado notablemente, ya que sus naves transportaban material de guerra y suministros a las colonias afectadas. También estaban consiguiendo grandes beneficios gracias a la exportación de artículos de lujo cada vez más populares como los globos de luz y, el más lucrativo de todos, la especia conocida como melange, de Arrakis.

Venport se preciaba de su intuición para los negocios, de su capacidad de saber aprovechar las buenas oportunidades. El territorio de la Liga de Nobles era inmenso y estaba abierto al comercio. Gracias a su acceso a los productos medicinales de Rossak, la melange de Arrakis y los globos de luz y productos suspensores de su querida Norma, había conseguido una cantidad considerable de beneficios, y eso le complacía enormemente.

Su anterior compañera, Zufa Cenva, siempre le había dicho que él nunca llegaría a nada, como tampoco lo haría la canija de su hija. Ambos le habían demostrado que se equivocaba.

Ya habían pasado muchos años desde que fuera amante y compañero de la jefa de las hechiceras. Zufa nunca creyó que ninguno de los dos llegara a hacer nunca lo suficiente por la causa, ni él con sus intereses comerciales ni Norma con su pasión por las matemáticas.

Y aunque Venport concedió personalmente los créditos que habían permitido pagar buena parte del monumento de Zimia, no esperaba impresionar a Zufa. Aquella severa mujer se había dedicado en cuerpo y alma a la Yihad, y entrenaba a hechiceras que se lanzaban contra las plazas fuertes de los cimek como bombas psíquicas suicidas. No le sorprendió que considerara aquellos donativos y el propio



proyecto del monumento una frivolidad; el dinero tendría que haberse empleado para comprar armas o construir nuevas naves de guerra.

Venport sonrió. Había que reconocer que Zufa era coherente y predecible. Contra toda razón, Venport la amó y la admiró desde el día en que se conocieron. Pero en términos comerciales nunca fue una buena inversión para su capital emocional.

Los ojos del virrey retirado, Manion Butler, se cruzaron con los de Venport, y el hombre le sonrió con gesto cordial. Estaba sentado en uno de los palcos descubiertos junto a una hermosa joven — ¿una de sus nietas?—. Muy cerca estaba el padre adoptivo del primero Harkonnen, el anciano y digno Emil Tantor, solo, somnoliento.

Un sirviente sonriente le ofreció a Venport otro vaso de champia, que él rechazó. Se recostó en su asiento y esperó a que empezara el espectáculo. El público empezaba a murmurar, pero el Gran Patriarca, Iblis Ginjo era un maestro de la sincronización; empezaría exactamente cuando el entusiasmo hubiera llegado a su punto álgido y antes de que la muchedumbre se impacientara.

El Gran Patriarca había llegado con tiempo, escoltado por imponentes guardias de la Yipol, pero quería que los invitados importantes pasearan un poco mientras el grueso de la multitud compraba recuerdos y cogía ramos de luminosas caléndulas, la flor de Manion.

Venport se volvió al oír unos vítores y vio cómo Iblis Ginjo y Serena Butler hacían su gran entrada. Serena llevaba su habitual túnica con adornos carmesí, de un blanco tan deslumbrante que parecía un ángel. El Gran Patriarca, con una sonrisa de confianza dibujada en su rostro anguloso y vestido con una elegante chaqueta negra con bordados dorados, la acompañó hasta el palco ornamentado mientras las luces dibujaban relucientes halos a su alrededor.

Detrás de Iblis avanzaba en silencio su bella esposa, Camie Boro. Evidentemente, no se trataba de un enlace por amor, sino de un trofeo. Durante su ascenso al poder, aquel hombre había elegido astutamente a una mujer de impecable linaje, una descendiente directa del último gobernante del Imperio Antiguo

Iblis llevaba al cuello una cadena prismática con un colgante de cuarzo de Hagal, brillante y azul verdoso. Seguramente formaba parte de la fortuna de su mujer. Nadie dudaba de dónde sacaba el patriarca el dinero para semejantes lujos, o para otros aspectos de la opulenta vida que llevaba. El valor de aquel hombre para la Liga no podía contarse en términos monetarios. Estaba creando su propia leyenda.

Iblis alzó las manos y su voz sonó atronadora.

—Cuando veamos este monumento, deberemos recordar a aquellos que pagaron con su vida por enfrentarse a las máquinas demoníacas. Pero también deberemos recordar por qué luchaban.

Serena se adelantó y tomó el relevo, hablando con voz clara y apasionada.



—Este monumento no es solo un recuerdo a los héroes caídos, ¡es el símbolo de un paso más hacia la victoria última sobre Omnius!

Con una brillante llamarada, como la explosión de una estrella, dos lanzas de luz volaron hacia el cielo, iluminando el monumento y el parque. El estanque se convirtió en un espejo de estrellas bajo el cielo de la noche, con sus fuentes en uno de los extremos. Los focos iluminaban con mayor intensidad, como si trataran de superarse entre sí, las fuentes lanzaban los chorros de agua más altos y los vítores de la multitud se elevaron hasta convertirse en un rugido ensordecedor. Los estanques y el césped se llenaron de caléndulas de un brillante tono anaranjado, y su intenso aroma se difundió por el aire del anochecer.

Cuando Serena Butler se dejó caer al suelo y se echó a llorar, la mitad de la audiencia gimió y se lamentó por su hijo perdido, y por los seres queridos que habían caído.

Luego, arrastrado por aquella abrumadora muestra de aprobación del público, Venport también se puso en pie y aplaudió. Desde luego, los líderes de la Yihad sabían cómo impresionar a la muchedumbre.

Más tarde, mientras los habitantes de Zimia seguían con las celebraciones, Iblis Ginjo y su esposa asistieron a una recepción más formal en el patio de reuniones del Museo Cultural Salusano.

Los globos de luz flotaban sobre sus cabezas, confiriendo a la estructura descubierta de los palcos colores abigarrados e intensos. Las mariposas nocturnas revoloteaban alrededor del estramonio, que florecía en las jardineras colocadas en los límites del patio. Selectos invitados charlaban entre ellos.

Camie Boro, resplandeciente con sus joyas y sus ropas impecables, siempre se aseguraba de que la veían con su esposo cuando hacían su entrada, pero no le gustaba «desperdiciar» una fiesta quedándose del brazo de su marido. Tenía sus propios planes y contactos, y se dedicó a intercambiar favores y a tejer un sutil entramado de obligaciones. Iblis sonrió cuando vio que se alejaba; luego se volvió hacia sus objetivos entre la multitud vestida de gala. Él y su esposa conocían muy bien sus respectivas obligaciones.

El Gran Patriarca vio a un hombre alto —rasgos patricios, ojos azul claro y pelo rizado y oscuro salpicado de canas— en pie junto a un pequeño contenedor de plaz. El hombre abrió la tapa para mostrar docenas de productos derivados de la melange desarrollados por su empresa. A muchos nobles de la Liga les había entusiasmado aquella especia rara y cara, y Aurelius Venport rara vez perdía la ocasión de mostrar su benevolencia —y seducir a más consumidores— ofreciendo muestras gratuitas.



Mientras los invitados señalaban con entusiasmo lo que querían probar —cerveza de especia, caramelo de melange o barritas de especia—, Venport iba sacando los diferentes sabores de su caja.

—Son gratis. Si alguno de ustedes no está familiarizado con los beneficios de la melange, por favor, vengan y pruébenla.

«Dicen que la melange es adictiva —pensó Iblis mientras se acercaba—. E incuestionablemente beneficiosa.»

Ya había probado la especia con anterioridad, pero estaba bastante diluida y casi no sabía a nada.

—Me gustaría una pequeña muestra, directeur Venport. Solo para... probar.

El patricio de Rossak sonrió. Exagerando la pronunciación para impresionar al dignatario, dijo:

—Para el Gran Patriarca de la Yihad. Me siento honrado. Para esta ocasión he traído solo mis mejores productos. Caviar de especia. —Y cogió un pequeño contenedor plano y circular, como una pequeña moneda—. Póngaselo sobre la lengua. Deje que penetre sus sentidos y empape su alma.

Cuando Venport abrió la pequeña tapa, Iblis miró el contenido, un polvo de un naranja rojizo, y metió la yema de un dedo en aquella sustancia. Al tacto le pareció sorprendentemente granulosa. Al levantar la vista, vio los globos de luz que flotaban sobre sus cabezas y recordó que aquellos populares productos también eran de VenKee, aunque había una tediosa y absurda disputa acerca de la patente.

El Gran Patriarca vaciló, mirando el polvo de especia que tenía en el dedo.

—Si no recuerdo mal, hace unos días, en la asamblea parlamentaria oí al senador Hosten Fru hablar de una disputa entre su empresa y el gobierno de Poritrin. Algo sobre los derechos de explotación de los globos de luz. ¿Es cierto?

Iblis tenía sus dudas sobre el savant Holtzman y su estirado patrocinador, lord Niko Bludd, pero hasta el momento Aurelius Venport le había parecido un hombre de negocios extraordinariamente astuto.

—Norma Cenva es una científica de gran talento que ha ayudado al savant Holtzman a conseguir fama y éxito. Y también es una buena amiga mía, aunque nuestra relación es... complicada.

—Venport frunció el ceño, como si acabara de tragar algo con un sabor repugnante—. Norma ideó ella sola la tecnología de los suspensores utilizados en los globos de luz y la ofreció a mi empresa. Ahora que VenKee se ha gastado una fortuna en su desarrollo y comercialización en toda la Liga (a lo cual Poritrin no ha colaborado en absoluto), de pronto lord Bludd cree que tiene derecho a compartir los beneficios.



Otros invitados esperaban detrás de Venport para conseguir sus muestras gratuitas de melange, pero no interrumpieron la conversación con el Gran Patriarca.

Iblis sonrió.

—Aun así, la tecnología fue desarrollada en Poritrin, en los laboratorios de Holtzman, ¿no es cierto? Unos laboratorios que financia lord Bludd. El senador Fru defiende que el Consejo de Poritrin ha presentado documentos firmados por Norma Cenva que certifican que todo avance tecnológico conseguido mientras esté bajo las órdenes de Holtzman será propiedad del gobierno.

Venport suspiró y esbozó una sonrisa indulgente que sorprendió a Iblis.

—No dudo que el savant Holtzman la engañó para que firmara esas cesiones. No era más que una adolescente cuando empezó a trabajar con él. La joven está totalmente entregada a sus investigaciones y nunca... nunca ha entendido de política.

Iblis se miró el dedo. La piel le hormigueaba ligeramente.

—Entonces ¿cómo piensa resolver esto?

Venport no parecía excesivamente preocupado.

—Soy un hombre de negocios, señor. Siempre he sabido negociar acuerdos y mediar en disputas. Las circunstancias presentes requieren algo más de delicadeza, simplemente. Encontraré la manera. —Señaló con el gesto la especia del dedo de Iblis—. Pero no nos preocupemos por eso ahora. Estoy impaciente por saber qué opina de la melange.

Iblis se dio cuenta de que la gente lo miraba, consciente tal vez de su vacilación. No debía dar muestras de vacilación. Todo cuanto el Gran Patriarca hacía se examinaba y discutía con lupa. Se puso la melange en la lengua y cerró la boca.

Iblis se sintió... diferente. No habría sabido definirlo, porque nunca había experimentado nada igual. Su pulso se aceleró, se ralentizó, se aceleró y volvió a ralentizarse. ¡Que sensación tan curiosa! Luego su pulso se ralentizó más aún y, en un estado de serenidad absoluta, casi pudo ver en su corazón y su mente. Apenas le salían las palabras.

—Sorprendente. ¿De... dónde... saca... esta... especia?

Venport le sonrió.

—Vamos, algún secreto tengo que guardar. —Ofreció a Iblis otra muestra de melange, y el Gran Patriarca la aceptó sin vacilar—. Créame —le dijo el hombre de negocios—, si se lo dijera, no le gustaría.



Capítulo 12

No contéis lo que habéis perdido, contad solo lo que aún tenéis.

Sutra zensuní del primer orden

Las caravanas de especia salían al anochecer, cuando el calor del día empezaba a remitir. En medio de la desolación de las profundidades del desierto, los grupos de recolectores del naib Dhartha no se molestaban en ocultar su presencia a posibles extraños. Tendrían que haber sido más listos.

Selim Montagusanos y sus seguidores llevaban días observándolos.

Oculto con sus hombres en las estribaciones rocosas, Jafar hizo señales con un espejo hacia el lugar donde Selim esperaba.

El legendario hombre estaba cómodamente agachado detrás de las rocas, más abajo, y Marha aguardaba junto a él, con los ojos muy abiertos. Ya hacía un mes que aquella mujer combativa se había unido a su grupo de forajidos, y no había dejado de sorprenderlo. Siempre estaba lista para oírle hablar de sus visiones y aprender. Y lo mejor de todo, obedecía sus órdenes sin cuestionarlas, y por tanto pasó la prueba. Si alguna vez Marha se sobreponía al respeto que le inspiraba aquella figura mítica y lo miraba, lo hacía con una intensidad y una inocencia que a Selim le llegaba al corazón.

Él creía que sería una buena incorporación para sus comandos, pero, aunque le sonreía y la animaba, no quería que se confiara demasiado, como le había pasado a Biondi. Quería que siguiera con el mucho más tiempo.

—Mira con atención y verás qué hacen. —Selim señaló con un gesto las figuras distantes que llevaban fardos y cargaban resistentes vehículos terrestres—. Le roban melange a Shai-Hulud y la venden a comerciantes extraplanetarios.

Marha se acurrucó en las sombras y observó con expresión seria mientras la caravana iniciaba la marcha.

—Yo he formado parte de grupos de trabajo como ese, Montagusanos. Las ratas acampan entre las rocas, pero durante el día corren por la arena, cogen especia y vuelven a toda prisa a la seguridad de las rocas antes de que los gusanos vayan a por ellos.



—Shai-Hulud defiende su tesoro —dijo Selim, y aunque sus profundos ojos azules parecían distantes, estaban llenos de energía—. Los zensuníes creen que los gusanos de arena son demonios, pero Shaitan hace mucho más daño con hombres como el naib Dhartha que todas las criaturas del desierto juntas.

A menudo, la gente que huía de sus diferentes asentamientos para unirse a la banda de forajidos traía noticias. La misma Marha le había proporcionado una información y unos consejos valiosos que le ayudaron a comprender algunas historias contradictorias que Selim había oído a lo largo de los años. Gracias a su éxito con la comercialización de la especia entre ricos mercaderes extraplanetarios, el naib Dhartha había conseguido unir cierto número de asentamientos zensuníes. Semejante comportamiento era un desafío a sus dogmas de aislamiento e independencia, pero Dhartha ofrecía a las tribus muchos beneficios, y agua. Y tenían la melange a su disposición.

Selim miró al grupo de trabajadores entrecerrando los ojos.

— ¿Crees que Dhartha está entre ellos?

—El naib le ha dado la espalda al desierto —contestó Marha—. Su propio hijo, Mahmad, pasó casi dos años en Arrakis City, hasta que contrajo una enfermedad extraplanetaria en el puerto espacial y murió.

— ¿Mahmad ha muerto? —preguntó Selim, recordando su lejana juventud con un profundo sentimiento de soledad. El joven al que él recordaba era de su misma edad. Pero, de seguir con vida, Mahmad sería un hombre de más de cuarenta años, como él. Mahmad había muerto lejos del desierto, en una ciudad corrompida por el comercio de la melange con los extraplanetarios. Sus labios esbozaron una mueca de disgusto—. ¿Y el naib Dhartha no se siente responsable?

Marha le sonrió con pesar. La cicatriz en forma de media luna de su ceja izquierda resaltaba sobre su piel morena.

—Te culpa a ti, Montagusanos. Te considera la causa de todos sus males.

Selim meneó la cabeza. Las visiones de Selim eran muy claras, la respuesta era evidente. Pero el naib no querría escucharle.

—Tenemos que hacer lo que sea para detener esta abominación, por el bien de todos.

Cuando las ratas de la especia llevaban los cargamentos de melange en caravanas como la que estaban vigilando eran vulnerables. En aquellos momentos, la caravana avanzaba lentamente sobre la tierra llana, al pie de las rocas. A pesar del zumbido de los motores de los vehículos terrestres y del laborioso grupo de personas que seguían los cargamentos, los gusanos de arena no se acercaron a las rocas.

Dos exploradores con destiltrajes de camuflaje se descolgaron entre las rocas hasta donde esperaban Selim y Marha. Eran tan silenciosos como sombras y Selim sonrió satisfecho.



—Jafar está en posición. —Uno de ellos se quitó el tubo respirador de la boca, desconectando el sistema interno de reciclaje de su atuendo del desierto—. Debemos actuar antes de que la caravana se aleje demasiado.

Selim se puso en pie.

—Haz la señal con el espejo. Id con cuidado, como siempre. No hay que matar a nadie si no es absolutamente necesario. Nuestra misión es darles una lección y quitarles lo que pertenece a Shai-Hulud. —Una parte de él deseaba matar al naib Dhartha, pero sabía que ridiculizarlo y minar su credibilidad era mucho más humillante.

Con un sonido hueco y estruendoso, una nube de polvo se elevó sobre la zona más elevada de rocas y una avalancha de piedra negra cayó rodando por el antiguo peñasco ante la lenta caravana.

—Ahora los detendremos. —Selim ya había echado a correr. Sus seguidores empezaron a salir de sus escondites entre las rocas y corrieron también, ocultándose en el paisaje marrón y negro.

Allá abajo, en la arena, los recolectores de especia detuvieron sus vehículos a una distancia segura de la riada de rocas. Antes de que supieran qué estaba pasando, Jafar y los otros los rodearon. Jafar llevaba una pistola maula. Los otros seguidores de Selim llevaban lanzas, armas que disparaban dardos y hasta hondas que permitían arrojar piedras a una velocidad mortífera.

Los zensuníes estaban asustados. Seguramente entre los fardos llevaban armas, pero la tropa curtida de Selim los rodeó tan deprisa que no tuvieron tiempo de cogerlas.

—Aquellos que osan robar a Shai-Hulud deben afrontar las consecuencias —dijo Selim.

—Bandidos —espetó una mujer escupiendo la palabra como una maldición.

Un joven, apenas un adolescente, miraba con ojos muy brillantes, aunque todavía no estaban totalmente azules por el consumo de melange.

— ¡Es Selim Montagusanos!

—Soy Selim y hablo en nombre de Shai-Hulud. He tenido una visión de Budalá, y su verdad no puede negarse. La vergüenza caiga sobre vosotros, que ayudáis a traer la muerte a los gusanos de arena y acarrearéis la destrucción de Arrakis.

Miró los rostros cubiertos, observó los ojos oscuros y llegó a la conclusión de que el naib Dhartha no estaba entre ellos. Como había dicho Marha, el anciano líder de pelo entrecano ya no malgastaba su tiempo con los agotadores grupos de trabajo. Ahora prefería codearse con los mercaderes extraplanetarios.



Los forajidos empezaron a registrar los compartimientos de carga de los vehículos, a sacar paquetes de especia rojiza y pasárselos a otros, que subían con ellos por las rocas.

Con movimientos ágiles, como una liebre del desierto, Marha se acercó a una de las mujeres, que estaba tensa y tenía las manos y las ropas cubiertas de un fino polvillo marrón. Sonriendo, tiró de un círculo de metal que llevaba al cuello, una cadena tintineante de fichas de especia.

— ¿Todavía no te has casado, Hierta? Quizá acabarás resignándote a ser una vieja solterona. —Se guardó las fichas en un bolsillo de su destiltraje y miró a Selim con expresión triunfal.

Hierta la miró con odio.

— ¿Marha? ¡Traidora! Esperábamos que hubieras muerto en el desierto, pero has caído bajo el influjo de ese demonio, de ese loco.

— ¿Loco? —respondió ella—. No está loco, es un iluminado.

—Vender especia a los extraplanetarios acarreará la ruina a este planeta. Los grandes gusanos perecerán, y con ellos morirá nuestra forma de vida —dijo Selim. Se colocó con gesto protector junto a Marha y cruzó los brazos sobre el pecho—. Por el momento es mi deber sagrado devolver a Shai-Hulud lo que le habéis quitado.

Sacó su daga lechosa y cristalina y la clavó en un saco de melange, dejando que el polvo se derramara como sangre seca sobre las rocas y la arena. Después de la avalancha inicial aún seguían cayendo piedrecillas de los peñascos.

—Ya está todo, Selim —dijo Jafar cuando sus hombres hubieron interceptado a todos los que trataban de huir y se llevaron los paquetes de especia.

No mataron a los recolectores de especia, ni siquiera les quitaron el agua o los vehículos. Las posesiones materiales no significaban nada para Selim. El desierto siempre proveía.

—Recordad lo que habéis aprendido aquí —dijo con voz atronadora—. ¿Cuántas veces tengo que enseñaros la misma lección?

Luego, siguiendo a Marha, los vigilantes del desierto treparon por las escarpadas formaciones rocosas y desaparecieron...

Mientras el resto del grupo de recolectores gemía y se lamentaba, un joven seguía mirando con admiración el lugar por donde se habían ido. Algunos de sus compañeros levantaban los puños y gritaban insultos a los forajidos.

Pero el joven Aziz no pudo evitar una sonrisa. ¡No esperaba llegar a ver en persona al Montagusanos! El gran hombre le había mirado a los ojos.



Como nieto del naib Dhartha, Aziz conocía bien las hazañas de Selim, aunque su abuelo lo describía como un villano. ¡Pero Selim y los suyos sabían montar a los gusanos! Y no habían hecho daño a nadie. Por mucho que dijera su abuelo, a él le parecían unos hombres valientes y extraordinarios que actuaban con la bendición de Budalá.

Aziz habría querido saber más de ellos.



Capítulo 13

El cobarde no luchará

El necio se niega a ver la necesidad.

El canalla se pone a sí mismo al frente de la humanidad.

Los zenshiíes son todas estas cosas.

Primero Xavier Harkonnen, despachos militares sobre el terreno

Sin hacer caso del frío recibimiento de Rhengalid, Xavier Harkonnen estableció su base de operaciones en la ciudad de cuevas de Darits. Si quería culminar con éxito su misión no tenía elección. El estrépito de los saltos de agua llenaba el ambiente. Manchas rojas de algas caían con el agua como sangre oscura.

Los ancianos zenshiíes se habían retirado a sus casas en las cuevas. Aquellos fanáticos se obstinaban en negar el peligro, aunque Xavier les había mostrado las imágenes de los robots avanzando hacia su ciudad sagrada.

—Vedlo con vuestros propios ojos. Las máquinas os destruirán.

Los robots se desplazaban por las tierras de cultivo a lo largo del canal del río, acompañados por pesados vehículos de asalto montados sobre orugas. Los mercenarios de Ginaz, ataviados con ropas de granjero, provocaban a los robots para que les dispararan y corrían enseguida a esconderse. El ejército de robots no se desvió en ningún momento de su objetivo, y siguió avanzando hacia la vulnerable Darits.

Al ver las imágenes, el anciano Rhengalid arrugó con preocupación su frente afeitada, luego sacó el mentón barbudo.

—No tenemos nada que pueda interesar a las máquinas. En cuanto se den cuenta nos dejarán en paz.

Pero Xavier ya había visto en dos ocasiones la devastación que dejaban tras de sí las máquinas pensantes: en Zimia y en Giedi Prime, donde había perdido a Serena. Y también estuvo presente durante las matanzas de Ellram, la colonia Peridot y Bellos. Sabía que Omnium quería conquistar Anbus IV porque sería una importante avanzadilla en su camino hacia Salusa Secundus. A los robots poco les importaba si los nativos zenshiíes estaban vivos o muertos.



Xavier, lleno de rabia y frustración, estuvo a punto de contestar de mala manera a aquel líder que tan equivocado estaba, pero se limitó a despacharlo.

—He hecho lo que he podido por complacerle, anciano, pero no queda tiempo para seguir discutiendo. Puede retirarse a recitar sus sutras si cree que le van a salvar del enemigo, pero no interfiera en mi trabajo.

Intermitentemente llegaban informes de mercenarios de Ginaz. A pesar de no llevar armas más eficaces que las que habrían llevado los zenshiés, los mercenarios lograron un considerable éxito, ya que destruyeron el doble de máquinas que esperaban. Por el camino habían dejado un reguero de robots de combate destrozados. Xavier temió que los hombres de Ginaz estuvieran causando tantos estragos que las máquinas pensantes se cansaran y volvieran atrás.

Sin embargo, los invasores siguieron acercándose al primero de los dos asentamientos donde quería emboscarlos.

El primero se volvió para pedir informes de los grupos independientes apostados en las dos aldeas.

—Tercero Tantor, quiero un informe de la situación. Los mercenarios informan que las máquinas se dirigen hacia vosotros. —Xavier esperaba que la reticencia de Rhengalid desaparecería en cuanto viera el monstruoso ejército robótico.

Desde la primera de las aldeas, Vergyl respondió con voz ahogada.

— ¡Primero Harkonnen, tenemos problemas!

— ¿Qué han hecho las máquinas?

—No han sido las máquinas, señor... sino los nativos. Por la noche nos envenenaron... han saboteado nuestras armas, han dañado las células energéticas. Mis hombres están indefensos. Ninguna de las piezas de artillería funciona. ¡Los zenshiés lo han destrozado todo!

Xavier sintió que el miedo le dominaba. Trató de controlar la ira y la decepción mientras oía el informe del segundo contingente.

—Al habla el tercero Hondu Cregg, señor. Los habitantes de la aldea también nos han drogado, luego han cortado los cables de alimentación, han robado las baterías y han alterado los mecanismos de las miras telescópicas. Es culpa mía, señor... pero... —Tosió—. Hemos venido para proteger a esta gente. Y ahora no podremos disparar un solo tiro.

Vergyl intervino con la voz tensa y llorosa.

—Xavier, las máquinas avanzan hacia nosotros a gran velocidad. ¿Cuáles son tus órdenes? ¿Qué hacemos?

Con una furia apenas contenida, Xavier empezó a andar arriba y abajo. Le daban ganas de gritar a Rhengalid, pero eso no hubiera servido de nada.



No podía permitir que le pasara nada a su hermano pequeño, y menos por ayudar a una gentuza como aquella.

—Tercero Tantor, tercero Cregh, quiero que se retiren inmediatamente. Si se quedan los aniquilarán.

Xavier tratando desesperadamente de encontrar una solución, apretaba tan fuerte la mandíbula que los dientes le dolían. El tiempo se agotaba. El ejército de máquinas avanzaba inexorablemente... y ahora su maravillosa emboscada, la única posibilidad que tenían de obtener una victoria clara y decisiva, se había echado a perder.

Años atrás, en Poritrin, los esclavos budislámicos sabotearon los generadores de escudo recién instalados de la Armada de la Liga, así que los soldados habrían ido derechos hacia la muerte si Xavier no hubiera descubierto aquella traición.

Ahora aquellos zenshiíes de Anbus IV añadían innecesariamente su suicidio a sus actos de traición contra el ejército de la Yihad.

Xavier respiró hondo varias veces; recordaba demasiado bien que aquellas máquinas perversas habían asesinado a un hijo al que nunca conoció. Habló a través del comunicador a todos los soldados que pudieran oírle.

—Si eso es lo que los zenshiíes quieren, conseguiremos la victoria por las malas. — El aire frío silbaba entre sus dientes—. Jamás entregaré este planeta a Omnius... cueste lo que cueste.

La voz de Vergyl sonaba asustada, pero optimista.

—Xavier, creo que puedo reconfigurar algunas de las armas para que vuelvan a funcionar. Podemos perseguir a las máquinas pensantes, atacarlas.

Zon Noret le interrumpió, hablando en nombre de los mercenarios.

—Dénos esas armas a nosotros, primero. Ya ha visto qué podemos hacer con los pocos recursos que hemos encontrado en la zona. Lo intentaremos.

—Sería una pérdida de tiempo. No podrían lograr lo que queríamos. Salven todo el material bélico que puedan, quizá algún día lo necesitemos, pero no ahora. Tengo otros planes. —Volvió a mirar el largo cañón; el ejército de máquinas no podía estar lejos—. Los mercenarios, que vuelvan cuanto antes a Darits. Zon Noret, creo recordar que tenía conocimientos de demolición, ¿me equivoco? Voy a necesitar esas... habilidades tuyas.

Levantó la vista hacia la inmensa presa construida por los zenshiíes para contener el agua y controlar las mareas. Si aquella gente podía construir algo tan complejo, ¿por qué no iban a ser ellos capaces de enfrentarse a un enemigo tan poderoso?

El tercero Cregh informó desde la segunda aldea.

—Primero, las fuerzas enemigas acaban de pasar de largo. No hay bajas.



—Por el momento no les interesáis. Seguramente creen que, cuando se hagan con la red de comunicaciones y las infraestructuras de Darits y establezcan sus propias subestaciones, tendrán tiempo de sobra para volver y aplastar las poblaciones más pequeñas. ¿Puede darme una estimación del tiempo que tardarán en llegar a Darits?

—Dos horas como mucho, primero.

—Estaremos preparados. —Xavier cerró la línea y se volvió hacia uno de los soldados que estaban junto a él. No tenía más remedio que adoptar medidas drásticas. Los zenshiés lo habían querido.

—Vaya en busca del anciano Rhengalid. Diga a su gente que tenemos menos de dos horas para evacuar la ciudad. Y asegúrese de que entienda que no se lo diré una segunda vez.

En el pasaje porticado salpicado de jirones de niebla que corría a lo largo del peñasco, los ancianos zenshiés exigieron a Xavier que explicara sus intenciones.

—No es esta la forma en la que quería enfrentarme a las máquinas, pero ustedes me han obligado. Podía haber llevado a cabo mi misión y salvar a su gente y su ciudad. No me han dejado alternativa.

Al oír esto, Rhengalid levantó un puño nervudo al cielo.

—Darits es una ciudad sagrada. Es el centro de la religión zenshií. Aquí se conservan textos sagrados, reliquias, objetos irremplazables.

—Tendría que haberlos trasladado a un lugar seguro cuando le avisé hace una hora. —Xavier le dio órdenes con expresión distante—. Que su gente actúe con rapidez. No hay necesidad de que mueran.

Mientras los chorros de agua caían con gran estrépito desde los canales de desviación de la presa y las compuertas de desagüe, Xavier habló sin tapujos. Les habló de cuando Omnius, décadas atrás, lanzó un ataque a gran escala contra Zimia, la capital salusana, y Xavier reunió sus fuerzas y tomó la solemne decisión de proteger los generadores de escudos Holtzman como fuera. Había salvado al mundo, aunque aquello costó miles de vidas y la destrucción de amplios sectores de aquella hermosa ciudad. Ahora había decidido algo parecido para salvar Darits... a una escala mucho mayor.

En una precipitada consulta, se reunió con sus ingenieros y expertos en demoliciones para decidir dónde colocar los explosivos. La presa estaba bien construida, pero sus hombres supieron encontrar los puntos más vulnerables de la estructura.

Zon Noret estaba en pie ante ellos, sangrando por las heridas que había recibido en combate abierto con los robots. Pero las heridas no importaban; él mismo se aplicó unos vendajes de emergencia para poder seguir adelante.

—Yo llevaré al menos diez cargas, perfectamente posicionadas.



Uno de los ingenieros dijo:

—Podríamos utilizar cargas atómicas, primero. Sería mucho más fácil.

Xavier meneó la cabeza. Ya había visto la destrucción que provocaban las armas atómicas cuando la Armada de la Liga convirtió la Tierra en un yermo estéril.

—No importa lo que esta gente haya hecho. Quiero darles una oportunidad.

Siguiendo el plan de Noret, valientes y fuertes hombres y mujeres de Ginaz treparon por las grietas de los grandes bloques de piedra que formaban la pared de la presa. Colocaron detonadores y explosivos de gran potencia detrás de las colosales esculturas de Mahoma y Buda.

El ejército de máquinas avanzaba, sin preocuparse de las aldeas por las que pasaba. Ya las ocuparía cuando la copia de Omnius estuviera instalada en Darits. Pero Xavier tenía la intención de arrebatárselos ese trofeo y de paso destruir aquella concentración de tropas robóticas.

Algunos zenshiíes se tomaron el aviso en serio y huyeron de la ciudad; otros seguían negándose a escuchar nada de lo que dijeran los infieles. Afligido por la terrible decisión que se había visto obligado a tomar, Xavier observaba la marea de refugiados. Había visto demasiada muerte en su vida.

«No puedo salvar a los que se empeñan en convertirse en mártires.»

Pero arrugó la frente, porque las lágrimas le escocían en los ojos.

«Qué desperdicio. ¿En nombre de quién se sacrifica esta gente? A Omnius no le van a impresionar. Ni a mí tampoco.»

Vorian Atreides transmitió desde su nave insignia en órbita, y sonó engreído.

—Buenas noticias, Xavier, aquí arriba casi hemos terminado. Estoy preparado para liquidar a la flota espacial.

—Excelente... porque casi tenemos encima a las máquinas. —Cortó la comunicación, dejando que su compañero primero preparara la segunda fase del ataque, una fase que, al menos en teoría, serviría para expulsar lo que quedaba de la flota de máquinas en Anbus IV.

Unos momentos después, el temible ejército robótico apareció por el extremo más alejado del cañón, en una funesta e implacable concentración de poder mecánico. En su corazón no había nada que Xavier deseara más que destruirlos.

Incluso los experimentados guerreros lanzaron exclamaciones de desánimo, pero Xavier les hizo callar.

— ¡Luchamos por nuestro honor y por una causa justa! Somos soldados del ejército de la Yihad. —Dio orden a sus mercenarios y a sus yihadíes para que se pusieran a salvo.



Zon Noret se fue dando tumbos, a punto de venirse abajo; sus profundas heridas seguían sangrando, pero rechazó la ayuda que uno de los soldados de Xavier le ofrecía.

Los invasores mecánicos se lanzaron al ataque, convencidos de que habían superado las últimas defensas humanas. Xavier esperó... y esperó. El sudor caía por sus sienes y se le metía por la comisura de los ojos.

«Tenemos la fuerza de la naturaleza de nuestro lado, un poderoso aliado. El agua hará el trabajo por nosotros.»

Los últimos comandos de Ginaz llegaron a lo alto del cañón, alejándose lo más posible del radio de acción de los explosivos. Noret seguía en pie, a pesar de las heridas, y corría tras sus mercenarios. La luz del sol destellaba sobre las cubiertas metálicas de los espantosos robots de combate.

—Omnius no conquistará este mundo —dijo Xavier con voz baja y amenazadora. Entonces alzó el mentón y abrió la boca en un grito—. No conseguiréis este lugar.

E hizo detonar los explosivos personalmente.

Las sucesivas explosiones resonaron con un ruido ensordecedor entre los muros del cañón. Las cargas estallaron en los puntos más vulnerables; golpearon y resonaron por la poderosa presa.

Ahora que la estructura de la presa estaba seriamente dañada, la enorme presión del agua contenida empezó a abrir grietas cada vez más grandes y fue cobrando fuerza, aumentando exponencialmente el daño. Empezaron a salir a presión chorros de agua y fragmentos de roca.

El agua salía a borbotones por las grietas como una estampida cósmica. Las inmensas estatuas de Buda y Mahoma oscilaban y se partían por lugares insospechados, como si estuvieran borrachas. Finalmente, con un gran estrépito, la presa cedió. El muro, las esculturas ciclópeas y las rocas del tamaño de casas salieron disparadas con la fuerza titánica de un río desatado.

Un arma demasiado poderosa, incluso para las máquinas pensantes.

Los invasores robóticos vacilaron cuando sus sensores les avisaron de la muralla de agua que se abalanzaba sobre ellos. Analizaron la información y, demasiado tarde, trataron de retirarse. Pero aquel martillo líquido los golpeó con fuerza y arrastró incluso a los cuerpos más pesados y voluminosos como si fueran palillos en un huracán.

El agua también se llevó los edificios y estructuras construidos en los huecos protegidos de las cuevas. La ciudad sagrada de Darits desapareció, junto con sus reliquias y todos los zenshiés que se habían negado a evacuar.

Desde lo alto de la pared del cañón, seguro por encima de aquella avalancha de agua, Xavier Harkonnen observaba con expresión sombría. Notaba el olor a tierra



mojada y el agua revuelta mientras veía cómo se vaciaba el pantano como un inmenso chorro cargado de limo. Más abajo, las aguas arrastrarían cosechas y asentamientos.

«Hubiera preferido que fuera de otro modo. Pero no me han dejado alternativa.»

Cuando las máquinas fueron arrastradas y la avalancha siguió su camino por el cañón, los transbordadores espaciales de la Yihad llegaron para recoger a los suyos. Mientras Xavier reunía a los mercenarios de Ginaz y a los soldados que seguían con vida en lo alto del cañón, miles de combatientes gritaban y lanzaban vítores celebrando la gran victoria.

En cambio, los zenshiés supervivientes parecían desolados y miraban con los ojos muy abiertos y una expresión de incredulidad. Rhengalid, con la cara manchada de barro y la barba canosa enmarañada, señaló a Harkonnen con un dedo acusador.

— ¡Yo te maldigo! Has destruido nuestra ciudad santa, nuestras reliquias y a miles de los nuestros. Que la ira de Budalá caiga sobre ti y tus descendientes por un millón de años.

El agua seguía con su atronador camino cañón abajo, extendiéndose conforme el terreno se allanaba. Los últimos fragmentos de la presa, los que estaban unidos al cañón, cayeron, y el gran pantano siguió vaciándose. Algunos botes de pesca fueron arrastrados y la corriente los destrozó.

—Tenéis que reconstruir una ciudad entera. —Xavier miró a Rhengalid sintiéndose muy poco compasivo—. Pero si podéis hacerlo es porque estáis vivos y sois libres.



Capítulo 14

Los secretos dan lugar a más secretos.

Dicho de Arrakis

Ahora que Agamenón y sus titanes habían partido hacia sus respectivas misiones, Corrin parecía tranquilo y eficiente.

Aunque las máquinas pensantes podían comunicarse a través de cualquier nódulo de la extensa red de la supermente, Omnius ordenó a Erasmo que acudiera a la ciudadela central de Corrin para una reunión.

Cada vez que Erasmo veía aquella estructura elevada y filiforme, la torre de electrolíquido ajustaba su aspecto respondiendo a los caprichos de Omnius. La ciudadela parecía un ser vivo, con sus paredes deslizantes, las ventanas de plaz y los suelos ajustables. El núcleo de la supermente se desplazaba libremente por aquel laberinto, desde lo alto de la torre hasta las cámaras subterráneas.

Erasmo podía cambiar las expresiones de su rostro flexible de metal, pero el Omnius-Corrin podía metamorfosearse a su antojo, y cambiaba estructuras enteras del edificio. Por lo que el robot autónomo sabía, ninguna de las otras copias de Omnius tenía esos caprichos. Parecía que aquel ordenador omnipresente fuera... excéntrico.

Cuando llegó, Erasmo tomó obedientemente un ascensor hasta el séptimo nivel de la torre de electrolíquido y salió a una sala pequeña y sin ventanas. Cuando las puertas metálicas se cerraron como un diafragma a su espalda, sus fibras ópticas no fueron capaces de detectar ninguna abertura en las paredes o el techo. Se preguntó si la supermente estaría tratando de intimidarle.

¿Estaría desarrollando aquel Omnius concreto —la mayor supermente de los Planetas Sincronizados, situada en el centro estratégico— emociones y excentricidades? ¿Se creía el Omnius-Corrin superior a los otros? En el pasado, por curiosidad, el robot había intentado preguntarle acerca de ello, pero la supermente siempre se negaba a contestar.

Aquel complejo ordenador tenía sus propias rarezas, su idiosincrasia; incluso un ego, aunque Omnius lo habría negado. Interesante. Omnius parecía tener un programa diseñado para hacerse a sí mismo más impulsivo e impredecible, como los



humanos, cuyo comportamiento aleatorio les había permitido superar a las máquinas en numerosos campos de batalla.

—Erasmus, hoy hablaremos de religión —anunció la supermente desde unos altavoces invisibles que hacían que sonara como si estuviera en todas partes—. Extiende la palma de la mano.

Cuando el robot lo hizo, una gelesfera metálica cayó en su palma desde un compartimiento del techo; una copia de Omnius. Parecía mentira que pudiera haber tantísima información en una esfera tan pequeña y ligera. Y lo que no contenía... sobre todo el «alma», que Erasmus trataba de encontrar, junto con otros aspectos escurridizos de la naturaleza humana.

—Por favor, antes de empezar, dame todos los datos relevantes que haya sobre esa cuestión —dijo Omnius.

Durante siglos, Erasmus había observado a la especie humana y había realizado experimentos con ellos, agregando grandes cantidades de información a sus ya copiosos archivos de datos. Y aunque en numerosas ocasiones se había ofrecido a descargarlo todo, Omnius no había demostrado ningún interés por sus estudios. Hasta ahora.

— ¿Por qué deseáis saber cosas acerca de la religión? No me parece un tema que os interese.

—Para mí, las llamadas creencias espirituales o religiosas suponen un patrón incomprensible de comportamiento. Sin embargo, ahora están utilizando la religión como un arma contra mí. Por tanto, debo analizarla.

Para realizar una transferencia de datos eficaz, Erasmus colocó la copia de Omnius en un puerto a un lado de su cuerpo y transfirió la información que la supermente pedía. Cuando terminó, retiró la esfera.

Durante un momento, Omnius procesó los datos y los analizó.

—Interesante. Hay muchas formas de religión, pero la fe con un componente emocional más poderoso parece centrarse en la existencia de un Ser Superior o fuerza rectora. ¿Es esta la creencia más importante entre los humanos?

—Aún estoy investigándolo, Omnius. En cuestión de fe, pocas cosas son seguras. Los humanos anteponen las creencias y los deseos a la lógica y los hechos.

— ¿Qué sentido tienen tus experimentos si no puedes proporcionar respuestas concretas?

—Cuando se trata del comportamiento humano resulta difícil incluso formular preguntas concretas. Sin embargo, mi propósito es establecer unas líneas generales que puedan ayudarnos.

La esfera plateada giró en la palma de Erasmus, generando calor.



— ¿Y las religiones? ¿La información que me has transferido es todo lo que tienes?

—Os he dado un sumario histórico con todo lo que los humanos que he capturado me han contado de las iglesias, sinagogas, mezquitas y altares de su gente, y de la forma en que las creencias originales se disiparon o metamorfosearon en sus creencias actuales. Si lo deseáis, puedo ofreceros una lista de todos los planetas analizados, junto con la filiación religiosa de cada uno.

—Innecesario. —La voz de Omnius aumentó de volumen—. ¿Por qué llaman «Yihad», guerra santa, al movimiento de oposición contra mí? Soy un ordenador. ¿Qué relación puedo tener yo con sus religiones?

—Por conveniencia, os han asociado a una fuerza del mal que aparece en muchos de sus textos sagrados. Os tachan de demonio, lo que les permite afirmar que sois enemigo del Ser Supremo al que adoran. De este modo, convierten un conflicto político en un conflicto religioso.

— ¿Y qué ventaja representa eso?

—Permite que los dominen las emociones, no la lógica que nos mueve a nosotros. Los humanos se sienten inclinados a llevar a cabo acciones irracionales porque sus religiones les dan la superioridad moral. Para ellos el conflicto con nosotros es mucho más que una guerra... es una empresa santa del más alto orden.

Erasmus notó que la mano le hormigueaba mientras la esfera procesaba la información a gran velocidad en sus bancos de datos. — ¿Podría ser su Dios una forma más elevada de vida orgánica? —preguntó Omnius.

— ¿A qué dios os referís? ¿Al dios de los navacristianos? ¿Al del budislam? ¿Al de la fuerza deislámica? ¿A los Jefes Supremos panhindúes del séptimo círculo? No he asimilado lo suficientemente bien las diferencias. Es posible que no sean más que manifestaciones de la misma deidad, deformadas por el tiempo y las informaciones equivocadas. O quizá se trata de dioses completamente distintos.

—Tus respuestas son excesivamente imprecisas —dijo Omnius.

—Justamente. Los creyentes ven a Dios como una forma de vida etérea, aunque las sectas más importantes tienen historias en las que sus deidades adquieren forma humana.

—Qué absurdo.

Erasmus meditó sus palabras antes de contestar.

—Vos podríais ser un dios de las máquinas, Omnius.

—Entonces ¿por qué hago preguntas? —Lo cierto es que la voz de la supermente manifestaba decepción—. Si fuera Dios ¿no lo sabría todo?

El comentario surgió en el mismo momento en que Erasmus lo pensó, ya que los conocimientos contenidos en los archivos de datos de Omnius no eran completos.



Meditó por unos momentos. ¿Había estado jugando con él la supermente? ¿Había absorbido todos los datos de su investigación acerca de los seres humanos?

« ¿Me está leyendo Omnius el pensamiento en este preciso momento? »

—Durante décadas has criado a un subgrupo de humanos en tus cuadras como si fueran animales, y ninguno de ellos ha sido adoctrinado formalmente. —La esfera plateada se elevó en el aire, llegó hasta el techo y empezó a girar sobre aquella superficie blanca e indefinida, como si la gravedad se hubiera invertido—. ¿Qué cree la gente de tus cuadras acerca de Dios?

—Evidentemente, sus creencias son más primitivas. Algunos han inventado historias de un ser supremo, pero la mayoría están convencidos de que ese dios los ha abandonado. Es posible que el concepto mismo de religión no sea más que un aspecto social de la humanidad, y cuando el tejido social se destruye, estos sistemas de creencias se desvanecen.

La gelesfera se desplazó velozmente por la superficie del techo, luego descendió siguiendo una pared, continuó por el suelo y, después de colarse entre las piernas de Erasmo, volvió a elevarse.

— ¿Es posible que hayas evitado el tema de la religión en tus investigaciones porque es demasiado complejo e ilógico?

—No lo he estudiado en detalle, Omnius, es cierto. He estado ocupado con otras facetas del comportamiento humano. Las creencias religiosas solo son un aspecto más. Por lo que he observado, yo diría que los humanos son agnósticos o ateos, a menos que estén sometidos a un dolor o un estrés extremos. En su historia estas actitudes se presentan siempre en ciclos, como una gran marea que sube y que baja. En estos momentos la marea de las creencias religiosas está subiendo, y la Yihad es el catalizador.

— ¿La necesidad de una religión es algo innato en los humanos? ¿Quizá ignorar su espiritualidad te ha impedido comprender su verdadera naturaleza?

—He torturado a miles de ellos, y muy pocos hablan de Dios, salvo para preguntar por qué los ha abandonado. Sin embargo, no me cabe la menor duda de que, en estos momentos, mientras Jerjes y los suyos están diezmado a la población rebelde de Ix, las víctimas exhalan su último aliento rezando, aunque saben que es completamente inútil.

No habían recibido noticias de Ix, pero las órdenes del titán eran muy claras. Jerjes era perfectamente capaz de hacer una carnicería. A los pocos que sobrevivieran en Ix no se les ocurriría volver a rebelarse jamás.

—Sigo sin acabar de entender el concepto de religión —dijo Omnius—. ¿Qué utilidad tiene? Parece un incentivo imaginario diseñado para controlar el comportamiento humano en el aspecto social.

Erasmo replicó de forma pausada.



—Comprender la fe es como tratar de sujetar una piedra mojada y cubierta de musgo. Es un objeto sólido, y sin embargo es resbaladizo y difícil de sujetar.

—Explícate.

—La experiencia religiosa es distinta para cada ser humano, incluso cuando profesan la misma fe. Cada individuo parece concentrarse en un aspecto diferente. Hay matices, variaciones sutiles... igual que sucede con la emoción humana del amor, la religión nunca es la misma para dos personas distintas.

—Pero ¿por qué?

Mientras Erasmo seguía en pie, la esfera no dejó de desplazarse a toda velocidad por la habitación, cada vez más deprisa: subió por las paredes, corrió paralela al techo, bajó por las paredes, se desplazó por el suelo. Empezaron a aparecer gelesferas duplicadas, docenas de copias de Omnius, como proyectiles que iban en todas direcciones a gran velocidad, y que casi acertaban a Erasmo, con voces que se superponían y pronunciaban una única pregunta: ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

De pronto, las esferas desaparecieron y el silencio volvió a la habitación sellada en lo alto de la ciudadela. Detrás de Erasmo la puerta se abrió como el diafragma de una cámara. El robot independiente entró obedientemente en el ascensor y se fue.

Ya de vuelta en su villa de Corrin, Erasmo reconoció que quizá no había dedicado la suficiente atención al tema de la religión, como había insinuado Omnius. Si eso era cierto, no podía seguir evitándolo. Había estado obsesionado con la creatividad de los humanos y su manifestación en diferentes formas de arte. Pero ¿de dónde sacaban la inspiración? ¿De una fuente superior? Quizá sus esclavos humanos le habían estado ocultando su espiritualidad... inconscientemente. Y eso significaba que se la estaban ocultando a sí mismos.

Erasmo estaba en un porche desde donde podía ver las cuadras y cómo los sucios humanos iban arriba y abajo en sus alojamientos abarrotados y miserables. Si Iblis Ginjo o Serena Butler habían descubierto la forma de liberar esa fuerza que la psique humana llevaba muy adentro, eso explicaría todo aquel fervor religioso que se había traducido en fervor bélico.

Movido por una renovada determinación, el robot se lanzó a una búsqueda intelectual. ¿Qué poder se escondía detrás de la religión? ¿Era un arma que las máquinas no podían controlar? Si bien le interesaban muy poco los detalles de la Yihad galáctica, tenía que llevar a cabo aquel proyecto, por su propio crecimiento...

Omnius puso a su disposición montones de libros impresos y electrónicos que se habían confiscado en las antiguas bibliotecas humanas o en los asentamientos de los planetas sincronizados conquistados. Erasmo empezó a cargarlos en su banco de datos.



Mientras estaba en ello, meditó sobre los pensadores y sobre toda la información que tenían almacenada en sus antiguos cerebros. Si en Corinn hubieran tenido alguno de esos pensadores, habría podido proporcionarle interesantes revelaciones. En la Tierra, Erasmo habló en alguna ocasión con el pensador Eklo, pero había sido aniquilado durante la revuelta de los humanos.

Con la precisión de una máquina, el robot recordó conscientemente cada una de las palabras que Eklo le había dicho, repasó detalladamente cada conversación. Y llegó a una conclusión perturbadora: aquel pensador supuestamente neutral le había estado ocultando algo... para proteger a los humanos.



Capítulo 15

Por desgracia, algunas guerras las gana el bando más fanático desde el punto de vista religioso. Los líderes victoriosos aprovechan la energía sagrada de la locura colectiva.

Pensadora Kwyna, El arte de la agresión

Iblis Ginjo se dirigió apresuradamente hacia el edificio del Parlamento mientras una leve llovizna caía en la plaza del gobierno. Media docena de agentes de la Yipol le seguían, sin molestarse en protegerse de la lluvia. En diversas esquinas, las estatuas y los altares levantados en memoria de los mártires de la Yihad relucían bajo el agua y las luces amarillas.

El Gran Patriarca subió los amplios escalones y fingió sorpresa cuando se topó con cuatro monjes ataviados con túnicas amarillas que bajaban con cuidado. El más alto llevaba un gran cilindro cubierto con una tela que lo protegía de la lluvia: era la pensadora Kwyna, a la que trasladaban como un pájaro en una jaula. Iblis sabía que estarían allí y lo había preparado todo para que se encontraran «casualmente».

Iblis hizo una señal a sus acompañantes y estos cerraron el paso a los subordinados.

— ¡Ah! ¡Qué suerte! —exclamó Iblis—. Llevaba días pidiendo una audiencia con la pensadora. Estoy seguro de que tenemos muchas ideas que compartir. —Y sonrió, anhelando secretamente la misma clase de interacción que tuvo con el brillante pensador Eklo antes de la terrible rebelión de la Tierra.

Pero la tarea que le tenía ocupado actualmente era mucho más compleja que sus torpes esfuerzos por empujar a los esclavos a una revuelta contra sus amos. Necesitaba ayuda, y estaba seguro de que la pensadora podía ayudarle si lograba convencerla de que compartiera sus vastos conocimientos con él. Sin embargo, hasta el momento, el antiguo cerebro filósofo se había mostrado reacio y distante, como si no quisiera reconocer que las acciones de Iblis estaban justificadas.

—Kwyna ha estado ocupada —replicó el subordinado que llevaba el contenedor cerebral.

Una cicatriz que loide bajaba por un lado de su cara, de la sien al mentón. Las gotas de lluvia le manchaban la túnica.



—Por supuesto, a mí la Yihad también me tiene ocupado. Pero estamos en el mismo bando, ¿no es cierto? Somos aliados, puede que incluso colegas.

Adelantándose con temeridad y expectación, Iblis levantó una parte de la cubierta de tela y dejó al descubierto el recipiente sellado donde el cerebro rosado reposaba en electrolíquido azul. El monje hizo una mueca, y la cicatriz se crispó; sus ojos negros miraban con expresión inflexible, pero no se opuso al Gran Patriarca.

— ¿Pensadora Kwyna? —Iblis habló directamente al recipiente—. ¿Por qué no vamos a un lugar donde podamos resguardarnos de esta horrible lluvia y hablamos? Necesito que me ilumines.

La mente de Kwyna era una inmensa reserva de conocimientos y perspicacia, igual que lo fuera la de Eklo. Quizá accedería a enseñarle si le prometía utilizar la información correctamente. Iblis había leído algunas de sus anteriores declaraciones esotéricas y necesitaba confirmar si las había interpretado correctamente.

Aunque intuía la incomodidad de Kwyna ante su interés, Iblis deseaba estar más cerca de ella intelectualmente, cerca de toda aquella maravillosa información y filosofía. Su voz se convirtió en un hilo ansioso.

—Por favor.

—Espera, Gran Patriarca. —Los ojos del monje de la cicatriz se volvieron vidriosos cuando se puso en contacto con el antiguo cerebro.

Sin hacer caso de la fría lluvia, que ahora caía con más fuerza, el subordinado pronunció con voz ronca y gutural lo que la pensadora decía a través de él.

—Gran Patriarca, deseas preguntarme por escrituras y textos antiguos. Lo percibo en tu voz, en tus actos, en tu respiración.

Iblis asintió, impresionado.

—Me siento fascinado por las antiguas profecías muadru y la forma en que se aplican a estos tiempos tan agitados en que vivimos. Basándome en mis lecturas, he encontrado incontables justificaciones para la Yihad santa contra las máquinas pensantes. Tus propios escritos y tus discursos me han inspirado para que envíe a muchos bravos combatientes al campo de batalla.

La pensadora parecía afligida.

—Esas ideas nunca han sido relevantes para tu Yihad.

— ¿Acaso no hay ideas atemporales? Sobre todo las tuyas, Kwyna. —Todos estaban empapados. Uno de los sargentos de la Yipol le pasó un trapo seco al Gran Patriarca, y este se secó la cara y prosiguió—: En uno de tus manifiestos escribiste acerca de la locura colectiva de la guerra, dices que los ganadores invocan poderosas ilusiones para conseguir la victoria. He estado tratando de alcanzar ese elevado objetivo, y debo decir que con cierto éxito. Pero ahora deseo llevarlo a un nivel más elevado.



—Yo jamás he abogado por semejante práctica. Era solo una de las muchas ideas que di como ejemplo —respondió Kwyna—. Has sacado mis palabras de contexto. ¿Has leído el rollo entero, Iblis Ginjo? Creo que contiene varios millones de palabras, y tardé siglos en compilarlo.

—Lo he mirado por encima buscando ideas. Me has inspirado.

—Los conceptos importantes deben ser asimilados en su totalidad. No trates de interpretar las escrituras con anteojeras para amoldarlas a tus propósitos.

Iblis sabía perfectamente que había extraído selectivamente la información de los escritos de la pensadora y luego la había manipulado. Pero disfrutaba dialogando con Kwyna era como un juego, el desafío de comprobar si podía estar a la altura de una de las mentes más grandes de la historia. Y aplacaba la necesidad que sentía de estar bajo la tutela de alguien como el pensador Eklo, que compartió sus conocimientos con él hasta que fue destruido durante las terribles revueltas terrestres.

El Gran Patriarca citó rápidamente algunos pasajes de varias escrituras relativas a los «últimos tiempos», antiguas runas muadru y otros testamentos que —con una interpretación bastante libre — proclamaban que la Humanidad encontraría su paraíso después de mil años de sufrimientos... y solo si hacían los suficientes sacrificios.

—Creo que en Ix tenemos la oportunidad perfecta para hacer esos sacrificios. Mis yihadíes y mis mercenarios están dispuestos a pagar el precio, y también la población de Ix.

—La sangre de los inocentes siempre ha sido la moneda de cambio de los líderes carismáticos —dijo Kwyna a través de la voz del subordinado—. Lees fragmentos y escritos que están incompletos. Por tanto, hay lagunas en tus conocimientos, y es posible que tus conclusiones estén equivocadas.

Iblis, con repentina intensidad y entusiasmo, alzó las cejas.

—Entonces ¿sabes tú cuál es el resto del mensaje? ¿Qué hay en los otros fragmentos? —Quería toda la munición escritural que pudiera conseguir. Necesitaba conseguir el entusiasmo de los planetas que ahora despertaban, mover a la acción a las gentes oprimidas prometiéndoles que sus tribulaciones habían terminado.

Tras un momento de intenso silencio, Kwyna dijo:

— ¿Eres realmente un hombre religioso, Iblis Ginjo?

Iblis sabía que no podía mentir a la antigua filósofa.

—La religión ayuda a mi sagrado propósito, que la humanidad se alce en contra de sus opresores.

Con aquella extraña voz que hablaba a través del monje, Kwyna preguntó:



— ¿Has escuchado alguna de mis muchas protestas contra la Yihad? ¿Haces todo esto por la humanidad, Gran Patriarca... o lo haces por ti mismo?

—Sí, quizá lo hago por una persona —respondió Iblis con maestría—, pero no por mí. No, lo hago por el hijo inocente de Serena Butler, a quien vi morir a manos de una insensible máquina pensante. Los que protestan son personas cortas de vista e irrelevantes, y yo no soy más que un instrumento de la victoria. Cuando logremos el éxito, gustosamente pasaré a un segundo plano.

A través de su vínculo con el subordinado, Kwyna emitió un peculiar sonido.

—Entonces eres un hombre admirable... y atípico, Iblis Ginjo.

Dando por terminada la audiencia, el monje volvió a cubrir el contenedor cerebral con la tela. Ya con su voz dijo:

—Debemos regresar a la Ciudad de la Introspección, Gran Patriarca. El Antiguo Cerebro no debe ser molestado.

Como si saliera de un trance, Iblis empezó a reparar en la gente que subía los escalones mojados y pasaba a su lado. Quería pasar más tiempo con el viejo cerebro, recibir consejo e instrucción, compartir su brillante inspiración, pero los subordinados de túnica amarilla se alejaron apresuradamente.

Entonces, Iblis se dio cuenta de que él también llegaba tarde. Serena Butler estaba a punto de dirigirse a la asamblea en otra de sus charlas inspiradoras, escrita por él personalmente. Sin fijarse en sus ropas mojadas, el Gran Patriarca entró a toda prisa en el edificio del Parlamento. Aunque había fuertes medidas de seguridad, ese día no tendría que preocuparse por ningún acto de violencia o intento de asesinato.

No había planificado ninguno.

En la cámara de comparecencias, Serena Butler era como una visión celestial, ataviada con una exquisita túnica blanca y brillantes joyas. Pero incluso sin la caléndula naranja que llevaba en la solapa y la gargantilla dorada, se la veía sorprendentemente viva y sana para su edad. Cosa notable, teniendo en cuenta que se negaba a tomar la melange rejuvenecedora de Aurelius Venport.

Iblis no quiso perderse nada. Serena rara vez salía de la Ciudad de la Introspección. Así que cada uno de sus discursos tenía que ser un gran acontecimiento.

Veinte humanos liberados, rebeldes a quienes habían conseguido sacar de Ix, estaban sentados en las primeras filas como ejemplo. Miraban a la sacerdotisa con respeto. Gracias a la propaganda incesante de Iblis, toda persona, incluso aquellos que vivían en el cautiverio más oscuro en los planetas de las máquinas, habían oído hablar de aquella mujer y de su hijo mártir. Se había convertido en una misionera



entregada que trabajaba incansablemente para unir a los humanos en contra de las malvadas máquinas.

Cuando se hizo el silencio entre los presentes, la voz de Serena se extendió melódicamente por la sala.

—Muchos hemos visto con nuestros propios ojos la valentía, el derramamiento de sangre y los sacrificios necesarios para derrotar a los seres depravados que dominan el universo. Algunos de vosotros sois auténticos héroes.

Pidió a media docena de hombres y mujeres que se pusieran en pie; los identificó a cada uno por su nombre y refirió sus actos valientes y desinteresados. Todos eran civiles que habían sobrevivido a duras batallas.

—Venid conmigo —les indicó, y desde todos los rincones de la gran sala los asistentes los vitorearon. Conforme los refugiados se acercaban a ella, la sacerdotisa les tocaba la cabeza como si los estuviera bendiciendo; los rostros de todos los presentes se llenaron de lágrimas, incluido el suyo.

Serena alzó la voz, con expresión desafiante y decidida. Las lágrimas brillaban en sus mejillas.

—Yo misma presencié algo que ninguna madre tendría que ver: vi cómo mataban a mi precioso hijo delante de mí. Pensad en vuestros hijos, en mi hijo. No permitáis que las máquinas pensantes hagan lo mismo a otros niños, os lo suplico.

Mientras escuchaba la magistral puesta en escena de Serena, la entonación y la dicción perfectas, Iblis sintió que un escalofrío de orgullo le recorría la espalda. El detalle de las lágrimas era magnífico, y no tenía ninguna duda: eran auténticas. Oyó cómo Serena utilizaba las frases que él había escrito e hizo un gesto de asentimiento al ver el mágico efecto que causaban en el público: estaban extasiados. Desde que empezó a guiarla por el camino del fanatismo profesional, Serena había sido una alumna excepcional.

Al principio, la joven siguió de buena gana sus instrucciones para lograr unos objetivos nobles y valiosos. Pero cuando empezó a mostrar su desacuerdo, Iblis tuvo que fabricar posibles «amenazas» para su seguridad que justificaran la presencia de un grupo de serafinas escogidas por él personalmente para su protección.

Serena siguió mostrando una excesiva tendencia a la independencia, así que tuvo que escenificar un intento de asesinato y culpar a una de sus seguidoras, que convenientemente resultó muerta durante el ataque. En lo sucesivo, por su seguridad, Serena permanecería en el interior de los muros de la Ciudad de la Introspección, donde podía vigilarla más de cerca.

Iblis tenía que asegurarse de que nunca se sintiera lo bastante segura, que siempre dependiera de él.

En aquellos momentos, Iblis se relajó: todo estaba bajo control.



Dado que nadie había reparado en su llegada, se fue a un vestuario y se puso ropas secas. Antes de que pudiera salir, uno de sus comandantes de la Yipol entró silenciosamente.

—Gran Patriarca, me complace informaros de que nuestro trabajo con Muñoz Chen ha terminado, tal como solicitasteis. Todo está en su sitio. Hemos hecho un trabajo limpio y eficaz.

Yorek Thurr era un hombre menudo y moreno con bigote negro y cabeza calva. Vestía un jubón verde oscuro, y lo miraba con unos ojos rasgados tan negros y apagados como los de un cadáver. Era experto en el uso de armas silenciosas como el garrote y el estilete, y tenía la habilidad de moverse con gran sigilo... Y como comandante de la Yipol, siempre estaba dispuesto a hacer lo que el Gran Patriarca quería. Era bueno tenerlo cerca.

Iblis se permitió sonreír.

—Sabía que podía contar contigo.

Desde el momento en que se creó la policía de la Yihad, Yorek Thurr había demostrado ser un valioso informante: había descubierto a espías reales, personas discretas pero poderosas que tenían conexiones secretas con los Planetas Sincronizados. Iblis solo había insinuado aquel peligro para asustar a los miembros de la Liga, pero le sorprendió ver el alcance de las conspiraciones que Thurr puso al descubierto. Docenas de importantes ciudadanos fueron acusados y ejecutados, lo que aumentó la paranoia de los humanos libres. Conforme la importancia de la Yipol aumentaba, la posición de Yorek Thurr mejoraba, hasta que acabó por convertirse en comandante. A veces asustaba al mismísimo Gran Patriarca.

Debido a sus continuas quejas y su resistencia, Iblis siempre había sospechado que Muñoz Chen podía ser una agente de las máquinas pensantes. ¿Por qué si no iba a oponerse al trabajo del Consejo de la Yihad? La respuesta era evidente. Desde el momento en que Chen decidió oponerse a él, su esperanza de vida disminuyó drásticamente. Por definición, cualquiera que hablara en contra de la Yihad era aliado de las máquinas pensantes. Era perfectamente razonable.

Como Gran Patriarca, responsable de las vidas de trillones de personas, Iblis no tenía tiempo para sutilezas. Para proteger el movimiento y hacer que avanzara, tenía que atajar eficazmente toda oposición. Los resultados justificaban cualquier acción que hubiera que emprender. La Yihad llevaba décadas en marcha, ganando impulso. Pero no había llegado lo bastante lejos ni lo bastante rápido para sus propósitos.

Toda persona que se opusiera abiertamente a los designios del Gran Patriarca era investigada y hábilmente acusada. Con los años, después de la primera gran purga en la que se implicó a siete representantes de la Liga —curiosamente, todos rivales políticos de Iblis o personas que habían hablado en su contra—, la gente empezó a



sospechar que había espías de las máquinas por todas partes. Cinco años después, otra serie de purgas acabó definitivamente con la resistencia al Gran Patriarca.

Actualmente quedaba muy poca oposición interna y, gracias a los discretos esfuerzos de la Yipol, Muñoz Chen no entorpecería durante mucho más tiempo su cruzada contra las máquinas...

Iblis se separó de su comandante y volvió al Salón de Asambleas. Convenía que lo vieran escuchando el discurso de Serena. Cuando entró, oyó la voz apasionada de la mujer extendiéndose por la cámara como perfume en la brisa. Ella alzó los brazos en un gesto de bendición y permaneció inmóvil durante un momento largo e intenso, como si la inspiración le viniera de arriba. Luego miró directamente a Iblis Ginjo.

—No hay tiempo para eludir los deberes de la humanidad —advirtió—, no hay tiempo para descansar... ¡solo para luchar!

Mientras hablaba, las puertas de la cámara se abrieron de golpe y una multitud de hombres y mujeres entraron en formación, ataviados con los uniformes verdirrojos de la Yihad. Mientras la audiencia *lanzaba* vítores, aquellos nuevos voluntarios dispuestos a sacrificar su vida por el ejército ocuparon hasta el último espacio disponible en la sala.

Serena bajó para caminar entre ellos, como un ángel, sollozando de gratitud. Los bendijo a todos y besó a muchos, sabiendo que a muchos los estaba mandando a la muerte.

— ¡Mis yihadíes!

Iblis asintió con gesto satisfecho. Todo estaba preparado al detalle, la sincronización era perfecta, pero aquella mujer había hecho que pareciera espontáneo. Iblis se había ocupado de los detalles de la presentación, pero aquello había sido idea de ella.

«Formamos un gran equipo.»

Sin embargo, mientras veía a la talentosa sacerdotisa trabajándose a la multitud, Iblis se encontró frente a un dilema. Quería que Serena hiciera las cosas bien, la había entrenado cuidadosamente... y ahora estaba haciendo la gran interpretación de su vida.

El Gran Patriarca decidió vigilarla más que nunca, por su propio bien. No quería que pensara por sí misma, ni que se creyera demasiado importante



Capítulo 16

Somos unos locos si alguna vez pensamos que la batalla ha terminado. Un enemigo derrotado puede engañarnos para que bajemos la guardia... para nuestro eterno pesar.

Primero Xavier Harkonnen, despachos militares sobre el terreno

Sentado ociosamente en su asiento en el puente de mando de la ballesta insignia, Vor estudió las imágenes de satélite del agua que avanzaba arrasándolo todo entre los cañones de Anbus IV. Meneó la cabeza. «La victoria gracias al desastre total. — Esbozó una amarga sonrisa—. ¿Qué vendrá después?»

Tras completar las operaciones de tierra, el tercero Vergyl Tantor y los otros capitanes de las naves de guerra regresaron a sus ballestas y ocuparon sus posiciones, preparándose para la batalla final, que tendría lugar en el espacio. Si todo iba según los planes de Vor, la flota de Omnius sería expulsada definitivamente de aquel planeta.

Vor sonrió, consciente de que la lanzadera espacial del primero Xavier Harkonnen ya había aterrizado y en aquellos momentos su amigo se dirigía hacia el puente. «Ahora me toca a mí.» Le iba a enseñar a Xavier cómo se consigue una victoria mediante artimañas, no con destrucción.

En cuanto Xavier entró en el puente de mando, jadeante y despeinado, Vor le lanzó una mirada desafiante y traviesa.

—Mira y verás cómo neutralizo la flota de máquinas sin necesidad de provocar una pérdida tan grande y bochornosa de vidas humanas.

Dio la orden y la nave insignia avanzó para situarse a la vanguardia de la flota yihadí.

Xavier se pasó los dedos por sus cabellos herrumbrosos como si fueran un peine, por las sienes surcadas de canas.

—No tenía por qué haberse perdido ninguna vida allá abajo, Vorian. Simplemente, algunos prefirieron convertirse en víctimas, aun cuando tenían otras opciones. —Visiblemente trastornado, Xavier trató de recuperar la compostura mientras miraba—. Pero incluso si lo hubiéramos logrado sin que nadie sufriera ni un arañazo, los zenshiés se habrían quejado.



Vor lanzó una risa fugaz.

—No hacemos esto para que nos estén agradecidos, amigo mío, sino por el futuro de la raza humana. —Se volvió hacia su puesto y habló con rapidez; su voz llegó a los puentes de las otras cinco ballestas a través del comunicador—. Escudos Holtzman activados a su máxima potencia. Aumento de velocidad orbital para que nos encontremos con las naves de guerra robóticas una hora antes de lo que esperan.

—Eso les va a sorprender, Vor. —Era Vergyl, transmitiendo desde el puente de mando de su ballesta.

Xavier adoptó un tono formal.

—Las máquinas pensantes seguramente se quedarán desconcertadas y no podrán reorganizar sus movimientos en un espacio temporal apropiado, tercero Tantor. Es muy distinto de una reacción emocional.

—Como ha dicho tu hermano pequeño —siguió diciendo Vor—, les va a sorprender.

A juzgar por la imagen de él que veían en la pantalla, el joven oficial negro parecía sufrir aún los últimos efectos de alguna enfermedad. Mientras esperaban a que las naves se colocaran en posición, Vor le pinchó.

—Vergyl, por tu aspecto juraría que no te irían mal unas vacaciones cuando acabemos con esta misión.

—He recibido demasiada hospitalidad de los zenshiés de ahí abajo. Nada más. Pero si tu compasión hace que me des unos puntos de ventaja en nuestra siguiente partida...

—Caballeros, concentrémonos en la batalla que nos ocupa —dijo Xavier.

Aunque las fuerzas robóticas de tierra habían sido arrasadas por la riada cataclísmica, la inmensa flota espacial de Omnius seguía intacta. Las cinco ballestas de la Yihad, protegidas por sus escudos pero superadas ampliamente en armamento por el enemigo, cogieron velocidad como ratones furiosos que corren a enfrentarse con toros salusanos.

Cuando pasaron sobre el limbo del planeta y vieron las poderosas naves enemigas en las sombras de la noche, Vor lanzó un silbido. Omnius parecía más invencible que nunca. Pero el primero habló con firmeza a la tripulación de su puente.

—Las máquinas operan basándose en una rígida percepción de la realidad. Así que, si damos un pequeño toque aquí y allá, podemos modificar esa realidad. —Ajustó el comunicador para conectar con el canal de las otras naves—. A todas las naves, comprueben el funcionamiento de los escudos y aumenten la velocidad.

La tripulación parecía inquieta y sombría, pero estaba decidida a lograr la victoria.



—Vor, estoy seguro de que los robots han interceptado esa transmisión. —Vergyl transmitía desde su puente en la segunda ballesta, que seguía muy de cerca a la ballesta insignia—. Hum... espero que tengas un plan mejor que lanzar un simple ataque suicida.

—Hacemos lo que tenemos que hacer, hermanito —dijo Xavier.

Mientras las flotas enfrentadas se acercaban más y más a cada segundo que pasaba, Vor ajustó los mandos del comunicador y envió un mensaje breve y codificado directamente al centro de mando y control de los robots. Después de enviar subrepticamente la señal, y ya en el canal abierto, añadió:

—Que salgan las naves que tenemos escondidas. ¡Aplastemos de una vez a esos robots! —Se agarró a los bordes de su silla de capitán, pero las comisuras de su boca se curvaron formando una sonrisa de confianza—. Mira esto, Xavier.

Xavier meneó la cabeza sin acabar de creérselo.

—Siempre había pensado que podía ganarte en lo que fuera cuando se trata de no perder los nervios, Vorian. Pero ahora veo que tu médula debe de estar hecha de puro titanio.

—Me encantaría enseñarte algunas nuevas trampas en el largo camino de vuelta a Salusa. Relajarme un poco con tu tripulación, ganarles sus salarios... o hacer que pierdas parte del tuyo.

—De momento, límitate a tripular tu nave, primero Atreides

—dijo Xavier con voz apresurada. Aterrándose a una baranda, vio cómo las naves yihadíes avanzaban sin vacilar, como balas de cañón.

En el último momento, la flota robótica dejó repentinamente la órbita y se dispersó en una huida precipitada. Rápidamente, las cinco ballestas se situaron en los espacios que las máquinas habían ocupado hasta hacía unos instantes. Las naves de guerra de Omnius se alejaron del planeta, renunciando a él, según parecía, definitivamente.

La tripulación de las naves humanas empezó a lanzar vítores, sorprendida por aquel desenlace inesperado. Riendo con delirio, Vergyl transmitió.

—No puedo creerlo. ¡Xavier, esto hay que verlo!

Vor se volvió a la tripulación del puente con una expresión de fingida impaciencia.

—Bueno, hemos hecho que Omnius eche a correr... ¿a qué esperáis? ¿Vais a quedaros ahí congratulándoos o preferís que vayamos a despedazar algunos robots?

La tripulación lanzó más vítores, con un fuerte sentimiento de seguridad y entusiasmo. La ballesta de Vor se lanzó al ataque y Vergyl situó su nave a su lado. El resto las siguieron, y estuvieron persiguiendo y acosando a las naves enemigas hasta los límites del sistema de Anbus, como perros guardianes que expulsan a un intruso.



Xavier cruzó los brazos sobre su pecho uniformado, esperando una explicación detallada. Sonriendo, Vor se volvió finalmente hacia su amigo.

—Mi señal ha enviado datos falsos a la red de sensores de la flota enemiga. Sencillamente, he alterado algunas lecturas para hacerles creer que nuestras ballestas estaban fuertemente armadas y eran indestructibles, y que nos acompañaba un contingente mucho mayor e invisible, llegado recientemente de los astilleros de Poritrin.

—Por la forma en que lo dices parece muy fácil.

Vor lanzó un bufido.

— ¡Pues no! Hasta el más mínimo detalle tiene que ser perfecto para poder pasar el análisis de los rigurosos sensores del enemigo. Dudo que pueda volver a hacer algo así. Omnius ya conocerá el truco y lo estará esperando.

Xavier seguía mostrándose escéptico.

—Bueno ¿y qué es lo que ven en estos momentos las máquinas? Parece que las hayas hipnotizado.

—En estos momentos los robots creen que tenemos docenas de naves de guerra protegidas por campos de invisibilidad. No pueden verlas ni derrotarlas, pero saben que están ahí, esperando para atacar. Después de calcular sus posibilidades, no han tenido más remedio que huir.

—Un movimiento brillante —dijo Xavier—. Pero basado en una suposición muy endeble.

—No, no era endeble, ni tampoco brillante... solo ha sido poco limpia. Como he dicho muchas veces, se puede engañar a las máquinas. Tenemos suerte de que mi padre no formara parte de esa flota. Los cimek son mucho más desconfiados. Agamenón hubiera sabido ver la diferencia, y desde luego reconoce enseguida un farol.

Después de media hora de intensa persecución, un técnico de puente solicitó hablar en privado con los dos primeros y les informó de que sus escudos Holtzman empezaban a sobrecalentarse y podían fallar en cualquier momento. Aquellos sistemas de protección no estaban pensados para funcionar a toda potencia durante períodos tan largos.

Vor cruzó los brazos sobre el pecho.

—Creo que podemos desconectar los escudos sin peligro. De todos modos, no los vamos a necesitar. —Envío la orden a las otras ballestas y luego hizo un aparte—: Bueno, ¿y por qué no abrimos fuego?



Visiblemente felices, las ballestas cayeron sobre los enemigos rezagados utilizando armamento pesado contra aquellas naves mucho mayores que las suyas. Destruyeron dos de ellas con facilidad. Pero las máquinas toleran una aceleración mucho mayor de la que pueden soportar los frágiles cuerpos humanos y pronto el saldo a favor de la flota robótica aumentó con la distancia cada vez mayor que les separaba. Las fuerzas de la Yihad tuvieron que renunciar a la persecución.

Vergyl habló por el comunicador.

—Yo diría que este es el mejor antídoto contra el veneno de los zenshiés.

Pero cuando las cinco ballestas volvían hacia Anbus IV para un último reconocimiento, de pronto se toparon con otro grupo de naves enemigas que pasaron con una fuerte aceleración. Estas naves tenían un diseño distinto, y llegaron sin sigilo ni defensas, como si esperaran encontrar allí una flota de máquinas pensantes.

Vergyl Tantor, totalmente confiado, transmitió por el canal seguro.

— ¡Eh, tenemos una segunda oportunidad! Parece que vamos a poder darles una lección a unas cuantas más de esas condenadas máquinas. ¿Alguien quiere apostar algo a ver a cuál le doy primero?

—Tercero Tantor, repliéguese y espere refuerzos —le advirtió Xavier, aunque realmente no estaba muy preocupado después de la ignominiosa derrota que había presenciado con el primer grupo robótico.

Pero a Vergyl la confianza le cegaba.

—Quiero expulsar hasta el último de esos trastos de Anbus IV.

Vergyl lanzó su nave hacia abajo en un barrido, disparando aleatoriamente a los recién llegados. Informó a la nave insignia.

—Xavier, ¿recuerdas cuando era niño y me dijiste que para ser digno de una mujer como Serena Butler tenía que ser un héroe y salvar un planeta? Bueno, pues ahora tengo a Sheel esperándome en casa... ¿crees que esto la impresionará?

Vor giró de pronto en su silla y gritó al comunicador.

—Un momento... fíjate en el diseño. Son naves cimek, no robóticas. Mi programa no funciona con ellos.

—Vergyl, ¡sal de ahí! —gritó Xavier—. El primero Atreides me informa de que su treta no funcionará...

Los recién llegados habían entrado en el sistema armados para un duro enfrentamiento con el ejército de la Yihad y abrieron fuego contra la nave de Vergyl.

Reaccionando con rapidez, el joven tercero trató de volver a activar los escudos sobrecalentados, pero algunos de los campos que se superponían vacilaron y fallaron bajo el fuego de los cimek. Seis proyectiles traspasaron la barrera del escudo e impactaron en el casco y en los motores de la ballesta.



Vor ya se dirigía a toda velocidad hacia la zona. Vio que Xavier estaba inclinado sobre el panel de comunicación.

—Todas las naves que estén capacitadas, reúnanse y defiendan...

Una segunda descarga destrozó la parte inferior de la ballesta de Vergyl; uno de los grandes conos de escape se abrió y arrancó el motor en su totalidad. Al desprenderse, el motor explotó; tras topar contra el campo intermitente del escudo, las llamaradas que quedaron atrapadas rebotaron contra la nave y provocaron mayores daños.

— ¡Necesito ayuda! —gritó Vergyl.

Las otras cuatro naves acudieron en su ayuda a gran velocidad, pero sus escudos también estaban afectados por el sobrecalentamiento a causa de la batalla inicial. Xavier se aferró a la baranda de la zona de control; se estaba poniendo malo. Sabía que Vor hacía cuanto podía; ni él mismo habría podido dar órdenes más efectivas.

Vergyl volvió a comunicar, completamente histérico.

— ¡Emergencia! ¡Emergencia! Lanzando cápsulas de evacuación. Xavier, luego ya tendrás tiempo para aleccionarme...

Las naves cimek, sabiendo que tenían poco tiempo antes de que el enemigo se reorganizara, lanzaron un tercer ataque contra la maltrecha ballesta y la hicieron pedazos. En el puente de mando, las explosiones hacían volar mamparas y fragmentos por todas partes. Volutas de atmósfera escapaban al espacio como una niebla blanca, en contraste con el intenso anaranjado de las llamas del combustible.

Como si alguien estuviera arrojando semillas, los módulos de evacuación salieron disparados, incluidos los tres del puente.

—Hay que proteger esas cápsulas de evacuación —dijo Xavier—. Prioridad máxima.

—Necesitamos quien nos cubra. —Vor era consciente de la angustia que Xavier sentía por su amado hermano, pero él también había pasado mucho tiempo con el joven tercero, riendo y jugando, oyéndole hablar con añoranza de su mujer y sus hijos en Giedi Prime—. Maldita sea, reagrupaos de una vez.

Finalmente, las otras naves de la Yihad se acercaron lo suficiente para disparar sus armas. Las naves de los cimek sufrieron algunos daños, pero no se replegaron. Al contrario, aquellas despiadadas mentes humanas arriesgaron mucho para asegurarse sus prisioneros: siguieron las cápsulas de evacuación que habían salido del puente de mando de Vergyl.

Vorian Atreides, hijo del general Agamenón, sabía muy bien lo que el enemigo haría a los cautivos. Antes de que pudieran impedirlo, las naves de los cimek rodearon las cápsulas y recogieron una docena de ellas, como hienas arrancando



bocados de carne. Entonces, al ver que el fuego combinado de las naves de la Yihad se dirigía contra ellos, dieron la vuelta y huyeron con sus prisioneros.

En un último y desesperado intento, sin saber quién había en las cápsulas capturadas, Vor dijo por los comunicadores:

— ¿Los cimek son tan cobardes que huyen del campo de batalla? Habla el primero Vorian Atreides, y me dais asco. Mi padre, el general Agamenón, me enseñó que los humanos eran inferiores, que los cimek siempre podían ganar una batalla. Si eso es cierto, ¿por qué huís?

Con un sobresalto, Vor oyó la profunda voz de Agamenón, que sonó como aceite que hierve lentamente.

—Vorian, también te enseñé que herir al enemigo es mucho más satisfactorio que vencerle directamente. Veremos cuánto dolor podemos infligir a nuestros invitados. Imagino que son amigos tuyos. Voy a disfrutar mucho jugando con ellos.

Cuando las naves de los cimek se alejaban, Xavier Harkonnen aulló de dolor: sabía que jamás volvería a ver a su querido hermanastro.

Vor habló a gritos por el comunicador:

—Vuelve y enfrentate a mí, padre. Podemos acabar con esto ahora mismo. ¿Acaso me tienes miedo?

—En absoluto, Vorian. Solo... solo estoy disfrutando a tu costa.

Las naves enemigas, más veloces, se alejaron de Anbus IV con los cimek al mando, haciendo caso omiso de las provocaciones de Vor. No tardaron en desaparecer.



Capítulo 17

Hay un millón de formas de hacer la misma pregunta, y un millón de formas de contestarla.

Pensadores, postulado fundamental

Vergyl Tantor flotaba en el interior de una burbuja de aire, en una atmósfera cero, en el centro de las naves acopladas de los cuatro titanes. Ni siquiera en sus peores pesadillas había vivido nada parecido. Estaba totalmente indefenso. Su piel oscura estaba pegajosa por el sudor, sus ojos marrones se abrían en un intento por mostrarse desafiantes. Ocultaba el terror que sentía tras una endeble máscara de provocación.

Aunque el panorama era desalentador, seguía aferrándose a la esperanza de que Xavier iría a rescatarlo. Pero en su corazón sabía que era imposible. Jamás volvería a ver a Sheel, ni a sus hijos, ni a su pequeña...

En el exterior de la burbuja, los cerebros sin cuerpo de cuatro cimek emitían un resplandor mientras los sensores, guiados por mentrodos, realizaban un escáner visual preliminar y transmitían entre ellos los datos procesados. Agamenón, Juno y Dante, junto con su compañero Beowulf, a quien acababan de aceptar como compañero, escanearon divertidos a la víctima que tenían ante ellos a través de todos los segmentos del espectro. Al resto de prisioneros ya los habían eliminado.

Los cimek habían interrogado a los prisioneros y habían disfrutado enormemente. Juno había desarrollado unos interesantes y altamente efectivos amplificadores de dolor que había probado exhaustivamente con esclavos humanos. El general se había asegurado de llevar los amplificadores con él a Anbus IV para que pudieran tener un uso adecuado. Tenía la esperanza de capturar a su hijo Vorian, que merecía el mayor castigo que un humano fuera capaz de soportar... y más.

Pero tendría que conformarse con aquellos prisioneros.

Dado que era un oficial al servicio del hijo traidor de Agamenón, Vergyl Tantor podía proporcionarle valiosa información sobre el ejército de la Yihad. Hasta el momento se había negado a hablar, pero solo era cuestión de tiempo... y de dolor.

Agamenón vio con placer las gotas de sudor que resbalaban por la oscura piel de Vergyl. Los escáneres indicaban que la temperatura corporal de la víctima aumentaba y el ritmo cardíaco también. Bien.



Durante sus lejanos días de gloria como titán, él y Juno habían perfeccionado el arte de realizar un interrogatorio con éxito. El cimek comprendía muy bien el fanatismo que movía a los hrethgir, y estaba al tanto de sus actividades encubiertas en algunos de los Planetas Sincronizados más débiles. Como Ix, donde, en aquellos momentos, Jerjes seguramente estaba dirigiendo una gran matanza. También había sabido reconocer, antes incluso que Omnium, que la naturaleza del conflicto galáctico había pasado a un plano diferente. Los salvajes humanos ya no se conformaban con una postura defensiva de autoprotección; habían pasado a la agresión directa.

Aunque el prisionero no supiera nada importante, merecía que lo torturaran; sería una forma instructiva de probar los nuevos inventos de Juno para amplificar el dolor.

«Si hubiera sido Vorian...»

—Bueno, Vergyl Tantor... ¿qué haremos contigo? —Las palabras de Agamenón llenaron la burbuja de supervivencia con un sonido tan estruendoso que el joven trató de taparse los oídos—. ¿Debemos dejarte marchar?

El cautivo frunció el entrecejo, no contestó.

—Quizá tendríamos que dejarlo a la deriva sin soporte vital y ver si es capaz de encontrar el camino de vuelta a Salusa Secundus —propuso Beowulf, ansioso por colaborar.

—Le podríamos prestar uno de nuestros cuerpos espaciales—dijo Dante secamente

— Evidentemente, primero tendríamos que extraerle el cerebro. ¿Tenemos algún contenedor cerebral de sobra?

—Es una idea interesante —comentó Juno—. Síii. Podemos crear un neocimek a partir de uno de esos fanáticos religiosos. —Desde su nave acoplada, Juno miró a su alrededor—. ¿Quién se ofrece voluntario para extraerle el cerebro?

Casi simultáneamente, los cuatro cimek sacaron cuchillas afiladas de las formas artificiales donde estaban alojados sus cerebros. Largas garras arañaron el exterior de la burbuja transparente de plaz.

— ¿Contestarás ahora a nuestras preguntas, amigo? —lo apremió Juno.

Para motivarlo, descargó una sacudida de agonía que hizo que el cautivo se retorciera en la atmósfera ingravida hasta que sus articulaciones crujieron audiblemente.

Vergyl tenía los ojos vidriosos y desenfocados por el dolor, pero se negó a hablar.

En ese momento, aunque normalmente no era el cimek más violento, Dante sorprendió a sus compañeros. Desde su lado de la nave compuesta, disparó un dardo de precisión a la cabeza del humano. El afilado proyectil le acertó en una mejilla, destrozó los dientes y penetró en la boca.



Vergyl escupió sangre, pero sus gritos cayeron en sensores auditivos mecánicos. Gritó los nombres de su mujer y sus hijos: Sheel, Emilio, Jisp, Ulana. No tenía ninguna esperanza de que pudieran ayudarle, pero pensar en ellos le daba fuerza.

Juno envió otra sacudida de dolor al sistema nervioso del joven, y dijo con tono clínico:

—Ahora siente como si la parte inferior de su cuerpo se estuviera quemando. Puedo prolongar la sensación tanto como quiera. Síiii. Quizá deberíamos alternar estímulos placenteros y dolorosos para aumentar nuestro control sobre él.

Tratando de soportar el dolor, Vergyl levantó el brazo para extraer el dardo de su mejilla ensangrentada, lo arrojó a un lado y puso gesto desafiante. Agamenón se sintió extraordinariamente complacido: aquello significaba que el cautivo se sentía perdido y asustado y no tenía otra forma de defenderse. El dardo flotó por la burbuja ingrávida.

—Tercero Tantor —dijo Agamenón—, ¿durante cuánto tiempo puedes aguantar la respiración? La mayoría de humanos solo aguantan alrededor de un minuto, pero tú pareces joven y fuerte. ¿Crees que podrías aguantar tres minutos, cuatro?

De pronto, la burbuja estalló y el cautivo quedó en el vacío del espacio mientras el aire liberado rugía a su alrededor. Antes de que pudiera perderse en el vacío, Agamenón disparó un pequeño arpón dentado. La punta se clavó en el muslo de Vergyl, atrapándolo como si fuera un pez.

—Bueno, no nos gustaría que te nos fueras flotando.

El grito de Vergyl se perdió en el espacio. Un frío intenso, que le golpeaba desde todos los lados como un martillo, atacó las células de su cuerpo.

Con un movimiento de su brazo de metal segmentado, Agamenón tiró de la cuerda, para que las púas del arpón se clavaran en los músculos de la pierna de la víctima. El general cimek lo trajo de vuelta, selló la burbuja y la llenó de aire.

Vergyl se hizo un ovillo, temblando, tratando de respirar, jadeando por la falta de oxígeno y el dolor. Con las manos entumecidas, trató de sacarse el arpón del muslo. Partículas de sangre flotaban a causa de la baja gravedad y salpicaban el interior de la burbuja.

—Estos métodos tan anticuados... —dijo Dante—. Todavía no hemos aprovechado al máximo los nuevos artilugios de Juno.

—Todavía no hemos acabado con él —terció Agamenón—. Esto podría llevarnos un buen rato.

Sin previo aviso, Agamenón volvió a arrojar a Vergyl al vacío, al tiempo que Juno accionaba sus amplificadores de dolor. El oficial torturado se retorció violentamente como si estuviera tratando de volverse del revés. Los vasos sanguíneos reventaban en sus ojos y sus oídos, pero Vergyl seguía con su actitud desafiante. Cuando se



encontró de nuevo flotando en la burbuja, escupió sangre, se atragantó, maldijo. No dejaba de temblar.

Agamenón atravesó la pared de la burbuja con un brazo manipulador para coger al cautivo y acercarlo. Colocó una mano artificial sobre su cabeza y descargó unas agujas de exploración que penetraron en el cráneo y se clavaron en el tejido cerebral.

Vergyl gritó, gimoteo llamando a Xavier y luego perdió el conocimiento.

—Está en un éxtasis de dolor —dijo Juno—. Esto es delicioso.

Entre los cimeck circularon murmullos de satisfacción.

—Estas agujas pueden ayudarnos a realizar interrogatorios más directos —le dijo Beowulf a Juno—. Yo he colaborado en su creación, y el robot Erasmo utilizó muchas con sus esclavos para probar el sistema. Por desgracia, los datos no están en un formato que las máquinas pensantes puedan asimilar directamente.

—Pero yo sí —apuntó Agamenón, y luego emitió un sonido despectivo—. El cerebro de este humano está lleno de exageraciones, mentiras y ridícula propaganda inventada por el agitador profesional Iblis Ginjo. Y el caso es que se lo cree de verdad.

—Un montón de información inútil —comentó Juno con un suspiro exagerado—. Tendríamos que matarlo. ¿Me dejas que lo haga yo?

—Vergyl Tantor —dijo Agamenón—, hálbame de mi hijo, Vorian Atreides. ¿Era amigo tuyo? ¿Lo respetas como persona?

Los párpados del prisionero se levantaron apenas, y sus labios se movieron. Con sus agudos sensores timpánicos, Agamenón lo oyó susurrar.

—El primero Atreides es... un gran héroe... de la Yihad. Hará que las máquinas demoníacas... paguéis.

Agamenón hundió más las agujas de exploración, haciendo que Vergyl aullara de dolor. Un par de dables penetraron en los ojos desde el interior del cráneo, sujetando las órbitas y haciendo que se hundieran más en la cavidad craneana. El humano se sacudió, suplicó.

— ¡Dejadme morir!

—A su debido tiempo —prometió el general—. Pero primero tienes que ayudar a Juno a probar el alcance de su invento.

—Podría llevar un buen rato —dijo Juno con un ronroneo.

De hecho, pasó casi un día entero antes de que Vergyl muriera, para disgusto de los cimek, que seguían pensando en nuevas e interesantes formas de probar a los humanos...



Capítulo 18

Con tanta artillería, naves de guerra y soldados, nuestros comandantes a menudo olvidan que las ideas pueden ser la mejor arma de todas.

Pensadora Kwyna

En el interior de la elevada torre de la pensadora, en la Ciudad de la Introspección, Serena Butler se sentía aislada y segura; allí podía vivir inmersa en la iluminación y el consejo que su corazón tanto anhelaba desde el asesinato de su bebé de once meses. Durante todos aquellos años, la antigua pensadora Kwyna había sido su mentor más valioso, su consejera, su maestra y portavoz.

Pero, sencillamente, algunos problemas no tenían solución.

La filósofa sin cuerpo había tenido una vida completa con forma humana y luego había pasado más de mil años reflexionando acerca de todo lo que había aprendido. A pesar de sus esfuerzos, Serena apenas podía soportar las poderosas revelaciones de Kwyna... aunque sabía que debía intentarlo.

Desde que fue capturada por las máquinas cuando estaba en una misión de rescate en Giedi Prime y tuvo que servir como esclava para el monstruoso robot Erasmo, su vida y la de la raza humana habían dejado de tener sentido.

Serena no quería rendirse a sus dudas e interrogantes. Tenía la esperanza de que Kwyna la ayudara a despejar aquel torbellino interior y a ver las cosas con claridad.

Subió los escalones que llevaban a la torre de Kwyna y despachó a sus serafinas, junto con los leales subordinados que asistían a la pensadora. Todos estaban familiarizados con las frecuentes visitas de Serena, así que la sacerdotisa no tenía que dar explicaciones. Niriem, su serafina más fiel, fue la última en salir. La joven permaneció en la puerta, mirando a Serena con tristeza, como si deseara poder ayudarla de alguna forma. Finalmente se dio la vuelta y se marchó.

Y Serena volvió a quedarse a solas con Kwyna.

Sonriendo por la expectación, Serena dejó que sus ojos se cerraran. Sabía que el fatigado cerebro también disfrutaba de aquellas sesiones, aunque sus pensamientos siempre eran aleccionadores, y procuraba no revelar demasiado.



Cada vez que tenía una conversación mental con la filósofa, su cerebro recibía una avalancha de respuestas a preguntas que ni siquiera sabía que quería plantear. Luego necesitaba días para asimilar todo lo que había entrado en su mente, y más días para combatir las dudas que cada nueva explicación suscitaba.

Pero no podía ser de otro modo. No podía detenerse, incluso si se sentía como si su cerebro estuviera lleno a rebosar y fuera a estallar. Serena era adicta a aquellas interacciones. Algún día le proporcionarían todas las soluciones que necesitaba.

El cerebro complejo y de curvas intrincadas de Kwyna descansaba en su baño de electrolíquido, que burbujeaba y siseaba ligeramente proporcionándole la energía y el soporte vital necesarios. La filósofa sin cuerpo había pasado siglos en la precursora de la Ciudad de la Introspección.

Serena sumergió los dedos en el electrolíquido, despacio, tratando de controlar su impaciencia. Respiró hondo y levantó mentalmente una barrera para alejar cualquier distracción de su cabeza. Sus ojos de color lavanda solo veían el interior de los párpados, para que su visión y sus pensamientos pudieran volverse hacia su interior. Su mente se sintió unida a la pensadora. Eran como dos personas que mantienen una conversación muy íntima. Los pensamientos y la voz de Kwyna fluyeron por su interior y Serena sonrió, sintiéndose arropada por la sabiduría de la filósofa.

—Percibo que tu fortaleza mental aumenta con cada visita, Serena. —La voz de la pensadora resonaba en su cabeza—. Pero temo que dependas demasiado de mí. Quieres que yo te dé las respuestas, en lugar de buscarlas por ti misma.

—Cuando a mí alrededor todo es un gran vacío, tú eres mi única esperanza, Kwyna. Hay demasiadas cosas en las que me veo obligada a ir a tientas, como si estuviera perdida entre la niebla. No me niegues tu guía.

Kwyna vaciló, y luego contestó.

—Iblis Ginjo cree que él es tu guía.

—Sí, me da mucha fuerza. Ha asumido muchas responsabilidades con las que de otro modo tendría que cargar yo sola. Ayuda a mantener el impulso de la Yihad. Da un objetivo a la lucha. Encuentra las respuestas que tú no me das.

Kwyna parecía reacia a que la conversación fuera por aquel camino, pero siguió.

—El Gran Patriarca no busca respuestas, como te he pedido que hagas tú. Ni las encuentra en alguien más sabio que él. Iblis Ginjo «crea» las respuestas que quiere oír y luego busca algo que las justifique.

Serena se mostró atormentada y a la defensiva.

—Hace lo que hay que hacer.

— ¿Realmente lo que hace es necesario? No voy a darte esa respuesta, Serena. Debes descubrirla por ti misma, del mismo modo que encontraste la forma de superar la locura y el dolor.



Serena sintió que las sombras de antiguos recuerdos caían sobre ella.

—También en aquel entonces fuiste mi guía, Kwyna.

Mientras la Yihad se extendía en el nombre de su hijo, Manion, Serena se había retirado a la Ciudad de la Introspección para recuperarse de su desdicha. En la soledad y la seguridad de aquellos muros, pasó mucho tiempo con Livia, su madre, que había perdido a su hijo adolescente, el gemelo de Octa, a causa de una enfermedad.

Livia le decía que entendía su profundo dolor, pero Serena se negaba a creerlo. Una cosa era perder a un hijo ya adulto a causa de una enfermedad que no era culpa de nadie. En cambio ella había tenido que ver cómo su hijo inocente, un bebé radiante y lleno de posibilidades, era asesinado por Erasmo por puro odio.

El consejo de Kwyna le había sido de gran ayuda. A pesar de que aquel antiguo cerebro parecía distante e incapaz de comprender las tragedias humanas, Serena descubrió en él una perspectiva que la sosegaba y que nadie había podido ofrecerle, ni siquiera su madre.

Eres una buena amiga, Kwyna, un bastión de poder en la Liga de Nobles. Si todo el mundo fuera tan objetivo y entregado como tú, no tendría que preocuparnos que la Yihad flaqueara por falta de resolución.

Le preocupaban los informes que había recibido acerca de las crecientes protestas contra la Yihad. La gente exigía que los bravos guerreros humanos se retiraran de la lucha contra Omnius. Veinticuatro años era demasiado para una guerra; incluso para una guerra épica contra el mal de la supermente electrónica, que lo impregnaba todo.

Pero las máquinas pensantes llevaban más de mil años en el poder, y en cambio no hacía ni un cuarto de siglo que se había iniciado la gran lucha. La gente tenía muy poco aguante, aunque seguramente aquello también tenía que ver con sus esperanzas de vida. No querían pasarse la vida en una guerra.

—En este momento hablas como el Gran Patriarca, no como Serena Butler —la reprendió Kwyna—. ¿Es eso lo que has aprendido de mi filosofía? ¿La determinación de continuar la lucha contra las máquinas pensantes?

—No soy una pensadora —dijo Serena—. Yo sigo viviendo en un cuerpo humano, mi tiempo es corto y hay demasiadas cosas por hacer. No puedo limitarme a la contemplación, debo actuar.

Kwyna vibró en las yemas de sus dedos.

—Entonces eso es lo que debes hacer, Serena Butler. Debes actuar.

Serena pensó en todas las cosas que había intentado para fortalecer a su gente: caminar entre ellos, honrar a sus muertos, hablar a los refugiados heridos y nostálgicos, visitar campamentos, gastar lo que le correspondía de la fortuna de los Butler. El pueblo la amaba, pero ella quería mucho más.



En el exterior de la sala se produjo cierto revuelo; Serena rompió su conexión con Kwyna y sacó los dedos del electrolíquido. Se dio la vuelta y pestañeó a causa de la intensa luz que penetraba por las ventanas.

Vio a la serafina Niriem con los brazos rígidos a los lados, con su túnica blanca con adornos carmesí limpia y deslumbrante.

—Sacerdotisa Butler, hemos recibido un mensaje del exterior del sistema. La flota de la Yihad ha regresado de Anbus IV.

Serena sonrió. Xavier y Vorian volverían a casa.

—Ponte en contacto con el Gran Patriarca. Debemos preparar un recibimiento apropiado para nuestros héroes.

Xavier Harkonnen temía aquella prueba más que todas las batallas y todos los enemigos a los que había tenido que enfrentarse. Pero ahora que había vuelto a Salusa Secundus, no podía eludir su responsabilidad.

El deber, el honor y la responsabilidad eran parte de su carácter desde que recibió instrucción con la milicia salusana.

En cuanto la flota regresó a la capital de la Liga, Xavier cogió un semental salusano blanco y cabalgó hasta la propiedad del anciano Tantor, donde había pasado su infancia. No había dormido, pero no podía demorarse.

Con los años, la mayor parte de aquella gran mansión se había ido cerrando. El viejo Emil Tantor y su esposa Lucille habían acogido a Xavier cuando tenía seis años. Lo criaron como si fuera hijo suyo y con el tiempo lo adoptaron formalmente. Más adelante, inesperadamente, tuvieron un hijo propio.

Vergyl.

Xavier se casó con Octa y se instaló en la propiedad de los Butler; luego Vergyl se fue también para unirse al ejército de la Yihad. Seis años atrás, Lucille Tantor murió en un accidente de aviación, así que el anciano se quedó solo. Emil vivía modestamente, en uno de los edificios anexos más pequeños, donde unos pocos criados leales le servían.

Algún día todo aquello hubiese pertenecido a Vergyl. Ahora se convertiría en la casa de su viuda y sus hijos...

Xavier desmontó y ató el caballo a un poste ornamentado que había ante la fachada de la casa. Luego, con el corazón apesadumbrado y un nudo en el estómago, fue en busca del hombre a quien llamaba padre. La terrible noticia que debía darle seguramente lo destrozaría, pero no le haría ningún favor ocultándosela. Solo esperaba haber llegado antes de que Emil oyera los rumores.



Los serviciales criados, impresionados por el immaculado uniforme verde y escarlata, le indicaron dónde encontrar a Emil: estaba sentado bajo un belvedere, rodeado de comederos para pájaros. Aquellas aves doradas revoloteaban en torno al dulce néctar, agitando sus alas como un borrón en el aire. Hacían compañía al anciano, que estaba leyendo un libro de leyendas e historia con encuadernación de cuero.

—Recuerdo cuando nos leías ese libro a Vergyl y a mí —dijo Xavier.

Emil le sonrió, y sus labios se distendieron dejando al descubierto sus dientes brillantes. Los cabellos del anciano eran como la nube de humo de una hoguera de madera verde. Su piel era oscura, profundamente arrugada por la edad, pero sus ojos marrones brillaban, no se veían deslucidos por el hastío. El hombre dejó el libro a un lado y se levantó con rapidez, con menos equilibrio del que él pensaba.

—Xavier, hijo mío. Qué sorpresa tan agradable. ¿Qué te trae...?

Entonces pareció comprender. El anciano intuyó algo en la apatía de Xavier: el terrible dolor que sentía en su interior. Emil reparó en el uniforme, en la postura rígida de Xavier, en la vacilación de sus ojos.

—Oh, no —dijo—. Mi hijo no.

—Hemos derrotado a las máquinas pensantes en la batalla por Anbus IV. Hemos evitado que el mundo caiga en poder de Omnius y que establecieran una nueva base en su avance por el territorio de la Liga. —Se le quebró la voz—. Pero cuando pensábamos que todo había acabado y que teníamos asegurada la victoria, un grupo de cimek nos atacó. Provocaron graves daños, y muchas muertes. Destruyeron ballestas y jabalinas. —Tragó saliva—. Y capturaron a Vergyl.

— ¿Capturarlo? —Emil Tantor se animó, aferrándose a una tenue esperanza—. ¿Hay alguna posibilidad de que siga con vida? Sé sincero, Xavier.

Xavier apartó la mirada.

—Los humanos vivimos de la esperanza. Es lo que nos diferencia de las máquinas.

Pero lo cierto es que había luchado contra los cimek y los robots durante tantos años que conocía bien su precisión y su maldad. En su corazón, Xavier no tenía ninguna esperanza de que su hermano adoptivo pudiera salvarse. Pero incluso si no lo mataban y lo mandaban como esclavo a algún lugar remoto de los Planetas Sincronizados, ¿qué esperanza había de liberarlo?

—Me gustaría poder decirte que su muerte fue rápida, que no sufrió... —siguió diciendo Xavier, aunque la emoción casi ahogaba sus palabras—. Yo estaba allí, aunque demasiado lejos. No pude hacer nada para salvar a mi propio hermano.

Emil aceptó la respuesta en silencio, sin cuestionar que Vergyl jamás volvería. Estiró una mano fuerte y aferró a Xavier por la muñeca.

— ¿Puedes decirme al menos si se enfrentó a la muerte con valentía?



Xavier asintió con lágrimas en los ojos.

— Eso te lo puedo asegurar.

Cogió al anciano del brazo y lo llevó con pasos lentos y dolorosos hacia la pequeña casa. Se sentaron en un banco, en el césped, y abrieron una de las botellas más antiguas que tenían de Mervignon para brindar en memoria de Vergyl.

— Tu hermano siempre te admiró, Xavier, siempre quiso ser como tú. Después de lo de Ellram, tuve que firmar una dispensa especial para que pudiera incorporarse al ejército cuando solo tenía diecisiete años. Tu madre tenía sus reservas y, aunque yo mismo temía por su seguridad, me daba mucho más miedo su decepción si trataba de retenerle. Sabía que trataría de entrar en la Yihad dijera lo que dijese, que mentiría si hacía falta, así que preferí asegurarme de que al menos tuviera la protección de llevar su verdadero nombre y su parentesco contigo.

— Tendría que haberle protegido mejor.

— Es... un hombre, Xavier. No podías mimarlo.

— No, supongo que no. — Su mirada se perdió en la distancia. Un colibrí dorado pasó zumbando ante su cara—. Durante los primeros años me aseguré de que lo destinaran a Giedi Prime para que supervisara la construcción del monumento en memoria de los soldados. Pensé que allí estaría a salvo.

— Tu hermano siempre quiso estar donde estaba la acción.

Xavier recordaba. En Giedi Prime, el brillante y prometedor cuarto Vergyl Tantor conoció a Sheel, se enamoró y se casó con ella a los veintiún años.

Emil tomó un sorbo de vino tinto y dejó escapar un suspiro largo y satisfecho.

— Supongo que ya tengo la excusa que necesitaba para traer a Sheel y a mis nietos aquí. Alguien tiene que hacerme compañía, y me hará bien oír de nuevo voces infantiles por aquí.

Xavier asintió.

— Me ocuparé de que vengan lo antes posible, padre, y te prometo... — Respiró hondo y volvió a empezar—. Y te prometo que volveré a casa siempre que pueda.

El anciano le sonrió y le dio unas palmaditas en la mano.

— Eso me gustará, Xavier. Ahora eres mi único hijo.



Capítulo 19

Incluso las victorias le pasan factura a un hombre.

Dicho de la Vieja Tierra

En el escenario descubierto de la plaza conmemorativa de Zimia, la imagen de los dos héroes de guerra recién llegados, uno al lado del otro, resultaba bastante chocante. Ambos vestían su uniforme de la Yihad y ambos tenían cuarenta y tantos, pero Xavier Harkonnen parecía mayor; en sus ojos cansados había patas de gallo y las sienes estaban canosas.

Vorian Atreides era totalmente distinto. No tenía una sola arruga y su cuerpo se veía ágil. Como hijo de Agamenón, había sido sometido a un doloroso proceso de extensión vital. Vor no era una persona corriente en ningún sentido.

También su carácter era diferente, y cada uno cumplía con sus responsabilidades a su manera, según sus propios esquemas. Los dos querían a Serena Butler, los dos habían ido a la guerra como oficiales de su Yihad. El rango y el estatus de ambos era casi el mismo, hasta en el número de medallas que llevaban en el pecho o las placas de recomendación que cada uno tenía en su despacho, si bien, técnicamente, Vor era un grado inferior a Xavier.

En aquellos momentos, mientras escudriñaba los rostros entre la multitud, Xavier sentía el peso de la edad y la experiencia sobre sus hombros. Caléndulas recién cortadas adornaban los numerosos monumentos, estatuas y altares improvisados dedicados a Manion el Inocente.

Para los ciudadanos de la Liga, la exitosa defensa de Anbus IV había evitado que las máquinas pensantes consiguieran un crucial puesto de apoyo más próximo a los territorios de la Liga. El Gran Patriarca Iblis Ginjo había decretado un día de festejos para recibir a los soldados a su regreso.

Aunque muchos no volverían con sus familias. Como Vergyl...

La sacerdotisa de la Yihad, la viva imagen del poder y la elegancia, avanzó hacia el escenario entre la multitud, saludando a unos y a otros. Como siempre, iba rodeada por un séquito de poderosas serafinas, guardias de la Yipol y ayudantes.

Iblis Ginjo caminaba junto a ella con su traje negro con adornos dorados, con su enorme cabeza bien alta. Xavier lo veía como lo que era, un hombre que en general



compartía sus objetivos, pero dispuesto a utilizar métodos de dudosa moral para lograr sus propósitos. Le habría gustado que Serena se diera cuenta, pero estaba cada vez más aislada, y confiaba ciegamente en los informes parciales que le daban sus consejeros.

A un lado del escenario, un centenar de yihadíes uniformados permanecían en posición de firmes. Algunos llevaban las marcas del combate en los vendajes que cubrían su piel o en la expresión atormentada de sus ojos. Los iban a condecorar, aunque en opinión de Xavier habrían estado mejor descansando, recuperándose de los rigores del combate.

Muchos de los soldados de tierra y los mercenarios de Ginaz tenían graves heridas; la mayoría de los que habían logrado escapar de la ballesta de Vergyl sufrían graves quemaduras y habían sobrevivido a duras penas. Para acabar de agravar la situación de los hospitales, otra nave acababa de regresar con una nueva remesa de refugiados de Ix, el Planeta Sincronizado donde la resistencia clandestina apenas lograba sobrevivir a los estragos de los cazadores cimek.

Había sangre, dolor y emergencias médicas suficientes para mantener a los mejores doctores y los más expertos cirujanos de campaña ocupados durante mucho tiempo.

Serena subió al escenario seguida por Iblis. Aunque, a pesar de su reciente intento de asesinato en la Ciudad de la Introspección, no dio muestras de vacilación, iba rodeada de guardias de túnicas blancas, dispuestas a interponerse en la línea de fuego si era necesario.

Serena y el Gran Patriarca se situaron delante de Xavier y Vor, y saludaron a la multitud enfervorecida. Iblis alzó las manos pidiendo silencio, mientras Serena miraba a los soldados. Xavier sintió una descarga al mirar aquellos ojos color lavanda, el rostro adorable y beatífico. Parecía como si estuviera en trance. O... drogada.

—Nos hemos reunido aquí para celebrar una gran victoria. —Las palabras de Serena resonaron desde unos altavoces potentes e invisibles—. El éxito de la defensa de Anbus IV pasará a los anales de la Yihad como uno de nuestros momentos de mayor orgullo. Algún día no habrá más máquinas pensantes que torturen nuestra alma colectiva. Estamos en un momento decisivo y apelo a todos los seres humanos para que contribuyan con su granito de arena. No, apelo a cada uno de vosotros para que haga más que poner un granito de arena.

Serena miró con cordialidad al Gran Patriarca y en sus ojos Xavier vio una adoración y un respeto que aquel hombre no merecía. ¿Es que no se daba cuenta de que la estaba utilizando, que solo le decía lo que ella quería oír?

La voz resonante de Iblis llenó los altavoces de la plaza.



—Como ya hemos demostrado en la Tierra, en Giedi Prime, en la colonia Peridot, Tyndall y ahora en Anbus IV, ¡podemos derrotar a Omnius! Planeta a planeta. Debemos hacernos con los Planetas Sincronizados y liberarlos... y para eso siempre hacen falta voluntarios. Cada mundo de la Liga debe contribuir con sus hombres para que podamos seguir con esta valiente lucha. Hijos e hijas, luchadores de todos los pueblos y planetas libres. Incluso apelo a Ginaz para que proporcione más mercenarios, que tan eficaces han demostrado ser. Que los entrene, los pruebe. Con vuestra ayuda, los planetas de las máquinas pensantes caerán uno detrás de otro por todo el cosmos.

Xavier sintió que el estómago se le revolvía al pensar en su hermanastro, Vergyl; pero mantuvo la compostura. Firme, la viva imagen de un soldado entregado, saludó a la multitud.

Todos los mundos de la Liga de Nobles estaban en alerta máxima. En el último cuarto de siglo, la capital de Zimia había sido objeto de ataques a gran escala en dos ocasiones: durante el asalto inicial de los cimek, cuando Serena no era más que un miembro joven del Parlamento de la Liga, y varios años después de la destrucción de la Tierra. Pero en los dos casos hubo supervivientes.

En el turbulento mar de la Yihad de Serena Butler no había puertos seguros. Su gente no podía confiarse, no podría dejar de mirar a su espalda hasta que el azote de las máquinas fuera eliminado definitivamente.

Mientras caminaba como un ángel por un hospital militar en las afueras de Zimia, Serena se sintió más decidida que nunca. A pesar de los coloridos ramos de flores dedicados a Manion, la visión de los hombres heridos en las camillas la llenó de un sentimiento de urgencia.

En última instancia, las personas eran seres vulnerables, obligados a pasar su vida en unos cuerpos frágiles que las máquinas pensantes podían destruir fácilmente. Su hijo era el ejemplo más famoso, pero el pequeño Manion no fue el primer niño destrozado por las máquinas, ni sería el último. Y había sufrido menos que otros. Serena sabía muy bien de lo que eran capaces Omnius y Erasmo. Pero la muerte de su pequeño había movido a trillones de personas a revolverse contra las máquinas bajo su estandarte. Serena suspiró profundamente al pensar en todos aquellos muertos.

En aquellos momentos iba ataviada con una sencilla bata blanca de hospital; en la solapa llevaba una mano abierta de color rojo que simbolizaba la Liga. Iba de cama en cama, dedicando a cada soldado una sonrisa benevolente, unas palabras suaves, una caricia.

Un hombre había perdido los dos brazos en una explosión y estaba en coma. Cuando estuvo junto a su cama, Serena le puso la mano en el rostro y le dijo lo orgullosa que estaba del sacrificio que había hecho.



Un joven doctor de piel morena se acercó a la camilla y comprobó los signos vitales del paciente en diversos instrumentos. La tarjeta de la solapa lo identificaba como doctor Rajid Suk, uno de los cirujanos de campaña más capaces.

—Lo siento, pero me temo que no puede oírlos.

—Oh, sí que me oye. —A través de las yemas de los dedos Serena notó que la mejilla del paciente se crispaba. Los párpados se abrieron. El hombre gimió, confuso y dolorido. Algunos dijeron que había sido un milagro.

—Hay muchos caminos para la curación —dijo el doctor Suk llamando a sus colegas—. Serena, habéis sacado a este hombre del coma.

Cuando el paciente vio las terribles heridas que tenía, empezó a lamentarse. En la cama, tubos y sondas se ajustaron automáticamente para mejorar sus signos vitales. Una enfermera se acercó para pegarle un parche blanco sedante sobre el pecho. La droga pareció calmarle, y el hombre miró a Serena con gesto suplicante. Ella le masajeó la frente, le susurró...

Más tarde, cuando el enfermo se quedó dormido, Serena habló en voz queda con el doctor Suk.

— ¿Le someterán a una intervención para sustituir sus extremidades?

—Con tantas batallas, andamos escasos de órganos, extremidades y otras partes sustituibles del cuerpo. Sencillamente, las granjas de órganos tlulaxa no pueden satisfacer tanta demanda. —El doctor meneó la cabeza con pesar—. Podría pasar más de un año antes de que este hombre pueda optar a un órgano.

Serena alzó el mentón con gesto decidido.

—Hablaré con los representantes de Tlulax. Si, como dicen, son nuestros aliados, tendrán que ampliar sus granjas para proporcionarnos lo que necesitamos al precio que sea. En esta lucha por la humanidad deben colaborar estrechamente con nosotros para proteger a aquellos que arriesgan su vida por nuestra libertad, y renunciar si es necesario a los beneficios. —Alzó la voz para que los heridos pudieran oírla—. Os garantizo que todos recibiréis los órganos y extremidades que necesitéis. ¡Se los exigiré a los tlulaxa!

En el hospital, ni una sola persona dudó de su palabra.

Aquella noche, cuatro agentes de la Yipol acompañaron a Iblis Ginjo a una casa de placer impregnada de un humo dulzón y una música extrañamente atonal. En el interior, el pequeño Rekur Van estaba sentado sobre un cojín, como si meditara, sin prestar apenas atención a las lánguidas luces que bailaban sobre las siluetas de las mujeres.

Aunque no le habían invitado, Iblis se instaló sobre un grueso cojín junto al esclavista tlulaxa. El negrero se movió y gruñó, algo agitado. Dejó el trozo de pastel



de naranja que estaba comiendo con las manos. Los guardias de la Yipol se sentaron cerca, con aire amenazador, y los ojos del hombre se movieron con nerviosismo.

—Necesito tu ayuda —dijo Iblis, lo bastante bajo para que nadie pudiera oírle. Después de su última incursión en Anbus IV, Rekur Van había informado a Iblis de la presencia de naves de exploración de las máquinas en el sistema—. Yo he salvado tus mejores terrenos de cultivo de esclavos. A cambio, debes hacer algo por mí.

Un camarero se acercó con pasos comedidos y una sonrisa tonta, pero Iblis hizo un gesto con su mano izquierda y dos de sus guardias lo cogieron y lo alejaron enseguida.

Rekur Van miró al Gran Patriarca con una mueca.

— ¿Acaso tengo elección?

—Serena Butler ha prometido a sus soldados heridos un mayor número de cargamentos de miembros (brazos, piernas, órganos internos) para quienes los necesiten. Los tlulaxa debéis proporcionar lo que haga falta.

—Pero no tenemos capacidad para eso. —El negrero frunció el ceño—. ¿Cómo ha podido dejar que prometa algo así? ¿Es que ya no controla la Yihad?

—No estaba presente cuando lo dijo, pero ha quedado registrado y ahora debemos procurar que se cumpla. La sacerdotisa de la Yihad no puede romper sus compromisos. Las granjas de órganos de Tlulax empezarán a enviar más cargamentos inmediatamente.

—No será fácil. Necesitaremos más materia prima.

—Tú procura que se haga. El cómo no me interesa. Mi oficina te proporcionará todas las autorizaciones que necesites... y, dada la naturaleza vital de esta misión, estoy seguro de que el ejército de la Yihad te compensará. ¿Qué te parece un incremento del cinco por ciento respecto a tu tarifa habitual?

El comerciante tlulaxa, que en un primer momento se había sentido intimidado ante la magnitud de aquella petición, sonrió.

—Con los incentivos necesarios, se puede hacer cualquier cosa por la Yihad.

—Por supuesto. ¿Tu nave está en el puerto espacial de Zimia?

—Sí. —Rekur Van se limpió unas migas del pecho—. Ya he resuelto los asuntos que me han traído aquí. Tengo intención de partir dentro de tres días.

Iblis se puso en pie, cerniéndose sobre el pequeño tlulaxa, que seguía sentado en su cojín.

—Partirás ahora. —Los guardias de la Yipol lo levantaron.

El Gran Patriarca y su séquito escoltaron al balbuceante comerciante de carne hasta el exterior.



—Mientras no cumplas con este encargo, la Liga de Nobles no volverá a tener tratos contigo.

Ya había hecho una petición similar a los comandantes de las escuelas de mercenarios de Ginaz. Los humanos eran el principal recurso de la Yihad en su lucha contra las máquinas, e Iblis tenía que asegurarse de que las líneas de suministro permanecían abiertas.

Rekur Van sudaba, y parecía nervioso. Sus ojos oscuros se movían a un lado y a otro con inquietud, como si buscaran una vía de escape.

—Me propone un trato muy duro.

Iblis sonrió.

—Me mueve únicamente el interés por la humanidad.



Capítulo 20

Una herramienta empuñada con ignorancia puede convertirse en el arma más peligrosa.

Maestro de armas Jav Barri

La isla situada en el archipiélago central de Ginaz dormitaba bajo el brumoso cielo de la tarde. La enorme bola del sol pendía sobre un horizonte de aguas azul verdosas. En la orilla de sotavento de una laguna, las aguas templadas lamían la orilla.

El silencio quedó roto por el violento clamor de las armas.

Jool Noret observaba a su padre, que luchaba contra un temible robot de combate. El cuerpo de Zon Noret era todo músculo. Iba descalzo, y sus largos cabellos rubios con canas volaban a su espalda como la cola de un cometa mientras saltaba con un aullido salvaje, acuchillando y golpeando con su espada de impulsos. Su arma, con la forma de una hoja totalmente equilibrada, contenía una célula generadora que emitía unas precisas vibraciones disruptivas a través del metal. Estas vibraciones podían sobrecargar y desconectar los complejos circuitos gelificados de las máquinas pensantes.

El oponente mek de Noret también se movía con rapidez, protegiéndose con sus seis brazos metálicos y utilizando blindajes con toma de tierra y puntales de apoyos no conductores para proteger sus circuitos de su veterano oponente.

El viejo mercenario siguió con su entrenamiento; mostraba a su hijo diferentes técnicas para pulir sus habilidades. Zon había participado en combates tan cruentos en los campos de batalla de la Yihad —el más reciente en la defensa de Anbus IV, donde había resultado herido— que para él aquello era poco más que un juego. El veterano golpeó con fuerza, deslizando la hoja por uno de los seis brazos del robot al tiempo que provocaba una lluvia de chispas, y tocando una sección pequeña pero vulnerable de circuitos autónomos. El brazo quedó inutilizado.

Jool se puso a cantar por la victoria de su padre.

— ¡Es lo mejor que has hecho nunca!

—En absoluto, hijo mío. —Zon Noret retrocedió jadeando—. Solo luchas al máximo de tus capacidades cuando está en juego tu vida.



Según las normas, Chirox, el mek de combate, podía reiniciar sus sistemas después de dejar pasar un minuto, pero en opinión de Jool para reparar aquel brazo seguramente habría que llevarlo al taller. Zon respiró hondo dos veces y volvió al ataque con una lluvia de golpes.

El mek se defendió con los cinco brazos que le quedaban.

Cien años atrás, un intrépido explorador de Ginaz en misión de salvamento encontró una nave enemiga destrozada y se llevó aquel robot de combate averiado. La mente de circuitos gelificados del mek fue limpiada y, una vez se reinstaló el programa de combate, Chirox pasó a ser un instructor en el archipiélago de Ginaz y a enseñar técnicas poco ortodoxas pero efectivas contra los robots. Chirox ya no sentía ninguna lealtad hacia la supermente electrónica, y había entrenado diligentemente a cuatro generaciones de mercenarios, incluido Zon Noret. Jool, uno de los numerosos hijos del veterano, seguiría sus pasos.

Aquel mek, con una forma humana algo tosca, tenía tres pares de brazos de combate que salían del torso, con armas en cada mano: espadas y cuchillos que podían cambiar de forma y diseño. Tenía brillantes fibras ópticas, pero su rostro no era de metal líquido reflectante como otros, sino rígido: aquella unidad había sido diseñada únicamente para el combate.

En cierto modo, Chirox era una máquina pensante, pero, dada la importancia de su misión, su eficacia y sus estrictos mecanismos de control, no se aludía a él como tal. Formaba parte del puñado de unidades que las fuerzas de la Liga o sus aliados conservaban y utilizaban. Su capacidad destructiva era tal que Omnius los consideraba perfectos, y no veía necesidad de modificar ni su software ni su hardware. Para la Yihad esto significaba que podían disponer de un estándar tecnológico contra el que probar sus métodos de combate.

La familia Noret y sus reclutas más próximos consideraban a Chirox un *sensei*, un maestro en artes marciales y técnicas de combate. Desde el inicio de la Yihad de Serena Butler muchos robots habían sido destruidos gracias a las enseñanzas de Chirox.

El joven Jool se acuclilló en la arena tibia. Sus ojos de color jade brillaban con intensidad. Tenía los cabellos claros y descoloridos, pómulos altos y mentón afilado. Era engañosamente delgado, pero fuerte. Durante los entrenamientos podía entrar y salir del combate más deprisa incluso que su padre.

Observaba cada uno de los movimientos de su padre, el poderoso borrón de acero que trazaba complejos dibujos en el aire y golpeaba contra el exoesqueleto del *sensei* mek.

Como siempre había hecho, aquel joven de diecinueve años admiraba a su padre porque había oído numerosas historias de sus hazañas en las batallas más intensas de la Yihad. Le habría gustado estar en Anbus IV cuando la presa estalló y el agua se llevó al ejército robótico. Su padre formaba parte del primer grupo de mercenarios de



Ginaz que ofrecieron sus servicios a la Yihad ocho años después de la destrucción de la Tierra.

En la sociedad de Ginaz, las familias tenían muchos hijos para abastecer las filas de guerreros, pero su cultura no alentaba a los padres a unirse emocionalmente a sus vástagos. El viejo y veterano Zon era una excepción, sobre todo con Jool. Dado que era un héroe, se consideraba que formaba parte de un linaje deseable, y cada vez que volvía del campo de batalla se le animaba a tener más descendencia.

Jool era con diferencia el guerrero más diestro de sus catorce hermanos y hermanas, y estaba entre los más destacados de su generación. Su padre, consciente del gran potencial del chico, le había dedicado una atención especial y ya lo veía como su sucesor en el cuerpo de élite de Ginaz, sin duda el mejor cuerpo de mercenarios de la galaxia. Eran muchos los planetas que proporcionaban guerreros independientes, pero ningún otro grupo podía presumir de un índice tan elevado de muertes.

Ginaz aceptaba que todos los humanos tenían un enemigo común, pero los mercenarios preferían conservar su independencia en lugar de incorporarse a la jerarquía del ejército de la Yihad, y eso hacía que fueran más temerarios. Mientras que los yihadíes preferían utilizar armamento pesado y atacar de lejos, los guerreros de Ginaz siempre estaban dispuestos a luchar cuerpo a cuerpo contra los robots. Les pagaban por eso y no les asustaba que los utilizaran como grupos suicidas o comandos prescindibles... siempre que la misión lo valiera.

Cuando las máquinas atacaron la colonia Peridot, Zon también estuvo en primera línea; las fuerzas humanas defendieron el planeta, y el precio fue el ochenta por ciento de los mercenarios de Ginaz. Finalmente consiguieron que los invasores se replugaran, pero Omnius había ordenado que siguieran una política de tierra quemada cuando se retiraran. Así que la colonia quedó gravemente afectada. Pero, al menos, el resto del planeta no cayó en manos del enemigo.

Tres años atrás, Zon había sufrido quemaduras y heridas mientras luchaba a bordo de una nave rodeada de las máquinas pensantes. Después de aquello tuvo que pasar un tiempo en las islas del archipiélago para recuperarse y volver a entrenar. Fue entonces cuando reparó en la excepcional habilidad de su hijo. Ahora, después de un intenso programa de entrenamiento, hasta era posible que superara a su padre.

Cubierto de sudor, Zon detenía las estocadas y atacaba con mayor rapidez y eficacia de la que su hijo le había visto nunca. Jool comprendió que deseaba con toda su alma volver al combate. El lugar no importaba. El ejército de la Yihad siempre necesitaba guerreros, y Ginaz dedicaba la mayor parte de su población a la causa.

—Te aconsejo precaución, maestro Zon Noret. —La voz de Chirox era suave y calmada, y no reflejaba en absoluto el esfuerzo del ejercicio.

—Tonterías —exclamó Zon Noret, desafiante—. Sigue luchando al límite de tus posibilidades.



El robot no tuvo más remedio que seguir sus órdenes.

—He sido programado para enseñarte, maestro Zon Noret, pero no puedo obligarte a seguir mis consejos. —Y lanzó hacia delante sus múltiples brazos, con un cuchillo o una espada en cada uno.

El veterano despreciaba el entrenamiento formalizado porque en su opinión impedía que- el aspirante desarrollara una verdadera capacidad de lucha. Él siempre decía: «La mejor técnica para crecer y aprender es la observación. Memorizar las cosas no sirve para nada en el campo de batalla. Lo que hay que hacer es practicar hasta que dejas de existir como individuo. No puede haber separación entre mente y cuerpo. Debes convertirte en una sucesión fluida de movimientos de combate. Así es como debe ser un mercenario».

Pero aunque Zon Noret había recibido los mayores elogios entre los mercenarios de Ginaz y le habían prometido una plaza en el Consejo de Veteranos, Jool había estado practicando en secreto y ya superaba a su padre en habilidad.

Al igual que todos los jóvenes guerreros de las islas, Jool Noret había pasado su infancia aprendiendo a utilizar diferentes armas con ayuda de veteranos de guerra, y las mercenarias embarazadas le habían enseñado la teoría de las técnicas. Pero solo Zon Noret y un puñado de reclutas excéntricos hacían uso del mek de combate Chirox. Algunos de los veteranos más conservadores lo consideraban un peligro, pero Zon siempre había pensado que era la mejor manera de conocer y derrotar a un enemigo real.

Ahora que ya casi era un adulto, Jool seguía los pasos de su padre, aunque él había ido un poco más allá. Zon no sabía que su hijo había superado las capacidades máximas del mek. El chico había aprendido el funcionamiento del robot y había descifrado su programa de combate. Un año antes, cuando su padre estaba de instructor invitado en otra isla, Jool instaló un algoritmo de adaptabilidad que permitió que Chirox se convirtiera en un mek superior a cualquier cosa que permitiera su programación original. Aquel módulo permitía que Chirox avanzara al mismo paso que su alumno y mejorara como guerrero a la vez que Jool. La única limitación eran las capacidades del joven.

Jool siempre entrenaba con Chirox a última hora de la noche o cuando estaba seguro de que estaría solo en la playa. Sus músculos aún notaban el agradable dolor de su último enfrentamiento con el mek, aquel mismo día, antes del alba, para que su padre no le viera.

Algún día Jool sorprendería a su padre con una demostración de sus capacidades, pero aún no estaba del todo satisfecho. Quería ser el mejor mercenario salido nunca de Ginaz. Sabía que podía hacerlo, solo tenía que desinhibirse. Había algo que lo refrenaba, un instinto de protección que frenaba su desarrollo como un muro de cristal.



Aun así, Jool era mejor que ningún otro guerrero que conociera. El propio Chirox se lo decía, y eso que había entrenado con los mejores. El robot no tenía más remedio que ser objetivo y decir la verdad...

En aquellos momentos, sentado bajo el calor del sol, Jool analizó los métodos de defensa y ataque de su padre, así como la habilidad y resistencia del *sensei mek*. Zon se empleaba con furia, como si tratara de demostrarse algo a sí mismo. Sorprendentemente, hasta logró poner en práctica algunos movimientos que nunca le había visto. El joven sonrió.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de su oponente, Chirox siempre estaba un paso por delante. Los cinco brazos segmentados que le quedaban se movían en un borrón, y el humano a duras penas podía seguirle. Era evidente que el veterano empezaba a fatigarse.

—Esto no es prudente, Zon Noret —dijo Chirox—. Tu fuerza y energía están mermadas. Aún no estás del todo recuperado de tus heridas.

Furioso, Zon golpeó la espada contra el cuerpo del robot. Los cinco brazos se defendieron.

—He luchado contra verdaderas máquinas pensantes, Chirox. Y ellas no luchan por debajo de sus capacidades, ni siquiera contra un anciano.

—No eres viejo, padre —insistió Jool, pero él mismo se dio cuenta de lo falsas que sonaban sus palabras.

Jadeando pesadamente, Zon se alejó, miró a su hijo y se apartó el pelo de los ojos.

—«Edad» es un término muy relativo cuando se trata de guerreros curtidos, hijo mío.

Con un estrépito que sonó como un ejército de herreros golpeando hojas candentes sobre un yunque, Zon atacó de nuevo. El robot agitó los brazos y las armas desaparecieron de dos de las manos, que utilizó para aferrar a su oponente. Zon logró paralizar los dos brazos con la espada de impulsos, y también la pierna derecha del robot, de manera que Chirox solo fue capaz de girar sobre la arena en lugar de apartarse. Del cuerpo del robot salieron unas amias cortantes que atacaron con rapidez, pero Zon saltó a un lado.

En ese momento, Jool se dio cuenta de que había olvidado quitar el módulo de adaptabilidad del mek y sintió un terrible miedo. Con aquel algoritmo en marcha, Chirox tenía capacidades muy superiores a las que Zon hubiera visto jamás.

Jool temió por su padre. Y, dada la intensidad del combate —con los sistemas de seguridad y limitaciones de Chirox desactivados—, no se atrevió a advertir a su padre por miedo a distraerle. Se puso en pie de un salto. Todo sucedió muy deprisa.

Zon saltó en el aire y golpeó el lado del mek con el pie para hacerle perder el equilibrio. Pero Chirox consiguió mantenerse en pie.



Jool corrió hacia ellos con la intención de intervenir en la pelea. Sus pies desnudos levantaban la arena.

El viejo guerrero no era consciente del peligro. Saltó hacia atrás, fuera del alcance de los brazos cortantes, pero el mek lo siguió con furia. Zon Noret cayó mal y se torció el tobillo. Trastabilló.

Jool gritó automáticamente:

— ¡Chirox, detente! — justo en el momento en el que el *sensei* golpeaba. El cuchillo del robot se hundió en el pecho del viejo guerrero.

Mientras el joven corría hasta ellos, Chirox se quedó paralizado, como si no pudiera creer lo que acababa de hacer.

Zon Noret se arrastró hacia la orilla, jadeando, escupiendo sangre. El mek de combate se retiró inmediatamente, desactivando sus sistemas.

Jool se arrodilló junto a su padre moribundo y lo ayudó a incorporarse sujetándolo por los hombros.

—Padre...

—No le había visto... —dijo Zon, con una respiración rasposa—. He fallado.

El *sensei* mek permaneció inmóvil, apartado de los humanos.

—Lamento profundamente lo que he hecho. No tenía ningún deseo ni intención de matarte.

—Te recuperarás —le dijo Jool a su padre, pero sabía que la herida era mortal. Era culpa suya, no tenía que haber alterado la programación del mek—. Solo es una herida. Has recibido muchas en tu vida, padre. Haremos venir a un médico de campaña. —Trató de apartarse para pedir ayuda, pero Zon lo aferró por la muñeca.

El viejo guerrero se volvió hacia el mek, con el pelo sudado y apelmazado contra la cara.

—*Sensei* Chirox, has hecho... exactamente lo que yo te he ordenado. —Tardó unos momentos en reunir la fuerza para pronunciar las palabras—. Has luchado... como yo te he pedido. Y me has enseñado... muchas cosas útiles.

Miró a su hijo, que estaba inclinado sobre él. La espuma lamía la orilla y las aves marinas volaban en círculo sobre la laguna... era como una canción de cuna. El sol desapareció tras el horizonte llenando el cielo de intensos colores.

Zon oprimió la muñeca de su hijo.

—Es hora de transferir mi espíritu y preparar el camino para otro guerrero. Jool, quiero que perdones a Chirox. —Apretó su mano una última vez—. Y que seas el mejor guerrero que Ginaz haya conocido jamás.

—Como desees, padre —repuso Jool con voz ahogada.



Zon Noret cerró los ojos; su hijo no pudo ver el rojo de las hemorragias internas.

—Pronuncia la letanía conmigo, Jool —dijo el viejo mercenario, sintiendo que su conciencia lo abandonaba, con la voz cada vez más débil—. Ya conoces las palabras.

Al joven se le quebró la voz, pero se obligó a hablar.

—Tú me las enseñaste, padre. Todo guerrero de Ginaz conoce las instrucciones finales.

—Bien... entonces ayúdame. —Zon Noret tragó aire con un sonido ahogado y sus palabras se superpusieron a las de su hijo mientras recitaban la letanía del mercenario caído.

—Solo así honraremos la memoria del guerrero caído: cumple mi voluntad, continúa con mi lucha.

Momentos después, Zon Noret expiró en brazos de su hijo. El *sensei* mek, mudo y rígido, permaneció en posición.

Finalmente, tras un momento de dolor contenido, Jool Noret se puso en pie junto al cuerpo de su padre tendido en la arena. Sacó pecho, se volvió hacia el robot de combate y respiró hondo para tranquilizarse. Trató de centrar sus pensamientos, luego se inclinó y recogió la espada de impulsos de su padre de la arena salpicada de sangre.

—Chirox, desde este día deberás esforzarte mucho más para entrenarme.



Capítulo 21

Aquellos que se niegan a luchar contra las máquinas pensantes son traidores a la raza humana. Los que no utilizan toda herramienta posible son unos necios.

Zufa Cenva, «Lecciones a aspirantes a hechiceras»

Si miraba con atención entre las copas de los árboles de las densas junglas de Rossak, Zufa Cenva aún podía ver las cicatrices del terrible ataque de los cimek hacía más de dos décadas.

Equipados con sus formas de combate más brutales, los vengativos cimek cayeron sobre Rossak después de que su primera hechicera destruyera al titán Barbarroja. Mientras una flota robótica entera atacaba las estaciones que estaban en órbita, los cimek quemaron la jungla y arrojaron explosivos a las ciudades de cavernas. Para poder ganar aquella batalla, muchas de las mejores pupilas de Zufa tuvieron que morir aquel día, tuvieron que sacrificarse desatando un holocausto mental que vaporizó todas las máquinas con mente humana...

Aquella jungla exuberante y fecunda de color púrpura y plateado se había regenerado por sí misma, cauterizando las cicatrices mucho más deprisa de lo que Zufa pudo curar las heridas de su mente.

Desde aquel día, no había dejado de entrenar a mujeres que demostraban un poderoso potencial telepático, candidatas a las que enseñaba cómo llevar sus poderes psíquicos a niveles críticos para después liberarlos en ondas de choque capaces de aniquilar a los cimek, incluso a los titanes. Con los años, la jefa de las hechiceras había visto a muchas de sus pupilas ir hacia su muerte, convertirse en mártires para conseguir importantes victorias contra aquellos espantosos cimek.

En opinión de Zufa, eran unos monstruos terribles. Aunque en una época fueron humanos, su ambición y su deseo de inmortalidad les hizo ponerse del lado de Omnius, los convirtió en traidores, no muy distintos de los infiltrados que Iblis Ginjo y su Yipol capturaban.

En la Liga de Nobles eran muchos los que habían empezado a preguntarse si aquella Yihad sangrienta terminaría algún día. Zufa no pensaba en esos términos. Sabía que, mientras continuara la lucha, no podía rendirse. Un año tras otro debía crear y proporcionar un suministro inagotable de guerreras.



Aunque era consciente de esto, mientras observaba al grupo de jóvenes que tenía junto a ella en lo alto de los peñascos de Rossak —la mayor apenas tenía catorce años—, a Zufa le dieron ganas de llorar. Eran tantas las hechiceras que habían cumplido con su misión suicida que a cada año que pasaba las candidatas eran más y más jóvenes. Por mucho talento que tuvieran, no dejaban de ser unas niñas.

Haciendo un gran esfuerzo para no demostrar su desazón, Zufa escrutó a sus alumnas. Los ojos de las jóvenes brillaban, sus largos cabellos se movían con la brisa que barría los llanos inhabitables que se extendían entre los cañones, profundos y fértiles. Sus expresiones eran entusiastas, su determinación inflexible.

Zufa deseó poder salvar a todas aquellas voluntarias, pero sabía que nada podía salvarlas, excepto la paz, que traería una victoria total.

—Pongo mis esperanzas en vosotras —dijo—. No puedo negar que os espera un gran peligro. Incluso si lográis vuestro objetivo, moriréis. Si fracasáis, moriréis también, pero habrá sido en vano. Estoy aquí para asegurarme de que vuestras vidas y vuestras muertes no se pierden por nada, de que contribuís a la destrucción de Omnius y sus siervos.

Las jóvenes asintieron, escuchando atentamente. A pesar de su edad, todas sabían que no se trataba de un juego.

En la distancia, volcanes con la boca escarlata rezumaban lava sobre las ásperas llanuras y escupían un humo espeso y sulfuroso a la atmósfera sucia. Grandes desfiladeros protegían prósperos ecosistemas en la tierra volcánica y el agua que se filtraba a través de los acuíferos.

En Rossak el medio estaba cuajado de contaminantes que no quedaban del todo eliminados de la cadena alimentaria: mutágenos y teratógenos, así como sustancias que sí eran beneficiosas. Los embarazos eran difíciles y con frecuencia terminaban en aborto. Muchos bebés nacían con terribles malformaciones; otros, como aquellas jóvenes, recibían un empujoncito mental, un impulso en la capacidad telepática que nadie más en la Liga poseía.

Oh, cuánto había deseado Zufa tener una hija que fuera tan poderosa como aquellas jóvenes, alguien a quien poder pasar el testigo. Pero aunque había elegido a sus compañeros con mucho cuidado, haciendo incluso pruebas para asegurarse de que la combinación de rasgos genéticos producía una hija dotada, había fracasado una y otra vez. Después de cortar sus lazos con Aurelius Venport, no había querido más amantes. En otro tiempo le había parecido un candidato perfecto, pero de su simiente no salieron más que abortos deformes.

Zufa ya era mayor, y se acercaba al fin de su edad fértil, incluso a pesar de la energía y los sistemas reproductores mejorados de hechicera de Rossak. Los descubrimientos de Venport en el campo de la farmacia —destilación de sustancias extraídas de hongos y bulbos de las misteriosas junglas— permitían nuevos tratamientos que reducían drásticamente el riesgo de aborto y malformaciones, a la



vez que aumentaban la fertilidad. Después de lo mucho que la había decepcionado, era irónico que fuera precisamente Venport quien había encontrado la solución a aquel problema.

Pero Zufa dejó a un lado aquellos pensamientos. Cerró los ojos y se concentró en la tarea que la ocupaba.

Dio instrucciones a sus alumnas, les explicó qué tenían que practicar y cómo. Ellas permanecieron ante ella, como niñas en la escuela, con las manos extendidas y los ojos muy abiertos. Sus cabellos claros se elevaron chisporroteando por la estática mientras incrementaban el poder explosivo en sus jóvenes cerebros.

Debido al trabajo que Zufa realizaba, el ejército de la Yihad le informaba regularmente de sus misiones de reconocimiento. Los mercenarios pilotaban veloces naves para tener controlados los movimientos de las fuerzas de Omnius, sobre todo los de los cimek.

Cuando localizaban a algún cimek, la hechicera era informada y escogía a la guerrera más apropiada, el arma más apropiada, para que fuera y entregara su vida en un ataque telepático que aniquilara a las máquinas con mente humana.

Pero hacía meses que no recibía buenas noticias. Los cimek ya conocían sus tácticas y rara vez viajaban solos, porque quedaban muy pocos. No, cada cimek, sobre todo los titanes, iba escoltado por robots de combate y una extraordinaria potencia de fuego. Era difícil que una hechicera sola se acercara a ellos lo bastante para poder afectarles con sus poderes mentales.

Así que Zufa tendría que esperar y enseñar hasta que llegara su oportunidad. Se negaba a desperdiciar la vida de aquellas jóvenes entregadas y con talento. Eran el recurso más importante de Rossak.

Cuando las jóvenes completaron sus ejercicios, Zufa sonrió radiante de orgullo.—

Excelente. Creo que lo habéis entendido. Ahora observadme.

Alzó sus pálidas manos al cielo y cerró los ojos, extendiendo los dedos para que una red plateada de electricidad chisporroteara entre ellos.

—Acceder al poder no es difícil —dijo con voz neutra y labios exangües—. Lo difícil es controlarlo. Debéis convertirlos en un arma de precisión, una afilada hoja guiada por una diestra asesina. No solo un accidente destructivo.

Las jóvenes extendieron las manos y empezaron a saltar chispas. Algunas se rieron tontamente, pero enseguida se controlaron y se concentraron en la seriedad de su tarea. Zufa vio que sentían el poder e intuían el peligro.

Por encima de todo, le hubiera gustado que su hija fuera una valiente patriota como aquellas. Pero su única hija, Norma, no tenía ese don. Sus habilidades como hechicera eran completamente nulas. Norma estaba desaprovechando su vida con ecuaciones y diseños, investigando en el campo de las matemáticas en lugar de



desarrollar posibles capacidades latentes. Tio Holtzman la había tomado bajo su protección, en Poritrin, y Zufa estaba agradecida por la compasión que el científico había demostrado por ella.

Pero después de todo aquel tiempo, por lo visto incluso Holtzman quería olvidarse de Norma y había dejado que siguiera con sus ideas donde no molestara a nadie.

Zufa no había cortado del todo su relación con Norma, pero le resultaba difícil visitar a aquella hija que tanto la había decepcionado. Había puesto tantas esperanzas en ella...

Quizá algún día Zufa tendría otra hija, si podía encontrar a un hombre con un ADN digno de mezclarse con el suyo. Y entonces todo volvería a ir bien.

Pero, de momento, aquellas jovencitas eran lo más parecido a unas hijas que tenía, y se prometió no fallarles. Al abrir los ojos, se dio cuenta de que sus cabellos volaban a su alrededor, como si los moviera un huracán silencioso.

Las pupilas la observaban con expresión intimidada y asombrada. Zufa les sonrió.

—Eso está bien. Ahora lo repetiremos.



176 A.C.

Año 26 de la Yihad

Un año después de la batalla por Anbus IV



Capítulo 22

Cuanto más estudio el fenómeno de la creatividad humana, más misterioso me parece. En conjunto, se trata de un proceso de innovación escurridizo, pero es imprescindible que lo comprendamos. Si fracasamos en esta empresa, las máquinas pensantes están condenadas.

Erasmo, notas de laboratorio

Cuando la entusiasta carta de Norma Cenva llegó finalmente hasta él, Aurelius Venport no perdió el tiempo y desvió enseguida una de sus naves de transporte hacia Poritrin. Aunque su posición como director de VenKee Enterprises le exigía mucho tiempo, no había cosa que deseara más que ver a su querida amiga Norma. Ocupaba un lugar muy especial en su corazón, y habían pasado muchos años... demasiados.

Norma era una persona abierta y sincera, y veía a Venport de una forma muy distinta a los demás, sin implicaciones políticas, sin sus contactos, sin su riqueza. Invariablemente, todo el mundo quería siempre algo de VenKee Enterprises, siempre buscaban algún tipo de provecho personal. En cambio, la hija de Zufa Cenva, con su baja estatura y su aspecto sencillo, siempre le había ofrecido una amistad sincera, y eso era un bien muy escaso en la vida del comerciante.

Además, estaba cansado de las tediosas acciones legales que lord Bludd emprendía continuamente contra VenKee para exigir su parte de los beneficios por la comercialización de los globos de luz y tratar de congelar los activos de la empresa. Era de lo más ridículo, pero aun así, legalmente cabía la posibilidad de que el noble de Poritrin ganara. Si el asunto seguía en manos de los tribunales, los recursos de VenKee podían mermar considerablemente, así que Venport había solicitado una reunión con lord Bludd en Starda con la intención de negociar un acuerdo.

Pero primero quería ver a Norma.

En otro tiempo, cuando era la niña de los ojos de Tio Holtzman, Norma tenía sus propios laboratorios y talleres en la propiedad del savant en los acantilados. El hombre la exprimió y le expolió sus ideas y descubrimientos; y cuando la pobre Norma se dedicó a investigaciones más esotéricas y dejó de hacer avances significativos con la suficiente frecuencia, la relegó a unos alojamientos inferiores, junto a las tierras bajas del río Isana.



Llevaba ya un cuarto de siglo en Poritrin, y sin embargo seguía siendo una «científica invitada» cuyos papeles podían revocarse en cualquier momento. ¿Por qué la mantenía Holtzman en su equipo? Seguramente para poder reclamar sus derechos sobre cualquier cosa que descubriera.

Del otro lado del delta, fábricas y astilleros gigantes estaban produciendo los últimos componentes de la inmensa flota que se estaba ensamblando en la órbita de Poritrin. El aire olía a metal y humo, y se oía permanentemente un estrépito de fondo que debía de hacer muy difícil que se concentrara. ¿Cómo podía trabajar en aquellas condiciones?

Venport se paró ante la entrada del lugar donde Norma vivía y trabajaba y observó la marisma olorosa; supo hasta qué punto había caído en desgracia, aunque seguramente ella ni siquiera se había dado cuenta. Meneó la cabeza, furioso por la forma en que Holtzman estaba tratando a aquella jovencita encantadora. ¿Jovencita? Volvió a menear la *cabeza*. Bueno, ya tenía más de cuarenta años.

Bajo la húmeda luz del sol, pulsó el timbre. Como era costumbre en Poritrin, esperaba que un esclavo budislámico saliera a abrir, pero entonces recordó que Norma no veía con buenos ojos el esclavismo.

En su última carta se mostraba entusiasmada por un nuevo concepto que había desarrollado después de años de esfuerzos y callejones sin salida. Venport sonrió con afecto al pensar en aquella exuberancia intelectual. Estaba tan absorta en su idea, que la letra de su carta era más ilegible de lo habitual, como si sus pensamientos fueran muy por delante de su mano.

Venport se saltó la parte con las derivaciones matemáticas y los detalles de ingeniería que demostraban cómo modificar el efecto Holtzman para conseguir una distorsión del espacio. No tenía ninguna duda de que los cálculos de Norma eran correctos, pero, como comerciante, a él le interesaban mucho más las aplicaciones comerciales y la forma de quitar de en medio a la competencia, que los detalles técnicos del producto. Norma era brillante en todo lo que hacía, pero muy poco práctica.

Durante un largo momento, nadie acudió a abrir, así que volvió a llamar. Supuso que Norma estaría concentrada en su trabajo, perdida en su mundo de ecuaciones y símbolos. No le gustaba tener que interrumpirla, pero esperaría cuanto hiciera falta.

Norma no le esperaba, aunque se había anunciado la llegada de una nave de VenKee. Sus obligaciones le habían retenido en Salusa un mes más de lo que pensaba, y los viajes espaciales eran tan tediosamente lentos...

Dejándose guiar por el entusiasmo de la carta, Venport también había llamado a su socio en el negocio de la melange, Tuk Keedair, para que se reuniera con ellos en Poritrin. De todos modos, el antiguo esclavista tenía asuntos que resolver en Starda, así que Venport podía solicitar una segunda opinión... si la necesitaba.



Pero primero quería ver los ojos de Norma cuando hablaba del concepto de plegar el espacio. Su instinto le diría todo lo que necesitaba saber. Estaba impaciente por ver la expresión de alegría y sorpresa que pondría.

Y Norma no le decepcionó. Cuando finalmente abrió, entrecerrando los ojos por el sol, y le miró, Venport sintió que su corazón se llenaba de alegría.

— ¡Norma! —La abrazó antes de que ella tuviera tiempo de reconocerle, y al poco la joven ya estaba riendo y tratando de echarle los brazos al cuello.

El pelo marrón de Norma estaba desgredado, pero sus ojos destellaban. Parecía mayor, como él, aunque en su caso el uso frecuente de melange había ralentizado drásticamente el proceso de envejecimiento.

— Aurelius, has recibido mi carta. Has venido.

Aunque había cambiado bastante, Venport se acordaba muy bien de cuando los dos salían a la selva a explorar el follaje púrpura y plateado de Rossak. Ella no dejaba de hablar de sus ideas, las compartía con él, y él movía los hilos necesarios para que sus tratados matemáticos se publicaran y distribuyeran. Cuando Holtzman la invitó a trabajar con él, Venport le pagó el pasaje. Zufa siempre decía que si se llevaban tan bien era porque los «inadaptados se entienden mejor entre ellos».

Venport sonrió y le revolvió el pelo.

— Estoy deseando que me hables de ese nuevo descubrimiento. Y tengo que solucionar ese conflicto con lord Bludd por los globos de luz.

Norma le hizo pasar al destartado edificio donde trabajaba, y él la siguió con cierta turbación. Aquella gran habitación estaba desordenada, atestada de cachivaches relacionados con numerosos y complejos proyectos. En un hueco había una pequeña mesa rodeada de sillas suspensoras apoyadas en ángulos extraños. Platos sucios, planos y hojas de cálculo cubrían la mesa; Norma empezó a quitar cosas de en medio para que Venport tuviera donde sentarse. Él la ayudó servicialmente.

Mientras la ayudaba, encontró una pila de papeles en los que se la amenazaba con presentar una queja y donde aparecía su nombre; se le aceleró el pulso. Estaban dirigidos a Norma, y los enviaba un abogado en representación de lord Bludd y Tio Holtzman.

— Norma, ¿qué son estos papeles?

— No sé —dijo ella distraída. Luego, al mirar más de cerca, dijo—: Oh, esos. Nada importante.

— La fecha es de hace casi un año. Te amenazan con emprender acciones legales si dejas de trabajar para Holtzman, sobre todo si es para venir a trabajar conmigo.

— Sí, sí, supongo. He estado demasiado ocupada para mirarlo. Mi proyecto está por encima de todas esas tonterías legales.



—Norma, mi querida e ingenua Norma, ningún proyecto está por encima de las consideraciones legales en el mundo real. —Su rostro enrojeció—. No tendrías que haber descuidado esto tanto tiempo. Deja que me ocupe yo. —Se puso los papeles bajo el brazo.

—Oh, sí, gracias.

Venport se preocupaba mucho por Norma, como si fuera su hermano mayor, puede que incluso más. Su baja estatura y sus defectos físicos no le preocupaban en absoluto. Después de todo, él había convivido muchos años con la perfección escultural de su madre, y había acabado por considerarla una mujer excesivamente crítica y exigente con él, consigo misma y con los demás. En cambio, Norma tenía muchas más virtudes que defectos. Su aspecto más atractivo era su mente, así como su carácter agradable y complaciente.

Venport miró a su alrededor, y no pudo dejar de ver todo aquel desorden, el material barato, los espacios abarrotados. Para tratarse de la responsable de algunos de los inventos más famosos de Holtzman aquello era un insulto. La iluminación era mala, los muebles viejos, las estanterías estaban abarrotadas. Él le encontraría algo mejor, y pronto.

—Norma, sé que no te gusta utilizar esclavos, pero voy a tener que buscarte una asistenta.

—Mientras pueda trabajar, estoy bien como estoy.

Para sus adentros, Venport se preguntó hasta qué punto estaba en deuda con Norma, hasta qué punto creía en ella. Cerró los ojos y «escuchó» lo que decía su cuerpo, su corazón, sus instintos más viscerales. La respuesta era evidente.

«Tengo que ayudarla.» Tanto si su idea de plegar el espacio tenía posibilidades comercialmente como si no, se prometió que la liberaría de las garras de aquel científico egoísta... costara lo que costase.

Aurelius Venport descubrió enseguida que despreciaba a lord Niko Bludd y a Tio Holtzman.

En las décadas que llevaba descubriendo, desarrollando y transportando productos farmacéuticos de Rossak —un negocio que él había convertido en un gran imperio—, Venport había tenido que vérselas con duros negociadores, proveedores desagradables, incluso con matones del gobierno. Pero no guardaba rencor a sus rivales legítimos; siempre podía entender sus posturas y llegar a un acuerdo con ellos.

También tenía un gran instinto con las personas, y en cuanto se acercó a Bludd y Holtzman se le puso la piel de gallina. Evidentemente, el savant era un farsante que se había labrado una reputación a costa de otros. Lord Bludd nadaba en la



abundancia, pero no como una forma de dejar un legado o hacerse un lugar en la historia, no... sencillamente, acumulaba riquezas porque sí.

Aun así, tenía que llegar a un acuerdo con aquellos hombres.

Mientras avanzaba hacia la larga mesa en el interior de una sala llena de espejos y globos de luz facetados —reproducciones no autorizadas, según vio—, pensó que aquello parecía más una sala de fiestas que un lugar donde pudiera tratarse un negocio. El regordete lord Bludd presidía la mesa, embutido en una gruesa túnica con mangas anchas que no parecía muy cómoda. Sus largos cabellos formaban preciosos tirabuzones. Los rizos de la barba se habían fijado como una escultura hecha de hilo de alambre.

El savant Holtzman llevaba un manto blanco rígido y formal, pero parecía más cómodo con esa ropa que con la bata de laboratorio que llevan los verdaderos científicos. Había otras sillas ocupadas por representantes del consejo y abogados de Poritrín, todos ellos con expresión severa y rapaz.

Venport entró solo en la habitación y observó a los profesionales que Poritrín presentaba contra él. Se sentó dando un suspiro.

—Lord Bludd, savant Holtzman, he venido aquí en persona para hablar de un asunto que solo les interesa a ustedes dos. Desearía poder discutir abiertamente posibles soluciones a esta disputa. —Miró a los abogados y torció el gesto—. Si me hacen el favor de despedir a estos señores, podemos sentarnos como personas y llegar a un acuerdo.

Indignados, los abogados se pusieron en pie como movidos por un resorte. El savant Holtzman parecía confuso, pero no dijo nada. Lord Bludd se puso a la defensiva.

—Son los expertos que he elegido, directeur Venport. Confío plenamente en su...

—Entonces más tarde pueden revisar cualquier acuerdo al que podamos llegar. Más tarde. Pero si insistís en tratar este asunto por la vía formal, todos sabemos que puede alargarse años, y tendrá un alto coste. —Esbozó una sonrisa seductora—. ¿No preferís escuchar primero mi propuesta? —Venport cruzó los brazos y esperó, dejando muy claro que no pensaba iniciar las negociaciones hasta que aquel ejército legal se marchara.

El noble echó una ojeada a sus asesores, que hablaron a coro. «Milord, os desaconsejo enérgicamente...» «Esto es totalmente irregular y sospechoso» «¿No estará tratando de ocultar algo que no quiere que...?»

Lord Bludd los despachó a todos chasqueando los dedos y luego pidió que les sirvieran un refrigerio. Los ojos de Venport se cruzaron con los del noble. Los dos sabían que avanzarían mucho más sin tantos aspavientos, a puerta cerrada.

Holtzman se aclaró la garganta y cogió unos papeles que tenía sobre la mesa.



—Antes de que empecéis, directeur Venport, debéis entender que en realidad VenKee Enterprises no tiene ninguna posibilidad. —Le entregó uno de los documentos—. Es una cesión firmada por Norma Cenva cuando empezó a trabajar conmigo. En ella reconoce que cualquier tecnología o idea que desarrolle mientras trabaje a mis órdenes pertenece a los ciudadanos de Poritrin y que podemos hacer el uso que queramos de ella. No tenía ningún derecho a daros una patente comercial tan valiosa.

Venport examinó el documento y leyó las mismas palabras que ya había podido leer tras sobornar al senador Hosten Fru en Salusa Secundus. Nada que no supiera. Empujó el documento sobre la mesa sin dejarse impresionar.

—No pongo en duda la autenticidad de la firma de Norma, savant Holtzman. ¿Podéis demostrar también que a Norma se le ofreció el asesoramiento de un profesional antes de firmar un documento tan ridículo? ¿Podéis demostrar que tenía la edad legal para participar en el acuerdo? Según mis registros (y os aseguro que son exactos, puesto que soy la persona que se ocupó de su traslado a Poritrin), solo tenía quince años cuando partió de Rossak. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Decidme, lord Bludd, ¿realmente deseáis llevar este asunto ante un tribunal de la Liga?

Los criados entraron apresuradamente para servir la comida y Venport esperó a que terminaran. No quería que nadie oyera la conversación, aunque estaba convencido de que el noble lo estaba grabando todo... otra cosa inadmisibles ante un tribunal, puesto que él no había dado su permiso para que lo grabaran.

—Caballeros —siguió diciendo—, Norma Cenva es un tesoro y un genio. No creo que le estén ofreciendo el respeto, los recursos y la libertad que merece.

—Norma lleva muchos años viviendo de nuestra buena fe —repuso Holtzman— Lleva décadas con nosotros, pero no ha descubierto nada que valga la pena mencionar desde... desde... —Se encogió de hombros—. Tendré que consultar mis archivos.

—No me sorprende, teniendo en cuenta que la tenéis trabajando en un lugar degradante.

—Pero antes ella...

—Basta de discusiones —dijo lord Bludd interrumpiéndolos—. Sean cuales sean las circunstancias, la base de su lucrativo negocio con los globos de luz fue desarrollada aquí, en Poritrin. Mi tesorería pagó las investigaciones. VenKee Enterprises no tiene derecho a acaparar tantos beneficios.

—Entiendo vuestros reparos —dijo Venport, asegurándose de mantener un tono mínimamente conciliador—. Estoy dispuesto a ceder una parte de los beneficios derivados de la venta de los globos de luz. —Y levantó un dedo, al tiempo que los rostros de Holtzman y Bludd se iluminaban ante aquella agradable sorpresa—. Con



la condición de que Norma quede liberada de la obligación de trabajar para el savant Holtzman.

—Estoy de acuerdo —se apresuró a decir Holtzman como si tratara de contener la risa.

Bludd le dedicó una mirada furibunda por aceptar tan deprisa y miró a Venport con el ceño fruncido.

— ¿Y a cambio vos accedéis a compartir los beneficios obtenidos con los globos de luz a perpetuidad?

Venport suspiró. Normalmente las negociaciones no se hacían en unos términos tan humillantes.

—A perpetuidad no —contestó con voz severa. Ningún hombre mínimamente razonable habría aceptado algo así—. Estableceremos un período y un porcentaje determinados.

A partir de ahí empezaba el verdadero trabajo.

Venport sabía que tenía que proteger a la ingenua e inocente de Norma de futuros embrollos con aquellos hombres, y apartarla de sus estériles empresas del pasado. Ya había calculado el dinero que podía costarle aquel desacuerdo. El tribunal de la Liga, incentivado por los sobornos de la noble familia de Poritrin, seguramente impondría una solución de «compromiso» que a la larga también le costaría un dineral a Venport. En aquellos momentos lo que más le interesaba era reducir gastos y dejar de perder el tiempo.

Tras varias horas de conversaciones, Venport finalmente accedió a compartir con Poritrin una tercera parte de los beneficios de los globos de luz durante los siguientes veinte años; la otra parte estuvo de acuerdo en no presionar por la vía legal para recuperar los derechos de las patentes originales. Bludd y Holtzman eran conscientes de la ingente cantidad de dinero que generaban las ventas de los globos de luz, que no dejaban de aumentar, así que estaban sorprendidos. Obviamente, lo vieron como una inyección inmediata de dinero sin tener que hacer nada, ya que Norma Cenva había desarrollado el producto hacía años y el mismo Venport había pagado los costes de producción.

Dos décadas parecían mucho tiempo, pero Venport sabía pensar a más largo plazo. Los globos de luz se seguirían utilizando durante siglos, puede que incluso milenios. Visto así, veinte años no eran nada. Sin duda, los descendientes de lord Bludd lamentarían el pacto tan absurdo que había hecho con él.

—Sin embargo —dijo Venport, inclinándose hacia delante y endureciendo el tono—, hay un punto que es absolutamente innegociable. A partir de ahora, no cuestionarán el derecho de Norma Cenva a establecer un laboratorio por su cuenta, y no pondrán trabas a sus investigaciones.

Holtzman resopló.



—Mientras no tenga que pagarlas yo... De todos modos, hace años que no produce nada tangible.

Lord Bludd jugueteó con su barba rizada.

—Haré que mis abogados redacten un acuerdo donde se especifique que a partir de ahora Norma puede quedarse cualquier producto que desarrolle.

Venport asintió. Ya sentía sobre sí el gran coste de aquel acuerdo, pero no dudó, porque tenía fe en Norma y se preocupaba por ella. Sin embargo, sabía que en las palabras de Holtzman había algo cierto. Durante años Norma se había concentrado en una idea que quizá no llevaría a nada. Él no entendía de ecuaciones ni de pliegues en el espacio, pero apretó los dientes y se recordó la gran cantidad de dinero que había ganado gracias a Norma solo con los globos de luz.

Demostraría la fe que su madre no había tenido en ella.

—Entonces ¿podemos dar el asunto por zanjado? —dijo lord Bludd levantando las cejas.

Venport se levantó, deseando salir de la torre del noble. Sin embargo, sabía que aquello no había hecho más que comenzar.

Cuando llegó al puerto espacial de Starda, en Poritrín, Tuk Keedair parecía preocupado y estresado. Venport le esperaba, y escuchó cómo el comerciante tlulaxa le explicaba los trastornos que había provocado un grupo de forajidos en Arrakis.

—Me ha parecido entender que acaba de llegar otro esclavista tlulaxa a Poritrín para comprar esclavos adiestrados. Quizá *podré* convencerle para que vuelva a ese condenado desierto y se lleve a todos los bandidos como esclavos.

—Nadie se quejaría —dijo Venport con una sonrisa. Entonces le habló del descubrimiento de Norma y de la razón por la que había insistido en que fuera hasta allí personalmente.

Dejaron el puerto espacial y se dirigieron al laboratorio de Norma junto al río en un vehículo terrestre. Keedair se sentía escéptico, pero tenía curiosidad.

—El prototipo de una nave espacial costará mucho más que unos cuantos globos de luz de prueba, Aurelius... pero si esa idea del atajo espacial funciona, potencialmente los beneficios serían... apabullantes. —Al tlulaxa no le interesaban los detalles matemáticos, solo quería saber si la idea podía funcionar. Se acarició la larga trenza, como si anticipara el aumento incesante de su riqueza.

Venport lo cogió del brazo.

—Si el sistema es factible... y práctico... todas las mercancías podrían distribuirse en una fracción del tiempo actual. Los cargamentos de especia de Arrakis se distribuirían con la misma rapidez con que los zensuníes la cosechan. Las sustancias percederas podrían pasar de Rossak a todos los mercados de la Liga en un abrir y cerrar de ojos. Ningún comerciante podrá ofrecer mejores servicios.



Pasaron por un muelle que crujió bajo sus pies y finalmente se encontraron en el interior del laboratorio, con Norma.

—Disculpe el desorden —dijo Norma. A Venport las mesas le parecieron mucho más atestadas que antes—. Dentro de unos años volveremos la vista atrás y recordaremos el modesto lugar donde hablamos por primera vez de la idea más grande en la historia de los viajes espaciales.

Keedair parecía reservado, incluso receloso.

—No le has hablado a nadie más de esta idea, ¿verdad? Al savant Holtzman, por ejemplo. O a lord Bludd.

Norma meneó la cabeza, abochornada.

—El savant Holtzman ni siquiera entiende los principios matemáticos de sus propios descubrimientos. «El principio de Holtzman funciona y punto», dice siempre. —En su voz había desprecio y tristeza—. Y quiero asegurarme de que este proyecto llega a realizarse. El savant no siempre termina los proyectos que inicia. A veces... se pierde en una maraña de ecuaciones. —Fue hasta la ventana y miró hacia los astilleros y las fábricas del delta—. Ha pasado este último año construyendo cascos de naves en órbita. Una idea del primero Atrides...

—Sí, sí, ya lo vimos cuando llegamos a Poritrin —dijo Venport. Las rutas orbitales estaban tan saturadas a causa de las nuevas naves de guerra que eran un verdadero peligro para la navegación.

Keedair parecía desolado.

— ¿Y qué sentido tiene construir cascos de naves? ¿Solo los cascos? ¿Se está instalando la maquinaria por otro lado?

De pronto Norma pareció inquieta.

—Se supone que es un secreto, y son muy pocas las personas que conocen el plan. Cada uno de los esclavos de los astilleros y los obreros de la construcción que trabajan en órbita se ocupa de una tarea muy concreta. Nadie sabe que en realidad todo el proyecto no es más que un gran farol. —Suspiró—. El casco de las naves permanecerá vacío, orbitando, como si fuera una flota de verdad. Reconozco que podría funcionar, pero ¿por qué un gran hombre como el savant Holtzman malgasta su inteligencia con un proyecto semejante? Para eso no se necesita la ciencia, solo un título de escapatista.

Bajó una silla suspensora, se sentó y se elevó hasta estar a una altura adecuada en la mesa.

—Por eso te escribí, Aurelius. He pasado una buena parte de mi vida trabajando en las ecuaciones para plegar el espacio. Son muy importantes. El proyecto debe convertirse en una realidad, y yo soy la única que puede hacerlo.

Tuk Keedaair extendió las manos sobre la mesa, y sus ojos brillaron.



—Danos los detalles principales, por favor. Dinos lo que ves.

Los ojos de color avellana de Norma se entrecerraron.

—En mi cabeza he visto inmensas naves espaciales que se desplazan en un instante. Veo poderosos ejércitos que cubren distancias increíbles en cuestión de segundos y cogen por sorpresa a las máquinas pensantes.

Venport veía la intensidad de su mirada, podía sentir su convicción y su sinceridad.

—Yo te creo, Norma. Creo en ti lo bastante para invertir el dinero que necesites, aunque no entienda qué haces. —Sonrió—. Estoy invirtiendo en ti.

Norma ya le había dado una estimación aproximada del capital que necesitaría para llevar adelante el proyecto. Venport aumentó la cifra en un cincuenta por ciento y después la dobló. Norma rara vez contaba con los retrasos imprevistos y otras cuestiones secundarias, y normalmente eran detalles muy costosos.

—Tu relación laboral con el savant Holtzman está rescindida —le anunció—. He hecho todos los arreglos necesarios; ya no tendrás que preocuparte por él. Puedes abandonar Poritrin cuando lo desees y trabajar donde tú quieras.

Norma lo abrazó complacida. A Venport le gustó la sinceridad y el afecto que vio en su sonrisa. No había ni una pizca de falsedad en ella.

—Eres muy amable, pero me gusta trabajar aquí. En Poritrin. He pasado veintisiete años en este lugar. No puedo recoger mis cosas sin más y marcharme a otro sitio.

— ¿Por qué no vas a Rossak? —sugirió Keedair—. Tú eres de allí, ¿no es cierto?

Pero Venport negó con la cabeza antes de que Norma pudiera decir nada, pensando en Zufa Cenva y en lo decepcionada que se había mostrado siempre en relación con su hija.

—No, no creo que sea buena idea.

—Bueno, la inversión inicial y los gastos para poner el proyecto en marcha serán mucho menores si no tenemos que trasladarlo todo a otro planeta —señaló el mercader tlulaxa—. Y lord Bludd te ha ofrecido todas las garantías, ¿correcto?

Norma se dio unos toquitos en la sien.

—Lo tengo todo aquí. —Se volvió hacia Venport con mirada soñadora y el hombre sintió una gran calidez y benevolencia en su interior—. Pero sí, preferiría no tener que perder tanto tiempo. ¿No hay algún sitio en Poritrin donde pueda seguir trabajando? Después de todo, mi casa está aquí.

Venport sonrió.

—Ya me lo esperaba, así que he estado husmeando por aquí, buscando un lugar donde puedas trabajar; unos alojamientos con el espacio y la luz que necesitas. Tengo



la mirada puesta en un grupo abandonado de almacenes mineros y una fábrica de procesamiento que hay en un cañón lateral, río arriba. Creo que podría convertirse en el laboratorio de pruebas de una nave espacial a escala.

Los ojos de Keedair se movían con rapidez a un lado y a otro, como si estuviera haciendo cálculos.

—VenKee Enterprises tiene la infraestructura necesaria para hacerte llegar los fondos. Necesitamos un programa detallado donde especifiques la cantidad que necesitarás inicialmente y luego mes a mes.

La pequeña mujer parecía turbada, como si hubiera preferido volver a sus fórmulas en vez de participar en aquella conversación.

—De acuerdo, haré un presupuesto del programa de investigación y desarrollo en cuanto sepa cuándo puedo empezar.

—Otra cosa —dijo Keedair con tono firme—. Debes mantener tus investigaciones completamente en secreto. Ya sabemos que el savant Holtzman siempre está dispuesto a robar tus ideas y nuestras patentes. Necesitaremos un sistema de seguridad totalmente hermético que englobe a todos los que trabajen en el proyecto. Propongo que contratemos a un grupo de mercenarios que no deban lealtad a lord Bludd. —Miró a Venport, y este asintió.

Norma parecía desconcertada, porque su mente esotérica nunca se había planteado aquel tipo de problemas. Venport le tocó el brazo para tranquilizarla.

—Norma, ya has ofrecido a Holtzman y lord Bludd beneficios más que suficientes dejando que explotaran los escudos personales y los generadores de campo portátiles. Porque en parte la idea fue tuya. Holtzman no habría sido capaz de desarrollar unos conceptos semejantes.

Norma pareció sorprendida.

—Pero esa fue mi contribución al esfuerzo de guerra.

—Y son otros los que han disfrutado de los beneficios. Lord Bludd es uno de los nobles más ricos de la Liga gracias a ti. No quiero que nadie vuelva a aprovecharse de ti, mi querida Norma, aunque, si el proyecto avanza gracias a las inversiones de VenKee Enterprises, evidentemente la información nos pertenecerá. Así son los negocios.

—Como tú digas, Aurelius. Confío en ti. ¿Cuándo crees que podré empezar a construir el prototipo? Quiero que mis nuevos laboratorios estén preparados tan pronto, y tan cerca, como sea posible. Ya he hecho los cálculos.

Venport le rodeó los hombros con el brazo y le contó la idea que él y Keedair habían estado comentando.

—Conozco una forma de acelerar las cosas. Recientemente, mi socio y yo hemos comprado una vieja nave de carga para aumentar nuestra flota. En estos momentos



la están reparando en un muelle espacial de Rossak. En lugar de construir una nueva nave, ¿crees que podrías modificar una ya terminada e introducir en ella tus motores? Keedair se encargará de que la tengas aquí para cuando esté listo tu laboratorio.

El y Keedair se miraron, y el tlulaxa asintió. Norma sonrió maravillada, llena de vida y energía.

—Cuanto antes mejor.



Capítulo 23

*Donde una persona ve un motivo de alegría, otra solo ve motivo para la desesperación.
Reza para que a ti te pase lo primero.*

Sutra budislámico, interpretación zensuní

Después de un año de ingentes esfuerzos, de un enorme desembolso de dinero y recursos y de la muerte de un número incontable de esclavos en accidentes laborales, las últimas piezas de la falsa flota espacial se ensamblaron en órbita sobre el planeta de Poritrin. Ahora que el trabajo estaba prácticamente acabado, las fundiciones de los astilleros del delta se cerrarían.

Un día, a media tarde, los supervisores convocaron a las diferentes cuadrillas de trabajadores. Los cautivos salieron de los hangares llenos de humo, sucios, pestañeando, y permanecieron en las pistas pavimentadas desde donde se enviaban a la órbita los cargamentos. Cientos de almas desdichadas iban de un lado a otro, totalmente desorganizadas.

Ishmael sabía que pronto asignarían a todos los esclavos a nuevas tareas. Como siempre, la idea de que se avecinaban cambios le inquietaba, pues temía que le separaran de Ozza o de sus dos hijas, como le había pasado a Aliid a pesar de todo, se aferraba a la esperanza de que Budalá mantendría a su familia unida. Los negreros de Poritrin no tenían ningún motivo para separarlos.

Pero en las fábricas veía a diario a Aliid, lleno de rabia por sus heridas emocionales, esperando siempre una oportunidad. «Hace mucho tiempo me separaron de mi mujer y de mi hijo recién nacido. Ya no me importa lo que puedan hacerme.» Ishmael tenía miedo de que su amigo hiciera alguna tontería.

Cuando Ishmael era pequeño, su abuelo siempre decía que había que tener fe en Dios, que era una arrogancia que una persona quisiera meterse en asuntos que solo incumbían a Budalá. Aun así, sentía una gran incertidumbre... y Aliid no parecía dispuesto a conformarse con aquello.

Mientras los jefes de las diferentes cuadrillas daban instrucciones tratando de distribuir a los esclavos en grupos, Ishmael se escurrió entre la multitud y se acercó a una cuadrilla que se encargaba del acabado y de pulir las piezas, a la que habían asignado a su mujer. Tocó el brazo de Ozza, y ella le cogió de la mano, intuyendo la



presencia de su marido sin necesidad de volverse a mirar. Con tantos esclavos, los capataces no se molestarían en comprobar si cada uno estaba con el grupo que le correspondía. Les habría llevado todo el día.

Sin darse cuenta, con tanto gentío Ishmael y Ozza acabaron cerca del podio, donde había dos hombres pequeños junto al supervisor en jefe. El sol brillaba con fuerza y, después de la oscuridad de la fundición, los ojos de Ishmael aún no se habían adaptado del todo a la luz.

—Me pregunto si querrán anunciarnos otra celebración de su maravillosa sociedad —dijo Ozza acercándose mucho a su oído para que nadie oyera el comentario.

—No se me ocurre una razón peor para reunimos a todos.

Ishmael miró a los dos extraños. Obviamente, eran tlulaxa, los odiados comerciantes de esclavos. El más joven tenía rasgos angulosos, rostro afilado y ojos oscuros y muy juntos. Pero a Ishmael los rasgos del mayor le resultaban familiares. El hombre llevaba una trenza canosa que colgaba como una soga sobre uno de sus hombros. Habían pasado más de dos décadas, y en aquel entonces Ishmael no era más que un niño asustado, pero jamás olvidaría la cara del hombre que dirigió el asalto contra Harmonthep.

Su corazón latió con fuerza mientras un poderoso sentimiento de miedo y de ira lo embargaba. Había jurado vengarse de aquel hombre, destrozarlo. Lo que más deseaba en esos momentos era abalanzarse sobre el podio y coger al esclavista con sus fuertes manos. Es lo que habría hecho su amigo Aliid... Aliid, que siempre había despreciado a Ishmael por su paciencia y su fe ciega.

Pero la venganza no era lo que enseñaban los sutras zensuníes. Su abuelo se hubiera sentido profundamente decepcionado. «Está en las manos de Dios, no en las mías. Pero ¿debo limitarme a perdonar y olvidar?»

Ozza lo miró, le tocó el rostro con suavidad. Estaba preocupada.

— ¿Qué ocurre, Ishmael?

—Ese hombre... yo... —Calló; no fue capaz de decírselo. Su abuelo habría insistido en que aceptara, que perdonara. Le hubiera pedido que buscara una lección en todo aquello, que creciera como persona con cada nueva prueba y experiencia. Dios no garantizaba que todos los fieles tuvieran una vida tranquila... al menos no en este mundo. Los sutras enseñaban a los zensuníes a aceptar, soportar y esperar a que Budalá escogiera el momento.

Pero se hacía tan difícil...

Después de casi media hora de caos, finalmente los cientos de esclavos quedaron organizados por grupos y se calmaron. Al frente de la muchedumbre, Ishmael oyó que el supervisor hablaba con el tlulaxa de menor edad.



—Rekur Van, estos son todos los esclavos que tenemos hoy aquí. Llevan meses trabajando en el proyecto de las naves. No podemos prescindir de ellos.

—Aun así, quiero verlos. —El tlulaxa, delgado y ratonil, paseó la vista por los rostros y los cuerpos de la multitud. Tuk Keedair, el negrero que había capturado a Ishmael y a tantos zensuníes inocentes en Harmonthep, seguía en pie a su lado, con expresión aburrida. No parecía interesado en adquirir nuevos esclavos, pues el motivo que le había llevado a Poritrin era de una naturaleza muy distinta.

Bajo la atenta mirada de Ishmael, Rekur Van recorrió el podio tomando imágenes de la multitud con un pequeño artilugio y analizando a los esclavos.

—Se me ha pedido que haga un inventario de tus esclavos. Se les considera recursos del ejército de la Yihad. Los tlulaxa necesitamos urgentemente una gran cantidad de esclavos sanos con diversas estructuras óseas y tipo de piel. Es de máxima prioridad. —El capataz pareció alarmado, y Rekur Van bajó la voz a un gruñido—: Si te opones puedo conseguir una orden firmada por el mismísimo Gran Patriarca.

—No lo pongo en duda, Rekur —dijo Keedair con tono paciente y razonable—, pero no creo que sea necesario.

Con gran alboroto, un vehículo apareció sobre las aguas poco profundas del delta, rozando apenas la superficie, y luego siguió por tierra hasta la zona del podio. Acalorado, Tio Holtzman se dirigió hacia allí con expresión grave.

— ¿Por qué interrumpís el importante trabajo de mis esclavos? Su labor es vital, y cualquier retraso es inexcusable.

—Tenemos un buen motivo, savant Holtzman —dijo Rekur Van, igualmente acalorado—. La Yihad necesita esclavos inmediatamente, y Poritrin era el mundo más cercano en mi ruta. Necesitamos muchos nuevos candidatos.

Ishmael tragó con dificultad y sujetó con fuerza el brazo de su esposa. Los dos miraron a su alrededor buscando a sus hijas, pero Chamal y Falina habían sido asignadas a diferentes equipos de soporte y no se veían por ningún lado.

—Mis esclavos no —dijo Holtzman con enojo—. Todos estos trabajadores se dedican a un proyecto vital para la protección de Poritrin en nuestras fábricas de armamento.

—Pero resulta que estoy aquí, savant Holtzman, y que necesito los esclavos ahora.

—Yo también los necesito. —El científico profirió un sonido de desprecio—. ¿Por qué no os habéis limitado a capturar algunos de esos cobardes de Anbus IV? Según tengo entendido, se negaron a luchar contra las máquinas pensantes incluso cuando les estaban atacando, y hasta sabotearon el trabajo de los bravos yihadíes. ¿Es posible que haya gente que merezca más que ellos servir a la raza humana?



—Quizá eso ya sea un indicio de su inferioridad —intervino Rekur Van—. Además, quedaron muy dispersos, y su número es insuficiente para satisfacer nuestras necesidades.

Hasta hacía muy poco, los esclavos de Poritrin no habían tenido conocimiento de la batalla de Anbus IV, de la victoria pírrica de la Yihad, que había costado tantas vidas y la pérdida de tantas reliquias. Todo budislámico, incluidos los zensuníes y los zenshiíes, reverenciaba la ciudad sagrada de Darits, hogar de los manuscritos originales de los sutras coránicos. Para los esclavos de Poritrin fue terrible enterarse de aquella desgracia, provocada no solo por el ejército robótico, sino por las fuerzas de la Yihad.

Ishmael miró a su alrededor y se dio cuenta de que a los humanos que tenían el poder allí no les importaba. « ¿Por qué es aceptable su fervor religioso y en cambio el nuestro solo es causa de desprecio?»

Vio que el viejo negrero se interponía entre el indignado inventor y el ansioso comerciante de carne. Aunque despreciaba a aquel hombre, tenía que reconocer que Tuk Keedair parecía más sabio y versado en dialéctica.

—Hay esclavos disponibles en muchos lugares, Rekur. Hay montones de lugares perdidos donde conseguir carne humana. Dado que estos esclavos cumplen con un propósito muy útil para la humanidad, no veo la necesidad de quitárselos al savant Holtzman.

Rekur Van miró a su compañero tlulaxa con gesto hosco, como si fueran rivales.

— ¿Y tú qué haces aquí, Tuk Keedair? Ya no eres un mercader de carne. Ahora prefieres vender especia y globos de luz con ese extranjero de Venport. ¿Por qué te interpones en mi importante misión?

—Mi socio y yo hemos venido por un asunto de negocios. Lo que tú haces no es la única tarea legítima en el ejército de la Yihad. —Con gesto paternalista, Keedair le puso la mano en el hombro—. Escucha, yo sé dónde puedes encontrar un numeroso grupo de esclavos. Son un estorbo para mí y, por extensión, para la Liga de Nobles. Ven, te diré dónde encontrarlos, y todos contentos. ¿Conoces el desierto de Arrakis?

Todavía con gesto hosco pero algo más calmado, Rekur Van bajó del podio junto con el veterano negrero.

Ishmael rodeó la cintura de Ozza con el brazo y la pegó a él. Seguía teniendo el pulso acelerado, e intuía que habían escapado del desastre por muy poco. Él y su familia podían seguir allí, juntos. Y por mucho que detestara ser un esclavo en Poritrin, en su corazón sabía que servir al tlulaxa habría sido mucho peor.

Holtzman parecía satisfecho y miraba a la multitud de trabajadores. Finalmente, el inventor agitó las manos con gesto imperioso.

— ¿Qué hacéis ahí esperando? ¡Debemos terminar este proyecto a tiempo! Volved al trabajo.



Capítulo 24

A pesar de toda su precisión, hay muchas formas de confundir a las máquinas pensantes.

Primero Vorian Atreides, Nunca más a una supermente

Aquel extravagante farol de las «naves huecas» había sido idea del primero Atreides, que decía saber cómo pensaban las máquinas. Pero Tio Holtzman estaba llevando a cabo el plan en ausencia del primero, y eso significaba que podría llevarse casi todo el mérito.

Si funcionaba.

El savant estaba nervioso, pero confiaba en que con aquello lograría un gran prestigio y el aprecio de todos. Después del largo intermedio en la sucesión de premios que habían caracterizado su carrera, lo necesitaba. Con un poco de suerte, lord Bludd hasta le condecoraría, la gente le vitorearía. Tio Holtzman sería el salvador de Poritrin.

Mientras cenaba con lord Bludd en el balcón de la residencia del noble que presidía la ciudad, Holtzman pensó en sus vidas sosegadas. Las clases altas de Poritrin siempre habían tenido una actitud sorprendentemente laxa, pues no creían que pudiera pasarles nada realmente malo. Seguían los preceptos pasivos del navacristianismo, más por mantener las apariencias que por convicción. La atmósfera era tranquila, la comida y los recursos abundaban y tenían esclavos bien enseñados que se encargaban de satisfacer todas sus necesidades. El apacible río Isana parecía una metáfora perfecta del lánguido discurrir de sus vidas.

Holtzman temía que aquello pudiera cambiar con la llegada de los enemigos robóticos. Hacía apenas unos instantes, un correo militar que traía un cilindro con un mensaje para el lord había llegado a toda prisa.

—Bueno, Tío, pronto tendremos ocasión de comprobar si vuestro plan funciona. Una importante flota enemiga se dirige hacia nuestro sistema.

Holtzman palideció y tragó saliva con dificultad. Lord Bludd parecía muy tranquilo, plenamente convencido de que su savant más importante no podía fallarles. Ojala la confianza ciega del noble no fuera un error.

Al ver su expresión preocupada, Bludd rió entre dientes.



—No os preocupéis, Tio. Incluso con el desproporcionado desembolso que ha hecho falta para este disparatado proyecto, con los beneficios que obtengamos por la venta de los globos de luz podremos pagarlo de sobra.

Todas las falsas naves se habían terminado de acoplar en el espacio, y alrededor de Poritrin las órbitas estaban llenas de naves de aspecto amenazador, cientos de ballestas y de jabalinas que formaban una flota en apariencia invencible, como feroces perros guardianes que vigilan un patio. Pura fachada.

Docenas de naves de la Yihad —de las de verdad— esperaban en el puerto espacial de Starda, listas para entrar en combate. Los soldados estaban alojados muy cerca, apoyados por los mercenarios de Ginaz. Pero nada de aquello sería suficiente si el engaño no funcionaba.

Holtzman se obligó a comer un bocado de pescado de río especiado con la esperanza de que Bludd no notara sus dudas.

—Ha llegado el momento de poner en marcha nuestro pequeño espectáculo. Daremos la orden para que nuestras fuerzas redistribuyan sus órbitas. Recomiendo que mantengamos a la mitad a la sombra del planeta para dar otra sorpresa a la flota robótica.

En los últimos meses, el ejército de la Yihad había transmitido informaciones falsas en comunicaciones que sabían que Omnius interceptaría, junto con otras que sí eran ciertas, puesto que ayudaba al propósito de Holtzman de que el enemigo se enterara: propaganda para los combatientes de Ix, señales que se filtraban a la flota robótica en fuga de Anbus IV, y más.

Si la información llegaba a su destino, los ejércitos mecánicos creerían que el gran tío Holtzman estaba extendiendo su exitoso sistema de escudos protectores a todo Poritrin para proteger las flotas de la Yihad, crear campos invisibles y cascos extraordinariamente resistentes. Esto convertiría aquella tecnología en un trofeo táctico para Omnius.

Un cebo.

—He dado la orden en cuanto hemos recibido la señal de nuestras naves de reconocimiento —dijo Bludd—. Estoy seguro de que se quitaron de en medio mucho antes de que los sensores de los robots pudieran detectar su presencia. —Luego, sonriendo, propuso que volvieran dentro para presenciar cómodamente el encuentro en la sala de proyección del noble. Holtzman observó los mapas y cuadrículas de la esfera planetaria y las rutas orbitales, y vio que todas las naves estaban en posición. Hizo un gesto de asentimiento.

Luego unas pequeñas luces empezaron a acercarse como proyectiles desde el borde de la pantalla. Bludd sonrió.



—Bueno, bueno, esas naves enemigas se van a llevar una buena sorpresa. — Parecía mucho más convencido que Holtzman, pero el savant no se atrevió a manifestar sus reservas.

Provista de armamento pesado y una potencia de fuego abrumadora, la flota robótica se aproximó a Poritrin y redujo la velocidad para analizar el terreno. Holtzman se pasó una mano por la frente, se apartó sus gruesos cabellos de los ojos. El enemigo tenía por lo menos el triple de naves que la flota de Poritrin. Pero eso no tenía por qué ser un obstáculo, siempre y cuando se tragaran el engaño.

—Ahora veremos si la astucia humana es superior a la tecnología de las máquinas —dijo.

En pie junto a lord Bludd, Holtzman escuchaba las transmisiones, órdenes, advertencias, valoraciones. En los paneles vieron cómo las naves de la Yihad se colocaban en posición y se desplegaban en formación táctica alrededor del planeta. Aparentemente eran impenetrables, imbatibles.

La inmensa flota mecánica avanzó sin inmutarse en línea recta hacia su objetivo y se encontró con un importante grupo de naves defensivas en la órbita de Poritrin. Las falsas naves de la Liga mantuvieron su posición. Unos paneles electrónicos situados en el exterior de los cascos emitían un resplandor rojizo, como si hubieran activado los sistemas de ataque. Los sensores hacían sospechar que una importante fuerza armamentística estaba lista para ser utilizada.

Evidentemente, solo un puñado de aquellas naves estaban realmente armadas. La mayor parte no eran más que un montón de chatarra, protegida por los escudos Holtzman, que engañaban a las sondas electrónicas de las máquinas pensantes.

—Todos los sistemas activados —anunció uno de los oficiales tácticos por el sistema de megafonía.

Un aluvión de voces respondió desde las naves de guerra situadas en órbita, incluidas las vacías.

«Listos para aniquilar a la flota invasora.» «Armas en situación.» «Listos para abrir fuego.» Las voces se superponían en una composición creada con las voces de los diferentes pilotos de la flota, grabadas y retransmitidas unas encima de otras para confundir a sus atacantes.

Holtzman miraba las proyecciones tácticas. Las distantes naves mecánicas no eran más que minúsculos diamantes que reflejaban la descarnada luz del sol. Le habría gustado ver lo que los robots creían estar viendo. En teoría, su red de sensores indicaba que aquella falsa flota yihadí les superaba en armamento por un margen muy importante. Volvió a tragar con dificultad.

En aquella ocasión, para conseguir una victoria la flota de Poritrin no necesitaba destruir al enemigo. A la larga, aquel ardid podía ser muy positivo, ya que podía volver a utilizarse en otros planetas, y las naves huecas podían construirse a una



fracción del precio de las reales. Al «saber» que una flota imbatible defendía Poritrin, Omnius dejaría el planeta e iría en busca de objetivos más vulnerables. En teoría...

Sin embargo, las máquinas seguían avanzando, como si intuyeran la verdad. Holtzman contuvo el aliento, preocupado por la posibilidad de que los robots tuvieran un sistema de escáneres lo bastante avanzado para detectar el engaño. ¿Se había olvidado de algún factor al hacer sus cálculos?

No sería la primera vez que daba por sentadas cosas que no eran ciertas y que cometía errores, como le había señalado Norma Cenva de forma tan alegre y desconsiderada. Bueno, al menos ahora estaba fuera de circulación, trabajando por su cuenta, malgastando el dinero de otro. Y él tenía muchos otros ayudantes dotados.

Le habían asegurado que todo estaba controlado. No podía haber ningún error.

Aun así, si se habían saltado algún detalle, Poritrin estaba perdido. Y Holtzman también.

—Hora de avanzar —dijo el savant, con un hilo de voz chillona—. El segundo grupo debe avanzar antes de que el enemigo se acerque lo suficiente para abrir fuego.

Bludd se limitó a sonreír. Todos los supervisores y capitanes tenían instrucciones detalladas.

Como una jauría de perros salvajes que de pronto salen del bosque, la mitad de las naves falsas que había en órbita encendieron motores y se dirigieron a gran velocidad hacia el lado de Poritrin iluminado por el sol. Fue como una estampida. En unos momentos, el número de naves de defensa dispuestas contra las fuerzas mecánicas se había doblado.

— ¡Seguro que ahora se lo piensan mejor! —gritó uno de los comandantes por uno de los canales abiertos.

Holtzman miró el diagrama táctico y se sintió aliviado al ver que cada pieza encajaba en su sitio. Un puñado de soldados empezaron a *lanzar* vítores por los comunicadores, pero sus voces —duplicadas, moduladas y amplificadas— sonaban como si fueran muchos más.

—Aquí llega el tercer destacamento.

— ¡Vamos a estar un poco apretados con tantas naves!

—No os preocupéis, enseguida quitamos de en medio a algunos de esos trastos para haceros sitio.

Un tercer grupo de naves falsas que se ocultaban cerca de la pequeña luna de Poritrin se aproximó a gran velocidad por la retaguardia de la flota de Omnius, mostrando un despliegue de puertos activados de armas.



— ¡Qué despeguen las naves de tierra! —exclamó Bludd. Era evidente que estaba disfrutando de cada momento.

El grupo de naves estacionadas en tierra —las únicas verdaderamente funcionales que había en Poritrin— despegó del puerto espacial de Starda y una vez en órbita se mezclaron con las naves falsas que ya había allí.

Los invasores se detuvieron en el espacio, como si tuvieran que analizar aquellos sorprendentes acontecimientos, y a continuación se reagruparon en formación defensiva.

—Esperemos —dijo un oficial por el comunicador con voz grave—. Listos para abrir fuego. Borra del mapa a esas condenadas máquinas en cuanto nos den una excusa.

Otro dijo:

—Sus escáneres nos están analizando otra vez.

—Demuéstrales lo que pensamos de eso.

Confundidos entre los montones de naves falsas, las de verdad abrieron fuego contra las naves enemigas. La flota de máquinas pensantes no tenía forma de saber que todas aquellas naves falsas no estaban armadas.

Finalmente, sin una sola transmisión, sin lanzar ni un solo proyectil, la flota robótica calculó que no tenía ninguna posibilidad de ganar y se retiró. Dieron media vuelta y se alejaron a toda velocidad. Para darle un poco de verosimilitud, las naves armadas de la Yihad salieron en pos del enemigo y destruyeron un par de sus naves.

Lord Bludd sonrió y dio unos golpecitos a Holtzman en la espalda.

—No he dudado de vos ni por un momento, Tio. ¡Con vuestra intuición y vuestra reputación las estúpidas máquinas no tienen ninguna posibilidad!

—Son realmente estúpidas, ¿verdad? —repuso Holtzman sonriendo.

Cuando la flota robótica se retiró del sistema de Poritrin, la victoria se celebró por todo lo alto. Todos estaban exultantes, incluso histéricos. Niko Bludd no reparó en gastos y dispuso banquetes, desfiles y actuaciones absolutamente extravagantes, además de diversos actos públicos que resultaron algo tediosos por su pomposidad. El savant Holtzman fue aclamado como un héroe de la Yihad, un conquistador de máquinas. Cuando alzaron sus vasos de ron de especia de Poritrin, algunos de los nobles hasta se acordaron de mencionar el nombre de Vorian Atreides, aunque solo de pasada.

Con el científico, lleno de orgullo, a su lado, lord Bludd pronunció discursos ruidosos y ebrios, golpeándose el pecho con aire triunfal.

— ¡La libertad es un derecho humano fundamental!



Pero los esclavos budislámicos no tenían ningún motivo de celebración.

En los alrededores de las ahora calladas fundiciones y fábricas de producción del delta, en el exterior de los barracones, unos cuantos niños zensuníes miraban con la boca abierta los fuegos artificiales y escuchaban el lejano sonido de la música.

Los adultos prefirieron encerrarse dentro y consolarse hablando de sus recuerdos y su cultura. Mientras las celebraciones seguían su curso y los destellos de luz brotaban como crisantemos sobre el gran río de Poritrin, Ishmael estaba con sus compañeros esclavos, contando y escuchando historias del pasado de su pueblo. Mediante la narración de parábolas y leyendas, y de las sabias palabras de los sutras coránicos, mantenían vivo el recuerdo de cómo los zensuníes y los zenshiíes habían sido perseguidos en un mundo tras otro y habían buscado siempre un lugar tranquilo donde los dejaran en paz. Habían dado la espalda a la guerra de los malditos: máquinas demoníacas contra no creyentes. Ninguno de los dos bandos era digno de recibir el apoyo de los fieles, puesto que los budislámicos eran los elegidos de Dios, los guardianes de la verdadera sabiduría de los cielos.

Sin embargo, en aquellos momentos de tribulación era difícil conservar la fe.

—Tenemos que mantenernos fuertes —alentó Ishmael a sus compañeros—. Más fuertes que ninguno de esos intrusos.

Aliid, que había permanecido entre las sombras, los sorprendió con una objeción.

—Tal vez, Ishmael, pero en cualquier otro lugar los zensuníes y los zenshiíes son libres. —Tragó aire con los dientes apretados—. Si Bel Moulay estuviera aquí, todos los esclavos nos levantaríamos bajo su estandarte. Él nos enseñaría cómo escapar de este planeta.

—Pero Bel Moulay no está —dijo Ishmael reprendiéndole, sentado en una postura meditativa en el duro suelo—. Su levantamiento solo sirvió para que lo ejecutaran, y los demás hemos tenido que pagarlo muy caro durante años.

—A lo mejor Bel Moulay está muerto, pero yo no —dijo Aliid con un gruñido.

—No seré yo quien apremie a Dios, amigo mío. Algún día —prometió— encontraremos un mundo que podamos habitar y defender nosotros mismos. Nuestras vidas serán como Budalá quiera que sean.

Aliid tenía una expresión escéptica, pero los otros esclavos miraban a Ishmael con los ojos brillantes y los rostros esperanzados. Llevaba tantos años haciendo promesas a aquella gente que no sabía si él mismo podría conservar la esperanza mucho más.

Aun así, se obligó a hablar con tono decidido.

—Sí, y ese día habremos encontrado nuestro hogar.



Capítulo 25

La arena mantiene despejada la piel, y la mente.

Poema de campamento zensuní de Arrakis

Dos días después de que se le acabara el agua, Azíz pensó que iba a morir. Avanzaba trabajosamente por las rocas, por la arena que el viento azotaba, con los labios y los ojos cubiertos de un fino polvo que no conseguía quitarse. Veía espejismos, visiones, y ya casi no tenía esperanza.

El naib Dhartha le había mandado a aquella importante misión. Tenía que conseguir vivir unas horas más para completar la tarea que su abuelo le había encomendado. Era de vital importancia.

« ¿Y si fracaso? ¿Y si muero sin haber entregado el mensaje? » El padre de Aziz, Mahmad —el único hijo de Dhartha—, había sido fiel a la tribu y había trabajado diligentemente junto con los extraplanetarios en el puerto espacial. Mahmad dirigía buena parte del negocio de la melange, y era él quien trataba con Tuk Keedair y Aurelius Venport, que distribuían y vendían la especia por los territorios de la Liga de Nobles.

Cuatro años atrás, un viajero contagió a Mahmad una extraña enfermedad en Arrakis City. La enfermedad fue larga y dolorosa, y finalmente el hombre murió delirando. Algunos de los zensuníes más conservadores de las aldeas lejanas dijeron que aquello era un castigo por relacionarse con los forasteros. El viejo naib sintió un gran dolor por la muerte de su hijo, pero en Arrakis la muerte formaba parte de la vida, y consideró aquella pérdida como parte de la continua batalla por la independencia, igual que lo hubiera sido caer en una batalla contra el enemigo.

Sin saber por dónde iba, Aziz siguió dando traspies bajo el sol implacable. No había señal de los montagusanos. Esperaba que acudieran en su rescate... y pronto.

La riqueza derivada del comercio de la especia había permitido a los zensuníes llevar una vida acomodada. Dependían de lo que compraban en Arrakis City mucho más que de lo que podían arrancarle al desierto. Allá fuera, en el duro territorio de Arrakis, Aziz descubrió enseguida que no conocía las suficientes técnicas de supervivencia.



El joven hacía cuanto podía por anunciar su presencia: de noche encendía faros, de día emitía destellos ayudándose con espejos. No creía que el heroico Selim Montagusanos lo dejara morir siendo tan joven. Durante el ataque contra el grupo de recolectores de especia, el hombre le había mirado a los ojos, así que, a pesar de lo que decía su abuelo, creía conocer su corazón.

Selim y sus bandidos causaban a Dhartha muchos más problemas que las enfermedades extraplanetarias. Con los años, los ataques contra las caravanas de melange habían reducido notablemente los beneficios de las aldeas. A pesar de todo, el naib en ningún momento había pedido disculpas a Tuk Keedair por el descenso en la producción cuando el hombre iba a recoger los cargamentos a Arrakis City.

—Los bandidos son un problema interno —decía invariablemente para contestar a cualquier pregunta—. Dejad que nos ocupemos nosotros.

Disgustado, Keedair le amenazaba con enviar equipos de profesionales extraplanetarios al desierto, exploradores y asesinos a sueldo. Pero el abuelo de Aziz había prometido ocuparse del asunto, porque tenía tanto interés en que aquella relación comercial siguiera intacta, como en preservar la intimidad de su aldea. Así pues, fue con gran pesar que Dhartha envió a su joven nieto al desierto en busca de los bandidos para ofrecerles una tregua.

—En otro tiempo Selim fue miembro de nuestra tribu —le había dicho durante la puesta de sol hacía tres días, cuando Aziz se estaba preparando para partir. Estaban solos, sentados al calor del fuego—. De niño, Selim fue declarado culpable del delito de robar agua y fue exiliado al desierto. Pensábamos que moriría, pero de alguna forma logró sobrevivir.

—Sí, abuelo. —En las sombras de la cueva, los ojos de Aziz brillaban—. Y aprendió a montar a las bestias del desierto.

Los profundos ojos azules del anciano se humedecieron por el recuerdo.

—Desde entonces, mientras nosotros aprendíamos a recolectar y comercializar la melange, Selim Montagusanos reunía una banda de criminales para seguir imponiendo el terror entre nuestros recolectores. Sé que Selim me odia por la sentencia que le impuse, pero ya es hora de que uno de los dos perdone al otro... —Hizo una pausa—. O lo mate.

El viejo naib tenía aspecto cansado y roto, y Aziz sintió un profundo afecto por él. Se prometió a sí mismo que encontraría la forma de resolver el problema, de cerrar la brecha que separaba al naib Dhartha y a Selim Montagusanos.

—Debemos acabar con esta absurda enemistad y unirnos para defender nuestros intereses comunes. De lo contrario, los extraplanetarios nos dividirán y nos conquistarán. Y ni siquiera un forajido como Selim querría eso. Debes encontrarle, Aziz, y decirle lo que te he dicho.



Lleno de orgullo por aquella responsabilidad, el chico salió al desierto, afrontando el peligro con esperanza y determinación. Pero ya llevaba días allá fuera, y el desierto era fiero e implacable. Lo único que quería era acurrucarse y morir.

Acompañada por otros dos forajidos, Marha espiaba los pasos tambaleantes del joven. Había dejado ya de contar sus estúpidos fallos, y sabía que estaba a punto de morir. Selim decía que, en Arrakis, la incompetencia y la falta de atención llevaban a la muerte. El desierto había puesto a prueba a aquel joven y había decidido que no era apto.

En generaciones anteriores, los nómadas zensuníes de Arrakis habían aprendido a vivir en armonía con aquel medio inhóspito, pero Selim y sus seguidores habían ido un paso más allá y se las arreglaban incluso con menos recursos que las antiguas tribus. La banda de Selim vivía de su ingenio, y no dependía de ningún lujo, ni del agua o las herramientas de los decadentes mercaderes extraplanetarios de Arrakis City.

Ya hacía casi un año que Marha estaba con la banda de Selim.

Había aprendido a luchar con cuchillos, a sobrevivir a las tormentas de arena, a encontrar escondites en lo más profundo del desierto, a llamar y montar a Shai-Hulud. Ahora tenía su propio *chryss*, una hoja curva de color lechoso que en otro tiempo fue el diente de un gran gusano. Lo más caritativo habría sido rebanarle el cuello al joven para ahorrarle aquella muerte lenta y agónica.

Y entonces lo reconoció. Era el nieto del naib Dhartha. Sabía que Selim querría hablar con él, así que decidió mantenerlo con vida y que fuera Selim quien decidiera su suerte.

Bajo un cielo despejado y estrellado, los bandidos rodearon al muchacho, que estaba tendido, temblando de agotamiento y de sed al abrigo de las rocas. Al principio, Aziz pensó que estaba delirando. Las figuras oscuras se acercaban, haciéndose señas entre ellos, comunicándose mediante sonidos. Estaba tan débil que apenas podía levantar la cabeza.

Lo capturaron sin resistencia y, tras darle un vaso de preciosa agua, lo llevaron como si fuera un tronco seco. Él trató de decirles su nombre, de explicarles por qué estaba allí, pero sus palabras no eran más que un débil graznido. Finalmente, sonrió débilmente con sus labios agrietados y ensangrentados.

—Sabía que vendrías...

Selim Montagusanos y sus cuevas estaban lejos, pero los forajidos avanzaban con rapidez. Cuando llegaron al campamento, Marha se ocupó de que llevaran a Aziz a una pequeña habitación aislada, donde le dio más agua y algo de comer y dejó que durmiera para que se recuperara del agotamiento. Selim había salido a lomos de un gusano para atacar unos lejanos campos de especia, y aún tardaría un día en volver.



Mucho más tarde, el joven despertó en aquel lugar oscuro y fresco. Enseguida trató de incorporarse, pero estuvo a punto de desmayarse, así que volvió a tumbarse, con los ojos abiertos; miró las sombras tratando de situarse. Al oír la voz de Marha se sobresaltó.

—No solemos rescatar a necios como tú. Tienes suerte de que Shai-Hulud no te haya devorado. ¿Cómo te has aventurado en el desierto estando tan poco preparado?

Destapó un frasco de agua que había junto al jergón y dejó que bebiera. A pesar de las quemaduras de su piel y las cuencas hundidas de sus ojos, Aziz le sonrió.

—Tengo que encontrar a Selim Montagusanos. —Respiró hondo para recuperar la energía—. Soy...

Marha le interrumpió.

—Sé quién eres, el nieto del naib Dhartha. Solo tu valor como rehén me ha movido a no verter el agua de tu cuerpo. Quizá Selim te torturará hasta la muerte para vengar los crímenes de tu abuelo.

El chico dio un respingo.

— ¡Mi abuelo es un buen hombre! Él solo desea...

—El naib Dhartha expulsó a Selim de la tribu, aunque sabía muy bien que el responsable de aquellos delitos era otro. No le importó que un huérfano inocente muriera para salvar a un miembro más importante de la tribu. El joven ladrón era consciente de su culpa, igual que tu abuelo. Pero Selim tuvo que pagar por ello.

Aziz parecía confundido. Evidentemente, nadie le había hablado nunca así de su abuelo.

—No es así como me lo han contado.

Marha encogió los hombros y frunció el ceño.

—El naib Dhartha ha abandonado los caminos del desierto por conveniencia de los mundos exteriores. La gente de vuestra aldea está viviendo una mentira. Es normal que les creas.

En las sombras, el joven la miró entrecerrando los ojos y la reconoció por la cicatriz de la ceja.

—Tú eras de las nuestras, pero huiste. Te vi cuando atacaste nuestra caravana.

Marha alzó el mentón.

—Quiero convertirme en la esposa de Selim Montagusanos. —Ella misma se sorprendió por la temeridad de sus palabras, pero era cierto, lo había decidido hacía un mes. De todos modos, todos los integrantes de la banda se habían dado cuenta.

Su voz se endureció.



—Lucho contra aquellos que buscan la destrucción de Shai-Hulud mediante la explotación de la especia, enviándola a mundos exteriores. El naib Dhartha es nuestro gran enemigo.

Aziz hizo un esfuerzo y se sentó en la cama.

—Pero os he traído un mensaje de mi abuelo. Desea hacer las paces con Selim Montagusanos. No hay necesidad de que continúe esta enemistad.

Marha le miró con desdén.

—Eso lo decidirá Selim.

Cuando Aziz despertó de nuevo en la oscuridad de la cueva, tardó unos segundos en darse cuenta de que había alguien sentado en completo silencio en la habitación, detrás de él. Y no era Marha.

— ¿Eres... eres Selim Montagusanos?

—Muchos me buscan, pero solo unos pocos me encuentran. Pocos son los que vuelven para contarlo.

—He oído lo que se cuenta —dijo Aziz sintiéndose muy bravo. Se incorporó en la cama—. Ya te había visto antes, cuando atacaste nuestra caravana. No nos hiciste daño. Creo que eres un hombre de honor.

—No como tu abuelo.

Selim encendió un panel luminoso. Aunque no era muy intensa, a Aziz la luz le pareció increíblemente brillante después de haber pasado tanto tiempo a oscuras en la cueva.

—No me cabe duda de que adoras al naib, chico. Crees que si dirige la tribu es porque es una buena persona. Pero no le mires como si fuera un héroe. Y no te creas todo lo que dice de los héroes.

Con aquella luz, Aziz vio que el rostro de Selim estaba ajado, pero seguía siendo sorprendentemente joven. Su mirada era dura e inteligente, y su expresión mucho más majestuosa de lo que recordaba. La visión y el destino estaban escritos con claridad en su mente. El joven contuvo el aliento, tratando de reconciliar aquella imagen con las leyendas que había oído. Ahora que por fin se encontraba con aquella leyenda viviente, se quedó sin palabras.

—Me ha parecido entender que tienes un mensaje para mí. ¿Qué puede querer decirme el naib Dhartha?

El corazón de Aziz latió con fuerza; aquello era lo más importante que había hecho en su vida, que haría jamás.

—Me encargó que te dijera que te perdona por los crímenes que cometiste de niño. La tribu ya no te guarda rencor y mi abuelo te dará la bienvenida si regresas. Desea que vuelvas con nuestro pueblo para que todos podamos vivir en paz.



Selim se rió al oír la oferta.

—Budalá me ha encomendado una misión. He sido elegido para una importante tarea. —Sonrió a desgana, y sus ojos azul oscuro destellaron—. Dile a tu abuelo que absolveré a la tribu de sus pecados en cuanto dejen de recolectar especia.

—Pero nuestra gente depende de la especia —dijo Aziz, sorprendido—. No tenemos otra forma de...

—Hay muchas maneras de sobrevivir —dijo Selim interrumpiéndole—. Siempre las ha habido. Mis seguidores lo han demostrado durante muchos años. Antes de depender de los lujos del exterior, los zensunies han vivido durante generaciones en Arrakis. —Meneó la cabeza con desdén—. Pero no eres más que un niño, no espero que lo entiendas. —Selim se puso en pie—. Cuando te recuperes, te llevaré de vuelta con tu abuelo. Sano y salvo. —Sonrió—. Dudo que el naib me hubiera tratado con la misma cortesía.

Una luz opresiva caía a plomo sobre ellos en medio de la quietud de la arena.

—Si corres, morirás —dijo Selim Montagusanos.

Aziz estaba junto a él en lo alto de una duna, en medio de un mar de arena.

—No correré. —Sentía las rodillas muy flojas.

El líder de los forajidos le dedicó una sonrisa divertida.

—Recuérdalo cuando el pánico grite en tu mente y tus pies deseen correr.

Selim colocó sus ganchos y las varas de metal en la tierra seca y amarillenta y se arrodilló junto a un tambor. Hundió el extremo afilado de su instrumento en la arena. Con gestos veloces y bruscos, aporreó la superficie plana. El sonido reverberó como una explosión y el tambor siguió enviando ondas de sonido al corazón de la duna, a los estratos de arena sedimentada, a la guarida del gusano. Selim cerró los ojos y musitó unas frases con un ritmo hipnótico, una llamada a Shai-Hulud.

Aziz notó que se le hacía un nudo en el estómago, pero había prometido al heroico Montagusanos que se mantendría firme. Confiaba en Selim. Así que esperó y observó. Finalmente, vio la ondulación bajo las dunas, el temblor.

— ¡Ahí está! ¡Viene un gusano!

—Shai-Hulud siempre responde a la llamada.

Selim seguía aporreando el tambor. Luego, mientras el monstruo daba vueltas a su alrededor como si estuviera acechando a su presa, Selim desenterró el tambor, recogió sus herramientas y le indicó al joven que le siguiera.

—Debemos colocarnos en posición. Camina con pasos ligeros y aleatorios, no como un soldado extraplanetario en un desfile. ¡Recuerda quién eres!



Corrieron por la duna. La bestia siguió avanzando hacia el lugar de donde procedían las últimas reverberaciones de sonido, luego se levantó, desalojando un río de arena y polvo, como si estuviera mudando la piel.

Aziz nunca había estado tan cerca de un demonio. El olor a melange era abrumador, un hedor implacable a canela mezclada con azufre. Notó que tenía sudor en la frente, un derroche de humedad corporal.

Como había dicho el Montagusanos, a Aziz le dieron ganas de echar a correr, pero se quedó donde estaba, esperando, rezando. Tenía la sensación de que se iba a desmayar de la emoción.

Selim recogió sus instrumentos y saltó en el momento exacto en que el gusano de arena se levantaba. Saltó entre los anillos costrosos y clavó su lanza y los ganchos en la carne más sensible, sujetando de esa forma las cuerdas.

— ¡Sube! ¡Agárrate a la cuerda! —le gritó a Aziz.

El joven apenas oía nada por el estruendo del monstruo y el sonido de la arena que caía, pero entendió. Impulsado por la adrenalina, corrió hacia delante, aunque tenía el corazón en la garganta. Apretó los dientes y trató de no respirar aquel hedor nauseabundo. Se agarró a la cuerda y trepó, apoyando las botas en la piel granulosa del gusano.

Selim tenía a la criatura bajo control; Aziz no lo dudó ni por un momento. Mientras estaban en lo alto de los anillos y Shai-Hulud se deslizaba por el océano de dunas, apenas podía contener su asombro. Iba a lomos de un gusano, viajando hacia su aldea, como decían las leyendas. ¡Selim controlaba realmente a los demonios del desierto!

Aziz sentía emociones encontradas. Respetaba a su abuelo; pero no le parecía que un hombre como el Montagusanos pudiera mentir. La reverencia que sentía por él era tan grande que lo entumecía. Por fin, después de tantos años oyendo hablar de la leyenda de Selim, el renombrado Montagusanos se había convertido en un ser de carne y hueso.

El largo trayecto pasó en un abrir y cerrar de ojos, pero Aziz supo que jamás olvidaría el asombro y el pavor que había sentido.

Cuando finalmente Selim le indicó cómo alejarse de la criatura medio agotada, Aziz se fue dando traspiés por la arena, en dirección a los riscos.

Con las rodillas temblorosas, los músculos hormigueándole por la fatiga y la exaltación, Aziz subió por un sendero entre las rocas, consciente de que muchos de sus vecinos le estarían observando desde las entradas de sus cuevas. Llevando consigo la desafiante respuesta de Selim a la propuesta del naib Dhartha, el joven se volvió para ver cómo el Montagusanos se adentraba con el monstruo en las arenas interminables para volver a su apasionante vida de bandido.



Capítulo 26

Los humanos siempre pueden mejorar. Es una de las ventajas que tienen sobre las máquinas pensantes... hasta que encuentren la forma de imitar sus sentidos. Y sus diferentes sensibilidades.

Erasmus, Reflexiones sobre los seres biológicos racionales

El robot Erasmo llevaba un registro completo de todas sus conversaciones. Omnius tenía sus propios registros, incluidas las conversaciones entre ambos, aunque Erasmo tenía la sospecha de que no coincidirían en todo.

El robot autónomo prefería dejar que su pensamiento creciera y evolucionara por sí mismo antes que recibir un flujo continuado de actualizaciones de Omnius. Al igual que la supermente, él era una máquina que evolucionaba y, al igual que Omnius, tenía sus propios planes.

En aquellos momentos, estaba sentado en la terraza de su villa de Corrin, bajo un sol cálido y rojizo, admirando el paisaje de montañas recortadas y áridas a lo lejos. De exploraciones antiguas, recordaba los perfiles escarpados, las caídas a pico, los abruptos cañones. En sus primeros años como máquina, estuvo atrapado allí, en una grieta, y aquella dura prueba hizo que desarrollara un carácter independiente.

Ahora el robot no tenía necesidad de escalar montañas ni explorar zonas agrestes. No, ahora estaba levantando un mapa del confuso y desconocido paisaje de la psique humana. Eran tantas las posibilidades que Erasmo tuvo que marcarse unas prioridades, sobre todo ahora que Omnius le había ordenado concentrarse en el fenómeno del fervor religioso, una forma evidente de locura.

Una esclava apareció con un puñado de trapos y botellas. Una mujer morena y bien alimentada con unos brillantes ojos verdes. Erasmo se puso en pie, se quitó la opulenta túnica y la dejó caer sobre las losas de pizarra.

—Estoy listo.

La sirvienta se puso manos a la obra y pulió la brillante piel de platino del robot. Él se sintió complacido al ver la luz del gigante sol rojo sobre su cuerpo como el reflejo de una hoguera. Su rostro de metal líquido formó una amplia sonrisa.

Su expresión cambió por completo cuando la voz de Omnius atronó sobre su cabeza.



—Te encontré. —Uno de los ojos espía descendió para tener una imagen más cercana—. Veo que te estás relajando. ¿Estás emulando a un humano decadente del Imperio Antiguo? ¿Al emperador caído, tal vez?

—Solo para analizar mejor a su especie, Omnius. Para serviros. Mediante este proceso de mantenimiento, estaba comprobando algunos datos que he reunido acerca de la religión.

—Dime qué has descubierto, ahora que eres una autoridad en el tema.

Erasmus levantó un brazo para que la esclava pudiera brillarlo mejor. Utilizaba productos no abrasivos y suaves gamuzas berissi. La mujer estaba concentrada en su trabajo, y parecía sorprendentemente tranquila, sobre todo teniendo en cuenta cómo había acabado su predecesora: sin querer, la mujer arañó con una uña la piel de metal líquido del robot y Erasmus le abrió el cráneo con un jarrón. La cabeza contenía una cantidad increíble de sangre, y el robot se quedó fascinado mirando cómo la mujer se desangraba hasta que dejó de retorcerse y gimotear...

—Todavía no me considero una autoridad en las religiones de los humanos. Para lograr ese objetivo necesito conocer de primera mano sus rituales. Quizá haya algún aspecto inmaterial que no estaba entre los datos que revisé, porque no encontré en ellos ninguna respuesta. Necesito hablar con verdaderos sacerdotes, mulás y rabinos. La historia escrita no sirve para comprender algo tan sutil.

— ¿No has aprendido nada de milenios de sucesos documentados?

—Una acumulación de hechos no siempre conduce a la comprensión. Sé que los humanos luchan frecuentemente a causa de la religión. En este particular se resisten especialmente a ceder.

—Los humanos son criaturas combativas por naturaleza. Aunque dicen querer la paz y la prosperidad, en realidad les gusta luchar.

—Un análisis impresionante —dijo Erasmus.

—Dado que no somos capaces de hablar con los humanos de asuntos de religión, ¿crees que por eso se han inventado esta guerra supuestamente santa, esta Yihad?

La esclava terminó de pulir a su amo, luego permaneció en pie, a un lado, esperando instrucciones. Erasmus la despachó con un gesto de la mano, y la mujer se retiró enseguida.

—Interesante. Pero debéis comprender que el hecho de que no tengamos religión es por sí mismo un anatema para la mente de los lunáticos. Nos califican de ateos, demonios paganos. A los humanos les encanta ponerle nombre a todo, es una forma de encasillar a sus enemigos; invariablemente intentan deshumanizarlos. En nuestro caso, mi querido Omnius, nosotros ya estábamos deshumanizados desde el principio.



—Los hrethgir se han opuesto a nosotros durante siglos, pero la naturaleza de su lucha cambió drásticamente en el momento en que la vistieron con los ropajes de la religión. Se han vuelto más irracionales y más hipócritas. Nos critican por esclavizar a los humanos, pero también ellos esclavizan a sus congéneres.

Erasmus asintió y miró el ojo espía, uno de los gestos humanos que había aprendido.

—Aunque nosotros no somos seres de carne y hueso, en cierto sentido debemos luchar como ellos. Debemos volvernos impredecibles, o al menos aprender a anticiparnos a sus métodos de lucha.

—Una idea misteriosa.

—Patrones que no responden a ningún patrón —dijo Erasmus—. En mi opinión, nuestros enemigos son seres de una demencia desproporcionada. El celo religioso que impulsa su Yihad es como una enfermedad que se propaga entre ellos y afecta a su mente colectiva.

—Han logrado tantas victorias inesperadas... —se lamentó Omnius—. La destrucción de la Tierra y la defensa de la colonia Peridot, de Tyndall y de Anbus IV. Y los astilleros de Poritrin me preocupan.

—La interminable rebelión de Ix también está resultando muy problemática —apuntó Erasmus—. A pesar de la muerte de millones de humanos, no dejan de aparecer infiltrados de la Yihad, como si no se pararan a pensar ni en el coste ni en los beneficios. ¿Cuándo comprenderán que un mundo no vale tanto como la vida de tantos guerreros?

—Los humanos son animales —dijo Omnius—. Mira los que tienes en tus cuadras.

Erasmus caminó hasta el extremo de su terraza, desde donde podía ver las miserables cuadras de sus esclavos. Unos pocos humanos sucios y esqueléticos se movían en el interior de los altos cercados; se estaban dirigiendo hacia una larga mesa de madera colocada sobre el suelo empantanado. Era la hora de comer, y tenían una expresión bovina. Unos mecanismos automáticos abrieron unas compuertas en el interior de las cuadras y salieron bolitas de comida que parecían grava marrón.

«Sin una educación o una conciencia llevan unas vidas tan miserables...», pensó Erasmus. Pero incluso el más humilde de ellos podía tener en sí el increíble potencial para ser un genio. La falta de oportunidades no necesariamente convertía en estúpido al individuo, solo hacía que su inteligencia se adaptara para favorecer la supervivencia en lugar de la creatividad.

—Creo que no acabáis de comprender la situación, Omnius. Pensad en cualquier humano sano. Si lo cogéis a una edad temprana, cuando sus sistemas mentales aún son maleables, cualquiera de esos miserables puede ser adiestrado. Si le damos la oportunidad, incluso el niño más harapiento podría ser brillante, casi tanto como nosotros.



Flotando cerca de Erasmo, el ojo espía amplió su mecanismo de visualización para enfocar más de cerca las cuadras.

— ¿Cualquiera? Lo dudo.

— Pues a pesar de lo que pueda parecer, he descubierto que es verdad.

Otros ojos espía coincidieron sobre las abarrotadas cuadras donde los humanos comían y se empujaban entre ellos. Una imagen apareció en la lente del ojo espía que había junto a Erasmo, y Omnius dijo:

— Fíjate en ese niño que hay junto a la cerca... el del pelo enmarañado y los pantalones rotos. Parece el más salvaje y desaseado de todos. A ver qué puedes hacer con él. Apuesto a que sigue siendo un animal a pesar de tus esfuerzos.

Erasmo, recordando la apuesta que hizo con el Omnius-Tierra, una apuesta que inesperadamente hizo estallar la rebelión inicial entre los esclavos, no dijo nada. Dado que la última actualización de la supermente fue destruida con la Tierra, el Omnius Corrin no sabía nada de aquello. El secreto de Erasmo estaba a salvo.

— No deseo apostar con la gran supermente —se limitó a decir—. Pero acepto vuestro desafío. Convertiré a ese niño en una criatura civilizada, educada y perspicaz, muy superior a cualquiera de nuestros humanos de confianza.

— De acuerdo, que quede en un desafío —dijo Omnius.

Erasmo ya se había fijado con anterioridad en aquel niño por su primitiva tendencia a la obstinación. Un organismo tan salvaje, potencialmente tan violento... Según los registros, tenía nueve años, es decir, que era lo bastante joven para que aún pudiera moldearlo. El robot recordó que incluso la instruida y estimulante Serena Butler supuso un desafío, y que su relación con ella y su hijo había llevado a acontecimientos inesperados y desastrosos.

Esta vez conseguiría mejores resultados.



Capítulo 27

El que golpea más deprisa, golpea dos veces. Maestro de armas Jav Barrí

—Enséñame a matar máquinas.

Antes de cada sesión de entrenamiento, Jool Noret le decía lo mismo a su *sensei* mek, y Chirox trataba de complacer a su amo. Con el módulo del algoritmo de adaptabilidad, el robot de combate era un instructor notablemente intuitivo, sobre todo teniendo en cuenta que estaba diseñado y programado para matar humanos.

Jool se entregaba a los entrenamientos con una pasión que nunca había mostrado antes de la muerte de su padre. Ya no era un simple entrenamiento, era una obsesión. Él había sido la causa de la trágica muerte de Zon Noret, y para aliviar su conciencia necesitaba causar a Omnius más daño que dos mercenarios juntos. Era su carga. Él no quería que le pasara nada malo a su padre, pero la dura filosofía de Ginaz enseña que no existen los accidentes, que no hay excusas para el fracaso. Cada suceso es el resultado de una sucesión de actos. Las intenciones no tenían ninguna influencia en el resultado final.

Jool no podía culpar a nadie más que a sí mismo, no había nadie que pudiera aceptar sus disculpas o que le ayudara a cargar con la responsabilidad. Su culpa se había convertido en una parte tan importante de su ser que era la fuerza que lo impulsaba. Con su último aliento, Zon Noret le había pedido que se convirtiera en un gran guerrero, el mejor que Ginaz hubiera visto jamás.

Y Jool aceptó la misión.

Su habilidad innata para el combate se multiplicó de una forma casi sobrehumana, con una fuerza que parecía salirle de dentro, junto con el apasionamiento y el ímpetu. Según las creencias de Ginaz, un mercenario desconocido y de una época anterior compartía su cuerpo, una entidad que se había reencarnado en él pero a la que aún no conocía. Jool podía sentir el instinto ancestral de aquel guerrero corriendo por sus venas, ocupando cada fibra de sus músculos mientras luchaba contra Chirox con diferentes armas, desde complejas varas de impulsos hasta simples palos o incluso sus manos desnudas.

Los sensores ópticos amarillos del *sensei* mek brillaban mientras aprendía a aumentar su habilidad para mantenerse al nivel de su alumno.



—Eres tan rápido como una máquina, Jool Noret, y resistente como un humano. Estos dos factores te convierten en un adversario formidable.

Con ayuda de la espada de impulsos de su padre, Noret fue paralizando uno a uno los componentes del *sensei* mek sin sufrir más que unos rasguños.

—Tengo intención de convertirme en la mayor pesadilla de Omnius, seré su *hete noire*. —Jool arremetió con mayor rapidez y dureza, poniendo a prueba incluso las capacidades especiales del mek, que no habían dejado de adaptarse y aumentar.

Finalmente, con su determinación, el guerrero derrotó a la máquina.

En la misma playa donde su padre había muerto, el joven Noret atacó la pierna izquierda blindada del robot, luego la derecha, y luego fue subiendo, inutilizando los seis brazos, uno tras otro, hasta que Chirox no fue más que una estatua metálica retorcida. Solo sus sensores ópticos seguían encendidos, como estrellas en el oscuro cielo de la noche. Noret saltó en el aire, sin rencor, sin alegría, y asestó una fuerte patada en el tronco del mek que le hizo caer de espaldas sobre la arena.

—Bueno, te he derrotado. —Se cernió sobre su maestro mecánico—. Otra vez.

Desde el suelo, el robot respondió de forma neutra y sin emoción, aunque a Noret le pareció detectar cierto orgullo.

—Mi módulo de adaptabilidad ha llegado a su límite, maestro Noret. Hasta que me programes con nuevas aptitudes, has asimilado todo lo que puedo enseñarte. — La pierna izquierda del mek se retorció mientras sus circuitos adaptativos se reinicializaban—. Estás preparado para cualquier cosa que pueda hacer una máquina pensante.

En la isla principal del archipiélago de Ginaz, Jool Noret luchaba con otros aspirantes a mercenarios. Con la supervisión adecuada y un uso restringido de las armas, la mayoría lograban sobrevivir.

Todos los miembros del Consejo de Veteranos conocían al padre de Jool, habían luchado a su lado en muchas batallas, pero el joven todavía tenía que ganarse el honor y el respeto. El joven estaba deseando entrar en combate, empezar por fin a destruir a los siervos de Omnius, y reparar la gran deuda personal que había contraído.

La población de Ginaz estaba repartida por cientos de islas pequeñas y verdes con diferentes paisajes. La población autóctona podría haber llevado una vida tranquila: tenían pesca en abundancia, frutas tropicales y frutos secos que crecían en la rica tierra volcánica, pero en vez de eso habían desarrollado una rigurosa cultura guerrera que se había hecho famosa en toda la Liga de Nobles.

Los hombres y mujeres jóvenes utilizaban los diferentes tipos de terreno y los obstáculos naturales de las numerosas islas para mejorar sus habilidades en la lucha.



El pueblo de Ginaz siempre se había opuesto a las máquinas pensantes, desde la Era de los Titanes. La aislada Ginaz fue la única sociedad que expulsó a los robots corruptos que el titán Barbarroja envió contra el Imperio Antiguo en la conquista inicial. En un cuarto de siglo, la Yihad de Serena Butler se había intensificado tanto que cada vez se presionaba más y más a Ginaz para que suministrara guerreros.

De la misma forma que la supermente electrónica podía duplicarse y transmitir actualizaciones para superar las diversas destrucciones, cada mercenario de Ginaz creía que, después de la muerte, su espíritu guerrero pasaba al cuerpo de su sucesor, igual que un archivo de datos. Era más que una simple reencarnación; era la continuación directa de la batalla, como pasarse el relevo de un guerrero a otro.

Y dado que morían tantos de ellos en combate, la sociedad isleña de Ginaz había tenido que adaptarse y fomentar todavía más la natalidad. Los jóvenes alumnos iban de una isla a otra y tomaban pareja indiscriminadamente. Antes de partir a luchar en la furiosa Yihad, cada candidato debía tener tres hijos: uno para reemplazar al padre, uno para reemplazar a la madre y el tercero como una obligación moral, por aquellos que, por la razón que fuera, no pudieran tener hijos.

Las mercenarias que quedaban embarazadas estando en alguna misión extraplanetaria, volvían a Ginaz durante los últimos meses de gestación y ayudaban al entrenamiento de nuevos guerreros. Solo se quedaban el tiempo justo para dar a luz y recuperar fuerzas; luego volvían a partir hacia el campo de batalla en el primer transporte.

Siempre había batallas donde luchar.

Los ancianos del Consejo de Veteranos, como Zon Noret, eran considerados un excelente material reproductor, puesto que habían demostrado su superioridad física al sobrevivir a cierto número de misiones y heridas. Jool lo creía así, y sabía que él mismo era una combinación afortunada de poderosos genes.

Muchos de los niños de la guerra jamás llegaban a conocer la identidad de sus padres. Algunos ni siquiera sabían quién era su madre. Jool era una excepción. Su padre era uno de los pocos que había vuelto para reclamarlo como hijo y poder seguir su evolución y su entrenamiento. Pero, un año atrás, por culpa de su arrogancia y descuido, él había provocado su muerte, la muerte de un hábil mercenario al que la Yihad necesitaba. ¿Cuánto habría costado ese error al esfuerzo bélico de la Yihad?

Personalmente, el precio había sido muy alto, y sabía que nunca conseguiría tranquilizar su conciencia. Aquello le obsesionaba; tenía que luchar por dos mercenarios, o más. Su única esperanza era que el espíritu de su padre volviera a la lucha en el cuerpo de un nuevo guerrero.

En aquellos instantes, mientras esperaba su última prueba, Jool hundió los dedos en la cálida arena de la tarde, notó el pulso de su muñeca, el sudor de su piel. Con cada bocanada de aire, recordaba lo mucho que deseaba aportar con su habilidad a la



Yihad y distinguirse por sus méritos. En algún lugar de su interior llevaba el espíritu de un soldado desconocido que aún no había despertado. Si el Consejo de Veteranos lo declaraba apto, por fin podría saber quién era.

Cerró los puños sobre la arena y al levantarlos vio cómo los granos se escurrían entre sus dedos. Tendría que ganarse ese privilegio.

El nuevo grupo de aspirantes tenía distintas especialidades. Algunos eran particularmente diestros en el combate cuerpo a cuerpo contra las máquinas pensantes; otros habían desarrollado capacidades de destrucción y sabotaje más esotéricas. Sin embargo, todos ellos eran útiles en la ancestral batalla contra Omnius.

Los nuevos aspirantes se enfrentaban entre sí en una zona acordonada de la playa salpicada de rocas. Para graduarse, los mercenarios no solo tenían que derrotar a sus oponentes, debían tener el suficiente talento para demostrar que en su interior llevaban el alma de un guerrero. Con expresión alicaída, un puñado de alumnos fracasó en sus vigorosas demostraciones.

Jool Noret no.

Algunos de los derrotados se escabulleron con la vista gacha, como si se hubieran rendido. Jool los observaba, consciente de que un guerrero que se desanima tan fácilmente es un estorbo en verdaderas condiciones de combate. En cambio, algunos de los que habían fallado conservaban el brillo de la determinación y el desafío en la mirada: sí, habían fallado en aquella prueba, pero estaban deseando volver a los entrenamientos. Aprenderían más, mejorarían sus habilidades y volverían a intentarlo.

A la mañana siguiente, Jool Noret estaba en pie junto a seis compañeros que el Consejo de Veteranos había elegido como campeones. Mientras las olas se estrellaban contra el arrecife negro y retorcido, los veteranos hicieron una hoguera con maderos que el mar había llevado hasta la orilla, cerca de un bosquecillo de palmeras gruesas. Un joven rubio y mudo se adelantó solemnemente tratando de sostener una palangana llena de discos de coral pulido. Cuando la dejó, los discos chocaron ruidosamente unos contra otros como los dientes de un esqueleto. Jool entrecerró los ojos a causa de la intensidad del sol ecuatorial.

—Todos vosotros continuaréis la lucha —dijo el veterano líder, un guerrero con un solo brazo y con los cabellos canosos recogidos en una gruesa trenza.

El maestro Shar ya no podía luchar contra las máquinas, pero había dedicado su vida a la formación de guerreros que causarían mucho más daño del que las máquinas pensantes le habían causado a él.

Shar perdió el brazo en su última batalla. Se consideraba demasiado viejo para seguir luchando, y rechazó uno de los brazos de los almacenes de los médicos de campaña para que pudiera recibirlo algún guerrero más joven y capacitado para continuar con la lucha. Sin embargo, a pesar de su discapacidad, el maestro seguía



siendo tan diestro que se trenzaba él mismo el pelo con una mano, sin ayuda, aunque nadie entendía cómo lo hacía.

—Es la última vez que os presentáis ante nosotros como aspirantes. —Shar recorrió con mirada glacial a los siete jóvenes guerreros—. Cuando partáis de Ginaz hacia algún lejano campo de batalla, iréis como orgullosos mercenarios, como dignos representantes de nuestras habilidades y nuestra historia. ¿Aceptáis esta importante responsabilidad?

Noret y sus compañeros contestaron al unísono. El maestro Shar les pidió que se adelantaran uno a uno y pronunciaran su nombre. Noret era el cuarto en la fila y, cuando le tocó, avanzó dos pasos hacia los miembros del Consejo de Veteranos.

—Jool Noret, has tenido un entrenamiento muy poco ortodoxo —dijo el maestro Shar—. Tu padre fue siempre una importante baza para los mercenarios de Ginaz. También él fue entrenado por el guerrero mek, y en cambio tus otros compañeros han sido entrenados por veteranos de combate humanos. ¿Lo consideras una desventaja?

El sentimiento de culpa seguía carcomiéndolo por dentro cuando dijo:

—No, maestro Shar, lo considero una ventaja. Una máquina me ha enseñado a matar máquinas. ¿Qué profesor podría saber más de nuestro eterno enemigo?

—Y sin embargo ese mek mató a Zon Noret —dijo con voz áspera una mujer canosa, una veterana musculosa.

Jool se concentró en su propósito, no en el sonido atronador que rugía en sus oídos.

—Para compensar la pérdida de mi padre, destruiré el doble de enemigos.

Un anciano bajito, cubierto de cicatrices y con los dientes rotos se inclinó hacia delante.

—Ese mek fue capturado en una nave de guerra enemiga y reprogramado. ¿No te preocupa que pueda contener instrucciones secretas para hacerte vulnerable?

—Mi *sensei* mek ha entrenado a cuatro generaciones de mercenarios que estuvieron entre los mejores de Ginaz, y me he prometido a mí mismo superarlos a todos. He aprendido a matar máquinas, a descubrir el punto débil de todos los diseños conocidos de robots y cimek. —Sus palabras parecieron hincharse en su interior, y su voz adquirió una fortaleza imponente—. Me he criado aprendiendo cosas acerca de la Yihad de Serena Butler. He visto informes de las batallas en los Planetas Sincronizados, nuestros triunfos y nuestras derrotas. Mi espíritu arde en deseos de destruir a Omnius. No tengo ninguna duda de que he nacido para esto.

El maestro Shar sonrió.

—Nosotros tampoco. —Con el gesto señaló la palangana con los discos de coral—. Si llevas en tu interior el espíritu de un guerrero, ha llegado el momento de que lo



dejes salir. Elige. Deja que veamos cuál de nuestros mercenarios caídos te ha transferido sus habilidades y sus ambiciones.

Jool Noret miró los numerosos discos, la mayoría de ellos con el nombre de alguno de los mercenarios de Ginaz que habían caído durante siglos de guerra; algunas estaban en blanco, en representación de nuevas almas. El joven cerró los ojos y metió las manos en el montón, dejando que el destino las guiara. Entre aquellos discos había uno con el nombre de su padre, pero sabía que no era digno de ello. No habría podido llevarlo, y esperaba que sus manos no lo encontraran.

Haciendo acopio de valor, cogió uno de los discos, lo sacó y lo sostuvo en alto. Abrió los ojos y leyó un nombre desconocido: Jav Barri.

Por fin sabía quién había renacido en su interior. Consultaría los archivos para conocer su historia. Aunque en realidad lo que hubiera hecho aquel mercenario no importaba. Con el recuerdo de su padre, las enseñanzas del *sensei* mek y el espíritu del mercenario caído en su interior, Jool Noret conseguiría destacar o moriría en el intento.

—Ahora todos tenéis la misión de destruir máquinas pensantes —dijo el maestro Shar—. Este será vuestro deber sagrado, y se os pagará bien por vuestros sacrificios. Mañana partiréis hacia Salusa Secundus, donde el ejército de la Yihad os asignará un destino. —Hizo una pausa y, con la voz rota, añadió—: Haced que nos sintamos orgullosos.



Capítulo 28

Las palabras son mágicas.

ZUFA CENVA, Reflexiones acerca de la Yihad

Desde un promontorio cubierto de hierba en las afueras de la capital de la liga, Iblis pronunció otro discurso emotivo. A su espalda tenía uno de los muchos altares dedicados al hijo de Serena Butler, con un fragmento «auténtico» de la ropa que el pequeño Manion llevaba el día de su muerte.

Su esposa, de una belleza glacial, estaba a su lado como un accesorio. Camie Boro era la última representante de la línea imperial, una importante pieza de su poder, y madre de sus tres hijos. Parecía disfrutar de la atención que el público le dedicaba en calidad de compañera del Gran Patriarca.

Pero el centro de atención era sobre todo el discurso. Como siempre, la multitud era como arcilla en manos de Iblis. Yorek Thurr y sus agentes ya habían desalojado discretamente a un grupo de alborotadores contrarios a la Yihad, y el resto de asistentes ni siquiera se había enterado. Era perfecto.

Iblis, que era un orador entregado, dio unos pasos hacia el altar y subió los escalones. Por unos momentos permaneció en lo alto, contemplando la multitud, que cubría el césped bien cortado hasta donde alcanzaba la vista. Nubes oscuras y bajas cubrían el cielo salusano, pero la gente parecía tratar de ahuyentarlas agitando estandartes y arrojando coloridas caléndulas.

Iblis llevaba unos aparatos amplificadores invisibles.

— ¡Hoy es un gran día, porque finalmente tenemos motivos para celebrar una victoria excepcional! Un importante contingente de máquinas pensantes llegó a Poritrin, pero una concentración de naves de guerra de nuestro ejército permaneció firme y las echó. La flota robótica huyó, y no ha muerto ni un solo humano.

Tras décadas de matanzas y apabullantes cifras de bajas, la noticia era tan inesperada que por unos momentos la gente permaneció en silencio, vacilante. Luego los vítores resonaron por todas partes, como el trueno ensordecedor de una tormenta que aún está lejos. Iblis sonrió, realmente complacido, tan animado como su público.



—Dado que se trata de una importante victoria, partiré de inmediato hacia Poritrin para felicitarles en persona. Como Gran Patriarca de la Yihad santa, debo representar a la sacerdotisa Serena Butler en los festejos para celebrar su libertad.

Mientras esperaba una vez más que los vítores se apagaran, Iblis reunió fuerzas para lo que iba a decir.

—Sin embargo, a pesar de esta victoria, debemos atacar con renovado vigor. Por cada vida que se ha salvado esta vez, otro bravo rebelde ha muerto combatiendo contra las máquinas en otros campos de batalla.

»Pienso, en particular, en los esclavos humanos de Ix, una importante plaza fuerte y centro de producción de Omnius. Durante años han luchado por levantarse y destruir a las máquinas pensantes, y nosotros les hemos ayudado en lo posible. Pero no es suficiente. Debemos pagar el precio que haga falta para ganar esta lucha, y aprovechar el impulso de la victoria frente a nuestro enemigo inhumano. Os comunico que el Consejo de la Yihad ha decidido, con la bendición de la sacerdotisa Serena Butler, que liberaremos a Ix de una vez por todas, ¡cueste lo que cueste!

La gente, que seguía con la mirada encendida por la noticia de aquella victoria en la que no se habían perdido vidas humanas, no había comprendido aún lo difícil que podía resultar la conquista de Ix. Iblis sabía que las fuerzas humanas serían masacradas en la operación militar, pero las valiosísimas instalaciones industriales del planeta serían un regalo para la Liga de Nobles. El había expuesto su opinión y había utilizado su capacidad de persuasión para poner al Consejo de su parte. A diferencia de otros planetas de Omnius, en este caso la recompensa valía la pena. La riqueza tecnológica de Ix ayudaría a los mundos de la Liga.

—Durante un año nuestros comandos clandestinos se han infiltrado en el planeta y han concentrado allí los esfuerzos de la quinta columna. Los esclavos fugados se esconden en las catacumbas, bajo la superficie, y se enfrentan a grupos de caza de cimex y robots. Nuestros yihadíes han dado a esa gente armas, e incluso artefactos descodificadores para desactivar los cerebros de circuitos gelificados de las máquinas. Pero no es suficiente. Debemos hacer más.

Sonrió con orgullo y decisión. A su lado, Camie Boro parecía apoyar a su marido, aunque rara vez hablaba con él cuando no estaban en público. El suyo era un matrimonio político que tenía ventajas para ambos. Pero no había pasión.

—Y hay otro motivo más elevado —siguió diciendo—. La apreciada pensadora Kwyna ha dicho: «Aquellos que han vivido bajo tierra no deben temer salir al espacio abierto. Se sienten seguros y protegidos en la oscuridad, pero no serán libres hasta que consigan salir a la luz del sol». ¡Evidentemente, está hablando de Ix!

Más aplausos, más vítores, pero Iblis quería rascar un poco bajo la superficie, para asegurarse de que la gente lo apoyaba realmente. Vestidos con ropa de paisano, los observadores de la Yipol se movían entre la multitud e informaban por un circuito cerrado de radio que absolutamente todos manifestaban su aprobación con



entusiasmo. El Gran Patriarca, que oía los continuos informes, dio un profundo suspiro de satisfacción, y reprimió una risita al pensar lo lejos que había llegado desde sus humildes inicios como capataz de esclavos hostigado por el titán Ajax.

En Ix sus espías y sus osados mercenarios de Ginaz llevaban meses incitando a los esclavos a levantarse y destruir al Omnius residente, igual que pasó con la «gran victoria de la Tierra». El Omnius-Ix, incapaz de comprender la mentalidad colectiva de los humanos, no se molestaba en emitir contrapropaganda, ni siquiera descalificaba las ridículas afirmaciones de los comandos. La manipulación deliberada de la información era un concepto incomprensible para la supermente electrónica. Iblis podía utilizar aquello en su provecho.

—Si podemos recuperar aunque solo sea uno de los Planetas Sincronizados — exclamó— significa que podemos recuperar otro. ¡Y otro más! Por muchas vidas que cueste, no debemos vacilar.

—E invocó los nombres sagrados—. ¡Por Serena Butler y su hijo mártir! ¡Es lo menos que podemos hacer!

La gente, impulsada por el fervor de sus palabras, agitó estandartes en los que aparecía una estilizada Serena y un angelical bebé, como la Virgen y el niño Jesús.

— ¡Serena! ¡Serena! ¡Manion el Inocente!

Cuando pronunciaba aquellos discursos, Iblis se concentraba en su interior y sacaba una ira y una rabia visceral que podía utilizar para reducir al enemigo a un montón de chatarra y después fundirlo y convertirlo en una masa irreconocible. Y aquella gente eran sus instrumentos.

En el fondo, el Gran Patriarca era un vendedor que necesitaba vender una idea a las masas. Para resultar eficaz y sonar convincente, él mismo debía creer en el «producto», en la Yihad. Se obligó a creer.

Y sonrió. Su Yipol había preparado aquella reunión a la perfección: había dispersado a sus hombres entre la multitud e incitado a la gente lo necesario. Muy pronto nuevos reclutas estarían listos para lanzarse implacablemente sobre el planeta de Ix, donde el número de bajas sería enorme.

Él sabía muy bien que para la Yihad aquella gente no era más que carne de cañón, pero solo mediante su sacrificio podría lograrse la victoria, con tiempo y el número suficiente de fanáticos. Ya no habría más derrotas, solo triunfos y «victorias morales».

Al frente de la chusma, el Gran Patriarca reparó en la figura escultural y en la piel de alabastro de la hechicera, que observaba la reunión con interés, sin decir palabra. Alta, rígida, Zufa Cenva destacaba entre la multitud enfervorecida como si una luz la estuviera enfocando. Como siempre, su mirada estaba clavada en él, pero en ella había un distanciamiento que a Iblis le resultaba perturbador. Ya la había visto en otras reuniones. ¿Qué quería la jefa de las hechiceras de Rossak?



Sin manifestar ninguna emoción, Zufa Cenva estaba con sus hermanas en la falda de la colina; les había pedido que observaran atentamente para confirmar si sus sospechas eran ciertas. El fuerte aroma de las caléndulas flotaba entre la gente como una droga de las selvas de Rossak. Pero los ojos claros de la hechicera eran agudos y estaban tan atentos como los de los intuitivos observadores de la Yipol que tan fácilmente podía reconocer entre la multitud.

Mientras estudiaba a Iblis, Zufa imaginó ondas hipnóticas fluyendo a su alrededor. Brotaban de la energía interior de su cuerpo y se extendían como tentáculos para llegar a la gente mientras hablaba. Las palabras del Gran Patriarca siempre estaban muy bien escogidas, pero su efecto acumulativo era mucho más importante que el contenido en sí. Hoy estaba en forma, encendía al público, lo llevaba hacia donde él quería, como un virtuoso. Si el carismático Iblis les decía que se tiraran por un precipicio, lo harían, y sin dejar de sonreír.

En el momento preciso, el hombre alzaría los brazos y gesticularía con las manos. Rara vez rezaba o utilizaba palabras religiosas, pero el efecto era parecido. La gente creía en su sinceridad. Y Zufa no pensaba que fuera por la práctica o el entrenamiento, había algo más.

—Él ni siquiera es consciente de sus poderes —les decía a las otras hechiceras—. Cree que tiene un talento natural, nada más.

«Extraordinario.»

Como líder de la delegación de Rossak, hacía mucho tiempo que a Zufa le intrigaba el magnetismo personal de Iblis Ginjo. Pero ella y sus hermanas habían adivinado algo más acerca de él, algo que no habían dicho a nadie.

El árbol genealógico extrapolado de aquel varón era fascinante, y sus raíces se remontaban al planeta de origen de Zufa. Las pruebas indicaban que el Gran Patriarca tenía capacidades telepáticas innatas, un rasgo extremadamente atípico en un varón.

Quizá aquella era la sangre masculina que había estado buscando. Zufa ya no era joven, pero con ayuda de los avanzados tratamientos de fertilidad de Rossak desarrollados por VenKee y probados por muchas hechiceras, Zufa sabía que aún podía tener un último hijo. Para ella eso significaba tratar de alumbrar a una hija que la hiciera sentirse orgullosa. ¿Sería el Gran Patriarca el donante ideal de esperma?

Aunque obviamente él ignoraba quiénes eran sus antepasados, Iblis Ginjo debía de ser el descendiente lejano de los habitantes de Rossak, que las máquinas pensantes apresaron y llevaron hacía mucho a otros mundos. Ojalá hubiera recibido el entrenamiento mental que ella y sus compañeras hechiceras tenían. Zufa no pensaba revelar a aquel hombre sus verdaderos orígenes, a menos que ella y sus compañeras pudieran conseguir algo a cambio.



Quizá podría influir en él y utilizar sus capacidades para su provecho.

Zufa no era inmune a los encantos del Gran Patriarca, pero siempre los había mantenido a raya gracias a su agudo sentido de la conciencia. Le gustó comprobar que Iblis no era consciente de sus dotes para la hipnosis. Con los años, muchas de sus hermanas se habían sacrificado en golpes telepáticos de aniquilación contra los cimek. Pero aquel hombre estaba en una situación diferente, su potencial era distinto. Zufa tenía la sospecha de que podía ser peligroso, falso, pero no veía a nadie más cualificado que él para llevar la Yihad a donde hacía falta.

Al fin y al cabo, por las razones que fueran, él se había comprometido con la misma causa que ella: la aniquilación total de las máquinas pensantes. Sin embargo, habría que observarlo muy de cerca y manejarlo con muchísimo cuidado.

«Creo que es el hombre más peligroso que conozco.»



Capítulo 29

Los pensamientos se convierten en armas. Las filosofías son claros motivos para la guerra. Las buenas intenciones son el arma más destructiva.

Pensadora Kwyna, archivos de la Ciudad de la Introspección

Con expresión beatífica, orgullosa y segura, Serena Butler terminó de ensayar ante sus fieles serafinas, ataviadas con sus capuchas de malla dorada y sus túnicas vaporosas. Con su impulso y su pasión, ella mantendría viva la Yihad. Niriem asintió con un gesto en señal de aprobación tras escuchar una grabación de parte del discurso. Mientras siguieran destruyéndose máquinas, seguramente su leal jefa de serafinas jamás estaría disconforme con ninguno de los aspectos de la gran guerra santa.

Ahora que Iblis Ginjo había partido hacia Poritrin, Serena tenía intención de grabar algunos discursos inspiradores desde la Ciudad de la Introspección. Por naturaleza, los humanos tienden a perder de vista los objetivos a largo plazo, a menos que alguien se los recuerde continuamente. Había que alimentar y avivar continuamente su interés.

Durante los meses siguientes, sus discursos se distribuirían entre los mundos de la Liga; VenKee Enterprises ya había firmado un acuerdo con el Consejo de la Yihad para distribuir gratuitamente las grabaciones en sus naves mercantes.

En el interior de un complejo fortificado, las atentas guardianas de Serena permanecían en pie a ambos lados. Tras el intento de asesinato del año anterior, todas las serafinas habían sido puestas a prueba e investigadas; varias fueron suspendidas de su puesto por estar bajo sospecha. Ahora Niriem servía a Serena mucho más de cerca que nunca. Aquellas mujeres la hacían sentirse fuerte y protegida, la hacían sentir que el espíritu humano acabaría triunfando sobre la fría brutalidad de las máquinas.

—Las máquinas pueden fallar y desintegrarse. Los programas se estropean —dijo Serena a la grabadora para finalizar su discurso—. Pero el corazón de los humanos nunca dejará de latir.

A pesar de la nueva ofensiva que Iblis había instigado con su bendición, Serena sabía que no podían derrotar a las máquinas pensantes de un día para otro. La



población oprimida de Ix llevaba años luchando, y muchos de ellos morirían en la inminente ofensiva que dirigiría Xavier. Iblis estaba convencido de que era un sacrificio necesario.

Serena bajó la vista y cerró los ojos en un gesto contemplativo. Oficiales del Consejo de la Yihad desconectaron las grabadoras y se apresuraron para que los nuevos voluntarios yihadíes que estaban a punto de partir hacia Ix pudieran escuchar el nuevo mensaje de la sacerdotisa. Muchos no regresarían.

Serena vio que su madre estaba en la puerta.

—Bravo, Serena. Estoy segura de que los esclavos rebeldes de Ix guardarán tus palabras en sus corazones, incluso cuando los robots asesinos los estén descuartizando.

Serena contestó algo perpleja por la fría actitud de su madre.

—Madre, no podremos ganar esta batalla a menos que cada guerrero ponga todo su empeño y su capacidad. Y yo deseo inspirarles.

Livia Butler frunció el ceño.

—El Gran Patriarca no te ha contado todo lo que está pasando en Ix. —Hizo una señal a las serafinas que estaban con ellas—. Dejados solas. Deseo hablar con mi hija en privado.

—Se nos ha ordenado proteger a la sacerdotisa —dijo la jefa de las serafinas sin moverse.

Serena se volvió hacia la joven.

—No necesito que me protejáis de mi madre, Niriem.

—También debemos protegeros de vuestras propias dudas, sacerdotisa —le advirtió la serafina—. Vuestra Yihad no puede debilitarse desde dentro.

— ¿Me debes obediencia o es que ahora te das tus propias órdenes? Marchaos.

Las devotas mujeres se fueron con expresión sombría. Livia Butler no se había movido.

—Antes de partir hacia Poritrin —dijo—, el Gran Patriarca anunció sus planes para Ix, pero en realidad ya lleva tiempo pensando en todo esto, porque desea controlar los centros industriales y de producción que hay allí. No puedes imaginar las carnicerías que ha provocado en tu nombre. Muchas, muchísimas vidas se han perdido en Ix, y ahora será peor.

Los ojos de color lavanda de Serena pestañearon.

— ¿Cómo lo sabes? Iblis no me ha dicho nada de eso.

A modo de respuesta, Livia le entregó un pack visual. El sello estaba roto, y era el de la Yipol, lo que indicaba que se trataba de material clasificado, de alta seguridad.



—Estos vídeos fueron sacados clandestinamente por un mercenario que fue enviado a Ix para fomentar los disturbios. Las imágenes las recopiló un ixiano llamado Handon, uno de los rebeldes y sabotadores.

— ¿Cómo ha llegado a tus manos?

—El paquete iba dirigido a Yorek Thurr, pero fue entregado por error a un viejo representante de la Asamblea de la Liga que en otro tiempo era leal a tu padre. Ya sabes cómo funciona la burocracia... tan mal como en tiempos del Imperio Antiguo. El hombre pensó que el virrey debía verlo. Serena, tú también tendrías que ver esas imágenes. Tienes que saber lo que pasa ahí fuera. Los que protestan tienen buenas razones para cuestionar las tácticas que se están empleando en esta guerra.

—Los que protestan son unos cobardes que no comprenden los nefastos propósitos de las máquinas pensantes.

Livia apretó los dedos de Serena contra el paquete.

—Tú, míralo.

Tratando de disimular su nerviosismo, Serena activó el sistema y pasó lentamente de una escena de pesadilla a otra. Vio carnicerías en masa a todo color: escuadrones robóticos de exterminación que atacaban a los humanos, familias que se escondían bajo tierra, en túneles, mientras un cimek —identificado como el titán Jerjes— iba de un lado a otro con su cuerpo de combate asesinando a todos los humanos que encontraba.

Serena tragó con dificultad y se obligó a decir:

—Madre, me doy cuenta de que es una guerra dolorosa, pero debemos luchar, debemos ganar.

—Lo sé, criatura, y tú tienes que entender una cosa: Ix se ha convertido en un matadero de forma totalmente innecesaria. Iblis ha engatusado a los rebeldes de Ix para que ataquen a los robots, pero no tienen ninguna posibilidad. Les hemos dado unas cuantas armas, pero no son suficientes. Desde hace más de un año, el propio Iblis ha reconocido la futilidad de esta campaña, y sin embargo, los sigue incitando, sigue enviándoles tus mensajes.

—El propósito de mis palabras es inspirarles.

—Cientos de miles de personas han muerto allí en tu nombre. Os invocan a ti y a tu hijo mártir como si fuerais dioses que pueden protegerles y luego se arrojan contra las máquinas. No tendrías que haber visto esas imágenes, pero debes ser consciente de la cantidad de sangre que mancha tus manos.

Serena miró a su madre con dureza y siguió pasando las imágenes: la brutal lucha que tenía lugar en las madrigueras de los complejos industriales y las ciudades subterráneas del planeta; el fuego que ardía con virulencia alrededor de



desesperados luchadores; las máquinas destrozadas y los cadáveres de humanos por todas partes.

— ¿Qué quieres que haga, madre? —preguntó al fin, sin poder apartar la mirada de aquella carnicería—. ¿Pretendes que renunciemos a Ix?

La expresión de Livia se suavizó.

—No, pero incluso si conquistamos Ix enviando un ejército, ¿es solo para tener otra excusa para alegrarnos? Es un campo de batalla muy poco apropiado. Ya que hacemos un esfuerzo tan grande y a costa de tantas vidas, al menos que sea para atacar la capital de las máquinas en Corrin.

Serena parecía preocupada.

—Tendré que discutir esto con Iblis cuando vuelva de Poritrin. Deseo escuchar sus razones. Quizá el Gran Patriarca tiene motivaciones que nosotros no sabemos ver. Estoy segura de que tiene una buena justificación para...

Livia la interrumpió.

—Ha tomado todas esas decisiones sin consultarte, Serena. Como hace casi siempre. ¿Eres la sacerdotisa de la Yihad o un simple títere?

Las palabras de su madre le dolieron. Al cabo de unos instantes, Serena dijo:

—Iblis es mi consejero y mi mentor. Y siempre ha sido una fuente de fortaleza para mí. Pero tienes razón, no debo permanecer al margen cuando se trata de decisiones importantes.

—El Gran Patriarca no volverá hasta dentro de casi dos meses. —Livia se inclinó hacia delante, insistiendo—. No puedes esperar tanto. Debes decidir ahora. —La vieja abadesa cogió a su hija del brazo—. Ven conmigo. La pensadora Kwyna también conoce la existencia de este informe y desea hablar contigo. Es muy urgente.

La gran filósofa Kwyna, que fue humana en una época olvidada ya por la historia, mucho antes de que los titanes hicieran caer el Imperio Antiguo, había ponderado todos los pensamientos y filosofías recopilados por la raza humana. Tras un milenio de esfuerzos, Kwyna enseñaba que incluso el humano más corriente podía demostrar un poco de sabiduría.

Serena y su madre subieron los escalones de la torre de piedra que se había construido para alojar a la gran pensadora. Las ventanas estaban abiertas, y una fresca brisa corría por la habitación. El recipiente decorado donde se conservaba a la pensadora descansaba sobre un pedestal situado en el centro de la habitación circular, y sus asistentes humanos estaban muy cerca, esperando instrucciones.

Kwyna siempre ofrecía su excelente consejo y planteaba cuestiones importantes que hacían pensar. Sus enigmas filosóficos habían tenido ocupada a Serena durante



sus momentos de mayor desesperación, cuando perdió a su hijo y vio cómo sus esperanzas de una vida en común con Xavier Harkonnen se desmoronaban.

Su madre se detuvo en la puerta, y ella avanzó hasta el contenedor de conservación.

— ¿Querías hablar conmigo, Kwyna? Conversar contigo siempre me ilumina.

Dos subordinados con las cabezas afeitadas y las manos inmaculadamente limpias se adelantaron. Los monjes quitaron la tapa del contenedor y le indicaron a Serena que metiera la mano.

—Kwyna desea conectarse con vos directamente.

Flotando en su baño de electrolíquido, el cerebro sin cuerpo presentaba las arrugas e intrincados dibujos producto de siglos de pensamiento profundo. Con una creciente sensación de curiosidad y cierto recelo, Serena entrecerró los ojos y sumergió las yemas de los dedos en el cálido líquido de conservación.

— Estoy aquí — musitó.

Hundió más la mano, hasta tocar el contorno correoso del cerebro de Kwyna. Mientras el denso fluido se agitaba en torno a la carne sensible de la pensadora, las rutas iónicas pasaron por los poros de su piel y se acoplaron a las neuronas de Serena, conectando los pasajes mentales de aquellas dos formas de vida diferenciadas pero emparentadas.

—Ya conoces los hechos y las palabras —dijo la sabia pensadora en su mente—. Entiendes las justificaciones de Iblis Ginjo, pero ¿crees en ellas?

— ¿Qué quieres decir, Kwyna? —Serena habló en voz alta.

—He evitado dar a Iblis nuevos argumentos filosóficos a los que aferrarse, pero él sigue tergiversando mis palabras, corrompe las antiguas escrituras. En lugar de extraer conocimiento de mis tratados, él decide lo que quiere y después justifica sus decisiones utilizando los pasajes fuera de contexto.

Los pensamientos de la pensadora parecían llenos de un profundo hastío. Serena habría querido evitar aquellas acusaciones, pero su respeto por la pensadora impidió que sacara la mano del fluido vivo.

—Kwyna, estoy segura de que en su corazón el Gran Patriarca solo alberga los mejores deseos para la humanidad. Por supuesto, hablaré con él, y estoy segura de que podrá darme una explicación.

—Una persona que manipula la verdad para justificar sus ideas seguramente hará cosas peores. Serena, ¿no te inquieta que sus decisiones lleven a los mártires hacia la muerte con tu nombre en los labios?

Serena se ofendió.



—Esas personas luchan por la Yihad. Incluso si muere hasta el último de ellos, saben que vale la pena. Y yo también.

A su espalda, Livia manifestó su desacuerdo.

—Oh, Serena. ¿Tan poco valor tiene para ti la vida humana?

Kwyna siguió, con pensamientos irrefutables.

—El Gran Patriarca incita a la violencia utilizando todos los medios que encuentra porque cree que sus fines lo justifican. Para él, Ix no es más que otro trofeo, pero no forma parte de ningún plan para ganar la guerra. No tiene ninguna prisa para que la guerra acabe. Y sabe que las tragedias pueden inspirar tanto como las victorias. Serena, es posible que tú desees que Omnius sea destruido lo antes posible, pero Iblis Ginjo ve la Yihad como una fuente de poder.

Aquello era demasiado doloroso. Serena no deseaba oír más, pero seguía sin poder retirar la mano.

—He vivido y meditado durante más de veinte siglos, y he ayudado con mi conocimiento a quienes lo merecían. Ahora mi saber se está utilizando de una forma que nunca deseé. Yo misma me siento responsable de un número incontable e innecesario de muertes.

Serena dejó que sus dedos rozaran los contornos sinuosos de la mente de la pensadora.

—Quien tiene una misión importante debe soportar una enorme carga. Lo sé muy bien.

—Pero yo no he elegido esa misión —replicó Kwyna—. Iblis me ha manipulado, igual que te ha manipulado a ti. Yo ofrecí voluntariamente mis pensamientos para ayudar a la humanidad, pero mis escritos han sido corrompidos. Ahora entiendo por qué algunos de mis compañeros pensadores prefirieron huir para siempre de la interacción con las civilizaciones humanas. Tal vez hubiera debido marcharme hace mucho con Vidad y los demás.

Serena estaba sorprendida.

— ¿Hay otros pensadores con vida? ¿Qué significa que huyeron para siempre?

—En otro tiempo Vidad era mi amigo, un compañero y adversario mental, una mente digna de un debate infinito. Pero él y otros cinco pensadores decidieron cortar todo contacto con los humanos y las máquinas y disfrutar de la serenidad y la pureza eterna de sus pensamientos. En aquel entonces todos los despreciamos por huir de la responsabilidad que les imponían sus revelaciones. Les acusamos de esconderse, de vivir aislados en sus torres de marfil. Vidad aceptó la crítica, pero no cambió su decisión. Nadie ha vuelto a saber de ellos desde hace siglos.

Serena intuyó un lúgubre agotamiento en la mente de Kwyna cuando el cerebro dijo:



—Quizá tendría que haber acompañado a los pensadores de la torre de marfil, pero ahora debo buscar otra salida. Te he convocado hoy aquí para decirte esto, Serena Butler, porque quiero que lo entiendas.

— ¿Y crees que entender es tan sencillo? —preguntó Serena.

—La realidad es lo que es. Y yo ya he tenido bastante. No compartiré más pensamientos, no permitiré que los desvirtúen. Cuando me vaya, Iblis seguramente encontrará nuevas formas de utilizar las doctrinas perdidas en su provecho, pero no pienso darle más instrumentos.

Temiendo lo que la pensadora pudiera decir, Serena habló:

—Me has servido fielmente. He aprendido mucho de ti, y he confiado en tu consejo.

La voz de la pensadora se hizo más suave en la mente de Serena.

—Sé que eres sincera, pero estoy cansada de las profundas meditaciones de dos milenios. A partir de ahora ya no estás bajo mi protección. Piensa por ti misma y sal del nido para ir en busca de tu destino.

— ¿Qué quieres decir? ¡Espera!

—Es hora de que... deje de existir. —El electrolíquido azulado se agitó y se volvió de un color diferente, peligrosamente rojo, como si el antiguo cerebro hubiera sufrido una hemorragia y secretara una sustancia sanguinolenta.

Serena notó una frialdad mortífera en el cerebro, una sensación repentina y chocante.

Entonces, sin que los subordinados hicieran nada ni se manipularan de ninguna forma los sistemas de soporte vital del contenedor, los pensamientos se desvanecieron de la mente de la pensadora. Después de meditar sobre el sentido de la existencia durante dos mil años, Kwyna dejó que su esencia fluyera y se desvaneciera en el universo. Su mente desapareció en la nada.

Serena sacó bruscamente la mano del electrolíquido. Aquel líquido pegajoso era como sangre en sus dedos.

— ¿Qué he hecho?

—Muchas cosas han llevado a esta tragedia —contestó Livia con tono amargo—. Iblis Ginjo es una de ellas, igual que la Yihad, por su propia naturaleza.

Conteniendo las lágrimas, Serena se apartó de la masa sin vida del cerebro de la antigua filósofa. Su amiga.

—Se han hecho tantas cosas en mi nombre...

Livia la miró con gesto severo.



—Serena, has tenido un cuarto de siglo para meditar y aprender de tu tragedia personal. Ha llegado el momento de que tomes tus propias decisiones.

Serena sacó pecho y alzó el mentón. Miró por la ventana y sintió la brisa helada en el rostro.

—Sí, madre. Ahora sé qué debo hacer. —Miró a los apenados subordinados, con sus túnicas amarillas, y luego echó un vistazo a la sala donde las serafinas esperaban en guardia, con sus túnicas blancas.

—Es hora de que me ponga al frente de mi guerra santa.



Capítulo 30

Es mejor ser motivo de envidia que de lástima.

VORIAN ATREIDES, Memorias sin reproches

Para Xavier Harkonnen la casa de los Butler era un cúmulo de recuerdos y oportunidades perdidas. Pero también era el hogar que había formado con su amada Octa y sus dos hijas, Roella y Omilia.

A sus cuarenta y cuatro años, Octa era una mujer hermosa y entregada a su papel de esposa y apoyo. Tenía un carácter más afable que su hermana Serena, y era una compañera atenta y una madre amorosa. No tenía precio.

« ¿Qué he hecho para merecer una mujer como ella? »

Manion Butler, el padre, vivía con ellos desde que renunció a su cargo de virrey, y cuidaba de los huertos y el lagar. El anciano quería a sus nietas con locura y seguía disfrutando debatiendo sobre la política y el ejército con su influyente yerno. Sin embargo, últimamente aquellas conversaciones siempre acababan llevando a los «buenos viejos tiempos». Serena se había convertido en una extraña para su familia.

Cuando Xavier salió por la puerta principal y miró hacia las colinas cubiertas de olivos y hacia las hileras de viñedos, vio que un jinete se acercaba por la carretera sinuosa.

Octa salió también y Xavier le pasó una mano por su estrecha cintura. Se sentía cómoda a su lado. Llevaban casados más de veinticinco años.

Forzando la vista, Octa reconoció al jinete de pelo oscuro que se acercaba.

—No me dijiste que Vorian venía. Había pensado ir a ver a Sheel a la casa de los Tantor. —Sheel, la apenada viuda de Vergyl, y sus tres hijos habían llegado hacía muy poco de Giedi Prime para instalarse en la casa enorme y solitaria de Emil Tantor. Octa les había ayudado mucho.

—Solo queríamos charlar un poco. —Xavier acarició su melena pelirroja, teñida con unas hebras blancas—. Si te hubiera dicho que venía habrías reunido a los criados y te habrías empeñado en montar un banquete.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Cierto. Ahora tendréis que conformaros con carne fría y unos huevos cocidos.



Xavier la besó en la frente.

—Bueno, al menos podrás malcriarnos con nuestro mejor vino. Deja que elija tu padre... conoce las distintas cosechas mejor que nadie.

—Pero eso es porque se toma sus obligaciones como catador muy en serio. Le preguntaré si aún tenemos alguna de las botellas de su boda con mamá. —Octa volvió dentro tras saludar con la mano a Vorian, que en ese momento llegaba al patio a lomos de un musculoso purasangre salusano.

Aunque Xavier tenía cuarenta y siete años y ya no se sentía tan fuerte, su mente conservaba más detalles y recuerdos que en sus días de juventud. En cambio, Vorian Atreides combinaba los mejores rasgos de la juventud con la sabiduría que da la experiencia. No había envejecido nada desde que huyó de la Tierra hacía décadas. Su piel seguía siendo tersa, su pelo oscuro y lustroso, aunque sus ojos habían visto muchas más cosas que los de ningún joven. Años atrás habló a Xavier del tratamiento que Agamenón le administró para alargarle la vida. Se suponía que era una recompensa, pero él lo describió como «tortura».

Vor bajó de la silla y dio unas palmadas en el cuello de aquella magnífica bestia. Dos mozos salieron para ocuparse del caballo: lo almohazarían, trenzarían sus crines y le cepillarían la cola. El viejo Manion se ocuparía de que todo se hiciera para su satisfacción.

Xavier le tendió la mano, pero en vez de estrecharla, Vor dio a su amigo un golpe en la nuca.

—Bueno, ¿te gusta mi nuevo caballo, Xavier? Es uno de los cinco que acabo de comprar. —Visiblemente orgulloso, Vor contempló al animal mientras lo llevaban a los establos—. Unas bestias increíbles.

—Vaya, no tienes apenas experiencia con los caballos. Pensaba que montar te costaría más...

—Pero me encanta el caos. Me he pasado gran parte de mi vida entre máquinas, y hay algo único y emocionante en cabalgar a lomos de un animal que parece disfrutar del trayecto. —Alzó la vista al cielo con expresión atormentada y pensativa—. Ahora que lo pienso, Erasmo también tenía caballos. A veces mandaba un bonito carruaje a buscarme para que fuera a su villa. Pobres bestias... pero seguramente las cuidaba bien. Ya sabes, él prefería experimentar con humanos.

Cuando llegaron a la galería que había en la terraza de la sala del Sol Invernal, Octa ya había dado instrucciones para que los sirvientes prepararan una bandeja con algunos trozos de carne, quesos y huevos cocidos aderezados con hierbas. También había una botella de buen vino tinto abierta, y dos vasos ya servidos.

Xavier rió.

—A veces pienso que Octa tiene poderes telepáticos, como la hechicera de Rossak. —Mientras su amigo se instalaba en una silla y apoyaba los pies en la baranda del



mirador, Xavier se volvió y contempló los densos bosques de la propiedad de los Butler—. ¿Por qué no tomas esposa, Vorian? Podría domesticarte; además, así tendrías algo que esperar cada vez que vuelves a Salusa.

— ¿Domesticarme a mí? —Vor le dedicó una agria sonrisa—. ¿Por qué iba a castigar así a una pobre e inocente mujer? Me contento con tener algunas mujeres que me esperan aquí y allá.

—En cada puerto espacial, querrás decir.

—En absoluto. No soy tan mujeriego como crees. —Vor dio un sorbo a su vino y suspiró con placer—. Aunque algún día elegiré a una. —No dijo lo evidente... que aún tenía mucho tiempo por delante. Le resultaba difícil imaginarse perdiendo tantos años con una sola mujer.

Vor había vivido al servicio de Omnius, pero Serena Butler hizo que cambiara su forma de ver las cosas, le hizo mirar el universo con otros ojos, los ojos de un humano. Vor había aceptado la causa de la Yihad, pero no como un ignorante o un fanático, sino como un eficiente comandante con las habilidades que le había enseñado el general Agamenón. Desde que escapó de Omnius y proclamó su lealtad a la humanidad libre, Vorian Atreides se sentía más vivo de lo que había creído posible.

Normalmente, a Vor le gustaba ir a fiestas y hablar de sus batallas, de su terrible padre cimek, de lo que significaba crecer bajo el dominio de las máquinas pensantes. La gente se congregaba a su alrededor, impresionada por sus relatos, y él disfrutaba de toda aquella atención.

Sin embargo, en aquellos momentos, los dos hombres permanecieron sentados en silencio; no necesitaban impresionar a nadie. Saborearon el vino, disfrutaron del paisaje de viñedos y campos de olivos. Como hacían las pocas veces que podían disfrutar de unos días de tranquilidad entre misión y misión, hablaron de sus triunfos y de sus derrotas, de los compañeros yihadíes y de los mercenarios caídos.

—El problema —decía Vor— es que Iblis desata el fervor de sus adeptos en lugar de seguir una estrategia militar coordinada. Y ellos se lanzan a la lucha con ardor, como las llamaradas de un combustible acelerador, pero eso no significa necesariamente que consigan el verdadero objetivo. Personalmente, creo que a nuestro Gran Patriarca le gusta la fama.

Xavier asintió.

—La Yihad lleva décadas activa, y la lucha contra Omnius se inició hace mil años. Debemos mantener el entusiasmo y la dedicación o nuestros guerreros caerán en la desesperación.

Ya había pasado un año, pero la terrible pérdida de Vergyl Tantor seguía pesando en sus corazones. Xavier siempre quiso a su hermano adoptivo y trató de guiarlo en su carrera militar; en cambio, Vor fue su amigo y se relacionó con él de una forma



impensable para alguien tan rígido como Xavier. Muchas veces, al verlos juntos riendo, Xavier había sentido envidia. Pero ya era demasiado tarde para cambiar eso...

Vor seguía mirando las colinas.

—Las máquinas pensantes ven siempre una imagen global, de conjunto. Y me da la sensación de que nuestro ejército no. Y aun así, es posible que Omnius venza, pero no por su superioridad militar, sino por la apatía debilitadora de nuestras fuerzas.

Hablaron de los informes que llegaban clandestinamente de Ix, donde la situación era particularmente difícil. Robots asesinos, junto con uno de los titanes cimek, habían iniciado un genocidio, como ya hicieran en la Tierra. El Gran Patriarca había hecho un llamamiento para que se lanzara una ofensiva general, y en el momento justo, en opinión de Xavier. El ejército de la Yihad no podía abandonar a los bravos guerreros de Ix. Xavier mismo se había presentado voluntario para dirigir la ofensiva principal. Entretanto, en respuesta a las palabras de Iblis Ginjo, montones de nuevos reclutas se habían presentado voluntarios.

Vor frunció el ceño.

—Todas esas víctimas de Ix son personas, personas que luchan por su libertad, por su vida. No deberíamos sacrificarlas indiscriminadamente.

Xavier meneó la cabeza.

—Los insurgentes de Ix no se convertirán en corderos de sacrificio si aparece un líder y los convierte en algo más. Y esa será mi responsabilidad.

Vor se zampó un minúsculo huevo con especia y se lamió los dedos.

—Veo que estás dispuesto a lograr una victoria a cualquier precio (ya lo demostraste en Anbus IV), pero lo mejor para la Yihad sería buscar alternativas que perjudiquen a las máquinas sin un coste tan terrible en vidas humanas. La misión de Ix es un error. Si Iblis lo ha elegido es solo porque quiere sus instalaciones industriales.

—En esas instalaciones se construyen armas y naves, Vorian. Eso es lo que mueve la Yihad.

—Sí, pero ¿de verdad crees que una colisión directa con las fuerzas más preparadas de Omnius es la mejor estrategia?

— ¿Quieres decir que deberíamos utilizar más trucos, como tu virus contra las naves enemigas en Anbus IV? ¿O tú flota de papel cartón en Poritrin?

Vor se aclaró la garganta.

—Las dos tácticas funcionaron, ¿no? Lo he dicho muchas veces. Nuestra mayor ventaja es la imprevisibilidad. —Se terminó el vino de un trago y cogió la botella para volver a llenar los dos vasos—. Mira en Poritrin, por ejemplo. No podíamos permitirnos perder los laboratorios de Holtzman, pero tampoco podíamos dedicar



un importante contingente militar solo a patrullar la órbita del planeta. Con mi plan, hemos conseguido nuestro objetivo a un precio relativamente bajo y además sin bajas. —Alzó las cejas—. Solo tienes que pensar como piensan las máquinas.

Xavier frunció el ceño.

—Amigo mío, creo que a mí eso no se me da tan bien como a ti. Pero tú has pasado mucho tiempo con ellas.

Los ojos grises de Vor destellaron.

— ¿Y eso qué significa?

—No es lo que piensas, no.

Vor chocó su vaso contra el de Xavier.

—A mi manera o a la tuya, esperemos que Omnius acabe pagando.

Vor trató de seguir adelantándose a las máquinas. Había llevado esa capacidad mucho más lejos de lo que Agamenón le había enseñado. Y como no quería que su padre cimek adivinara sus movimientos, siempre tenía que ir un paso por delante, como en una apuesta estratégica en la ronda final de una partida *defleur de lys*.

Vor utilizó sus códigos de acceso para entrar en la sala blindada del laboratorio donde tenían la copia sustraída de Omnius, conectada a subestaciones informáticas sometidas a un riguroso control. Los salusanos evitaban aquel edificio con un miedo supersticioso.

Vor entró en la cámara y se plantó ante la pantalla y el altavoz. Él, que no era más que un hombre y que en otro tiempo fue uno de los humanos de confianza de la supermente electrónica, ahora la tenía a su merced. Su vida había tomado un rumbo totalmente sorprendente.

—Vorian Atreides —dijo Omnius—. Tú, de entre todos los humanos salvajes y despiadados, tendrías que reconocer lo absurdo de la Yihad. Tú comprendes el propósito y la eficacia de los Planetas Sincronizados, y sin embargo ofreces tu lealtad al caos y a la destrucción desenfrenada. Va contra toda lógica.

Vor cruzó los brazos sobre el pecho.

—Solo va en contra de tu comprensión, Omnius, porque las máquinas pensantes no valoráis la libertad.

—Erasmus me demostró que no se puede confiar en ningún humano. Para mí lo más ventajoso habría sido eliminar a todos los de tu especie en los Planetas Sincronizados. Fue una decisión desafortunada.

—Y ahora estás pagando por ella, Omnius, y seguirás pagando hasta que las máquinas seáis eliminadas y los humanos podamos colonizar cualquier lugar que deseemos.



—Una idea perturbadora.

Dado que Vor se había criado en los Planetas Sincronizados, sabía programar y hasta había diseñado algunos sistemas segregados por sí mismo. Llevaba más de un año trabajando con algunas secciones de aquella versión de Omnius, extrayendo y manipulando información. A veces la supermente entendía lo que hacía, pero en otras ocasiones Vor eliminaba cualquier indicio de los cambios que había hecho.

Durante años había visto los intentos tediosos, poco imaginativos y hasta inútiles de explotar aquella versión de la supermente. Los científicos de la Liga, incluido el savant Holtzman, tenían demasiado miedo de arriesgarse y de dañar al Omnius cautivo. Pero entonces ¿para qué lo querían? Vor sabía lo que hacía, y prefería arriesgarse en vez de no hacer nada. Siempre había sido muy independiente; se movía según sus propios impulsos, y normalmente no se equivocaba.

Si aquello salía bien, los Planetas Sincronizados se tambalearían. Valía la pena arriesgarse, y Vor no quería que nadie interfiriera en sus planes. De todos modos, tampoco habrían sabido ayudarle.

Vor esperaba haber terminado ya con las modificaciones que quería introducir en aquella actualización cuando Xavier partiera con su flota hacia IX. Los equipos de científicos cibernéticos ya habían extraído toda la información posible. Incluso el savant Holtzman había sido incapaz de encontrar ninguna otra utilidad a la gelesfera plateada.

El convertiría a Omnius en un arma letal contra las máquinas pensantes. Y las encarnaciones de la supermente de los diversos Planetas Sincronizados jamás sabrían qué había pasado.

Omnius, frío y formal, pero con cierta indignación, dijo:

—Si logras tus propósitos, Vorian Atreides, tendrás que vivir con ello. No tardarás en darte cuenta de que la ineptitud de los humanos no puede reemplazar a las máquinas pensantes. ¿Es eso lo que deseas?

Con una sonrisa maliciosa, Vor señaló el principal punto débil del ordenador.

—Tenemos una ventaja que tú nunca podrás entender, Omnius, y eso será tu ruina.

— ¿Y qué ventaja es esa, Vorian Atreides?

El oficial de cabellos oscuros se acercó más a la pantalla, como si fuera a decir la frase final de un buen chiste.

—Los humanos tenemos una capacidad inagotable de invención, y engañamos. Las máquinas no se dan cuenta de que se las puede engañar.

Omnius no respondió, estaba procesando la frase. Evidentemente, Vor sabía que también se puede engañar a los humanos, pero la supermente no podía pensar en esos términos. Ninguna máquina podía.



Capítulo 31

El ejército favorece la tecnología, y la tecnología da lugar a la anarquía, porque distribuye terribles máquinas de destrucción. Antes incluso de esta Yihad un solo hombre podía crear y aplicar la suficiente violencia para destruir un planeta entero. ¡Ya ha pasado! ¿Por qué creéis que el ordenador se convirtió en anatema?

Serena Butler, Mítines de Zimia

Conforme menguaban en número, los cimek supervivientes veían cómo se debilitaba su conspiración contra Omnius. Las posibilidades de éxito, de que hubiera una nueva y luminosa Era de los Titanes, disminuían con cada año que pasaba. Veinte de los conquistadores originales se habían unido para derribar el Imperio Antiguo, pero después de perder a Ajax, Barbarroja, Alejandro, Tamerlán, Tlaloc y todos los demás, solo quedaban cuatro.

Ni mucho menos los suficientes para destruir a Omnius.

A veces, a Agamenón le habría gustado destruir todos aquellos parásitos ojos espía y huir al espacio para no regresar jamás. Podía llevarse a su amante con él, y a Dante... e incluso al tonto de Jerjes. Podían crear su propio imperio lejos de la opresiva supermente.

Pero eso sería un disparate. Un completo fracaso.

El general cimek dudaba que Omnius se molestara en perseguirlos, y ciertamente la supermente no entendía el concepto de venganza, pero Agamenón y sus camaradas habían sido titanes, gloriosos conquistadores del Imperio Antiguo. Si huían y desaparecían en la oscuridad, no serían más que cuatro supervivientes que no gobernaban a nadie, y eso sería mucho más humillante que la destrucción. No, Agamenón quería conquistar los Planetas Sincronizados. No se conformaría con nada que no fuera la dominación total.

Después de regresar de sus respectivas tareas y matanzas, aplastando los focos de rebelión que aparecían aleatoriamente por los Planetas Sincronizados, él y sus compañeros titanes se reunieron en la inmensidad del espacio.

Agamenón esperaba que pudieran reunirse en secreto, porque resultaba difícil trazar sus planes bajo el constante escrutinio de los ojos espía de Omnius, fijos o móviles. Pero esta vez, además de él, Juno, Dante y Jerjes, también les acompañaba



Beowulf, que relativamente era un recién llegado, y él no sería capaz de burlar la vigilancia. Así que tendrían que ir con mucho cuidado.

A Agamenón siempre le costaba confiar en alguien, aunque se tratara de otro cimek que llevaba siglos con ellos. Los titanes tenían que ser muy precavidos. Aun así, al general le intrigaba la audacia de Beowulf.

Sus naves se acoplaron en el espacio, y las escotillas se unieron para formar un cúmulo de naves artificiales, como una estación espacial geométrica en el vacío, lejos de cualquier sistema solar. Las estrellas titilaban como joyas a su alrededor en la inmensidad del cosmos. En medio de ninguna parte.

Después de instalar su contenedor cerebral en un pequeño y resistente cuerpo móvil, Agamenón salió de su nave y recorrió el pasadizo que unía su escotilla a la nave de Juno. Luego fueron uno al lado del otro sobre sus patas segmentadas hasta la nave central. Dante entró desde el lado contrario.

Jerjes ya estaba allí, junto al cuerpo móvil de Beowulf. Se había tomado un descanso en su orgía de destrucción en Ix. Parecía agitado, o exultante, pero Agamenón ya estaba acostumbrado a que aquel titán con tan poca voluntad reaccionara de forma exagerada ante la mayoría de situaciones. Cuanto antes volviera a Ix, mejor.

Por encima de sus cabezas, los objetivos de los ojos espía móviles brillaban, grabando cada momento. A Agamenón aquella vigilancia constante lo irritaba, como le pasaba desde hacía once siglos.

—Salve lord Omnius —dijo con voz aburrida para iniciar formalmente la reunión.

No había un entusiasmo especial en sus palabras. La supermente electrónica no sabía interpretar las inflexiones de la voz.

— ¡Al contrario! —dijo Beowulf con arrojo—. ¡Maldito sea Omnius! Que la supermente se marchite y los Planetas Sincronizados caigan en la ruina hasta que los cimek gobiernen de nuevo.

Sorprendida, Juno retrocedió su cuerpo con forma de cangrejo, aunque ella pensaba exactamente igual. Los ojos espía los miraron, y Agamenón se preguntó qué castigo les impondría Omnius una vez que hubiera analizado las grabaciones. No podían destruir los ojos espía antes de que informaran a la supermente, porque eso les delataría y arruinaría los planes que preparaban desde hacía siglos.

Gracias a las restricciones de programación que Barbarroja había introducido en su día, la supermente no podía matar a ninguno de los veinte titanes originales. Sin embargo, el temerario de Beowulf era un neocimek y no disfrutaba de esa protección. A pesar de su vulnerabilidad, él solito acababa de dictar su sentencia de muerte.

Jerjes no pudo contener su alegría.



—Entonces ¿lo has hecho, Beowulf? ¿Lo has conseguido después de todo este tiempo?

—La reprogramación en sí era fácil. Lo difícil era hacerlo de forma que Omnius no sospechara. —Con un miembro segmentado, señaló los objetivos esféricos flotantes—. Estos ojos espía están grabando una versión totalmente artificial de nuestra reunión, una versión inocua. Omnius quedará satisfecho, y nosotros podremos poner en palabras pensamientos que necesitan salir a la luz.

—No... no entiendo —dijo Dante.

—Me parece que nos han engañado, amor mío —le dijo Juno a Agamenón.

—Espera y escucha —repuso él sin moverse. Sus fibras ópticas brillaron en dirección a Beowulf.

—Yo le metí en esto, Agamenón —dijo Jerjes con orgullo—. Beowulf detesta a Omnius tanto como nosotros, y lleva casi tanto tiempo como nosotros bajo su control. Creo que sus habilidades pueden aportar mucho a nuestros planes. Ahora al menos tendremos alguna posibilidad.

Agamenón casi no podía contener la indignación.

— ¿Habéis conspirado contra Omnius y ahora pretendéis implicarnos a nosotros? Jerjes, eres más necio de lo que pensaba. ¿Acaso quieres destruirnos a todos?

—No, no, Agamenón. Beowulf es un genio de la programación, como Barbarroja. Ha encontrado la forma de crear un bucle para introducir grabaciones falsas en los ojos espía. Ahora podremos reunirnos donde queramos y Omnius nunca se enterará.

Beowulf movió sus piernas mecánicas y dio dos pasos al frente.

—General Agamenón, fui instruido bajo la dirección de vuestro amigo Barbarroja. Él me enseñó cómo manipular a las máquinas pensantes, y he seguido investigando en secreto durante siglos. Tenía la esperanza de que los titanes odiarais la dominación de Omnius tanto como yo, pero no lo supe con seguridad hasta que Jerjes me abordó.

—Jerjes, nos has puesto a todos en un grave peligro —gruñó Agamenón.

Pero Dante, siempre tan lógico y metódico, señaló lo obvio.

—Nosotros cuatro solos somos muy pocos para lograr lo que queremos. Si otros cimek se unieran a nuestras filas, tendríamos más probabilidades de vencer a Omnius.

—Y también tendremos más probabilidades de que alguno de ellos nos traicione.

Pero hasta Juno estaba de acuerdo.

—Necesitamos sangre fresca, mi amor. Si no conseguimos nuevos conspiradores, podemos pasarnos otros mil años hablando y lamentándonos... los que sobrevivamos. Con ayuda de Beowulf al fin podremos avanzar. Hablando de forma



abierta y frecuente, conseguiremos más en unos pocos meses de lo que hemos logrado en décadas.

Jerjes, todavía exaltado, dijo:

—Si no asumimos riesgos, significa que no somos mejores que los apáticos humanos que aguantaban los excesos del Imperio Antiguo.

Beowulf esperó a que los cimek decidieran su admisión en el grupo de conspiradores. Agamenón tuvo que admitir que, de todos los neocimek, Beowulf habría sido su primer candidato.

Aunque estaba molesto por el comportamiento unilateral de Jerjes, no podía rechazar aquella oferta. Finalmente dijo:

—Muy bien. Esto nos dará un respiro. —Hizo girar la torreta de su cabeza y escaneó a Juno, Dante, Jerjes y finalmente a Beowulf, que estaba expectante—. Si trabajamos unidos podremos lograr la caída de Omnius. La espera ha terminado, por fin.



Capítulo 32

Hay un momento para la victoria... y para la derrota.

Iblis Ginjo, Opciones para la liberación total

Como esperaban la llegada a Poritrin del Gran Patriarca en cualquier momento, lord Bludd había preparado otro exuberante festival para que la población pudiera seguir celebrando su victoria sobre las máquinas pensantes. Se montaron carpas alrededor del anfiteatro de la orilla del río, se colgaron coloridos estandartes, se prepararon comilonas; todo para dar la bienvenida a Iblis Ginjo.

En medio de aquel caos, Aurelius Venport pensó que podría trasladar la nave anticuada al nuevo laboratorio sin llamar la atención.

Tuk Keedair había ido a Rossak para recoger la nave en el muelle donde estaba y había regresado al sistema de Poritrin justo en el momento oportuno. Todo el mundo estaba pendiente de los preparativos, así que Venport estaba seguro de poder llevar la gran nave hasta el complejo donde Norma Cenva tenía su nuevo laboratorio sin atraer apenas la atención. Quería llevar aquello lo más discretamente posible.

De todas formas, en realidad aquella noche no tenía muchas ganas de fiesta. Los beneficios del trabajo de Holtzman —o más bien, de Norma— habían dado a Poritrin una riqueza mayor que la que hubiera podido malgastar la persona más extravagante en una docena de vidas. Venport confiaba en que el nuevo proyecto de Norma les haría ganar una cantidad inimaginable de dinero.

Aunque el gran hangar aún no estaba terminado, Norma ya se había instalado. Lo primero que hizo fue transformar el espacio para oficinas de la vieja central minera para poder seguir estudiando y modificando sus cálculos.

Mientras los supervisores de la obra iban de un lado a otro por la zona vallada y daban instrucciones a las cuadrillas de trabajo para que realizaran las modificaciones necesarias, Norma volvió enseguida a sus diseños científicos.

Venport sonrió con expresión soñadora al pensar en la dedicación de la joven. A diferencia de la mayoría de la gente, que se pasaba la vida buscando el éxito o una existencia acomodada, la buena de Norma no tenía la menor duda de cuál era su misión. Su concentración era completa, y tenía un objetivo muy concreto.



Venport decidió ocuparse de todos los otros detalles, para no molestar al genio: iba y venía de Starda para solucionar la cuestión de los suministros y el equipo, el mobiliario y las cuadrillas temporales de trabajo. Para mayor seguridad, decidió que los esclavos que estaban trabajando en la construcción del hangar y la rehabilitación de las instalaciones no permanecieran allí el tiempo suficiente para darse cuenta de lo que Norma pensaba hacer realmente.

De momento, lord Bludd estaba satisfecho, y creía haber conseguido una fácil victoria financiera sobre Venport. Intuyendo aquel absurdo orgullo, Venport aprovechó para solicitar directamente a Bludd que le dejara usar temporalmente algunos esclavos preparados a cambio de una prima. Sin duda, el noble de Poritrin le había cobrado más de lo que valían los esclavos budislámicos. Pero Venport no tenía tiempo para regatear y enseñar a un nuevo contingente de trabajadores. Pronto partiría hacia Arrakis, donde trataría de capturar a la banda de forajidos que atacaba a los grupos de recolectores de especia del naib Dhartha.

Tuk Keedair se quedaría en Poritrin con Norma. Era un capataz muy severo, y se aseguraría de que los esclavos se comportaban y ayudaban a Norma a conseguir sus objetivos a tiempo. Como siempre, ella tenía sus reservas acerca del uso de esclavos, pero dadas las circunstancias, Venport no tenía elección. Los budislámicos eran la única fuerza de trabajo disponible en Poritrin.

A media tarde, Venport volvió al laboratorio aislado; dejó su lanzadera acuática en el estrecho cañón cuando el caudal del río se hizo demasiado escaso para navegar. El laboratorio y el hangar ocupaban una inmensa cueva que en otro tiempo quedaba detrás de una cascada, pero la cascada y el afluente del que recibía sus aguas habían desaparecido siglos atrás a causa de los proyectos de lord Niko Bludd relacionados con las necesidades agrícolas de Starda. El techo de la gruta quedaba a cielo abierto, aunque ahora estaba cubierto por un enorme hangar que se estaba construyendo sobre la meseta.

En el lado del precipicio habían instalado un ascensor para personas, y Venport lo utilizó para subir a lo alto del cañón. Rodeado de edificios de apoyo, el almacén reconvertido brillaba bajo la luz de media tarde. Su tejado en voladizo había sido desplazado hacia los lados para poder recibir la llegada del prototipo de nave.

Venport asintió con satisfacción al ver los grandes progresos. Esperaba que las instalaciones estuvieran listas antes de partir hacia Arrakis. Pasó a grandes zancadas por la entrada, ante los tres guardas locales que había contratado, buscó al supervisor y le pidió un informe sobre la marcha de las obras. Los esclavos estaban haciendo un pequeño descanso para comer, relajarse y rezar. Después volverían a su trabajo hasta bien entrada la noche.

Norma salió de sus oficinas y pestañeó a causa de la luz de la tarde, sorprendida al ver que ya había pasado un día entero. Venport se dirigió hacia ella sonriendo; como solía hacer, le dio un cálido abrazo. Su pelo se veía descuidado, pero el solo hecho de



que no se diera aires o fingiera que era guapa la hacía mucho más atractiva a sus ojos.

— ¿Llegará mi nave esta tarde, Aurelius? ¿Es hoy el día o se me ha pasado?

— Llegará en menos de una hora, Norma. — Señaló con el gesto el tejado abierto—. Por lo que veo, el hangar ya está listo.

Norma lo miró con cara de entusiasmo.

— Entonces ¿puedo empezar ya con la fase de pruebas del proyecto?

Él asintió, dejando su mano apoyada en el hombro menudo de ella. Su corazón se llenó de calidez cuando vio que le sonreía.

— Lord Bludd me ha prometido que nos cederá una cuadrilla de esclavos cualificados de los trabajos de construcción de la flota espacial. Tienen experiencia en este tipo de tareas, así que espero que no haya que enseñarles demasiadas cosas.

— Perfecto, porque no tendré tiempo para pasarme todo el día dándoles instrucciones. Tendrán que trabajar por su cuenta...

— Tuk Keedair se quedará aquí para ocuparse de ello —le aseguró Venport—. Y traerá un importante contingente de guardas de seguridad que trabajan con nosotros, con VenKee Enterprises, no con Porítrin. Ellos vigilarán las instalaciones y se asegurarán de que los esclavos no cometan actos de sabotaje. — Miró río abajo—. Y también impedirán que lord Bludd y Tio Holtzman vengan a husmear.

— Nunca había tenido que preocuparme tanto por la seguridad.

— Holtzman se ocupaba de eso. Siempre tenía a sus dragones vigilando los laboratorios.

— Aurelius, durante años, el savant Holtzman prácticamente no me ha dedicado ninguna atención. ¿Por qué iba a molestarme ahora?

— Porque, si tiene solo una mínima parte del genio que se le atribuye, no podremos engañarle para siempre y algún día se dará cuenta de la estupidez que ha cometido al dejarte marchar.

Halagada por el cumplido, Norma miró a su alrededor, como si no recordara que varios de aquellos edificios estaban allí la última vez que se había fijado.

— ¿Y tú dónde estarás?

Venport suspiró y se dio cuenta de que no se había enterado de nada.

— Ya te lo he dicho, Norma. Tengo que ir a Arrakis para solucionar ciertos problemas que tenemos con la recolección de especia. A Keedair le toca la tarea más fácil y agradable: quedarse aquí contigo.

Norma frunció el ceño. Aunque ya era una mujer de mediana edad, su expresión le recordaba a la niña que tanto adoraba cuando estaban en Rossak.



—Ojalá pudieras quedarte conmigo, Aurelius. Prefiero tener tu cara amable por aquí que... que la de un negrero tlulaxa.

Venport se rió.

—Keedair no tiene por qué gustarte, Norma. Tú deja que haga su trabajo. — Suspiró—. Y créeme, yo también preferiría quedarme. Pero tengo mucho que hacer... y me temo que si me quedara a tu lado me sentiría tan a gusto que no haría nada de provecho.

Ella lanzó una risita juvenil. Venport se preguntó si no estaría tratando de coquetear con ella. Sí, decidió después de pensarlo un momento. Después de tantos años de estrecha amistad no tenía por qué sorprenderle.

El encargado de las obras salió a toda prisa del hangar buscando a Venport.

—Acabamos de recibir una señal, directeur. La nave ha recibido autorización y está penetrando en la atmósfera. Tuk Keedair va al mando.

Venport asintió, sin sorprenderse porque su compañero hubiera querido pilotar personalmente la nave. El comerciante de carne liabía pasado años haciendo de mercader, atacando planetas no alineados y capturando esclavos budislámicos. Era perfectamente capaz de manejar un simple carguero.

—Mira, Norma. Ahí está. —Y señaló una brillante luz que apareció entre los tenues colores del anochecer.

La imagen se hizo más grande y brillante, con el casco incandescente al entrar en contacto con la atmósfera, y Norma oyó los estampidos sónicos. Era una nave grande, diseñada para viajes espaciales de larga distancia y aterrizajes ocasionales, porque la mayor parte de las veces el material se descargaba utilizando lanzaderas.

Como nave espacial parecía relativamente lenta e ineficaz. Keedair habló por el transmisor de banda estrecha y se quejó de los anticuados sistemas de aquella nave. Evidentemente, Venport la había retirado de circulación por una buena razón.

Finalmente Keedair situó la enorme nave sobre el hangar abierto y, maniobrando con habilidad, la hizo descender. Venport observaba, no muy seguro de que el aparato pudiera pasar por la abertura. Pero el mercader tlulaxa consiguió aterrizar holgadamente, hasta le sobraron unos metros.

Norma observó el aterrizaje maravillada, y Venport supuso que su cabecita ya había empezado a trajinar. Había visto los planos y estudios de la nave, así que ya sabía qué modificaciones había que hacer. Pero verla con sus propios ojos pareció encender su imaginación.

—Una plantilla para los futuros viajes interestelares —dijo—. Lo que consiga con esto lo cambiará todo.



Ver a Norma tan entusiasmada hizo que Venport se sintiera optimista. La joven no fue capaz de apartar los ojos de la nave hasta que tocó tierra en el hangar y los trabajadores corrieron a instalar los anclajes y estabilizadores.

Norma oprimió la mano de Venport, mucho más grande que la suya.

—Llevo tanto tiempo esperando esto, Aurelius. Casi no puedo creerlo. Todavía queda mucho por hacer, pero por fin voy a empezar.

El Gran Patriarca Iblis Ginjo esperaba que su llegada causara cierto revuelo, y la ciudad de Starda le preparó un recibimiento adecuadamente extravagante. Siempre había numerosos planetas enzarzados en la batalla contra las máquinas pensantes. De acuerdo con su agenda, en aquellos momentos la campaña de Ix estaría en pleno apogeo, pero Iblis no tenía el menor deseo de poner su vida en peligro. Así, Poritrin era perfecto para él, porque los invasores ya habían huido.

Al fomentar el levantamiento inicial de la Tierra, Iblis ya había demostrado que no era ningún cobarde, pero su actual posición como cabeza del Consejo de la Yihad le impedía correr riesgos. Sin duda su presencia en el campo de batalla habría subido la moral de los desesperados guerreros, pero el Gran Patriarca no quería que lo vieran en ningún sitio que no hubiera sido escenario de una gran victoria. Como aquel.

Acompañado por el leal y discreto comandante de la Yipol, Yorek Thurr, Iblis bajó de la nave en el puerto espacial de Starda y se dirigió con paso digno hacia la pequeña delegación oficial. Al ver que incluso lord Bludd estaba ausente, Iblis hizo un comentario disgustado por lo bajo. Un joven ayudante corrió a su encuentro.

—Llegáis en el momento justo, Gran Patriarca. Solo faltan dos horas para la ceremonia de entrega de premios, pero tenemos tiempo para que nuestros ingenieros de vestuario os preparen para vuestra aparición con lord Bludd. —El joven vestía un jubón blanco y negro y esmoquincapa, uno de los modelos más apreciados en los mundos nobles.

Cuando la aerobarcaza dejó a Iblis y a su séquito en el anfiteatro, le asignaron su asiento en la enorme plataforma, pero a un lado, como si fuera uno más entre los otros setenta políticos y nobles. Cuatrocientas mil personas abarrotaban los prados, mirando las pantallas y escuchando mediante los nuevos sistemas de megafonía que flotaban sobre suspensores. En lo alto de los precipicios que caían al río se habían levantado a toda prisa altares en honor a Manion el Inocente. Y habían destapado una nueva estatua, una i representación enorme y algo absurda de un niño angelical al estilo de un buda sentado encima de un robot destrozado.

Lord Niko ocupaba el asiento más importante, iluminado por los focos, a la cabeza de los corredores que llevaban al escenario. Invidentemente, aquel hombre fatuo se consideraba la razón de que i oda aquella gente se hubiera reunido allí.



Entretanto, en el escenario, el savant Tio Holtzman recibía honores ante una multitud enfervorecida. El inventor sonrió y saludó a la masa de rostros borrosos. Iblis se sentó con una sonrisa glacial.

El Gran Patriarca siempre tenía algún proyecto en la cabeza, una importante tarea que llevar a cabo. En su opinión, la vida era terriblemente corta y había demasiadas cosas que hacer. Respiró hondo y decidió no ofenderse por el desaire que Niko Bludd acababa de hacerle. Todavía.

Una ocasión como aquella, con tantas personas entusiasmadas por una convincente victoria militar, le daría a Iblis su oportunidad.



Capítulo 33

Las buenas intenciones pueden ser tan destructivas como un conquistador cruel. De una forma o de otra, el resultado es el mismo.

Lamento zensuní

Aliid pensaba que su amigo Ishmael era un necio.

— ¿De verdad esperabas que te dieran las gracias? —se burló sin poder disimular su desprecio—. ¿Ellos? No puedo decir que admire tu fe ciega, no señor, pero me resulta de lo más divertida. —No había humor en su sonrisa, solo bordes cortantes.

En los meses transcurridos desde que la falsa flota había engañado a las máquinas, la fuerza de esclavos había sido retirada de los astilleros en las tierras bajas y dividida en grupos más pequeños. Muchos de los trabajadores volvieron con sus propietarios y se les asignaron las tareas habituales en los campos de caña y las minas. Aliid siguió con la cuadrilla de la fábrica de Starda, ya que ninguno de sus propietarios anteriores deseaba reclamarlo. Al principio Ishmael se alegró de poder tener a su amigo de la infancia a su lado un poco más, pero no tardó en sentir ciertas dudas.

—Es nuestro trabajo el que ha hecho posible la existencia de esa falsa flota, Aliid. Nuestro esfuerzo ha salvado Poritrin. —La inquietud y la decepción eran evidentes en la voz de Ishmael—. Incluso alguien tan presuntuoso e inconsciente como lord Bludd tiene que admitirlo.

—Tú eres esclavo, él es noble —replicó Aliid—. No tiene que admitir nada, y en cambio nosotros tenemos que someternos.

Pero Ishmael no le hizo caso. A los esclavos no se les concedió ningún descanso, ni raciones extras; no hubo mejores alojamientos ni medicinas, ni se hicieron concesiones a sus creencias budislámistas no hubo recompensas. Era indignantemente injusto, pero por lo visto Ishmael era el único que esperaba algo.

Durante su infancia, su abuelo siempre le aleccionó con palabras severas pero amables. «Si no estás dispuesto a hablarle de tus preocupaciones a quien te ha agraviado, luego no te quejes si ves que no hace nada por resolver la situación.»



Ishmael se lo tomó muy a pecho. Los sutras coránicos decían que el alma y el corazón del humano —incluso de los no creyentes— en el fondo siempre son buenos y compasivos. Ishmael se había mostrado pasivo durante demasiado tiempo, se había resignado a la esclavitud. Había pasado demasiadas noches recitando promesas vacías, aferrándose a sueños imprecisos que parecían demasiado fáciles... tan huecos como las falsas naves que habían servido para ahuyentar a la flota de guerra robótica. Sí, les debía aquello a todas las personas que llevaban tanto tiempo escuchándole.

Ahora que él y sus compañeros habían prestado un valioso servicio a Poritrin, sabía que había llegado el momento de hablar de sus preocupaciones con lord Bludd en persona. Dios le guiaría y le mostraría lo que debía decir. Y demostraría a Aliid y a todos los zensunies que le escuchaban sentados en torno al fuego que sus creencias eran sólidas.

Aliid, exasperado, cogió a Ishmael antes de que se lanzara inocentemente al desastre.

— ¡Al menos piensa en un plan, amigo mío! ¿Cómo vas a llegar hasta lord Bludd? ¿No pensarás que puedes llamar a su puerta y decirle lo que piensas sin más?

—Si es el señor de su pueblo, tendrá que escuchar una queja justa.

El otro levantó los ojos al cielo.

—Eres un esclavo, no un ciudadano. No tiene por qué escucharte. —Se inclinó acercándose más a él—. Utiliza tu imaginación, Ishmael. Has trabajado para el savant Holtzman, conoces sus costumbres, sabes cómo se relaciona con lord Bludd. Utiliza eso para encontrar una excusa o no lograrás acercarte a más de cien metros de él.

Ishmael consideró las posibilidades. No le gustaban las mentiras ni los engaños, pero Aliid tenía razón. En esta ocasión era un medio necesario para lograr un fin.

Cuando acabó el siguiente turno, volvió a los barracones donde vivía con los otros cautivos. Después de asearse y ponerse su ropa más presentable, besó a su esposa y se dispuso a marcharse. Cogió un par de cuadernos de trabajo que había sustraído de las oficinas de la fábrica que iban a clausurar y atravesó la ciudad de camino a las torres cónicas del lord. Su expresión era de respeto, pero no de docilidad ni sumisión. Budalá caminaba a su lado y le daba fuerzas.

Los dos dragones con armaduras doradas que vigilaban la verja de la entrada miraron a Ishmael con escepticismo. Él, no queriendo mostrarse amenazador, eligió las palabras con prudencia, sin mentir pero utilizando algún truco.

—Mi nombre es Ishmael, y debo ver a lord Niko Bludd.

Los dragones lo estudiaron.

— ¿Un esclavo desea ver a lord Bludd? ¿Tienes cita con él?

—Lord Bludd no concede audiencias a los esclavos —dijo su compañero.



Ishmael se preguntó si Budalá haría que aquellos dos hombres se apartaran y le dejaran pasar. Pero no, no esperaba que Dios interviniera de forma tan obvia.

Sintiéndose muy lanzado, Ishmael sacó los cuadernos robados y los mostró a los guardias.

—Soy uno de los esclavos del savant Holtzman. Y suele enviar regularmente a esclavos como yo a entregar documentos escritos. —Dudó por un momento, y entonces dijo una mentira—: El savant me envía con estos papeles. Ha insistido en que era urgente, que no regresara hasta haberlos entregado a lord Bludd en persona.

—Para el savant todo es urgente —dijo el dragón más alto refunfuñando. Miró a Ishmael con gesto hosco—. Hoy lord Bludd no tiene tiempo para eso.

Ishmael no se retiró.

—Quizá podrías explicárselo tú mismo al savant. Si se lo digo yo, no se creerá que lord Bludd se ha negado a aceptar estos cuadernos. —Respiró hondo y esperó; su fe le daba serenidad y confianza.

Tras unos instantes de silencio, el otro dragón dijo, algo vacilante:

—Siempre les dejamos entregar los cuadernos. ¿Y si el savant ha descubierto algo importante, como los escudos?

El primer guardia estuvo de acuerdo.

—Quizá tendríamos que dejar que Bludd le eche personalmente.

Aprovechando aquel momento de vacilación, Ishmael hizo una reverencia y entró a toda prisa. Los guardias no intentaron detenerlo. Con los ojos muy abiertos, Ishmael entró en la mansión palaciega del lord, cuyos antepasados llevaban generaciones esclavizando a cautivos budislámicos.

En el interior, un chambelán, irritado, frunció el ceño al reparar en la piel oscura de Ishmael y sus ropas de zensuní, pero de nuevo el nombre de Tío Holtzman y los imponentes cuadernos de trabajo demostraron tener el suficiente peso para superar todas las dudas e interrogantes. Uno de los guardias, que por lo visto se lo había pensado mejor, se acercó y dijo:

—Lo siento, señor. Si deseáis que lo eche...

El oficial real meneó la cabeza y su mirada se posó en los ojos decididos de Ishmael.

— ¿Estás seguro de que debes entregar estos papeles ahora? De todos modos no tendrá tiempo de mirarlos. De aquí a una hora ofrece un banquete para unos pintores extraplanetarios que desean captar la imagen de Starda bajo diferentes condiciones de luz. —El chambelán lanzó una mirada significativa al cronómetro de la pared—. Si de verdad fuera tan importante, el savant Holtzman habría concertado una cita. ¿Estás seguro...?



—Lo siento, señor —dijo Ishmael interrumpiéndolo, sin dar mayores explicaciones ni hacer ademán de marcharse.

—Lord Bludd no puede dedicarte mucho tiempo.

—Incluso un momento de su generosidad será suficiente. Gracias.

— ¿Lo cacheo por si lleva armas? —preguntó el dragón.

—Por supuesto.

Cuando terminaron de cachearle, Ishmael esperó en una galería cavernosa. En el centro había un banco de piedra pulida; aunque era bonito, resultaba muy incómodo. Ishmael esperó en silencio, aguantando pacientemente.

En su cabeza, el osado esclavo recitó sus sutras favoritos, versos que había aprendido en las rodillas de su abuelo. Hacía ya mucho que había dejado de desear que las cosas fueran diferentes, haber podido escapar cuando aquellos hombres atacaron las marismas de Harmonthep. Para bien o para mal, su vida estaba en Poritrin, y tenía una esposa amantísima y dos hermosas hijas que ya casi eran unas mujercitas...

Finalmente, casi una hora más tarde le llevaron por un amplio tramo de escaleras hasta la suite privada de lord Bludd. Ishmael notaba su piel caliente, y su cabeza no dejaba de dar vueltas a las diferentes posibilidades. Con un poco de suerte su ruego llegaría al corazón del hombre que gobernaba en Poritrin. Esperaba que sus palabras fueran persuasivas.

La habitación olía a velas y perfume, y unos cortesanos estaban vistiendo al lord con un chaleco acolchado, cadenas de oro y gruesos puños. Sus cabellos de color rubio rojizo habían perdido vitalidad con los años, y ahora estaban salpicados de canas. Un tatuaje formado por minúsculos círculos entrelazados como burbujas marcaba el rabillo de su ojo. Sus criados personales correteaban a su alrededor rociándole el pelo y las mejillas con agua perfumada. Un hombre enjuto estaba cepillando las pelusillas del manto de su señor con la concentración de un filósofo que estudia la llave del conocimiento.

El lord miró a Ishmael y suspiró.

—Bueno, no pasa a menudo que Tio me envíe a uno de sus esclavos con un informe e insista tanto (o tan inoportunamente). ¿Qué desea el savant esta noche? El momento es de lo más inconveniente. —Estiró el brazo para coger los cuadernos.

Ishmael habló con voz tranquila, tan educada como pudo. Respetuosa pero segura, como si pensara que estaba ante un igual. Consciente de la importancia de lo que iba a decir, buscó la fuerza en su interior.

—Me temo que ha habido un malentendido, lord Bludd. No me envía el savant Holtzman. Me llamo Ishmael y he venido por decisión propia a hablar con vos.



Los cortesanos se detuvieron sorprendidos. Bludd miró a Ishmael pestañeando con expresión de disgusto y a continuación le dedicó una mirada furiosa a su chambelán, que a su vez dedicó una mirada iracunda a los dragones.

Con el rabillo del ojo, Ishmael vio que el chambelán se acercaba para llevárselo de allí, pero Bludd le indicó que esperara. Su voz sonaba irritada, quería una explicación.

— ¿Por qué has venido aquí si no te envía el savant Holtzman? —Levantó los cuadernos en alto—. ¿Qué es esto?

Ishmael sonrió, dejando que las palabras fluyeran, con la esperanza de ablandar el corazón del noble con lógica y simpatía.

— Señor, durante generaciones mi pueblo ha servido y protegido a Poritrin. Mis compañeros esclavos y yo hemos trabajado en muchos de los proyectos del savant Holtzman que han salvado a un número incontable de ciudadanos de la Liga de morir a manos de las máquinas pensantes. Este último año hemos trabajado sin descanso para fabricar la victoriosa flota fantasma.

Lord Bludd frunció el ceño, como si acabara de tragar un caramelo amargo. Luego esbozó una sonrisa cruel y contestó.

—Creo que eso entra en la definición de esclavo.

El chambelán, que estaba cerca, rió entre dientes.

Pero Ishmael no le veía la gracia.

—Somos seres humanos, lord Bludd. —Trató de serenarse, pues no quería que su determinación flaqueara—. Hemos sudado sudor y sangre para proteger vuestra forma de vida. Hemos presenciado vuestras celebraciones. Gracias a nuestros esfuerzos, Poritrin se ha librado de la dominación de las máquinas pensantes.

— ¿A vuestros esfuerzos, dices? —La expresión de Bludd se volvió furibunda ante la audacia de aquel zensuní—. Habéis hecho exactamente lo que vuestros amos os han ordenado, nada más. Nosotros fuimos los que vimos venir el peligro. Nosotros desarrollamos el método para protegernos. Nosotros trazamos el plan y nosotros proporcionamos los medios.

—Milord, subestimáis el trabajo que vuestros esclavos han hecho...

— ¿Qué es lo que quiere tu gente... mi gratitud eterna? ¡Tonterías! Habéis ayudado a salvar vuestras propias vidas, no solo las nuestras. Eso solo ya tendría que bastaros. ¿Preferiríais estar pudriéndoos en una cárcel del enemigo, siendo diseccionados por unos robots curiosos? Puedes dar gracias de que no sea el archidemonio Erasmo.

Se arremangó y despachó a sus ayudantes.

—Y ahora vete, esclavo. No quiero oír nada más, y no vuelvas a intentar hablar conmigo jamás. Tu engaño es motivo suficiente para ordenar tu ejecución. Soy el lord



de Poritrin, el cabeza de una familia que ha ostentado el poder durante generaciones. Y en cambio tu no eres... no eres más que un cobarde que tiene alimento y cobijo solo gracias a mi benevolencia.

Ishmael se sentía profundamente ofendido, pero no era la primera vez que escuchaba insultos parecidos. El quería debatir, exponer sus reivindicaciones con mayor claridad, pero por la ira contenida que vio en los ojos de lord Bludd supo que nada de lo que dijera serviría de nada. Había fracasado. Quizá Aliid no andaba tan desencaminado cuando se burlaba de su fe infantil.

«He subestimado lo diferentes, lo extraños que pueden ser los pensamientos de este hombre. No comprendo a lord Bludd. ¿De verdad es humano?»

Últimamente, durante los debates nocturnos que había en torno al fuego en el campamento de los esclavos, Aliid se mostraba cada vez más reivindicativo y animaba a la gente a seguir los pasos de Bel Moulay. Quería una nueva revolución, aunque sabía perfectamente que provocaría un baño de sangre. Cada vez que Ishmael trataba de ser la voz de la razón y oponerse a la idea de la venganza, Aliid lo acallaba.

Sin embargo, después de aquella reunión, ya no estaba muy seguro de poder seguir discutiendo las propuestas de Aliid. Había hecho lo que había podido y lord Bludd se negaba a escuchar.

Con la esperanza de que el noble no cambiara de opinión y ordenara su ejecución inmediata, Ishmael hizo otra reverencia y fue caminando lentamente hacia la salida. Los dragones lo cogieron bruscamente por los brazos y lo acompañaron hasta ella maldiciendo por lo bajo. Ishmael no se resistió ni contestó a sus insultos; cualquier pequeña excusa habría bastado para que le golpearan hasta la muerte.

Aunque su fe se había visto sacudida hasta sus mismos cimientos y sus inocentes creencias habían resultado insuficientes, no se arrepentía de haberlo intentado. Todavía no.

Al cabo de unos días llegaron nuevas órdenes que reasignaban a Ishmael y a muchos de los que habían trabajado en el proyecto de la flota fantasma. Él, Aliid y cien esclavos más debían ir río arriba, a unas nuevas instalaciones, donde trabajarían en un proyecto independiente dirigido por Norma Cenva, el genio de Rossak que en otro tiempo fue ayudante del savant Holtzman.

Los dragones recibieron órdenes expresas para que Ishmael fuera separado de su familia. Con voz malhumorada el sargento dijo:

—Tu mujer y tus hijas se quedarán aquí a la espera de que se les asigne un nuevo destino... —y sonrió bajo el yelmo dorado—, seguramente uno diferente para cada una.

Ishmael sintió que le flaqueaban las rodillas. No podía ser.



—¡No, eso es imposible! —Llevaba quince años con Ozza—. Yo no he hecho nada. —Los guardias lo cogieron por los brazos, pero él se soltó y corrió hacia su mujer, que estaba junto a sus hijas Chamal y Falina con expresión desolada.

Lord Bludd le estaba demostrando su disgusto, y los soldados solo buscaban una excusa para castigarle. Sacaron unas varas y le golpearon las rodillas, la espalda, los hombros, la cabeza.

Ishmael, que no era hombre violento, se desplomó con un grito. Con lágrimas en los ojos, maldiciendo a aquellos hombres, Ozza trató de llegar hasta él. Pero los dragones la mantuvieron a raya. Sus hijas también trataron de acudir a su lado esquivando a los hombres con armaduras doradas, e Ishmael temía por ellas. Si llamaban demasiado la atención, los guardias quizá se las llevarían para sus sucios pasatiempos. Sus preciosas hijas...

—No, atrás. Iré con ellos. Encontraremos la forma de volver a estar juntos.

Ozza acercó a sus hijas a su lado y miró a los dragones como si quisiera arrancarles los ojos. Pero conocía a su marido, y no quería hacer nada que pudiera perjudicarlo más.

—Volveremos a reunimos, Ishmael, amor mío.

Lentamente, Aliid se acercó a Ishmael, con un violento fuego en la mirada. A los dragones parecía divertirles la expresión desafiante del zenshií. Ishmael gimió y trató de mantener el equilibrio en medio de aquel sufrimiento.

Los guardias se llevaron a la nueva cuadrilla hacia su nuevo destino, río arriba, e Ishmael trató de lanzar una mirada a Ozza y a sus hijas, tal vez la última. Aliid no había vuelto a ver a su familia desde que los separaron.

Alud le habló en un susurro, pero con voz áspera, utilizando el idioma chakobsa para que los negreros no pudieran entenderlos.

—Te lo dije, estos hombres son monstruos. Lord Bludd es el peor. ¿Comprendes ahora por qué no es suficiente una fe tan simplista?

Ishmael meneó la cabeza, con obstinación.

A pesar de todo, aún no estaba preparado para dejar a un lado las creencias zensuníes, que eran la base de su vida. Pero los demás, los que escuchaban tan atentamente sus parábolas y sus sutras, ¿le abandonarían ahora que le habían visto fracasar? Ishmael estaba siendo sometido a una dura prueba, y no tenía ni idea de cómo iba a reaccionar.



175 A.C.

Año 27 de la Yihad

Un año después de la victoria de Poritrín



Capítulo 34

Guerra: Una fábrica de desolación, muerte y secretos.

Declaración de un opositor a la Yihad

Al primero Harkonnen el largo y lento viaje hasta Ix no le resultó precisamente tranquilo. El entusiasmo de los nuevos reclutas que viajaban con él en la ballesta había ido degenerando poco a poco en miedo a enfrentarse a las máquinas pensantes en aquel mundo que llevaba tanto tiempo en guerra. Todos eran conscientes de sus posibilidades, de los riesgos.

Las órdenes de Xavier eran claras. Los rebeldes de Ix llevaban mucho tiempo luchando contra un abrumador ejército de cimek y robots asesinos; y ellos aportarían las fuerzas necesarias para que las tornas giraran. No podían permitirse perder. Cuando hubieran liberado otro planeta de las manos de Omnius, dormiría mejor.

Un mundo cada vez.

En casa, a Octa nunca le gustaba ver que se iba a una nueva misión. Desde que se casaron, Xavier se había ausentado constantemente; una misión peligrosa tras otra. Para ella era duro ver que se marchaba, pero sabía lo que se estaban jugando en aquella interminable guerra. Había visto personalmente lo que las máquinas pensantes le habían hecho a su hermana Serena. La guerra cambiaba a la gente. Alguien tenía que proteger a los inocentes. Xavier y Vor estaban entre los que arriesgaban su vida para hacerlo, y Octa siempre había tenido muy claro que aquella guerra era su misión. En una guerra todos tienen que hacer sacrificios.

Y aunque Xavier la amaba con locura y sabía que confiaba plenamente en él, siempre veía miedo en sus ojos cuando se iba. Pero Octa sabía controlarse. Cuando estaban juntos, hacía lo imposible para que Xavier se sintiera arropado, a gusto, para que tuviera buenos recuerdos a los que volver durante los largos días que pasaba fuera. En una ocasión, Xavier le dijo en broma que cuando él se marchaba seguro que hacía una fiesta.

Antes de que su marido partiera a la difícil y arriesgada campaña de Ix, Octa preparó de nuevo un festín e invitó a sus seres más allegados. Serena también estaba invitada, como siempre, pero la sacerdotisa de la Yihad rara vez asistía a aquellas



reuniones, ni siquiera con su familia. La oficina del Gran Patriarca Ginjo rechazó educadamente la invitación en nombre de Serena, diciendo, simplemente, que estaba demasiado ocupada.

Quienes no conocían a Octa la veían como una mujer tímida y discreta que permanecía a la sombra del gran primero. Pero cuando tomaba una decisión y se concentraba en algo, demostraba una determinación e inflexibilidad dignas de un militar furioso. Reunía a los sirvientes, a los cocineros, a los encargados de la limpieza, y se aseguraba de que todo marchara a la perfección.

El viejo Manion Butler estuvo una hora en las bodegas para seleccionar tres botellas de vino. Xavier sabía que el antiguo virrey solo tenía los mejores vinos, pero aun así lo animaba a elegir, porque sabía que con aquello disfrutaba enormemente.

A media tarde, las dos hijas de Xavier, Roella y Omilia, se unieron a la fiesta de despedida junto con sus maridos. Roella tenía veintiséis años; su hermana era dos años más joven, y llevó con ella a su hija recién nacida, para delirio de sus padres.

Octa adoraba a la hija de Omilia, y vio con gesto soñador cómo la niña sonreía a Xavier. Xavier había perdido a un hijo, pero estaba muy orgulloso de sus hijas y de la vida que tenían. Las dos eran adorables, aunque, evidentemente, Xavier no era precisamente imparcial.

—A veces me gustaría tener al menos uno más —dijo Octa, haciéndole cosquillas al bebé.

Octa tenía cuarenta y cinco años, pero para Xavier seguía siendo la más bella. Aún veía el resplandor de la juventud brillar en su interior, y seguía encontrándola más atractiva que ninguna mujer joven. Xavier se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa juvenil.

—Nadie ha dicho que no puedas.

—No sería muy normal —repuso ella bromeando, pero él siguió sonriendo.

—Eso no significa que tengamos que dejar de intentarlo.

Pero Xavier no pudo evitar sentirse incómodo y nostálgico cuando saludó a otro de los invitados. Su padre adoptivo, Emil Tantor, que llegó acompañado por Sheel, la viuda de Vergyl, y sus tres hijos.

No podía creer que ya hubieran pasado tres años desde lo ocurrido en Anbus IV. Aún sentía remordimientos por haber permitido que los cimek capturaran a Vergyl. Su hermano tenía treinta y cuatro años cuando murió —no era ningún crío—, pero Xavier siempre lo vio como su hermano pequeño, como el crío con el que había jugado... Y al final le había fallado. Vergyl y Sheel hubieran compartido una larga vida en común. La familia de su hermano era maravillosa, pero su futuro se había visto truncado, igual que les pasó a él y a Serena cuando las máquinas pensantes la secuestraron.



«¡Maldita Yihad!»

Y aun así, a pesar de haber perdido a Serena, Xavier tenía una buena vida. Y no la habría cambiado por nada, ni aun pudiendo. No tenía ninguna duda de que Sheel era lo bastante fuerte para seguir adelante bajo la guía del anciano y cada vez más frágil Emil Tantor.

Aunque para él era una alegría ver a su padre y a la familia de Vergyl, seguía sintiéndose algo incómodo, no sabía qué decir. El bebé de Omilia parecía entristecer a Sheel, y su padre también se veía algo serio, pues quizá recordaba que su mujer había muerto en un accidente de aviación unos días antes de ir a ver a la hija recién nacida de Vergyl.

Cuando el primer plato estuvo a punto, Octa dirigió la plegaria. Dio gracias por la comida y por la vida, rogó a Dios por la seguridad de Xavier en su misión a Ix, y porque pudieran liberarse de Omnius y de todas las máquinas pensantes.

Se suponía que aquella reunión tenía que ser motivo de alegría: sus seres queridos estarían con él para despedirle y desearle éxito en su campaña militar. La misión a Ix era peligrosa y, si bien no se dejaría vencer fácilmente, estaba seguro de que muchos otros yihadíes estarían celebrando cenas de despedida similares con sus familiares más allegados... y que muchos no volverían.

Cuando Octa vio que su ánimo decaía, antes incluso de que diera tiempo a servir el primer plato, hizo entrar a un trío de jóvenes músicos de Zimia, que tocaron sus instrumentos y cantaron en un adorable tono de contralto mientras los invitados comían y charlaban.

Al oír a los alegres músicos, Xavier pensó de nuevo en los muertos, en el gemelo de Octa, Fredo, que siempre había querido ser músico y artista. Miró a su esposa esperando encontrar en su mirada el reflejo de sus pensamientos, pero lo único que vio es que disfrutaba de la música, igual que el resto de los invitados. Todos estaban disfrutando de la comida, hablaban, reían.

Octa estaba radiante. Más adelante, en el fragor de la batalla, eso es lo que recordaría más que ninguna otra cosa.

Aunque era él quien partiría hacia Ix para combatir a las mortíferas máquinas, Octa libraba su propia batalla para mantener el buen ánimo y el optimismo en la casa, porque era la única arma que ella podría empuñar. Hacía lo mismo cada vez que Xavier se iba, y siempre le había funcionado.

Pero se había, ido demasiadas veces.

Unos años después de la destrucción de la Tierra, Xavier dirigió el primer ataque «oficial» de la Yihad de Serena Butler. Escogieron uno de los Planetas Sincronizados al azar —Bela Tegeuse— y la flota de guerra partió con mucho bombo y platillo.



Vorian Atreides se distinguió en la batalla, fue ascendido y demostró su fervor por la causa de la humanidad.

La batalla de Bela Tegeuse supuso la destrucción de muchos robots y de grandes infraestructuras, pero el contraataque del enemigo fue implacable. Finalmente la escaramuza no resultó decisiva, y las fuerzas de la Liga se retiraron para lamer sus heridas. Un año después, por propia iniciativa, Vorian regresó al sistema tegeusano y volvió con la noticia de que las máquinas lo habían reconstruido todo y seguían oprimiendo a los humanos supervivientes. Era como si no hubiera pasado nada. A pesar de la intensa batalla y del gran número de vidas humanas que se perdieron, la Yihad no había avanzado absolutamente nada.

Sin embargo, tras la destrucción de la Tierra y la ofensiva contra Bela Tegeuse, las supermentes se dieron cuenta de que el carácter de la lucha había cambiado. El Omnius-Corrin envió un poderoso contingente contra Salusa Secundus, pero el recién formado ejército de la Yihad —dirigido por el propio Xavier— repelió el ataque. En aquel momento lo consideró una forma de desquitarse de la batalla de Zimia, donde él había resultado gravemente herido años atrás.

Ahora, mientras se dirigían a Ix, Xavier estaba impaciente por entrar de nuevo en combate. En el cuarto de siglo que había pasado desde la destrucción de la Tierra, había tenido muchas oportunidades, y cada una de ellas era una buena ocasión de dar un nuevo golpe. De liberar a más humanos. De destruir más máquinas.

Si los soldados lograban conservar la calma... y la energía.

Durante el largo y tenso viaje, Xavier dio instrucciones para imponer un riguroso programa de entrenamiento a sus soldados y ayudar así a que se mantuvieran despiertos. Los mercenarios de Ginaz que estaban bajo su mando, normalmente más reservados, estuvieron encantados de poder demostrar sus habilidades en la lucha ante los hombres de Xavier.

El primero solía pasar horas observándolos, estudiando sus técnicas, escogiendo mentalmente a los mejores. Aquella remesa de mercenarios le pareció especialmente interesante. Nunca había visto tanta habilidad en el combate cuerpo a cuerpo.

Los mercenarios mostraban una gran deferencia por su nuevo campeón, Jool Noret, un misterioso joven recién llegado del archipiélago de Ginaz que vestía con mono negro. El joven tenía la piel morena, ojos de color de jade y pelo de un rubio claro. Era delgado y rápido como una fusta, y utilizaba los cuchillos con tanta rapidez que en sus manos eran letales.

Noret era enigmático y solitario, y rara vez hablaba con nadie, ni siquiera con los otros mercenarios. Y sin embargo, se entregaba a los entrenamientos con un abandono y una despreocupación total por su persona. Era como si hubiera sido bendecido —o maldecido— con la convicción de que era totalmente invulnerable.



Como oficial al mando, Xavier lo observaba de cerca. En las exhibiciones de combate luchaba con convicción, aunque cuando estaba fuera de servicio siempre prefería estar solo.

En aquellos momentos estaban en la abarrotada sala común.

Noret estaba sentado entre sus compañeros, ajeno a cuanto le rodeaba. Ante el resto de la tripulación, estuvo adoptando diferentes posturas de okuma, y finalmente se quedó totalmente rígido, de cara a una mampara, mientras en su interior viajaba a un estado de contemplación.

De pronto, con una rapidez increíble, se levantó de un salto, girando y agachándose, golpeando con sus manos desnudas, y con armas tradicionales: una pequeña vara y una pesada bola sujeta a la muñeca mediante una fina cadena. Parecía una prueba, o un juego, pero los otros mercenarios reaccionaron con seriedad. Cuatro de ellos atacaron al joven, pero Noret los despachó con sorprendente facilidad.

Finalmente arrojó sus armas al aire, derrotó a otros dos hombres con golpes de artes marciales, recuperó las armas que había arrojado y las guardó en unos bolsillos ocultos de sus ropas negras. Aunque los había derrotado claramente, ninguno de sus compañeros parecía malherido. Sin duda volverían a desafiar a Noret... y sin duda él volvería a ganar.

Dos días más tarde, Xavier decidió abordar a Noret; quería saber más cosas de él, aunque nunca se había sentido cómodo confraternizando con sus hombres, como hacía Vor, ni siquiera durante los largos trayectos hasta los distintos campos de batalla. Su amigo comía en el salón de la tropa, con los soldados, donde contaba historias increíbles sobre sus aventuras y jugaba una ronda tras otra de *fleur de lys*, que ganaba sin darse aires o perdía sin rencor.

Pero a Xavier nunca se le había dado bien aquello. Él era el oficial al mando; un líder, pero no un amigo. Cuando pasaba por la sala común, en lugar de saludarle amigablemente, los soldados se ponían en posición de firmes y le saludaban con rigidez. El respeto parecía ser una barrera entre él y sus hombres. A sus espaldas, lo llamaban «don formal».

No, no pretendía hacerse amigo de Jool Noret. En los camarotes de tripulación de la ballesta, el joven mercenario estaba arreglando su catre, guardando cuidadosamente la ropa y sus armas exóticas en un armario adyacente. Incluso para una tarea tan rutinaria los movimientos de Noret eran fluidos y rápidos.

La habitación estaba casi vacía, ya que sus ocupantes tenían turno de servicio. El primero se acercó por detrás, con el suficiente sigilo para que no le oyera por encima



del ruido de los motores y las conversaciones del pasillo. Aun así, vio que el joven mercenario se ponía tenso. Era como si lo estuviera viendo con los oídos.

Xavier entró en su campo de visión y cruzó los brazos.

—He visto tus exhibiciones de combate, Jool Noret. Tu técnica es interesante.

—Y yo he visto que me observaba, primero.

Xavier ya había decidido cuál era el propósito de aquel encuentro. Aún faltaba una semana para que llegaran al sistema de Ix e iniciaran la campaña.

—Creo que podrías enseñar muchas cosas a mis hombres, técnicas que aumentarían sus posibilidades de sobrevivir cuando se enfrenten a las máquinas pensantes.

El joven mercenario apartó la mirada, como si le hubiera pinchado.

—No soy un maestro. Aún tengo mucho que aprender.

—Pero los hombres te respetan y quieren aprender de ti. Si les enseñas tus métodos, podrías salvar muchas vidas.

Con expresión torturada, el joven pareció retraerse.

—Esa no es la razón por la que accedí a luchar por la Yihad. Yo quiero destruir máquinas. Quiero morir valientemente en combate.

Xavier no sabía qué demonios torturaban a aquel hombre.

—Preferiría que lucharas valientemente y vivieras para seguir destruyendo enemigos. Y si ayudas a mis yihadíes a mejorar, será más fácil que nos aseguremos la victoria.

El silencio de Noret se hizo tan largo que Xavier pensó que no le iba a contestar.

—No enseñaré —dijo al fin—. Es una carga demasiado pesada para añadirla a las que ya llevo. No quiero tener sus muertes en mi conciencia si no logran actuar con la suficiente habilidad. —Miró al oficial con expresión triste—. Sin embargo, pueden... mirar, si así lo desean.

Xavier asintió. De momento prefirió no insistir y averiguar qué mal torturaba a Noret.

—Bien. Quizá aprendan algo mirándote. Si funciona, solicitaré que se te compense cuando volvamos a casa.

—No quiero ninguna compensación —dijo el joven con expresión ardiente y extrañamente atemorizadora—. Solo necesito matar máquinas.



Capítulo 35

Cuidado con los amigos bienintencionados. Pueden ser tan peligrosos como los enemigos.

General Agamenón, Memorias

Cuando Xavier y su grupo partieron hacia Ix, la mente de Vor empezó a maquinarse. La fuerza bruta era una táctica trillada y anticuada, y no era ni mucho menos la forma más efectiva de derrotar a las máquinas pensantes. Mientras su mente barajaba las diferentes posibilidades y buscaba planes más eficaces que luchar con todas las naves del ejército de la Yihad juntas, sus ojos no dejaban de destellar.

Aquello era mucho más que una competición amistosa con su amigo el primero. Sus ingeniosas tretas podían salvar muchas vidas. Vidas humanas.

Sin grandes ceremonias, Vor salió él solo al mando de una nave de reconocimiento. Como siempre, los oficiales estaban preocupados. Le avisaron del peligro que corría e insistieron en que llevara una escolta de cazas armados. Pero Vor se rió y no hizo caso. Ellos no sabían qué había hecho con el Omnius cautivo que llevaba oculto en la cabina. Nadie lo sabía. Todavía.

En cuanto salió al espacio abierto puso rumbo a un mundo que no esperaba volver a visitar, y desde luego no por voluntad propia. La Tierra. El planeta donde se originó la raza humana. Y que ahora no era más que una bola radiactiva y chamuscada.

Vor ya sabía qué iba a encontrar en la Tierra. ..y a pesar de ello fue.

Aunque no tenía motivos para descender hasta la superficie, se dedicó a navegar por la tormentosa atmósfera, escaneando las masas de tierra inerte de allá abajo. Los continentes donde era de noche se veían negros, y no había señal de civilización. Vor siguió hacia el lado donde era de día, y vio nubes blancas que remolineaban y masas de tierra marrón sin apenas toques de verde.

Aún recordaba las veces que había viajado hasta allí en el *Viajero Onírico*. Se veía a sí mismo y al robot independiente, Seurat, acercándose al hogar de los humanos, el planeta central de Omnius. El entramado de luces de las ciudades, las industrias, la civilización, siempre le habían llamado la atención. Pero ahora aquel bonito resplandor había desaparecido. Habían pasado décadas desde aquello, pero el planeta seguía muerto. Quizá algún día la Tierra volvería a ser habitable, pero de momento



no era más que la cicatriz de la herida que los humanos habían infligido a las máquinas pensantes... y a sí mismos.

Vor pasó sus años de formación allí, estudiando las memorias de su padre, absorbiendo la visión distorsionada que el general tenía de la historia. Entonces, Serena Butler le enseñó que su vida estaba llena de deformaciones y mentiras. Y escapó. Volvió a nacer.

En su nueva vida como humano libre en la Liga de Nobles, Vor descubrió que le fascinaba la historia. Leyó los registros de historia antigua y memorizó muchos detalles del Agamenón original, el anciano general que luchó en la guerra de Troya, tal como se narra en la *Iliada* de Hornero.

En sus estudios, Vor trató de distinguir entre historia y mito, entre información exacta y leyenda. Pero a veces incluso los relatos de dudosa procedencia podían aportar ideas interesantes. Cuando estudió las hazañas del primer Agamenón, se sintió particularmente atraído por la historia del caballo de Troya...

Los científicos de la Liga no lo habrían entendido, o habrían insistido en realizar interminables pruebas. Y eso era un lujo que no podían permitirse en tiempo de guerra.

Con una profunda sensación de nostalgia y determinación, Vor dejó la Tierra atrás y se dirigió hacia su verdadero destino. Siguiendo la misma trayectoria que había recorrido durante la batalla de la Armada por la Tierra, llegó a los límites del sistema solar. En aquel entonces hacía muy poco que Vor había cambiado de bando, y aún no confiaban plenamente en él. Así que se saltó las normas y salió a perseguir una nave de actualizaciones que trataba de huir. Tras desactivar al capitán robot, dejó la nave a la deriva... durante veinticinco años.

Vor buscaba algún rastro de la nave, escaneaba las regiones donde podría haber ido a parar entre los residuos helados de los cometas, lejos de la luz del sol.

«No te escondas de mí, Vieja Mentemetálica —se dijo a sí mismo—. Sal y juega.»

Vor deseó haber sido más previsor y haber colocado un localizador en la nave de actualizaciones. Pero como no fue así, tuvo que hacer uso de sus conocimientos de cálculo y de los ordenadores para determinar posibles órbitas. Se tomó su tiempo. Finalmente, no muy lejos de una de las órbitas que había calculado, localizó la nave robot.

— Ah, ahí estás.

Sonriendo, Vor situó su nave junto a la otra y maniobró con habilidad para acoplarlas. En el laboratorio aislado de Zimia, había pasado meses trabajando en aquel Omnius, añadiendo bucles, errores sutiles y minas virtuales en el programa. En aquellos momentos la gelesfera plateada estaba a su lado, en la cabina, porque la había robado del laboratorio cibernético. Y pensaba utilizarla para introducir sus corrupciones en los Planetas Sincronizados.



Su viejo camarada Seurat lo haría por él.

Vor se puso una mascarilla de respiración y abrió la escotilla para penetrar en la atmósfera helada de la nave de actualizaciones. El piloto robot de piel cobriza que Vor desactivó mediante un decodificador tenía que seguir a bordo.

En el momento de su traición, Vor se había sentido muy incómodo. Seurat era su fiel compañero de viaje, un amigo peculiar, pero amigo al fin y al cabo. Vor aún lo llevaba en su corazón, pero su compromiso con la Yihad era más fuerte, y lo impulsaba una poderosa determinación y una gran fe en la causa de los humanos. A pesar de sus atributos, Seurat era una máquina pensante, y eso la convertía en enemigo a muerte de los humanos... y de Vorian Atreides.

Vor se sintió como un intruso en la nave. El aire mortalmente frío parecía una forma de resistencia, así que avanzó en silencio procurando no tocar nada. No podía dejar el menor rastro, ni una huella, ni una pisada. En el interior de la nave todas las superficies estaban cubiertas por una capa de humedad cristalizada. Pero Vor no dejó huellas sobre la cubierta de metal corrugado.

En la cabina descubrió la familiar figura humanoide del capitán al que había servido, el piloto que había llevado incontables esferas de actualización de Omnius de un Planeta Sincronizado a otro. Seurat estaba inmóvil, y en su rostro cobrizo reflectante Vor veía una imagen distorsionada de sí mismo, mirándolo a través de la máscara de respiración.

—Así que me ha esperado —dijo Vor, tratando de ahuyentar la nostalgia que aleteaba por los límites de su mente—. Me temo que no te dejé en una posición muy digna. Lo siento, Vieja Mentemetálica.

Abrió el compartimento secreto de donde había robado la actualización de Omnius hacía un cuarto de siglo. Sacó la gelesfera plateada del paquete que llevaba al lado y la colocó en el mismo lugar donde la había encontrado. Aunque los científicos de la Liga la habían sometido a décadas de interrogatorios y análisis, Vor había borrado meticulosamente esos recuerdos. Ni siquiera la actualización modificada sabría qué había pasado.

Con una sonrisa traviesa, Vor volvió a sellar el compartimento secreto, procurando no dejar ningún rastro. La información del interior parecería totalmente auténtica, aunque había sido sometida a modificaciones que ninguna máquina pensante podría detectar.

Por un momento, Vor se preocupó por lo que podía pasarle al robot independiente cuando Omnius descubriera los daños que había provocado involuntariamente. Esperaba que no lo destruyeran. Quizá borrarían su memoria. Un triste final para un buen compañero, pero al menos olvidaría todos aquellos chistes malísimos que solía contar.



O quizá Omnius volvería a conectarlo, si conseguía sobrevivir al caos que la Vieja Mentemetálica provocaría. Qué pena que no estuviera allí para verlo...

Finalmente, Vor reinició con gran placer todos los sistemas que había desactivado en el cuerpo de Seurat. Le habría gustado quedarse a charlar con su viejo amigo y enseñarle a jugar a *fleur de lys*, o contarle alguno de los perversos chistes que circulaban entre los soldados sobre Omnius... pero no podía ser. Si sus circuitos gelificados conseguían recuperarse, en pocos días el robot despertaría.

Y para entonces él ya estaría muy lejos.

Una vez cumplida su misión, Vor volvió a su nave. Aún pasaría un tiempo antes de que se vieran los resultados, pero estaba convencido de que acababa de asestar un golpe mortal a los Planetas Sincronizados.

Después de años de luchas encarnizadas, había llegado el momento de dejar que Omnius se derrotara a sí mismo. Vor casi podía saborear aquella ironía...



Capítulo 36

Hay un momento para atacar y un momento para esperar.

De una actualización del Omnius-Corrin

Tras cumplir religiosamente con su aparición pública en Poritrin, a Iblis Ginjo se le pidió que considerara la posibilidad de ir a Ix, donde la batalla sería más dura. Lord Bludd insistió diciendo que su presencia levantaría la moral de los yihadíes, que tanto se estaban sacrificando.

Pero Iblis descartó la idea. Ni siquiera comentó esa posibilidad con Yorek Thurr. La situación allí era demasiado inestable y peligrosa. En aquel Planeta Sincronizado la revolución de los humanos ya llevaba tiempo en marcha, encabezada por los agitadores profesionales de la Yipol. Incluso si las fuerzas aliadas ganaban aquella ofensiva, habría decenas de miles de muertos por las calles. Y si el primero Harkonnen perdía, el coste en vidas humanas sería incluso mayor.

No, no quería estar allí. Habría sido demasiado arriesgado, tanto en el aspecto personal como en el político.

Solo cuando la victoria estuviera asegurada en Ix y los yihadíes hubieran eliminado a las máquinas pensantes, haría su aparición triunfal. El Gran Patriarca se pasearía tranquilamente por el planeta y se atribuiría el mérito por la victoria. Y podría utilizar Ix como ejemplo para convocar otras ofensivas a gran escala, como había hecho con Poritrin.

Si todo iba como estaba previsto, el primero Harkonnen no tardaría en llegar a Ix, aunque no había forma de establecer una conexión directa a una distancia tan grande. La gran batalla empezaría en cuestión de días, pero aún pasaría un tiempo antes de que el Gran Patriarca conociera los resultados.

Iblis se quedó en Poritrin un mes y arregló diversos encuentros privados con otros nobles, algunos de los cuales habían viajado hasta allí desde Ecaz y otros mundos de la Liga para el festival. A pesar de la gravedad de la amenaza de las máquinas, los patricios no estaban de humor para tratar asuntos tan serios. Querían disfrutar de su victoria, aunque solo fuera un pequeño paso hacia su objetivo último. Entre tanto necio, Iblis acabó por sentirse totalmente asqueado y finalmente anunció que debía partir para supervisar importantes asuntos de la Yihad.



Lord Bludd protestó de buen humor por su prematura marcha, aunque Iblis sabía que le importaba muy poco lo que hiciera. Así pues, abandonó Poritrin acompañado por dos oficiales de la Yipol, el sombrío e inmutable York Thurr y una joven sargento recién reclutada por la guardia privada de Iblis. Thurr pilotaba la nave con pericia, y la sargento, Floriscia Xico, hacía las veces de copiloto y ayudante. Iblis se retiró a su cabina para relajarse y hacer sus planes durante el largo trayecto.

En la lujosa cámara, se sentó en un mullido sillón y se sumergió en un bioholograma interactivo ambientado en la antigua Tierra, en teoría para aprender cosas del fundador del islam originario antes del Segundo y Tercer Movimientos en el Imperio Antiguo. El propósito de Iblis era conocer la primera Yihad y comprenderla.

En el bioholograma, Iblis Ginjo se veía como un compañero ficticio que caminaba junto al gran profeta sin llegar a hablar con él. El profeta, con una túnica blanca, estaba en lo alto de una duna, hablando a una multitud de seguidores que le rodeaban.

De pronto, a su alrededor las imágenes empezaron a vacilar y se desenfocaron, hasta que las paredes de su cabina quedaron nuevamente definidas a su alrededor. Las voces de la reproducción se mezclaban con las voces reales que le llegaban por el comunicador. Las alarmas sonaban, Iblis volvió a la realidad.

Alguien le estaba sacudiendo y le gritaba al oído. Miró el rostro sofocado de Floriscia Xico, con sus rizos.

—Gran Patriarca, debéis venir a la cabina del piloto inmediatamente.

Haciendo un gran esfuerzo para situarse, Iblis salió detrás de la joven. A través de la pantalla frontal vio un inmenso asteroide que giraba a toda velocidad y se dirigía hacia ellos.

—No sigue una órbita normal, señor —dijo Thurr, sin apartar los ojos de los controles y del mapa de trayectorias—. Cada vez que trato de hacer una maniobra evasiva, el asteroide ajusta el rumbo; su aceleración es artificial.

Iblis se tranquilizó y se mantuvo firme, como el comandante de su Yipol esperaba. Tanto el atezado y menudo Thurr como la joven y menos curtida Xico parecían inusualmente inquietos.

—Nuestra nave tiene motores muy potentes —dijo—. Podemos superar a cualquier asteroide.

—En teoría sí, señor —dijo Thurr mientras se debatía con los controles—, pero no deja de acelerar. Y viene directo hacia nosotros.

—Cincuenta segundos para la colisión —informó Xico desde el asiento del copiloto.

—Esto es ridículo. No es más que un asteroide...



Uno de los mayores cráteres de la roca se encendió. De pronto la nave salió disparada hacia delante, como si hubiera quedado atrapada en la red de un pescador. Las luces perdieron intensidad y la cabina del piloto empezó a vibrar.

—Hemos quedado atrapados por un rayo tractor —dijo Thurr.

Una lluvia de chispas salió del panel de mandos como en uno de los espectáculos de fuegos artificiales de Poritrin. El panel quedó a oscuras.

El asteroide estaba cada vez más cerca, moviéndose inexorablemente con su propio impulso. Xico se dejó caer en su asiento como si se hubiera dado por vencida. Thurr golpeó los controles desesperadamente.

—¡Nuestros motores están inutilizados! Estamos perdidos. —El sudor brillaba en su calva.

El asteroide seguía acercándose, atrayéndolos hacia el profundo cráter. Evidentemente, aquel cuerpo cósmico era una inmensa nave camuflada. Pero ¿de quién? Iblis tragó con dificultad, furioso y asustado.

De pronto, todos los sistemas se apagaron, incluso los de soporte vital. Un aire helado llegó acompañando la oscuridad que llenó la nave cuando el gigantesco asteroide se los tragó.



Capítulo 37

La existencia biológica es una fuerza insidiosa y potente. Incluso cuando piensas que la has eliminado, encuentra la forma de ocultarse... y regenerarse. Cuando la mente humana se combina con este extremo instinto de supervivencia, tenemos un enemigo formidable.

Omnius, archivos de datos de la Yihad

Mucho más allá del sistema solar terrestre, la pequeña nave de actualizaciones iba a la deriva, sin motores, y se acercaba al límite de una nube cometaria difusa. Seurat empezaba a recuperar la conciencia, aunque no sabía dónde estaba ni cuánto tiempo había pasado.

Los sistemas normales se reactivaron en la nave helada, y la escarcha de las mamparas se fundió, goteando sobre la figura inmóvil del capitán robot. En su interior, en algún lugar de su conciencia mecánica, Seurat sentía las gotas que caían sobre él, las vaharadas de humedad que se condensaban. Patrones inconexos de pensamiento le hicieron recordar un antiguo sistema de tortura de la Tierra, pero, por el momento, la mayor parte de los circuitos de su memoria seguían siendo inaccesibles.

No era capaz de determinar cuánto tiempo había pasado ni dónde estaba. Cuando sus últimos pensamientos conscientes terminaron bruscamente estaba en su nave de actualización. Un programa de probabilidades le dijo: «Seguramente es ahí donde estoy». Y el robot recordó su última misión.

Sin moverse, asimiló la poca información que tenía. Otra minúscula gota cayó sobre su cuerpo de metal, como rocío.

«La cabina se está deshelando. Por tanto, ha estado helada. Por Unto, tiene que haber pasado el tiempo suficiente para que los sistemas estándar se desactivaran y la temperatura interior descendiera.»

Sus circuitos internos aún no funcionaban a pleno rendimiento, y Seurat se preguntó si los circuitos gelificados de su mente habrían resultado dañados. ¿Cuánto tiempo había pasado? Trató de adivinarlo, pero no podía saberlo. Sin embargo, mientras comprobaba sus pistas mentales, se dio cuenta de que cada vez podía acceder a más.

«Estaba desactivado.»



El proceso de volver a la vida le parecía lento. Conscientemente, activó un programa secundario de evaluación de daños y reparación. Su memoria, dispersa, seguía siendo un caos en su mayor parte inaccesible, pero al menos empezaba a reacomplarse poco a poco.

«¿Estoy en un sueño? ¿Es esto el resultado de una disfunción en los circuitos gelificados? ¿Pueden soñar las máquinas?»

El programa de probabilidades amplió sus funciones y, como una voz interior, le dijo:

«Esto es real.»

Seurat oía sonidos, como pequeñas explosiones y chasquidos, y engranajes que giraban muy deprisa. El programa de base quedó activado y empezó a ordenar rápidamente recuerdos inconexos, finalmente consiguió un informe interno de los últimos momentos: Seurat escapando de la Tierra cuando estaba siendo sometida a un ataque atómico por la Armada de la Liga... la persecución... Vorian Atreides. El humano de confianza atacó la nave, la abordó y le desactivó.

Aunque la mayor parte de los sensores externos del robot aún no estaban operativos, no detectaba la presencia de ningún otro ser racional en el interior de la cabina; ni humanos ni máquinas. El agresor humano ya no estaba.

El robot se dio cuenta de que su larga interacción con el hijo de Agamenón lo había hecho vulnerable al caos y al carácter impredecible de las acciones humanas. Le resultaba difícil ver a su copiloto como su enemigo, por mucho que Vor le hubiera dejado fuera de combate... ¡dos veces!

«¿Por que mi amigo me hizo algo así?»

Seurat no acababa de entender las motivaciones de los humanos, ni estaba programado para ello. Él cumplía sus obligaciones con las herramientas que Omnium le había dado. Lo importante era averiguar si el daño era irreparable. ¿Sería capaz de restablecer todas sus antiguas funciones?

Como si quisieran contestarle, sus sistemas siguieron despertando, más deprisa. Ya tenía más del ochenta por ciento operativo.

A pesar de su inquietante impredecibilidad, Seurat seguía prefiriendo llevar a cabo las misiones con Vorian Atreides que realizarlas él solo. «Él no es como otros humanos excesivamente anodinos que he observado.»

De pronto, todos sus programas quedaron plenamente operativos y fue asaltado por una avalancha de información de errores que lo distrajeron. Sus fibras ópticas se encendieron, y recibió también numerosas imágenes detalladas de la cabina fría y estéril de la nave.

Sus funciones mentales se aceleraron y se convirtieron en un zumbido interno de sistemas que comprobaban y volvían a comprobar la información, recogían



fragmentos de datos aleatorios y los descartaban. Por las paredes, la cabina y los paneles de control detectó sutiles muestras de corrosión, detalles que hablaban del paso del tiempo y el desuso. Hizo una nueva prueba para tratar de determinar el tiempo que llevaba en aquel estado. Indeterminado.

¿Seguía la Armada de la Liga en la Tierra, atacando a la encarnación de la supermente? ¿Podía escapar Omnius? A Seurat se le había encargado que se llevara la esfera de actualización más reciente de la supermente terrestre, y él había conseguido escapar a pesar de que las naves de guerra de la Yihad rodeaban el planeta con armas atómicas.

«¿Se conserva intacta la esfera de actualización? ¿O he fracasado en mi misión más importante?»

Mediante sus fibras ópticas reactivadas, Seurat localizó el receptáculo de seguridad de la copia de Omnius. Sus manos diestras abrieron el compartimiento y dejaron a la vista la gelesfera plateada, aparentemente intacta. Una sensación parecida al alivio se extendió por sus sistemas.

Había protegido la actualización de la supermente de la Tierra, la única copia de los últimos pensamientos del que había sido el Omnius central. Vorian Atreides no se la había llevado, a pesar de haber tenido la oportunidad. ¿Quién podía entender a los humanos?

No importaba. La gelesfera estaba a salvo, y seguía en su poder. Su misión seguía siendo la misma: entregarla.

En cuestión de minutos, aunque pareció mucho más tiempo, sus sistemas completaron el autodiagnóstico y las tareas de reparación. Seurat volvió su atención a la nave, y le alivió comprobar que los motores funcionaban correctamente, aunque los subsistemas aún estaban fríos.

Vorian Atreides solo le había desactivado a él, seguramente para evitar que escapara. Pero con el tiempo sus complejos sistemas de circuitos gelificados debían de haberse reactivado por sí solos.

El panel de mandos de la nave se encendió en un arco iris de colores, marcados por los bips y los zumbidos informáticos, como si en el interior de aquellos mecanismos unas diminutas criaturas estuvieran despertando. El cronómetro, que seguía funcionando, le dio una información sorprendente. Habían pasado casi veinticinco años estándar terrestres desde que lo habían desactivado. ¡Veinticinco años!

Tras llevar los motores a su máxima potencia, Seurat dirigió la nave cuidadosamente hacia el sistema planetario vecino utilizando sus sensores de larga distancia, atento a cualquier señal de la insidiosa Armada.

Era imposible que la lucha siguiera: la atención de los humanos no podía estar concentrada en una misma cosa durante tanto tiempo. A esas alturas, o bien Omnius



había aplastado a los invasores humanos y la esfera de actualización que él custodiaba era completamente inservible, o la supermente había sido destruida y la información era más importante que nunca.

Con su nave, Seurat se acercó lo bastante a aquel mundo salpicado de nubes para ver que los continentes y las opulentas ciudades de las máquinas ya no eran más que un despojo distorsionado y negro. Seurat detectó un exceso de radiactividad, pero no había rastro de las máquinas, no había redes energéticas activas, ni hubo respuesta a ninguna de sus llamadas por los canales estándar de Omnius. Tampoco había señales de actividad biológica.

La Tierra estaba destruida. Las máquinas pensantes habían desaparecido, y los humanos habían provocado un daño tan grande para conseguirlo que ya ni siquiera ellos podían seguir viviendo en su planeta de origen.

Aquello no era un gran consuelo.

Mientras sobrevolaba el planeta muerto y estéril, se dio cuenta de algo, como si un meteoro hubiera chocado repentinamente contra la nave. La Tierra había sido destruida. Eso significaba que, probablemente, él tenía la única copia operativa que quedaba del Omnius-Tierra.

La única.

Seurat empezó a establecer prioridades. Si realmente no había supervivientes por el lado de las máquinas tras el holocausto de la Tierra, entonces ninguno de los actuales Omnius había tenido acceso a los datos cruciales de la actualización que él guardaba. Ahora su misión era fundamental. Sus programas internos le hablaron al unísono.

«Tienes otra misión que cumplir.»

Tras activar los controles en una pantalla táctil, Seurat puso rumbo al Planeta Sincronizado más próximo, donde haría entrega de la gelesfera con los pensamientos finales del Omnius-Tierra. Seguiría con su ruta de actualización, como se le había ordenado hacía un cuarto de siglo. Pronto todas las encarnaciones de la supermente compartirían la información, y sería como si el Omnius-Tierra no hubiera sido destruido. La victoria de los humanos duraría muy poco, y él podría reír el último.



Capítulo 38

Qué interesante sería poder descargar y compartir la información de los seres biológicos racionales como los ordenadores cuando transmiten datos entre ellos. Nos evitaríamos muchos esfuerzos y conjeturas, pues podría pasar el tiempo sumergido en la mente de mis objetos de estudio. En cierto sentido ese ha sido siempre el objetivo de mis experimentos con los humanos, y hasta cierto punto me he metido en su piel colectiva y he podido pensar como ellos. Pero los humanos tienen niveles de pensamiento y comportamiento superficiales y profundos, y en su mayor parte yo solo he podido acceder a lo superficial. Cada puerta psíquica que consigo traspasar conduce a una nueva puerta, y a otra, y otra más... y para cada una necesito una llave distinta. Sí, estos humanos son criaturas complejas y misteriosas. Construir uno desde cero... ¡qué gran desafío!

Erasmus, Reflexiones sobre los seres biológicos racionales

Criar a un hijo no tendría que ser una prueba tan dura, tan decepcionante, tan ridículamente lenta, y en la que se cuenta con tan poca colaboración. La prole de los humanos debería estar ansiosa por aprender de sus superiores, porque eso les permitiría realizarse plenamente. Si todos los padres hubieran tenido los mismos problemas que tenía Erasmo con su joven pupilo de las cuerdas de esclavos, la raza humana se habría extinguido mucho antes de que su civilización avanzara lo suficiente para inventar las máquinas pensantes.

Pero inevitablemente tales pensamientos le llevaban de vuelta a sus propias acciones. ¿Es posible que él, Erasmo, estuviera haciendo algo mal? No, no le gustaba plantearlo de aquella forma. Simplemente, aún le quedaban cosas por aprender.

Aun así, habría preferido que Omnius escogiera a cualquier otro humano. Aquel proceso de aprendizaje era excesivamente difícil.

Al contrario que los humanos, la máquina pensante era plenamente funcional desde el momento en que se activaba. Los robots, infinitamente más útiles que los humanos, hacían lo que se les mandaba. Seguían las instrucciones y realizaban sus tareas con eficacia en una secuencia lógica.

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de Erasmo como robot mentor, aquel salvaje era... la encarnación del caos. Y él no tenía a quién recurrir en busca de consejo. No por primera vez, deseó que Serena Butler se hubiera quedado con él.



Cada robot estaba conectado a una red controlada por la supermente informática, un laberinto de circuitos que funcionaba a la par y convertía los Planetas Sincronizados en un conjunto de orden y progreso.

En cambio, los humanos se aferraban a su tan cacareado «libre albedrío», que les llevaba a cometer terribles errores y después poner absurdas excusas. Sin embargo, su libertad les daba también la imaginación y la creatividad necesarias para realizar las cosas más extraordinarias, para conseguir proezas que la inmensa mayoría de máquinas pensantes no podría ni siquiera concebir. Tenían sus ventajas.

Pero aquella criatura no era nada de aquello. No era mucho mejor que un animal. El joven —por sí solo— parecía empeñado en aumentar la entropía del universo en toda su magnitud.

—Basta ya, Gilbertus Albans. —Erasmus le había dado la misma orden muchas veces, pero él no parecía entender.

Erasmus le había puesto ese nombre a raíz de sus estudios de historia clásica, escogiendo sonidos que le dieran un aire de respetabilidad e importancia. Sin embargo, hasta el momento, el apelativo no reflejaba en absoluto el comportamiento del muchacho ni su total incapacidad para seguir las órdenes más sencillas.

Aquel fiero esclavo podía oír lo mismo una y otra vez, pero no hacía lo que se le pedía. A veces Erasmus se preguntaba si sería por estupidez o por pura cabezonería.

Gilbertus derribó una de las jardineras del robot, que cayó al suelo de baldosas y se rompió.

—Deja eso de una vez —repitió Erasmus con más severidad.

Su rudeza no pareció surtir efecto. Pero ¿qué propósito tenía tanta rebeldía? Gilbertus no ganaba nada provocando destrozos. Era como si disfrutara haciendo justo lo que Erasmus le decía que no hiciera.

Gilbertus rompió otro tiesto, y acto seguido salió del invernadero y se fue a su alojamiento. El distinguido robot salió tras él, con sus lujosas túnicas susurrando a su paso.

Sin duda Omnius estaba disfrutando de lo lindo viéndolo todo a través de sus omnipresentes ojos espía.

Cuando Erasmus llegó a la habitación, el muchacho ya había sacado las sábanas y las almohadas de la cama y las había arrojado al suelo. Arrancó las cortinas transparentes que colgaban de la barra y luego procedió a quitarse la ropa y a tirarla, pieza a pieza.

—Basta, Gilbertus Albans —exigió Erasmus, dando a su cara de metal líquido una expresión de severidad paternal.

A modo de respuesta, el joven le tiró la ropa interior mojada a su cara reflectante.



Aquello exigía un cambio de táctica.

En medio de aquel caos, un equipo de robots domésticos entraron en la habitación y empezaron a recoger. Cogieron las sábanas y la ropa que había tirada por el suelo; en el invernadero, otros equipos ya habían retirado los tientos rotos y habían barrido la tierra y los fragmentos de terracota. El muchacho trataba de ir siempre un paso por delante.

Gilbertus Albans estaba desnudo, riendo y profiriendo sonidos groseros mientras saltaba encima de la cama y evitaba con destreza a los robots, aunque no habían intentado cogerlo... todavía.

Mientras lo observaba, Erasmo tomó una decisión. El muchacho vestía con las mejores ropas, y sin embargo no parecía valorarlo en absoluto. De forma reiterada y paciente, él había tratado de enseñarle buenas maneras, a comportarse en sociedad y otros patrones aceptables de conducta. Pero Gilbertus insistía en romper objetos valiosos, en desordenar su habitación, destrozar libros y desprestigiar sus estudios.

Aunque el muchacho no parecía escucharle, el robot dijo con voz tranquila:

—No me resulta rentable seguir reparando los desperfectos que causas. El sistema de benevolencia y recompensas no surte ningún efecto discernible. —Dirigió una señal silenciosa a los robots domésticos y estos se movieron con rapidez y sigilo y prendieron a Gilbertus a pesar de su resistencia.

—Ahora seguiremos la vía de la estricta supervisión y el castigo —dijo, y se apartó a un lado para que los robots pudieran salir con el joven—. Llévalos a mi laboratorio. A ver si puedo lograr que se comporte.

Después de siglos de disecciones y de la estricta observación de miles de especímenes, Erasmo sabía muy bien cómo infligir a los humanos dolor, sensaciones desagradables y miedo. Sus técnicas eran lo bastante precisas para permitirle actuar energicamente pero sin provocar daños permanentes. De ser posible, evitaría dañar a aquel decepcionante muchacho. No por compasión, desde luego, sino porque para él era un reto. Y además no quería tener que admitir su fracaso ante Omnius.

Siempre quedaba la opción de utilizar sustancias o practicar intervenciones en el cerebro, pero seguramente eso sobrepasaría los límites del desafío que la supermente le había planteado. De momento dejaría aquello en la reserva.

El muchacho, que seguía debatiéndose, parecía molesto, pero no derrotado. Erasmo sabía que él podía aguantar mucho más que su pupilo.

—Solo yo veo el potencial que hay en ti, Gilbertus Albans, y tengo la motivación necesaria para no rendirme.

Avanzaron por los pasillos en dirección a las amplias salas de operaciones y los laboratorios.

—Esto me va doler más a mí que a ti. Pero no lo olvides: lo hago por ti.



A Erasmo aquellos comentarios le parecían ilógicos, pero estaba practicando una nueva técnica imitando las palabras que con frecuencia los padres humanos decían a su prole antes de aplicar un castigo. Cuando entraron en los laboratorios y el rebelde empezó a asustarse, el robot dijo con voz neutra:

—De ahora en adelante, estarás más atento a tus lecciones.



Capítulo 39

Con ayuda de su mente y sus sentidos, el humano se anticipa a pequeños detalles de la realidad futura. A pesar de sus interminables cálculos, las máquinas pensantes jamás podrán lograr nada parecido, ni tan siquiera entender cómo funciona.

Titán Hécate, Diarios de un renegado

Iblis Ginjo estaba atrapado, como si se lo hubiera tragado una ballena gigante. Todos los sistemas de la nave estaban desactivados; las redes de energía y los paneles de control estaban apagados, paralizados y fríos. Él y sus dos acompañantes estaban atrapados en un abismo negro en el interior del misterioso asteroide artificial.

«Estamos condenados.»

Aunque habían jurado proteger al Gran Patriarca, sus dos guardias de la Yipol no podían hacer nada. Floriscia Xico se había quedado blanca, y sus cortos rizos castaños estaban apelmazados por el sudor. Miraba al Gran Patriarca como si pensara que él podía pedirle a Dios que les mandara un rayo para destruir a aquel peculiar captor. Incluso el inquebrantable Yorek Thurr —que había realizado incontables y peligrosas misiones y había puesto magistralmente al descubierto a espías enemigos por toda la Liga— parecía aterrado.

Iblis no se atrevía a mostrar debilidad. Para distraerse del miedo que él mismo sentía, miró con expresión furiosa a los demás.

—La Yipol ha afrontado toda clase de peligros sin que jamás vacilara su fe en mi liderazgo y en la causa de la Yihad. ¿Y ahora este misterioso asteroide os convierte en un par de tontos supersticiosos y asustados?

Esperaron a oscuras, en silencio. ¿Qué otra cosa podían hacer?

De pronto se vieron unos extraños destellos en el interior del abismo, como luces a través del filtro de unos diamantes. Las paredes interiores del asteroide reflejaban los destellos con la intensidad de pequeños soles que tocan la superficie pulida de un avión.

La joven sargento se protegió los ojos, mientras que Yorek Thurr miró con curiosidad. Iblis, el más alto de los tres, estaba detrás de ellos, mirando. Vaporosos jirones de niebla se arremolinaban por la cueva.



—Es como si el asteroide se hubiera tragado un bocado de cielo...

Finalmente, unas luces parpadearon alrededor de la escotilla y una tranquilizadora voz de mujer habló por el sistema de megafonía de la nave capturada.

—Salid de la nave, Iblis Ginjo. Deseo conocer al Gran Patriarca en persona. No temáis, me he tomado demasiadas molestias para preparar esta pequeña reunión.

La sargento miró a Iblis con los ojos tan redondos como globos de luz; Thurr lo miró con dureza.

—Yo os acompañaré, Gran Patriarca.

Iblis, en un intento por parecer valiente y dar la sensación de que controlaba la situación, espetó a Xico:

—No tenga tanto miedo, sargento. Estoy seguro de que esta... entidad... no desea destruirnos. Al menos no todavía.

Aunque el resto de sistemas de la nave seguían desactivados, la escotilla se abrió y una brisa fresca y mentolada penetró en el interior. En el asteroide el ambiente parecía aséptico, cerrado, pero se podía respirar.

Iblis no estaba muy seguro de que pudieran salir con vida de aquello, pero hizo todo un alarde de valor. Si conseguían vivir, sería por su capacidad de persuasión. Como si estuviera a punto de dirigirse al representante de un importante mundo de la Liga, se pasó una mano por el pelo y salió a la cámara reflectante. Yorek Thurr le siguió, y Floriscia Xico corrió tras ellos, nerviosa, dispuesta a mostrar su apoyo a su líder, como había jurado, a pesar del miedo.

Una vez fuera, Iblis puso las manos en las caderas, respiró hondo varias veces y miró a su alrededor con curiosidad.

—¿Por qué nos has capturado? —gritó finalmente. Sus palabras rebotaron en las paredes, y el eco se perdió en el silencio.

Oyeron que algo se movía produciendo un sonido metálico. Una figura del tamaño de un humano salió de una cavidad situada en una de las paredes cubiertas de placas de espejos. Era una máquina, pero no se parecía a ninguna que Iblis hubiera visto en el tiempo que pasó como humano de confianza y capataz de esclavos en la Tierra: una bella pero atemorizadora monstruosidad sobre unas elegantes patas segmentadas. La cabeza, con sus fibras ópticas, se alzaba sobre un sinuoso cuello cubierto de escamas perlascentes, y unas placas largas y angulosas sobresalían de los lados como las alas prismáticas de una mariposa. Las extremidades superiores eran delicadas y curvas, similares a los apéndices de una mantis. Aquella máquina le recordaba a un dragón robótico, temible, pero estéticamente atractivo.

Un cimek.



A su lado, Thurr se había quedado boquiabierto. A Iblis le sorprendió aquella reacción en un hombre normalmente tan frío e inmutable.

El dragón escudriñó a sus cautivos y avanzó entre sonidos metálicos. Daba mucho menos miedo que otras formas bélicas que Iblis había visto llevar a muchos cimek.

Floriscia Xico gritó y sacó su arma de mano. Pero antes de que pudiera disparar, el dragón cimek levantó la parte anterior de la extremidad superior, adornada con antenas y lentes, y una honda apenas visible de energía formó una turbulencia que derribó a la inquieta sargento.

—Veo que los hrethgir no habéis cambiado —dijo la voz de mujer que salía del dragón móvil—. Vamos, ¿es esa la mejor forma de causar buena impresión? Empecemos la conversación sin violencia, ¿de acuerdo? —Con la agilidad que le daba aquella exótica configuración, se adelantó hasta donde Xico había caído—. Ajax siempre decía que las hembras tienen tendencia a reaccionar de forma exagerada. Tardé siglos en darme cuenta de que era un perfecto idiota.

Las preguntas que se habían ido acumulando en la cabeza de Iblis se derramaron como el agua que sale por una esclusa.

—¿Cómo sabes quien soy? ¿Quién eres tú? ¿Por qué has capturado mi nave? ¿Qué quieres?

Los ojos metálicos verdes del cimek brillaron.

—Llevo años reuniendo información, y vuestra Yihad es el mejor entretenimiento que he encontrado en mucho tiempo. Un bonito espectáculo, como algunos de los encuentros entre gladiadores en la Era de los Titanes. Aunque me alegro de haberme librado de ellos, la verdad.

—¿Y tú quién eres? —exigió saber Iblis, tratando de echar mano de toda su capacidad de persuasión—. Identifícate.

Cada vibración hacía que las facetas reflectantes del cuerpo de dragón despidieran destellos irisados, como el agua al caer sobre las rocas.

—No me sorprende que mi historia se haya perdido entre las sombras en este último milenio. Dudo que Agamenón escribiera ninguna bonita biografía acerca de mí, como hizo con los otros veinte titanes. Seguramente Ajax ni siquiera me echó de menos.

—¿Eres un titán?

El cimek dragón se iluminó. Había dado suficientes pistas, e Iblis se había pasado la primera mitad de su vida trabajando para los cimek, aguantando las mofas y la tiranía de los titanes. Aquella hablaba como si existiera desde la misma época que Agamenón y los demás. Pero Iblis conocía a todos los titanes que sobrevivieron. No tenía sentido.

—¿No lo adivinas? —Casi pareció que hacía pucheros—. Bueno... soy Hécate.



—¡Hécate! —dijo Thurr—. Eso... no es posible.

Iblis también estaba perplejo.

—¿Una de las que primero esclavizaron a la humanidad?

—Oh, no fui de las primeras, ni mucho menos. La humanidad siempre ha estado esclavizada, por unos o por otros.

Evidentemente, Iblis conocía la historia de los primeros cimek, y él mismo había sufrido la tiranía de Ajax. Recordaba que mil años atrás Hécate era amante de Ajax, pero renunció a su posición entre los titanes y partió hacia un destino desconocido. Nadie la había visto desde hacía siglos.

—¿Nos consideras esclavizadores de la humanidad? Qué terrible suena, porque en realidad no fue más que una indiscreción de juventud. En aquel entonces yo era implacable e impetuosa. Pero a veces una se excede en su afán por desarrollar nuevos paradigmas de hedonismo. —Hécate emitió un sonido soñador—. Pero han cambiado muchas cosas, y he tenido tiempo para pensar. Podría decirse que he madurado. Es lo que sucede cuando te pasas mil años cavilando.

Tratando de manifestar una seguridad que no sentía, Iblis se sentó junto al dragón cimek procurando no acercarse demasiado a las protuberancias que parecían alas. Aun sentada, ella era más alta. Iblis sentía que su cabeza iba a estallar, porque las diferentes posibilidades se acumulaban en su imaginación como nubes de tormenta.

—Tienes razón, Hécate. Quizá tenemos mucho de que hablar.

Xico estaba en el suelo, aturdida, y Thurr no se preocupó más por ella, como si ya no importara. Miró a Iblis con ojos negros y cadavéricos. Luego se volvió hacia Hécate y dijo:

—Necesitamos saber dónde ha estado. ¿Está con los titanes, o con Omnius?

La cimek emitió un bufido hosco.

—Omnius ni siquiera existía cuando yo dejé el Imperio Antiguo. Y en cuanto a los titanes... ¿por qué iba a volver con esos necios? No tengo intención de volver a cometer un error como ese.

—Y sin embargo parece que nos ha estado observando de cerca —musitó Thurr—. Seguramente sabe muchas cosas de los Planetas Sincronizados.

Iblis trataba de digerir la situación.

—He oído muchas historias acerca de ti, Hécate, pero no sé hasta qué punto son ciertas. ¿Por qué te apartaste de los titanes? ¿Qué es lo que quieres?

Hécate hizo descender su cuerpo de dragón como si se estuviera acuclillando para contar una historia. El miedo de Iblis había dejado paso a la curiosidad y a la fascinación.



—Al principio me uní a Tlaloc y sus rebeldes porque me atraía la idea del poder y la grandeza. En aquel entonces estaba aburrida, y era muy impresionable. Cuando reclutaron a Ajax para que creara un cuerpo militar, me llevó con él. Para él yo no era más que un juguete, pero le satisfacía. Cuando los titanes derrocaron el Imperio, descubrí que me gustaban los ropajes del poder: grandes propiedades, siervos complacientes, bonitas ropas, joyas. Todo muy placentero, aunque también superficial, desde luego.

Iblis trató de reconciliar aquella información con la imagen preconcebida que tenía de la titán solitaria que se había desentendido de la conquista.

—Yo... conocía bien a Ajax. —Iblis alzó el mentón, sin saber si era prudente decir demasiado—. Era un matón.

—Oh, era mucho más que eso. Era un criminal sediento de sangre, un asesino psicópata. Un auténtico hijo de puta.

—Tú fuiste su amante —señaló Iblis—. ¿Y ahora quieres que confiemos en ti y aceptemos tu amistad?

Thurr entrecerró sus ojos mortecinos, como si desconfiara de cualquier respuesta de la cimek.

—¿Qué te atrajo de un hombre así? ¿Era distinto antes de convertirse en titán?

—Oh, siempre fue muy violento en su interior, pero él podía conseguirme todos los terrenos y regalos que yo quería. Hacía que me sintiera especial, porque en aquella época yo era algo vanidosa.

Luego, al escuchar los grandilocuentes discursos de Tlaloc, empecé a hacerme una idea de las cosas, aunque en realidad tampoco me fijé mucho. Tlaloc era un gran visionario. Agamenón, Juno y Barbarroja estaban entusiasmados con la idea de la conquista. Así que yo seguí sus pasos. No tenía particular interés por conseguir la gloria. Yo solo quería las ropas de una emperatriz, algo no muy distinto de lo que hace tu propia esposa, Iblis Ginjo. —Él pareció violentarse. Ella calló. Su cabeza ornamentada giró de un lado a otro—. Pero ya no soy esa persona. Al contrario.

Junto a ellos, la joven sargento de la Yipol empezaba a moverse, pero ni Iblis ni Thurr le hicieron caso.

—Con el tiempo me di cuenta de que, en el fondo, todo lo que quería no valía nada. Tal vez me costó un poco, pero acabé por comprender. —Su pequeña risa delataba suficiencia—. Si hubiera tenido esos sentimientos antes, quizá la Era de los Titanes habría sido distinta. Después de transformarme en cimek, acabé por cansarme de los tesoros. Las baratijas no se ven igual a través de fibras ópticas artificiales y sensores. Empecé a valorar otras cosas, porque tenía todo el tiempo del mundo.

—Una cimek iluminada —musitó Thurr, como si la sola idea le resultara inconcebible.



—¿Soy tan distinta de un pensador? Recuerdo cuando cumplí los cien años. ¡Cien años! Aún suena como si fuera mucho, aunque ya he vivido diez veces más. Pero, en mi cuerpo de cimeck, me sentía más joven y enérgica que nunca. Decidí mejorar estudiando filosofía y literatura, observando las cosas buenas que las personas podían lograr. Desde luego, el Imperio Antiguo era una mancha en la historia de la raza humana. Una tediosa pérdida de tiempo. Casi aniquiló el espíritu humano y el impulso creativo.

»Pero, como cimek, empecé a preguntarme qué sentido tenía la inmortalidad en sí misma. Limitarse a existir durante siglos acaba siendo terriblemente aburrido. Ante mí veía un futuro monótono y vacío. —Hizo girar la torreta de su cabeza sobre el cuello sinuoso, como si estudiara su propio reflejo en los espejos facetados de las paredes—. Me había distanciado de Ajax. En nuestros cuerpos cimek no necesitábamos la compañía física del otro. Y él, admitámoslo, era un completo idiota. Debía de ser estúpida o estar ciega para no haberlo visto antes. Yo cambié y maduré, pero él nunca pasó de ser un matón. Y me di cuenta de que nunca lo haría. Con tanto poder en sus manos y tan pocas limitaciones, su sed de sangre se me hacía insoportable. La carnicería que provocó en Walgis durante la Primera Revuelta Hrethgir fue la gota que colmó el vaso... así que le dejé. Los dejé a todos. Después de todo, no los necesitaba. Les dije lo que podían hacer con su imperio.

»Yo me había construido en secreto una nave, junto con formas móviles alternativas que acomodaran mi contenedor cerebral. Mi intención era realizar un largo viaje de descubrimiento por el universo. Un viaje de placer con todo el tiempo que quisiera a mi disposición. No puedo decir que los otros titanes lamentaran mi marcha. —Hécate hizo una pausa, mientras sus relucientes miembros de metal se movían—. Aún no habían pasado ni dos años cuando Omnius se hizo con el control.

Cuando Thurr habló, parecía que tenía la garganta seca.

—¿Y ha estado fuera mil años? ¿Por eso ninguno de los otros cimek sabe nada?

—Estoy segura de que han intentado olvidar. Pero volví hace medio siglo, y he estado reuniendo información. Curioseando, por así decirlo. He visto lo que Omnius ha hecho. Es un lío distinto al que provocaron los titanes.

—Quedan muy pocos de los veinte primeros —dijo Iblis con tiento—. ¿Sabías que incluso Ajax ha muerto?

—Oh, lo sé —dijo ella con tono impertinente—. Y sé que tú le mataste.

Iblis sintió que se le helaba el corazón. No podía contestar, pues sabía que cualquier excusa sonaría fútil, y tampoco se atrevía a mentir.

Ella rió, un sonido artificial en su boca mecánica.

—No tengas miedo, debería darte las gracias. Quizá muchas de sus posibles víctimas te las darán algún día. Sinceramente, me sorprende que durara tanto. Y durante todos esos años de mandato no aprendió nada. Es patético que un hombre



desaproveche tantas oportunidades. —Levantó dos antebrazos segmentados—. Ahora la cuestión es: ¿desaprovecharás tú esta oportunidad?

Iblis tragó con dificultad.

— ¿Qué quieres de mí, Hécate? ¿De qué oportunidad hablas?

—Lo sé todo de la Yihad, y sé quién eres, Iblis Ginjo. ¿O tendría que ser un poco más formal y llamarte Gran Patriarca? Interesante título... ¿Lo pensaste tú? Por eso te he buscado. Creo que podemos lograr grandes cosas juntos.

El corazón de Iblis estaba henchido de emoción, pero trató de disimular.

— ¿Tienes algún plan o alguna visión? ¿O es solo que te aburres?

— ¿Es que no puedo tener mis propios motivos? Quizá he guardado rencor a los titanes todos estos años y ahora he vuelto. La Yihad podría ser la oportunidad que necesito para entrar en la rueda. —Rascó un antebrazo metálico en el suelo pulido—. ¿Qué importancia tiene, mientras os ayude a lograr la victoria?

Iblis miró a Thurr. Ninguno de los dos podía discutirle aquello. A sus pies, Xico empezaba a recuperar la conciencia y pestañeaba desorientada.

—Pensadlo. Mientras los otros titanes se ven obligados a servir a Omnius, yo sigo siendo libre e independiente. Cuando Agamenón se entere de que voy a ayudar a unos simples hrethgir, su cerebro cocerá en su propio electrolíquido. Pero de verdad, me siento un poco culpable. Ahora que los humanos finalmente han decidido contraatacar con todas sus fuerzas, quiero participar.

Iblis contuvo la respiración pensando en las posibilidades que aquello ofrecía. ¡Aquel dragón cimek sería un aliado impagable!

—Que uno de los titanes originales se uniera a nosotros supondría una increíble ventaja, Hécate. No rechazaré tu ayuda. Podrías ser un arma secreta.

— ¡Un arma secreta! —Hécate emitió un sonido parecido a una risa—. Eso me gusta.

Pero la parte política de su cabeza sabía que semejante compañero de armas causaría un enorme revuelo entre los elementos más supersticiosos del pueblo, sobre todo teniendo en cuenta el fervor de los yihadíes y su odio por las máquinas pensantes en todas sus formas. El Parlamento y el Consejo de la Yihad discutirían acaloradamente durante días, y echarían a perder una magnífica oportunidad.

Las incomprensibles protestas contra el Yihad eran cada día más encendidas, la gente estaba cansada de luchar y quería una especie de paz mágica. ¿Qué harían si se enteraban de la existencia de Hécate?

Pero la titán renegada parecía un tanto frívola y voluble. Siempre cabía la posibilidad de que la desorganización de los humanos la impacientara y retirara su apoyo.



—De momento lo mejor sería que mantuviéramos este acuerdo en secreto —dijo Thurr, como si hubiera leído el pensamiento del Gran Patriarca—. Así evitaremos las discusiones y el politiquero de la Liga.

—Oh, qué hombres tan pragmáticos. ¿Tenéis alguna tarea concreta para mí? Estoy deseando empezar.

—¡Sí! —Los ojos de Iblis destellaron—. Puedes ayudarnos a convertir una causa perdida en una victoria.

Y le contó lo que había pensado



Capítulo 40

La guerra hace salir lo peor de la naturaleza humana, y lo mejor.

Maestro de armas Jav Barri

Mientras la flota del primero Harkonnen se preparaba para enfrentarse a las naves de guerra en la órbita de Ix, Jool Noret y un pequeño grupo de comandos luchaban cuerpo a cuerpo en las cuevas que atravesaban la corteza del planeta.

El primero les había dado instrucciones antes de que embarcaran en una lanzadera y descendieran a la superficie de aquel planeta sincronizado.

—Cinco grupos separados tratarán de abrirse paso a través de los túneles que hay bajo el núcleo central del Omnius-Ix. Cada equipo llevará una ojiva compacta con potencia para destruir una ciudad. Vuestra misión es colocarla en la ciudadela de Omnius. Con un poco de suerte, al menos uno de los grupos conseguirá el objetivo.

—¿No provocaremos demasiadas bajas con un arma atómica? —preguntó Jool Noret.

—Sí —admitió el primero—. Pero Omnius está tratando de exterminar a todos los humanos en las catacumbas. Esta bomba está diseñada para emitir una intensa vibración localizada que volatilizará los cerebros de circuitos gelificados. Es un arma táctica, así que el número de heridos será mínimo, y el daño a las instalaciones industriales del planeta será también muy localizado. —Sintió que estaba a punto de mostrar su preocupación, pero trató de disimular—. Es lo único que podemos hacer. Pero hay que ser muy precisos. Por eso tenemos que enviar varios equipos, para asegurarnos de que la bomba llega a su objetivo exacto. No será una tarea fácil.

Parecía una misión suicida, y las posibilidades de culminarla con éxito eran más bien escasas. Jool Noret había sido el primero en ofrecerse voluntario.

Siguiendo a los yihadíes uniformados, Noret arrojó su última granada de impulsos descodificadores. El artefacto cayó rodando por la ligera pendiente en dirección a un pelotón de robots asesinos que avanzaban hacia ellos y estalló provocando una vibración disruptiva que convirtió a los robots de combate en cascos brillantes e inmóviles, como estatuas de chatarra.



Pero los tortuosos túneles y las gruesas paredes de piedra hacían que el efecto de las granadas descodificadoras se disparara con demasiada rapidez. Y enseguida llegaban nuevos asesinos robóticos.

Sin detenerse ni preguntar, Noret se abrió paso, cargado con sus armas y la espada de impulsos de su padre. Las granadas le parecían un método cobarde para lograr la victoria; él prefería eliminar a sus enemigos uno a uno, en combate cuerpo a cuerpo.

Si no hubiera tantos...

Aunque no era más que un joven mercenario y no era él quien estaba al mando, Noret se puso al frente de la carga y dejó atrás montones de robots desactivados. Las paredes de la cueva aún resonaban por el eco de la última granada. Detrás de él otros yihadíes se pararon para aporrear y dar patadas a los robots neutralizados, pero Noret los apremió con impaciencia.

—Reservad vuestra energía para oponentes reales, no para los que ya han sido eliminados.

Según los esquemas de la resistencia, las catacumbas pasaban por debajo de las principales industrias y centros informáticos. El contacto del equipo en el planeta, un hombre demacrado y con aire atormentado llamado Handon, había perdido a sus compañeros, a su compañera y a sus hijos durante la reciente carnicería del titán Jerjes.

El desdichado les dio toda suerte de espantosos detalles y luego los guió por los atestados pasadizos. Si los mercenarios lograban colocar la pequeña bomba atómica en el complejo fortificado central donde estaba la gelesfera primaria de la supermente del planeta, Ix quedaría libre de una vez por todas.

Handon vestía con harapos, estaba esquelético, tenía el pelo largo y descuidado. Pero seguía conservando la misma expresión de entrega.

—Por aquí. Ya casi estamos. —Llevaba seis meses viviendo bajo tierra, evitando a los robots asesinos, de los que había eliminado a treinta y uno—. Ni que decir tiene —dijo con una sonrisa sombría— que soy un fugitivo.

Más adelante, en los túneles, los robots habían capturado a algunos humanos; podían oír los gritos. Pero en lugar de utilizarlos como moneda de cambio, las máquinas se limitaron a despedazarlos, como si esperaran que los mercenarios se retiraran horrorizados. Handon se encogió al pensar en aquella carnicería.

Cuando el grupo de combate de los humanos se acercaba, los robots levantaron unos brazos armados que despedían llamaradas de alta intensidad, preparados para arrojar explosivos.

—Listos para romper filas —gritó el oficial de la Yihad—. ¡Activad escudos!

Handon se parapetó detrás de cinco mercenarios de Ginaz que activaron sus escudos personales, formando una barrera impenetrable en el pasadizo. Dado que



los escudos no respondían con eficacia si se utilizaban durante períodos prolongados, tenían que desactivarlos cuando no esperaban un ataque directo.

Los robots arrojaron una andanada tras otra de explosivos. La violencia de las detonaciones hizo que las paredes de las cavernas se agrietaran y que el techo temblara. Caían piedrecillas por todas partes, pero los escudos personales desviaron la fuerza del impacto.

—¡El grupo de vanguardia... adelante!

Cuando los robots agotaron la primera andanada de proyectiles, los soldados que habían formado la barrera de protección con los escudos se apartaron. Noret avanzó entonces, gritando, con un pesado lanzagranadas en las manos, y disparó contra las filas de robots mecánicos. El techo del túnel se abrió y empezaron a caer grandes rocas. Pero Noret no se agachó, no se protegió con su escudo; siguió atacando y acabó con todos los robots del pasadizo. Luego miró a su alrededor, implacable, buscando más enemigos, y le hizo una señal a Handon.

—¡Vamos, deprisa! Llévanos hasta el objetivo.

Las filas de vanguardia de mercenarios corrieron detrás de Noret y el guía. Los comandos tuvieron que volver a activar sus escudos para protegerse de las piedras que caían del techo. Unos momentos después de que salieran del pasadizo, el techo se vino abajo. Las paredes cedieron y se levantaron nubes de polvo como sangre humeante.

Algunos volvieron la vista hacia el pasadizo bloqueado con expresión desolada.

—De todos modos tampoco íbamos a escapar por ahí —les gritó Noret—. Y así evitaremos que nos sigan otros robots.

—¡Vamos, arriba! —Handon parecía nervioso y asustado—. La ciudadela de Omnius está encima de nosotros.

Detrás del grupo, los ingenieros cargaban con el cilindro donde iba el explosivo atómico, pequeño para un planeta, pero suficiente para vaporizar una importante área de la ciudad que Omnius había construido.

En aquellos instantes el primero Harkonnen estaba luchando en el espacio, pero la batalla que libraban ellos allá abajo no era menos importante. Si conseguía llegar a su objetivo, Noret podría destruir a Omnius.

Handon señaló hacia una zona de roca donde unos travesanos metálicos llevaban a una escotilla vertical abierta en el techo.

—¡Deprisa, antes de que se nos escape la oportunidad! —Subió los travesanos delante de los demás—. Por fin podré vengar las carnicerías que he visto.

El refugiado miraba abajo de vez en cuando, y sus ojos ensombrecidos brillaban. Noret subió detrás, con una repentina sensación de recelo, pero el joven mercenario



siempre estaba en guardia. El *sensei* mek Chirox le había enseñado a no dar nunca por sentado que estaba a salvo.

Entraron en la cúpula blindada del núcleo informático, el lugar más seguro de la supermente. Las paredes y el techo estaban cubiertos de maquinaria, tuberías, conductos, cilindros de líquido refrigerante: era un infierno industrial. Más abajo, los supervivientes del grupo de combate de Noret seguían subiendo, jadeando, cargando con la pesada ojiva nuclear. Finalmente, el cilindro quedó sobre el suelo de placas de metal del recinto. Agotados, desactivaron sus escudos personales para poder empezar a trabajar.

Noret miró a su alrededor esperando ver robots que defendieran a Omnius en aquel lugar donde era tan vulnerable. Estaba preparado para acabar con todos ellos, igual que había hecho venciendo en mil combates a Chirox. Impulsos eléctricos sonoros pasaban por la maquinaria. En el centro de la cámara, la gelesfera de la mente informática estaba situada en un pedestal iluminado.

Pero no había guardas armados ni máquinas asesinas por ningún lado. Algo no iba bien.

Noret se agachó con cautela. Seguía con su escudo personal activado, aunque había empezado a parpadear peligrosamente.

Los ingenieros de combate se arrodillaron y abrieron el contenedor con la ojiva. Uno de ellos abrió un comunicador para contactar con las naves que estaban en órbita.

—Primero Harkonnen, grupo tres en posición. Envíen lanzadera de rescate enseguida. Es posible que solo dispongamos de unos minutos.

—Recibido —contestó un oficial desde la ballesta de cabeza—. Habéis llegado antes de lo que esperábamos.

—Tenemos un buen guía —contestó Noret.

—¿Se sabe algo de los otros grupos? —preguntó la ingeniera mientras seguía configurando el detonador nuclear de la ojiva.

—Hemos perdido el contacto —contestaron desde la nave—. Sois los únicos que quedan. No estábamos muy seguros de que alguno pudiera lograrlo.

—Pues nosotros lo lograremos —gruñó Noret en voz baja, sin pestañear apenas al pensar en los mercenarios caídos. Solo los guerreros de Ginaz podían aventurarse con éxito a una misión como aquella—. Ahora enviaremos a estas máquinas a cinco infiernos diferentes.

De pronto, como si la supermente hubiera estado escuchando, la maraña de tubos y de lucecitas de las paredes empezaron a moverse y a extenderse hacia delante. Las armas que habían estado ocultas encajaron en su sitio: pistolas, lanzaproyectiles y todo tipo de armas igualmente peligrosas.



—¡Cuidado! —Noret aferró a Handon y de un tirón lo puso bajo la protección de su escudo personal.

Pero los otros no reaccionaron con la suficiente rapidez. Una lluvia de afiladas cuchillas y balas candentes les cayeron encima y los convirtieron en una masa sanguinolenta ante los ojos de Noret.

—¡Déjame ¡r! —gimoteó Handon.

—¿Que te deje ir? Pero si te estoy salvando. ¿Por qué ibas a...?

Handon le dio una patada y trató de escapar. Noret renegó, pero el hombre se soltó.

—¡Omnius! ¡Protégeme!

Furioso, Noret golpeó las piernas del hombre con el cañón de su arma y oyó con satisfacción cómo se rompía el hueso y el hombre gritaba de dolor. Noret lo arrastró de nuevo a la protección de su escudo, mientras las máquinas seguían disparando contra el comando aniquilado.

—¡Me has roto las piernas!

—¡Podría matarte ahora mismo, así que puedes considerarte afortunado! —Bajo la lluvia de proyectiles los cadáveres de algunos de los guerreros yihadíes se sacudían—. De momento.

Afilados proyectiles impactaban contra el escudo personal de Noret. La barrera de Holtzman los contenía sin dificultad, aunque Noret notaba que el sistema se estaba calentando peligrosamente. La lluvia de fuego no cesaba, y aunque Noret habría querido responder con sus propias armas, no podía disparar teniendo el escudo activado. No quería dejar escapar al traidor. Los proyectiles golpeaban inútilmente contra la barrera. Noret se sentía desprotegido y no podía defenderse.

Se puso en pie gritando insultos a la supermente. Miró con desaliento lo que quedaba de su equipo, que había sido eliminado en pocos segundos. Sujetando aún con mano de hierro a aquel refugiado llorica, Noret vio la ojiva junto a los cuerpos destrozados de los dos ingenieros. Una lanzadera de rescate estaría cruzando en aquellos momentos la atmósfera, sorteando la batalla que el primero Harkonnen dirigía allá arriba. Tendría que haberles dicho que no se molestaran.

Handon había llevado a los bravos soldados a una trampa.

Protegido aún por el escudo, Noret sujetó al hombre por el cuello con el brazo.

—Estamos luchando por la libertad de los humanos. ¿Por qué has tenido que echarlo a perder?

El hombre se debatió, pero la herida de las piernas había mermado su fuerza.

—Conozco tres formas de rebanarte el pescuezo solo con mi uña —le dijo al oído—. Y dos utilizando los dientes. ¿Te mato ahora mismo o me cuentas que puede



darte Omnius que valga más que la vida de tus compañeros, de tu mujer, de tus seres queridos?

Handon rió con desprecio.

—El amor es una emoción para los hrethgir débiles. Si ayudo a Omnius a poner fin a esta insurrección me convertirá en neocimek. Y viviré durante siglos.

—No vivirás más que unos minutos. —Noret consultó su cronómetro, consciente de que debía calcular el movimiento con precisión. La lanzadera de rescate llegaría enseguida. Y no sabía durante cuánto tiempo podría mantener encendido su escudo sin que hubiera sobrecalentamiento. Tenía que actuar con rapidez.

La voz de Omnius atronó en la cámara.

—Fracasarás. No tienes ninguna posibilidad.

—Vuelve a calcular las probabilidades. —Noret obligó al traidor a avanzar hacia la ojiva. Antes de aquella misión, él y su equipo habían sido adiestrados en el uso de antiguas armas atómicas tomadas de las reservas de Zanbar. Aquella era una sencilla unidad de campo con un radio de acción de un kilómetro.

Más que suficiente.

Omnius seguía disparando sus mortíferos proyectiles contra el único objetivo que quedaba. Noret notaba el escudo cada vez más caliente y empezó a preocuparse. Handon le estaba haciendo perder mucho tiempo.

Así que se inclinó y arrancó el cable flexor del equipo de emergencia de uno de sus compañeros muertos. Con destreza, le sujetó a Handon los brazos a la espalda, le apretó el cable por los codos y fue bajando hasta las muñecas. Luego sacó lentamente el brazo del campo protector, cogió el generador de escudo de uno de sus compañeros y lo acopló al suyo. Lo activó y vio que aguantaba, reforzando su unidad sobrecalentada.

—Esto me dará el tiempo que necesito, que es más del que te queda a ti. —Y alejó al hombre de su lado—. Si eres tan fiel, a lo mejor Omnius no te destroza. Aunque sospecho que ni siquiera la supermente puede calcular la trayectoria de cada uno de esos proyectiles cuando rebotan contra las paredes irregulares.

El hombre cayó sobre sus piernas rotas y se arrastró.

—¡Deja de disparar, Omnius! Cuidado. —Mientras esperaba una respuesta, no dejó de gimotear de dolor.

La intensidad de los disparos disminuyó, pero una de las balas que rebotó le acertó en el hombro izquierdo, emitiendo un sonido similar al de una piedra que cae en el barro. El hombre aulló y rodó, pero tenía las manos atadas, así que no pudo tocarse la herida.



Noret se inclinó sobre la ojiva y completó la secuencia para iniciar la detonación. Puso el temporizador en ocho minutos y cerró el panel. Ahora ya no podrían pararlo.

Esperaba que la lanzadera de rescate llegara a tiempo, aunque aquello era secundario, siempre y cuando la misión culminara con éxito. Él era prescindible.

En un arrebato de rencor, utilizó otro cable flexor para atraer a Handon junto a la pesada ojiva. Pegó la cara del hombre aterrado al temporizador para que viera cómo corrían los segundos.

—Vigila esto por mí, ¿quieres? —le dijo.

Noret arrojó un explosivo de bolsillo contra una de las pequeñas compuertas de la cúpula protegida de la supermente y huyó por los pasadizos con la esperanza de que los planos que había memorizado fueran correctos. El escudo personal que había cogido parpadeó y se apagó definitivamente. Caliente e inútil.

Omnius estaba enviando robots tras él, pero Noret no tenía tiempo para eso. El reloj corría, segundo a segundo. Podía haber avisado a la lanzadera para que no fueran a buscarle y pasar sus últimos minutos de vida destruyendo a siervos de la supermente informática. Pero había logrado destruir él solo la encarnación de Omnius en Ix; sin duda eso era suficiente para satisfacer la promesa que se había hecho a sí mismo, ¿verdad?

De todos modos era demasiado tarde para pensar en ello. La nave de rescate ya iba hacia allá. Pensar en aquellos valientes yihadíes, que quizá seguían luchando contra Omnius y estaban arriesgando su vida para salvarle a él le hizo poner todo su empeño. Con la cabeza inclinada, Noret se arrojó hacia delante y derribó con los hombros a todos los mek de combate que trataban de cerrarle el paso.

Cada vez más deprisa, saltó en el aire y asestó una patada tan fuerte a un robot que le separó la cabeza de los hombros. Recordaba cada instante de sus entrenamientos con el *sensei* mek Chirox, así que aprovechó para poner en práctica todo lo que había aprendido. El alma del mercenario caído Jav Barrí parecía llenarle y convertir su sangre en pura adrenalina.

En el tiempo que le quedaba podría haber destruido a docenas de robots, pero Noret decidió correr, evitar la lucha e ir directamente hacia la abertura que había al final del túnel. Finalmente salió a la superficie, deslumbrado por la luz brumosa. No miró su cronómetro para ver cuántos segundos quedaban. Allá arriba, el cielo estaba lleno de destellos de colores, como en una peculiar tormenta eléctrica, pero no había nubes; lo que estaba viendo era una encarnizada batalla espacial.

Su localizador emitió una señal silenciosa que se transmitió a través de las bandas electromagnéticas. Noret no la oía, pero las máquinas seguramente la detectarían con la misma claridad que si hubiera sido un timbre. Igual que la lanzadera de rescate.

La figura plateada de la nave descendió como un ave rapaz a punto de atacar. Noret corrió hacia una zona descubierta entre almacenes y fábricas humeantes.



Aunque se le veía perfectamente, agitó las manos para que el piloto lo viera. De las instalaciones más próximas empezaron a salir robots de combate, refuerzos que salían a montones por las arcadas. Le dispararían o le rodearían y acabarían por vencerle gracias a la superioridad numérica; lo despedazarían con una fuerza inhumana.

La solitaria nave de rescate descendió entre el rugido de los motores. Cuando Noret echó a correr para acercarse, la escotilla ya estaba abierta. Dos yihadíes de uniforme le hicieron señas con la mano para que se diera prisa. La nave ni siquiera tuvo tiempo de tocar el suelo.

—¡Vamos! ¡No queda mucho tiempo! —les gritó para que despegaran enseguida.

—¿Solo estás tú? —dijo uno de los hombres que lo recibió en la rampa—. ¿Y el resto de tu equipo? —El piloto no quería marcharse todavía.

—No hay nadie más. —Noret extendió una mano para que lo subieran—. La ojiva está colocada y preparada. Omnius ya tendrá robots tratando de desactivarla, pero no lo conseguirán... al menos no a tiempo. —Finalmente miró su cronómetro—. Faltan dos minutos para la detonación. ¡Vamonos!

Los yihadíes lo subieron de un tirón, asustados; cerraron la escotilla y gritaron para que el piloto los sacara de allí enseguida. La aceleración los hizo caer a todos de espaldas. La nave se dirigió a toda velocidad hacia el cielo de Ix.

Noret dejó escapar un suspiro de alivio y se apoyó en una mampara. Tuvo que protegerse los ojos y apartar la mirada de las portillas a causa de la deslumbrante nova que se formó con la explosión y que destruyó gran parte de la ciudad. Solo quedaría un cráter radiactivo y un Omnius eliminado.

Aunque les esperaban momentos muy duros y tardarían mucho en recuperarse, el pueblo de Ix se había librado de la supermente informática.

El ejército de la Yihad tendría que hacer un seguimiento y mantener aquel mundo recién conquistado bajo su protección. Pero, mientras tanto, Noret se permitió relajarse, con una sonrisa feroz. Ya había, cumplido su parte. Ahora la flota de naves de la Yihad tenía que derrotar a la flota robótica en órbita.

Había dado un importante golpe, aunque no lo suficiente para satisfacer la promesa de luchar por sí mismo y por su padre, y llenar el agujero que había en su corazón.

Jool Noret había sobrevivido para seguir causando estragos.

En su interior se agitaba el espíritu del guerrero Jav Barri. Noret había demostrado que era digno de ser un mercenario de Ginaz. Su padre y su *sensei mek*, Chirox, estarían orgullosos.

Pero aquello solo era el comienzo.



Capítulo 41

La escoria solo engendra escoria.

Omnius, archivos de datos de la Yihad

Cuando Ix se estremeció bajo la explosión nuclear que acabó con Omnius, el primero Xavier Harkonnen vio la ocasión de huir limpiamente con sus naves. Pero no lo hizo. Si huía, las máquinas pensantes recuperarían su base industrial y toda aquella ofensiva no habría servido de nada.

Sus naves permanecieron en una órbita geoestacionaria mientras el resplandor de la explosión atómica se iba desvaneciendo. Desde las veloces naves de reconocimiento, las kindjal, recibía informes regulares de las divisiones militares robóticas que se estaban concentrando para responder a la ofensiva terrestre, mientras los rebeldes de las catacumbas se reunían.

Xavier tenía la esperanza de que la destrucción de la supermente del planeta desorientaría totalmente a las máquinas pensantes. Por desgracia, los robots de combate eran lo suficientemente autónomos para arrojararse sobre el enemigo sin la supervisión de Omnius. Las naves enemigas dispersas empezaron a reagruparse. Según las transmisiones que habían interceptado, ahora había un cimek al mando. Uno de los titanes originarios.

«Malo.»

Xavier aún recordaba una de las primeras batallas en Bela Tegeuse, cuando el ejército de la Yihad se replegó, pensando que habían causado los daños suficientes para cantar victoria... Sin embargo, al final vieron que se habían retirado demasiado pronto y habían perdido hasta el último centímetro de terreno conquistado.

Habría sido una pena que la victoria de Ix también acabara en nada. Necesitaban las fábricas y los recursos de aquel planeta.

—Mantened las posiciones —ordenó a sus hombres en el puente de mando, y la misma orden fue transmitida al resto de naves.

Mientras observaba el flujo constante de naves de rescate que iban y venían a toda velocidad desde la superficie del planeta, Xavier era plenamente consciente de que el tiempo se agotaba. O luchaban o huían.



En las pantallas de proyección veía cómo las fuerzas enemigas se dirigían como enjambres de abejas furiosas hacia sus naves, inferiores en número y en armamento. Como militar, le habían enseñado a calcular sus posibilidades y a actuar en consecuencia, y, obviamente, en esta ocasión se imponía reducir las pérdidas al mínimo. No podrían contener una cantidad tan abrumadora de naves enemigas.

Solo tenía unos momentos para decidir. Luchar o huir.

El rostro de Serena apareció en su mente, y el de su hijo asesinado. Con un adversario tan brutal no tenían elección. Posponer las cosas solo llevaría a más muertes. Si no allí, en algún otro lugar. Tenían que detener como fuera a Omnius, estuvieran donde estuviesen.

—O todo o nada —musitó, lo bastante fuerte para que los hombres que había en el puente le oyeran—. No nos marcharemos hasta que Ix esté seguro. Hasta que la gente sea libre.

El acceso a las instalaciones de Ix hacía que el titán Jerjes tuviera más naves de guerra y más potencia de fuego a su disposición que la molesta flota de hrethgir, pero decidió no atacar. Todavía no. El enjambre de naves robóticas redujo velocidad, se desplazó a nuevas posiciones, más cerca del enemigo. Jerjes quería que el número de efectivos siguiera aumentando hasta superarlos de forma abrumadora, y asestar entonces un golpe demoledor. Machacaría a aquel desafiante ejército, igual que hacía a veces cuando aplastaba a algún molesto insecto humano bajo sus pies metálicos.

Le habría gustado que Agamenón pudiera verlo. Jerjes no era particularmente respetado como comandante, ni había dirigido directamente ninguna victoria desde la caída del Imperio Antiguo. Pero era un titán, y ahora que el Omnius-Ix estaba neutralizado, él era el único líder que había allí.

Jerjes se desplazaba por el espacio ataviado con su forma mecánica más imponente, un cuerpo con la forma de una inmensa ave prehistórica con una feroz cabeza acabada en punta, colmillos relucientes y sensores ópticos rojos, fieros como los ojos de un predador. Aquella forma voladora simulaba el movimiento de un cón-dor en vuelo, incluso en el vacío, pero era tan inmensa como una nave. Protegido en el interior, estaba el recipiente donde se conservaba el antiguo cerebro del cimek, que no dejaba de pensar en la gloriosa victoria que iba a conseguir contra los fanáticos hrethgir, y en la esperada admiración del general Agamenón. Durante siglos, Jerjes había tratado sin éxito de complacer a su comandante.

Con su cuerpo de rapaz, el titán iba de un lado a otro en el espacio, inspeccionando una tras otra las hileras de naves en formación de ataque. El áspero viento solar golpeaba contra los neocimek y las naves robot. Con tantas naves a su disposición, nada podía salir mal. Aniquilaría a los humanos.

—Las naves enemigas están en posición —informó un oficial neocimek por una de las líneas de comunicación en el lenguaje cifrado de las máquinas.



En ese momento detectó la presencia de una pequeña nave plateada y negra que se aproximaba, una nave de actualización que llegaba con la versión actual de Omnius. Jerjes dio orden de que esperara en los alrededores del sistema planetario, con el retén de naves de guardia. ¡Qué oportuna! En un solo día hasta podía reparar la pérdida de la supermente... ¡Qué gran triunfo!

Mientras el titán y otros neocimek esperaban bajo la protección de la flota robótica, sus naves avanzaron en formación de ataque hacia los humanos. Perfecto. Todo jugaba en su favor, así que Jerjes dio la orden.

—Al ataque. Todas las naves hacia la vanguardia. Después de lo que esos gusanos le han hecho a Omnius, no importan las bajas. Borrada del mapa a los hrethgir.

«Además —pensó—, siempre podemos construir más máquinas.»

Desde el puente de plazburbuja de su nave ballesta, Xavier tenía una perfecta panorámica del espacio, un cuadro engañosamente sereno de estrellas titilantes. Allá abajo, las franjas naranjas que surcaban la atmósfera del planeta señalaban la ruta de las naves de rescate yihadíes que volvían a toda velocidad junto a la flota espacial. Pero allí tampoco estarían seguras.

Xavier pensó en Octa y sus hijas, en sus tranquilas propiedades en Salusa Secundus, con sus olivares y sus viñedos. El recuerdo del viejo Manion y su dedicación a los vinos hizo que su corazón se llenara de afecto. Oh, cuánto deseaba sobrevivir a aquel día y volver a casa.

—Se están moviendo, primero —informó con nerviosismo una voz por el comunicador—. El número de naves enemigas ha aumentado. Son cinco veces más que nosotros, y creo que esta vez van en serio.

A través del plaz, Xavier vio que miles de naves plateadas se elevaban sobre la superficie curva de Ix. Eran tantas que superaban en número a las estrellas.

—Señor, solo la mitad de nuestras naves de rescate han regresado a los muelles de la ballesta. Las bajas son...

El primero le interrumpió.

—No quiero oír hablar de bajas todavía. —«Seguramente en unos minutos habrá muchas más.» Empezó a dar órdenes y a estudiar las imágenes tácticas de las diferentes pantallas del puente. Observó cómo las ballestas se colocaban en posición.

Los equipos de mercenarios habían cumplido con su misión; Xavier no permitiría que el ejército de la Yihad fuera menos. Los cascos de la ballesta se pusieron de un intenso color naranja conforme los sistemas de ataque se cargaban. Esperaba que los escudos estuvieran lo bastante fríos para aguantar un largo enfrentamiento y que el sistema intermitente de Tio Holtzman —que permitía activar y desactivar los escudos entre disparo y disparo— estuviera a la altura.



Por experiencia, Xavier sabía que a veces el éxito o el fracaso de una batalla depende más de la suerte que de la habilidad. Los escudos Holtzman los protegerían del ataque inicial de las naves robóticas, pero ni siquiera en sus previsiones más pesimistas había imaginado una cantidad tan increíble de naves enemigas de vanguardia. El enemigo podía golpear y golpear, y tarde o temprano las naves de la Yihad caerían, una a una.

—Aguantaremos todo lo que podamos, y atacaremos a la primera ocasión. —Trató que su voz sonara más valiente de lo que se sentía—. Los rebeldes de Ix se han enfrentado a situaciones mucho más duras, y han sobrevivido casi durante un año.

Allá delante, la flota enemiga se dividió en dos grupos, y un tercero se lanzó contra ellos a gran velocidad. El titán Jerjes habló por un canal abierto que sabía que los humanos interceptarían.

—Los hrethgir no podrán posponer durante mucho tiempo lo inevitable. Bloquead sus vías de escape.

Xavier había apostado sus naves más pequeñas en la vanguardia, y vio cómo cedían. Detrás de estas naves más pequeñas, los escudos superpuestos de las ballestas más grandes parpadearon imperceptiblemente para permitir que lanzaran una andanada de proyectiles que hizo retroceder al primer grupo de ataque robot y destruyó muchas de sus naves suicidas antes de que pudieran penetrar en sus líneas.

Inmediatamente después llegó un escuadrón de neocimek con estrambóticas formas aladas y de combate, encabezados por una enorme figura tan grande como una ballesta. Sin duda era el comandante titán. Las naves robóticas más grandes se agruparon para la segunda fase del ataque.

—Aguantad —dijo Xavier—. Que no abran ninguna brecha en nuestras líneas o estamos perdidos.

Pero cuando vio que las naves robóticas atacaban de nuevo, Xavier supo que no podrían aguantar el ataque. Pensó en la nave de su hermano Vergyl, destruida por los cimek en Anbus IV, y se vino abajo.

Alguien tendría que decirle a Emil Tantor que el único hijo que le quedaba había muerto.

En el interior del asteroide gigante controlado por Hécate, Iblis Ginjo se sentía nervioso. Esperaba que la cimek —teóricamente su aliada—, hiciera lo que había prometido.

La ornamentada figura de dragón se había retirado tras separarse del contenedor cerebral. Hécate había cargado su cerebro en el complejo sistema que controlaba la inmensa roca artificial que viajaba por las estrellas.



—Hécate, ¿qué pasa? —Iblis estaba en pie, con los puños apretados a los lados, mirando a su alrededor, a la sala de espejos donde estaba atrapada su nave. Notaba la aceleración del asteroide.

La voz femenina de Hécate tintineó por los altavoces ocultos en las paredes de roca.

—Estoy haciendo exactamente lo que me has pedido que haga, querido Iblis. Mira... tu «arma secreta» está a punto de golpear. Su risa era como el tintineo cristalino del hielo.

Una de las superficies planas de cristal brilló y se convirtió en una pantalla donde apareció el sistema planetario al que se estaban acercando a toda velocidad.

—Mira, hemos llegado a Ix. Y parece que tus miedos estaban totalmente justificados. ¡Qué desastre! El ejército de tu Yihad ha opuesto una gran resistencia; mira cuántas naves destruidas hay en órbita. Pero de todos modos están a punto de caer.

—¡Haz algo! —exigió Iblis—. Hemos invertido mucho para poder liberar a Ix. Nos ha costado años. Tenemos que vencer.

—Haré lo que pueda, Iblis —contestó ella con voz melodiosa—. ¡Señor, había olvidado lo impacientes que pueden ser los mortales!

Desde encima de la eclíptica, el asteroide gigante de Hécate se dirigió a toda velocidad hacia Ix. En las atestadas rutas orbitales, aquí y allá no dejaban de aparecer el destello de los cascos de las naves y las llamaradas de los proyectiles.

El comandante de la Yipol estudiaba la situación en la pantalla, en silencio pero muy concentrado. No mostraba ninguna emoción, no hablaba.

En cambio, Floriscia Xico no dejaba de moverse a causa de los nervios y la emoción.

—Pero ¿qué puede hacer este asteroide en una zona de batalla, Gran Patriarca? Hécate es solo una cimek frente a una flota entera.

Iblis no señaló que aquella roca voladora era lo bastante grande para destruir a todas las naves robóticas con un único impacto, aunque esperaba que el plan de Hécate fuera algo más elaborado que poner simplemente un rumbo de colisión.

—Tú mira y verás, sargento. Deja que la titán nos impresione con sus habilidades.

Una risa femenina tintineó por los altavoces.

—Realmente muy bajo he tenido que caer si lo más importante en mi vida es impresionar a un hombre como tú, Iblis Ginjo. Hago esto por mis propias razones... y creo que he encontrado una forma lo bastante dramática para volver a escena. Qué momento tan extraordinario. Aunque sin duda Juno despreciaría mi audacia.



Los propulsores con forma de cráter del asteroide brillaron y lo impulsaron a una velocidad aún mayor contra las máquinas que estaban machacando la flota de guerra de la Yihad.

— Ahora veréis qué puedo hacer con mis lanzadores cinéticos.

— ¡Los escudos empiezan a fallar, primero! — exclamó el oficial de armas.

Xavier ya se había dado cuenta, pero no podía hacer nada.

— Hemos perdido contacto con la tercera ballesta, señor. Los escáneres muestran destrozos, cientos de cápsulas de salvamento...

— Quiero un informe del estado de nuestras armas — dijo Xavier, negándose a sucumbir a la desesperación—. Seamos positivos. ¿A cuántos de esos bastardos podemos destruir antes de...?

De pronto, por detrás de la majestuosa y aterradora figura rapaz del titán al mando, Xavier vio un objeto enorme que se movía a gran velocidad y que procedía del exterior del plano orbital.

— ¿Qué demonios es eso ? Quiero un escáner preliminar.

— Parece... un asteroide, primero. Comprobando trayectoria y velocidad. ¡Es increíble! Es como si los dioses hubieran arrojado una piedra, y va directa hacia nuestro enemigo.

La imagen ampliada mostraba un pedrusco cubierto de cráteres que iba a toda velocidad hacia el apiñado ejército de máquinas. En la base de la pantalla aparecían la trayectoria, la velocidad y otros datos. Su masa era cien veces mayor que la masa agregada de las naves robóticas.

— Es imposible — dijo Xavier—. Ningún asteroide puede moverse así.

Detrás del intruso celeste, grandes cráteres brillaban como tubos de escape al rojo. Algunas de las naves enemigas cambiaron la ruta y se dispersaron, confusas ante la repentina y misteriosa aparición de aquel visitante. Un zumbido de comunicaciones cifradas asaltó a la roca, y las máquinas pensantes se pusieron a parlotear entre ellas e intercambiar datos apresuradamente.

A modo de respuesta, una lluvia de densos proyectiles esféricos brotó de los cráteres que había repartidos por la escarpada superficie, como balas de cañón con una velocidad increíble. Antes de que las máquinas pudieran contestar, las esferas cinéticas destruyeron dos de sus mayores naves.

Moviéndose como un toro salusano furioso, el asteroide se lanzó contra el grueso de la flota de máquinas. Era tan veloz como la más rápida de sus naves, pero su tamaño era mucho mayor. Con solo su impulso y su masa, el asteroide destruyó docenas de naves blindadas como si fueran insectos. Los neocimek fueron los prime-



ros en dispersarse, y cuando el titán con cuerpo de cóndor quiso retirarse, el asteroide le asestó un golpe lateral que lo mandó a una órbita extendida.

Los yihadíes gritaron confusos e incrédulos cuando vieron que el asteroide cambiaba repentinamente de rumbo y volvía a lanzarse contra las naves robóticas. Ante este nuevo y amenazador enemigo, la flota robótica disparó inútiles proyectiles explosivos a la superficie surcada de cráteres, sin provocar apenas daños. El misterioso atacante respondió con una nueva andanada de esferas de piedra maciza que causaron estragos.

Ninguna de las desesperadas naves de la Yihad fue alcanzada en aquel fuego cruzado.

Xavier no tenía tiempo para pensar qué estaban haciendo los Indos por él, ni cuestionó aquel giro inesperado de la fortuna. No podía quejarse por tener un aliado. No todavía.

Respiró hondo. Sabía que no había nada que sus soldados descaran más que salir de allí ahora que podían. Pero no dejaría que aquella batalla y los sacrificios que habían hecho los suyos fueran en vano.

—Reagrupaos y elegid nuevos objetivos. Ataquemos a las máquinas antes de que se recuperen. Estamos ante un momento decisivo.

Encabezando a los suyos con su nave insignia dañada y con los escudos protectores inutilizados, Xavier Harkonnen se lanzó a la batalla de cabeza, metiéndose entre las naves enemigas. Aquello era un riesgo, porque el misterioso atacante podía volverse contra ellos si quería.

Los neocimek llamaban desesperados a su líder titán, pero Jerjes iba a toda velocidad hacia el exterior del sistema, tratando de salvar su vida.

De pronto, el misterioso visitante interestelar, tras destruir la mitad de la flota mecánica él solito, se dio la vuelta y desapareció antes de que Xavier pudiera hacer ninguna pregunta o expresar su gratitud. Ahora le tocaba a él acabar el trabajo, y lo hizo con un gran despliegue de violencia.

Tras dejar atrás el tumulto de la batalla, el asteroide de Hécate se alejó del sistema ixiano con el increíble impulso que le daban sus motores de fusión.

—Bien, Gran Patriarca... creo que he cumplido con mi parte y te he demostrado lo que puedo hacer. He llegado en el momento oportuno.

—No los ha destruido a todos —dijo Yorek Thurr en voz baja pero con dureza.

Hécate habló con voz petulante.

—Oh, vuestro primero puede liquidar a los que quedan. No quisiera privarle de la satisfacción de una victoria.



—Has hecho un buen trabajo, Hécate —dijo Iblis Ginjo. Estaba impaciente por tener un informe completo de todo lo que la Liga podría hacer en aquel Planeta Sincronizado que acababan de capturar—. Las industrias de Ix darán un buen impulso a nuestros esfuerzos de guerra.

Floriscia Xico casi no podía contenerse.

—¡Ha sido increíble! Todos se pondrán muy contentos cuando sepan quién es nuestro nuevo aliado.

Iblis frunció el ceño al pensar en lo que acababa de decir la sargento. Trató de pensar en la mejor manera de llevar aquello, de integrar adecuadamente al cimek que había cambiado de bando en las estrategias de la Yihad. Los ojos de la sargento brillaban de alegría y fervor.

Thurr, que nunca retrocedía ante las decisiones difíciles, llegó enseguida a una conclusión. Sin alertar de sus intenciones a Iblis, se acercó a la entusiasta Xico por detrás.

—Has servido bien a la Yipol, Floriscia —le dijo con voz baja y tranquila al oído—. A partir de hoy estarás en la lista.

—¿La lista? —Arrugó la frente.

—De mártires.

Y le clavó una daga corta en la nuca, deslizando la punta entre dos vértebras para seccionar la médula espinal. La joven se quedó paralizada instantáneamente y murió sin apenas retorcerse ni sangrar. En la atmósfera de baja gravedad del interior del asteroide, el pequeño Thurr sujetó el cuerpo de la sargento hasta que la resistencia cesó; luego dejó que cayera al suelo pulido. Quedó tendida boca arriba, con los ojos muy abiertos.

Iblis se volvió hacia él, perplejo, furioso.

—¿Qué estás haciendo? Era una de nuestras...

—Es evidente que no habría sabido guardar silencio. ¿No se lo habéis notado en la voz? En cuanto hubiéramos llegado a Salusa, le habría faltado tiempo para contárselo a todo el mundo. —Aquel hombrecito pequeño y calvo alzó la vista y vio su reflejo en el millar de facetas de las paredes. Su mirada mortecina iba de un lado al otro—. Hécate es nuestra arma secreta. Nadie sabe ni debe saber de nuestra alianza con ella. Todavía no. Si sigue en el anonimato, seguiremos teniendo de nuestro lado el factor sorpresa. Esta titán será parte del golpe de gracia que asestaremos contra las máquinas pensantes.

Iblis miró al comandante de la Yipol y comprendió. Tenía toda la razón.

—A veces me asustas, Yorek.

—Pero nunca os decepcionaré —prometió.



Capítulo 42

Planes, esquemas, conversaciones... parece que nos pasamos la vida hablando, y nunca emprendemos acciones significativas. No debemos dejar de aprovechar nuestras oportunidades.

General Agamenón, cuadernos de batalla

Recuerdos.

Seurat tenía muchos recuerdos, ordenados y catalogados, listos para ser inspeccionados y analizados. Eran totalmente distintos de los recuerdos de los humanos, con su carácter aleatorio y asociativo. En cambio, si quería juegos de palabras o enigmas, él podía disponer de todos ellos al instante. Y si quería comprobar el efecto que tenían sus chistes en otras máquinas o en los humanos, también tenía archivos sobre ello. Y mucho más.

Pero por el momento nada de aquello le tranquilizaba. Se sentía extrañamente solo en su viaje por la larga ruta de actualización. En la biblioteca de su cerebro de circuitos gelificados llevaba un diario personal de experiencias que había ido recopilando durante sus viajes regulares de actualización por los diferentes Planetas Sincronizados. Sus informaciones tenían una amplia base, aunque no necesariamente profunda. El interactuaba con los mundos de Omnius a un nivel muy superficial, dentro de los parámetros que le exigían sus obligaciones.

Ahora, después de un inevitable retraso de un cuarto de siglo, su primera parada sería Bela Tegeuse, un planeta pequeño y relativamente poco importante de la red de Omnius. La encarnación de la supermente de allí sería la primera en recibir la versión de los pensamientos finales del Omnius-Tierra. Aunque la «actualización» de Seurat ya estaría muy desfasada, seguía conteniendo información vital, el registro de lo que sucedió realmente en aquel dominio aniquilado de las máquinas, las últimas y erróneas decisiones de la encarnación de la supermente.

En cuanto entregara su actualización en Bela Tegeuse, Seurat saldría a toda prisa hacia el siguiente mundo, y el siguiente. Y pronto todo volvería a estar en orden.

El robot estaba en pie en el puente de su nave de actualizaciones, escaneando el infinito de los sistemas estelares. Su pasado, su presente y su futuro estaban ahí fuera, en una secuencia de hechos supuestamente fiables, establecidos por las



exhaustivas descargas de la supermente. Pero las máquinas solo podían establecer programas con resultados probables, no con certezas. Las interacciones de Seurat con Vorian Atreides habían añadido un elemento imprevisto.

«Totalmente perturbador.»

En su cerebro de circuitos gelificados, Seurat encontró un pensamiento que no era suyo: un implante de Omnius, uno de los miles que había en sus bases de datos y que la supermente había creado para que fuera siempre por el buen camino.

«Pero yo tengo mis propios pensamientos.»

Seurat trató de reafirmarse y se produjo una breve lucha en su programación interna. Una avalancha defensiva de datos lo asaltó; eran implantes que Omnius había introducido para evitar que se desviara de su programación.

Dado que había trabajado en estrecho contacto con un humano de confianza, el robot había desarrollado una mayor flexibilidad, para poder relacionarse con aquellas criaturas irracionales. Tenía una rudimentaria base emocional que simulaba ciertos sentimientos básicos en los humanos, lo justo para interactuar con ellos.

Al menos eso es lo que se suponía, pero lo cierto es que Seurat añoraba la compañía de Vorian Atreides, los juegos de estrategia, las estimulantes bromas. «¿Cuántos humanos hacen falta para que aparezca una buena idea?» La broma bailaba en su consciente, y al final dio con la respuesta: «Nadie puede contar hasta una cifra tan alta, ni siquiera Omnius».

Vor nunca se había ofendido por sus sarcasmos, nunca había dado muestras de rebelión. Nada que indicara inquietud... hasta el violento levantamiento de los esclavos en la Tierra, cuando Vor dejó fuera de circulación a su capitán robot y secuestró el *Viajero Onírico*. ¿Tendría que haber notado algo? ¿Cómo es posible que Vor se hubiera vuelto contra el sistema que le había alimentado y convertido en adulto?

Un pensamiento intruso: «Espero que esté a salvo».

La nave de actualización entró en un pequeño sistema solar y se dirigió velozmente hacia el planeta gris azulado de Bela Tegeuse, un mundo tenebroso muy alejado de su sol, y donde el crepúsculo era tan luminoso como el día.

Después de haber visto la ruina radiactiva de la Tierra, Seurat se acercó al planeta con particular precaución. Estableció contacto por radio con las estaciones de tierra y utilizó realzadores de imagen para estudiar las condiciones de la superficie. Finalmente, tras ver que todo parecía normal, el robot piloto penetró en la atmósfera y aterrizó en la ciudad central de Comati, una base hecha de reluciente metal situada al pie de las frías montañas.

Robots de asistencia fueron a su encuentro por la pista de aterrizaje fundida y lisa. Dada la importancia de su misión, Seurat solicitó que actuaran con rapidez para poder seguir con su viaje de diseminación.



Con el equivalente mecánico de una reverencia, robots de actualización recibieron la gelesfera plateada —que durante tanto tiempo se había creído perdida— y transfirieron sus datos a un nódulo de Omnius, que a su vez descargaría la información desconocida a la red planetaria de la supermente. La versión procedió con eficacia y, en unos momentos, el Omnius de Bela Tegeuse absorbió la información perdida acerca de los últimos momentos de la Tierra.

—Seurat, has realizado un gran servicio a los Planetas Sincronizados —declaró.

A partir de ahí, la supermente planetaria hizo una copia de sus nuevos pensamientos desde la última actualización. El proceso era como una cinta transportadora, una pista continua en la que Seurat y los capitanes de otras naves de actualización llevaban la información de un planeta a otro, manteniendo la red informática lo más sincronizada posible.

Se le pidió que siguiera con su ruta enseguida, así que el robot despegó momentos después y dejó atrás Bela Tegeuse...

Pocas horas después de que Seurat quedara fuera del alcance de los sistemas de comunicaciones, empezaron los problemas. Una sucesión de crisis, fallos y desastres en cadena. Códigos de aterrizaje cambiados, sistemas de propulsión mal ajustados, peligrosas subidas de la tensión y enigmas lógicos que paralizaron la red y la infraestructura del planeta. El Planeta Sincronizado se inutilizó a sí mismo.

Pero Seurat ya iba de camino a la siguiente base de Omnius, ansioso por entregar su actualización, sin saber que estaba extendiendo como una plaga un código alterado, con tal rapidez que ninguna señal de alerta podría pasar entre los diferentes planetas.

—Inteligencia artificial no es el término adecuado —dijo Agamenón con un gruñido—. Incluso ordenadores tan avanzados como Omnius son estúpidos cuando se enfrentan a según qué preguntas.

—Y sin embargo, amor mío —señaló Juno—, nos han tenido esclavizados durante diez siglos. ¿En qué nos convierte eso?

Los titanes habían vuelto a reunirse en el espacio, otro encuentro secreto en el que participaba su conspirador adoptado, Beowulf. Los ojos espía estaban en una cámara separada de la nave, captando con sus objetivos imágenes cuidadosamente amañadas para engañar a Omnius.

Después de la confusión y los colapsos del sistema en Bela Tegeuse, al menos otros dos Planetas Sincronizados habían experimentado fallos generales espontáneos. Las encarnaciones de Omnius se volvían locas y cerraban el sistema. Los titanes tenían la sospecha de que se trataba de algún nuevo e incomprensible ataque del ejército de la Yihad. Agamenón observaba con cierto optimismo, ya que preveía mayores daños para Omnius.



—Aun así, sería bueno saber qué está pasando exactamente —señaló Dante—; tal vez entonces podremos utilizarlo en nuestro provecho.

—¿Y qué hay del misterioso enemigo que me atacó en Ix y eliminó a nuestra flota? —preguntó Jerjes. Su voz sintetizada tenía un tono quejumbroso. Había vuelto con su cuerpo de rapaz tocado, asustado e inquieto por la llegada inesperada del asteroide artificial—. Incluso después de la destrucción del núcleo de Omnius, podíamos haber ganado la lucha en el espacio, pero ese inmenso enigma lo estropeó todo. Sospecho que estaba controlado por un cimek. Creo... —Jerjes estaba nervioso—. Creo que quizá... quizá se trate de Hécate.

Algunos de los titanes expresaron su incredulidad. Beowulf, deseando intervenir, dijo:

—Hécate se fue hace siglos. Seguramente se murió de aburrimiento en el espacio.

—Era una necia y una egocéntrica —añadió Juno.

Haciendo salir una mano robótica de su hombro, utilizó los dedos mecánicos para ceñirse bien un adorno.

—Aun así —señaló Dante—, fue la única lo bastante inteligente para huir antes de que Omnius se hiciera con el poder. Ha conservado su independencia, y en cambio nosotros hemos tenido que servir a la supermente durante todo este tiempo.

—Puede que no tengamos que hacerlo durante mucho más —dijo Beowulf. Unas luces azules parpadearon con entusiasmo alrededor de su contenedor cerebral.

Dante tenía curiosidad.

—¿Qué pruebas tienes para pensar que se trata de Hécate, Jerjes? Teniendo en cuenta el número de neocimek que hemos creado a lo largo de los siglos, ¿por qué sospechas de ella y no de cualquier otro matón?

—¿Matón? —Juno parecía divertida.

—Lo sospecho porque cuando quedé dañado y me alejaba en el espacio, alguien se puso en contacto conmigo. Una voz femenina simulada. Transmitía a mi canal privado. Me conocía, me habló de Tlaloc y de los titanes, me llamó por mi nombre.

El general cimek ya había oído bastante.

—Estás conjurando viejos fantasmas para justificar tu fracaso. Y culpar al ejército de la Yihad no es suficiente para convencernos de que no eres responsable de la pérdida de Ix.

—¿Por qué siempre dudas de mí, Agamenón? Llevo mil años tratando de compensar mi error...

—Ni con un millón de años lograrías el perdón. Tendría que desmontar tus sensores externos y dejarte a la deriva en el espacio, ciego y sordo para la eternidad. Quizá Hécate te haría compañía.



Curiosamente, Beowulf trató de reconciliarlos.

—General Agamenón, no quedan ya muchos de los vuestros. ¿Tenéis que pelear entre vosotros? ¿No tenéis suficientes enemigos con Omnius y el ejército de la Yihad? No es esta la grandeza militar que esperaba de tan renombrado general titán.

Agamenón calló, furioso y perplejo. Los ojos espía seguían observando y grabando.

—Tienes razón, Beowulf—dijo por fin. A los que le conocían desde hacía tiempo les sorprendió ver que admitía su error—. Tendré tiempo de sobra para discutir mis agravios con Jerjes cuando recuperemos nuestra gloria.

—Y yo para demostrar mis aptitudes —dijo Jerjes.

—A pesar de mi incredulidad inicial —dijo Agamenón—, he recibido una confirmación por otras fuentes y quiero compartirla con vosotros. Jerjes tiene razón: parece ser que Hécate ha vuelto, pero en estos momentos no es importante... como siempre. —Se volvió hacia Beowulf—. Comparte tus ideas con nosotros. Los titanes llevamos generaciones hablando de nuestros planes. Oigamos la opinión fresca del miembro más joven del grupo.

—General, es posible convencer a otros neocimek como yo mismo para que se vuelvan en contra de Omnius si piensan que podemos vencer. Hemos conseguido muchas más cosas de las que creíamos en nuestros tiempos como humanos de confianza, pero mientras Omnius conserve el poder los neos no podemos ir más allá. En cambio, si hubiera una segunda Era de los Titanes, podríamos convertirnos en gobernantes por derecho propio.

—Pero si tan fácil es hacerles cambiar de bando, ¿realmente podemos confiar en ellos? —preguntó Juno—. Los neos eran siervos humanos a los que se ha recompensado convirtiéndolos en cimek. Le deben su capacidad física y su longevidad a Omnius, no a nosotros. Y eso puede crear una lealtad muy fuerte.

Agamenón hizo girar su cabeza, y sus fibras ópticas brillaron.

—¿Y por qué no reclutamos a más neocimek desde la base? Los podemos crear tomando candidatos que nos juren fidelidad a nosotros. Los titanes somos pocos, pero las posibilidades son muchas. Si encontramos la forma de que Omnius no lo descubra, podemos crear una fuerza de combate nuestra, con la seguridad de su total entrega, sin miedo a que nos traicionen.

Los otros titanes estuvieron de acuerdo, y Beowulf empezó a hablar de cómo poner en práctica su plan.

Agamenón no mencionó la duda que aún atenazaba su mente. No estaba tan convencido como decía, porque él había sido traicionado por su propio hijo, Vorian Atreides.

Después de eso, ¿hasta qué punto podía confiar en otros humanos?





Capítulo 43

Con la diversificación de la humanidad cabría pensar que la religión ha proliferado. Pues no. No hay ni mucho menos tantos dioses como antaño, solo más formas de adorarlos.

Iblis Ginjo, análisis privados

Profundamente conmovida por la pérdida de la pensadora Kwyna y sus devastadoras palabras y revelaciones, Serena Butler se tomó de forma más activa su papel de sacerdotisa de la Yihad. Durante los tres meses que el Gran Patriarca permaneció en Poritrin, Serena abandonó la soledad de la Ciudad de la Introspección y se mezcló con su gente.

Por primera vez desde hacía décadas, Serena empezó a mirar realmente a su alrededor. No por su propia seguridad, sino para hacerse una idea de las cosas que se hacían en su nombre.

En lugar de pronunciar discursos escritos por otros, tocar las cabezas de los suplicantes y visitar los hospitales militares para dar ánimos a los soldados heridos, empezó a tomar sus propias decisiones, a asumir riesgos y a preguntarse por qué había dejado de hacerlo durante tanto tiempo. «Esta es mi Yihad.» En el proceso, sintió que volvía a estar viva.

Cuando Iblis regresó por fin de Poritrin, Serena había revisado muchas de las políticas del Consejo de la Yihad. El Gran Patriarca estaba perplejo; no sabía qué pensar. Serena le habló de sus logros, sonriendo, y vio que el hombre luchaba con sus emociones.

Ella sabía cómo debía mirarlo en aquellos momentos: con sus penetrantes ojos color lavanda, como si leyera en su interior con mucha más claridad de lo que lo había hecho en más de dos décadas. No importaba que Iblis hubiera acaparado el papel de líder, porque estaba atrapado por sus propias palabras. Llevaba décadas diciendo que ella era la promotora de la Yihad, así que ahora no le quedaba más remedio que aceptar su voluntad de implicarse más activamente.

Y sin embargo, era evidente que a Iblis Ginjo no le gustaba la situación que se había encontrado a su regreso de Poritrin...

Serena asistió con él a una importante reunión del Consejo de la Yihad en el interior de una segura torre construida como anexo del viejo edificio del Parlamento.



Los oficiales del ejército iban ataviados con sus uniformes verdes y carmesí, y estaban sentados junto a funcionarios y asesores militares y de industria. También había representantes planetarios, y el maestro Shar, que solo tenía un brazo y hablaba en nombre de los mercenarios veteranos de Ginaz.

En un rincón, Serena también vio al frenético mercader tlulaxa Rekur Van, que con tanta generosidad había suministrado a la Yihad órganos y tejido humano trasplantado de las misteriosas granjas de órganos. Aquel pueblo enigmático y reservado había respondido a su llamada cuando les pidió ayuda para los veteranos de Anbus IV. Después de todo, los tlulaxa eran humanos. Extraños, pero humanos.

El día anterior, Xavier Harkonnen había regresado con los supervivientes del contingente que había luchado en Ix, algo aturdido por la virulencia del combate, pero victorioso. En el planeta había quedado un contingente de soldados, grupos de rescate, ingenieros de apoyo y personal médico cuya misión sería peinar las ruinas de las ciudades ixianas y establecer una fuerte presencia de la Liga en la zona. Pero aún necesitaban urgentemente tropas defensivas.

Y el caso es que las noticias que Xavier traía eran sorprendentes: la victoria sobre las máquinas demoníacas. Para felicitarlo, Serena le dio un casto beso en la frente, aunque lo único que consiguió fue incomodarle. Ahora, en la mesa de reuniones, el primero estaba rígido, con su rostro delgado muy serio, como si no acabara de creer que estaba vivo.

Ni siquiera Serena recordaba ya al joven y atrevido oficial que tenía grandes planes para su vida; el hombre que había salvado a Zimia del primer ataque de los cimiek hacía veintiocho años. En aquel entonces ella era una joven optimista y enamorada, totalmente ajena a los horrores y responsabilidades que el universo podía imponer a una persona...

En la pared de enfrente había un cuadro piadoso del pequeño Manion, con la aureola, un inocente cuya expresión parecía reflejar los ojos de todos los humanos. Como símbolo, desde su muerte el niño había conseguido mucho más que la mayoría de hombres en toda su vida.

Ya era hora de llamar al orden. Apoyando las manos en la madera granulosa, Serena se puso en pie a la cabeza de la mesa larga y pulida.

Sin preguntar, había ocupado el asiento que normalmente se reservaba al Gran Patriarca, así que Iblis se sentó a su izquierda y sonrió con reverencia mientras ella hablaba, aunque se permitía fruncir ligeramente el ceño cuando volvía la cara y miraba hacia otro lado.

Dos tenientes de la Yipol estaban sentados en silencio, apoyados en la pared. Vestían de paisano y había en ellos una dureza que a Serena no le gustaba.

Con los años, Iblis Ginjo había impuesto muchos cambios, con ayuda de su Yipol, cada vez más poderosa. Tiempo atrás, debido al gran número de bajas que hubo en



la matanza de Honru por culpa del mal trabajo de la inteligencia, Iblis ordenó una investigación. El joven, inteligente y ambicioso detective Yorek Thurr fue el encargado de llevar el caso, y encontró pruebas contundentes de que algunos humanos desleales habían difundido deliberadamente falsas informaciones.

Tras la formación de la policía de la Yihad, Yorek Thurr ascendió rápidamente en la escala de mando gracias a su intuición para descubrir traidores vinculados insidiosamente a Omnius. Después, las sucesivas purgas de sospechosos hicieron que se impusiera una fuerte vigilancia sobre la población, y provocaron una gran paranoia.

Serena, protegida en la Ciudad de la Introspección, apenas había reparado en los cambios, y ahora se lo reprochaba a sí misma.

Durante años, ajena al mundo exterior, se había dedicado a pronunciar discursos grandilocuentes, a enviar a grupos de combate y a propiciar ofensivas desesperadas contra Omnius... cualquier cosa que Iblis dijera. Había ofrecido su amor y su determinación a la causa, pero ¿había plantado sin querer las semillas para un gobierno en el que la crueldad de las máquinas era sustituida solo por la ambición?

Y había otras cosas que la preocupaban. Sobre todo, la poca importancia que había dado al gran número de vidas humanas que estaba costando aquella guerra, lo que Iblis llamaba «pérdidas comprensibles» o «costes aceptables», como si las víctimas de carne y hueso no fueran más que estadísticas. Aquello *parecía* más propio de la mentalidad de una máquina que de un humano, y así lo dijo a Iblis y a los demás.

Serena, alta y fuerte, trató de imponer el orden en la sesión del Consejo.

—Después de meditar y debatir largamente con mis consejeros, debo anunciar un nuevo amanecer para nuestra Yihad, una luz al final de este largo y oscuro túnel que ha tenido sometidos a los humanos.

Iblis se sintió perturbado por sus palabras, pero permaneció sentado con las manos cogidas sobre la mesa, mientras en su cerebro las ruedas giraban y giraban buscando la forma de adelantarse a cualquier sorpresa que Serena pudiera tenerle preparada.

—Es hora de que busquemos un nuevo enfoque para mi Yihad. Nuestro Gran Patriarca ha hecho un trabajo magistral al convertir nuestra lucha en la afilada arma de una guerra santa. Pero desde que huí de Omnius y volví a Salusa, no he sido tan eficiente como debiera.

Se oyeron murmullos de desacuerdo, pero Serena levantó una mano para acallarlos.

—No tendría que haber permitido que unos pocos intentos de asesinato me llevaran a esconderme. Iblis Ginjo solo quería protegerme, pero al aislarme he puesto gran parte de la carga del liderazgo sobre sus hombros. —Le sonrió con expresión bondadosa—. He sido injusta con él, que ha hablado en mi nombre en muchas de



estas reuniones. De ahora en adelante, pienso tener un papel más activo en las decisiones cotidianas de la guerra. Desde hoy ocuparé mi lugar como líder legítima del Consejo de la Yihad. Iblis merece un poco de descanso.

El Gran Patriarca se sonrojó por la sorpresa y el disgusto.

—No es necesario, Serena. Estoy orgulloso y deseoso de...

—Oh, sigue habiendo muchísimo trabajo para vos, querido Iblis. Os prometo que no dejaré que os volváis gordo y feo.

Se oyeron algunas risitas, pero los oficiales de la Yipol no sonrieron. Rekur Van parecía desorientado, como si aquella reunión no tuviera nada que ver con lo que esperaba. Su mirada fue de un lado a otro, luego se posó en Iblis. Los dos hombres se miraron con inquietud.

Serena dedicó una mirada significativa al cuadro de su hijo.

—Sin embargo, el tiempo que he permanecido en la Ciudad de la Introspección no lo he dedicado solo a relajarme. Después de años de profundos debates filosóficos con la pensadora Kwyna, he aprendido mucho... y ahora tendré ocasión de poner en práctica esos conocimientos.

Sin querer, cerró los ojos un momento. Todavía estaba impresionada por el suicidio de Kwyna, por su desconexión voluntaria. Tantos conocimientos y tanta experiencia perdidos... pero la antigua filósofa también había aludido a la existencia de otros pensadores aislados que habían elegido vivir en metafóricas torres de marfil sin preocuparse por la lucha que se extendía por toda la galaxia.

—He decidido que desarrollaremos un plan más exhaustivo para seguir con esta gran Yihad. Un plan diseñado para que nos dé la victoria. Debemos hacer uso de cada mente y cada idea que estén al servicio de nuestra guerra santa. —Vio que los ojos de Xavier se iluminaban, decididos a hacer todo lo que ella le pidiera, a él y a sus soldados. Se puso derecho en su asiento, listo para escuchar su nuevo plan.

—Nuestros objetivos siguen siendo los mismos. Destruir todas las encarnaciones de Omnius.



Capítulo 44

Arrakis: Allí los hombres veían grandes peligros, y grandes oportunidades.

Princesa Irulan, en Paul de Dune

«Ah, los beneficios tienen que seguir fluyendo», pensó Venport. Aun así, le habría gustado estar en cualquier sitio que no fuera Arrakis.

Iba sentado en la parte de atrás de un ruidoso y primitivo vehículo terrestre que avanzaba por una ruta de caravanas y que había salido del poblado de cuevas donde había dejado al naib Dhartha. Venport miró atrás y vio el perfil aserrado de una formación rocosa recortada contra el intenso color naranja del crepúsculo. Llevaba un cuaderno apoyado en el regazo, y no dejaba de tomar notas, consciente de que tendría que permanecer allí al menos dos meses más, mientras Tuk Keedair se quedaba en Poritrín con Norma. La echaba de menos.

El intenso sol penetraba por las ventanillas de plaz del vehículo y en el compartimiento de pasajeros hacía demasiado calor. Pensando si no se habría averiado el sistema de refrigeración, Venport olfateó el aire agrio y frunció el ceño al ver el polvillo marrón que parecía rezumar por las grietas y las juntas como si fuera un ser vivo.

«¿Por qué no podía haber especia en algún otro planeta, en cualquier sitio menos aquí?»

En compañía de Dhartha, Venport había visitado campamentos de recolección de especia, incluido uno que recientemente había sido atacado por los bandidos. Le asustó ver los estragos que aquellos ataques causaban en el material, y la gran cantidad de melange que se perdía. Uno de los tenientes del naib les contó que había escapado por muy poco durante un angustioso ataque. La experiencia le había impresionado tanto que no hacía más que contar fantásticas historias acerca de los forajidos, como si fueran sobrehumanos.

Durante años, Dhartha había evitado dar respuestas claras, pero hacía ya tiempo que Venport y Keedair sospechaban algo parecido. Cuando lo enfrentaron a la evidencia de la irregularidad en la entrega de los cargamentos, el naib no pudo seguir negándolo. Ahora que había visto personalmente los resultados de uno de esos ataques, Venport empezó a sospechar hasta qué punto les estaban perjudicando



aquellos forajidos. Dos horas antes, cuando estaba en lo que quedaba de uno de los campamentos arrasados, había mirado al líder zensuní con el ceño fruncido.

—Las cosas tienen que cambiar, y rápido. ¿Lo entiende?

El rostro aguileño de aquel hombre del desierto siguió impertérrito.

—Yo lo entiendo, Aurelius Venport. Quien no lo entiende es usted. Este problema incumbe solo a mi pueblo. No puede venir aquí y decirnos cómo llevar nuestros asuntos.

—Puedo pagaros mucho dinero. Se trata de negocios, no de un insignificante problema tribal. —Y se preguntó, aunque no lo dijo, si detrás de aquellos actos de sabotaje no estaría alguno de sus competidores en el negocio. Pero ¿cómo iban a saber que tenían que ir allí?

Tras decir aquello, Venport vio que algunos de aquellos agrestes zensuníes lo miraban con expresión sombría y amenazadora, e intuyó el peligro. Los dos guardas que había contratado se pusieron tensos, porque el naib se arrancó el grueso pañuelo de la cara con gesto furioso y lo arrojó al suelo con desprecio... era un regalo que le había hecho Tuk Keedair. Dhartha solo tenía que dar un grito o hacer una señal, y sus hombres acabarían con Venport y sus guardas sin problemas.

Pero el mercader no dio muestras de tener miedo. Aurelius habló con firmeza, sin intimidar.

—He invertido mucho en esto, naib Dhartha, y me niego a perder beneficios por culpa de unos vándalos. Vuestros gastos han aumentado mucho en estos últimos años, y los cargamentos de melange ya no satisfacen la cantidad que prometéis. Un hombre de honor cumple con su palabra.

Dhartha estaba furioso.

—¡Soy un hombre de honor! ¿Acaso insinúa lo contrario?

Venport calló un momento para causar mayor impresión, y luego dijo:

—Entonces no será necesario que volvamos a hablar de ello.

Aunque habló con valentía, su pulso se aceleró. Aquella era gente dura, y Venport acababa de enfrentarse a su líder respondiendo a la fuerza con más fuerza. Ese era el único lenguaje que entendían, junto con el de los beneficios. Venport ya se había dado cuenta de hasta qué punto el naib Dhartha dependía de los productos extraplanetarios, y aquella gente era ahora bastante más blanda que cuando la conoció hacía años. El cambio era tan drástico que, de hecho, dudaba que pudieran volver a las miserables condiciones de subsistencia en las que vivían antes de comerciar con la especia.

Luego, deseando alejarse de aquella amenazadora aldea de cuevas, hizo una señal a sus guardas y volvió a toda prisa al vehículo terrestre que estaba esperando.



Venport volvió a mirar por la ventanilla trasera, preocupado por la posibilidad de que los zensuníes lo siguieran con un escuadrón de asesinos del desierto.

Avanzaban dando tumbos por el terreno irregular al pie de los riscos. El conductor nativo iba sentado en lo alto del vehículo, en un compartimiento polvoriento, junto a los dos guardas. A veces los surcos que señalaban el camino en el suelo endurecido desaparecían, pero el conductor seguía, como si lo guiara su instinto. Rodearon unas grandes dunas y, finalmente, Venport vio una ciudad a lo lejos. Más relajado, miró su cuaderno y se concentró en las estimaciones numéricas. Se rascó la cabeza, mientras estudiaba una columna de números.

Después de confirmar los cálculos de Norma acerca del dinero que necesitaría para desarrollar el prototipo gigante de su nave, Venport hinchó las estimaciones por precaución y ordenó a los contables de VenKee que llevaran detallados libros con el desglose de todos los gastos. Convencido de que Norma ni siquiera se daría cuenta, Venport añadió categorías adicionales de gastos basándose en su experiencia en los negocios. Keedair supervisaría la cuestión económica desde Poritrin.

En el conjunto de VenKee Enterprises, el proyecto de Norma aún no había provocado ningún cambio importante, aunque la concesión a lord Bludd de parte de los beneficios de los globos de luz le estaba saliendo muy cara. Norma solo necesitaba algunos edificios donde investigar, un grupo de esclavos a un precio razonable, algo de dinero para sus pequeños gastos y una vieja nave. Pero, a pesar del coste, Venport se prometió proporcionar a Norma el capital. Su corazón le decía que debía hacerlo.

El vehículo terrestre topó con un profundo surco y dio un bandazo. El cuaderno de Venport cayó de su regazo. Lo recogió con el ceño fruncido y le sacudió el polvo. Detestaba aquel planeta sucio y polvoriento, pero estaba atrapado allí. Sus pensamientos se perdieron...

La noche antes de irse de Poritrin para estar fuera durante casi un año, Venport fue a hablar con Norma Cenva. Quería decirle adiós... y otras cosas. La idea seguía sorprendiéndolo, pero a pesar de ello, sabía que estaba haciendo lo correcto.

Mucho más abajo, el afluyente del Isana pasaba borboteando por el cañón en su viaje hacia la corriente más lenta pero poderosa del río principal. El gran almacén estaba bien iluminado, por dentro y por fuera, e intensos globos de luz emitían un resplandor deslumbrante desde las esquinas del edificio. Reptiles voladores revoloteaban velozmente alrededor de las luces capturando insectos.

Hacía días que Keedair había aterrizado con la nave de prueba en el hangar, y las cuadrillas de obreros de la construcción ya habían terminado su trabajo en las instalaciones. Los barracones para los esclavos ya estaban terminados y acondicionados, y ya se habían asignado las primeras cuadrillas.



Llevaron hasta allí maquinaria pesada, mesas taller y equipos de soldadura, junto con todas las herramientas que se le ocurrieron a Venport. En el interior del gran hangar, el carguero bulboso descansaba sobre su soporte, anclado por unos cables. A Venport le recordaba a un paciente anestesiado al que van a operar... y era Norma quien obraría el milagro.

La bondadosa y entregada Norma. La conocía casi desde que nació... ¿cómo podía haber estado tan ciego?

Aquella cálida noche de luna, Venport cruzó la zona de investigación. En el interior, Norma se había instalado en tres de las oficinas más grandes, que anteriormente pertenecieron a los administradores de la antigua mina. Aunque Venport se había asegurado personalmente de que tuviera unas habitaciones confortables en uno de los edificios exteriores, Norma casi nunca estaba allí.

Siempre había trabajado de forma obsesiva, y ahora que podía realizar su sueño mucho más. A pesar de las importantes inversiones que había hecho en el proyecto, Venport sabía que Norma necesitaría tiempo antes de poder probar la nave, seguramente más de un año.

Pero ¿qué es un año cuando se mira el conjunto? Aun así, a Venport le parecía demasiado tiempo para estar lejos de ella.

Llevaba un ramo de rosas frescas procedentes de los jardines privados de lord Bludd en Starda, aunque parecía que a Norma no le importaban mucho esas cosas. Venport no acaba de creer lo que estaba haciendo... pero era lo que quería.

Como siempre, se veía luz en las habitaciones de cálculos de Norma. Era muy tarde, y sin embargo, ella seguía absorta en sus ecuaciones y sus inventos. Venport meneó la cabeza con tristeza, pero sonrió. Nunca era buen momento para ir a hablar con Norma. Estaba igual de ocupada a cualquier hora del día; a veces pasaba días enteros sin dormir; comía y bebía lo justo para seguir adelante.

Pero así era Norma. Y no esperaba cambiarla.

No obstante, tenía que decirle lo que sentía. Supuso que le sorprendería tanto como le había sorprendido a él. Siempre la había tenido cerca, había aceptado alegremente su baja estatura y sus rasgos bastos, sin verla en ningún momento como mujer.

¿Por qué no se había dado cuenta antes? Durante años había sido el compañero reproductivo de la escultural y hermosa jefa de las hechiceras de Rossak, había permitido que lo tratara como una mascota. ¿Y adonde le había llevado eso? La belleza exterior de Zufa no se reflejaba en su corazón, en cambio Norma tenía toda su belleza en su interior.

Venport llamó solemnemente a la puerta de las salas de cálculos, mientras repasaba en silencio lo que quería decir. No esperaba que le abriera enseguida, así



que probó si la puerta estaba abierta. La puerta se abrió y Venport entró lentamente. Sentía los nervios en el estómago, ¡como si fuera un adolescente!

Norma estaba sentada en una silla flotante ajustable que la mantenía a una altura adecuada ante la mesa de trabajo. Las mesas y las sillas normales nunca le iban bien. A Venport le maravillaba pensar lo bien que se las arreglaba a pesar de vivir en un universo pensado para gente físicamente más grande, y sin quejarse. Su increíble intelecto compensaba de sobra su falta de estatura. A ella no le importaba, así que ¿por qué iba a importarle a él?

Venport se dio cuenta de que había muchas razones para que la apreciara más que a una amiga. Durante mucho tiempo lo que sentía por ella se pareció más al amor por un hijo, y no sabía muy bien cuándo se produjo el cambio. Sí, él era diez años mayor, y había sido el compañero de apareamiento que había elegido su madre. Pero ¿qué importancia tenía una década? Unos cuantos miles de días. No gran cosa. El apreciaba a Norma por lo que era, y creía que había llegado el momento de hablarle abiertamente de sus sentimientos.

Al principio, Norma estaba tan absorta que no se dio cuenta de que él estaba allí. Durante unos momentos, Venport permaneció en pie a su lado, con las flores en la mano, estudiándola. El delicado aroma de las rosas de Bludd impregnaba sus fosas nasales. Había sujetado cuidadosamente una piedra de soo a los tallos, la misma gema cara que en una ocasión trató de regalar a su madre. Pero Zufa Cenva miró aquella fruslería con forma de huevo con el ceño fruncido y despreció sus supuestas cualidades para centrar la mente y los pensamientos. La hechicera insistió en que no necesitaba ninguna ayuda. Seguramente Zufa era incapaz de apreciar un gesto que viniera del corazón.

En cambio, Norma vería que la piedra de soo y las rosas eran hermosas, algo precioso. Y sabría apreciar la intención con que se las llevaba.

Si al menos pudiera llamar su atención.

Pero ella, como un caballo con anteojeras, seguía con la vista fija en la larga hoja llena de números. Cada pocos segundos, introducía una leve modificación en el documento.

—Te quiero, Norma Cenva —soltó finalmente—. Cásate conmigo. Es lo que quiero, de verdad.

Ella siguió trabajando, como si hubiera cerrado todos sus sentidos al exterior, salvo el de la vista. Parecía tan embebida, tan... hermosa en su concentración. Con un suspiro, Venport empezó a andar por la sala observándola. Finalmente Norma se despezó un poco. De pronto lo miró, pestañeando.

—¡Aurelius! —No se había dado cuenta de que estaba allí.

Venport sentía que tenía la cara caliente, pero se armó de valor.



—Tengo una pregunta importante que hacerte. He estado esperando el momento más oportuno. —Le ofreció el ramo de flores; ella lo acercó a su rostro, aspirando su dulce aroma, y luego observó las flores, como si nunca se hubiera fijado en las rosas. Con suavidad, tocó la extrañamente maravillosa piedra soa sujeta a las flores y admiró la profundidad de sus colores como si fuera el mismísimo universo. Entonces sus ojos marrones le miraron con expresión inquisitiva.

—Quiero que seas mi esposa. Te quiero. Supongo que es evidente desde hace mucho tiempo, pero no había querido admitirlo.

Norma tardó unos momentos en comprender lo que le estaba diciendo; sus ojos se llenaron de lágrimas, de sorpresa e incredulidad.

—Pero Aurelius... sabes que nunca he pensado en esas cosas. Amor, cortejo... incluso sexo. No he tenido ninguna experiencia, ni la oportunidad. Son... —trató de encontrar las palabras— conceptos extraños para mí.

—Por el momento solo tienes que pensarlo. Eres la persona más inteligente que conozco. Sabrás encontrar la mejor solución. Confío en ti. —Sonrió con afecto.

Ella se sonrojó complacida.

—Esto es... tan inesperado. Nunca habría pensado que...

—Norma, mañana me voy. No podía esperar. Tenía que preguntártelo.

Ella siempre lo había visto como un amigo, un apoyo, como un hermano mayor. Pero nunca se había planteado un amor más profundo entre ellos... no porque no quisiera, sino porque jamás había imaginado aquella posibilidad. Se miró las manos pequeñas, los dedos chatos.

—Pero... ¿yo? No soy una mujer atractiva, Aurelius. ¿Por qué quieres casarte conmigo?

—Te lo he dicho.

Ella apartó la mirada. Aquello era demasiado para asimilarlo de una vez. Sus pensamientos eran un torbellino. Era perturbador. Ya ni siquiera se acordaba de los cálculos que tenía en la cabeza hacía unos momentos.

—Pero... tengo demasiado trabajo que hacer, y no sería justo para ti. No puedo permitirme... distracciones.

—El matrimonio conlleva sacrificios.

—Un matrimonio basado en el sacrificio solo puede llevar al resentimiento. —Sus ojos se encontraron con los de él, y Norma meneó la cabeza con obstinación—. No nos precipitemos. Tenemos que sopesar todas las implicaciones.

—Confía en mí, Norma. Esto no es un experimento en el que puedes controlar los diferentes factores con antelación. Yo también soy un hombre ocupado. Y sé que tu trabajo significa mucho para ti. Mis obligaciones con mi empresa nos mantendrán



alejados durante largos períodos, pero eso también te dará el tiempo que necesitas para trabajar. Por lo menos, piénsalo con la cabeza pero deja que el corazón decida.

Ella sonrió y entonces, sobresaltada, bajó la vista a un calendario que tenía sobre la mesa.

—Oh, ¿tan pronto tienes que partir hacia Arrakis?

—Así tendrás tiempo para pensar. Hemos esperado muchos años; puedo esperar un poco más. Si dices que tendrás en cuenta mi propuesta, sé que la estudiarás con la mayor diligencia posible. —Venport soltó la suave y lisa piedra de soo y se la entregó—. Entretanto, ¿querrás aceptar este regalo como muestra de nuestra amistad?

—Por supuesto. —Sus dedos acariciaron la superficie lisa y nacarada de la piedra. Norma sonrió con pesar—. ¿Lo ves? Ya me has distraído. Aunque es agradable. Aurelius, ¿de verdad soy tan despistada que no había reparado en tus sentimientos hacia mí?

—Sí. —Venport sonrió—. Y te lo prometo, cuando vuelva, mis sentimientos no habrán cambiado.

Ahora, a muchos meses de distancia de Poritrin y de Norma, Venport se desplazaba por el desierto de Arrakis en una aeronave de exploración, acompañado por sus guardas mercenarios. No necesitaba al naib Dhartha en aquella expedición. Su atención estaba puesta en el paisaje monótono.

Su larga experiencia le hacía pensar en términos de control de costes. Siempre buscaba la forma de evitar intermediarios derrochadores en sus diferentes empresas. El acceso directo era la clave de unos buenos beneficios, tanto si se trataba de productos farmacéuticos, como de globos de luz o melange.

Hasta ese momento, dado que los zensunies estaban dispuestos a correr riesgos y decían conocer los duros territorios de Arrakis, Venport y Keedair habían evitado organizar ellos mismos las operaciones de recolección. Pero ¿y si VenKee Enterprises contrataba a trabajadores externos y dirigía aquellas operaciones directamente, saltándose al naib Dhartha y todos los problemas que conllevaba?

La aeronave se sacudió al pasar por unas turbulencias. En el compartimiento de al lado, los mercenarios insultaron al piloto que Venport había contratado en el puerto espacial de Arrakis City, pero el hombre no les hizo caso. Gueye d'Pardu era un extraplanetario que emigró a Arrakis muy joven y se hizo guía, aunque no tenía mucho trabajo en aquel planeta tan aislado. D'Pardu había prometido encontrar «arenas de especia» exóticamente bellas para Venport.

En el horizonte, el polvo oscurecía el sol de primera hora de la mañana e impedía que se filtraran sus colores. El altavoz del compartimiento del pasajero chisporroteó a causa de la estática: el piloto se dignó dirigirse a ellos.



—Tenemos una tormenta ahí delante. El satélite meteorológico indica que se aleja en dirección al Tanzerouft, así que en principio no nos afectará. Aunque conviene que estemos al tanto.

—¿Qué es el Tanzerouft? —preguntó Venport.

—El desierto profundo. Es una zona muy peligrosa.

Durante una hora siguieron avanzando. La aeronave se deslizó siguiendo la línea de la cordillera rocosa, luego giró en dirección al sol rojizo y salió a la extensión descubierta del desierto.

En la aldea, Venport había oído cómo los nativos hablaban de Arrakis como si fuera un ser vivo con su propio espíritu. La idea le había hecho gracia, pero ahora, mientras volaban sobre las dunas, se preguntó si aquella gente no tendría razón. Tenía una extraña sensación, como si alguien le observara. Él y los pocos hombres que le acompañaban estaban aislados allí. Eran vulnerables...

El paisaje tostado empezó a cambiar y reveló remolinos de color marrón óxido y ocre.

—Arenas de especia —dijo D'Pardu.

Con sus carnes fofas y la papada, el guía parecía fuera de lugar en un planeta donde la mayoría de la gente parecía desecada.

—Da la sensación de que algo ha levantado la tierra —señaló Venport—. Supongo que es el viento.

—En el desierto es mejor no suponer nada —dijo D'Pardu.

En una parada, por una de las ventanillas Venport vio una figura sinuosa que se desplazaba sin esfuerzo entre las dunas. Las arenas se movían, como si acabaran de despertar de un prolongado sopor. Un escalofrío recorrió su columna.

—¿Qué demonios es eso? Dioses... ¿son gusanos de arena? —Se inclinó hacia delante asombrado. Había oído hablar de aquellas enormes bestias, que causaban casi los mismos estragos que los forajidos entre las cuadrillas de recolectores de especia, pero jamás había visto ninguna.

El guía frunció el ceño, mostrando nuevas arrugas en su cara arrugada y ajada.

—Demonios del desierto.

Allá abajo, la sinuosa y grisácea bestia se ondulaba como una hilera de colinas vivientes, levantándose por encima de las dunas y volviendo a sumergirse a una velocidad increíble, al paso de la aeronave.

—¡Miradle la espalda! —exclamó uno de los guardas—. ¿Habéis visto esas figuras? ¡Son personas! ¡Hay personas montando a los gusanos!

—Es imposible —dijo D'Pardu con un suspiro, pero siguió mirando y se quedó sin palabras.



El polvo los alcanzó y emborronó el paisaje, pero a Venport aún le parecía ver las diminutas figuras, pequeñas motitas... humanos, sin duda. Era imposible domesticar a aquellos monstruos.

D'Pardu gritó:

—Será mejor que nos vayamos. Tengo un mal presentimiento. —Las ráfagas de viento empezaron a zarandear la nave.

Venport estaba totalmente de acuerdo con el guía.

—Sí, sácanos de aquí.

La aeronave dio media vuelta y volvió hacia Arrakis City. La tormenta de arena los persiguió como si fuera un cielo vivo y sensible, y ellos se aventuraron por lugares desconocidos. Durante todo el camino los guardas estuvieron charlando de lo que habían visto. Esa noche, en los bares del puerto espacial, quienes les escucharan seguramente se reirían de su historia.

Pero Venport lo había visto con sus propios ojos. Si los beneficios de la melange no fueran tan grandes, jamás se habría arriesgado a hacer negocios allí. ¿Quién era capaz de enfrentarse a una gente que podía sobrevivir en un sitio dejado de la mano de Dios?

«¡Cabalgan gusanos gigantes!»



Capítulo 45

Nada es nunca lo que parece. Con las ecuaciones adecuadas, puedo demostrarlo.

Norma Cenva, Filosofía matemática

Ahora que ya no trabajaba para él y no la tenía pegada a sus faldas, a Tío Holtzman no le sorprendió que Norma Cenva hubiera caído en el olvido tan deprisa. No había vuelto a pensar en ella desde hacía un año, desde que Aurelius Venport negoció la finalización de sus servicios para él. Holtzman sonrió. «Menudo hombre de negocios.» ¿En qué estaría pensando?

Aunque Norma tenía una incomparable experiencia matemática y científica, sencillamente, era incapaz de ver las posibilidades de sus propios descubrimientos. El genio solo es una parte de la ecuación; también es importante saber qué hacer cuando descubres algo significativo. Y ahí es donde Norma siempre había fallado.

Ah, bueno, ahora trabajaba por su cuenta, ya no era una carga económica para él, aunque los pagos iniciales de VenKee en concepto de beneficios por los globos de luz habrían pagado los gastos de esa mujer mil veces. ¿Cómo podían ser todos tan ingenuos?

Venport había ofrecido a lord Bludd una bonita suma a cambio de un grupo de «esclavos con conocimientos técnicos» para que trabajaran en los nuevos talleres de Norma —¿río arriba?—, así que el savant le había cedido feliz un grupo entero de zensuníes y zenshiíes problemáticos. De todos modos, después del cierre de los astilleros del delta, Holtzman tampoco sabía qué hacer con tantos trabajadores... hasta que un esclavo descontento tuvo el descaro de enfrentarse al mismísimo lord Bludd. El noble reprendió a Holtzman por no tener controlados a sus trabajadores, y él se quedó la mar de contento mandando a aquellos agitadores con Norma Cenva.

Estaba contento porque se había deshecho de ellos. Y de Norma. Todo arreglado.

Pero, en cierto modo, se sentía algo decepcionado por haber perdido a aquella enanita. Los primeros años que pasó de aprendiz en Poritrin, él y Norma formaban un buen equipo, y el savant se había beneficiado ampliamente de la ayuda entusiasta de la joven. Pero luego se dedicó a sus tonterías durante muchos años, sin darse cuenta de que a veces es bueno abandonar proyectos matemáticos costosos e inútiles que no llevan a ninguna parte.



Aun así, quería que Norma supiera que no le guardaba rencor. Desde hacía años, de vez en cuando le mandaba educadamente alguna invitación para sus recepciones, pero Norma siempre las rechazaba con la excusa de que estaba «demasiado ocupada». La pequeña mujer nunca comprendió que se pueden lograr más avances con la política y los contactos que mediante la investigación directa.

Por suerte, sus nuevos ayudantes deseaban dejar huella en la historia. Su trabajo hacía que su posición como savant estuviera asegurada.

Si le preguntaban en público, Holtzman decía invariablemente que Norma le había servido bien, que había sido una ayudante competente con ocasionales momentos de clarividencia. Aquel caballeroso gesto de modestia y generosidad fomentaba el aura del inventor. Entonces sonreía y desviaba la conversación hacia sus logros personales.

Conforme pasaba el tiempo, cada vez pensaba menos en Norma Cenva.

Dejar de estar en boca de todos no preocupaba a Norma en absoluto. Ella estaba totalmente feliz trabajando en las salas de cálculo, aislada, supervisando diariamente los avances en la fabricación de los componentes del nuevo motor efecto Holtzman.

Nunca había entendido las maquinaciones, y tampoco le importaban. Su mayor preocupación era el trabajo en sí, trabajar en un concepto sin preocuparse de las implicaciones políticas, el ego o las exigencias de la sociedad.

El dinero para financiar su proyecto provenía de VenKee Enterprises, los esclavos que trabajaban para ella eran suyos y el equipo de seguridad de Tuk Keedair procedía del exterior de Poritrin. No había ningún motivo para que alguien se fijara en su trabajo en aquel laboratorio, lejos de miradas curiosas.

Pero al socio tlulaxa la seguridad le preocupaba mucho más que a Norma. Al principio, Keedair propuso utilizar un sistema holográfico para ocultar los edificios que estaban en la superficie y la abertura de la cueva situada en la cascada seca. Pero con tantos equipos de fabricación y construcción, con tantos materiales que viajaban río arriba y el movimiento constante de comida y suministros, era imposible que el nuevo complejo de investigación pasara inadvertido. Así que, en vez de eso, Keedair confió en que sus guardas ahuyentaran a cualquier curioso o intruso, aunque se les veía bastante aburridos yendo arriba y abajo por el hangar y los terrenos adyacentes, durante sus interminables patrullas.

Norma no tardaría en acabar. Esperaba tener el prototipo de nave para plegar el espacio antes de que Aurelius Venport volviera de Arrakis. Siempre que pensaba en aquel maravilloso hombre sonreía. Le echaba mucho de menos. Aún no podía creer que le hubiera dado un regalo tan especial antes de irse. Y la pregunta vacilante que le hizo y la expresión de sus ojos parece que le sorprendieron a él tanto como a ella...



Quizá cuando lograra completar el sueño que había dominado sus pensamientos desde el inicio de la Yihad, podría contestar a la pregunta de Aurelius. Le quería con todo su corazón, pero no se había dado cuenta. Durante toda su vida había dejado sus emociones al margen. Pero nunca más lo haría. Cuando Aurelius volviera a Poritrin, las cosas cambiarían.

Aunque primero...

La base de su trabajo, el anticuado y enorme carguero, estaba colocado sobre una plataforma en el interior del hangar. Era lento y viejo, y no servía para el comercio de mercancías porque no podía mantener la velocidad de otros mercantes espaciales altamente competitivos. Pero era lo que Norma necesitaba.

En aquellos momentos, rodeada por el bullicio y el estruendo del hangar de construcción, Norma estaba en pie sobre una plataforma suspensora por encima del casco. Tomaba nota mentalmente mientras supervisaba el trabajo de una cuadrilla de zensunies que estaban haciendo modificaciones técnicas en la nave, siguiendo las instrucciones que ella les daba diariamente.

Los trabajadores se movían por el interior del inmenso casco, comunicándose a gritos entre ellos, utilizando sus herramientas. La parte de popa se había abierto y habían extraído los motores anticuados; parte de la zona destinada al cargamento se había, reconfigurado para dar cabida a los nuevos componentes diseñados por Norma. Después de décadas. Norma por fin veía el final del camino, y le daba vértigo.

Aurelius estaría orgulloso de ella.

Aunque Norma basaba su plan para plegar el espacio en fórmulas matemáticas exactas y leyes físicas demostradas, aquellos conceptos no eran más que piezas de algo mucho más importante, un diseño intrincado y casi etéreo que no podía plasmarse sobre el papel o verse como un todo. Al menos no todavía. Se estaba formando en su mente.

Cada día progresaba basándose en el trabajo del día anterior, y con frecuencia pasaba la noche en vela, modificando y volviendo a calcular, instalando un panel modular aquí, una espiral magnética o un prisma de cuarzo de Hagal allá. Como si fuera un gran chef, añadía los ingredientes que se le ocurrían, con una intuición avivada por las pruebas teóricas. Los pensamientos llegaban con una fuerza cada vez mayor, como si recibiera inspiración divina.

«El savant Holtzman se reiría de mí si propusiera algo así.»

Conforme los trabajos avanzaban, se empezaron a hacer controles de calidad y pruebas siguiendo las rigurosas especificaciones de Norma. Cada elemento debía funcionar a la perfección.



Viendo cómo sus innovadores motores tomaban forma allá abajo, Norma sintió un arrebató de entusiasmo. Había mucho en juego, no solo por ella y por VenKee Enterprises, sino para la humanidad entera.

Las implicaciones de aquel notable avance tecnológico irían mucho más allá de la derrota de las máquinas pensantes. Los motores que podían plegar el espacio cambiarían la raza humana y remodelarían el futuro. Las consecuencias se sucedían una tras otra en su imaginación, aumentando su capacidad para asimilarlas. En momentos como aquel, cuando Norma llevaba su capacidad mental a extremos increíbles para un humano, rezaba para que aquello no le hiciera perder la razón.

Pero si conseguía solventar los obstáculos tecnológicos de aquella empresa, ella y quienes la apoyaban podrían viajar entre sistemas estelares exponencialmente más deprisa de lo que permitía la tecnología actual. Eso ayudaría enormemente al ejército de la Yihad, y Norma estaba totalmente convencida de que les permitiría conseguir por fin la victoria.

Además, Aurelius obtendría un negocio como nunca había soñado. Estaba impaciente por que volviera; para hablar con él de esto y de mucho más.



Capítulo 46

Protege cada aliento, pues lleva consigo el calor y la humedad de tu vida.

Advertencia zensuní para los niños

Bajo el saliente de la cueva, Selim miró con orgullo a sus endurecidos seguidores; luego miró a Marha con una expresión próxima al amor. La joven estaba llena de energía y determinación, exuberancia combinada con sentido común. Durante casi dos años, había sobresalido entre todos ellos y se había convertido en alguien indispensable.

—Arrakis es nuestro porque lo hemos tomado —anunció Selim—. Hemos aprendido a sobrevivir en las circunstancias más duras, sin depender de la benevolencia de extraños ni del comercio con intrusos extraplanetarios.

Cogió a Marha de la mano y la ayudó a levantarse; se quedaron cara a cara, mirándose a sus ojos color azul especia.

—Marha, has demostrado que eres un miembro digno de nuestra banda, pero me complace aceptarte también como esposa... si me quieres.

Marha había llegado allí como admiradora, seguidora y forajida y ahora sería su compañera. Ella había trabajado más duro y había seguido las visiones de Selim con mayor dedicación que nadie.

Y había dejado muy claro ante todos, incluido Selim, que nadie más que ella podía ser una esposa apropiada para el legendario líder.

Una semana atrás, Marha se presentó ante Selim al alba, cuando estaba mirando por la abertura de la roca, contemplando el mar de dunas. Marha se acercó a él y le arrojó a los pies un collar de liches tintineantes que resonaron en la pequeña cueva.

Cientos de fichas de especia arrebatadas a mujeres esperanzadas que trabajaban en los campos de melange. Muchas, muchas más que el número que el naib Dhartha había impuesto a los suyos para poder casarse.

Selim, consciente del valor que demostraba al verle como su esposo además de como líder, sonrió.

—¿Cómo puedo rechazar una oferta como esta?



Ahora Marha le sonrió, dejando al descubierto unos dientes blanquísimos. Su rostro parecía radiante; la cicatriz en forma de media luna de su ceja izquierda resaltaba en su rostro arrebolado.

—Desde muy jovencita, cuando escuchaba embobada las historias acerca del gran Montagusanos, he soñado con este momento. Sí, por supuesto que te quiero como esposo, Selim.

Mientras el líder de los forajidos hacía orgulloso el anuncio, su teniente Jafar, ataviado con un destiltraje, salió solo a las arenas desiertas. Todos podían ver a aquel hombre demacrado y entregado desde la entrada de la cueva. Después de colocarse en el lugar elegido, Jafar empezó a aporrear el tambor; los forajidos oyeron el sonido apagado por la distancia. La expectación de todos iba en aumento; Selim permaneció en silencio y observó.

Después de haber tocado el tambor lo suficiente para asegurarse de que acudiría un gusano, el teniente se puso el tambor bajo el brazo y echó a correr velozmente por las dunas. En el inmenso espacio abierto que quedaba a su espalda, aparecieron señales que indicaban que un gusano se acercaba ondeando.

Sin aliento, Jafar llegó a una zona de rocas, pero en lugar de trepar a un lugar seguro, se quedó en el lindero de arena, golpeando la piedra con un martillo metálico. El gusano se dirigió hacia el lugar de donde provenían las vibraciones, pero no podía acercarse más a la barrera de roca que, como un iceberg, seguía extendiéndose muy por debajo de la superficie. Finalmente, se elevó con la boca abierta, buscando, mostrando unos dientes minúsculos y cristalinos. El polvo y la arena caían desde su cuerpo segmentado. La criatura emitió un rugido que sonó como el viento seco de una pesada tormenta.

Selim alzó la voz y gritó al límite de sus fuerzas.

—Shai-Hulud, escúchame. Te he convocado para que seas testigo. —Acercó a Marha a su lado para que quedara a la luz junto a él—. Declaro que esta mujer es mi esposa, y que ella me acepta. A partir de este día, estamos casados. Que nadie lo ponga en duda.

Los vítores de los forajidos resonaron de forma ensordecedora por la cueva. Incluso el gusano se elevó más, como si los estuviera bendiciendo; luego volvió a sumergirse entre las dunas, levantando un surtidor de arena, y huyó a su tesoro oculto de melange.

Aquella noche los bandidos celebraron el acontecimiento con miel y exóticas delicias robadas de las caravanas que volvían de Arrakis City. En sus fiestas consumían grandes cantidades de melange, hasta que sus cabezas daban vueltas y sus ojos brillantes convertían los rostros y cuanto les rodeaba en un suave borrón.



Estaban unidos por el polvo rojo especial que desechaban los gusanos de arena, un polvo que era la esencia del mismísimo Shai-Hulud.

La gente se desinhibió, y muchos hombres y mujeres se convirtieron en nuevos amantes en los pasadizos oscuros de las cuevas. Más tarde, cuando la celebración terminara, todos volverían a su absorbente misión. Pero por una noche se dejaron llevar por la especia.

Con Marha a su lado, Selim viajó por los senderos de la melange, pasando por umbrales abiertos al futuro. Intuía su presencia, esa alma deslumbrante y ese corazón cálido que se habían convertido en una parte inseparable de él.

Pero para aquel viaje Selim debía ir solo.

En el muro del fondo de la cueva había misteriosas runas escritas hacía mucho tiempo por exploradores olvidados. Nadie sabía qué significaban, pero Selim había hecho sus propias interpretaciones, y sus seguidores no las cuestionaban.

Con ayuda de la melange, Selim veía muchas cosas ocultas para el mundo real.

Y ahora, por primera vez, veía el verdadero alcance del reto que tenía ante él, la inmensidad de tiempo en la que se libraría aquella batalla. Vio que no se trataba solo de una lucha entre él y su odiado naib Dhartha, ni un conflicto que pudiera resolverse durante su vida. Había ido demasiado lejos. La tentación y la dependencia de la especia habían sobrepasado el límite y un simple hombre no podría detenerla.

Una vida no sería suficiente. Selim tenía que asegurarse de que misión seguía adelante después de su muerte. Shai-Hulud le enseñaría cómo hacerlo cuando llegara el momento.

Luego despertó con el cuerpo cálido y desnudo de Marha a su lado, aferrándose a él incluso en sueños, como si tuviera miedo de dejarle marchar. Marha se movió en las sombras. Su rostro estaba lleno de curiosidad y aprecio, y absorbía cada detalle de sus lecciones.

—Selim, mi amor, mi marido —dijo, y la última palabra la pronunció casi conteniendo la respiración—. Finalmente he aprendido a verte, a verte de verdad, como hombre y como ser humano. Al principio, me enamoré de la idea de ti, del retrato del héroe, un forajido capaz de ver el futuro con la claridad inamovible de una misión. Pero eres más que eso... eres un mortal con un corazón. Para mí eso te hace más grande que ninguna leyenda.

Él le besó los labios con ternura.

—Entonces, solo tú conoces mi secreto, Marha. Solo tú lo compartirás conmigo y me ayudarás a conservar mi fuerza y a cumplir con mi cometido. —Selim le acarició los cabellos oscuros y le sonrió, feliz por su entrega.

Después de todos aquellos años, el mito y la realidad habían convergido en una misma entidad.



Marha parecía leerle el pensamiento y lo entendió todo antes de que él diera voz a sus dudas.

—¿Has tenido otra visión, mi amor? ¿Qué te preocupa?

El asintió con gesto sombrío.

—Anoche, después de consumir tanta especia, tuve nuevos sueños. —Ella se incorporó en la cama con expresión intensa; pasó de la esposa recién casada a la seguidora entregada lista para recibir nuevas instrucciones.

—Hemos atacado caravanas y abortado los esfuerzos del naib Dhartha para vender melange —dijo Selim—. Pero no he hecho lo suficiente para expulsar a los extraplanetarios. El comercio con la especia aumenta cada día que pasa. No me extraña que Shai-Hulud esté decepcionado conmigo. Me ha encomendado una búsqueda, y por el momento le he fallado.

—El Viejo Hombre del Desierto confía en ti, Selim. ¿Por qué si no te iba a encomendar una tarea tan difícil? —Cuando Marha se incorporó, los ojos de Selim se deslizaron hacia sus pechos perfectos y su piel suave—. Te ayudaremos. Lo daremos todo para que puedas lograr tus objetivos. Esta misión es mucho mayor de lo que ningún hombre solo podría conseguir.

Selim le besó dulcemente la cicatriz y luego se sentó y miró hacia la intensa luminosidad que llegaba del exterior, donde el sol vertía su luz sobre las dunas.

—Quizá es más de lo que un hombre solo puede conseguir, pero no está fuera del alcance de una leyenda.

Con mirada soñadora, el joven Aziz esperó a que su abuelo y el resto de los habitantes de los peñascos se durmieran. Luego reunió las cosas que había ido escondiendo poco a poco, día a día. No hizo ruido, y se escurrió como un muad'dib, uno de los pequeños ratones del desierto que poblaban las grietas y las escarpaduras.

Aquella noche se probaría a sí mismo, no solo por el naib Dhartha, también por Selim Montagusanos. Aunque ninguno de los dos querría que lo dijera, eran sus héroes, los dos eran personas a las que respetaba. El chico veía honor en ambos bandos, y tenía la esperanza de reconciliarlos de alguna forma, por el bien del pueblo zensuní. Era su secreto.

Pero era una tarea tan difícil...

Durante meses, desde que los legendarios bandidos lo habían salvado de una muerte segura en el desierto, Aziz había estado pensando en la vida entre los forajidos. Selim Montagusanos se negaba a ver todas las cosas que el naib Dhartha *había* hecho por su pueblo. El joven amaba a su abuelo y entendía su severidad; la veía como el precio que había que pagar por aquellas grandes mejoras en la vida de



la tribu, los suministros regulares de comida y agua, e incluso algunos lujos que compraban a los mercaderes interestelares.

Pero Selim Montagusanos tenía fuego en la mirada, y el suyo era un honor diferente; tenía un valor y una confianza en la justicia de lo que hacía que ensombrecía las preocupaciones, más provincianas, del naib. Los hombres de Selim lo seguían con apasionamiento, mucho más del que manifestaban los recolectores de especia en su trabajo. Y aquella mujer, Marha, que había huido de su aldea; ahora su vida parecía tener un nuevo sentido. Evidentemente, no se arrepentía de su decisión.

Durante muchas noches, Aziz había soñado con unirse a los bandidos y convertirse en uno de aquellos románticos forajidos. Podría hablar con el Montagusanos y decirle todas las cosas que debería haberle dicho hacía meses, cuando tuvo ocasión. Sus ojos brillaban al pensar en el reto de arreglar el mundo, de cerrar la brecha, de detener aquella destructiva enemistad que tanto había durado ya.

Sí, Aziz podía hacerlo, pero ¿lo aceptaría Selim entre los suyos?

Tal vez... si lograba demostrar alguna habilidad útil para el grupo.

Mientras comunicaba la respuesta del forajido a su abuelo, Aziz trató de suavizar las palabras, de disculparse en nombre de Selim. Aun así, el naib se puso furioso y maldijo al Montagusanos con insultos que no merecía. En lugar de recompensarle por su duro viaje, el naib mandó a su desconcertado nieto solo a sus alojamientos. Durante días lo vigiló de cerca.

Pero Aziz no olvidaba lo que había visto, y su imaginación le mostraba posibilidades que tendría que haber pensado antes. Quería volver. Y, sobre todo, quería volver a sentir aquella exaltación y entusiasmo. Estaba seguro de que podía hacerlo.

Lo había planificado todo cuidadosamente para aquella noche; recordaba lo que Selim había hecho, y estaba convencido de que él podría imitarlo. Después de todo, años atrás, un inexperto y joven paria había descubierto cómo montar a los gusanos de arena sin ayuda de nadie.

En la quietud de la noche, Aziz pasó por donde estaban los apáticos guardas y bajó sigilosamente por un sendero rocoso que se abría a la inmensa depresión de arenas. El dominio de los gusanos de arena. Solo una de las lunas se veía en el cielo, muy baja, e iluminaba muy poco, pero allá en lo alto las estrellas brillaban como los ojos de los ángeles. Aziz echó a correr por la arena, dejando un rastro bien visible. Trató de gritar, pero la arena se abría bajo sus pies, y se sentía como si estuviera nadando en polvo.

Tenía que alejarse lo bastante para que los gusanos pudieran acercarse sin miedo a topar con rocas ocultas. Pero quería permanecer lo bastante cerca de los barrancos para que la gente viera lo que estaba a punto de hacer. Sobre todo su abuelo.



El chico ya llevaba más de una hora andando cuando los colores del amanecer empezaron a teñir el afilado horizonte por el este.

Se apresuró, con la esperanza de estar en posición cuando el sol saliera, y subió a lo alto de una duna que le recordó a una tribuna que había visto una vez en un videolibro que le trajeron de otro planeta. Esperaba que sus cuidadosos pasos no hubieran causado las vibraciones suficientes para atraer a Shai-Hulud... no todavía.

Aziz llevaba consigo una piedra y una vara de metal, junto con una cuerda y un arpón largo y fuerte; mucho más de lo que tenía el joven Selim cuando conquistó por primera vez a las criaturas del desierto. Podía hacerlo.

Con el corazón acelerado, sin vacilar, Aziz se acuclilló en la duna. Hundió el metal en la arena y empezó a golpearlo con la piedra. Los sonidos se extendieron como explosiones, perfectamente audibles en la quietud eterna del desierto.

Cuando el día finalmente rompía, el chico miró atrás, hacia las rocas. En el interior de los salientes, algunos de los zensunies que dormían le oirían. Esperó la llegada del gran gusano.

Dhartha despertó al oír aquel sonido lejano que venía de las dunas. Con curiosidad y recelo, el viejo líder se vistió rápidamente, pero antes de que pudiera salir de sus habitaciones otro hombre levantó la cortina de la puerta.

—Naib Dhartha, un joven ha salido a las dunas. Creo... parece que se trata de Aziz.

Con el ceño fruncido, Dhartha caminó por los túneles hacia una zona abierta de las cuevas que ofrecía una panorámica del antiguo desierto.

—¿Por qué ha hecho una estupidez semejante? No le he enseñado a hacer eso.

Entonces, de pronto, el entrecano hombre del desierto sospechó, pues recordó la admiración que su nieto había manifestado por el bandido que controlaba a los gusanos de arena. Dhartha se puso a gritar.

—Que algunos hombres salgan a buscar al chico. ¡Corre, antes de que venga un gusano!

Su compañero parecía reacio, pero se dio la vuelta para hacer lo que le decían.

Allá fuera, en las dunas, Aziz seguía tocando. El naib se aferró al borde de piedra con los dedos agarrotados y miró. La luz del sol se derramaba sobre las prístinas dunas. Vio la minúscula línea de puntos de las pisadas de su nieto alejándose hacia el desierto. ¡Qué disparate!

Por el horizonte ya podía verse la ondulación titánica de un gusano que se acercaba. No lograrían llegar a tiempo. Su corazón sintió frío.

—No, Budalá, por favor, no dejes que pase.



Aziz permanecía en lo alto de la duna, sujetando un objeto de metal con la ingenua confianza de un creyente. Dhartha era viejo, pero seguía teniendo buena vista, y vio perfectamente al chico ante las ondas de arena, la estela que el monstruo iba dejando mientras daba vueltas a su alrededor para ir finalmente derecho hacia él con la fuerza destructora de una tormenta del desierto.

Como un escarabajo sobre una roca que quema, Aziz corrió sobre la duna para colocarse en una posición mejor, pero el movimiento del demonio subterráneo hacía que la arena suelta se desprendiera y cayera a los lados. El chico perdió pie y cayó de cabeza. El arpón se le cayó, un destello plateado en la luz de la mañana.

Antes de que pudiera ponerse en pie y recuperar sus herramientas, una boca gigante cubierta de colmillos de cristal se elevó y se elevó, tragando arena y fango... y un bocado de carne humana.

El naib Dhartha miraba con la boca abierta y lágrimas de dolor y de rabia en los ojos. El joven desapareció, convencido de que podía domesticar a los demonios de las dunas, como los montagusanos forajidos que habían pactado con el mismísimo Shaitán.

«Selim tiene la culpa de esto.»

La bestia se sumergió bajo las arenas y se alejó. Sus movimientos borraron toda señal de lucha.

En su cabeza, como el oscuro aleteo de las alas de un cuervo, le pareció oír la risa amarga y odiosa de Selim Montagusanos.



174 A.C.

Año 28 de la Yihad

Un año después de la conquista de Ix



Capítulo 47

He hecho grandes cosas en mi vida, cosas que van más allá de las aspiraciones de la mayoría de los hombres. Pero por alguna razón nunca he encontrado un hogar o un amor verdadero.

Primero Vorian Atreides, carta privada a Serena Butler

Desde sus días de navegación en el *Viajero Onírico* en compañía del robot Seurat, Vor había sido una persona inquieta y no había querido echar raíces en ningún lugar. Movido por la curiosidad y el entusiasmo por la humanidad libre, absorbía el aroma de cada nuevo planeta y lo agregaba a su catálogo de experiencias. Le gustaba ver a la gente, las culturas, los hilos invisibles que unían a las diferentes razas más de lo que jamás podría lograr Omnius con sus Planetas Sincronizados.

En aquel mismo instante, siguiendo silenciosamente su ruta de actualización, Seurat estaría llevando la esfera modificada de Omnius de un planeta a otro, contaminando a la supermente. Era un truco increíble, seguramente el más destructivo de la historia. Xavier habría querido preparar una estrategia en toda regla, rígida y aparatosa, habría hecho que el ejército siguiera a Seurat y golpeará con dureza a cada Planeta Sincronizado debilitado por el virus; pero un plan así habría sido impracticable tácticamente, y seguramente habría alertado a Seurat y a Omnius antes de que el virus pudiera extenderse y causar graves daños con el mínimo de bajas humanas.

Vor dejaría que las máquinas se destruyeran a sí mismas; mientras, él seguiría ocupado con la Yihad más formal.

Nunca había estado en Caladan, un Planeta No Aliado, aislado, rico en agua y apenas poblado. Pero parecía un lugar agradable. Cuando dejó la versión alterada de Omnius en la nave abandonada de Seurat y volvió, Serena Butler había ideado un nuevo plan para la Yihad. Antes de que Xavier volviera de su sorprendente victoria en Ix, Vor se ofreció alegremente para realizar el trabajo de campo.

Durante meses había viajado entre planetas estratégicamente importantes en los límites del territorio de la Liga, buscando lugares donde establecer avanzadillas de la Yihad. Estos mundos desprotegidos seguramente atraerían a las máquinas pensantes como potenciales puntos de apoyo, como había sucedido con Anbus IV.



Cada nuevo lugar que visitaba daba a Vor una perspectiva más amplia del alcance de la guerra y de la razón por la que los humanos debían ganar. A veces, cuando se paraba a pensarlo, no entendía cómo las máquinas de inteligencia artificial habían podido escapar al control de los hombres, cómo era posible que las cosas hubieran llegado a aquel extremo.

En su vida anterior, Vor siempre había admirado la eficacia de las industrias y las ciudades construidas por Omnium, los monumentos en honor a los logros de los titanes. Pero cuando estaba en alguno de los dispersos asentamientos humanos, incluso en los que no estaban afiliados a los mundos de la Liga, sentía una admiración distinta. Los humanos manifestaban felicidad de diferentes maneras: disfrutando de la vida cotidiana, de la buena comida y el vino, de una cama caliente. Se deleitaban con la compañía de los demás, con los diferentes aspectos del amor y la amistad. Manifestaban su fervor y entusiasmo por la Yihad construyendo sentidos monumentos en memoria del hijo de Serena.

No, Vor no se arrepentía de haber dejado atrás su vida como humano de confianza de las máquinas. Y le enorgullecía pensar que había cambiado la galaxia gracias a su decisión de dejar a su padre y rescatar a la pesarosa Serena Butler. Después de aquello se había sentido más vivo que nunca, y más humano.

Solo habría querido cambiar una cosa: que Serena hubiera correspondido a su amor. Pero el corazón de aquella mujer se había convertido en granito, y él había tenido que aceptarlo sin rencores. Su nueva vida de libertad era rica en muchos otros aspectos.

Con su salud y su juventud perpetua, Vor Atreides atraía sin dificultad a nuevas amantes en cada puerto espacial. Algunas eran aventuras de una noche, a otras volvía una y otra vez. Seguramente tenía muchos hijos repartidos por toda la galaxia, pero no habría podido ser un verdadero padre para ellos. Temía posibles represalias de los cimek, y no quería dar a su padre nada por donde atraparlo, así que cuando hacían alguna escala siempre se hacía pasar por un yihadí de bajo rango y no revelaba nunca ni su identidad ni su ascendencia. No por su seguridad, sino por la de ellas...

Por razones similares, evitaba el tipo de compromiso que había entre Xavier y Octa. Además de la identidad de su padre cimek, Vor también mantenía en secreto su casi inmortalidad. Tener que ver cómo la mujer con quien se casara envejecía y moría sin poder hacer nada... Por el momento se tomaba cada día, cada planeta y cada relación sin preocupaciones.

La misión que le llevaba a Caladan era establecer un puesto de observación. En el último medio siglo se habían avistado naves robóticas en el sistema en numerosas ocasiones, no muy lejos de donde la familia de Xavier Harkonnen fue atacada y asesinada por los cimek hacía cuarenta y tres años. Caladan ya había enviado



representantes a Salusa Secundus para anunciar que los pueblos de pescadores y las ciudades costeras querían formar un gobierno y unirse a la Liga de Nobles.

Vor quería establecer una presencia de la Yihad, que actuaría de freno si Omnius se decidía a agredir el planeta abiertamente. Por el momento, el fervor de la Yihad mantenía a las máquinas en situación defensiva, pero la supermente llevaba siglos haciendo planes. Nadie podía saber qué nuevo paso daría el supercerebro. Las fuerzas de la Liga tenían que estar preparadas.

Aunque ostentaba un alto rango, Vor no esperaba un respeto incuestionable. No deseaba que sus soldados lo saludaran o lo trataran con una especial deferencia; por ese motivo y por comodidad, solía vestir con ropa informal, sin insignias. Durante las sesiones de estrategia del Consejo de la Yihad podía ser un primero, pero en su tiempo libre quería relacionarse de igual a igual con viejos y nuevos amigos.

Se llevaba perfectamente con la gente corriente, le encantaba armar jaleo con los aldeanos en juegos deportivos improvisados, o apostar con los mejores, ganar o perder la paga de un mes en una partida de *fleur de lys* u otros juegos. Trabajaba muy duro por la guerra, y ponía casi el mismo empeño en su tiempo libre. Y, en aquel planeta, mientras buscaba el mejor lugar para establecer un puesto militar, tendría tiempo de sobra para relajarse.

Los pueblecitos de pescadores de Caladan eran pintorescos y rústicos, la gente construía sus botes y pintaba las velas con símbolos de la familia. No tenían satélites meteorológicos que los guiaran, así que estudiaban los patrones del viento e incluso se basaban en la salinidad del aire para predecir las tormentas. Sabían en qué temporada había mejor pesca, y dónde encontrar las conchas y las algas comestibles que formaban la base de su dieta.

En aquellos momentos, después de haber pasado tres días explorando diversos cabos por la zona norte en busca de un posible emplazamiento, Vor contemplaba los botes que volvían mientras el sol se hundía en el horizonte. En los muelles había toscos altares hechos a mano en memoria de Manion el Inocente cubiertos de flores y conchas coloridas. En uno de ellos supuestamente había un mechón sagrado del cabello del niño.

Vor oía cómo el agua lamía los pilares y sintió una paz que no recordaba desde hacía mucho tiempo. Respiró hondo. A pesar del olor yodado de las algas viejas pegadas a la madera y el hedor del pescado que no se había podido vender y que esperaba para convertirse en fertilizante, le gustaba aquel lugar.

Muchos de sus ingenieros se habían quedado en órbita con las naves para establecer una red de satélites que también pudieran alertar de posibles huracanes a la gente de Caladan. Otros equipos operaban en cabos aislados cerca de los principales pueblos pesqueros, donde construían rígidas torres repetidoras para la red de reconocimiento. Y aún tenían que destinarse más yihadíes a Caladan para labores defensivas.



En aquel pueblecito que había junto al mar, Vor ya había encontrado una taberna cálida y bien iluminada donde los lugareños se reunían cada noche para beber un producto casero obtenido de la fermentación de algas; su sabor recordaba vagamente al de la cerveza amarga, pero era tan potente como un licor fuerte. Vor no tardó en comprobar sus efectos.

En tanto que soldado del ejército de la Yihad, la presencia de Vor Atreides entre aquella gente era como un soplo de aire fresco. Los pescadores le ofrecían bebidas y bocaditos de marisco a cambio de noticias e historias. Él se hacía pasar por «Virk», el alter ego que había elegido, y en teoría era un ingeniero yihadí normal y corriente. La mayoría del personal de tierra de la Liga ni siquiera conocía su verdadera identidad, y los que sí la conocían la mantenían en secreto.

Conforme la cerveza de algas enturbiaba sus sentidos, Vor se volvió más parlanchín y empezó a contar sus numerosas aventuras, procurando siempre no decir nada de su pasado como humano de confianza en la Tierra ni desvelar su verdadero rango. Por la mirada de adoración de las mujeres, era evidente que le creían; en cambio, la expresión divertida pero escéptica de los hombres dejaba muy claro que pensaban que estaba exagerando. Todas las jóvenes flirteaban y le rondaban, así que Vor supo que esa noche sería bien recibido en alguna cama; ahora solo tenía que decidir en cuál.

Curiosamente, su mirada se iba a menudo hacia una joven que estaba sirviendo las mesas, que ponía cervezas en la barra y entraba y salía constantemente de la cocina con platos de comida. Tenía los ojos del color de una pacana oscura, y una melena castaña y ondulada con un aspecto tan suave y tentador que Vor casi no podía contener el impulso de estirar el brazo y tocarla. La mujer tenía bonitas curvas y era alta, pero lo que más le atraía era la forma ovalada de su rostro y su encantadora sonrisa. Por alguna razón, le recordaba a Serena.

Cuando le tocó a él pagar una ronda de bebidas, la llamó. Los ojos de ella lo miraron con expresión divertida.

—No me extraña que tengas la boca seca, no dejas de decir tonterías.

Los hombres se rieron de buena gana a costa de Vor, y él rió con ellos.

—Vaya, y si te digo que eres muy guapa, ¿también son tonterías ?

Ella sacudió sus rizos y le contestó por encima del hombro mientras volvía para ir a buscar las bebidas:

—La tontería más grande de todas.

Algunas de las otras mujeres que había en el bar pusieron mala cara, como si Vor ya las hubiera rechazado.

Los ojos de Vor la siguieron hasta la barra. Ella miró en su dirección, y luego se volvió hacia otro lado.



—Diez créditos para el que me diga su nombre —dijo con descaro, enseñando la moneda.

Los hombres lo dijeron a coro: «Leronica Tergiet», pero Vor le dio la moneda a un pescador que le dijo más cosas aparte del nombre.

—Su padre se dedica a la pesca de altura, pero odia su trabajo. Compró este negocio, y Leronica se encarga de dirigirlo.

Una de las chicas malcaradas no se separaba de Vor.

—Esa no para quieta ni un momento. Si sigue así dentro de poco estará hecha una vieja. —Su voz se hizo más profunda—. Es un muermo.

—A lo mejor solo necesita que alguien la haga reír.

Cuando Leronica volvió a la mesa con las jarras, Vor levantó la suya para un brindis.

—Por la adorable Leronica Tergiet, que conoce la diferencia entre un cumplido sincero y una tontería.

Ella dejó en la mesa el resto de jarras.

—Veo tan poca sinceridad por aquí que es difícil comparar. No tengo tiempo para escuchar historias absurdas acerca de lugares que jamás veré.

Vor levantó la voz por encima del vocerío del bar.

—Puedo esperar a que tengamos una conversación privada. No te creas que no he visto cómo escuchabas mis relatos por mucho que fingieras no hacerlo.

Ella dio un bufido.

—Después de cerrar aún me queda mucho trabajo. Será mejor que vuelvas a tu limpita y flamante nave.

Vor le dedicó una sonrisa matadora.

—Siempre estoy dispuesto a cambiar una nave limpia por una cama caliente. Esperaré.

Los hombres silbaron, pero Leronica arqueó las cejas.

—Vaya, un hombre paciente. Eso sí que es una novedad por aquí.

Vor no se inmutó.

—Entonces espero que te gusten las novedades



Capítulo 48

Octa intentó que dejara de creer que el amor es algo predestinado, que solo hay una persona para cada uno de nosotros. Casi lo consiguió, porque estuve a punto de olvidar a Serena.

Primero Xavier Harkonnen, Reminiscencias

Salusa Secundus era como un oasis en medio de la desolación y la dureza de la guerra, un santuario donde Xavier podía reponer fuerzas antes de volver a partir con el ejército. Sin embargo, en aquellos momentos, mientras salía a toda velocidad del puerto espacial de Zimia en un vehículo terrestre, solo esperaba llegar a tiempo. Acababa de volver del campo de batalla de Ix.

Octa estaba embarazada. Hacía meses que lo sabía —por lo visto, la noche de amor que compartieron el día antes de que él partiera hacia Ix había resultado sorprendentemente fructífera— y el parto era inminente. No había estado presente para el nacimiento de Roella y de Omilia, porque sus obligaciones con la Yihad siempre tenían preferencia, pero Octa tenía cuarenta y seis años, y lo más probable es que hubiera complicaciones. Ella insistió en que no se preocupara, pero consiguió justo lo contrario.

Xavier iba a toda velocidad hacia la propiedad de los Butler, por una sinuosa carretera entre colinas; el sol cada vez estaba más bajo en el horizonte. En cuanto sus ballestas entraron en el sistema, estableció contacto y recibió constantes informes acerca del estado de Octa. Llegaba con el tiempo justo.

Octa había decidido tener el niño en casa, como hizo con sus dos hijas, porque quería que los centros médicos reservaran sus recursos para la guerra, sobre todo para los heridos que esperaban los órganos que tan generosamente enviaban las granjas de órganos tlulaxa.

Tras aparcar en el patio y entrar corriendo en el vestíbulo, Xavier llamó con más emoción de la que normalmente se permitía demostrar.

—¡Octa! ¡Ya estoy aquí!

Uno de los sirvientes salió a recibirlo muy emocionado, señalando hacia arriba.

—Los médicos están con ella. No creo que haya nacido todavía, pero ya falta muy...



Xavier no esperó a que terminara y echó a correr escaleras arriba. Octa estaba en la enorme cama donde habían concebido al bebé. Otra pequeña victoria, símbolo de la persistencia y el triunfo de los humanos. Estaba medio incorporada, con las piernas abiertas, con el rostro cubierto de sudor y crispado a causa del dolor.

Sin embargo, al verle sonrió, como si tratara de convencerse a sí misma de que no era un sueño.

—¡Amor mío! ¿Es esto... lo que tengo que hacer... para conseguir que vuelvas a casa?

Junto a ella, la comadrona sonreía tranquilizadamente.

—Es una mujer fuerte, todo va bien. En cualquier momento tendrá usted otro hijo, primero.

—Lo dice como si fuera muy fácil. —Octa gimió a causa de una nueva contracción—. Si quiere le cambio el sitio.

—Este es su tercer hijo —dijo la comadrona—, así que tendría que resultar más fácil. Seguramente ni siquiera me necesita.

La madre aferró la mano de la mujer y apretó con fuerza.

—¡Quédese!

Xavier se acercó.

—Si alguien tiene que cogerla de la mano soy yo. —La comadrona se apartó sonriendo y dejó que el marido ocupara su lugar.

Al inclinarse sobre Octa, Xavier pensó en lo maravillosa que seguía siendo su mujer. Llevaba muchos años con ella, pero había pasado buena parte de ese tiempo muy lejos. Era increíble que se conformara con un matrimonio hecho solo de parches.

—¿En qué piensas? —preguntó Octa.

—En lo guapa que eres. Estás radiante.

—Eso es porque estás aquí conmigo.

—Te quiero —le susurró Xavier al oído—. Siento no haber sido el marido que mereces. Incluso cuando estamos juntos, sé que no estoy mucho por ti.

Ella pestañeó y se tocó el vientre hinchado.

—Pues un poco sí que has estado por mí, si no no estaría embarazada. —Otra mueca por una nueva contracción, aunque trató de esbozar una sonrisa valiente.

Pero Xavier no pensaba dejar que lo disculpara tan fácilmente.

—De verdad, siempre estoy cavilando, pensando en esta maldita guerra. La verdadera tragedia es que haya tardado tanto tiempo en apreciar el tesoro que tengo en mi casa.



El rostro de Octa se llenó de lágrimas.

—Nunca he dudado de ti, amor mío. Eres el único hombre al que he querido, y te querría en las condiciones que fueran.

—Tú mereces mucho más, soy un...

Pero antes de que pudiera terminar la frase Octa gritó.

—Aquí viene... la parte difícil —dijo la comadrona corriendo hacia la cama—. Ahora toca empujar. —Xavier supo que la conversación se había acabado.

Veinte minutos después, Xavier tenía en sus brazos a su tercera hija, envuelta en una mantita. Octa ya había elegido un nombre mientras él estaba en Ix, con su aprobación.

—Bienvenida al universo, Wandra —dijo, y por un momento se sintió un hombre completo.

En sus extensas propiedades, Manion Butler siempre se había ocupado de los olivares y los viñedos, y entre misión y misión, Xavier también hacía de terrateniente, igual que los oficiales en la Antigua Roma en tiempos de paz. Xavier disfrutaba cuando estaba en casa en compañía de su familia; entonces podía olvidarse de las perversas máquinas pensantes y los horrores de la Yihad... aunque no fuera por mucho tiempo.

Xavier siempre se había asegurado de que hubiera los suficientes aparceros y capataces para que aquellos cultivos resultaran rentables, pero le encantaba ensuciarse las manos, sentir el sol en la espalda, el sudor en la piel y trabajar la tierra personalmente. En otro tiempo, también Serena disfrutaba cuidando de su jardín, de sus adorables flores. Ahora entendía por qué le atraían tanto la tierra y las plantas. Era algo puro, sin consideraciones políticas, traiciones ni problemas personales. Solo tenía que concentrarse en la tierra fértil y en la vegetación.

Los mirlos revoloteaban entre las hojas verdigrises de los olivos y comían los frutos que los aparceros se habían dejado. Al final de cada hilera de vides había un macizo de caléndulas gigantes. Xavier caminó entre las filas de plantas. Solo su cabeza sobresalía por encima de las vides que crecían enroscándose a los rodrigones y los cables de soporte.

Tal como esperaba, encontró a su suegro trabajando entre las vides, acariciando los racimos de uva que maduraban en aquel clima seco y cálido. El pelo de Manion se había vuelto blanco y su rostro, que en otro tiempo fue regordete, se veía consumido. Pero el virrey retirado tenía una expresión de serenidad y paz que nunca transmitió mientras sirvió al Parlamento de la Liga.

—No es necesario que cuente cada uva, Manion —le dijo Xavier en broma. Se acercó a él, notando el roce de las hojas de las parras contra sus mangas como las



manos de la multitud enfervorecida durante los desfiles después de una victoria militar.

Manion levantó la vista y se echó hacia atrás el sombrero de paja con el que se protegía los ojos del sol.

—Si los viñedos de nuestra familia son los mejores en toda la Liga es por la atención y el cuidado que les dedico. Me temo que este año el Zinagne será un poco flojo... demasiada agua. Pero tendremos un Beaujie excepcional.

Xavier se paró a su lado y miró los racimos.

—Entonces tendré que ayudarle a probar las diferentes cosechas hasta que los dos quedemos convencidos de su calidad.

Los aparceros iban y venían entre las vides, utilizando rastrillos y azadas para remover la tierra y arrancar las malas hierbas. Cada año, cuando la uva había llegado al punto exacto de madurez, los aparceros salusanos trabajaban día y noche en los viñedos, llenando cestos y llevándolos a los lagares que había detrás de la casa. En los últimos diez años, Xavier solo había podido participar en aquella bulliciosa actividad recolectora en tres ocasiones, pero había disfrutado mucho.

Le habría gustado poder pasar más tiempo en su casa, pero su lugar estaba en el espacio, luchando contra las máquinas pensantes.

—¿Cómo está mi nueva nietecita?

—Tendrá tiempo de sobra de verlo usted mismo. Dentro de una semana tengo que reincorporarme a mi puesto. Cuento con usted para que ayude a Octa. Con el bebé recién nacido, estará demasiado atareada.

—¿Estás seguro de que en vez de una ayuda no voy a ser un estorbo para ella?

Xavier rió.

—Ha sido virrey, así que como mínimo sabe delegar. Por favor, asegúrese de que Roella y Omilia ayudan a su madre.

Pestañeando por la intensidad del sol salusano, Xavier suspiró; sentía el peso de su vida sobre sus hombros. Ya había visitado a Emil Tantor, que compartía de buena gana su solitaria casa con su cuñada Sheel y sus tres hijos.

Xavier tenía su propia familia, y mucho amor, y sin embargo tenía la sensación de que había perdido algo por el camino. Octa era una mujer discreta y fuerte, un santuario en el torbellino de su vida. La amaba sin vacilación, aunque recordaba la pasión desenfadada que sintió durante su breve relación con Serena. En aquel entonces los dos eran jóvenes, estaban enamorados, y no podían imaginar la tragedia que se abatiría sobre ellos como un meteorito que cae del cielo.



Xavier había dejado de lamentarse por haber perdido a Serena; hacía ya mucho que sus vidas habían tomado caminos diferentes, pero no podía evitar lamentarse al pensar en lo mucho que él había cambiado.

—Manion —dijo con voz pausada—, ¿cómo es posible que me haya vuelto una persona tan rígida?

—Deja que lo piense un momento —contestó el virrey retirado.

Un pensamiento turbador pasó por la cabeza de Xavier. El hombre optimista y apasionado que fue en otro tiempo se había convertido en un extraño para él. Y pensó en todas las difíciles tareas que había asumido en nombre de la Yihad.

Finalmente, Manion contestó con la misma seriedad y solemnidad que utilizaba cuando daba un discurso ante el Parlamento de la Liga.

—La guerra te ha endurecido, Xavier. Nos ha cambiado a todos. A algunas personas las ha destrozado. A otras, como tú, las ha hecho más fuertes.

—Temo que mi fortaleza sea mi debilidad. —Xavier miraba fijamente las densas vides, pero solo veía recuerdos de sus numerosas campañas militares: batallas espaciales, robots destrozados, humanos caídos en las matanzas de las máquinas pensantes.

—¿Por qué?

—He visto lo que Omnius puede hacer, y he dedicado mi vida a asegurarme de que las máquinas nunca venzan. —Suspiró—. Esa es la forma que he elegido para demostrar mi amor por mi familia: protegerla. Por desgracia, eso significa que nunca estoy en casa.

—Si no hicieras lo que haces, Xavier, seríamos todos esclavos de la supermente. Octa lo sabe, igual que yo, y tus hijas. No dejes que esa carga te abrume demasiado.

Xavier respiró hondo.

—Sé que tiene razón, Manion... pero no quiero que mi implacable determinación de lograr la victoria me cueste mi humanidad. —Miró con vehemencia a su suegro—. Si la gente como yo tiene que convertirse en una máquina para poder derrotar a las máquinas, entonces la Yihad está perdida.



Capítulo 49

Podemos estudiar cada pequeño detalle de la larga marcha de la historia humana y asimilar enormes cantidades de datos. ¿Por qué entonces nos resulta tan difícil a las máquinas pensantes aprender de ellos? Consideremos también esto: ¿por qué repiten los humanos los mismos errores de sus antepasados?

Erasmus, Reflexiones sobre los seres biológicos racionales

Aunque llevaba siglos experimentando con sujetos humanos, a Erasmus no se le acababan las ideas. Había tantas formas interesantes de probar a la especie... Y ahora que podía ver el mundo a través de los ojos de su joven pupilo, se abrían ante él nuevas y misteriosas posibilidades.

El robot iba ataviado con su bella túnica carmesí decorada con una piel dorada. Era elegante, pensó, e impresionaba. Su piel bruñida de metal líquido brillaba bajo el sol rojizo de Corrin.

El joven Gilbertus también iba impecable. Sus robots ayudados de cámara lo habían lavado y acicalado. A pesar de los dos años que llevaba sometido a un riguroso entrenamiento y preparación, el chico aún tenía una vena salvaje que se manifestaba en pequeños actos de rebeldía. Erasmus estaba convencido de que con el tiempo conseguiría eliminar ese defecto.

Los dos estaban en el exterior, mirando el recinto cerrado de los esclavos y los sujetos de estudio. Muchos pertenecían al nivel social más bajo y animal, del que había salido el propio Gilbertus. Pero había otros mejor entrenados, sirvientes educados, artesanos y cocineros que trabajaban en la villa de Erasmus.

Mientras miraba los ojos muy abiertos e inocentes del chico, Erasmus se preguntó si se acordaría alguna vez de la miserable vida que llevaba cuando estuvo en aquellas espantosas cuadras, siempre revolcándose en el fango, o si habría eliminado esos recuerdos tras aprender a organizar sus capacidades mentales mediante la persistente enseñanza de su mentor mecánico.

En aquellos momentos, antes de que se iniciara el nuevo experimento, el chico miró con curiosidad al grupo escogido. Ellos también los miraban a él y a Erasmus con expresión inquieta. Los sensores del robot independiente detectaban una elevada concentración de sudor en el aire, ritmos cardíacos acelerados y elevadas tempera-



turas corporales, además de otros claros indicadores de tensión. ¿Por qué estaban tan nerviosos ? Erasmo habría preferido iniciar su experimento con unos niveles normales, pero sus prisioneros le temían demasiado. Estaban convencidos de que quería hacerles algo desagradable y, la verdad, no los culpaba por pensar así.

No se molestó en disimular la sonrisa. Después de todo, tenían razón.

Detrás de él, el chico controló su curiosidad y se limitó a mirar. Había sido una de sus primeras lecciones. A pesar de los esfuerzos de Erasmo, Gilbertus Albans seguía siendo un niño sin educación, con una base de datos tan parca que era inútil hacerle interminables preguntas aleatorias. Así pues, la máquina pensante le enseñaba de una forma ordenada y lógica, avanzando a partir de cada hecho aprendido.

Por el momento, los resultados eran satisfactorios.

—Hoy vamos a iniciar una serie organizada de pruebas acerca de las reacciones. El experimento que presenciarás está pensado para demostrar las respuestas al pánico. Por favor, fíjate en el abanico de comportamientos y extrae tus conclusiones basándote en el estatus relativo de los esclavos.

—Sí, señor Erasmo —dijo el chico, agarrándose a los barrotes de la verja.

Ahora el chico hacía lo que le decía... una gran mejora en comparación con su rebelde comportamiento del principio. Sí, en aquel entonces Omnius se burlaba, y decía que jamás conseguiría convertir a aquel salvaje en un ser civilizado. Cuando la lógica y el sentido común fallaban, Erasmo echaba mano de la disciplina y la enseñanza metódica, de los castigos y las recompensas, además del uso de sustancias que afectaban al comportamiento. Al principio estas sustancias sumían a Gilbertus en un estado de sopor y apatía. Y hubo una clara disminución de actos destructivos, tendencia que frenaba sus progresos.

Poco a poco el robot había ido disminuyendo las dosis, y ahora rara vez tenía que recurrir a ellas. Finalmente Gilbertus había aceptado su nueva situación. Si recordaba su miserable vida de antes, sin duda vería aquello como una oportunidad, una ventaja. Erasmo estaba seguro de que no tardaría en poder mostrar un triunfo a Omnius, en demostrarle que su conocimiento de las posibilidades de los humanos superaba el de aquella máquina supuestamente omnisciente.

Pero no se trataba solo de ganar aquel desafío de Omnius. En realidad, Erasmo disfrutaba viendo los progresos de Gilbertus, y deseaba continuar con ello cuando Omnius le diera la razón.

—Ahora mira con atención, Gilbertus. —Erasmo fue hasta una verja, abrió la cerradura y entró.

Cuando la puerta de la cuadra se cerró a su espalda, Erasmo empezó a andar entre aquella gente, empujando y derribando a unos y a otros. Ellos trataban de apartarse de su camino, histéricos, desviando la mirada como si pensarán que así no se fijaría en ellos. Esto divirtió a Erasmo: estaban basando su respuesta en el estándar humano



de lo que atrae la atención de otra persona. Y él, un complejo robot autónomo, elegía de forma totalmente aleatoria y objetiva.

Tras sacar una gran pistola del manto, apuntó a la primera víctima —que resultó ser un anciano— y disparó.

La pistola resonó como un trueno, con un eco que atravesó el cuerpo del anciano, seguido al instante por una avalancha de gritos que mostraban el pánico de la multitud. Los objetos de estudio se dispersaron como un rebaño asustado, tanto los esclavos más salvajes como los ayudantes más preparados.

—Mira cómo corren —dijo Erasmo—. Es fascinante, ¿verdad?

El chico no contestó; miraba con expresión horrorizada.

Erasmo apuntó a otra víctima al azar, una mujer embarazada, y disparó. ¡Delicioso! Estaba disfrutando enormemente.

—¿Aún no es suficiente? —preguntó el chico—. He entendido la lección.

En su sabiduría, Erasmo había elegido un arma de fuego para asegurarse de que el impacto fuera colosal; las balas eran de gran calibre. Cada vez que alcanzaba a una víctima, la sangre, la piel y los trocitos de carne volaban en todas direcciones. Aquel horror aumentaba el pánico de los demás, como un bucle de retroalimentación.

—Aún quedan cosas por aprender —dijo Erasmo, consciente de que Gilbertus se movía algo inquieto. Parecía nervioso.

«Interesante.»

Los prisioneros gritaban, chillaban, se subían los unos encima de los otros, pisaban a los que se habían caído en su precipitación por huir del robot. Pero en aquella zona cercada no podían huir. Erasmo volvió a disparar otra vez, y otra.

Un proyectil acertó a un hombre en la cabeza, y el cráneo y el cerebro estallaron en una nube. Varios esclavos se quedaron paralizados, perplejos, en un gesto abyecto de rendición. Erasmo mató también a la mitad de ellos, porque no quería inculcarles ningún tipo de comportamiento ni influir en sus respuestas. Para que el experimento resultara impecable, tenía que ser totalmente imparcial y no favorecer a nadie por ninguna razón.

Tras matar al menos a una docena y mutilar el doble, se detuvo con la pistola en su mano de metal líquido. A su alrededor, los supervivientes seguían corriendo aterrados, buscando la forma de esconderse o escapar. Algunos ayudaron a los compañeros que estaban en el suelo. Finalmente, dejaron de gritar y se apiñaron contra las vallas, tan lejos como pudieron de Erasmo, como si el hecho de estar lejos cambiara algo.

Por desgracia, los que aún vivían ya no le servían para seguir experimentando, ni siquiera los que no estaban heridos. No importa. Siempre podía encontrar nuevos sujetos de estudio entre su inmenso vivero de esclavos.



En el exterior del recinto, Gilbertus retrocedió para evitar que las manos que los cautivos le tendían pidiendo ayuda le tocaran. El chico miró a Erasmo frunciendo el ceño, confuso, como si no entendiera qué dirección debían tomar sus emociones.

«Curioso.» Tendría que analizar las respuestas de Gilbertus al experimento... un plus añadido.

Algunos de los esclavos se pusieron a lloriquear y a gemir en silencio. Erasmo abrió la verja y avanzó con seguridad hacia su joven pupilo. Pero Gilbertus se apartó; instintivamente evitaba la sangre y los sesos que salpicaban la piel reluciente y el colorido manto del robot.

Aquello le hizo pensar. No le importaba que sus objetos de estudio y sus esclavos le aborrecieran, pero no quería que aquel joven le temiera. El era su mentor.

A pesar de toda la atención que había dedicado a Serena Butler, ella había seguido dándole la espalda. Una vieja costumbre en la historia de los humanos que Erasmo aborrecía. Quizá ella era demasiado mayor cuando la tomó bajo su protección y su *carácter* estaba demasiado formado. Erasmo había aprendido mucho acerca de la naturaleza de los hombres en los años que había dedicado a su estudio. Se aseguraría de que Gilbertus Albans le fuera totalmente fiel. Tenía que ser cauto y observar.

—Ven conmigo, jovencito —dijo con una alegría simulada. A partir de ahora tendría que ir con mucho cuidado para que el chico no se hiciera una idea equivocada de él—. Ayúdame a limpiarme un poco. Luego tendremos una bonita charla sobre lo que acabas de ver.



Capítulo 50

Cuando cobras conciencia del volumen del universo que te rodea, la insignificancia de la vida en la inmensidad del espacio se convierte en una realidad apabullante. Es a partir de esta conciencia básica que la vida aprende a ayudar a la vida.

Titán Hécate

Eran visitantes de otro mundo, y lo parecían.

Cuando Iblis Ginjo vio a los extraños pensadores y a sus ayudantes avanzar en fila india por el vestíbulo del puerto espacial de Zimia, se adelantó para recibirlos mientras los pensamientos se agolpaban en su cabeza. Su nuevo asistente, Keats, un joven discreto e inteligente que había sustituido a Floriscia Xico tras su «trágico asesinato», estaba a un lado, observando en silencio, como si mentalmente estuviera tomando nota de todo. Keats parecía más un erudito que un matón, e Iblis lo utilizaba para misiones especiales de la Yipol.

De fondo se oía el ruido de unas obras, mezclado con el zumbido de las naves espaciales que llegaban o partían. Utilizando una buena cantidad de donativos, el Consejo de la Yihad había encargado la construcción de una estatua titánica del santo Manion el Inocente, que daría la bienvenida a todas las naves que llegaran desde los peligros del espacio. A Iblis le recordaba las estatuas y monumentos colosales que los titanes hicieron construir para celebrar sus días de gloria.

Iblis contó veinticuatro subordinados con túnicas de color amarillo. En cuanto supo que venían, fue corriendo al puerto para recibirlos en persona. Todos los ayudantes parecían momias vivientes, con pieles secas y manchadas y pelo fino. Aquellos frágiles monjes andaban con una lentitud deliberada. Al frente del grupo, seis de los subordinados llevaban recipientes que contenían los cerebros vivos, mucho, mucho más antiguos que ellos mismos.

—Esta es una ocasión excepcional —dijo Iblis, y hablaba en serio. Sentía su corazón henchido—. Nunca pensé que tendría ocasión de conversar con los pensadores de la Torre de Marfil. Han pasado siglos desde la última vez que se os vio fuera del planeta helado de Hessra.

A diferencia de Kwyna, que vivió en la Ciudad de la Introspección, o incluso del sabio Eklo, que ayudó a promover la primera revuelta en la Tierra, aquellos



pensadores de las «torres de marfil» habían querido aislarse totalmente de las distracciones de la sociedad. Vivían en un planeta lejano y olvidado, con la única ayuda de sus subordinados humanos. Dado que durante siglos habían podido dedicarse a la contemplación con total serenidad, aquellos cerebros se contaban entre los más sabios y destacables de toda la creación.

Y ahora aquellos pensadores aislados habían ido a Salusa Secundus. Ni en sueños habría podido imaginarlo.

Iblis se presentó como Gran Patriarca de la Yihad, un título poco familiar para los pensadores. Sonrió fascinado al acercarse a los contenedores cerebrales, extrañamente adornados.

—Tengo cierta experiencia con los de vuestra especie. En la Tierra, el gran Eklo me enseñó y me animó. Y aquí he recibido consejo de la pensadora Kwyna. Nuestra historia ha cambiado notablemente gracias a su influencia.

Uno de los subordinados arrugados alzó unos ojos llorosos. Con voz ronca dijo:

—Vidad y los demás pensadores no tienen ningún interés por influir en la historia. Solo desean existir, y meditar.

Iblis ordenó a sus asistentes que ayudaran a los monjes. Keats indicó a dos oficiales de la Yipol y a un voluntarioso grupo de transportistas que rodearan a aquellos inesperados y distinguidos invitados. Tanto revuelo pareció confundir a los subordinados.

—Por favor —le dijo Iblis a Keats—, busca unos alojamientos cómodos para los subordinados. Que disfruten de la mejor comida y tengan acceso a cualquier tratamiento médico o terapéutico que puedan necesitar.

El joven oficial asintió, y desapareció para ir a cumplir la orden. Uno de los monjes que llevaba uno de los contenedores cerebrales habló. Era un hombre menudo, con el rostro ovalado y pestañas largas y blanquecinas.

—No sabéis por qué estamos aquí —dijo con voz neutra.

—No, pero estoy ansioso por saberlo —repuso Iblis—. ¿Tenéis algo que vender? ¿Tengo yo algo que necesitéis?

Como todos los pensadores, aquellos dependían totalmente de sus subordinados humanos para mantener sus cerebros con vida. Ellos se ocupaban de todas las tareas necesarias para el mantenimiento de los contenedores cerebrales. Iblis no creía que fueran totalmente autosuficientes. ¿Tenían algún comercio secreto con... con los cimek, tal vez? La vida de los subordinados, totalmente aislados en Hessra, era realmente dura, y todos parecían demasiado viejos y frágiles incluso para respirar. Pero lo hacían.

El anciano habló con una voz susurrante y callada como el viento.



—Somos los últimos subordinados de Hessra. Vidad y los demás pensadores no deseaban que se les interrumpiera, pero mis compañeros monjes y yo sabemos que no viviremos mucho más. Debemos encontrar nuevos subordinados. —Parecía que se iba a caer redondo, pero sus brazos sostenían con firmeza el contenedor cerebral—. Cuanto antes.

Los ojos de Iblis brillaron.

—¿Y habéis traído a los pensadores con vosotros? Lo normal habría sido que os mandaran a vosotros solos.

El anciano monje bajó la mirada.

—Dada la gravedad de la situación, Vidad quería hacer la petición en persona. Si hacía falta. ¿Hay posibles candidatos en la Liga que deseen ofrecerse para este servicio?

A Iblis se le secó la garganta. De no haber tenido tantas responsabilidades, quizá se habría planteado hacerlo él mismo.

—Muchos de nuestros dotados eruditos os ayudarán de buena gana. —Sonrió e hizo una leve reverencia—. Os lo prometo, encontraremos todos los voluntarios que necesitéis.

Su cabeza ya había empezado a barajar posibilidades.

Iblis Ginjo tenía que ver a los pensadores de la Torre de Marfil en privado. Ningún hombre vivo había tenido una oportunidad como aquella, ni siquiera él. Sí, allí tenía a seis de los filósofos inmortales más brillantes.

Se dirigió hacia las habitaciones que había asignado a sus representantes, sonriendo con optimismo al recordar lo mucho que el pensador Eklo había cambiado su vida.

Hacía siglos, Vidad y sus compañeros se habían aislado para poder dedicarse a la contemplación ininterrumpidamente. ¡Cuántas importantes revelaciones habrían tenido en ese tiempo! No, no podía permitir que aquellos filósofos sin cuerpo se fueran sin conversar con él al menos una vez; lo conseguiría aunque tuviera que retenerlos allí contra su voluntad. Aunque esperaba no tener que recurrir a métodos tan drásticos.

¡Pero tenían que compartir sus conocimientos!

Dado que él era el hombre que se había prestado a buscar asistentes sustitutos para los pensadores, Iblis se presentó en los alojamientos de los dignatarios. Cuando ordenó que le abrieran, se encontró ante los viejos y achacosos subordinados y se le encogió el corazón al pensar en la situación tan apurada de los pensadores. ¿Y si sucedía algo en Hessra que aquellos hombres cadavéricos no podían resolver?



—Como Gran Patriarca, os prometo que encontraremos sustitutos adecuados, como habéis solicitado, hombres de talento que dedicarán su vida al cuidado de vuestros amos.

Los subordinados de túnicas amarillas hicieron una rígida reverencia. Sus ojos hundidos y rodeados de arrugas pestañeaban.

—Los pensadores de la Torre de Marfil aprecian vuestra ayuda —dijo el portavoz.

Iblis pasó al interior de la habitación, donde vio que los contenedores cerebrales descansaban sobre pedestales temporales. Su corazón latía con fuerza, tragó aire.

—¿Sería... sería posible que hablara con ellos?

—No —dijo el subordinado.

Dada su posición, Iblis Ginjo no estaba acostumbrado a que le contestaran de aquella forma.

—Quizá Vidad sabe quién es el pensador Eklo, que pasó sus últimos días en la Tierra. Yo le serví. Me comunicaba con Eklo, y él me ayudó a organizar la gran revuelta de los esclavos contra Omnius. —Los ancianos monjes no parecían impresionados.

Iblis prosiguió.

—Aquí, en Zimia, he pasado mucho tiempo interactuando filosóficamente con la pensadora Kwyna antes de que se cansara de la vida y se desconectara. —Sus ojos brillaban, y tenía la boca entreabierta, con una sonrisa esperanzada.

Tocando el electrolíquido de Vidad para transmitir su mensaje, su subordinado dijo:

—Otros pensadores interactúan con los humanos. Nosotros no vemos ningún beneficio en ello. Solo deseamos encontrar nuevos ayudantes y regresar a Hessra. Nada más.

—Entiendo —dijo Iblis—, pero quizá si solo es un momento...

—Incluso un momento nos distrae de nuestras meditaciones vitales. Buscamos la llave del universo. ¿Acaso deseas negarnos eso?

Iblis sintió pánico.

—No, por supuesto que no. Os pido disculpas. No deseaba ser irrespetuoso. En realidad, si he hecho esta petición ha sido por el gran respeto que os tengo...

Los subordinados esqueléticos se levantaron para cumplir el deseo de los pensadores de estar solos.

Iblis retrocedió desairado.

—Muy bien. Me encargaré de escoger personalmente a los subordinados más adecuados.



Cuando la puerta se cerró tras él, los engranajes de su mente empezaron a trabajar. Aquellos pensadores eran demasiado complacientes, demasiado inconscientes para ver la importancia real del universo. Vidad podía ser un eminente filósofo, sí, pero seguía siendo ingenuo y ciego. Él y los suyos eran tan nocivos como la minoría de opositores a la Yihad, eran incapaces de reconocer lo que de verdad importaba.

Pero los pensadores... tenía que hacerles cambiar de opinión, tardara lo que tardase.

Tendría que escoger a sus candidatos con mucho cuidado y darles instrucciones muy explícitas. Había mucho en juego. Su misión sería sutil, pero crucial para ganar la Yihad y asegurar la supervivencia de la raza humana.

Sus ropas normalmente discretas de la Yipol habían desaparecido, e incluso su uniforme, que rara vez se ponía. Keats estaba incómodo con las túnicas amarillas que los pensadores de la Torre de Marfil le habían proporcionado.

Iblis estudió a su leal asistente y asintió con gesto de aprobación.

—Keats, tienes un aspecto apropiadamente pío. Los pensadores te considerarán a ti y a los otros voluntarios que he escogido unos sustitutos aceptables. —La sonrisa del Gran Patriarca se hizo más amplia—. No tienen ni idea de dónde se están metiendo. Todos habéis recibido instrucciones, por supuesto, pero tú eres mi hombre de confianza. Procura que los demás no se desmanden, y actúa con sutileza. Tómate tu tiempo.

Keats frunció el ceño, haciendo que su rostro ovalado se arrugara, se pasó las uñas sobre la túnica amarilla.

—A juzgar por la larga vida de los hombres a quienes vamos a reemplazar, tendremos tiempo de sobra. —Dio un hondo suspiro, y sus hombros temblaron—. Me siento como si me mandaran al exilio, señor. Aquí podría hacer cosas mucho más importantes por la Yihad...

Iblis apoyó una mano en el hombro del joven y lo estrujó paternalmente.

—Muchos pueden ocuparse de esas triviales tareas, Keats. En cambio tú eres el mejor cualificado para esto, como has demostrado con tu talento como investigador e interrogador.

—Pero también sé que vos os consideráis un estudioso de la filosofía, y por eso sois la persona ideal para estos pensadores aislados e inconscientes. Vos debéis trabajar con ellos, suavizarlos, hacerles comprender lo mucho que necesitamos su apoyo en esta lucha.

Los dos hombres caminaron hasta la ventana de la torre donde el Gran Patriarca tenía su despacho y una vez allí miraron abajo, a las bulliciosas calles de Zimia. En el parque conmemorativo, la pesada y congelada figura de un guerrero cimek abandonado se erguía como un espectro en la luminosa tarde. Macizos de flores y



esculturas adornaban algunos de los cuadrantes de la ciudad que habían resultado dañados en el ataque de hacía veintinueve años.

—Sé que hay muchas cosas que añorarás de Salusa Secundus —dijo—, pero tienes una oportunidad que a pocos humanos se les ofrece. Pasarás los próximos años recluido con algunas de las mentes más extraordinarias que ha producido la raza humana. Lo que tú aprendas de estos pensadores sobrepasará la experiencia de cualquier hombre normal. Serás una de las pocas personas que en el último milenio habrán podido conversar con Vidad y sus compañeros.

Keats seguía sin verlo claro.

Iblis sonrió y su mirada pareció perderse en la distancia.

—Recuerdo mis peregrinaciones para visitar al pensador Eklo en la Tierra. En aquel entonces yo no era más que un capataz de esclavos, pero por alguna razón el pensador vio el potencial que había en mí. El antiguo cerebro se comunicaba conmigo. Hasta me permitía sumergir los dedos en el electrolíquido que mantenía con vida su mente y comunicarme directamente con él. Una bendición. —Se estremecía solo de recordarlo—. Omnius está lleno de datos, pero la supermente no tiene capacidad de comprender. Todo son frías valoraciones y proyecciones, respuestas a estímulos. Pero un pensador... un pensador posee la auténtica sabiduría.

Keats se irguió, orgulloso por la inmensa responsabilidad que el Gran Patriarca le encomendaba.

—Yo... entiendo.

Iblis lo miró.

—En cierto modo te envidio, Keats. Me gustaría no tener las obligaciones que tengo para con la Yihad y poder pasar los próximos años como pupilo, arrodillado junto al contenedor cerebral de un pensador. Pero esa tarea te corresponde a ti. Sé que estarás a la altura.

—Lo haré lo mejor que pueda, Gran Patriarca.

—Piensa que eres libre de aprender mientras sirvas a los pensadores. Pero debes ser inteligente y flexible. Ábreles los ojos... figuradamente, claro. Los pensadores de la Torre de Marfil han dejado atrás demasiadas cosas. Tú y tus compañeros tenéis la misión secreta de hacer que dejen de ser neutrales y se conviertan en aliados de nuestra guerra santa.

Acompañó a su fiel asistente hasta la puerta.

—Serena Butler os dará su bendición antes de que partáis. Luego harás el viaje más importante de tu vida.



Serena bendijo a cada uno de los monjes subordinados recién designados, aunque Iblis los había escogido mucho antes de informarla. La sacerdotisa de la Yihad —a pesar de que últimamente participaba de forma más activa— no cuestionó su decisión, aunque Iblis se aseguró de que no conociera los detalles.

Al menos no había tratado de asumir también aquella responsabilidad. En los últimos meses, desde que él volvió de su extraña reunión con la titán renegada Hécate, Serena le había apartado de muchas cosas que ya funcionaban muy bien antes de su intervención.

Así que Iblis había estado devanándose los sesos, buscando la forma de volver a asegurarse el poder. Ya casi hacía veinte años que se había casado con la carismática y adorable Camie Boro por su linaje imperial. Pero cuando se unió a ella todavía no sabía que la descendiente del último emperador en realidad no pintaba gran cosa en la Liga de Nobles. Se había convertido en una simple pieza que exhibir en ocasiones importantes.

Mientras observaba cómo Serena cumplía admirablemente con su deber, Iblis se sintió maravillado. La sacerdotisa de la Yihad habría sido una compañera mucho más apropiada para sus ambiciones. Era una pena desperdiciar tanto poder.

Keats, con una mirada apropiadamente sumisa, y los otros voluntarios esperaron para acompañar a los pensadores de la Torre de Marfil a su planeta cubierto de glaciares. Estaban firmes, con expresión valiente y contrita, e Iblis dedicó una sonrisa a cada uno, haciendo un leve gesto de asentimiento cuando ellos le miraron con devoción.

Serena tocó el hombro de cada uno de ellos con la gracia de una virgen.

—Os doy las gracias por vuestro sacrificio, caballeros, por vuestra disposición a aislaros durante años. Pasaréis muchas horas de soledad en la fría Hessra, momentos perfectos de debate y conversaciones. Y, por el bien de nuestra Yihad, debéis hacer entender a los pensadores de la Torre de Marfil que la neutralidad no es la única opción.

Keats sonrió y se apartó cuando Serena fue a bendecir al siguiente hombre. Estarían fuera años, décadas, o puede que incluso el resto de sus vidas... pero en ese tiempo quizá lograrían atraer a aquellos pensadores a la justa causa de la humanidad.

Iblis le dijo a Serena unas palabras en voz baja.

—Sacerdotisa, quizá parezcan personas plácidas por fuera, pero estos voluntarios son expertos en el arte de la conversación y el debate. —Ella asintió.

Iblis sabía que los pensadores eran filósofos brillantes, pero ingenuos. Y aunque dio a Serena una explicación apropiadamente recortada de sus planes, por el brillo de sus ojos supo que lo entendía.



Capítulo 51

Individual y colectivamente, los humanos se mueven por la energía sexual. Curiosamente, construyen grandes edificios en torno a sus acciones en un intento por disimularlo.

Erasmus, Reflexiones sobre los seres biológicos racionales

El cuerpo móvil del cimek, tan alto como los edificios de Zimia, tenía la forma de un arácnido prehistórico hecho de acero y aleación. Sus brazos de combate se elevaban en el aire, mostrando amenazadoras torretas con armas y extremidades rematadas con cañones.

Después de tres décadas de exposición a los elementos, el cuerpo gladiador mostraba los efectos del óxido y la corrosión. Pero aquella forma cimek de combate, guiada por un cerebro humano durante el mortífero ataque de Agamenón al planeta para destruir sus transmisores de escudo, había causado grandes destrozos. Bajo la dirección de Xavier Harkonnen, la milicia salusana había repelido con éxito el ataque. Varios neocimek fueron eliminados durante la batalla, y otros liberaron sus contenedores cerebrales para que los recuperara la maltrecha flota robótica y dejaron atrás sus gigantes formas mecánicas.

Aquel cuerpo de combate estaba allí desde el frustrado ataque de las máquinas, rodeado de lo que en otro tiempo fueron las ruinas de los edificios gubernamentales. Estaba allí en recuerdo de los miles de víctimas de la primera batalla de Zimia, como un trofeo por la derrota del enemigo y también como recordatorio de que las máquinas pensantes podían volver a atacar en cualquier momento.

Después de un año luchando por la Yihad —primero en Ix y luego en otras dos escaramuzas contra naves robóticas—, Jool Noret había llegado por fin a Salusa Secundus. Estaba en la plaza ajardinada, mirando con los ojos entrecerrados la ominosa forma cimek. Aquel cuerpo mecánico pesaba diez veces más que él. Con su carácter analítico y el entrenamiento que había recibido de Chirox, Noret escudriñó los sistemas de la forma guerrera, buscando mentalmente la manera de destruirlo. De haber sido necesario, él se habría enfrentado en solitario al gigante. Sus ojos de jade recorrieron las piernas blindadas, los lanzaproyectiles implantados y la torreta superior desde la que el cerebro traicionero dirigía sus ataques. Buscaba puntos débiles.



Gracias al *sensei* mek, Noret sabía que los cimek tenían diferentes cuerpos adaptados para cada situación. Y aunque esto permitía cierta cantidad de combinaciones, los sistemas primarios de acceso a los mentrodos tenían que ser básicamente los mismos. Si Noret pudiera descubrir la forma de neutralizar y someter a máquinas como aquella, como mercenario sería mucho mejor. Y provocaría mayores daños.

Mientras observaba aquel temible artefacto, Noret recordó los ejercicios de combate que veía realizar a su padre y sintió el espíritu de Jav Barri en su interior.

—No me das miedo —le dijo en voz baja a la enorme máquina—. Eres un enemigo más, como los demás.

Una mujer alta, con cabellos claros, mirada glacial y piel lechosa, se acercó sin hacer casi ruido.

—La temeridad absurda lleva más fácilmente al fracaso que a la victoria.

Noret había oído cómo se acercaba, pero había muchos visitantes y suplicantes en aquella plaza, y todos miraban la carcasa del cimek como si fuera un demonio derrotado.

—Hay una diferencia entre la temeridad y la determinación. —Miró una vez más al inmenso cimek, luego sus ojos se volvieron hacia la mujer—. Eres una sacerdotisa de Rossak.

—Y tú un mercenario de Ginaz —dijo ella—. Soy Zufa Cenva. Mis mujeres combaten y destruyen cimek. Es nuestra carga y nuestra habilidad convertirnos en el azote de todas las máquinas con mente humana.

Noret esbozó una fría sonrisa.

—A mí me gustaría ser el azote de todas las máquinas... sean de la clase que sean.

Ella lo estudió con escepticismo, como si tratara de interpretar la peligrosa sensación de calma que rodeaba al mercenario.

—Veo que hablas convencido de lo que dices, Jool Noret.

Él asintió, pero no preguntó cómo sabía su nombre.

—Mis sacerdotisas pueden eliminar a muchos cimek —repitió Zufa—. Cada una de ellas puede aniquilar a diez pequeños neocimek tras freír sus traicioneros cerebros.

Noret siguió examinando el enorme cuerpo cimek.

—Cada vez que una de tus sacerdotisas desata su mente, debe morir. Cada golpe es una misión suicida.

Zufa se molestó.



— ¿Desde cuándo un mercenario de Ginaz no está dispuesto a sacrificarse por la Yihad? ¿Acaso eres un cobarde que solo pelea cuando todo es seguro?

Aunque era una mujer que imponía, Noret no se amilanó. La miró con expresión distante.

— Siempre estoy dispuesto a sacrificarme, pero hasta ahora no he tenido ninguna oportunidad que valiera la pena. En cada batalla he sobrevivido para seguir destruyendo enemigos, año tras año. Si estuviera muerto, no podría continuar con la lucha.

Zufa tuvo que darle la razón, de mala gana. Miró al mercenario sombrío y distante y asintió.

— Si hubiera más como nosotros, las máquinas no tendrían más remedio que huir... por su propia seguridad.

Un sinfín de planes y posibilidades, a cuál más complicado, ocupaban la mente del Gran Patriarca durante todas sus horas de vigilia. Planes para beneficiar a la raza humana... y a sí mismo, por supuesto. Todo lo que hacía tenía incontables ramificaciones. Cada decisión llevaba implícitas unas consecuencias.

Iblis Ginjo tenía muchas cosas que ocultar y sopesar. Por el momento, solo él y Yorek Thurr conocían la existencia de su nuevo aliado, Hécate. Y el comandante de la Yipol siempre había tenido una gran capacidad para guardar secretos.

Gracias a las discretas maquinaciones de la policía de la Yihad, Iblis había arrestado a un número cada vez mayor de líderes de la oposición que ingenuamente querían poner fin a aquel estado de guerra permanente. También había llevado a la muerte a enemigos políticos que interferían en sus grandes planes para la Yihad. Como Muñoz Chen. No era algo con lo que disfrutara particularmente, pero había que hacerlo. Para protegerse a sí mismo, el Gran Patriarca tenía gente vigilando a la gente que vigilaba a otra gente, aunque Yorek Thurr siempre se las arreglaba para evitar la vigilancia.

Iblis consideraba que era su deber sagrado tomar ciertas decisiones difíciles y desagradables que muchos no habrían entendido. Si querían destruir a las máquinas pensantes, había que hacer ciertas cosas en secreto. Sí, el Gran Patriarca tenía muy claras sus honorables motivaciones, pero sabía que no podía compartirlas con nadie, sobre todo con la sacerdotisa de la Yihad, a la que tan bien había preparado. La inocencia de aquella mujer no era fingida.

Por desgracia, la independencia recién descubierta de Serena había trastocado algunos planes muy complejos. Había mucho en juego, e Iblis no podía permitirle que siguiera por aquel desagradable camino. Tenía que hacerla entrar en vereda. La solución era evidente, y esperaba que ella también supiera ver las ventajas. Iblis sabía que, cuando se trataba de asuntos personales, el corazón de Serena era como un



bloque de hielo, por muchos actos de caridad que protagonizara con los yihadíes y los refugiados. Podía llegar a ella, pero tenía que proceder con tiento y hacerle entender la conveniencia de una alianza entre ambos.

Serena no tardaría en llegar a sus habitaciones, y entonces Iblis utilizaría todas sus armas para convencerla.

Por la ventana de su ático en Zimia, Iblis miró los imponentes edificios gubernamentales que había ante la inmensa plaza central, donde miles de personas se congregaban para los mítines semanales de la Yihad. El imaginaba multitudes aún más grandes en el futuro, derramándose por el centro de las ciudades en todos los mundos de la Liga. Si se la alimentaba correctamente, aquella guerra santa podía seguir creciendo y creciendo.

Sin embargo, primero tenían que pasar ciertas cosas. A Camie, su esposa, no le iba a gustar, y las cosas podían ponerse muy feas con sus tres hijos. Pero si se casó con ella fue solo por su supuesta influencia política. Y luego tuvo una gran decepción cuando vio que esa influencia no existía. En cambio, a ella le encantaba estar casada con su título de Gran Patriarca, aunque no con él. Y si se ponía pesada... bueno, Thurr se encargaría. Todo sea por la Yihad.

Serena era más importante, y con ella las posibilidades eran mucho más interesantes.

Iblis se recostó en un sillón suspensor, notó cómo se amoldaba a su cuerpo rechoncho. Su posición conllevaba tanta tensión que no se había preocupado mucho por su dieta ni por su físico. En los últimos diez años, desde la formación del Consejo de la Yihad, había ganado bastante peso, y hacía meses que Camie no se dignaba acostarse con él. Iblis había actuado siempre con discreción por necesidad, pero, con su carisma y su posición, sabía que podía conseguir a cualquier mujer que quisiera.

Excepto a Serena Butler. Desde que la capturaron las máquinas pensantes en Giedi Prime, la mujer había evitado a toda costa los amores. Aquella resolución y dedicación tan férreas le daban un aura de nobleza y sacrificio, pero también la hacían menos humana. Los más fanáticos entre sus seguidores la veían como la Madre Tierra, una madona, una virgen.

Pero el amor era más que un simple concepto esotérico. Para ser realmente eficiente, la sacerdotisa tenía que demostrar su capacidad de amar. Ser una compasiva María en lugar de una inflexible Juana de Arco. Y él tenía intención de hacer algo al respecto ese mismo día.

De un cajón de una mesa lateral, sacó un frasco de sutiles feromonas y se espolvoreó un poco por el cuello y en el dorso de las manos. El olor era ligeramente acre, y no particularmente agradable, pero actuaría discretamente sobre los instintos de aquella mujer. Iblis no necesitaba de aquellas artimañas, pero no quería dejar nada al azar.



Sabía muy bien que las habituales técnicas de seducción no funcionarían con Serena. Tenía que recurrir a otras formas de persuasión, demostrarle los beneficios que aquello significaría para la Yihad...

Se oyó un timbre discreto y uno de sus cabos entró escoltando a Serena Butler.

— Señor, la sacerdotisa de la Yihad.

Iblis escondió enseguida el frasco de feromonas.

— Gran Patriarca — dijo ella con una rígida inclinación de cabeza—. Espero que sea importante. Últimamente mis obligaciones han aumentado considerablemente.

«Culpa tuya.» Sin manifestar su irritación, Iblis sonrió con gesto cordial y se adelantó para cogerla de la mano.

— Hoy estáis especialmente radiante.

Serena llevaba un traje negro con el cuello y las mangas blancas. Iblis le indicó que tomara asiento en el sofá suspensor de cuero que había sobre la alfombra de importación.

— Llevo horas al sol — comentó ella con una sonrisa lacónica—. Y ayer pasé horas hablando en el mitin.

— Lo sé. He visto las grabaciones. — Iblis se sentó junto a ella en el elegante sofá, que se balanceó un poco—. Un trabajo eficaz, como siempre. — Por mucho que lo hubiera escrito ella misma, sin hacer caso de sus sugerencias...

Un criado con bigote apareció con una bandeja de bebidas humeantes y la colocó sobre la mesa, ante el sofá.

— Té verde de los mejores importadores — anunció Iblis, tratando de impresionarla—. Una mezcla especial de Rossak.

Ella aceptó una taza, pero la sujetó entre las manos sin dar ningún sorbo.

— ¿De qué teníamos que hablar, Gran Patriarca? — Parecía tan distante—. Hay que aprovechar el tiempo.

Desde que se había producido el cambio y había insistido en dirigir el Consejo de la Yihad, Iblis se había dado cuenta de que estaba redefiniendo la estructura de poder según su conveniencia, con lo que lo relegaba a él a una posición subordinada. Sin embargo, tal vez podría seguir guiándola y dirigiendo sus pasos, aunque fuera de una forma diferente.

— He tenido una idea que tal vez os sorprenderá, Serena, pero estoy seguro de que cuando lo penséis veréis que es ideal y que ayudará a fortalecer la Yihad. Ya es hora de que hablemos de ello.

Ella esperó sin decir nada. Su expresión no se había suavizado, pero Iblis sabía que tenía toda su atención.



Se sentía totalmente relajado, pero no dijo nada de las cápsulas de melange que había tomado hacía menos de una hora. Serena no veía con buenos ojos el consumo de ninguna clase de droga; lo consideraba un signo de debilidad. Así que Iblis tomó especia con aditivos especiales que disimulaban el olor.

Iblis expuso el caso.

—Durante muchos años hemos colaborado, pero no lo bastante estrechamente. Siempre hemos sido socios en la Yihad... vos y yo, el Gran Patriarca y la sacerdotisa. Nuestros objetivos son los mismos, y nuestras pasiones. Cuanto más estrecha sea nuestra alianza, más cosas podremos conseguir.

Iblis hablaba con una voz estudiada y seductora mientras contemplaba el perfil de Serena. Tenía cuarenta y tantos, pero seguía siendo sorprendentemente hermosa: facciones suaves, pelo dorado y aquellos extraordinarios ojos.

—Estoy de acuerdo. —La sonrisa de Serena fue lacónica, como si no estuviera muy convencida.

Iblis se acercó un poco más.

—Lo he meditado en profundidad, Serena, y no os hago esta propuesta a la ligera. Creo que el siguiente paso para fortalecer nuestra Yihad es... que nos convirtamos en verdaderos compañeros a ojos de toda la humanidad libre. ¿Acaso hay dos personas que estén más hechas la una para la otra? Podríamos dar una gran ceremonia, cimentar nuestra influencia e impulsar la Yihad hacia el objetivo que debemos conseguir.

Iblis vio la reacción sorprendida de Serena, pero antes de que pudiera decir nada, insistió:

—Los dos seríamos mucho más eficientes si trabajáramos juntos. La gente nos vería como una entidad mucho más fuerte, un dúo invencible. Incluso Omnius temblaría ante la idea de la sacerdotisa y el patriarca unidos.

Aunque se sentía intimidado y a la defensiva, Iblis no dejó traslucir sus emociones. Era como si hubiera retrocedido dos pasos, y no sabía si podría volver a la posición anterior. Pero jamás le desvelaría a Serena el verdadero alcance de sus operaciones de seguridad, vigilancia y mercenarias, ni los terribles crímenes que había cometido en nombre de la Yihad.

Serena seguía sentada con rigidez, con el ceño fruncido, sin reparar según parecía en la proximidad de Iblis.

—Obviamente es imposible. Vos tenéis esposa. Y tres hijos.

—Eso tiene fácil arreglo. No la amo. Estoy dispuesto a hacer ese sacrificio por el bien de la Yihad. Camie lo entenderá. —«Se la puede comprar.» Tocó el brazo de Serena y siguió apresuradamente con las palabras que había ensayado—. Pensadlo...



juntos podemos convertirnos en la fuerza motriz que la Yihad necesita. Podemos llevar nuestra guerra santa al siguiente nivel... la victoria última.

Fingió emocionarse... por la Yihad, claro, no por el beneficio personal que podía extraer de aquello. Iblis tenía muy claro que no llegaría a Serena con torpes intentos de seducción. La deseaba terriblemente, sobre todo porque era tan inalcanzable como una diosa. Pero se contuvo y cambió de táctica. La única forma de conseguir a aquella mujer —como esposa, como compañera y como subordinada— era convencerla con sus propios argumentos: haciéndole una propuesta de negocios.

Ella lo apartó de su lado.

—No me interesa el amor, Iblis. Ni el matrimonio. Ni con vos ni con ningún hombre. No me necesitáis.

Iblis frunció el ceño, intentando controlar la decepción. Aquello iba a ser muy difícil.

—No os hablo de un amor vulgar y corriente, sino de algo muchísimo más importante que nosotros, mucho más importante. Estamos destinados a ser compañeros en esta vital misión, Serena. —Retiró la mano, pero le sonrió, concentrándose en sus capacidades, esperando poder atraparla con su mirada hipnótica. Tenía que resolver el rompecabezas que era aquella mujer—. Solo vos y yo tenemos la suficiente determinación para ganar esta guerra.

Iblis nunca había hablado con tanta desesperación, y eso le enfurecía. Si lograba conquistarla, sería una gran victoria para sus aspiraciones políticas. Con Serena Butler bajo su control, ya nada se interpondría en su camino.

Pero la expresión de ella era fría, desinteresada. Se levantó del sofá para marcharse.

—Nuestra Yihad requiere vuestra completa atención. Y la mía. Utilizad vuestros encantos para congrega a la gente, Iblis. Sería un mejor destino para vuestras habilidades. Los dos debemos volver al trabajo, Gran Patriarca, y no perder el tiempo con estas tonterías.

Iblis se deshizo en cortesías e indicó a un asistente de la Yipol que la acompañara fuera, pero por dentro rabiaba. Le daban ganas de romper algo.

Jamás habría esperado que la bella y segura hechicera de Rossak fuera en su busca. Como si intuyera que había sido rechazado por otra mujer, aquella noche Zufa Cenva fue directamente a los alojamientos del Gran Patriarca y solicitó una «audiencia privada».

Iblis se olvidó enseguida de Serena Butler.

A Zufa no le interesaban las otras mujeres de Iblis, ni su mujer política. Las hechiceras se dedicaban a estudiar árboles genealógicos y manipular patrones



reproductivos, tratando de determinar los rasgos genéticos específicos que permitirían conseguir una elevada capacidad mental entre la descendencia femenina de Rossak. Zufa había tomado ciertas sustancias para potenciar la fertilidad — irónicamente, las había desarrollado y comercializado Aurelius Venport, que tantas veces le había fallado— y sabía que su cuerpo era receptivo.

Dado el carácter libidinoso de Iblis, supuso que él también lo sería.

Encontrar un macho con poderes telepáticos era extremadamente raro, casi imposible. Pero Zufa había reconocido las señales, y necesitaba la valiosa sangre de aquel hombre en su mundo. Con las dotes de ella y el historial de él, estaba convencida de que no sería difícil.

Y no lo fue...

Mientras yacían en la cama suspensora de Iblis, después de haber disfrutado al máximo de sus cuerpos, Zufa pensaba qué fascinante era aquel hombre. Incluso sin entender plenamente el origen de sus habilidades innatas y sin entrenamiento, había logrado asegurarse una posición de poder. Hacía un rato, cuando estaban haciendo el amor, la había nombrado Hechicera Suprema de la Yihad. Y prometió anunciar formalmente su nuevo título en el Consejo de la Yihad.

—Impresionante —había dicho ella jadeante, fingiendo estar sin aliento de tanta pasión—. Pero ¿tenemos que hablar de la guerra ahora?

—Siempre estoy pensando en la Yihad —dijo él—. Tengo que hacerlo, porque las máquinas pensantes nunca duermen. —Unos minutos después se quedó dormido.

A su lado, Iblis roncaba ligeramente, con su fornido brazo sobre el hombro de ella. Zufa se apartó con suavidad. Iblis había reconocido enseguida las ventajas de una alianza política con ella, de sumar el poder y la influencia de la hechicera de Rossak a su gran causa. A cambio, ella conseguía lo que necesitaba de él y, si hacía falta, siempre podía ir en busca de más. Lo comido por lo servido. Sin embargo, aquella sería una de sus últimas oportunidades biológicas de procrear. Para futuras misiones, seguramente tendría que enviar a una sacerdotisa más joven.

Pero a aquella hija la quería para ella.

Zufa se levantó de la cama y se quedó desnuda delante del espejo de cuerpo entero. Aunque era una mujer madura y ya había pasado la edad de tener hijos, su cuerpo seguía siendo bello, casi tenía una forma perfecta, como si la hubieran esculpido las manos de los dioses. En el reflejo, vio que Iblis se movía en la cama sin abrir los ojos.

«¿Eres superior genéticamente, Iblis Ginjo?» Esperaba poder descubrir la respuesta por sí misma.

La reproducción humana no era una ciencia exacta, pero las mujeres de Rossak estaban convencidas de poder identificar los linajes más poderosos, controlarlos y hacer que dieran su fruto. Zufa había llevado un estricto control del tiempo, las



hormonas y la ovulación para asegurarse de que estaba en un pico de fertilidad, y estaba convencida de que quedaría embarazada. Mediante la cuidadosa aplicación de unas sustancias especiales de Rossak conocidas solo por las hechiceras, tenía muchas probabilidades de que fuera una niña.

La canija de Norma había sido una gran decepción para ella; igual que Aurelius Venport, el compañero al que había elegido tan cuidadosamente y que, aunque todo parecía indicar lo contrario, al final había resultado ser un fracaso genético.

«Esta vez será diferente.» Zufa se vistió a toda prisa y salió de los alojamientos del Gran Patriarca llena de esperanza. Aquella vez tendría una hija perfecta. La hija que siempre había querido tener.

Las hembras eran mucho más valiosas que los machos.



Capítulo 52

A todo el mundo se le puede derribar. Solo hay que descubrir cómo.

Tío Holtzman, carta a lord Niko Bludd

Al menos el desastre ocurrió en el interior del laboratorio. Las paredes reforzadas contuvieron la explosión y nadie resultó herido, excepto unos pocos esclavos sin importancia. Holtzman decidió hacer cuidadosas modificaciones en sus registros para que lord Bludd nunca se enterara de aquello.

Años atrás, gracias a Norma Cenva, el savant había aprendido a no hacer demostraciones de ningún nuevo concepto antes de haberlo sometido a concienzudas pruebas. No quería más manchas bochornosas en su expediente.

Ansioso por acallar los chistes que circulaban entre los nobles de Poritrin porque el gran inventor se había quedado sin ideas, Holtzman había recuperado los viejos planos del generador de resonancia de aleación: un artefacto que había hecho volar un laboratorio entero hacía veintiocho años, había destruido un puente y había matado a muchos esclavos. Tenía que haber funcionado, haberse convertido en una poderosa arma que actuara directamente en los cuerpos metálicos de las máquinas pensantes. En aquel entonces, estaba tan impaciente por enseñárselo a lord Bludd que no lo probó antes.

Tardó años en borrar la mancha que aquel catastrófico fracaso dejó en su reputación.

A pesar de ello, el savant siempre había creído que la idea tenía mérito. Recientemente había entregado los viejos planos a su equipo de ambiciosos ayudantes, tras darles instrucciones de que lo hicieran funcionar.

Con los ojos inyectados en sangre, el pelo revuelto y un omnipresente olor a sudor rancio, los ayudantes habían vuelto a calcular, diseñar y construir el prototipo. Tío fingía revisar los planos con detenimiento, pero confiaba en lo que hacían los aprendices. Sin embargo, ahora que el artefacto «mejorado» había fallado de forma igual de explosiva que el anterior, se sentía pesimista. Por suerte, esta vez el savant podía mantenerlo en secreto, pero era un flaco consuelo.

Hacía ya muchos años, Norma Cenva le dijo que era un concepto equivocado, que no podía funcionar. La joven siempre parecía tan redicha cuando le hacía aquellas



advertencias..., pero a lo mejor tenía razón. «De todos modos, ¿qué hace ahora?» Hacía tiempo que no la veía.

Naturalmente, Holtzman dio por sentado que seguía perdiendo el tiempo, que no hacía nada provechoso. Si hubiera hecho algún gran descubrimiento, sin duda él se habría enterado. A menos que lo mantuviera en secreto... como hizo cuando entregó la patente de los globos de luz a VenKee Enterprises.

Después de dejar que sus ayudantes recogieran y eliminaran el rastro del generador de resonancia de aleación, Tio cogió todos sus cuadernos de laboratorio «por motivos de seguridad» y más tarde los destruyó. Al renombrado inventor le gustaba pensar que controlaba su vida.

Aquella noche, antes de terminar su primer vaso de ron especiado de Poritrin, ya había decidido hacer una visita a Norma.

Aunque trataba de pasar desapercibida, Norma no podía ocultar un experimento que se hacía a tan gran escala. Tuk Keedair tenía unas rigurosas medidas de seguridad, pero aun así lord Bludd sabía dónde estaba su laboratorio, ya que se había enterado de que VenKee Enterprises había comprado una vieja nave de procesamiento de las minas en un cañón junto al afluyente del río.

Así que Holtzman decidió ir a ver qué hacía, acompañado únicamente por dos ayudantes y dos dragones de la guardia. Si Norma causaba problemas, siempre podía volver más adelante... con refuerzos.

Con su manto blanco, el inventor fue río arriba en una lanzadera acuática, en dirección al cañón seco donde sabía que Norma realizaba sus misteriosos experimentos. Vio muelles vacíos y montacargas subiendo por el lado del peñasco hacia los edificios y cuevas que formaban su laboratorio de investigación.

—Con un complejo tan feo, no ha sido mala idea que lo haya escondido tan lejos —dijo su aprendiz.

Holtzman asintió.

—Norma no tiene ningún sentido de la estética. Pero eso no impide que su cerebro funcione.

«Y eso me preocupa.»

Los dragones y los ayudantes bajaron de la lanzadera y se dirigieron hacia los elevadores. Holtzman miró a su alrededor, atento al sonido distante de trabajos industriales. Lo que oía le recordó el estruendo de los astilleros que habían montado en el delta del río. Su frente se arrugó.

Cuando su montacargas llegó traqueteando a lo alto del precipicio, Holtzman y sus acompañantes se encontraron con una docena de guardas bien armados y de aspecto hosco que les cerraron el paso al complejo vallado.



—Esta es una zona protegida y privada. —Los guardas miraron a los dragones, con sus armaduras de malla dorada.

—¿Es que no ves con quién estás hablando? —dijo con descaro uno de los aprendices—. Abrid paso al savant Tio Holtzman.

Los dragones trataron de avanzar, pero los guardas mercenarios no hicieron el menor movimiento para dejarles pasar. Al contrario, les apuntaron con sus armas.

—Parece que habéis pasado muchas horas sacándole brillo a la armadura —dijo el jefe de los guardas—. No querréis que os las estropeemos con un disparo, ¿verdad?

Los dragones retrocedieron con incredulidad.

—¡Venimos aquí con la autorización expresa del mismísimo lord Niko Bludd!

—Eso no le da derecho a violar una propiedad privada. No es el dueño de todo el planeta.

—Ve a buscar a Keedair —dijo otro de los guardas—. Que se encargue él de esto.

Uno de los mercenarios corrió hacia los edificios. Holtzman echó un vistazo a través de la verja, vio un enorme hangar y algunos edificios anejos, junto con una riada de esclavos que transportaban piezas a una zona dedicada a la construcción en el interior de un almacén.

«Ahí dentro están fabricando algo... algo muy grande.»

En ese momento reparó en una mujer que tenía la estatura de un niño y que se acercaba, montada en una plataforma personal de suspensión. La mujer se dirigió hacia la verja, donde los dragones seguían enfrentados a los inmutables mercenarios.

—¡Savant Holtzman! ¿Qué hacéis aquí?

—Esa no es la pregunta que interesa, ¿no crees? —Se frotó la barba canosa—. Yo más bien preguntaría qué haces tú aquí. ¿Cuál es exactamente el trabajo que haces? He venido como colega para ver si podemos ayudarnos mutuamente en nuestra labor contra las máquinas pensantes. Y sin embargo veo que te comportas como si estuvieras haciendo algo ilegal.

En su juventud, Norma había pasado años trabajando obsesivamente en las modificaciones de sus ecuaciones originales. El concepto de «plegar el espacio» sonaba como una de las absurdas ideas de Norma. Aun así, aquella mujer extraña y modesta había demostrado su genio una y otra vez.

—Con el debido respeto, savant Holtzman, mi patrocinador me ha hecho prometer que no revelaré a nadie los detalles de mi trabajo. —La diminuta mujer apartó la mirada.

—¿Acaso has olvidado quién soy, Norma? Tengo la acreditación más alta de toda la Liga de Nobles. ¿Cómo puedes negarte a revelarme a mí los detalles? —Miró a los



dragones como si tuviera intención de decirles que la arrestaran—. Y ahora dime qué es todo eso de... de «plegar el espacio».

Ella vaciló, algo sorprendida, pero sus ojos brillaron de la emoción.

—Savant, no es más que una variación de vuestras ecuaciones de campo originales, una extensión única que permite plegar el espacio/ tiempo para manipular la variable de la distancia. Y eso permitirá que nuestro ejército ataque a las máquinas en cualquier lugar de forma instantánea, sin los largos viajes que tienen que hacer actualmente.

Las fosas nasales del inventor se hincharon. Se había fijado solo en una parte de la explicación.

—¿Deriva de mis ecuaciones y no pensabas decirme nada?

En ese momento el mercader tlulaxa llegó a toda prisa. Era un hombre pequeño, no mucho más alto que Norma. Su rostro alargado tenía una expresión alarmada; su gruesa trenza parecía algo deshilachada.

—Norma, por favor, deja que yo me encargue de esto. Tienes que volver a tu trabajo. —Y le dedicó una mirada furiosa—. Ahora. —Ella, acobardada, hizo girar su vehículo suspensor y volvió a toda prisa hacia la zona de trabajo cerrada.

Holtzman se puso las manos en las caderas y plantó cara a Tuk Keedair.

—No hay necesidad de complicar las cosas. Tus guardas no parecen entender que tenemos derecho a inspeccionar y conocer cualquier nuevo producto que pueda beneficiar al ejército de la Yihad...

Keedair, que no se dejaba intimidar tan fácilmente, respondió:

—Estas son unas instalaciones de alta seguridad, y las investigaciones que se realizan aquí tienen como único patrocinador a VenKee Enterprises. Tiene usted el mismo derecho a estar aquí que las máquinas pensantes.

Los aprendices de Holtzman estaban boquiabiertos. El tlulaxa hizo una señal a sus guardas.

—Haced vuestro trabajo y aseguraos de que se vayan enseguida. —Miró al savant—. Cuando tengamos algún anuncio o alguna demostración que hacer, no dude que le invitaremos a usted y a lord Bludd... por cortesía.

Los dragones no sabían qué hacer; miraron al furibundo Holtzman como si este pudiera encontrar una solución instantánea al problema. Pero el hombre vio que no tenían más remedio que retirarse. De momento.

—Está ocultando algo, como sospechaba —dijo Holtzman, tratando de hacer comprender a lord Bludd que debería estar preocupado—. ¿Por qué iba a insistir VenKee en unas medidas de seguridad tan rigurosas si la joven fuera tan inútil como cuando trabajaba para mí?



El noble rió entre dientes y dio un sorbo a su burbujeante bebida de frutas. Luego se recostó en su asiento en el balcón, en lo alto de los peñascos, y miró despreocupadamente hacia el río, donde las barcazas llevaban cargamentos hacia el delta y el puerto espacial.

—¿No os parece interesante que a los dos años de liberarse de su esclavitud de pronto haga unos progresos tan enormes? ¡Quizá esa pequeña mujer os ha tomado el pelo, Tio! Y ha estado ocultando sus descubrimientos todo el tiempo para no tener que compartir el mérito con vos.

—A Norma Cenva nunca le han interesado ni el honor ni la fama. —Holtzman rechazó el refresco que le ofrecía el noble y empezó a andar arriba y abajo por el balcón, muy poco interesado por la vista—. Y ahora que su «amigo» Venport ha conseguido que la liberemos, no tenemos derecho a hacer ninguna reclamación de sus nuevos descubrimientos.

Entonces un cuchillo helado se le clavó en el pecho.

—Por eso tenía VenKee tantas ganas de ceder una parte de los beneficios por los globos de luz. Sea lo que sea lo que ha ideado esa mujer, debe de ser mil veces más importante. —Apretó el puño—. Y nosotros hemos quedado fuera.

Bludd se levantó, sacudió sus opulentas túnicas y las arregló pulcramente.

—No, no, Tio. Solo renunciamos a los conceptos que fueran totalmente nuevos. Si ha desarrollado su idea tan deprisa desde que firmamos el acuerdo, cualquier abogado decente (o incluso un científico brillante como vos) sabrá encontrar fácilmente una correlación directa con el trabajo anterior de Norma.

Holtzman se paró en seco: se había dado cuenta de algo.

—Si su trabajo implica lo que creo, tal vez estéis en lo cierto, lord Bludd.

El noble dio un largo trago a su vaso y le acercó otro a Holtzman.

—Bebed, Tio. Tenéis que relajaros.

—Pero ¿cómo vamos a entrar en el complejo? Necesito ver qué hace. Las instalaciones están rodeadas por docenas de mercenarios, y ese extranjero tlulaxa lo vigila todo como un halcón.

—No es tan difícil cancelar el visado de un tlulaxa —señaló Bludd—. Lo haré enseguida. De hecho, aunque Norma Cenva ha vivido aquí buena parte de su vida, sigue siendo una invitada en nuestro planeta, no una ciudadana. Podemos difundir el rumor, sembrar algunas dudas, cortarles los suministros y los privilegios de acceso.

—¿Será suficiente?

Bludd hizo chasquear sus nudillos cargados de anillos, luego llamó al capitán de sus dragones.



—Reúne una importante fuerza de hombres y ve río arriba, hasta el laboratorio de Norma Cenva. Trescientos dragones bien armados serán suficientes. Sospecho que esos mercenarios se rendirán en cuanto os vean venir. Entregad al tlulaxa los papeles con la revocación de su visado. Luego vos podréis investigar qué ha estado haciendo Norma. Eso no será problema, ¿verdad?

Holtzman tragó con dificultad y desvió la mirada, porque de pronto la vista del río le parecía mucho más interesante.

—No, milord. Pero Norma se resistirá. Le enviará un comunicado urgente a Aurelius Venport. Tuk Keedair presentará una denuncia ante el tribunal de la Liga, estoy seguro.

—Cierto. Pero tendréis meses para investigar en sus laboratorios antes de que pueda resolverse el asunto. Si no encontráis nada que valga la pena, nos disculparemos y reconoceremos nuestro error. Pero si descubris algún avance significativo, iniciaremos la producción antes de que VenKee Enterprises tenga tiempo de apelar.

Holtzman ya estaba sonriendo.

—Sois todo un visionario, lord Bludd.

—Y vos sois todo un científico, Tio. Nuestros adversarios no tienen nada que hacer.



Capítulo 53

Un hombre no debe ser una estatua. Debe actuar.

Sutra budislámico, interpretación zenshií

Durante bastante más de un año, Ishmael siguió las absurdas órdenes de Norma Cenva en su complejo, aunque sentía como si por dentro su corazón hubiera muerto. Trabajaba duramente junto con otros ciento treinta cautivos budislámicos. Aquel proyecto secreto era complejo, y avanzaban muy despacio; construían, modificaban y probaban los extraños componentes de una inmensa nave.

Nada de todo aquello significaba algo para él.

La científica no era un ama difícil. Estaba tan concentrada en su tarea que daba alegremente por sentado que los demás hacían lo mismo. Su socio tlulaxa, Tuk Keedair —cada vez que veía al antiguo negrero, Ishmael sentía un profundo desprecio—, hacía que se respetaran los largos turnos de trabajo.

Los ayudantes, administradores, ingenieros y esclavos pasaban día y noche en un pequeño asentamiento cuyo único propósito era construir la nave experimental. Los esclavos budislámicos dormían en unos barracones levantados en lo alto de la meseta, donde las noches eran ventosas pero cuajadas de estrellas.

Ishmael no tuvo ocasión de volver a Starda, ni siquiera un día. No había tenido noticias de su mujer y sus hijas, ni había encontrado a nadie que preguntara por ellas. Había perdido a su familia. Cada día rezaba para que siguieran con vida, pero se habían convertido en fantasmas que poblaban sus sueños. Sus esperanzas ya no eran más que un hilo muy fino.

En medio del estridente martilleo y de los gritos del hangar de construcción, Ishmael vio cómo su amigo Aliid cambiaba el cartucho de una herramienta sónica. Cuando los enviaron río arriba para trabajar en aquel proyecto nuevo y aislado, Aliid se las arregló para que lo asignaran al mismo grupo de trabajo que él. Ahora los negreros de Poritrin los habían separado a ambos de sus mujeres y sus familias.

Tras ajustar la herramienta, el zenshií habló con dureza.

—Lo intentaste, Ishmael. Hiciste lo que creías mejor... y no te culpo por ello, aunque nunca he estado de acuerdo con tu ingenua fe en la buena voluntad de



nuestros captores. ¿Qué esperabas? Los amos de esclavos confían en que seamos dóciles, que es justo lo que tú demostraste. Si lo único que somos capaces de hacer es pronunciar inofensivas amenazas, nunca nos tratarán como seres humanos. Tenemos que hablar un lenguaje que puedan entender. Con dientes y garras.

—Con la violencia lo único que conseguiremos serán castigos más duros. Ya viste lo que le pasó a Bel Moulay...

Aliid le interrumpió con una sonrisa feroz.

—Sí, lo vi... pero ¿lo viste tú, Ishmael? En todos los años que han pasado desde entonces ¿qué has aprendido? Te concentras en el dolor que sufrí, y en cambio te olvidas de las cosas que conseguí. Hizo que nos uniéramos. Fue como un toque de atención, no solo para los nobles de Poritrin, que reaccionaron de forma desproporcionada y aplastaron toda señal de resistencia, sino para todos los esclavos budislámicos que siguen sufriendo. Los esclavos llevamos una fuerza dormida en nosotros. Aferrándose a su fe en la no violencia, Ishmael meneó la cabeza con obstinación. Los dos hombres habían llegado a un punto muerto, y ninguno de los dos estaba dispuesto a cruzar al otro lado del abismo que los separaba. En otro tiempo, fueron buenos amigos unidos por las circunstancias, pero siempre fueron demasiado diferentes. Ni siquiera sus desgracias comunes habían logrado acercarlos. Aliid, en su determinación, seguía tratando de lograr lo imposible... en diversos sentidos. Ishmael lo admiraba por sus convicciones, pero Aliid siempre parecía decepcionado.

Cuando Ishmael era niño, su abuelo le enseñó qué debía creer y cómo vivir, pero a veces los adultos simplifican las cosas para los niños. Ahora tenía treinta y siete años. ¿Es posible que hubiera estado equivocado todos esos años? ¿Tenía que buscar una nueva fuerza en su interior y seguir al mismo tiempo dentro de los límites de las enseñanzas zensunies? En el fondo él sabía que todas esas violentas fantasías de Alud eran un error y eran peligrosas. Pero lo cierto es que su fe callada en que todo sucedía por una razón, que de alguna forma Dios los rescataría y ablandaría el corazón de sus captores, no le había llevado a ninguna parte. No había llevado a ningún sitio a generaciones de esclavos budislámicos.

Tenía que encontrar otra respuesta. Una solución diferente.

Aunque Ishmael había fracasado estrepitosamente y no consiguió ninguna concesión por parte de lord Bludd, por la noche los fieles zensunies seguían acudiendo a él en los barracones y le pedían que diera algún sermón, que les contara historias, que reforzara la paciencia con que aceptaban la voluntad de Budalá. Más de cien hombres y mujeres acudían regularmente a verle; o sea, la mayor parte de los trabajadores que había allí.

Al principio, Ishmael pensó que no sería capaz de hacerlo. ¿Cómo podía recitar los sutras coránicos y cantar la benevolencia de Dios cuando Ozza no estaba a su lado, cuando no veía a sus preciosas hijas sentadas al otro lado de la hoguera, escuchando



sus parábolas? Pero se hizo fuerte, y se dio cuenta de que no podía perderlo todo. Él tenía su propia fuerza, por mucho que Aliid no lo viera.

Sin embargo, conforme los meses pasaban, Ishmael notó una separación gradual pero evidente entre sus hermanos zensuníes y el pequeño grupo de zenshiíes de Alud. Seguían trabajando juntos en el interior del hangar, donde Norma Cenva y los suyos se entretenían con el prototipo de aquella nave destripada, pero Ishmael intuía que Aliid ocultaba algo, no solo a los amos de esclavos de Poritrin, también a Ishmael y a los suyos...

Una pequeña chispa volvió a iluminar la vida de Ishmael de forma tan inesperada como los deslumbrantes fuegos artificiales que los lores de Poritrin tan a menudo ofrecían en sus celebraciones en el río. La noticia fue aún mejor recibida por inesperada.

Cuando la inmensa nave experimental entró en la fase final de pruebas, Tuk Keedair contrató a otro grupo de esclavos de Starda y los asignó al manejo de la colosal maquinaria y a operaciones de última hora. Entre aquellos quince trabajadores taciturnos, Ishmael reconoció con sorpresa a su hija mayor, Chamal.

Ella también le vio, y su rostro se desplegó como los pétalos de una flor. Ishmael sintió que el corazón se le aceleraba, y tuvo ganas de correr hacia ella, pero los esclavos iban escoltados por un grupo de guardas armados. Además, Tuk Keedair, observaba a los recién llegados con los ojos entrecerrados, como si los estuviera evaluando en silencio.

Ishmael recordó la respuesta vengativa de lord Bludd, que había separado expresamente a su familia solo porque él había pedido una compensación justa. No, no podía arriesgarse a llamar la atención sobre sí mismo o sobre Chamal.

Así que hizo una señal a su hija, meneando la cabeza y apartando los ojos. Hablarían más tarde. Por la noche podrían abrazarse y contarse sus cosas entre susurros. Pero por el momento prefirió no demostrar su alegría, por miedo a que los negreros se la arrebataran, igual que habían hecho con todo lo demás.

Para Ishmael el resto de la jornada fue una tortura. El nuevo grupo de esclavos fue enviado a otra parte del complejo para recibir un curso de orientación y entrenamiento. El tiempo pasaba tan despacio que era como si el sol se hubiera detenido en el cielo.

Pero cuando el largo turno de trabajo terminó y los zensuníes se retiraron a sus barracones —Aliid y los suyos estaban aparte—, Ishmael pudo por fin abrazar a su hija y los dos lloraron. Durante un rato no hablaron, felices por el simple hecho de poder estar juntos.



Finalmente, Chamal le contó cómo la habían separado de su madre y su hermana menor. Por lo que sabía, Ozza y la pequeña Falina habían sido enviadas a los campos de caña del otro extremo del continente. Hacía un año que no sabía nada de ellas.

Después de hablar con su padre durante horas, Chamal llamó a un joven con expresión decidida llamado Rafel. Lo cogió de la mano y le hizo acercarse para presentarle a su padre. El hombre parecía intimidado, como si hubiera oído hablar mucho de Ishmael.

—Es mi marido. Cuando cumplí los dieciséis años y tuve edad de casarme, nos unieron. —Bajó sus ojos oscuros, evitando la mirada de sorpresa de Ishmael—. No tenía a nadie, padre.

Ishmael no se sintió disgustado, aunque le resultaba difícil ver a su pequeña como una mujer adulta, y casada. Sonrió cordialmente y los felicitó.

—Parece un buen hombre.

Rafel hizo una leve reverencia con la cabeza y contestó.

—Intentaré serlo, por su hija y por nuestro pueblo.

Chamal estaba muy cerca de su marido, y era evidente que lo quería mucho.

—Cuando me casé con Rafel, los administradores debieron de olvidar que soy tu hija. Me han enviado aquí porque no saben quién soy. De otro modo, lord Bludd me hubiera obligado a seguir separada de ti.

Ishmael la cogió de la mano y la oprimió con fuerza.

—Eres mi hija, Chamal. —Y entonces cogió también la mano del joven marido—. Y ahora también tú serás mi hijo, Rafel.

Semanas después, Ishmael descubrió por casualidad los planes que Aliid ya había puesto en marcha. En el aislado grupo que trabajaba en el cañón, una de las mujeres zensunies, que había tomado por esposo a un zenshií, vio que su marido ocultaba armas improvisadas y leía notas secretas escritas en un lenguaje olvidado que ningún noble de la Liga habría sabido leer. Dado que, para ella, el líder del grupo era Ishmael, el intérprete de los sutras coránicos y el encargado de tomar las decisiones, le contó lo que había visto y le habló de sus sospechas.

Dentro de un mes se cumpliría el vigésimo séptimo aniversario del levantamiento de Bel Moulay. Una vez más los lores de Poritrin ofrecerían grandes celebraciones para recordar a los esclavos su fracaso, y el destino que les esperaba de por vida. La idea de Aliid era utilizar aquello como trampolín para su revuelta. Ya tenía a sus hombres en posición y había enviado mensajes secretos a Starda, donde, en el nombre de Bel Moulay, los planes se extendieron como una virulenta enfermedad.



Los zenshiíes descargarían una lluvia de violencia sobre aquellos lores complacientes, que estaban convencidos de haber aplastado toda resistencia hacía décadas. Ishmael empezaba a comprender que con sus continuas propuestas de paz a lord Bludd él había contribuido a crear esa impresión. Pero eso no hizo que viera las cosas de otro modo.

Evidentemente, Aliid sabía que Ishmael no aceptaría la violencia y se dedicaría a citar sutras coránicas donde se prohibía el asesinato de inocentes y se advertía contra los que se toman una justicia que corresponde a Dios. Pero Aliid ya no tenía ningún interés por las escrituras. No confiaba en que su amigo de la infancia participara en sus planes, y hasta sospechaba que podía intentar evitar el levantamiento.

Cuando Ishmael se enteró de las dudas de su amigo, cuando supo que lo había excluido, se sintió como si le hubiera clavado un puñal en el corazón. No estaba de acuerdo con sus métodos, es verdad, pero ¿acaso no querían los dos la libertad para su pueblo? Jamás habría esperado que le ocultara algo tan importante.

Alterado y pensativo, pasó varias noches en vela tratando de decidir qué hacer. ¿De verdad pensaba Aliid que aquel plan podía permanecer en secreto, o en el fondo esperaba que Ishmael lo descubriera y se diera por aludido? ¿Era aquello una prueba para determinar si los zensuníes estaban dispuestos a luchar por su libertad o se resignarían a seguir siendo esclavos dóciles?

«¿Y si Aliid tiene razón?»

Ishmael sentía un nudo en el estómago. Estaba convencido de que las acciones de Aliid provocarían un baño de sangre y que los esclavos lo iban a pagar muy caro, incluso los que no participaran. Si volvían a rebelarse, demostrarían a los amos de Poritrin que nunca podrían confiar en los budislámicos. Quizá los ejecutarían a todos, o los obligarían a vivir con grilletes, como animales, quitándoles las pocas libertades que aún conservaban.

Sí, tenía que enfrentarse a su amigo antes de que fuera tarde.

Aquella noche, cuando el viento se levantó y el sol desapareció, Ishmael subió la escalerilla con travesanos de hierro que subía al tejado en voladizo del hangar, que se extendía más allá del saliente de la cueva. Habían enviado allá arriba a Aliid y a otros siete trabajadores zenshiíes para arreglar unas planchas de metal corrugado que se habían soltado durante un vendaval. Aquellas placas eran necesarias para proteger la nave experimental de las frías lluvias habituales en el invierno de Poritrin, cada vez más cercano.

Ishmael subió al tejado y miró alrededor. Antes de presentarse ante lord Bludd se había afeitado la barba, pero ya le había vuelto a crecer, y estaba muy poblada y con unos toques de blanco.



Aliid se volvió hacia él, con su camiseta a rayas de zenshií metida en el uniforme de trabajo. Su barba negra era un denso bosque en la parte inferior de su cara. Parecía como si le esperara.

Ishmael se detuvo antes de llegar hasta él.

—Aliid, ¿recuerdas el sutra que dice que cuando dos amigos tienen secretos entre ellos el enemigo ya ha ganado?

Alud alzó el mentón y entrecerró los ojos.

—La variante de la Zenshia dice: «Un amigo en quien no se puede confiar es peor que un enemigo».

Los otros trabajadores zenshiíes los observaban. Aliid les hizo una señal, impaciente.

—Dejadnos. Mi amigo Ishmael y yo tenemos asuntos que discutir.

Más tranquilos por la seguridad que veían en el duro rostro de Aliid, sus compañeros fueron hasta la escalerilla y bajaron a la enorme cueva. Los dos hombres se miraron, solos allá arriba. El silencio se hizo eterno; Ishmael oía cómo el viento silbaba en sus oídos.

—Hemos pasado muchas cosas juntos, Aliid —dijo por fin—. Desde que nos capturaron siendo niños y nos trajeron a Poritrin, hemos luchado y hemos sufrido juntos. Hemos compartido historias de nuestro hogar, y ahora nuestros amos nos han arrebatado a los dos a nuestras esposas. Yo lloré contigo la destrucción de la ciudad sagrada en Anbus IV. Y ahora he descubierto lo que pretendes hacer.

Aliid se mordió el labio superior.

—Estoy cansado de esperar a que actúes, amigo mío. Yo esperaba que comprenderías tu error y verías que lo que Dios quiere es que seamos hombres, no árboles. No podemos quedarnos a un lado y dejar que el universo haga con nosotros lo que quiera. Pero desde que fuiste a hablar con lord Bludd y aceptaste dócilmente tu castigo, he llegado a la conclusión de que los zensuníes solo sabéis hablar. Nosotros, los zenshiíes, preferimos la acción. ¿No crees que ya ha llegado el momento de actuar?

Sus ojos eran fieros; aún tenía la esperanza de que Ishmael se uniera a él.

—He enviado espías y mensajeros a diferentes grupos de esclavos por todo Poritrin. Veneran la memoria del gran Bel Moulay, y están impacientes por golpear de nuevo a nuestros opresores.

Ishmael meneó la cabeza., pensando en su hija Chamal, en su esposa Ozza y en Falina. Seguían vivas en algún lugar y no quería poner sus vidas en peligro.

—Bel Moulay fue ejecutado, Aliid. Muchos cientos de esclavos budislámicos murieron cuando los dragones reconquistaron el puerto espacial de Starda.



—La idea era buena, y tú lo sabes. El problema es que actuó de forma precipitada, cuando aún no estaba preparado. Esta vez el levantamiento se hará a una escala sin precedentes. Yo mismo lo dirigiré.

Ishmael se imaginó al marido de Chamal destrozado por las pistolas Chandler de los guardas... y a Ozza y Falina abrazadas mientras las tropas de lord Bludd las atacaban en los campos de caña en llamas. Meneó la cabeza.

—Y los dragones responderán a tu levantamiento con la misma violencia. Piensa en el sufrimiento...

—Solo ocurrirá si fracasamos, Ishmael —dijo Aliid acercándose. El viento agitaba sus cabellos negros con violencia—. Será nuestra venganza en nombre del mártir Bel Moulay. Mataremos a nuestros opresores y nos quedaremos su mundo para nosotros. Que sean ellos quienes nos sirvan por una vez. Y nos cobraremos lo que consideremos oportuno por todos los años de vida que nos han hecho perder.

Ishmael tragó con dificultad.

—Tus planes me aterran, Aliid.

—¿Que te aterran? —Lanzó una risotada amarga—. Los mundos de la Liga siempre han dicho que los budislámicos somos unos cobardes, que huimos de cualquier confrontación, que les dimos la espalda en su guerra contra las máquinas demoníacas. —Aliid se acercó más aún, con unos ojos tan llameantes como lo estuvieron en su día los de Bel Moulay—. Pero en este aniversario les demostraremos la clase de cobardes que somos. Provocaremos un baño de sangre que jamás olvidarán.

—Aliid, te suplico que no sigas con esto. Provocar violencia en nombre de Budalá es un crimen.

—La pasividad frente a todos los tormentos es una forma de rendición —repuso Aliid. Echó mano de su camiseta a rayas y sacó un cuchillo largo y curvo que había creado a partir de una pieza suelta de metal afilado—. ¿Piensas delatarnos, Ishmael? ¿Informarás de nuestros planes a tu amigo lord Bludd? —Le ofreció el cuchillo, por la empuñadura—. Cógelo. Si eso es lo que piensas hacer, será mejor que me mates aquí mismo.

Ishmael levantó las manos.

—No, Aliid.

Pero el otro hombre lo agarró por la muñeca y le obligó a coger el cuchillo. Aliid apretó la punta contra su pecho.

—Hazlo. Mátame, porque ya no puedo seguir viviendo como esclavo.

—¡No seas absurdo! Nunca te haría daño.



—Esta es tu oportunidad —dijo Alud con un gruñido—. Hazlo ahora o no vuelvas a oponerte a mis planes.

Ishmael consiguió soltarse y soltar el cuchillo. Bajó la mirada.

—¿Es esta la única solución que ves, Aliid? Me das mucha pena.

Con una mueca de desprecio, como si tuviera ganas de escupirle en la cara, Aliid volvió a esconder el cuchillo.

—Ya no eres mi amigo, Ishmael, ni tampoco mi enemigo. —Se dio la vuelta y lanzó un último insulto al viento—. Para mí ya no eres nada.



Capítulo 54

La resistencia al cambio es un mecanismo de supervivencia. Pero en su forma más extrema es venenosa... y suicida.

Crítica zensuní

Ni siquiera los avanzados sistemas de aire acondicionado podían aplacar el calor abrasador en la sede de VenKee Enterprises en Arrakis. A pesar de los muchos beneficios que la melange le había proporcionado a Aurelius Venport, estaba visto que en aquel puerto espacial tendría que gastar enormes sumas de dinero por las cosas más simples. Se gastó el equivalente a un sueldo alto solo para llenar un sistema independiente de humidificadores y hacer que aquellos alojamientos fueran mínimamente soportables.

Venport habría preferido estar en Salusa Secundus ejerciendo su influencia sobre funcionarios de la Liga y defendiendo sus derechos comerciales frente al Consejo de la Yihad. O en los exuberantes bosques de Rossak, supervisando sus diferentes intereses farmacéuticos. Pero, sobre todo, se dio cuenta, con una creciente sensación de calidez en su corazón, de que le habría gustado volver a Poritrin junto a Norma Cenva. Aparte del interés personal que tenía por ella, evidentemente también tenía curiosidad por ver si el proyecto de plegar el espacio daba su fruto y la inversión les salía a cuenta.

De hecho, habría preferido estar en cualquier sitio que no fuera Arrakis, pero el negocio de la especia era uno de los puntales de VenKee Enterprises. A pesar de que el medio era muy duro, de lo lejos que estaba de cualquier otro mundo civilizado y de la necesidad de tratar con fanáticos como el naib Dhartha, los ingresos por la comercialización de la melange eran sustanciosos. Y la demanda no dejaba de aumentar por toda la Liga de Nobles.

En aquel momento, Venport se limpió el sudor de la frente mientras estudiaba unos documentos, los libros de contabilidad donde se hacía un seguimiento de las entregas y cargamentos que los recolectores organizados de especia de Dhartha llevaban al puerto espacial. Luego abrió una agenda electrónica y contrastó la información con la de la cantidad cada vez mayor de pérdidas y material dañado.



Un buen hombre de negocios sabe que hay que dedicar el tiempo y la energía que haga falta a aquello que sea potencialmente más beneficioso... y desde luego Venport había demostrado que era un excelente hombre de negocios. Así pues, no tenía más remedio que quedarse en Arrakis hasta que los problemas se solucionaran.

Venport había contratado un contingente de soldados y guardas, mercenarios y expertos en seguridad para mantener el orden en Arrakis City. El puerto espacial era un lugar sucio y duro, poblado por hombres duros y sucios, pero sus tropas mantenían la zona de aterrizaje y los edificios comerciales relativamente seguros.

El verdadero problema estaba en pleno desierto, donde nadie podía supervisar nada.

Casi desde los inicios del comercio con la especia en aquel agujero hubo actos de sabotaje. En la última década, los ataques de los bandidos habían aumentado de manera constante, una clara señal de que el movimiento de resistencia cada vez tenía más adeptos. Por alguna razón, aquellas gentes atrasadas despreciaban los beneficios de la civilización y un nivel de vida más alto.

Venport no tenía por qué entender la mentalidad de los forajidos, ni simpatizar con su causa, lo que tenía que hacer era solucionar el problema. Habría preferido dejarle aquella tarea a su socio, pero debido a un irónico cambio en las circunstancias, en aquellos momentos Keedair estaba en Poritrin supervisando el trabajo de Norma... y él estaba atrapado en Arrakis.

«¡Qué mal!»

Uno de sus ayudantes apareció en la puerta; era un funcionario de VenKee originario de Giedi Prime que había solicitado que lo destinaran a Arrakis para aumentar así sus posibilidades de ascenso. Y ahora aquel hombre larguirucho se pasaba los días contando las horas que faltaban para poder volver a alguno de los mundos de la Liga... el que fuera.

—Señor, el anciano del desierto está aquí... el señor Dhartha.

Venport suspiró; cuando el líder zensuní se presentaba sin una cita es que traía malas noticias.

—Que pase.

El funcionario desapareció y unos momentos después entró el naib, envuelto en varias capas de túnicas blancas cubiertas de polvo. Su piel era oscura y curtida, y tenía un intrincado tatuaje en la mejilla. El hombre permaneció en pie, con expresión pétrea; Venport no le invitó a sentarse. Dhartha, como todo zensuní, apestaba a polvo y sudor, y a otros olores corporales igualmente desagradables. No era raro que aquellas ratas del desierto no se bañaran casi nunca, porque en Arrakis el agua era un bien muy escaso, pero a Venport le resultaba difícil olvidarse de las convenciones a las que estaba acostumbrado en lo referente a higiene.

Antes de que el naib Dhartha tuviera tiempo de decir nada, Venport habló:



—Antes que nada, naib, no quiero escuchar ninguna de sus excusas trilladas. —Y señaló con el gesto los libros de contabilidad, sabiendo perfectamente que Dhartha no podía entenderlos—. Tanta lentitud y tantos retrasos son inexcusables. Hay que hacer algo.

El Viejo Hombre del Desierto le sorprendió.

—Estoy de acuerdo. He venido a pedirle ayuda.

Venport disimuló la sorpresa y se inclinó hacia delante en la mesa.

—Le escucho.

—La causa de todos sus problemas es un hombre llamado Selim. Él es el jefe de la banda de agitadores, de astutos zorros del desierto. Atacan sin previo aviso, y luego huyen a ocultarse. Pero sin Selim los saboteadores se desvanecerían como el humo. Esos necios lo ven como un héroe. Se hace llamar «Montagusanos».

—¿Y por qué es tan difícil deshacerse de él?

El naib se movió algo nervioso.

—Selim es muy escurridizo. Hace un año sedujo a mi joven e inocente nieto y lo llevó a la muerte, y he jurado que me vengaré. Hemos enviado muchas partidas en su busca, pero él siempre las esquivo. Sin embargo, nuestros exploradores por fin han logrado descubrir su escondite, en unas cuevas muy alejadas del resto de asentamientos humanos.

—Entonces vaya y captúrelo —exigió Venport—. ¿O es que también voy a tener que ofrecerle una recompensa para que lo haga?

Dhartha alzó el mentón.

—No necesito ningún incentivo económico para matar a Selim Montagusanos. Lo que sí necesito son sus mercenarios y sus armas extraplanetarias. Los forajidos lucharán, y quiero asegurarme de poder vencerles.

Venport sabía que era una petición razonable y una inversión justificada. Aquellos condenados forajidos habían destruido muchos cargamentos de especia. Cualquier gasto que VenKee Enterprises hiciera para que el negocio volviera a la normalidad quedaría compensado mil veces.

—Me sorprende que su orgullo zensuní le permita solicitar mi ayuda.

Los profundos ojos azules de Dhartha destellaron.

—Esto no es una cuestión de orgullo, Aurelius Venport. Se trata de eliminar una plaga del desierto.

Venport se puso en pie.

—Entonces le daré lo que me pide.



A lo largo de su vida, el naib Dhartha había vivido muchas penurias y sufrimiento. Años atrás, su mujer y una caravana entera de especia se perdieron durante una tormenta de arena; luego su hijo Mahmad murió a causa de una virulenta enfermedad extraplanetaria. El naib ya estaba acostumbrado a sufrir. Pero la muerte de su amado nieto Aziz, que siempre hizo lo imposible por complacerle, casi le hizo caer en la desesperación. Y en este caso, el naib sabía muy bien a quién echarle la culpa.

La obsesión por vengarse llevaba un año corroyéndolo. Y ahora, por fin, estaba listo para pasar a la acción.

El naib estaba sentado en la cueva donde se celebraban las reuniones, y miraba furioso a los ancianos de la tribu. Aquello no era una sesión del consejo, ni un debate. El naib iba a hacer una declaración, y todos los presentes sabían que no debían discutirla. Los ojos azul especia del naib tenían los bordes enrojecidos, como hoyos marcados en su rostro con un cuchillo embotado.

—Selim era un huérfano, un joven desagradecido y, lo peor de todo, un ladrón de agua. Cuando no era más que un crío, nuestra tribu lo expulsó, pensando que se convertiría en comida para los demonios del desierto. Pero desde que se fue ha sido como arena en una herida en carne viva. Selim reúne criminales para atacar nuestras aldeas y saquear nuestras caravanas.

—Hemos tratado de negociar con él. Mi nieto le entregó un mensaje pidiéndole que se reincorporara a nuestra sociedad, pero ese hijo pródigo ha hecho un pacto con Satán. Se rió de mi oferta y mandó a mi nieto de vuelta con las manos vacías.

Los ancianos miraban a Dhartha con expectación. Daban sorbitos a sus pequeñas tazas de café con una pizca de especia. El naib se dio cuenta de que la mayoría llevaban ropas extraplanetarias.

—No contento con despreciar mi invitación, Selim Montagusanos tuvo la osadía de llenar la cabeza del chico con ideas descabelladas. Su plan era empujar a Aziz a ese absurdo intento, sabiendo perfectamente que Shaitán le devoraría. Ha sido su forma de vengarse de mí. —Miró a los hombres de nuevo, sintiendo que su cuerpo se sacudía—. ¿Hay alguien aquí que me lo discuta?

Los hombres guardaron silencio, hasta que finalmente uno de los ancianos dijo:

—Pero ¿qué podemos hacer, naib Dhartha?

—Hemos tolerado este tormento durante años. El objetivo de Selim es entorpecer toda actividad relacionada con la especia y destruir el comercio con los mercaderes extraplanetarios... el comercio que ha traído la prosperidad a nuestra aldea. Yo digo que, por mil razones, debemos destruir a Selim y sus seguidores. Debemos aplastar a esos bandidos mientras nuestros hombres aún recuerden los duros caminos del desierto. Debemos reunir a nuestros guerreros y atacar el escondite del Montagusanos.



Cerró un puño con fuerza y se puso en pie.

—Yo digo que formemos un partida kanla de venganza, que nuestros mejores luchadores vayan a destruir a Selim de una vez por todas.

Todos los ancianos se levantaron con él; algunos un poco reacios, otros alzando también sus puños en el aire. Como el naib esperaba, ni una sola voz se alzó en su contra.

Las visiones que le enviaba Shai-Hulud nunca habían sido tan claras. Selim se incorporó en su jergón en la oscuridad. Unos globos de luz que habían robado de las caravanas de especia colgaban en el corredor de la cueva, iluminado débilmente su entorno, pero sabía que fuera aún estaba oscuro, que faltaba mucho para el amanecer. Pestañeó varias veces, tratando de pasar de su visión profética a su entorno físico.

«Ahora lo veo tan claro...»

A su lado, Marha dormía plácidamente. Era una presencia cálida, suave, familiar. Ya llevaban un año casados, y ella estaba embarazada de su primer hijo. Pero Selim se sentía como si siempre hubiera formado parte de su vida y su leyenda. La miró, y ella se movió, aunque Selim no había hecho nada que pudiera perturbarla. Marha estaba tan en sintonía con él que incluso podía intuir cuándo sus pensamientos cambiaban.

Como dormitorio, Selim había elegido una de las cámaras interiores con las paredes cubiertas de runas muadru, aquellos símbolos indescifrables grabados allí por unos desconocidos viajeros místicos. Aquellos antiguos escritos hacían que Selim se sintiera en conexión con el alma de Arrakis. Le ayudaban a tener un pensamiento claro, y la melange que consumía por la noche le daba decisión, lucidez y sueños. A veces sus visiones eran imprecisas y difíciles de comprender; en cambio, en otras ocasiones, Selim sabía exactamente qué tenía que hacer.

Su mujer lo miró con expresión expectante, con los ojos brillando en las sombras de la cueva. Tratando de controlar el temblor de su voz, Selim dijo:

—Un ejército se aproxima, Marha. El naib Dhartha ha reunido un ejército extraplanetario para que haga el trabajo por él. Ha dejado a un lado sus creencias zensunies y su honor. Es un hombre consumido por el odio, y para él eso significa más que ninguna otra cosa.

Marha se puso en pie.

—Reuniré a todos tus seguidores, Selim. Reuniremos armas y nos prepararemos para defendernos.

—No —dijo él, poniendo una mano sobre su hombro con suavidad—. Saben dónde encontrarnos, y caerán sobre nosotros con una fuerza abrumadora. Por mucha entrega y fiereza que pongan nuestros guerreros, no podemos ganar.



—¡Entonces debemos huir! El desierto es muy grande. No nos resultará difícil encontrar otro escondite lejos de aquí.

—Sí. —Selim le acarició la mejilla, luego se inclinó para besarla—. Os iréis todos muy lejos y estableceréis otra base para seguir con nuestra causa— pero yo debo quedarme y hacerle frente. Solo.

Marha jadeó.

—No, cariño mío, ven con nosotros. Te matarán.

Selim clavó la mirada en las sombras, como si estuviera mirando una realidad mucho más honda que la que veían los demás.

—Hace mucho tiempo, Budalá me bendijo encomendándome una misión sagrada. Durante toda mi vida he seguido sus designios, y ahora estamos ante un momento decisivo. El destino de Shai-Hulud depende de mis acciones y del futuro que ayude a crear.

—No puedes ayudar a crear ningún futuro si estás muerto.

Él le sonrió débilmente.

—El futuro no es tan sencillo, Marha. Debo establecer un camino que dure milenios.

—Me quedaré y lucharé junto a ti. Soy tan capaz como cual quiera de tus guerreros. Sabes que he demostrado ser...

Selim apoyó las manos en los hombros de Marha.

—Marha, tú tienes una responsabilidad mucho mayor. Debes asegurarte de que nadie olvide. Solo así lograremos una victoria auténtica y duradera.

Selim aspiró con fuerza, y el aroma dulce y denso de la melange se pegó a su garganta. En lo más hondo de su alma se sentía conectado a Shai-Hulud.

—Quiero enfrentarme a mi enemigo solo en la arena. —Se volvió hacia Marha, que lo miraba con los ojos muy abiertos, y le dedicó una sonrisa débil pero segura. En su voz no había vacilación—. Una leyenda como yo no puede hacer menos.



Capítulo 55

Dado que no ha habido ninguna descarga que nos uniera a mí y a la supermente desde hace décadas, Omnius no conoce mis pensamientos, que podrían considerarse desleales. Pero yo no los veo de ese modo. Simplemente, soy curioso por naturaleza.

Diálogos de Erasmo

En el planeta sincronizado de Corrin, los ojos espía estaban por todas partes, observándolo todo. Aunque en cierto modo aquella presencia resultaba tranquilizadora, a veces a Erasmo los pequeños espías electrónicos le parecían molestos y entrometidos. Sobre todo las unidades móviles, que eran como pequeños insectos. Erasmo se había acostumbrado a que la voz omnipresente apareciera en cualquier momento, salida de la nada.

La nave de actualización llegó inesperadamente a Corrin con la sorprendente noticia de que, tras décadas de retraso, Seurat entregaría una copia intacta del Omnius-Tierra. Erasmo recibió la noticia sin alegría, y esperó a que la supermente procesara la nueva información. En realidad nunca había sido su intención ocultar los detalles de sus explosivos experimentos en la Tierra, ni las consecuencias desastrosas e inesperadas que tuvieron. Al menos, no para siempre.

Erasmo fue al jardín ornamental de su villa privada; la intensa luz de la gigante estrella roja dañaba las flores más delicadas, y ayudaba a otras a florecer. Mientras él estaba allí, entretenido con una rara flor del ave del paraíso —una de las flores favoritas de Serena Butler—, Omnius procesaba la versión perdida con su eficiencia habitual, y la nave de actualización de Seurat despegaba de la zona de aterrizaje sin contratiempos.

Antes de que la nave tuviera tiempo de salir de la atmósfera del planeta, Erasmo fue convocado por la supermente. La autoritaria voz mecánica salió de un implante situado en un bonsái de su jardín.

— ¿Sí, Omnius? ¿Habéis encontrado algo interesante en la versión de la Tierra? — Erasmo siguió con sus flores, como si no tuviera ninguna preocupación. Sin embargo, supuso que estaba a punto de recibir una buena reprimenda.



—Sé que tu «desafío» relacionado con ese salvaje que llamas Gilbertus Albans tiene un paralelo anterior. —Una de las hojas del diminuto árbol brilló reflejando un intenso color verde, seguramente porque ahí estaba oculto el ojo espía.

—Nunca había tratado de educar a un niño esclavo.

—Has demostrado ser un experto en la manipulación de la psique de los humanos. Según la versión Tierra, hiciste una interesante apuesta con mi homólogo terrestre para ver si lograbas que los humanos de confianza se volvieran contra nosotros.

—Pero lo hice con el apoyo y la comprensión del Omnius-Tierra —dijo Erasmo, como si eso fuera suficiente excusa.

—Estás tratando de engañarme con informaciones incompletas o filtradas. ¿Es una de las técnicas que has aprendido con tus cobayas humanos? Parece que estás tratando de aventajarme en nuestras competiciones. ¿Pretendes sustituirme?

—No soy más que un siervo de vuestros deseos, Omnius. —Por puro hábito, el rostro de metal líquido del robot formó una sonrisa, aunque aquella expresión poco significaba para la supermente—. Si alguna vez intento influir en vuestros análisis es solo para que tengáis una mejor comprensión de nuestro enemigo.

—Me ocultaste otra cosa. Algo mucho más importante. —La hoja verde y brillante vibró, como si estuviera furiosa—. Tú, Erasmo, fuiste la causa de la rebelión inicial de los humanos.

—Nada puede ocultarse a vuestro conocimiento, Omnius. Como mucho se puede producir algún retraso, que es lo que ha pasado aquí. Sí, yo arrojé a un insignificante bebé por un balcón y al parecer eso suscitó la revuelta general.

—Ese es un análisis incompleto, Erasmo. Iblis Ginjo, uno de los humanos de confianza a los que corrompiste personalmente, dirigió la insurrección más violenta en la Tierra, y ahora es un importante líder político de la Yihad. Además, Serena Butler, el símbolo de su fanática causa, fue una de tus esclavas. Por lo visto tus experimentos han tenido consecuencias catastróficas.

—Pero el propósito era comprender mejor a los humanos.

—¿Es posible que alguno de tus experimentos sea la causa de la oleada de fallos del sistema que se han producido recientemente en ocho Planetas Sincronizados?

—Desde luego que no, Omnius.

—Tu carácter independiente se está convirtiendo en un problema, Erasmo. Por tanto, para evitar nuevos desastres, tu mente será formateada de nuevo y se sincronizará con la mía. Como individuo quedarás anulado... anula... anu... a...

De pronto, la voz de Omnius, con aquel extraño tartamudeo, calló. La luz del ojo espía se apagó. La hoja se desprendió del bonsái y cayó al suelo.



Erasmus, perplejo y con la imperiosa necesidad de evaluar la amenaza contra su preciada individualidad, miró a algunos de los otros ojos espía que había en la villa. Todos permanecían inmóviles y callados, como si estuvieran desactivados. Uno de ellos cayó como una piedra del cielo y se rompió en pedazos en el suelo.

Un extraño silencio pareció extenderse por todo Corrin.

—¿Omnius? —Pero Erasmus no pudo encontrar a la supermente en ninguna de sus pantallas de observación ni puestos de interacción.

En las alturas, una nave controlada por robots se ladeó en un vector de aproximación aberrante y acabó estrellándose contra uno de los edificios industriales.

Erasmus, intuyendo la gravedad de la situación pero sin acabar de comprender aquella sucesión de averías, salió de su villa y se dirigió a toda prisa a la ciudad principal de Corrin. Allí encontró a humanos de confianza, esclavos asustados y robots autónomos, que iban de un lado a otro visiblemente confusos.

En el centro de la ciudad, la ciudadela gigante se había vuelto loca. La estructura de metal líquido se contorsionaba y se sacudía como una serpiente; descendía sobre el suelo, volvía a elevarse hacia el cielo inesperadamente y al hacerlo destrozaba otros edificios próximos como si fuera el tentáculo de un pulpo enfurecido. Los pensamientos erráticos de Omnius guiaban el movimiento del edificio.

Erasmus se quedó mirando aquel despliegue tan extraño, experimentando emociones parecidas a la confusión, la diversión y el espanto. ¿Había llegado a Corrin el extraño virus que había afectado a aquellos otros planetas?

Con decisión y curiosidad, el robot recorrió la ciudad, tratando de comunicarse con otros ojos espía. Por todas partes encontraba lo mismo: unidades inactivas y trozos rotos por el suelo. Entonces, tras hablar con otros robots, descubrió que todos los sistemas del planeta estaban inutilizados. Sin una guía, los vehículos se estrellaban, el material industrial se sobrecargaba y empezaba a arder.

El software de Omnius había sido borrado.

—Declaro el estado de crisis —dijo Erasmus por un canal abierto de comunicación—. La supermente ha sido dañada, y debemos tomar el control antes de que las averías generalizadas vayan a más. —Erasmus era uno de los pocos robots independientes que había en el planeta, por tanto podía tomar decisiones con rapidez y era mucho más eficiente que los otros robots.

Aquella situación era emocionante. Él había sido programado para ser leal, así que nunca se le había ocurrido usurpar el puesto de Omnius. Y sin embargo, en aquellos momentos se encontraba en una situación apurada. Tenía la obligación de mantener el control de las máquinas en el planeta... aunque la supermente le hubiera prometido que lo eliminaría.

Sin perder más tiempo, Erasmus impuso su autoridad; aisló todos los archivos de seguridad no afectados de Omnius que pudo encontrar. Podía reconfigurar la red



informática lo suficiente para asegurar Corrin. Luego, con paciencia, restauraría la mayoría de los sistemas, y purgaría los archivos y pensamientos corrompidos de la supermente.

Además de introducir algunas correcciones y modificaciones de su cosecha.

El rostro de metal líquido del robot mostró una máscara de determinación. En aquellos momentos, en una situación sin precedentes en la historia de las máquinas, Erasmo tenía la oportunidad de salvar al principal Planeta Sincronizado. Si lo conseguía, estarían en deuda con él. Eso no lo convertía en un robot desleal, ni siquiera poco limpio. Le daba un valor incalculable. Lo único que quería era sobrevivir. Sí, ¡tenía derecho a sobrevivir!

«Si no lo hago, jamás lograremos entender a los humanos ni derrotarlos en el campo de batalla.»

Plenamente convencido de la lógica de sus actos, Erasmo creó recuerdos falsos para Omnius y alteró los datos que hizo falta. De todos modos, la supermente no necesitaba para nada la información perdida de la versión Tierra. El refrito de la historia que hizo no era perfecto, pero al menos le permitiría seguir existiendo.

Normalmente, Erasmo no era de los que resuelven los problemas a través de la acción. No, él prefería tratarlos en un plano más teórico. Por eso le pareció curioso, incluso sorprendente, verse a sí mismo lanzando una contraofensiva militar... contra otro robot independiente.

A pesar de sus esfuerzos, los sistemas interconectados de Corrin siguieron fallando, estropeados por las pautas de reprogramación parasitarias ocultas en la versión del Omnius-Tierra. Erasmo equiparaba aquella situación a un humano en pleno ataque a causa de un trastorno mental. Cualquier buen médico aislaría al enfermo y le pondría una camisa de fuerza por su propio bien. Exactamente lo mismo que había hecho él con la supermente: minimizar los daños aislando rápidamente los sistemas.

Erasmo no tardó en deducir que el mensajero que había infectado a Corrin debía de ser Seurat. El robot también había estado en los otros ocho planetas que se habían colapsado. Involuntariamente, había entregado su actualización contaminada, y como resultado, las encarnaciones de Omnius de varios Planetas Sincronizados habían absorbido la nueva información junto con un virus de programación que actuaba como una silenciosa bomba de relojería.

Erasmo formó un escuadrón de robots soldado que podían acoplarse a las naves más veloces.

—Localizad e interceptad la nave de actualización. No debe entregar más copias de la versión Omnius-Tierra. Si es necesario, estáis autorizados a destruir a Seurat y



su nave. Vuestra principal prioridad es evitar nuevas averías como la que hemos sufrido en Corrin.

Los robots de combate dieron media vuelta y se alejaron hacia unas naves estilizadas capaces de deslizarse por el espacio a altísimas velocidades. Las naves automatizadas partieron, dejando una estela en el cielo rojizo. Sus siluetas geométricas surcaron el disco del gigante rojo, como aves de presa en su camino hacia el espacio.

Erasmus sentía cierta afinidad con Seurat, pero sus sentimientos no llegaban a la compasión. La supermente había resultado gravemente dañada. Y él haría lo que hiciera falta para arreglar aquello.

Y no porque esperara que Omnius le demostrara ninguna gratitud.

La nave de actualización era más veloz que cuando Seurat volaba con Vorian Atrides. Los ajustes que hubo que hacer para acomodar a aquel humano de confianza —sistemas de soporte vital y comodidades— habían comprometido la eficacia del *Viajero Onírico*.

Aun así, los momentos que Seurat pasó enzarzado en juegos militares y otras diversiones mentales con Vorian habían compensado más que de sobra aquella desventaja. El robot había llegado a comprender las excentricidades de la naturaleza humana mucho mejor que escaneando las inmensas bases de datos de Omnius.

Por desgracia, su copiloto humano lo había traicionado, y eso hacía difícil justificar los agradables recuerdos que tenía de él. A pesar de todo, el robot no había querido borrar aquellos archivos de datos, que para él prácticamente tenían un carácter sentimental.

Cuando vio las naves que se acercaban a toda velocidad siguiendo un patrón de ataque, Seurat pensó que eran naves de la Armada de la Liga. Durante el ataque final a la Tierra, cuando trataba de huir del campo de batalla con la última actualización de Omnius, le habían perseguido y disparado. La mayoría de bombarderos y soldados se habían concentrado en el ataque atómico, pero Vorian Atrides le persiguió a él, y finalmente consiguió desactivarlo e inutilizar los motores de su nave...

Ahora, Seurat determinó rápidamente que no tenía suficientes armas para repeler un ataque. Entonces se dio cuenta de que eran naves de guerra de Omnius, enviadas desde Corrin.

—Detente o serás destruido —ordenaron los robots de Erasmus, hablando en un lenguaje de las máquinas que Seurat entendió fácilmente—. No trates de huir. Apaga los motores y prepárate para ser abordado.

—Por supuesto que me detendré. Siempre hago lo que Omnius ordena.



—La supermente de Corrin ha sido gravemente dañada —se le informó desde una de las naves—. Erasmo ha dado orden expresa de que interceptemos tu nave y retiremos la esfera de actualización que transportas antes de que causes mayores daños a los Planetas Sincronizados.

—Yo no he provocado ningún daño —protestó Seurat—. Llevo en mi nave los últimos pensamientos del Omnius-Tierra. Todos los Planetas Sincronizados deben incorporar estos pensamientos a su Omnius para poder entender el pensamiento humano...

—Si no nos entregas la esfera con la actualización tenemos orden de destruir tu nave.

Seurat no se lo pensó mucho.

—Podéis subir a la nave, os entregaré mi esfera.

Mientras las naves de combate se acoplaban a la suya, los robots le transmitieron un informe completo de lo sucedido en Corrin después de su marcha. Seurat estaba perplejo; no podía negar que las conclusiones de Erasmo parecían acertadas. Para su desgracia, se enteró también del fallo generalizado de la supermente en los otros ocho planetas por los que él había pasado en su viaje de actualización. Era como propagar una enfermedad altamente contagiosa. Y él había sido el portador.

Cuando los soldados blindados entraron en su fría e ingrátida nave, Seurat dijo:

—Volveré a Corrin inmediatamente y me someteré a una reprogramación completa. Permitiré que mi personalidad sea borrada si Omnius lo considera necesario.

—En estos momentos Omnius está fuera de la red y aislado —le contestó el soldado mek—. Durante su ausencia, el robot Erasmo toma todas las decisiones.

—Entonces espero convencer a Erasmo de que no pretendía causar ningún daño.

Los robots de combate cogieron la gelesfera que contenía el duplicado del Omnius-Tierra, junto con el virus de programación oculto. Era una pena desperdiciar toda aquella información.

Su mente de circuitos gelificados empezó a barajar las posibilidades, y entonces se dio cuenta de que le habían engañado. Solo Vorian Atreides podía haber ideado un truco tan inteligente y costoso. Cuando bromeaba con él, aquel humano de confianza le había dicho muchas veces que sabotearía sus planes, y es exactamente lo que había hecho. ¿Qué clase de broma era aquella? Había provocado gravísimos daños en los planetas que estaban bajo el control de las máquinas.

Seurat se preguntó si también él sería capaz de reírse, de disfrutar de un poco de humor retorcido. Con el tiempo, encontraría la forma de responder a Vorian Atreides con una broma lo suficientemente destructiva, si es que volvían a verse.



Capítulo 56

¿Cuántas oportunidades desaprovechamos en nuestra vida? ¿Somos ni tan siquiera capaces de reconocerlas al volver la vista atrás? Esta es una lección que muchos de nosotros no aprendemos hasta que ya es demasiado tarde.

Leronica Tergiet, a sus hijos

El jovial soldado que se hacía llamar «Virk» pasó varios días intentando conocer a Leronica Tergiet en Caladan. Al principio la mujer pareció molesta por su insistencia y no se tomaba en serio su interés, pero luego quedó realmente sorprendida, porque había visto cómo él rechazaba a mujeres más hermosas y más predispuestas.

—Entonces ¿no me estás tomando el pelo?

Se sentó junto a Vor en la taberna, después de echar a los pescadores tras la hora de cierre. De todos modos, tenían que estar de vuelta en sus barcos al amanecer, cuando la marea bajara. Aunque Vor se hacía pasar por un ingeniero yihadí cuando no estaba de servicio, había dejado muy claro que tenía que empezar a trabajar en la construcción de la avanzadilla en algún lugar de la costa.

—No me estaba riendo de ti —le dijo—. Sé qué es importante... y creo que vale la pena conocerte.

Incluso en la Tierra, cuando estaba al servicio de las máquinas, siempre había tenido a su disposición a todas las esclavas que quería; sin embargo, ninguna de aquellas mujeres se había reído con él o le había hablado como una compañera o una amiga. No de aquella forma.

Con fingido bochorno, Leronica se llevó una mano al pecho.—¿Qué vale la pena? Vaya, menudo cumplido. ¿Te funcionan estas bellas palabras con tus doncellas enamoradas?

Él se encogió de hombros con gesto pícaro.

—Normalmente sí.

Leronica lo miró con expresión seria, con las manos en las caderas.

—Virk, me da la impresión de que vas detrás de mí solo porque soy un desafío para ti.



—No —dijo él con toda sinceridad—. Voy detrás de ti porque me pareces fascinante. Es absolutamente cierto.

Ella lo estudió con una mirada que a Vor le recordó a Serena, y poco a poco su escepticismo se fue apagando. La mujer puso una mano encima de la suya y su expresión se suavizó.

—De acuerdo. Te creo.

El equipo de ingenieros de la Yihad permaneció más de cuatro meses en Caladan, excavando una nueva base en los cabos deshabitados y azotados por el viento, a varias horas en un vehículo de metano al norte del pueblecito pesquero. Era el mejor emplazamiento para conectar con la nueva red de satélites de reconocimiento y comunicaciones que estaban en órbita.

Los yihadíes construyeron torres de vigilancia y barracones para el contingente de soldados que quedarían destacados en el planeta. El personal sería relevado cada pocos años, pero hasta entonces aquel sería su hogar y su trabajo consistiría en estar atentos a posibles incursiones de las máquinas pensantes. Vor también envió equipos de exploradores para tener un mapa completo de los continentes y los océanos, la primera base de datos detallada que habría sobre el clima y las corrientes oceánicas de Caladan. Le gustaba pensar que ayudaría a mejorar las condiciones de vida de aquella gente.

En aquellos momentos estaban paseando por los acantilados, y Vor extendió su mano para ayudar a Leronica a andar por aquel empinado sendero. No necesitaba su ayuda, pero Vor disfrutaba cogiéndola de la mano, tocando sus dedos fuertes, haciendo el papel del caballero, algo que pocos de los robustos pescadores locales habían intentando nunca.

—Tenéis un clima agradable. El aire es limpio, y el mar os proporciona todo el alimento que necesitáis —dijo Vor.

Estaban hombro con hombro, sintiendo la brisa salada en sus rostros. Entre ellos el silencio no resultaba incómodo, era refrescantemente agradable. No había expectativas.

Leronica miró a su alrededor, como si tratara de ver qué le atraía tanto de aquel lugar escarpado.

—La familiaridad desvanece los colores del paisaje. Yo me he pasado casi toda la vida soñando con otros lugares.

—Yo he viajado mucho, Leronica. Créeme, Caladan es una joya que es mejor ocultar al resto de la Liga de Nobles. Me extraña que este planeta no tenga más población.

—No estamos lejos de algunos de los Planetas Sincronizados.



Leronica trepó detrás de él, mientras el viento agitaba sus cabellos castaños. Con frecuencia, cuando trabajaba en la cocina o en la barra de la taberna se sujetaba el pelo en una coleta, pero Vor prefería que lo llevara suelto. El día que por fin ella le dejó que pasara sus dedos por los rizos, la sensación le resultó más sensual de lo que esperaba.

—Hasta ahora, a Omnius, Caladan no le ha parecido un objetivo lo bastante importante como para someterlo, pero aun así, ocasionalmente sufrimos ataques de cimek y robots.

—La política y la estrategia son interesantes —dijo Vor—, pero para mí hay otras cosas importantes. Siento una necesidad muy fuerte justo aquí. —Apretó el puño contra el plexo solar y luego miró a su alrededor—. ¿No sería maravilloso tener una casa aquí, en la zona de acantilados que mira hacia el pueblo?

Leronica se rió.

—Ya conozco a vuestros nobles de la Liga, Virk. Y en Caladan nos arreglamos muy bien sin ellos, gracias.

—¿Aunque tú fueras mi señora, Leronica? ¿Aunque yo fuera un barón, o un conde o un duque?

—¿Tú, un soldado raso, un duque? —Lo miró con expresión juguetona—. Déjate de tonterías.

Caminaron por el sendero, cogidos de la mano, entre tupidos arbustos salpicados de flores blancas con forma de estrella. Con los meses, habían acabado por convertirse en amantes y, más que eso, en amigos. A ojos de Vor, la belleza y la sensatez de Leronica le daban un especial atractivo, algo que no había sentido desde su absorbente amor por Serena Butler. Los flirteos con otras mujeres de lejanos puertos espaciales le habían atraído durante algunos años, pero cuantas más horas pasaba con Leronica, más le fascinaban las cosas que aquella mujer sabía —que no intelectual— y de rostro juvenil podía enseñarle.

Finalmente, cuando el puesto de observación estuvo terminado y se verificó que las naves que había en el sistema planetario de Caladan recibían los mensajes sin problemas, Vor supo que había llegado el momento de llevarse a su equipo y prepararse para su nueva misión. El habría preferido quedarse en aquel mundo acuoso y pacífico, como un soldado de a pie, pero su deber era volver a ponerse al frente de su flota. Una parte de él deseaba quedarse, escapar de los horrores de la Yihad. Pero sabía que si trataba de fingir lo que no era acabaría por sentirse culpable. Y Vor Atreides no era de los que podían vivir una mentira. Ya había tenido bastante de eso en su vida.

Después de pasar tantos meses en aquel lugar, se sentía inquieto, y si lamentaba su inminente marcha era únicamente por aquella notable mujer. Leronica Tergiet era



una mujer sencilla, sin ínfulas, y a Vor su afecto sincero le resultaba refrescante, un afecto sin exigencias ni pretensiones.

«Mi querida y dulce Leronica.»

Contrariamente a lo que le decía su instinto, el último día que pasaron juntos, Vor decidió revelar su verdadera identidad. Después de hacer el amor con ella durante aquella larga noche, Vor sintió que también él tenía que dar algo a cambio, corresponder de una forma a la sinceridad que ella le había mostrado desde el principio.

—Leronica, no soy un simple soldado raso en el ejército de la Yihad, y no me llamo Virk. Soy... el primero Vorian Atreides de la Yihad Santa. —La miró esperando ver un destello de reconocimiento en sus ojos, pero solo vio curiosidad y confusión—. Yo fui quien rescató a Serena Butler de la Tierra —siguió diciendo— y les llevó a ella y a Iblis Ginjo de vuelta a Salusa Secundus. Ese fue el comienzo de la Yihad. —No dijo esto para impresionarla, porque se había ganado al menos una parte del corazón de Leronica; lo dijo porque quería que supiera las cosas buenas y las malas—. ¿Conoces la historia?

—Ya tengo suficientes problemas con mi padre, con la pesca y con la taberna —repuso ella, y Vor se dio cuenta de que las principales preocupaciones de la gente de aquel lugar eran los movimientos de los bancos de peces y de las mareas de algas, por no hablar de los monstruosos elecranes eléctricos que acechaban más allá del horizonte a los desprevenidos barcos de pesca—. ¿Por qué tendrían que interesarme noticias antiguas y batallas lejanas? Oh, algunos de nuestros jóvenes se han convertido en yihadíes, y sospecho que tu equipo se marchará con otro puñado de reclutas que no tardarán en arrepentirse de haber dejado nuestra pesca y a nuestras mujeres. —Lo miró en la oscuridad, apoyando la cabeza en la mano, que desapareció entre sus rizos castaños y espesos—. Bueno, entonces ¿dices que tú eres la causa de todo esto?

—Sí, fui educado entre las máquinas pensantes. Fui un humano de confianza en la Tierra. Mi padre era... el cimek Agamenón. —Hizo una pausa, pero no vio ninguna señal de desagrado en su rostro—. El general titán Agamenón. —Nada. No parece que se enteraran de gran cosa en aquel planeta remoto.

Como si estuviera llenando de agua un recipiente vacío, Vor fue contándole cosas. Le habló de su infancia, de los viajes en el *Viajero Onírico* a los Planetas Sincronizados y de su participación en la Yihad y en todas las batallas en las que se había enfrentado a las máquinas pensantes por la Galaxia.

Ella lo miraba, tendida en la cama junto a él, con el brillo de la llama de una vela parpadeando en sus ojos.

—Vorian, o eres un hombre con una gran experiencia y muchos recuerdos... o eres un gran mentiroso.

Él le sonrió y se inclinó para besarla.



—Podría discutirte eso, porque lo uno no excluye lo otro, pero te aseguro que te estoy diciendo la verdad.

—No me sorprende. Sabía que había en ti algo grande, aunque pensaba que saldría más adelante. —Hizo una pausa—. Pero no empieces a hacer promesas o acabarás detestando el tiempo que hemos pasado juntos, y yo no quiero eso.

—Te lo aseguro, no existe ni la más remota posibilidad de que eso ocurra —le prometió—. Pero ahora que conoces mi identidad, Leronica, es mejor que la mantengas en secreto.

Ella arqueó las cejas, como si se hubiera ofendido.

—Vaya, así que el gran primero se avergüenza de haber tomado como mujer a la hija del pescadero del pueblo.

Él pestañeó a la luz de la vela, porque comprendió la impresión que debían de haber causado sus palabras, y entonces rió.

—No... al contrario, lo hago por tu seguridad. Soy un hombre importante, con enemigos peligrosos. Si se enteraran les faltaría tiempo para venir a Caladan y tratar de hacerme daño a través de ti. Mi propio padre haría cualquier cosa por perjudicarme, y estoy seguro de que muchos de los humanos que sirven a Omnium darían lo que fuera por saber que Vorian Atreides se ha enamorado.

Ella se sonrojó y Vor le acarició el brazo.

—Nuestro amor es demasiado maravilloso. No puedo permitir que lo utilicen como un arma en nuestra contra.

Leronica suspiró y se acurrucó contra él.

—Eres un hombre complicado, Virk... Vorian. Tendré que acostumbrarme al nombre. No entiendo nada de política y de todas esas venganzas de vuestra guerra santa, pero haré lo que me pides... con una condición.

—¿Cuál?

—Háblame de los lugares que has visto, de todos esos mundos exóticos que yo nunca visitaré. Llévame a ellos en mi imaginación. Háblame de los planetas de Omnium, de las brillantes ciudades de las máquinas, de Salusa Secundus y su bella capital, Zimia. De los cañones de Anbus IV y los dóciles ríos de Poritrin.

Vor la abrazó y pasó horas hablándole de las maravillas que había visto, haciendo que sus ojos se abrieran desmesuradamente con las imágenes que iba pintando en su mente. Durante todo el tiempo, en su corazón Vor no dejaba de asombrarse ante aquella mujer modesta y ante la fuerza de sus sentimientos por ella.

Años atrás se había sentido totalmente consumido por su amor hacia Serena Butler. Pero Vor acabó por darse cuenta de que no era más que un ideal, una imagen irreal de la perfección que se había formado en su mente porque Serena era diferente



de las otras esclavas. Ahora el amor de Serena era la guerra, la Guerra Santa. Jamás volvería a entregar su corazón a ningún hombre.

La devoción que había visto en Octa por Xavier le había hecho desear aquello para sí mismo, pero nunca había dado los pasos necesarios. Leronica Tergiet era distinta de sus otros amores. No le juzgaba, y sus problemas se limitaban a cosas cotidianas: llevar la taberna, el mantenimiento de los barcos de pesca, la pesca. No entendía de conflictos interestelares.

—Algún día te enseñaré todos esos lugares —le prometió—, y *quizá*, vuelva y me instale aquí. Me gustaría tener una vida sencilla como la vuestra.

Leronica le dedicó una mirada escéptica.

—Vamos, Vorian Atreides. Tú no serías feliz en Caladan. Yo no te pido más de lo que puedas ofrecerme. Por favor, haz lo mismo conmigo.

—De acuerdo. —Vorian mantuvo la expresión alegre, pero se sintió alicaído—. De todos modos, si te pido que te cases conmigo, seguro que me dices que son tonterías, ¿verdad? Sé que pronto tendré que marcharme, pero te prometo que pensaré mucho en ti. De verdad, espero poder volver a Caladan y pasar más tiempo contigo. Mucho más tiempo. Eres terriblemente importante para mí.

La besó, y ella lo miró con sus oscuros ojos de color pacana, frunciendo el ceño con expresión traviesa.

—Bonitas palabras, Vorian, pero no me creo ni por un momento que no se las hayas dicho a cientos de mujeres en cientos de planetas.

Vorian le rodeó la cintura, la atrajo hacia él y, con toda la sinceridad de su corazón, le dijo:

—Cierto... solo que esta vez es verdad.



Capítulo 57

El dolor es siempre más intenso que el placer... y más memorable.

Dicho de la Vieja Tierra

Antes de que la luz de la mañana atravesara las sombras del cañón, una avalancha de dragones llegó y rodeó el complejo de laboratorios donde Norma trabajaba. Lanchas de asalto a propulsión subieron ruidosamente por el río y penetraron en el cañón cada vez más estrecho. Vehículos aéreos armados descendieron desde las alturas. Tropas con armaduras doradas avanzaron con material pesado y traspasaron fácilmente las barreras que se habían levantado para ahuyentar a los curiosos.

Los treinta mercenarios contratados por VenKee vieron que les superaban en número y armamento en una proporción de diez a uno. Tuk Keedair estaba en el interior del complejo, en el extremo del enorme hangar, y apremió a su pequeña fuerza de seguridad para que expulsara a los intrusos. Pero los guardas decidieron que el tlulaxa no les pagaba lo suficiente y no querían morir por alguien como él. Tras unos momentos de vacilación y tensión, los guardas arrojaron sus armas y abrieron la entrada principal.

Keedair, en un gesto de desesperación, cayó de rodillas en el patio de grava. Conocía el valor del trabajo de Norma, y sabía que solo faltaban unos días para que probara el prototipo de la nave que plegaba el espacio. Y ahora lo iban a perder todo.

Los esclavos budislámicos de Norma dejaron lo que estaban haciendo para mirar a los dragones. Muchos sentían un velado resentimiento contra la guardia oficial de Poritrin: aún se acordaban de cuando aquella tropa represora con sus armaduras doradas aplastó la rebelión de Bel Moulay hacía casi veintisiete años.

Norma salió de sus salas de cálculo y observó el revoltijo inesperado de vehículos militares, vehículos aéreos y soldados. Luego una plataforma flotante pasó por encima de las vallas que los dragones habían echado abajo, con un satisfecho Tio Holtzman al timón.

Cuando el savant desembarcó ante la entrada del almacén, se enfrentó a Norma.

—Por orden de lord Bludd, vengo a inspeccionar estas instalaciones. Tenemos razones para creer que estás llevando a cabo experimentos no autorizados basados en investigaciones realizadas bajo mis auspicios.



Norma lo miró pestañeando, sin entender de qué le hablaba.

—Siempre he trabajado en mis propios proyectos, savant. Nunca habíais mostrado interés por ellos.

—Quizá ahora tengo motivos para cambiar de opinión. Lord Bludd me ha ordenado que confisque todo lo que encuentre aquí y lo examine por si has violado las limitaciones contractuales de nuestro acuerdo.

—Pero no podéis hacer eso.

Levantando sus ojos de color avellana, Holtzman señaló la apabullante fuerza de dragones que había penetrado en el complejo y controlaba los edificios.

—Parece que sí puedo.

Así pues, entró detrás de ella en el hangar y se detuvo bruscamente. Miró con expresión incrédula aquella nave inmensa y ridículamente vieja rodeada de plataformas y trabajadores.

—¿Esto? ¿Este es tu gran proyecto?

El savant se acercó para mirar más de cerca y subió por una escalera metálica provisional colocada a un lado de la nave. Se detuvo ante una baranda muy alta, frente a la parte trasera de la nave, y miró al interior de uno de los dos compartimientos para los motores.

—Has robado mi trabajo seminal, Norma —dijo, y asomó la cabeza para fijarse bien en la parte mecánica—. Explícame cómo puede utilizar este aparato el efecto Holtzman para plegar el espacio.

Ella, intimidada y reacia, lo había seguido, mientras los dragones esperaban abajo.

—Eso... sería muy difícil, savant Holtzman, puesto que habéis admitido que ni siquiera entendéis vuestras propias ecuaciones de campo más básicas. ¿Cómo puede ser un delito que yo desarrolle algo que no entendéis?

—¡No tergiverses mis palabras! ¡Por supuesto que las entiendo!

Ella arqueó una ceja.

—¡Oh! Entonces sabréis explicarme aquí y ahora en qué consiste el efecto Holtzman.

El rostro de Holtzman se sonrojó.

—Los aspectos más profundos y complejos del concepto te sobrepasan incluso a ti, Norma.

Ella, haciendo acopio de valor, dijo:

—VenKee no aceptará esta intromisión. Esto es una clara violación de nuestro acuerdo y de las leyes de Poritrin. Tuk Keedair presentará una queja formal. Todo lo que estamos haciendo pertenece a su empresa.



Holtzman hizo un desagradable gesto de desdén.

—Ya lo veremos. El visado del tlulaxa ha sido revocado. Y, tú, Norma, ya no eres una invitada de Poritrin. Cuando termines de darme los detalles de todo esto, los dragones te escoltarán hasta Starda. Prepararemos una nave para que salgas inmediatamente del planeta. —Hizo una pausa y sonrió—. El precio del pasaje correrá a cuenta de VenKee Enterprises, por supuesto.

Bajo la mirada de sus dragones, Holtzman pasó media mañana examinando montones de planos y una librería llena de cuadernos electrónicos. De vez en cuando le hacía alguna pregunta a Norma, aunque la mayor parte de las veces ella se negaba a contestar. Finalmente, Holtzman anunció:

—Voy a confiscar estas notas para estudiarlas en profundidad. —Norma protestó, y Holtzman agitó un dedo ante su cara—. Tienes suerte de que no te meta en la cárcel en lugar de exiliarte de Poritrin. Siempre puedo hablar con lord Bludd.

Norma nunca había odiado a aquel hombre, siempre había pensado que tenían intereses comunes. No podía creer lo que estaba viendo: el savant rebuscaba entre su trabajo con la misma delicadeza que una máquina recogía basura.

Mientras los aprendices de Holtzman registraban sus laboratorios y se llevaban importantes documentos, los dragones se los llevaron a ella y a Keedair a Starda City, donde permanecieron retenidos por separado. El lugar que les asignaron era cómodo —al menos no eran celdas—, pero Norma se sentía como un animal enjaulado.

A Norma no se le permitía hablar con su socio tlulaxa, pero sí enviar mensajes al exterior del planeta: no podían viajar con la suficiente rapidez para cambiar nada. Incluso en el mejor de los casos, pasarían meses antes de que las lentas naves regresaran con alguna respuesta.

Aun así, durante tres días, Norma estuvo escribiendo mensajes desesperados en los que suplicaba la ayuda de Aurelius Venport; los enviaba en cada nave que partía. No tenía ni idea de qué naves se encontrarían antes con el poderoso mercader, pero necesitaba su ayuda desesperadamente. Lo necesitaba allí con ella.

Se sentía muy sola.

Los esclavos le llevaron buena comida, pero no tenía hambre. Nada podía aplacar la rabia que sentía contra Tio Holtzman, que había sido su amigo y mentor. Jamás la habían tratado de una forma tan injusta, ni siquiera su madre. Después de todo lo que había hecho para mejorar su posición y su reputación y él se lo agradecía de aquella forma. La había utilizado, se había aprovechado de su genio creador.

Y lo peor de todo, dudaba que aquel hombre fuera capaz de reproducir su trabajo. Todo se echaría a perder. ¡No podía dejar que el proyecto para plegar el espacio se perdiera en el olvido!



Mientras esperaba que una nave la llevara exiliada hasta Rossak, Norma tuvo tiempo de pensar en muchas cosas que jamás se había planteado. Hasta entonces, siempre había estado totalmente absorbida por su trabajo, y prácticamente no se había preocupado por nada más. Ojalá no hubiera sido tan ingenua...

Todo el respeto que creía haberse ganado después de décadas de entrega y dedicación se había apagado como un ascua bajo el talón de una bota. Lord Bludd y todo Poritrin —incluso la mayor parte de la Liga— creían que Holtzman era el responsable de los descubrimientos de Norma, y que ella no era más que una «insignificante ayudante de laboratorio». Gracias a su reputación, Holtzman tenía el apoyo incondicional de lord Bludd. Norma nunca había tenido tiempo para la política ni para granjearse el favor de nadie.

Y ahora estaba atrapada en un mundo que no entendía.

Le preocupaba mucho el disgusto que se iba a llevar Aurelius cuando se enterara, el dinero que le iba a costar todo aquello. Le había fallado.

Después de confiscar todos los documentos técnicos del laboratorio y llevárselos a su propiedad en lo alto de los acantilados, el savant Holtzman permitió generosamente que Norma volviera a recoger sus cosas.

—Un último gesto de cortesía —le dijo el científico de barba canosa con un suspiro cuando bajaban de la plataforma flotante y entraban en el hangar—. Pero solo podrás coger lo que puedas llevar encima.

Norma extendió sus pequeños brazos.

—¿Solo lo que pueda llevar? Entiendo.

Para ser una mujer tan menuda, que no era fuerte físicamente y tampoco era atractiva, Norma Cenva tenía una larga lista de logros. Si bien no podía hacer nada ante la orden de dejar Poritrin, sí podía utilizar su superioridad intelectual para darle a Holtzman una pequeña sorpresa como regalo de despedida por todo lo que había hecho por ella. Y por todo lo que le había hecho.

—No te quejes —le dijo Holtzman—. No tengo por qué permitirte esto.

Le habían prohibido llevarse ningún plano, cálculos o cuadernos electrónicos. Pero eso no la preocupaba, porque siempre había tenido una excelente memoria y podía conservar numerosos detalles en su cabeza.

En el hangar, el viejo carguero seguía en su plataforma: era demasiado grande para que unos cuantos dragones cargaran con él. Aquella estructura hueca estaba en silencio, sin el habitual bullicio que la rodeaba. Las cuadrillas de esclavos habían sido enviadas a sus barracones hasta nueva orden; muchos ya habían sido reasignados a otras cuadrillas, pero un centenar seguía todavía allí para ayudar a desmantelarlo



todo. Su equipo había huido. Y había herramientas, instrumentos de diagnóstico y material de construcción tirados por todas partes.

Sus salas de cálculo estaban patas arriba. Cada armario y cada cajón había sido abierto y registrado. El mobiliario estaba volcado.

El hollín señalaba los lugares de la pared de roca que los dragones habían quemado buscando compartimientos y pasadizos secretos. Norma se quedó mirando todo aquello con una profunda sensación de pérdida, vacío y desazón.

—No nos hemos llevado tus objetos personales —se apresuró a decir Holtzman, como si tuviera conciencia, y la guió hasta una caja metálica (inquietantemente pequeña) que contenía algunos de sus recuerdos—. La piedra de soo es valiosa, pero dije a los guardias que la dejaran.

Norma lo miró con incredulidad: por lo visto el hombre esperaba que valorara aquel gesto. En vez de eso, Norma revolvió el contenido de la caja y sacó la exótica piedra de soo, tan suave, junto con una de las rosas de Bludd secas que había prensado entre dos finas láminas de plaz transparente.

Según la leyenda, la piedra de soo tenía la capacidad de centrar la mente y potenciar los poderes telepáticos, aunque para Norma siempre había sido solo una bonita gema. A diferencia de su madre, Norma no tenía poderes mentales. Haría falta mucho más que una simple baratija, por muy cara que fuera, para hacerlos aflorar.

A pesar de eso, aquella piedra era muy valiosa para ella porque Aurelius se la había regalado. ¿Por qué no habría aceptado casarse con él aquella noche? Si hubiera aceptado, tal vez se habría quedado allí con ella... y entonces nada de aquello habría pasado. Dejó escapar un suspiro.

—Eso es todo —dijo Holtzman, que empezaba a impacientarse—. Hemos registrado tu oficina meticulosamente.

—Sí... ya me he dado cuenta. —Cogió la caja con sus recuerdos y la puso sobre la mesa de trabajo. Parecía tan ligera, tan poca cosa—. ¿Me está permitido quedarme con parte del material? VenKee lo ha pagado.

—Bien, bien. Pero date prisa. Tu nave sale esta tarde, y no tengo intención de hacer esperar al capitán. —Señaló con un gesto todo aquel desorden—. Solo lo que puedas coger. Lamento decir que lord Bludd nos ha dado instrucciones para que no te ayudemos en ningún sentido.

Tratando de arreglarse con tanto peso, Norma cogió un proyector holográfico y la caja con los accesorios. Siguió recogiendo objetos, incluido un panel de cálculo y dos cajas selladas de cartón con cuadernos electrónicos sin usar. El montón iba creciendo, y Holtzman y los dragones se miraban con expresión divertida.

A continuación Norma retiró varios módulos de un montón de piezas sueltas que había en una esquina. Se arrodilló en el suelo y empezó a ensamblarlos. Contaba con



la ignorancia de Holtzman, y el hombre no la defraudó. Una plataforma plana y amplia cobró forma ante ella, mientras los hombres permanecían a un lado y observaban.

Norma instaló un panel rojo de activación y lo encendió. Con un zumbido, aquel artilugio se elevó del suelo con suavidad. Norma se volvió hacia el savant con una sonrisa de satisfacción.

—Uno de los nuevos modelos comerciales de plataformas suspensoras que VenKee Enterprises saca al mercado el mes que viene —dijo, y, al ver la cara de sorpresa y de irritación de Holtzman, añadió—: Lo he inventado yo.

Norma guió la plataforma hasta el alto y pesado montón de posesiones, objetos sin valor en su mayoría, salvo la piedra de soo y la rosa... pero eso no tenía importancia. Rápidamente lo cargó todo en la paleta suspensora.

—Ya estoy lista —anunció por fin. La paleta suspensora flotaba con sus cosas detrás de ella, siguiéndola como una mascota obediente.

Uno de los dragones se rió a costa de Holtzman, y el hombre espetó:

—Dejemos que se salga con este pequeño truco. Será el último.

Pronto la escoltarían hasta el puerto espacial de Starda y se la llevarían de Poritrin. Aunque había pasado allí casi toda su vida y durante años lo había dado todo en su trabajo para Holtzman, no esperaba volver.

Cuando ya se iba con la abarrotada plataforma suspensora, Norma volvió la vista al prototipo gigante de nave que había modificado y supo que seguramente no volvería a verla. El trabajo ya estaba terminado y, tras un mes de pruebas, habría podido hacer una demostración triunfal ante Aurelius. Le había faltado tan poco para demostrar que no se equivocaba al creer en ella...

Pero ¿qué iba a pensar ahora?



Capítulo 58

Ni la violencia ni la sumisión nos ayudarán en esta situación. Hemos de buscar una alternativa mejor.

Naib Ishmael, Nuevas interpretaciones de los sutras coránicos

Todo perdido.

Tuk Keedair miraba lo que quedaba del inmenso proyecto y trató de hacerse una idea del dinero —y los posibles beneficios— que él y Venport acababan de perder. Aquel malnacido de Holtzman se había llevado todas las notas y los planos, y sin Norma Cenva el proyecto no existía.

Dos años de esfuerzos reducidos a nada.

Por primera vez en muchas décadas, por cuestión de honor Keedair debía cortarse su preciada trenza. Según la tradición de su pueblo, el mercader solo podía dejarla crecer mientras obtuviera beneficios, y ciertamente su trenza se había hecho muy larga. Ahora, gracias a los manejos políticos y a la avaricia de Holtzman casi debería afeitarse la cabeza.

Quizá valía la pena volver a su antiguo oficio de traficante de esclavos.

El comerciante tlulaxa meneó la cabeza mientras deambulaba por el interior espacioso de la nave de carga. ¡Habían estado tan cerca! Los innovadores motores de Norma ya estaban terminados e instalados, aunque no los habían probado. Keedair había presionado a Norma para que le diera los detalles, pero a ella le parecía un engorro y una pérdida de tiempo tener que andar dando explicaciones. Había adaptado sus nuevos sistemas a los mandos ya existentes de la nave; cualquier piloto podía dirigir aquel artefacto, como cuando no era más que un carguero. En teoría.

Ahora todo el proyecto no era más que eso... una teoría.

Dado que VenKee Enterprises tenía muchos negocios por toda la Liga de Nobles, Keedair echó mano de sus influencias y puso denuncias al savant Holtzman y a lord Bludd, amenazando con costosos juicios y un boicot de la Liga para el comercio interestelar. Bludd ni se inmutó, y se negó a devolver los archivos de Norma bajo el pretexto de que se trataba de «la seguridad de Poritrin».



Aun así, Keedair repartió generosos sobornos y consiguió liberarse de su confinamiento lo suficiente para volver a toda prisa al complejo con una flota de camiones suspensores y un puñado de esclavos miserables. Ahora que los dragones parecían haber abandonado el lugar, el tlulaxa quería llevarse lo que pudiera.

Desde el desagradable ataque de Holtzman, Keedair no había tenido descanso; se pasó todo el tiempo tratando de hacer un inventario y de salvar lo que pudiera de aquella ambiciosa empresa, aunque solo fuera la chatarra. Su única opción era dismantelar y llevarse material, que luego vendería para recuperar una parte de aquella enorme inversión.

Aquel día, los carroñeros que Holtzman había enviado para saquearlo todo no estaban, porque se celebraba el aniversario de la ejecución del rebelde Bel Moulay. Por tanto, no se consideró necesario que hubiera dragones vigilando el lugar. Keedair quería aprovechar aquellas horas para coger lo que pudiera, antes de que lord Bludd descubriera qué estaba haciendo. Tenía un camión suspensor con él, y pensaba llenarlo.

Al igual que Norma, él también había enviado desesperados mensajes a Aurelius Venport, pero su socio estaba en la otra punta de la galaxia, en Arrakis, y tardaría meses en llegar hasta allí. Quizá lo que tenía que hacer era marcharse al mando del prototipo y dirigirse él mismo a aquel planeta desértico... desde luego, después de tantos viajes, conocía muy bien las coordenadas.

Pero no estaba tan loco.

A Ishmael el tiempo le pasaba muy despacio, porque sabía lo que iba a suceder durante la celebración. Estaba en una posición imposible, atrapado por sus responsabilidades encontradas.

Después de que Tio Holtzman mandara a su guardia con órdenes de lord Bludd, el negrero Keedair había disuelto la mayor parte de las cuadrillas de trabajadores y los había mandado río abajo, de vuelta a la ciudad del delta. Aliid y el puñado de seguidores que tenía fueron de los primeros en marcharse; Ishmael se quedó. En Starda, los saboteadores zenshiíes se las habían arreglado para que los asignaran a cuadrillas que trabajaban en los pomposos preparativos del festival.

Ahora solo Ishmael y un centenar de sus seguidores más fieles seguían en el remoto complejo de construcción de la nave, tratando de salvar lo que podían bajo la dirección del mercader de carne. Ishmael vio a su yerno Rafel manejando maquinaria pesada, dirigiendo palés móviles y pilotando lanzaderas de carga hasta los puntos de recogida en la meseta, por encima del río. Otros cargaban suministros y todo el material que podía venderse en la gran nave vacía.

Chamal, la hija de Ishmael, no se separaba de su padre mientras que su joven esposo demostraba su fuerza y apoyo. Todos miraban a Ishmael, esperando que los mantuviera unidos. Él era capaz de citar todos los sutras y les había inculcado el credo zensuní durante tanto tiempo que esperaban que Budalá dirigiría sus pasos.



Ishmael no sabía qué hacer, pero no podía admitir su impotencia ante todos aquellos esclavos que confiaban en él. Porque entonces les habría fallado a ellos, no solo a sí mismo.

Durante varios días el hombre había sentido un gran temor, hasta que finalmente llegó el día de la celebración. El día de la venganza a sangre y fuego de Aliid. Y él seguía sin saber qué hacer.

Dirigiéndose a unos pocos de los suyos que se estaban congregando a su alrededor, Ishmael dijo:

—Incluso a esta distancia de Starda, no podremos escapar de las consecuencias de lo que nuestros hermanos zenshiies pretenden hacer. Aliid nos obliga a movernos. Pronto todo Poritrin será un caos, y nosotros tenemos que sobrevivir.

Mientras escuchaban, otros hombres y mujeres que llevaban años junto a él, fingieron seguir trabajando. Sin embargo, ahora que el proyecto había sido clausurado, no quedaban capataces que vigilaran sus movimientos. En el laboratorio y el hangar, solo aquel tlulaxa desabrido se molestaba en darles una ocupación; a Keedair no le interesaban las fiestas de lord Bludd, que es donde estarían la mayor parte de humanos libres. Conseguía que se mantuvieran en su puesto agitando de vez en cuando ante ellos una pistola aturdidora, esperando minimizar así las pérdidas de VenKee.

En el interior cavernoso y resonante del edificio, mientras una parte de los esclavos fingía seguir con su trabajo con su habitual falta de entusiasmo, Ishmael continuaba hablando con los demás entre susurros.

—Si denunciarnos a Aliid, quizá los arrestarán a él y a los suyos —dijo una mujer de mirada dura con el pelo blanco, aunque era mucho más joven que Ishmael— y nos dejarán en paz.

—Es la única posibilidad que tenemos. De otro modo, los dragones nos matarán a todos —comentó un hombre mayor, totalmente de acuerdo—. En comparación, lo que le pasó a Bel Moulay no será nada.

Ishmael los miró furioso.

—No valoro tanto mi vida como para traicionar a un amigo. No estoy de acuerdo con los métodos de Aliid, pero ninguno de nosotros debe poner en duda su determinación.

—Entonces debemos luchar a su lado y rezar para que ganemos —insistió Rafel, sujetando el brazo de su esposa. Chamal parecía insegura pero valiente—. Merecemos ser libres, todos. Los esclavistas nos han oprimido durante generaciones, y ahora Budalá nos ofrece esta oportunidad. ¿No tendríamos que aprovecharla?

A Ishmael la cabeza le daba vueltas. Por su triste experiencia sabía que incluso si denunciaban la inminente revuelta, lord Bludd nunca se mostraría razonable. Pero



tampoco podía convertirse en un animal salvaje, porque siempre se había guiado por métodos pacíficos y tranquilos.

Aliid tenía intención de incendiar la ciudad de Starda y ocupar edificios, granjas e incluso las minas situadas más al norte. Sería una revuelta en la que los esclavos zenshiíes se levantarían contra sus amos y los matarían; asesinarían no solo a los dragones, sino también a mujeres y niños. Después de generaciones de ira reprimida y sufrimiento, no era muy probable que la muchedumbre enfervorecida se contuviera. Sería una carnicería.

—¿Qué otra opción tenemos, padre? O denunciarnos el levantamiento o participamos en él. —Chamal obvió los aspectos más complejos del conflicto en un intento por encontrar una respuesta clara. Cuando hablaba así, a Ishmael le recordaba a su madre.

—Si nos acobardamos y no hacemos ninguna de las dos cosas —señaló Rafel—, gane el bando que gane nos mostrará su desprecio. Es una elección difícil.

Los otros murmuraron completamente de acuerdo.

Mirando a su padre con ternura, Chamal se adelantó un paso hacia él.

—Padre, tú eres quien más familiarizado está con los sutras. ¿La palabra de Budalá puede ofrecernos consejo?

—Los sutras coránicos siempre son una guía —dijo Ishmael—. Pueden encontrarse versículos que pueden aplicarse a cualquier situación, que podrían justificar cualquier decisión que tomemos.

Miró la vieja nave en la que Norma Cenva y sus ingenieros escogidos habían trabajado durante meses. Solo Keedair seguía a bordo, yendo y viniendo entre la nave y sus oficinas, reuniendo solicitudes y archivos financieros.

Ishmael entrecerró los ojos.

—Aliid olvida nuestro objetivo último. Valora la venganza por encima de todo, pero nuestra prioridad tendría que ser recuperar la libertad de nuestro pueblo.

El líder zensuní tenía que tomar una decisión que le permitiera proteger a Chamal, a su marido y a toda aquella gente, incluso si ello significaba no volver a ver a su esposa ni a su otra hija.

—Ishmael, debemos unirnos a la lucha o ponernos del lado de los esclavistas —dijo Rafel—. Son nuestras únicas opciones.

—No es cierto. —Dedicó una mirada significativa a la enorme y silenciosa nave—. Yo veo otra salida.

Sus seguidores se dieron la vuelta para seguir su mirada y sus rostros adoptaron una expresión de reconocimiento e incredulidad.

Ishmael siguió hablando.



—Sacaré a mi gente de este lugar, de este planeta... y los llevaré hacia la libertad.

Aunque el resto de la ciudad estaba ocupada en aquella nueva celebración de lord Bludd, Tio Holtzman tenía cosas más importantes en la cabeza.. El inventor no había vuelto a pensar en Bel Moulay desde su ejecución, que tendría que haber acabado con las quejas de los budislámicos de Poritrin.

«Como pasa con los niños, a los esclavos se les tiene que ver, pero no oír.»

Era una tarde fría, pero había querido comer en la terraza de su casa, que miraba hacia el río Isana. Se abrigó bien e indicó a los cocineros que le sirvieran la comida fuera; si estaba a gusto, podía pasarse horas en aquel mirador, pensando en diferentes posibilidades, como se suponía que tenía que hacer un savant. Una sirvienta se apresuró a limpiarle su silla y luego la sujetó para que se sentara.

El savant pidió su comida habitual. A Holtzman le gustaba tomar algo concreto cada día, de acuerdo con un programa preestablecido. Prefería hacer las cosas de forma predecible, para poder así planificar cada día sin distracciones ni pérdidas inútiles de tiempo. La esclava que servía la mesa, una bonita morena con un vestido blanco de blonda, apareció con una bandeja con café humeante. Le sirvió una taza del tamaño de un cuenco de sopa, y él bebió con tiento.

Allá abajo, en el río, una barcaza cargada con productos agrícolas se deslizaba lentamente en dirección a Starda, donde descargaría. Aquel vehículo acuático no tenía mucha compañía. Buena parte del tráfico fluvial se había desviado a causa de las celebraciones. Holtzman suspiró; lord Bludd siempre estaba celebrando algo.

Holtzman se había pasado toda la semana estudiando las notas y los planos de Norma, tratando de averiguar qué hacía con aquel viejo carguero. Tal vez lo que tenía que hacer era ir y confiscar la nave, a pesar de las airadas protestas de Tuk Keedair y sus dichosos documentos legales.

Pero VenKee Enterprises tenía tanto dinero como él, y no quería enzarzarse en una interminable batalla legal. Ante todo, lo que buscaba con aquello era echar a Norma Cenva y arruinar su reputación.

Pero si conseguía averiguar qué se llevaba entre manos, tanto mejor.

Dando sorbitos de café, Holtzman pensó si sería bueno consultar a otros expertos en el asunto, pero finalmente decidió no confiar los documentos a nadie más. Ya había tenido bastantes problemas con Norma.

«Seguramente todo esto no es más que una pérdida de tiempo—pensó, limpiándose la boca con una delicada servilleta—. Norma Cenva es una loca empeñada en una misión disparatada.»



Durante horas, los trabajadores zensuníes se comportaron como si fuera un día más y siguieron desmantelando el hangar para que Holtzman pudiera cerrarlo. Tuk Keedair hacía inventario y supervisaba el trabajo, pero su corazón ya parecía estar en otro lado. Pronto se marcharía.

Con creciente exaltación, la voz corrió rápidamente entre los zensuníes del hangar. Las posibilidades y las conjeturas hicieron que los susurros contenidos y el brillo de los ojos se fueran extendiendo como hondas en el agua. Habían estado esperando que Ishmael recibiera una señal de Budalá, y ahora estaban impacientes por seguirle.

Ishmael temió haberles animado durante demasiado tiempo a mostrarse pasivos. Tenía miedo de que los zensuníes hubieran olvidado cómo ser fuertes. Pero aquel no era momento para dudas.

Antes del mediodía, en la lejana ciudad de Starda empezaron los actos preliminares de la celebración. Toda la ciudadanía, incluso los dragones, se mostraba satisfecha y confiada.

Cuando el sol se pusiera, Aliid iniciaría su revuelta. Ishmael sabía que tenía que alejar a su hija, a su marido y a todos los otros esclavos antes de que estallara el conflicto.

Como si estuviera realizando algún trabajo, abrió la rampa de embarque de la enorme nave. Su gente, también disimulando, empezó a cargar tambores de agua y suministros que tenían en los barracones y en el hangar. Keedair, después de descubrir asombrado que la nave aún parecía operativa, ya les había ordenado que cargaran buena parte de su material y de sus objetos personales. Dado que, en breve, todo el material del proyecto iba a ser confiscado por lord Bludd, el mercader tlulaxa había decidido llevar la nave a órbita, donde sería remolcada hasta un muelle espacial y reconfigurada. Inicialmente su idea era llevarse todo lo que pudiera con camiones suspensores, pero finalmente llevarse la nave le parecía mejor.

Sin embargo, Ishmael tenía intención de llevar el prototipo a otro lugar, a un nuevo planeta, lejos de los negreros y de las crueles máquinas pensantes. Le daba igual dónde estuviera; lo único que quería era un destino donde nadie les molestara. Tiempo atrás, los seguidores de la fe budislámica habían huido de la Liga de Nobles, tras negarse a participar en la guerra contra las máquinas. Pero no se habían alejado lo suficiente, y perversos comerciantes de carne como Keedair habían saqueado los asentamientos de Harmonthep; la Yihad había destruido la ciudad sagrada de Darits, en Anbus IV.

Ahora Ishmael tendría la oportunidad de guiar a su gente hacia la libertad que merecía, y se convertiría en el líder que esperaban que fuera.

A media tarde, los esforzados trabajadores estaban al límite de su paciencia. Chamal no se separaba de su marido, y no dejaba de lanzar miradas inquietas a su padre. Ishmael no podía pedirles que esperaran mucho más. Había que actuar, y



pronto. El nerviosismo aumentaba por momentos, como una descarga de adrenalina corriendo por sus venas.

Keedair miró furioso a los zensuníes, refunfuñando, como si su comportamiento hubiera empezado a parecerle sospechoso; luego volvió a sus oficinas.

Finalmente, Ishmael hizo una señal y los esclavos dejaron sus puestos y se reunieron en el centro del hangar. Él estaba en pie ante la escotilla abierta de aquel gigante tan bien provisionado; emitió un aullido agudo y sibilante, un extraño aullido que no había utilizado desde su infancia, cuando cazaba en Harmonthep.

Los cautivos zensuníes emitieron gritos similares, característicos de sus respectivos planetas y culturas. A pesar del tiempo que llevaban esclavizados, no habían olvidado su pasado.

Rafel y un par de compañeros corrieron hasta los mandos que controlaban el techo en voladizo y lo abrieron. Con gran estrépito, las planchas corrugadas superpuestas fueron desplazándose hacia los lados y dejaron el prototipo a cielo abierto. El cielo estaba salpicado de nubes, el aire olía a libertad, y una poderosa sensación de euforia hizo que todos empezaran a lanzar vítores.

Al oír el estrépito, el mercader tlulaxa salió a toda prisa de las oficinas y vio con incredulidad a los cien esclavos apiñados bajo la nave, como si estuvieran esperando a que pasara revista.

—¿Qué estáis haciendo? Volved al trabajo. ¡Ahora! Solo tenemos un día para...

Antes de que Keedair pudiera sacar su pistola aturdidora, quince esclavos lo rodearon, cerrándole toda vía de escape. Rafel los dirigía y, por una simple cuestión numérica, disuadieron enseguida a aquel hombrecito, haciendo caso omiso de sus protestas, de sus insultos y sus farfúlleos. Lo cogieron de los brazos. La joven Chamal, con fuerza y decisión, le tiró de su larga trenza como si fuera una argolla sujeta a su cabeza.

Keedair gritó de dolor y de rabia.

—¡No podéis hacerme esto! ¡Me encargaré de que cada uno de vosotros sea ejecutado!

Lo llevaron a rastras ante Ishmael, que miró con desagrado y desdén a aquel hombre, responsable de su esclavitud.

—¡Serás castigado por tu necedad! —le prometió Keedair.

—No lo creo —dijo Ishmael—. Esta es nuestra única oportunidad. En una hora, en Starda se iniciará una revuelta sangrienta. No queremos participar en esa matanza, pero insistimos en recuperar nuestra libertad.

—No podéis escapar —dijo Keedair, no con tono desafiante, sino realista—. Los dragones os seguirán a donde vayáis. Os atraparán.



—No si salimos del planeta, señor negrero. —Rafel se pegó más al antiguo comerciante de carne, intimidándolo—. Tenemos intención de marcharnos a un planeta muy lejano.

Ishmael le clavó el dedo en el pecho.

—Y tú nos llevarás... en la nave de Cenva.



Capítulo 59

Escoge tus batallas con cuidado. En última instancia, la victoria y la derrota dependen de las decisiones que tomes, tanto si son cuidadosas como imprudentes.

Tlaloc, Puntos débiles del Imperio

Como si fuera una señal, la salpicadura rojiza de la puesta de sol de Poritrin determinó el inicio de la violencia.

En los muelles del delta, Aliid y sus endurecidos camaradas zenshiies permanecían tras las vallas mientras los técnicos en explosivos preparaban los cartuchos de polvos incandescentes. Transportar las piroflores se consideraba un trabajo de riesgo, que solo realizaban los esclavos, y Aliid no se quejó. No, él y unos cuantos seguidores escogidos estaban preparando una sorpresa para sus insensibles captores. Después de generaciones, por fin había llegado el momento.

Lord Niko Bludd estaba sentado con sus amigotes en un podio elevado y ventoso sobre las aguas, rodeado de estandartes que ondeaban al viento. El fatuo noble había declarado que aquel espectáculo sería el más impresionante de todos.

Con expresión sombría, Aliid prometió que aquel evento no solo sería memorable, iba a ser legendario. Por toda la ciudad se habían ido pasando mensajes. Ninguno de aquellos amos confiados sospechaba del peligro, pero los esclavos de todas las casas estaban preparados. Por toda Starda y los diferentes asentamientos de Poritrin, sus compañeros zenshiies estaban impacientes por empezar. Aliid no tenía ninguna duda de que el dominio de los nobles iba a caer instantánea y definitivamente.

Los dragones estaban apostados en los márgenes del río para la celebración, y las familias adineradas habían dejado a sus esclavos en el interior de las mansiones construidas en los acantilados. La conflagración sería tan repentina y generalizada que los dragones no podrían reaccionar a tiempo. Los esclavos se armarían con antorchas, palos, cuchillos improvisados, cualquier cosa que pudieran encontrar. Además, Aliid sabía dónde encontrar armas más potentes.

Todo estaba encajando.

Largas trompetas enviaron una fanfarria estridente al ocaso. Lord Bludd hizo ondear su manto colorido en torno a su cuerpo y alzó las manos para anunciar el inicio de los festejos.



En una zona inundable, en medio del perezoso río, los técnicos en explosivos trataban sin éxito de encender sus artísticas piroflores. Los minutos pasaban y, al ver que no sucedía nada, la muchedumbre congregada en la orilla empezó a murmurar y a moverse inquieta.

Aliid seguía mirando, sonriendo, esperando.

Las trompetas volvieron a sonar, como si lord Bludd estuviera impaciente por que empezaran los fuegos artificiales. Aliid sonrió, porque sabía que, cuando los técnicos encendieran aquellos fuegos artificiales defectuosos, dentro encontrarían arena y cenizas en lugar de los polvos iridiscentes de los explosivos.

Los explosivos estaban en otra parte.

Irritado, lord Bludd hizo una señal y las trompetas sonaron por tercera vez. En esta ocasión, la respuesta fueron unas fuertes explosiones que brotaron en medio de la creciente oscuridad, aunque las llamaradas procedían de los almacenes de los muelles. En aquellos momentos, todos los explosivos que Aliid y los suyos habían sustraído de la zona destinada a los fuegos artificiales detonaron en furiosas y deslumbrantes explosiones, que provocaron incendios en dieciocho almacenes a la vez. Entre la multitud empezaron a sonar gritos confusos. Hubo nuevas explosiones en lo alto de los acantilados.

Aliid rió para sus adentros.

Por toda la ciudad los esclavos corrían a encender productos inflamables y aceleradores que habían ido colocando en los últimos días. Si todo salía como estaba previsto, más de quinientas casas de la populosa ciudad de Starda ya habrían empezado a arder. La devastación avanzaría con rapidez, y las explosiones harían que el fuego se extendiera por toda la ciudad.

«Starda está condenada.»

No había nada que lord Bludd, sus dragones o sus ciudadanos pudieran hacer para evitar el desastre. El grado de destrucción sería proporcional a la ira que los esclavos budislámicos habían acumulado durante generaciones.

Las alarmas se disparaban por toda la ciudad, sonaban las sirenas. Lord Bludd hizo un llamamiento por los sistemas de megafonía, pidiendo la colaboración de todos los ciudadanos y que los propietarios contribuyeran con sus esclavos a la lucha.

—¡Debemos salvar nuestra ciudad!

Aliid se limitaba a reír, igual que sus compañeros. Cuando uno de los supervisores de esclavos les llamó a gritos para que fueran a ayudar, ellos dieron media vuelta y se fueron corriendo sin que nadie se lo impidiera. Por toda Starda, los zenshiés estarían yendo de casa en casa, prendiendo fuego, destrozando lo que pudieran. En los distritos mineros o agrícolas, otros prisioneros se levantarían, asesinarían a



familias enteras y se quedarían las tierras y las casas para ellos. No podrían detener el levantamiento. Esta vez no.

Aliid y sus hombres irrumpieron en uno de los museos municipales de Poritrin donde había una exposición de armas: lanzacohetes aparentemente arcaicos, granadas y toscas armas de fuego. Pero Aliid sabía que aún funcionaban.

Los esclavos rompieron las vitrinas donde estaban las armas y se hicieron con ellas, incluso con los cuchillos y las espadas. Finalmente, ebrio de entusiasmo, Aliid cogió un arma pesada y pulida inventada hacía siglos pero que los militares habían dejado de utilizar por sus limitaciones. Aquel rifle láser podía disparar un rayo capaz de acabar con muchos enemigos, pero solo mientras durase su cartucho de energía.

Satisfecho con el tacto y el peso del rifle, Aliid se lo quedó para él, intuyendo el grado de destrucción que podía provocar. Luego corrió por las calles con los suyos. Allá en lo alto vio los laboratorios de Tío Holtzman, y enseguida supo dónde empezar su ambiciosa misión de venganza.

Solo en medio de una muchedumbre de furiosos zensuníes, en aquel hangar aislado, Tuk Keedair sintió pánico.

—¿Que os lleve en el prototipo? ¡Imposible! Solo soy un mercader. No soy piloto profesional, solo tengo nociones básicas. Además, la nave aún no se ha probado. Tiene motores experimentales. Todo está...

Rafel apretó los brazos del comerciante de carne con más fuerza y lo sacudió con violencia.

—Es nuestra última esperanza. Somos gente desesperada. No nos subestimes.

La voz de Ishmael sonó fría y furiosa.

—Me acuerdo de ti y de tus amigotes, Tuk Keedair. Tú atacaste mi aldea en Harmonthep. Tú arrojaste a mi querido abuelo a la marisma, a las anguilas gigantes. Tú destruiste a mi gente.

Acercó más su cara al rostro del tlulaxa.

—Quiero mi libertad, y una nueva oportunidad para mi hija y para toda esta gente. —Y señaló con el gesto a la multitud inquieta—. Pero, si nos obligas, tendré que conformarme con vengarme.

Keedair tragó con dificultad, miró a los furiosos esclavos y dijo:

—Si mi única alternativa es la muerte... entonces no pierdo nada por intentar pilotar esta cosa. Pero debéis saber que no sé lo que hago. Los nuevos motores no se han probado nunca con un cargamento y con un pasaje reales.

—De todos modos, habríais experimentado con esclavos —gruñó Rafel.

Keedair frunció los labios y asintió.

—Seguramente.



A una señal de Ishmael, los esclavos entraron apresuradamente en la nave. Se esconderían y esperarían en el interior de los camarotes, de las cabinas comunes y los pasillos que no estuvieran llenos de cajas. Cogrían mantas, se abrazarían unos a otros y rezarían para que todo fuera bien.

—Otra cosa. —Keedair trató de recuperar un poco de confianza—. Solo recuerdo las coordenadas de un destino: Arrakis. Es un planeta remoto al que he hecho la mayor parte de mis viajes comerciales más recientes. Probaremos la nave yendo hasta allí.

—¿Podemos crear un hogar en Arrakis? —preguntó Chamal con los ojos brillantes—. ¿Es una tierra paradisíaca y pacífica, un lugar donde podemos ser libres y estar a salvo de gente como tú? —Su expresión se ensombreció.

Keedair la miró como si aquellas palabras le dieran risa, pero no se atrevió a reír.

—Para algunos lo es.

—Entonces llévanos allí —le ordenó Ishmael.

Los zensuníes escoltaron al asustado tluxaxa por la rampa y lo llevaron a la cubierta del piloto. Ciento un zensuníes subieron a bordo y sellaron las escotillas; dejaron vacío el interior del hangar mientras la oscuridad se extendía por el río Isana.

Keedair miró los mandos improvisados que Norma Cenva había instalado, cada uno con una etiqueta en el lenguaje taquigráfico de aquella mujer. Keedair conocía los principios básicos para dirigir la nave y sabía cómo entrar las coordenadas que quería.

—No sé si un humano puede soportar el paso por la anomalía dimensional del espacio plegado. —Obviamente, el hombre tenía miedo a lo desconocido y también a las amenazas de los esclavos—. De hecho, ni siquiera estoy seguro de que esta nave pueda volar.

—Entra las coordenadas —le ordenó Ishmael. Sabía que en los muelles de Starda y en el delta del río la violencia estaba a punto de desatarse. Rezó para que Ozza y su otra hija estuvieran a salvo, lejos del infierno que Aliid pensaba crear. Pero él ya no podía hacer nada por ellas, y no esperaba volver a verlas jamás—. Tenemos que salir de Poritrin antes de que sea demasiado tarde.

—Recuerda, os lo he advertido. —Keedair se echó su larga trenza sobre el hombro—. Si estos motores Holtzman nos arrojan a una dimensión desconocida y tenemos que pasarnos la eternidad retorciéndonos de dolor, luego no maldigáis mis huesos.

—Yo ya maldigo tus huesos —dijo Ishmael.

Con expresión sombría, Keedair encendió los motores.

En un abrir y cerrar de ojos, la nave desapareció en el vacío.



Tio Holtzman estuvo sentado tranquilamente, meditando, hasta que el cielo se tiñó con los colores de la puesta de sol. Río abajo, la multitud se había congregado en torno a las tarimas para escuchar declaraciones monótonas mientras las bandas de música tocaban.

Justo cuando estaba apartando la silla de la mesa, un golpe de aire se llevó su servilleta, que cayó por el precipicio. Mientras la veía caer, el científico reparó con mirada ausente en los almacenes que ardían en la otra orilla y en el mercado de esclavos, pero no le dio importancia. La gente de lord Bludd ya se encargaría de ello.

Al volver adentro para trabajar, Holtzman llamó a sus esclavos. Nadie contestó. Irritado, siguió tratando de descifrar los documentos que había confiscado a Norma Cenva, ojeando los símbolos matemáticos y saltándose otras señales y toscos dibujos.

Estaba tan absorto en aquellas notas que ni siquiera oyó el alboroto en su propia casa: hombres que gritaban, cristales rotos. Finalmente, levantó la cabeza porque oyó un disparo; llamó a sus dragones. La mayoría habían ido a trabajar en la seguridad, a orillas del río. ¿Disparos? Por las ventanas vio más edificios que ardían en el centro de la ciudad, y oyó un fuerte estruendo a lo lejos, seguido de gritos. Mascullando, inquieto, el inventor se puso su escudo personal como tenía por costumbre y fue a ver qué pasaba.

Aliid corría por uno de los pasillos del piso más alto de la elegante casa de Holtzman, disparando con su antigua pistola láser y quemando bellas estatuas y cuadros a su paso. Delante de él dos dragones trataron de cerrarle el paso, pero Aliid los hizo picadillo con la pistola, que derretía la carne que rodeaba el hueso. A pesar de ser tan antigua, era una pieza muy útil y tenía una potencia de fuego impresionante.

Aliid había trabajado en aquella casa hacía unos años y suponía dónde encontraría al pomposo savant. Unos momentos después irrumpió en su suite privada con veinte hombres furiosos.

En medio de la habitación había un hombre de barba cana, con los brazos cubiertos por unas voluminosas mangas y cruzados sobre el pecho. Algo brillaba a su alrededor, distorsionando sus facciones. Indignado, Holtzman plantó cara a los rebeldes, sin reconocer a Aliid.

—¡Marchaos antes de que llame a mis guardias!

Sin dejarse impresionar, Aliid avanzó con su pistola láser.

—Me iré, pero no sin antes haberte destrozado, amo de esclavos.

Holtzman reconoció aquella arma desfasada y su rostro mostró pánico, lo que dio alas a Aliid. Era exactamente como lo había imaginado.

Sin ningún remordimiento, Aliid disparó a aquel cruel y viejo amo de esclavos.



El haz blanco y púrpura del láser golpeó el escudo personal de Holtzman y provocó una explosión titánica. La casa del inventor, junto con buena parte de la ciudad de Starda, estallaron en una explosión de un blanco candente, en una incandescencia pseudoatómica.



Capítulo 60

No hay sistemas cerrados. Simplemente, el tiempo se acaba para el observador.

«La leyenda de Selim Montagusanos»

Mientras guiaba a aquella banda de mercenarios extraplanetarios fuertemente armados hacia su objetivo —y su venganza personal—, el naib Dhartha cada vez veía más claro que para aquellos hombres ariscos y duros él no era más que un sirviente. Para ellos, el líder de los zensuníes solo era alguien que podía llevarlos hasta su meta. No era ningún comandante.

Una vez la aeronave salió de Arrakis City, aquellos combatientes a sueldo no le demostraron mucho respeto. Dhartha iba sentado en la nave con otros cinco guerreros zensuníes que se habían unido a él en su partida de venganza kanla. Los duros mercenarios los veían como un puñado de nómadas primitivos jugando a los soldados. Pero todos tenían el mismo objetivo: destruir a Selim Montagusanos.

Juntos, tenían la suficiente potencia de fuego y los suficientes explosivos para eliminar hasta el último de los bandidos sin tener ni siquiera que poner el pie en el suelo o ensuciarse las manos.

Personalmente, el naib habría preferido coger a su enemigo de los pelos, echarle la cabeza hacia atrás y cortarle el pescuezo. Quería ver cómo se apagaba la luz de los ojos de Selim mientras la sangre se escurría entre sus dedos.

Sin embargo, estaba dispuesto a renunciar a ese placer a cambio de la seguridad de que el Montagusanos y su banda fueran eliminados.

Las corrientes calientes de aire subían desde las dunas como humo, y la aeronave iba saltando entre ellas. Una densa línea de peñascos apareció ante ellos, como un continente aislado y perdido en el desierto.

— Ahí tiene su nido de víboras — dijo el capitán de los mercenarios.

Para el naib Dhartha, aquel oficial y sus hombres eran infieles. Procedían de un puñado de planetas de la Liga de Nobles. Algunos habían sido entrenados como mercenarios de Ginaz, pero no se les había considerado aptos y jamás habían sido aceptados en aquel grupo de guerreros de élite. Sin embargo, eran guerreros y asesinos, justo lo que requería aquella situación.



—Podríamos bombardear la escarpadura —propuso otro de los mercenarios—. Entramos a toda velocidad y convertimos ese montón de piedras en polvo.

—No —insistió Dhartha—. Quiero contar los cuerpos, quiero cortar dedos para llevármelos como trofeos. —Algunos de los hombres de su partida kanla murmuraron completamente de acuerdo—. A menos que pueda enseñar el cuerpo de Selim Montagusanos, a menos que pueda demostrar que es débil y es mortal, sus seguidores continuarán con sus sabotajes.

—¿Qué te preocupa, Raúl? —preguntó otro mercenario—. No tienen ninguna posibilidad. Seguramente solo tienen unas pocas pistolas maula, y nuestros escudos personales nos protegerán de cualquier proyectil. Somos invencibles.

—Exacto —dijo otro soldado—. Hasta una vieja podría situarse con la nave sobre su escondite y limitarse a lanzar una bomba que los eliminara. ¿Qué somos guerreros o burócratas?

Dhartha señaló al frente.

—Puede aterrizar en la arena, allí, cerca de las rocas. Los gusanos no pueden acercarse tanto. Saldremos todos juntos, encontraremos las cuevas y les obligaremos a salir con humo. Seguramente el Montagusanos se esconderá y tratará de protegerse, pero mataremos a las mujeres y a los niños uno a uno hasta que salga y se enfrente a mí.

—Y entonces podremos dispararle —exclamó Raúl, y todos se echaron a reír.

Dhartha frunció el ceño. Trató de no pensar demasiado en lo que estaba haciendo, en la forma en que había tenido que suplicar a Aurelius Venport que le ayudara. El problema de Selim Montagusanos había sido siempre un asunto privado entre ellos dos.

Los ancianos zensuníes de aldeas tribales lejanas no ocultaban su desprecio hacia Dhartha por su colaboración con los sucios extraplanetarios. El naib hacía negocios con extranjeros, les vendía toda la especia que pedían. Incluso había introducido lujos extraplanetarios en su aldea de cuevas, abandonando los antiguos hábitos del desierto. Al contratar a unos mercenarios para que le ayudaran en su venganza personal, Dhartha comprendió que había renunciado a todo lo que en otro tiempo le importaba. Pero en aquellas circunstancias le traían sin cuidado las tradiciones y los preceptos del budislam. Apretó los dientes, porque sabía que seguramente sería condenado al Sheol por sus actos.

«Al menos Selim Montagusanos estará muerto.»

El transporte aterrizó ante un grupo de rocas y sus puertas se abrieron al aire caliente y seco del exterior. Dhartha se puso en pie, preparado para dar las órdenes, pero los mercenarios de Venport no le hicieron ni caso y salieron al exterior, hablando entre ellos, echándose al hombro sus armas de fuego, ajustando sus



escudos personales. Momentos después, empezaron a saltar entre las rocas y cargaron de forma coordinada y vigorosa contra aquel entramado de cuevas.

Dhartha se sentía como un espectador. Finalmente, refunfuñando, se puso al frente de sus cinco kanla y salieron a toda prisa para tratar de alcanzar a los mercenarios. Ellos también querían participar en la matanza.

Durante muchos meses los hombres de Dhartha habían estado reuniendo pistas e información, hasta que este tuvo la seguridad de haber descubierto la guarida de la banda del Montagusanos. Era imposible que los esperaran.

Cuando los soldados extraplanetarios cargaron contra las cuevas que tenían ante ellos, Dhartha se sintió desconcertado, porque no oyó sonidos de lucha, ni gritos, ni disparos de las pistolas maula. ¿Es que los bandidos estaban durmiendo? Avanzó con sus hombres hasta las aberturas de las cuevas.

Era evidente que los forajidos habían vivido allí. Había habitaciones excavadas en la arenisca, con objetos decorativos colgados y globos de luz robados aún en su sitio, junto con utensilios de cocina y otros objetos propios del hogar.

Pero no se veía a nadie por ningún lado. Los forajidos habían huido.

—Alguien les ha avisado de que veníamos —dijo con un gruñido el capitán de los mercenarios—. Nos han traicionado.

—Es imposible —terció el naib—. Nadie puede haber llegado hasta aquí antes que nuestra aeronave. Solo hace quince horas que el ataque está preparado.

Los mercenarios de Venport se reunieron en una de las habitaciones principales, con los rostros rojos de ira. Rodearon al naib Dhartha; le culpaban a él de aquel fracaso. Uno de ellos, con una cicatriz en la frente, habló en nombre de todos.

—Entonces, dinos, hombre del desierto, dinos adonde han ido.

El naib trató de controlar su respiración. A su alrededor todos hervían de ira y confusión. Sabía que aquel era el lugar. Aún se percibían intensos olores que delataban la presencia de gente, mucha gente, hasta hacía muy poco. No era ningún engaño, no se trataba de un antiguo asentamiento.

—Selim ha estado aquí. No puede estar muy lejos. ¿Adonde podría ir tanta gente en el desierto?

Antes de que nadie pudiera contestar, oyeron un latido lejano, como el de un corazón, o un tambor. Dhartha y los demás corrieron hacia una de las aberturas y vieron a una persona sola sobre las dunas, una figura patéticamente pequeña e impotente.

—¡Está allí! —aulló Dhartha.

Lanzando gritos de guerra, los mercenarios corrieron de vuelta a su aeronave.

—¿Y si es una trampa? —preguntó uno de los soldados.



Dhartha lo miró, con expresión furiosa y despectiva.

—Es un hombre solo. Podemos capturarlo y averiguar adonde han ido los demás.

Con tono de burla, el capitán de los mercenarios dijo:

—No tenemos miedo de nada que esa escoria del desierto pueda arrojar contra nosotros.

Los mercenarios corrieron a aplastar a Selim Montagusanos.

Bajo sus botas la arena era blanda, y el sol brillaba con fuerza, como si quisiera quemar todo cuanto tocara. Aquel día ninguna duda acompañaría a Selim; avanzaba plenamente iluminado. Se detuvo en medio de la nada, donde todos pudieran verle. Se sentó bajo el sol deslumbrante, sacó su tambor y esperó.

Era imposible que el naib Dhartha y su grupo de guerreros no le vieran.

El día anterior, las cuevas habían sido un ir y venir continuo, porque sus seguidores estuvieron empaquetando suministros, recogiendo solo lo que podían necesitar en su viaje por el desierto. Los jóvenes montagusanos se habían mostrado decididos y expectantes, temerosos de lo que pudiera pasar, pero no se atrevieron a cuestionar las órdenes o las visiones de Selim.

Marha había sido la última en partir. Se aferró a Selim, y él la abrazó con fuerza, pensando en la vida que crecía en su vientre, deseando poder quedarse con su mujer y criar a ese hijo. Pero la llamada de Shai-Hulud era más importante. Sabía lo que tenía que hacer. No tenía más remedio que seguir las indicaciones de Budalá.

—Tomé la decisión adecuada al unirme a los tuyos —dijo Marha con una mezcla de pesar y respeto en la mirada—. Rezaré por tu seguridad en este día, Selim, pero si sucede lo peor, haré que nuestro hijo esté orgulloso de ti.

Selim le acarició el rostro y no trató de tranquilizarla con falsas esperanzas. No sabía lo que Shai-Hulud tenía reservado para él.

—Cuida de nuestro chico. —Apoyó la mano con dulzura sobre su vientre—. La melange me ha dicho que darás a luz a un niño sano. Lo llamarás El'hiim. Algún día será un líder digno, si toma las decisiones adecuadas.

El rostro de Marha se iluminó de esperanza, pero Selim la obligó a partir.

Ahora, allá fuera, se sentía solo y pequeño, pero Shai-Hulud estaba con él. Su vida entera, todo lo que había hecho o haría, convergieron en aquel momento. Se sentía más seguro de su éxito de lo que se había sentido desde que tuvo su primera visión, hacía tres décadas.

El naib Dhartha era su enemigo a muerte y el enemigo de Shai-Hulud. El líder zensuní había vendido su alma a los mercaderes extraplanetarios y comerciaba con la sangre de Arrakis —la melange—, dejando que fuera a lugares a los que no



pertenecía. En sus visiones, Selim podía ver más allá del paisaje del tiempo, como solo un dios o su mensajero podían ver. En el futuro lejano, Selim veía una muerte lenta para los gusanos de arena...

Aquella batalla sería recordada durante generaciones, repetida en torno al fuego siglo tras siglo. El nombre de Selim se olvidaría, los detalles perderían claridad por las sucesivas repeticiones, pero la esencia de lo sucedido pasaría a formar parte de la mitología de los nómadas del desierto. Invocando su recuerdo, la gente continuaría atacando a los recolectores de especia con mayor entusiasmo.

En el gran esquema de las cosas, lo que iba a hacer ese día era totalmente necesario.

Vio cómo las odiadas tropas extraplanetarias aterrizaban con su aeronave y corrían entre las rocas hasta las cuevas que Selim había utilizado durante años como base de operaciones. Sus labios se curvaron en una mueca de disgusto cuando vio que el naib Dhartha se había envilecido aún más y se había conchabado con los extranjeros, guerreros de alquiler de otros planetas. Iban bien armados, y se movían con una ferocidad animal.

A Selim le enfureció ver que profanaban su casa, las cuevas donde él y sus creyentes se habían congregado, la cámara donde él y Marha hicieron el amor por primera vez. Aquellos intrusos no merecían vivir.

Se sentó con las piernas cruzadas sobre la arena mientras ellos registraban el asentamiento abandonado. Finalmente, impaciente porque nadie lo había visto todavía, clavó la base del tambor en la arena. Moviéndolo de la mano con rapidez, lo golpeó, lanzando un poderoso eco al aire y al interior de las dunas estratificadas.

Una llamada abrupta, un desafío.

Selim oyó débiles gritos de alarma y rabia, y entonces los guerreros descendieron a toda prisa por las rocas. Volvieron corriendo a su nave. Los motores zumbaron y la nave se elevó levantando penachos de polvo.

El naib Dhartha y sus hombres corrieron hacia las dunas a pie.

Selim golpeó su tambor con más fuerza, marcando un ritmo implacable, insistente. Su fiel Jafar le había enseñado cómo construir aquel instrumento utilizando trozos sueltos de metal para el cilindro y pieles de ratones canguro fuertemente cosidas para la parte de arriba. Aquel tambor le había servido durante años. Había llamado a muchos gusanos.

La aeronave armada hizo un barrido, volando tan bajo que Selim pudo sentir el rugido del aire y el calor de los motores. La arena que levantó le golpeó en la cara, pero Selim no se inmutó. Podían haber disparado o haberle lanzado explosivos, pero por lo visto el piloto estaba tratando de determinar si realmente estaba solo. Naturalmente, sospechaban que aquello era una encerrona, pero no acababan de



entender dónde estaba la trampa. La aeronave dio otra vuelta y finalmente aterrizó sobre una extensión llana de arena, bastante lejos. Los mercenarios bajaron.

El naib Dhartha y sus guerreros zensuníes avanzaban con rapidez por el paisaje, dando traspiés, como si compitieran con los soldados. Todos aquellos hombres arrogantes creían estar por encima de los rigores del desierto, pero Selim sabía bien que, en Arrakis, una vida vale menos que un grano de arena en las profundidades del desierto.

Él siguió golpeando su tambor. La respuesta ya estaba cerca: unos temblores profundos, muy profundos, que se acercaban y eran cada vez más fuertes.

Desde el lado opuesto, los zensuníes corrían hacia él agitando sus armas, olvidando caminar con pasos aleatorios, como habían aprendido de niños. Selim oía insultos, desafíos, amenazas. Aunque era mayor que los demás, el naib Dhartha iba al frente. Como Selim esperaba, la ira del naib había nublado su buen juicio.

—Te desafío, Selim Montademonios —le gritó el naib en cuanto estuvo a una distancia desde donde podía oírle. Su voz era profunda, grave, la misma voz que cuando lo condenó falsamente por robar agua—. Ya has causado suficiente daño a mi gente y he venido a acabar con tu vida de forajido.

Los soldados extraplanetarios activaron sus escudos personales, porque es lo que se les había enseñado. Selim jamás había luchado con escudo —un verdadero guerrero no se protegía de una forma tan cobarde— y, mientras los hombres se acercaban, empezó a notar sacudidas muy profundas bajo tierra. No sabían que con sus escudos estaban enviando una llamada más fuerte e insistente a Shai-Hulud que la que Selim pudiera emitir con su tambor.

—¿Acaso estás libre de pecado para venir a juzgarme, naib Dhartha? —le gritó Selim en respuesta. Siguió golpeando el tambor—. Tú, un hombre que exilió voluntariamente a un joven inocente. No has dejado de actuar en contra de Shai-Hulud a pesar de saber el daño que estás causando. En tus manos llevas mucha más sangre que yo en las mías.

Algunos miembros del grupo de zensuníes gritaron asustados y señalaron en la distancia. Selim no se volvió. Notaba las vibraciones, el profundo movimiento de gusanos que se acercaban. Muchos gusanos.

Los mercenarios se detuvieron y empezaron a dar vueltas, confusos como hormigas irritadas mientras bajo sus pies la arena vibraba y burbujeaba. Con un zumbido de los motores, la aeronave se elevó sobre la duna inestable donde había aterrizado.

En ese instante, un enorme gusano de arena, enloquecido por las vibraciones de los escudos personales de los mercenarios, salió disparado del suelo como un proyectil y su enorme boca abierta se llevó de una sola vez a los asustados mercenarios.



Selim permaneció sentado, escuchando el sonido de la arena y el aullido desesperado de los hombres que caían por la interminable garganta. El piloto se elevó con la aeronave y se arrojó contra el enorme gusano de arena que había acabado con su grupo en cuestión de segundos. Disparó sus proyectiles, que impactaron en la piel costrosa de los segmentos del gusano y dejaron al descubierto la carne rosada de debajo. El gusano, sin ojos, se retorció y se elevó en el aire, buscando ciegamente un nuevo enemigo.

Cuando la aeronave volaba a toda velocidad para lanzar un nuevo ataque, un segundo gusano salió de las profundidades del desierto. Con un movimiento sinuoso, como una cobra, golpeó a la nave; luego volvió a sumergirse en la arena y succionó los restos del aparato, que se había estrellado.

Del otro lado, los guerreros zensuníes dejaron caer sus armas, se volvieron, asustados, y echaron a correr. Dhartha se volvió a mirarlos furioso y disgustado al ver que lo dejaban solo frente a Selim.

Selim no temía a Shai-Hulud. Se había enfrentado al gusano muchas veces y sabía lo que Budalá le tenía reservado.

—Para un montagusanos solo hay una forma posible de morir, naib Dhartha.

Selim había hecho lo posible por cumplir con su destino. Sin embargo, en su corazón sabía que estaba a punto de conseguir algo mucho más grandioso. Iría más allá de la realidad, al reino de los mitos. El relato de Selim Montagusanos y su búsqueda sagrada pervivirían durante siglos.

Un tercer monstruo se movió bajo la arena y se elevó ante el grupo de zensuníes que trataban de escapar. Eran criaturas bastante territoriales, y nunca entraban en el terreno de un rival; sin embargo, tres gusanos habían contestado a su llamada. Dudaba que nadie hubiera presenciado nunca un espectáculo como aquel.

Los guerreros kanla no pudieron huir del tercer gusano. La criatura se revolvió y los devoró a todos en un revoltijo de arena.

Como si estuviera en trance, Selim seguía golpeando el tambor. Dhartha, el único que quedaba, le gritó. Finalmente, la arena empezó a temblar bajo sus pies, indicando la presencia del cuarto gusano, el más grande, y el naib se dio la vuelta para tratar de escapar.

Demasiado tarde.

Cuando la arena empezó a moverse bajo sus pies y la duna se desmoronó, el naib se volvió a mirar a Selim. Shai-Hulud emergió desde debajo, entre los dos, con aquella boca inmensa que era un abismo lleno de dientes de cristal.

De un bocado, el gusano tragó toneladas de arena. El naib Dhartha desapareció por aquel hoyo interminable.

El gusano de arena siguió elevándose, siguió avanzando.



Selim se agarró a su tambor mientras la criatura se encrespaba como un ángel que se eleva hacia los cielos, con una boca que olía a toda la melange del planeta. Y finalmente lo tragó también a él.

El montagusanos montó por última vez a un gusano, en un viaje a la eternidad, por la fiera garganta de Shai-Hulud.

Antes de que sucediera todo esto, siguiendo las órdenes de su líder, los taciturnos miembros de la banda de forajidos se fueron en busca de un lugar donde crear un nuevo asentamiento en una distante zona rocosa. Con el corazón apesadumbrado, Marha se quedó atrás. Notaba al niño que crecía en su interior, y se preguntaba si llegaría a ver a su padre. Pasara lo que pasase, se prometió que el niño conocería todas las historias acerca de Selim Montagusanos.

Su marido le había explicado qué tenía que hacer. A ella no le gustaba, pero creía realmente en la causa de Selim. Aceptaba sus visiones como auténticos mensajes de Budalá, así que no podía desdeñarlos por su conveniencia o por su amor.

Para ver mejor, Marha había subido a la Aguja, un elevado afloramiento desde el que se dominaba buena parte del desierto. Tiempo atrás, cuando huyó de la aldea del naib Dhartha y viajó por el desierto, la Aguja era un hito significativo, muy próximo a las cuevas de Selim. Muy pocos de los que deseaban unirse a la banda de forajidos conseguían llegar tan lejos sin que los capturaran los exploradores de Selim. Pero ella lo hizo.

Desde allá arriba vio cómo Selim se sentaba solo en las dunas y golpeaba su tambor, haciendo frente a sus odiados enemigos.

Ninguno de los mercenarios extraplanetarios o de los traicioneros zensuníes sabía que Selim podía atraer tan fácilmente a Shai-Hulud, cuyo poder de destrucción superaba con diferencia el de cualquier arma de los soldados. Presenció la matanza, vio la furia de los gusanos demoníacos —¡cuatro, todos juntos!— cuando destruyeron al enemigo.

Entonces, con el corazón en un puño y desesperada, vio al gusano más grande de todos, una manifestación del mismísimo Shai-Hulud, que se elevaba para destruir al enemigo de toda la vida de Selim, el naib Dhartha... y a su amado Selim.

Marha aulló de dolor y luego calló, tratando de buscar la paz en su interior. Shai-Hulud estaba incorporando al gran Montagusanos a su propia carne. Selim viviría para siempre como parte de su dios. Un final apropiado para un hombre... un héroe.

Y el principio perfecto para una leyenda.



Capítulo 61

Los humanos son esclavos de su mortalidad, desde el momento en que nacen hasta el momento en que mueren.

Pasaje religioso tlulaxa

Sin duda había naves espaciales más viejas y decrepitas que aquella viajando por los mundos de la Liga, pero Norma nunca había visto ninguna. A su lado, la nave que Aurelius le había conseguido para su proyecto parecía moderna.

Aquella vieja nave había permanecido aparcada en la órbita de Poritrin, y la aceleración para salir al espacio abierto hizo que se sacudiera con violencia. El interior desnudo olía a aislamientos chamuscados, sudor y comida rancia. Había manchas en las placas de la cubierta y las paredes, que parecían haber sido limpiadas con muy poco entusiasmo. Norma se preguntó si aquella nave se utilizaría para transportar esclavos, aunque en aquellos momentos ella era la única pasajera, además de los guardias.

Iba a ser un viaje largo e incómodo, que se sumaría a la vergüenza y a la desdicha de Norma.

Dos dragones iban sentados al lado de Norma en un largo banco de metal, con expresión taciturna, como si se preguntaran qué habían hecho para disgustar a lord Bludd y recibir aquella misión tan larga y tediosa. Los cajones con la carga (incluidas sus pertenencias) se habían colocado en los espacios abiertos y estaban apilados contra las paredes. A Norma le sorprendía que no hubieran obligado a Tuk Keedair a marcharse con ella.

El compartimiento abierto para el pasaje estaba lleno de literas y bancos. Norma había visto hileras de cámaras similares a ataúdes en las cubiertas de carga, debajo, y suponía que eran camas de extasis. Yendo al máximo de su capacidad, aquella nave austera podía transportar al menos a mil personas.

—Esto es una nave de esclavos, ¿verdad? —le preguntó al dragón que tenía más cerca.

Él la miró con párpados pesados y no dijo nada. No tenía por qué responder.



Con su viva imaginación, Norma pensó en los apretujados esclavos budislámicos, sacados a la fuerza de algún mundo remoto. Intuyó su desamparo. En aquellas cubiertas había muerto gente.

Aquel pensamiento le ayudó a ver sus problemas con perspectiva. Sí, la habían expulsado en contra de su voluntad, pero al menos a ella la llevaban a su casa, aunque fuera después de caer en desgracia. Su madre se encargaría de hacerle comprender que era un completo fracaso. Pero podía haber sido peor. Dio un suspiro, deseando que Aurelius estuviera allí para hacerle compañía en aquel largo viaje.

Norma cambió de posición, pero no conseguía estar cómoda. No tenía nada con lo que ocupar su tiempo, ni pasatiempos ni diversiones. Aquello no era un crucero de lujo por el cosmos.

Normalmente hacer una excursión creativa por su propia mente le permitía olvidarse de las penurias físicas. Pero ahora que le habían arrebatado su trabajo y habían trastocado su vida, Norma se dio cuenta de que se concentraba demasiado en su entorno y en las deficiencias de su canijo cuerpo.

Para tranquilizarse, se puso a jugar con la adorable piedra de soo que Aurelius le había regalado. Aunque no había tenido ningún efecto sobre sus capacidades telepáticas, Norma disfrutaba de los recuerdos que despertaba en ella. Cerró los ojos y dejó que los cálculos corrieran por la ventana de su mente, largas hileras y columnas de números y símbolos matemáticos, como si estuvieran dispuestos en el espacio, justo del otro lado de las portillas de aquella nave para esclavos.

Aunque lo había intentado, el savant Holtzman no podía robarle la esencia de su trabajo. Norma lo tenía todo bien guardado en los intrincados pasajes de su mente; cada detalle seguía ahí, esperando a que lo recuperara, todo lo que necesitaba saber para plegar el espacio. Explorar sus archivos mentales la distraía; cambiaba los números y los símbolos, viéndolos aparecer y desaparecer a voluntad. Era su universo secreto, un lugar adonde nadie podía acceder, aunque algún día le gustaría compartirlo con Aurelius.

«Al menos estoy viva. Al menos sigo siendo libre.»

A lo lejos, Norma oyó una voz fuerte y abrasiva. Por alguna razón le hizo pensar en su madre cuando la reprendía por alguno de sus defectos. Como si estuviera sumida en un sueño absurdo, Zufa Cenva volaba por el espacio junto a la nave, y miraba a Norma por la portilla con ojos fieros, como dos diminutos soles rojos.

De pronto, Norma salió del trance y vio el caos que la rodeaba. Los dragones se habían levantado y gritaban en lengua galach; la nave fletada se estaba desviando de su ruta. Los viejos motores chirriaron de forma estridente porque el piloto había cambiado el rumbo bruscamente.



Norma perdió el equilibrio y se golpeó con la portilla de la pared. Al mirar, vio sorprendida unos ojos rojos que la miraban, pero no eran los de su madre. Aquella malvada mirada procedía de un monstruo mecánico construido para parecer una inmensa ave prehistórica de color verde y naranja; y su madre no estaba allí para ayudarla con sus poderes de hechicera.

La nave de esclavos intentó unas maniobras evasivas, entre fuertes vibraciones, y la rapaz se dio la vuelta y se retiró, mostrando las portas candentes de los gases de escape. Durante unos momentos, Norma perdió de vista a la bestia. Los guardias volvieron a gritar; algunas cajas de carga cayeron al suelo y se rompieron, entre ellas estaban las botellas de exportación de ron de Poritrin.

Norma corrió sobre el banco hasta la portilla del lado opuesto. La nave se sacudió al recibir un nuevo golpe, que resonó por las cubiertas como un martillo contra un yunque. Norma cayó sobre el suelo de metal corrugado.

Cuando finalmente consiguió llegar a la portilla, volvió a ver que el monstruo se abalanzaba sobre la vieja nave como un halcón a la caza de una paloma indefensa.

Aquella inmensa máquina voladora abrió la boca como si quisiera rugir, dejando al descubierto hileras de dientes artificiales, cada uno tan grande como una puerta. A Norma le empezaba a resultar difícil concentrarse en la realidad.

«¿Está pasando esto realmente? —se preguntó. Parecía imposible. De alguna forma, su pensamiento se había expandido, se había dilatado para abarcar demasiadas cosas. Apretó la gema como un talismán—. Debo recuperar el control de mi mente.»

Trató de encontrar una explicación lógica a la situación. ¿Era posible que aquella nave tan estrambótica y monstruosa fuera una forma cimek voladora? Pero ¿por qué iba a estar allí una nave enemiga, y por qué ir tras ella?

La rapaz agarró la achacosa nave de esclavos con sus inmensas garras. Norma vio su panza acanalada y verde, lo bastante grande para tragárselos enteros. En la parte inferior se veían arañazos y largas marcas de hollín, tal vez de alguna batalla.

La rapaz abrió una compuerta en su barriga y acercó a su presa. En el interior, unas luces de color verde ácido brillaban con tanta intensidad que a Norma le hacían daño en los ojos.

Después de engullir la nave de esclavos como un bocado de comida, las puertas del gigante se cerraron.

En el interior de aquel monstruo mecánico, un contenedor cerebral colgaba del techo como un saco con los huevos de una araña, muy por encima de la nave capturada. A su alrededor parpadeaban unas luces rojas y azules que aumentaban de intensidad cuando la actividad del cerebro sin cuerpo aumentaba. De pronto, unos



sensores de mentrodos salieron como garras electrónicas para estudiar mejor a la presa.

«Por fin podré ganarme el perdón del general Agamenón», pensó Jerjes mientras empezaba a recopilar datos.



Capítulo 62

Por muy desoladora que parezca la situación, jamás debemos perder la esperanza. Budalá podría sorprendernos.

Naib Ishmael, llamada a la plegaria

En la soledad y el silencio del espacio, el vacío se desgarró y una enorme nave apareció por la abertura, salida de ninguna parte.

Los zensunies que se amontonaban en la nave lanzaron exclamaciones de asombro y pánico; acababan de pasar por un bucle de espacio/tiempo y habían salido por el otro lado.

Ishmael se sentía como si sus pensamientos se hubieran sacudido. Cuando miró al exterior, vio estrellas que se doblaban, se retorcían y luego volvían a verse con total nitidez, pero en posiciones distintas, como si el mapa de la galaxia se hubiera reorganizado. Poritrin no se veía por ninguna parte, no, en la pantalla lo que había era el globo cobrizo de un planeta desértico, una tierra baldía, agrietada y seca.

La nave descendió en picado. Sin unas coordenadas exactas que guiaran los motores experimentales de Norma Cenva, la nave entró ladeándose en la atmósfera de Arrakis. Tuk Keedair, el piloto inexperto, se debatió con los controles tratando de estabilizarla e Ishmael se dio perfecta cuenta de que no sabía muy bien lo que hacía.

Ishmael rezó para que aterrizaran sanos y salvos.

Iban hacia el lado del planeta donde era de día y el sol caía con intensidad. Chamal entró corriendo en la cubierta del piloto.

—Parece que está hecho de oro, papá.

Una sonrisa apareció en el rostro de Rafel.

—Hemos escapado de la esclavitud.

Ishmael los miró a los dos, consciente de que los suyos aún estaban demasiado asustados y confusos por su viaje a través del espacio/tiempo; en unos momentos se darían cuenta de que el peligro aún no había pasado. El prototipo siguió descendiendo hacia el planeta con engañosa lentitud.

—¿Puedes recuperar el control? —le preguntó a Keedair en voz baja.



El negrero tlulaxa lo miró con expresión oscura y salvaje. El sudor caía por los lados de su rostro alargado.

—Ya te dije desde el principio que no sabía si podría pilotar esta cosa. Espero que estés satisfecho.

Ishmael lanzó una ojeada a su hija, que seguía mirando por la pantalla, y se volvió de nuevo hacia el tlulaxa.

—Haz lo que puedas, es lo único que te pido.

Keedair frunció el ceño.

—Es posible que no lo logremos.

Mientras el piloto, reacio, se debatía con los sistemas de navegación, la nave se deslizó como una piedra por los límites de la atmósfera, y luego cayó, encendiéndose como un meteorito en el cielo del desierto.

La nave seguía en una caída brusca. Pequeños trocitos del casco de la nave se iban desprendiendo, como las escamas de una mariposa nocturna que vuela peligrosamente cerca de la llama. Los zensuníes estaban ante su destino. Algunos desearon haberse quedado en Poritrin, otros aceptaron la inminente muerte. Al menos moriremos libres, pensó Ishmael.

Chamal miró a su padre, segura de que de alguna forma él les sacaría de aquella situación.

Ishmael se preguntó qué estaría haciendo Aliid. ¿Seguiría su fiero amigo con vida y habría causado la revuelta tanta destrucción como querían los zenshiíes? ¿Y qué habría sido de Ozza, a la que había dejado atrás? Y de la dulce Falina, con solo catorce años.

Al menos él había llevado a su gente, y a una de sus hijas, lo bastante lejos para que nunca más tuvieran que temer a los negreros ni a las máquinas pensantes. Allí estarían a salvo... si conseguían sobrevivir al aterrizaje.

Según se decía, Arrakis no tenía océanos, solo extensiones incomprensiblemente vastas de arena salpicada de cadenas rocosas y arrecifes de lava. Se suponía que aquel planeta contaba con un puerto espacial protegido que a duras penas podía considerarse una ciudad.

En la cabina del piloto, Keedair no lograba controlar la nave, y se limitaba a intentar que no se mataran mientras caían en dirección a las dunas y la arena. La nave trazó una línea humeante de fuego por la atmósfera en su trayecto a lo largo de una línea de rocas retorcidas y ennegrecidas, extrusiones de lava que habían rezuñado por fisuras volcánicas activas y luego se habían enfriado y endurecido.

Keedair intentó elevar la nave para que pudieran pasar por encima de aquella península extensa y escarpada, pero los motores fallaban. Nadie esperaba que aquel



viejo trasto volara en misiones regulares. Norma Cenva solo pretendía demostrar que su interpretación del efecto Holtzman para plegar el espacio era útil y aplicable.

Keedair trató de arrancar la suficiente velocidad a aquel pesado vehículo para que llegara a la zona arenosa y cayeran sobre las dunas acolchadas. Por desgracia, la base del casco golpeó contra una enorme roca y una de las alas de la nave tocó un saliente dentado. Saltaron chispas. La nave giró y la parte inferior se abrió contra un escollo de lava; entonces, milagrosamente, se detuvo sobre una cavidad de piedra que había quedado en medio de un afloramiento de lava.

Hubo una bajada de tensión en la cabina del piloto y las cámaras inferiores de contención se quedaron sin luz; los refugiados se quedaron en una oscuridad completa, acompañados únicamente por el sonido de los focos de fuego, el gemido del metal y los susurros asustados.

Ishmael cayó al suelo y rodó hacia el asiento del piloto. Finalmente se puso en pie, esperando que los otros cien pasajeros se hubieran preparado adecuadamente para aquel accidentado aterrizaje. Rafel se levantó también del suelo y se aseguró de que Chamal estaba ilesa.

— Abre las compuertas — gritó Ishmael—. Tenemos que sacar a todo el mundo por si la nave estalla.

— Ese sería un final perfecto para esta aventura — dijo Keedair.

Su trenza se había enredado y deshilachado, y en un gesto de irritación, se la echó por encima del hombro.

Rafel le miró furioso.

— Tendríamos que matarte, negrero.

El tlulaxa lo miró como si se hubiera cansado de tener miedo.

— ¿Tan poco valéis que no sabéis hacer otra cosa que quejaros y amenazar? Me habéis secuestrado, me habéis obligado a llevaros a otro planeta, me habéis ordenado que haga aterrizar esta nave y os mantenga con vida. Y lo he hecho. A partir de ahora, si tenéis problemas será porque os los habéis buscado.

Ishmael lo miró, tratando de ver si el comerciante de carne esperaba gratitud. Finalmente, con una última vibración, el panel de controles se apagó. Keedair fue hasta una escotilla de emergencia, dio un tirón a la palanca y consiguió soltar una de las fuertes barras que la sellaban.

Los refugiados zensunies se agolparon ante la abertura y, ayudándose con herramientas improvisadas, consiguieron abrirla. El sol deslumbrante y el aire seco del nuevo mundo entró en la quejumbrosa nave.

Ishmael había dirigido a aquella gente, había dispuesto su huida después de años de cautiverio y les había llevado a una nueva vida lejos de las garras de los amos de



esclavos de la Liga, por tanto, él tenía que ser el primero en poner pie en tierra. Los antiguos esclavos lo miraron expectantes.

Pero Ishmael les indicó que salieran ellos y permaneció en el interior de la nave, tratando de imponer cierto orden.

—No dejéis que el entusiasmo os nuble el entendimiento —gritó.

Los prófugos empezaron a bajar de la nave siniestrada al suelo duro y agrietado. Algunos deambularon, llamando a sus amigos y sus seres queridos; otros corrieron buscando una seguridad imaginaria en aquel nuevo mundo, extraño y desolado. Chamal, después de dejar a su marido en la cabina del piloto, bajó también y ayudó a los demás a buscar un refugio seguro entre las rocas, lejos de la nave.

Rafel se sentía envalentonado y tenía el rostro rojo de ira. Aferró a Keedair por la trenza y lo obligó a levantarse del asiento de piloto.

—Ven afuera con nosotros a ver adonde nos has llevado. ¿Estamos cerca de la civilización?

El negrero se rió en su cara.

—¿De la civilización? Esto es Arrakis. Dentro de unas semanas lloraréis al pensar en Poritrin y vuestros acogedores barracones de esclavos.

—Eso jamás —juró Rafel.

Pero el antiguo comerciante de carne sonrió con gesto confiado y a la vez resignado. A empujones, Rafel le obligó a saltar al exterior por la escotilla. Ishmael saltó detrás. Rafel permaneció junto a su prisionero sobre un afloramiento negro que la nave prototipo había hecho añicos. El joven miró aquel paisaje somnoliento y vacío con sorpresa, luego con desesperación. Chamal acudió a su lado. Ni en sus peores pesadillas habían imaginado un panorama tan inhóspito y yermo.

Ishmael se irguió con gesto orgulloso y miró la abrasadora península marrón y negra que se extendía formando una curva por todo el horizonte. Del otro lado, había dunas onduladas que se extendían como las olas de un mar amarillo. Aspiró una profunda bocanada del árido aire de Arrakis, que olía a polvo y piedra. En el poco rato que llevaba allí fuera, sus fosas nasales y su nariz se habían secado por completo. No veía árboles, ni pájaros por ningún lado, ni una mota de verde, ni siquiera una brizna de hierba o una flor.

Parecía el peor hoyo del Sheol de todo el universo.

Rafel agarró al tlulaxa del cuello.

—¡Gusano, traidor! Llévanos a otro sitio. No podemos vivir aquí.

Keedair dejó escapar una risa amarga.

—¿A otro sitio? ¿Es que no me has oído? Mira la nave. Esa ya no va a ninguna parte, ni ninguno de vosotros. Podéis vivir... o morir aquí, me da igual.



Parecía que algunos quisieran gritar o llorar, pero Ishmael miró el paisaje y alzó el mentón con gesto desafiante. Su boca formó una línea de determinación. Apoyó la mano en el hombro de su hija.

—Budalá ha escogido nuestro camino, Chamal. Aquí es donde formaremos nuestro nuevo hogar. Olvida tus sueños del paraíso. La libertad es mucho más dulce.



Capítulo 63

Todo plan tiene su llave inglesa.

Antiguo aforismo

Finalmente, uno de los mensajes urgentes de Norma llegó hasta él durante una breve parada en Salusa Secundus cuando volvía hacia Arrakis. Cuando llegó a las oficinas de la empresa, encontró otro comunicado urgente de Tuk Keedair con más detalles del desastre que había ocurrido con el proyecto de plegar el espacio. Él y Norma habían sido exiliados. Insultando por lo bajo a lord Bludd y a Tio Holtzman, Venport requisó la primera nave disponible que encontró de VenKee y se dirigió a toda prisa hacia Poritrin.

De camino, en diferentes estaciones espaciales, Venport se enteró de la otra catástrofe, que dejaba muy pequeña a la anterior. Durante una revuelta de esclavos, la ciudad de Starda había quedado totalmente destruida, según parecía a causa del uso de armas atómicas.

No podía creerlo; pensó que se volvería loco de preocupación durante aquel tedioso viaje. Si hubiera tenido acceso a la tecnología que permitía plegar el espacio habría llegado instantáneamente a Poritrin. Norma tenía graves problemas y, en el mejor de los casos, ya la habrían exiliado del planeta donde había vivido durante casi tres décadas. Solo esperaba que hubiera salido de Poritrin a tiempo. Le preocupaba mucho más su seguridad que las pérdidas económicas de su empresa.

Pero recibió la confirmación: Norma no había llegado a Rossak. Algo terrible había pasado. Quizá no había llegado a salir de Starda y estaba entre los millones de fallecidos.

Aquella emergencia personal y empresarial le hizo comprender la importancia de un sistema de transporte y comunicación espacial más rápido. No solo para sí mismo, sino para toda la raza humana. Sin embargo, aquella tecnología colgaba de un hilo. Solo Norma sabía cómo utilizar el efecto Holtzman para plegar el espacio. Nadie más podía entenderlo.

«¿Dónde está?»

Hacía un año, Norma había pospuesto la respuesta a su petición de matrimonio; había evitado la cuestión por vergüenza, confusión, indecisión... pero le había



prometido darle una respuesta cuando volviera. Tendría que haber regresado a Poritrin mucho antes. ¿Por qué había estado fuera tanto tiempo?

Venport sabía que, incluso si hubiera aceptado casarse con él, Norma habría seguido en sus laboratorios, trabajando en su prototipo y que él habría tenido que marcharse de todos modos para cumplir con las exigencias de su negocio. Los hombros le pesaban. Solo de pensar en su sonrisa modesta, su conversación tranquila, la alegría y el despiste que mostraba cuando estaba con él —tanto si lo veía como un amigo, un hermano mayor o un amante— hacía que sintiera una gran calidez en su interior.

Sí, Venport la amaba, la amaba desde hacía mucho tiempo, aunque había tardado mucho en reconocer sus sentimientos. Nadie la había considerado nunca una mujer hermosa, y sin embargo para él su atractivo estaba justamente en ser como era: un genio discreto con una pasión por las matemáticas que sobrepasaba incluso el fanatismo del más entregado yihadí. La echaba tanto de menos... y encima ahora...

«¿Te he perdido?»

Venport llegó al río Isana en mitad de la noche, hora local.

Los controladores le obligaron a desviar la nave del desastre de Starda hacia una zona provisional de aterrizaje acondicionada para recibir a todas las naves con equipos de emergencia que habían acudido a toda prisa al planeta.

El resplandor del gran cráter radiactivo era de un naranja mortecino en la zona de los acantilados del río, donde antes vivían los nobles. Aquella imagen cayó como una pesada losa sobre su corazón, y se le hizo difícil respirar. Lord Bludd, Tio Holtzman y cientos de miles de personas habían desaparecido, se habían evaporado.

¿Cómo iba a encontrar a Norma?

Ya en el puerto espacial provisional, entre la multitud, Aurelius Venport estuvo mirando a los ojos de los refugiados y en ellos encontró un sentimiento de derrota absoluto. Nadie parecía saber exactamente qué había pasado, cómo era posible que unos simples esclavos hubieran conseguido un arma atómica. Pero otros indicios parecían indicar que la explosión no se había debido exactamente a una reacción nuclear en cadena, sino a algo parecido...

Y nadie sabía nada de la antigua ayudante de Holtzman. Norma Cenva era el menos importante de sus problemas.

Venport comprendió que seguramente tardaría bastante en encontrar respuestas. Ya no había ni hoteles ni distracciones. La mayoría de casas de huéspedes habían desaparecido porque estaban en la zona de la explosión, y los apartamentos y hoteles de los alrededores estaban llenos de supervivientes de aquella revuelta sangrienta.

A Venport no le importaba su seguridad, no le importaba el dinero. En una colina algo alejada del río encontró una casa con una habitación libre; sin chistar, la alquiló por una cantidad exorbitante. ¿Qué importancia tenía el dinero en aquellos



momentos? Mientras esperaba que se hiciera de día, trató de dormir un poco, pero estuvo toda la noche dando vueltas en la cama, preocupado por Norma.

Tampoco había tenido más noticias de Keedair, así que tendría que investigar por su cuenta.

Al amanecer, el comerciante buscó un transporte y de nuevo tuvo que pagar una fuerte suma por utilizar una aeronave comercial durante dos horas. El piloto era una pelirroja con aspecto ojeroso y sucio. La mujer no dejaba de hablar de operaciones de salvamento y rescate, de los montones de trabajadores que buscaban entre los escombros. Le dijo que su nombre era Nathra Kiane, y aceptó el encargo, aunque se sentía culpable por no estar en el lugar de la catástrofe.

—Le llevaré río arriba como desea, señor, pero no podemos quedarnos más de una hora. Aquí todo el mundo busca a alguien. Hay demasiado trabajo, demasiada gente que...

—No tardaré —dijo Venport, consciente de que aquella era la triste realidad—. Averiguaré todo lo que necesito saber en unos minutos.

El pequeño vehículo voló sobre los campos de cultivo, una cuadrícula verde y amarilla que seguía la ribera sinuosa del río. Los campos estaban ennegrecidos por el desastre, y el material agrícola estaba abandonado. Según los informes oficiales, los dragones que habían sobrevivido y los nobles de menor rango estaban tomando enérgicas medidas contra los reductos de rebeldes, pero aún quedaban bolsas de resistencia armada en las zonas rurales.

Como represalia, por todas partes la chusma mataba a los esclavos, tanto si se rendían como si no, tanto si habían tomado parte en la revuelta como si no. Ante aquel panorama, incluso los esclavos más pacíficos tuvieron que tomar las armas para defenderse; de ese modo, la espiral de violencia aumentó sin control. Venport se encogía solo de pensarlo.

—No había estado por aquí arriba desde la catástrofe. —La piloto emitió un gruñido de disgusto y desazón—. ¡Bestias! ¿Cómo han podido hacer una cosa tan terrible esos esclavos?

Nathra Kiane estaba exhausta y era evidente que tenía prisa. Viró con la aeronave y siguió a toda velocidad en dirección norte, siguiendo el curso del río Isana. Ya no había barcos en el agua. Allá delante, donde el río formaba un profundo canal, el extraplanetario vio el inicio de los cañones, que ascendían formando altas paredes de piedra. El laboratorio de Norma estaba muy lejos de la zona más afectada, y rezó para que estuviera sana y salva, para que hubiera regresado allí a pesar de la orden de deportación.

De nuevo, deseó haberse quedado con ella, haber dejado que fuera su socio tlulaxa quien se ocupara de los asuntos de VenKee: productos farmacéuticos de Rossak, melange de Arrakis, globos de luz, suspensores.



—Bueno —dijo Kiane—. Ya casi estamos.

Venport ya veía el embarcadero donde amarraban las lanzaderas acuáticas al pie del cañón, veía los ascensores y los montacargas que subían hasta el edificio que había en lo alto de precipicio, y la inmensa cueva donde estaba el hangar, con su tejado en voladizo abierto.

Y el dique seco vacío de la nave. La nave prototipo no estaba.

No parecía haber nadie en el laboratorio, ni trabajadores, ni esclavos, ni siquiera dragones. Las verjas estaban abiertas, las cercas que habían levantado estaban por el suelo. El material que quedaba estaba tirado por todas partes, como insectos muertos.

No había señales de vida.

—Aterrice en el claro que hay junto a la abertura del hangar —ordenó, y le sorprendió la firmeza de su voz. La piloto le miró como si quisiera protestar, pero él le dedicó una mirada furiosa y siguió observando por la ventanilla del aparato, tratando de ver algo entre las sombras del interior del hangar y la cueva.

Venport se apeó en cuanto la nave tocó tierra. El aire olía a quemado y el suelo se veía pisoteado. No quería ni pensar en lo que había pasado allí. ¿Aquellos destrozos los habían provocado los militares que fueron para llevarse a Norma y a Keedair... o también allí había habido una revuelta de esclavos?

Venport examinó una masa retorcida de metal que había en el centro del hangar vacío, el esqueleto de los pesados soportes donde hubiera debido estar la nave. No había ni rastro de ella.

Con el corazón apesadumbrado, Venport entró en las salas de cálculo donde Norma guardaba sus registros, pero solo vio algunos archivos tirados por el suelo, insignificantes papeles y recibos. Las notas no estaban, ni los planos, ni ningún otro documento importante.

—Tiene toda la pinta de que han saqueado el lugar —dijo Kiane, detrás de él—. ¿Hay alguien ahí? —pero sus palabras resonaron—. Apuesto a que los esclavos se rebelaron y huyeron río arriba. Seguramente tiraron los cuerpos por el precipicio, al río.

—¡Norma! —Venport volvió a salir corriendo al hangar y luego salió al exterior y buscó por los pequeños edificios de almacenamiento. En el fondo sabía que no estaba allí. Con un terrible presentimiento, lo examinó todo cuidadosamente, buscando alguna pista, algo que le ayudara a saber qué había pasado.

Pero no había nada, nada que indicara qué había sido de la nave ni de la gente que había allí. Todo estaba en silencio. En un silencio mortal.

—Sáqueme de aquí —dijo Venport, sintiendo que se le revolvía el estómago.



Venport pasó otros cinco días buscando en Starda y sus alrededores, haciendo preguntas, suplicando que alguien le dijera algo. Pero todo el mundo tenía amigos o familiares desaparecidos, y el número de víctimas seguía aumentando. Lord Bludd y Tio Holtzman habían sido dados por muertos. Entre los escombros seguían apareciendo cadáveres. Muchos habían muerto en los incendios, otros fueron asesinados por los esclavos. Y, entre los muertos, por todo el continente se contaban miles de rebeldes budislámicos destrozados por los dragones en respuesta al levantamiento.

Nadie podía decirle lo que él quería, aunque en su corazón Venport ya conocía la respuesta. Trató de aferrarse a la esperanza de que Norma había salido hacia Rossak, y la nave simplemente llegaba con retraso. Pero todo apuntaba en otra dirección: que había tenido un final terrible que no merecía.

Con un profundo pesar, Venport abandonó Poritrin y se prometió no volver allí jamás.



Capítulo 64

No se puede herir a una máquina pensante, no se la puede torturar, matar, sobornar o manipular. Las máquinas jamás se vuelven contra los suyos. Sus mecanismos son puros y precisos, con piezas internas exquisitas y brillantes superficies exteriores. Ante semejante belleza y perfección, no entiendo por qué Erasmo se siente tan fascinado por los humanos.

Archivo de la versión Omnius-Corrin

El dolor y el miedo hacían que el tiempo se eternizara. Norma Cenva no tenía ni idea de cuánto llevaba cautiva. Solo sabía que ella era la última de las víctimas que quedaba para satisfacer la curiosidad del cimek. Los dos dragones y el desventurado esclavo que pilotaba la nave ya habían gritado hasta perderse en el olvido inmisencorde de la muerte.

—Tenemos tantos métodos de tortura como estrellas hay en el cielo —dijo la voz del titán Jerjes desde el interior de la monstruosa nave rapaz—. Esto se debe a una práctica diligente. —Las palabras parecían venir de todas partes a su alrededor.

Norma estaba colgada, paralizada e indefensa en el vientre de la nave cóndor que la había capturado. Lo único que podía hacer era escuchar y sufrir. Físicamente nunca había sido gran cosa, pero su mente era diferente. Existía independientemente, al margen de su forma física. Norma trató de concentrarse en sus pensamientos y sustituir la creciente sensación de pánico por resignación ante su muerte inminente.

Sus sueños y sus hallazgos le habían sido arrebatados por el hombre al que había servido fielmente durante años. Su nave experimental estaba perdida, y la habían expulsado de Poritrin. Había fallado a Aurelius y a todas las personas que confiaban en ella.

Un simple cimek no podía infligirle un dolor más profundo ni mayor humillación de los que ya había sufrido.

En el interior del vientre de la nave predadora, el contenedor cerebral del titán colgaba suspendido por encima de Norma y la estaba escaneando mediante un despliegue de fibras ópticas de alta resolución.

—Hace mucho tiempo yo fui humano —musitó Jerjes, como si sus palabras pudieran atormentarla—. Mi cuerpo era bastante pequeño y feo. Antes de llegar al poder y gobernar extensos mundos, algunos hasta me llamaban gnomo.



Mediante unos cables hidráulicos, el contenedor cerebral descendió para estar más cerca de ella y ver con mayor detalle aquella figura que se retorció. Su ropa estaba empapada en sudor, estropeada, manchada.

—En comparación, mujer, tú eres tan fea que tus padres tendrían que haberte asfixiado cuando naciste, y luego haberse esterilizado para evitar crear más monstruos.

Norma replicó con voz ronca.

—Mi madre seguramente estaría de acuerdo.

De pronto, los hilos que la mantenían suspendida en el aire se cortaron y Norma cayó en el duro suelo. Haciendo un gesto de dolor, se encogió. El sistema de gravedad de la nave no la dejaba moverse y aumentó todavía más, como una pesada bota que le oprimía el cuerpo y casi no la dejaba respirar.

Norma oía voces mecánicas, pero no entendía las palabras.

Aferrándose a la esperanza y a algunos recuerdos agradables, cerró los ojos y apretó la piedra de soo, como si aquella brillante joya pudiera ayudarla. A pesar del horror que la rodeaba, la gema hizo que se sintiera conectada a Aurelius, y esto le daba fuerza y la mantenía con vida. De momento.

Jerjes y los contenedores cerebrales de media docena de neocimek aduladores la rodearon, colgando del techo como gruesas arañas. Norma oyó sus palabras. La voz del titán sonó atronadora. Se estaba dirigiendo a los neos.

—Sois los primeros reclutas que Beowulf ha atraído a nuestra rebelión contra Omnium, pero pronto habrá más, sobre todo después de esta pequeña demostración.

Norma se sentía más como un gusano que como un ser humano. Temblaba sobre el frío suelo, y su torturador hizo bajar la temperatura por debajo del punto de congelación. El suelo de metal le quemaba la piel y su aliento salía de su boca en penachos blancos.

—Oh, pobrecita... ¿estás temblando? —preguntó Jerjes con su voz sintetizada y burlona. Con ayuda de unos brazos manipuladores, dejó caer sobre ella una manta de energía, que se aferró a cada centímetro de su piel como una sanguijuela voladora de Rossak. Eso le hizo sentir más frío. Norma trató sin éxito de quitársela de encima, resistiéndose a la gravedad artificial que la pegaba al suelo.

—¿Ves?, ahora volverás a estar calentita. —Jerjes transmitió una señal y de repente la red de cables de la manta se puso de color rojo y le quemó la piel desnuda.

Aunque ya esperaba que la torturaran, Norma no pudo evitar gritar. Apretó la piedra de soo sudada como si fuera un ancla, aunque el dolor aumentaba. La película de la manta se abrió camino hacia los tejidos corporales de Norma, chisporroteando. Entonces, de las gruesas fibras de la manta brotó una red de sondas electrónicas que



se clavaron en su piel. Cables finos como cabellos se introdujeron en sus músculos y establecieron conexiones neurales con su cuerpo.

Momentos después el calor disminuyó, dejando solo el hedor a piel y pelo quemados. Pero Norma sabía que lo peor aún estaba por llegar. Aunque las lágrimas le dolían en el rostro, la obstinación le daba una expresión desafiante, y encontró la fuerza para alzar la cabeza, aunque fuera solo un poco.

—Desde el principio me has arrebatado la esperanza, así que no espero compasión. —Se obligó a bostezar—. Sin embargo, debo informarte de que el dolor que me infliges es bastante corriente.

Suspendidos por encima de ella, los contenedores cerebrales individuales de los cimek zumbaron, como si se divirtieran.

—¿Un dolor corriente? —Jerjes envió otra señal y una intensa agonía sacudió el brazo izquierdo de Norma. Ella gritó y estuvo a punto de soltar la piedra, pero siguió apretándola. Su mente se concentró en un nombre, y en la imagen del hombre a quien más apreciaba. ¡Aurelius!

—La pierna izquierda —dijo Jerjes.

El dolor se extendió por aquella extremidad, y la cabeza de Norma volvió a golpear el suelo. Jerjes aumentó la gravedad artificial, haciendo que se sintiera como si un pie gigante e invisible la estuviera aplastando. No tenía aire en los pulmones y no podía proferir ningún sonido, así que el titán la soltó y dejó que gritara. Norma deseó poder distanciarse del sufrimiento. Si sus procesos mentales fueran independientes de su dolor físico... sin embargo, no tenía ningún deseo de ser una cimek.

—Ojos —dijo Jerjes, como si estuviera practicando tiro al plato. La gravedad volvió a cambiar.

Sin poder controlarse, Norma aulló y se cubrió los ojos con sus manos regordetas. Chilló insultos contra Jerjes y todos los de su clase, pero no encontró las palabras para expresar la profundidad de su desprecio.

Los cimek siguieron con su juego; aumentaban paso a paso su angustia y su dolor, y aflojaban solo lo justo para que el miedo contribuyera a la siguiente sacudida de dolor. Con sus diabólicos compañeros, Jerjes siguió trabajando a Norma, parte a parte. Tuvo cuidado de mantener su mente consciente, para que pudiera experimentar cada momento. Y entonces hizo que fuera peor.

Y luego más, aumentando la intensidad.

—Ya hemos aprendido mucho y hemos adquirido bastante práctica jugando con el piloto y los dos guardias de la nave —dijo Jerjes.

—El umbral de dolor de ella es mayor que el de los otros tres —dijo uno de los neos colgantes—. Ellos ya estaban muertos mucho antes de llegar a este punto.



—¿Queréis que comprobemos cuál es su límite? —preguntó Jerjes retóricamente.

Norma apenas comprendía las palabras que resonaban sobre su cabeza. La piedra de soo que sujetaba parecía haberse fundido con su carne. No oyó la respuesta de Jerjes, pero sí notó la tormenta de dolor amplificado que desató sobre cada nervio de su pequeño cuerpo. Y más, y más.

Oyó que los neocimek charlaban contentos.

De pronto, Norma ya ni siquiera podía gritar. Sus ojos se cerraron con fuerza y su frente se arrugó por la presión que sentía sobre la cabeza, como si su cráneo estuviera a punto de caerse y expulsar al cerebro. Con las dos manos apretó la piedra de soo, como si estuviera rezando, hasta que sus manos y sus brazos empezaron a sacudirse.

—¿Cuánto dolor más puede soportar un frágil ser biológico? —preguntó un neocimek.

—Me pregunto si explotará —apuntó otro.

Alrededor de su cuerpo saltaban chispas que agrietaban su piel, quemaban su carne, prendían en su pelo corto y castaño. Pero Jerjes siguió aumentando la intensidad del dolor hasta unos niveles inimaginables. Mientras el titán seguía suspendido allá arriba, los neocimek se exclamaban y reían complacidos.

De pronto, la tortura inducida se concentró en el cerebro, aquella mente excepcional que había sido incubada en el cuerpo de la hechicera suprema de la Yihad, Zufa Cenva. Las llamaradas pasaban de una sinapsis a otra, sobrecargando el cerebro.

Los ojos de Norma se abrieron. Se sentía como si un millón de pequeñas cuchillas estuvieran cortando sus células en pedacitos cada vez más pequeños, convirtiéndolas en puntos infinitesimales de dolor. La piedra de soo resplandecía como un sol en miniatura en su mano y su luz se reflejaba en el interior de Norma.

En el momento límite de dolor, algo se liberó en su cerebro y desató los poderes que había heredado y que hasta entonces habían permanecido dormidos. La piedra de soo que Aurelius le había regalado fue la llave que rompió la barrera que su madre jamás supo salvar. Todo el poder de la piedra de soo quedó absorbido en su interior. De pronto Norma no sentía nada. Los transmisores de dolor del cimek siguieron bombardeándola, pero Norma desviaba sin dificultad esa energía, la dirigía hacia otro lado y la acumulaba a cierta distancia.

Su cuerpo físico palpitaba, vibraba, despedía un brillo azulado. La carne de Norma Cenva se volvió incandescente, se fundió, se convirtió en energía pura. ¿Era eso lo que las hechiceras kamikaze de su madre habían aprendido a hacer para aniquilar a los cimek?

No, Norma llegó a la conclusión de que había una diferencia: ella podía controlarlo.



Vio su sangre por todas partes: en el suelo, en un panel, en los contenedores cerebrales que colgaban por encima. Se concentró en el torturador llamado Jerjes y notó una poderosa subida de energía en su cerebro transformado, como un arma que se prepara para lanzar la descarga. Una luz azul saltó de su mente a la del titán, rompió su contenedor cerebral y lo hizo estallar como una bomba atómica, friendo el cerebro en su interior.

Luego hizo estallar a los otros neocimek simultáneamente, en un glorioso remolino de energía mental que destruyó todo el tejido orgánico en un amplio radio. Aquello solo era el principio.

Gradualmente, el torbellino de energía mental remitió, y Norma sintió una intensa calma y euforia a su alrededor, como si estuviera sola en el universo, como si fuera dios y el acto de la creación aún estuviera por hacer.

Aunque era hija de una poderosa hechicera de Rossak, Norma no había demostrado nunca aptitudes telepáticas. Pero la intensa tortura, unida al inesperado catalizador de la piedra de soo, había despertado sus poderes innatos.

Qué serenidad. Norma podía ver hasta el infinito, a través de millones de galaxias y cielos. Contempló el universo entero, y entonces se vio a sí misma desde atrás: no era más que la esencia de una mente flotando en el aire, palpitando, vibrando. Nada, absolutamente nada le parecía imposible.

Utilizando la *energía*, que tenía, Norma empezó a reconstruir su cuerpo, creando materia de la nada, átomo a átomo, célula a célula. Con manos invisibles, como si realmente fuera Dios, empezó a formar un nuevo físico que contuviera su conciencia, su poderosa y expandida mente.

Y entonces se paró a considerar las alternativas. Ciertamente, su antiguo cuerpo era una posibilidad, o una versión más alta con sus facciones originales pero algo suavizadas, aunque no mucho. Imaginó el aspecto que tendría.

«Hay otras opciones, por supuesto.»

Para Norma, el cuerpo no era más que un receptáculo orgánico, pero para la mayoría de la gente era mucho más. Basaban su opinión de los demás en las apariencias. Aurelius Venport era una notable excepción. A través de los ropajes exteriores, él había sabido ver a la verdadera Norma, su corazón, todo lo que de verdad era y deseaba ser.

Pero, después de todo, Aurelius no era más que un hombre. ¿Por qué no hacerse más bella para él, dado que ya se había ganado su respeto y su afecto? En su mente vio la adorable imagen que podía crear.

En medio de la tempestad cósmica que fluía a su alrededor, Norma notó una especie de urgencia, como si ella fuera un vínculo decisivo y tuviera que decidir con rapidez si no quería que la oportunidad se perdiera para siempre. ¿Era reversible la



decisión? ¿Podría cambiarla más adelante? No estaba segura. El poder tendría que volver a surgir en su interior.

De pronto, sus imágenes mentales cambiaron y en su lugar vio a su madre. Alta, pálida, perfecta en forma y elegancia. Y a su abuela materna, Conqee, una de las mayores hechiceras en la historia de Rossak. La anciana siempre había sido muy distante con la canija y fea Norma, más incluso que su madre. Conqee había muerto en extrañas circunstancias cuando estaba de viaje por uno de los Planetas No Aliados. Norma solo tenía ocho años, pero no había olvidado el semblante de su abuela, tan severo y tan hermoso a pesar de la edad. Ahora, en su mente, los ojos azul claro de Conqee parecían mirar, a través de ella, a algo que había más allá de la existencia.

De pronto, Norma también miraba a través de esos ojos algo que estaba más allá de su abuela. Veía estrellas lejanas, planetas y nebulosas, e, iluminado en un primer plano, el semblante de algunas mujeres, uno a uno, cada uno fundiéndose con el siguiente. Todas eran de una belleza clásica y le resultaban familiares. Norma trató de controlar las imágenes y quedarse solo con una, pero no pudo. Con un sobresalto, comprendió qué era lo que estaba viendo.

«Mis antepasadas.»

Aquella revelación la sorprendió, pero no dudó de su veracidad ni por un momento.

«Las mujeres que me han precedido, pero solo por la línea materna.»

De nuevo trató de controlar las imágenes, pero la procesión de mujeres que aparecían y desaparecían continuó, remontándose cada vez más y más atrás, aunque no se parecía en nada al mecanismo de un ordenador cuando busca en sus bases de datos. Aquello era totalmente distinto.

Tuvo miedo. ¿Qué vería si seguía adelante? ¿Acaso su mente había resultado dañada de forma irreparable en su encuentro con los cimek? ¿Había perdido el control?

Y entonces, como cuando se pasa deprisa un montón de gráficas, las imágenes se aceleraron, y los rostros y los cuerpos fundieron en un compuesto de todas las mujeres que formaban su linaje materno, remontándose a miles de años. El rostro y la forma de las imágenes cambiaba continuamente, como si algo tirara de la carne a un lado y a otro. Finalmente se estabilizaron y Norma vio una sola persona, brillantemente iluminada sobre el cosmos celestial.

Por fin tenía la imagen que quería, y era adecuada, porque también incluía un elemento de la que había sido su apariencia hasta entonces. Norma era la suma de sus antepasadas, la persona en la que convergían todas las generaciones, aunque solo por el lado materno.



Sus manos invisibles actuaron con rapidez, moldeando cada facción, dando forma a su nuevo cuerpo con el material celular disponible hasta convertirlo en una forma femenina de una belleza glacial, alta y escultural, más que ninguna otra hechicera de Rossak. Más incluso que Zufa Cenva.

Sus ojos brillantes se volvieron de un azul suave y seductor. La piel era de marfil, suave, sobre una estructura perfecta y unas curvas sensuales. Ninguna de sus predecesoras de Rossak había sido capaz de conseguir nada que se acercara a aquello ni remotamente. Norma dejó que pasara, abriendo portales celulares que hasta entonces le habían estado vedados.

Finalmente se irguió, perfecta y desnuda en el vientre de la nave rapaz muerta. Con sus poderes sobrenaturales, el ser superior embrionario en el que se había convertido tomó el control de la nave de Jerjes y la llevó hasta un planeta vacío pero habitable cercano al sistema solar de Rossak, un mundo conocido como Kolhar.

Desde allí, no muy lejos de su hogar, envió una señal telepática a través del cosmos, una llamada que su madre no podría desatender.



Capítulo 65

Un brindis por los amigos perdidos, por los aliados olvidados, por todos aquellos a quienes no valoramos mientras vivieron.

Canción de taberna de Caladan

Y ahora eran tres. Solo tres de los veinte conquistadores de la Antigüedad... los extraordinarios titanes.

En el planeta sincronizado de Ularda, Agamenón avanzó con su cuerpo móvil a grandes *zancadas* entre las ruinas llameantes de un campamento de esclavos. Allí los humanos no habían dado muestras de rebeldía, como el cáncer que había atacado a Ix.

Aun así, el general titán no quería arriesgarse. Cualquier señal de inquietud era tratada con dureza. Arrojó un glóbulo de gel concentrado de llama contra una mujer que huía. Su cuerpo se convirtió en una antorcha humana. La mujer dio dos pasos tambaleantes y luego se desplomó convertida en un montón de huesos. El titán pasó por encima y pisoteó lo que quedaba de ella con sus pies mecánicos mientras buscaba nuevas víctimas.

A su lado iban los altísimos cuerpos mecánicos de Juno y Dante, que avanzaban siguiendo una cuadrícula exacta para arrasar el asentamiento. Tácticamente, era peligroso que los tres titanes estuvieran juntos en un lugar donde podían ser vulnerables, pero los habitantes de Ularda habían sido sometidos hacía mucho tiempo, y prácticamente no habían recibido ningún apoyo de la Yihad. Después de casi once siglos de existencia, Agamenón sabía reconocer los problemas.

No como otros.

—¿Cómo es posible que Jerjes se haya expuesto a un peligro semejante? —dijo con un gruñido, haciéndose oír por encima del ruido de los incendios, de los gritos de las víctimas y las estructuras que se desmoronaban. Subió el volumen de su altavoz y giró la cabeza hacia la imponente figura de Juno—. ¿Atacó a una hechicera de Rossak, la hija de Zufa Cenva? ¿Y qué esperaba que pasara? —Dando un golpe con sus antebrazos de metal reforzado, el general, furioso, aplastó un depósito de agua elevado que los esclavos habían construido, salpicando de agua las calles humeantes—. Es el mayor idiota de todos los tiempos.



Dante caminaba a su paso, provocando también notables daños, aunque casi parecía que lo hacía a desgana.

—Hemos perdido mucho más que un titán, aunque desde luego su pérdida ha sido la más importante. Entre las víctimas había docenas de neocimek que podíamos haber reclutado para nuestra revuelta. Y en estos momentos no podemos permitirnos algo así.

Juno habló en tono conciliador.

—Podemos arreglarnos sin ellos. Nuestros planes seguirán adelante.

—¡Por supuesto que podemos arreglarnos sin Jerjes! —repuso Agamenón en tono arisco—. Al menos no ha sido Beowulf, que tan útil está siendo. Si hemos mantenido a Jerjes con nosotros ha sido solo por lealtad a los nuestros, por una especie de sentido del honor. —El general suspiró—. Ojalá hubiera encontrado la forma de autodestruirse antes.

Tres jóvenes humanos se ocultaron bajo una estructura baja y medio derrumbada. Al percibir movimiento, Agamenón se lanzó contra ellos y golpeó el edificio, pero sus víctimas se ocultaron más adentro en aquel cuestionable refugio.

Furioso, el general titán se abalanzó sobre el edificio y utilizó sus extremidades blindadas para abrir el tejado y derribar paredes, hasta que cogió a aquellos problemáticos esclavos y los levantó en el aire mientras se debatían como insignificantes escarabajos. Agamenón los estrujó entre sus dedos de metal líquido; mientras veía cómo sus fluidos corporales rezumaban se le ocurrió que habría disfrutado mucho más de todo aquello de no haber tenido a Jerjes en la cabeza.

Mucho tiempo atrás, aquel titán cobarde fue un príncipe rico y consentido que no sabía qué significa el verdadero liderazgo. Prometió una inmensa y necesitada riqueza para la rebelión secreta de Tlaloc. Rodale IX, su planeta de origen, rico en recursos, se había convertido más adelante en Ix.

Jerjes, impaciente por unirse al grupo, accedió a instalar el programa corrupto de Barbarroja en los numerosos robots siervos de Rodale IX. Había que probar las nuevas rutinas y órdenes, así que Jerjes permitió que su planeta se utilizara como campo de pruebas. Cuando llegó el momento de iniciar la revuelta a gran escala por todo el Imperio Antiguo, Jerjes ya había matado a su obeso padre, el gobernante nominal del planeta, y puesto los recursos de Rodale IX a disposición de los veinte titanes.

Agamenón nunca había confiado en Jerjes. No tenía auténticas convicciones políticas, ni verdadera pasión por lograr su objetivo. Para él todo aquello no era más que un juego, una diversión.

En aquel entonces, Agamenón viajó al sistema de Thalim y expresó sus dudas ante el mismísimo Tlaloc. En Tlulax, Tlaloc había trabajado duro para conseguir su grandeza personal, pero la falta de aspiraciones del pueblo tlulaxa le decepcionó. Ya



habían empezado a aislarse, desdeñando el hedonismo del Imperio Antiguo al tiempo que se obstinaban en no mejorar su situación. A pesar de todo, Tlaloc seguía creyendo en la humanidad e insistía en decir que la raza humana podía lograr grandes cosas si se la «incentivaba».

Y para eso, los veinte titanes necesitaban la cuenta bancaria de Jerjes.

En los siglos que habían pasado desde aquello, Agamenón no había vuelto a necesitar a Jerjes, pero estaba la cuestión del honor entre titanes. Que no era poco. Bueno, al menos Jerjes ya se había quitado de en medio.

Los cimek ya habían arrasado totalmente el campamento de los esclavos en Ularda. Nadie había sobrevivido, no había quedado ninguna estructura intacta. Un humo grasiento se elevaba hacia el cielo en columnas sucias.

Dante y Juno se acercaron al general, quien les dijo:

—Se acabaron los planes y las quejas. Ya no esperaremos más. —Hizo girar la torreta de la cabeza y vio que sus compañeros estaban de acuerdo—. La próxima vez que haya una ocasión para librarnos de Omnius la pienso aprovechar.



Capítulo 66

Una nave no puede dirigirse a su destino con dos pilotos peleando por los controles. El uno o el otro deben ganar pronto, porque de lo contrario la nave se estrellará.

Iblis Ginjo, nota al margen de un cuaderno robado

El Gran Patriarca de la Yihad no era hombre al que le gustara rogar. Exigía el respeto de todos y lo tenía. La gente suplicaba su favor como si fuera un príncipe o un rey. Y él hacía que las cosas ocurrieran.

Pero muchas cosas habían cambiado en el año que hacía que Serena Butler había tomado las riendas de la Yihad, en lugar de limitarse a ser un símbolo como le correspondía. El la había creado, la había guiado hasta convertirla en un poderoso símbolo. Y ahora, la muy desagradecida lo había desairado para repartir el poder y el control entre otros oficiales de la Yihad. Hasta había rechazado la razonable oferta de un matrimonio político entre ambos. No, aquella no era una fase pasajera.

La intervención directa de Serena solo había servido para cambiar el eje central de la Yihad. Peor aún, la mujer había conseguido sus propios seguidores, separados de los de él. El cisma se estaba extendiendo y Serena no se daba cuenta de que estaba contribuyendo a crear más confusión. A pesar de sus esfuerzos por convencerla, Serena no le hacía caso. A veces ni se molestaba en contestar a sus mensajes, o si lo hacía era de forma escueta.

«¿Es que no ve que mis sugerencias son por su bien, y por el bien de la Yihad?»

No, por lo visto no.

En una comparecencia reciente ante el Consejo de la Yihad, Serena le había pedido públicamente — ¡públicamente! — que justificara las actividades económicas de su policía, dando a entender que no estaba siendo honesto con la Liga de Nobles. Semejantes acciones solo servían para dividir a los humanos y desviar la atención del verdadero enemigo. En aquellos momentos, tenía que haber un liderazgo unificado, no dividido.

Finalmente, Iblis decidió que tenía que hacer algo, con la ayuda de quien fuera. Ahora, más que nunca, tenía que demostrar sus capacidades y conseguir cosas que ni siquiera aquella sacerdotisa vanidosa pudiera lograr. Con un poco de suerte, eso le ayudaría a recuperar su posición de poder supremo.



En la cubierta de observación de su yate espacial privado, Iblis veía cómo se deslizaban las estrellas por el abismo. Solo le acompañaba el comandante de la Yipol, Yorek Thurr, que hacía las voces de piloto y de guardaespaldas personal. Aparte de él mismo, Thurr era el único hombre vivo que conocía la existencia de la cimek Hécate y su oferta de ayudar a la Yihad.

La titán, en su cuerpo asteroide, había causado daños tan importantes en Ix que el primero Harkonnen pudo conquistar y conservar aquel importante planeta sincronizado. Sin su ayuda, en el mejor de los casos la batalla por Ix habría sido otra «victoria moral», pero no una victoria real. Ahora Iblis la necesitaba para que obrara otro milagro.

La voz de Thurr le llegó a través del intercomunicador de la nave.

—He detectado el asteroide, señor, tal como esperábamos.

—Al menos tiene palabra —dijo Iblis.

—Iniciamos la aproximación.

El Gran Patriarca miró por la pantalla, tratando de averiguar cuál entre los millones de puntitos brillantes que veía era el pedrusco artificial de Hécate. Finalmente pudo distinguir la forma irregular de aquella gigantesca roca surcada de cráteres, mayor cuanto más se acercaban. Sin embargo, esta vez Iblis no se sentía exaltado. Sabía exactamente lo que la titán podía hacer por él.

En los primeros estadios de la Yihad, la gente invocaba con fervor el nombre del pequeño Manion Butler y reverenciaba a la valiente madre que había levantado su mano contra las máquinas pensantes. Pero, después de décadas de guerra, empezaban a cansarse de aquella batalla interminable y ansiaban volver a sus vidas y sus carreras personales. Querían trabajar, criar a sus hijos y olvidarse de los altibajos del conflicto armado. ¡Necios!

A pesar de las ocasionales victorias, como la de Ix, Anbus IV y Tyndall, Iblis sentía que la revuelta perdía intensidad, como un organismo vivo que se estaba muriendo. El declive se producía en etapas cortas y largas, en planetas grandes y pequeños. Fuera a donde fuese para dar sus inspiradores discursos, lo veía, lo sentía. Las multitudes estaban perdiendo el entusiasmo, se le escapaban porque no veían un fin a la vista. ¡La capacidad de los humanos de mantener la atención era tan lamentablemente escasa!

El Gran Patriarca necesitaba desesperadamente que los demás vieran lo que él veía claramente. Las máquinas querían destruir a todos los humanos, no solo en los Planetas Sincronizados, sino también en los mundos de la Liga y los Planetas No Aliados. Los humanos eran un estorbo para Omnius y sus hermanos metálicos, una amenaza. Las máquinas pensantes y los humanos jamás podrían coexistir, ni en planetas individuales ni en el universo...

El asteroide de Hécate se acercó, con sus profundos cráteres.



—Nuestros escáneres han localizado el pasaje de entrada, señor —informó Thurr—. Hécate ha establecido contacto y os da la bienvenida.

—No pierdas el tiempo con tanta cháchara insustancial. Entremos de una vez.

El yate espacial se deslizó con facilidad al interior de un cráter y los rayos tractores de la titán ayudaron al piloto a adentrarse en la cueva de paredes de espejo en la que Iblis había hablado por primera vez con Hécate, ataviada con su cuerpo de dragón cimek.

Iblis bajó de la nave y avanzó con seguridad por la cámara. Esta vez, en lugar de llevar su cuerpo móvil de tamaño humano, Hécate lo recibió en la forma de un contenedor blindado en el que su cerebro estaba sumergido en un baño de electrolíquido, instalado sobre un cuerpo móvil que rodaba. El cilindro se ajustó para quedar a la altura de los ojos de Iblis.

—Tengo importantes asuntos que discutir contigo —dijo Iblis, yendo directo al grano.

—¿Importantes asuntos? No desearía hablar de nada que no fuera importante —dijo la voz mecánica y resonante de Hécate—. Después de todo, ¿acaso no soy tu arma secreta? —Aquel título parecía complacerla particularmente.

Mientras se explicaba, Iblis caminó con nerviosismo arriba y abajo.

—La Yihad está pasando por una crisis. En este último año, Serena Butler me ha arrebatado el poder. Ni siquiera en sus sueños más disparatados podría esa mujer manejar todas las exigencias políticas, militares, religiosas y sociales de un líder, pero no quiere entenderlo.

—Ah, ¿y quieres que muera? ¿Te ayudaría eso a lograr tu propósito? —Hécate parecía disgustada—. Qué forma de malgastar mis capacidades...

—¡No! —repuso Iblis enseguida, sorprendiéndose a sí mismo. Aunque luego consideró la cuestión con mayor detenimiento—. No, a largo plazo no sería bueno. Las masas adoran a Serena, es demasiado importante para ellos.

—Entonces ¿cómo puedo ayudarte, querido Iblis? —La voz de Hécate tenía un toque musical y misteriosamente seductor—. Encomiéndame una tarea lo bastante importante para que me merezca la pena.

—Necesito victorias más claras contra las máquinas. Auténticas obras de arte. —Se acercó a ella—. Gracias a ti, pudimos reclamar el planeta de Ix con éxito. Ahora necesito incorporar más Planetas Sincronizados a la Liga y liberar a su población humana. No importa el valor estratégico que tengan, solo necesito algo que mostrar. Y poder atribuirme el mérito de las victorias.

Hécate emitió un sonido parecido a una risa, con un deje de desprecio.

—Llevo tantos siglos viviendo como un cimek que había olvidado lo impacientes que son los humanos biológicos. Además de maquiavélicos.



—Durante veintiséis años, mi impaciencia, como lo llamas tú jocosamente, ha sido la fuerza que ha impulsado a la Yihad. Serena y su hijo no eran más que símbolos, en cambio yo he sido el motor...

—¿«Motor», dices? Parece que estés hablando de «máquinas».

—Solo es una figura retórica.

—No lo aceptaría si fuera de otro modo. Los planes a largo plazo llevan tanto tiempo... —El brillante contenedor se elevó por encima de la cabeza de Iblis—. De modo que quieres que provoque cierto caos en los Planetas Sincronizados y deje vías libres para que tu Yihad pueda reclamar las conquistas.

—¡Exacto!

—Qué interesante. —Hécate parecía divertida ante aquel nuevo reto—. Muy bien, veré qué puedo hacer.



Capítulo 67

La lealtad no se puede programar.

Seurat, diarios privados de navegación

Cuando Vorian Atreides volvió a encontrarse con la nave de actualizaciones de Seurat en el espacio, no fue una sorpresa para ninguno de los dos. En su corazón Vor siempre había sabido que volverían a encontrarse; por su parte, el robot había calculado que esa posibilidad, aunque remota, existía.

La burocracia del ejército de la Yihad tenía regulaciones específicas, complejas y molestas que prohibían que un primero hiciera la mitad de las cosas que Vor hacía. Él sabía que su comportamiento molestaba mucho a Xavier, pero nada de lo que su amigo dijera podría cambiar aquella vena impulsiva que tenía. Una y otra vez, Vor se iba solo en pequeñas naves, en misiones que él mismo escogía. Desde que se unió a la lucha contra las máquinas, había sido decididamente independiente... una bala perdida, aunque efectiva.

Cuando terminó su misión en Caladan, Vor partió de aquel mundo acuático, porque no podía seguir justificando su presencia allí junto a Leronica Tergiet. Así pues, se marchó, dejando un destacamento de yihadíes en el puesto de escuchas y una parte de su corazón en la taberna junto al mar. Después de prometer a Leronica que le enviaría mensajes siempre que sus deberes de militar lo permitieran, Vor partió de nuevo hacia la lucha por la aniquilación última de las máquinas pensantes.

En las proximidades de Caladan, en los límites de la esfera de influencia de Omnium, Vor repasó de memoria las rutas que él y Seurat habrían seguido normalmente en sus recorridos de actualización. Desde que soltó a aquel involuntario caballo de Troya, había oído informes dispersos acerca de fallos generalizados en el sistema en diferentes Planetas Sincronizados; ordenando los escenarios del caos, pudo determinar la ruta que Seurat estaba siguiendo.

Ya hacía un tiempo que no tenía noticias de nuevos problemas, y supuso que las máquinas ya habrían descubierto la trampa. ¿Qué debía de haberle pasado a Seurat cuando la supermente descubrió la destructiva programación que llevaba? En teoría, un ordenador no podía ser vengativo, por lo que esperaba que no hubiera destruido a Seurat por despecho.



Eso habría sido totalmente ineficaz, además de una forma de malgastar recursos.

Vor pasó una semana solo, patrullando, siguiendo las rutas habituales de actualización. Justificó esta tarea como una forma de «reunir información vital para la planificación militar de la Liga» y eso le permitió estar a solas y meditar acerca de sus sentimientos inesperados hacia Leronica.

Vor siempre había sido muy distante, y disfrutaba cuando estaba de permiso o tenía alguna misión temporal en alguno de los dispersos mundos de la Liga, pero de alguna forma aquella mujer de Caladan le había llegado al corazón. Había plantado sus raíces muy adentro de su alma y —como una bomba de relojería— ahora veía hasta qué punto. Vor se sentía confuso y feliz... y terriblemente triste por no poder estar con ella. El amor nunca había sido un concepto extraño para él, aunque no tenía ni idea de que pudiera hacerle sentirse de aquella forma. Ahora entendía lo que Xavier sentía por Octa.

Pero dedicarse a vagar solo por el espacio en los límites del territorio enemigo, concentrado en aquellos pensamientos agri dulces, servía de muy poco a la Yihad. La guerra tendría que haber sido su única prioridad.

Cuando la enorme nave negra y plateada de actualización se cruzó en su camino y apareció ante él, la atención de Vor volvió a cuestiones más inmediatas.

Aquella nave tendría que haber huido, haber realizado maniobras evasivas para evitar incluso a un pequeño caza de la Yihad. Si el capitán robot llevaba una actualización de la supermente informática, su programación exigía que protegiera la gelesfera plateada a toda costa.

Pero la nave de actualizaciones se detuvo, y Vor se enfrentó a ella en el espacio abierto.

Vor reconoció la configuración de la nave, aunque su diseño parecía haber sido modificado, reparado y ampliado. Sin duda, se trataba de la misma nave que había encontrado a la deriva en las proximidades del sistema solar de la Tierra.

Conectó el comunicador y transmitió enseguida.

—Vieja Mentemetálica. Suponía que te encontraría por aquí.

Entonces vio que entre las modificaciones de la nave había una batería de armas. Los puertos de proyectiles cinéticos se abrieron y se pusieron de color rojo, listos para disparar.

Vor sintió el picor de un sudor frío en el cuello.

—¿Vas a destruirme sin ni siquiera decir hola?

—Hola, Vorian Atreides. —El rostro cobrizo de Seurat apareció en la pantalla—. Bueno, ya he cumplido con la etiqueta. ¿Puedo destruirte ahora?



—Preferiría que no lo hicieras. —Vor no apartaba los dedos de los controles de las armas de su nave. Quizá podría cogerlo por sorpresa, aunque por lo que veía el armamento de la nave de actualización era muy superior al suyo—. Parece que Omnius ha aumentado mucho tus posibilidades de sobrevivir, con tantas armas. Me preguntaba cuándo iban a hacerlo.

—Sé lo que me hiciste y lo que hiciste a través de mí, Vorian. De acuerdo con mis registros ocho Planetas Sincronizados han resultado gravemente dañados a causa del virus que introdujiste en la esfera de actualización que yo llevaba. Deduzco que tú eres el responsable, ¿no es así?

—No puedo atribuirme todo el mérito, Vieja Mentemetálica. —Vor sonrió—. Después de todo, tú entregaste personalmente cada una de esas bombas de relojería. Y fuiste tú quien me enseñó todas esas cosas acerca de los circuitos gelificados y la programación básica. ¿Lo ves? Ha sido un esfuerzo conjunto.

El rostro de metal líquido de Seurat brilló bajo las luces de la cabina de su nave.

—Entonces siento haber sido tan buen profesor.

Mientras escaneaba la imagen de Vorian Atreides, Seurat utilizó su experiencia y su programación adaptativa para analizar lo que el humano podía pensar en aquellos momentos. El robot Erasmo le habría envidiado.

Tras ser capturado y llevado de vuelta a Corrin, donde la gelesfera corrompida fue confiscada, Seurat había sido sometido a un exhaustivo interrogatorio por parte de Omnius. Enseguida quedó claro lo que había pasado, y el programa sabotado fue retirado, aunque Erasmo recomendó lo más seguro: destruirlo.

—Se trata de hechos acaecidos hace veintiséis años estándar. Si bien puede resultar interesante, no son datos particularmente relevantes, y no vale la pena arriesgarse, Omnius.

Seurat sospechaba que Erasmo tenía sus motivos para que la supermente no accediera a aquella información. Sin embargo, no lo mencionó, porque no deseaba contrariar al otro robot independiente.

Cuando las explicaciones quedaron registradas y archivadas, y antes de que pudieran asignar a Seurat una nueva misión de actualización diseñada específicamente para restaurar la presencia de Omnius en los planetas afectados por el virus, Erasmo pasó un día entero con él, entregado a intensas conversaciones de alta velocidad.

—Llevo siglos estudiando a los humanos. He realizado experimentos, he reunido información y he hecho extrapolaciones para explicar su comportamiento errático. Aprendí mucho de Serena Butler, y el nuevo experimento que estoy realizando con Gilbertus Albans me está proporcionando una nueva perspectiva.

»Sin embargo, tú también tuviste una oportunidad única. Pasaste años en compañía de Vorian Atreides, un humano de confianza, hijo del titán Agamenón.



Ahora te pido que compartas conmigo tus observaciones y cualquier detalle relevante que pueda ayudarme en mi intento de comprender la naturaleza humana.

Seurat no podía negarse. En un intercambio de información similar al de la sincronización de una gelesfera de actualización, aunque mucho más breve, el robot verificó, resumió y transfirió todas las conversaciones y recuerdos que tenía de Vorian Atreides.

Eso le obligó a revisar todos aquellos recuerdos y despertó en él algo parecido al afecto. Ahora que volvía a estar solo en una nueva nave de actualización —una nave que, tristemente, no tenía nombre, solo una designación numérica— se dio cuenta de lo agradable que era tener compañía...

Las dos naves estaban frente a frente en el espacio, cada una con suficiente armamento para destruir a la otra. Pero Seurat se dio cuenta de que no deseaba aniquilar a su antiguo compañero.

— ¿Recuerdas nuestra séptima misión a Walgis, Vorian Atreides? Hace veintiocho años. Tuvimos muchos problemas al abandonar el sistema.

Vor rió entre dientes.

— ¿Problemas? Problemas es poco. Nos metimos en un campo de meteoritos que desgarró uno de los lados de la nave. Hubo una fuga de atmósfera que casi me arrastró al espacio.

Seurat siguió mirando a su amigo y verdugo.

— Sí, pero yo te cogí y no te solté. No quise dejarte ir.

— ¿En serio? No recuerdo los detalles —dijo Vor—. Estaba demasiado ocupado tratando de respirar. La descompresión explosiva es bastante desagradable para un humano.

— Lo sé. Te llevé a un pequeño cubículo de almacenamiento y te sellé en el interior, donde podía mantener la presión atmosférica.

— No me dejaste salir durante casi dos días —dijo Vor—. Cuando volviste a abrir me estaba muriendo de hambre. No se te ocurrió darme ni una miserable ración.

— Mi prioridad era salvarte la vida, y tardé esos dos días en reparar los desperfectos en el casco de la nave y restablecer los sistemas de soporte vital.

Vor lo miró con expresión soñadora, y luego frunció el ceño algo desconcertado.

— No recuerdo haberte dado las gracias.

— Los robots no necesitamos gratitud, Vorian Atreides. Sin embargo, he dedicado una cantidad considerable de esfuerzo para mantenerte sano y salvo en numerosas ocasiones. Por tanto, sería una estupidez por mi parte destruirte ahora.

Seurat desactivó sus sistemas armamentísticos y cerró los puertos lanzamisiles. En aquel momento, si Vorian Atreides hubiera querido disparar, el robot era vulnerable.



Pero la máquina aceleró motores, giró sobre su eje y se alejó a gran velocidad antes de que Vor tuviera tiempo de reaccionar. Cuando Vor consiguió transmitirle unas preguntas de sorpresa, Seurat ya estaba fuera de su alcance.

Desconcertado y sonriente, Vor estuvo un rato yendo a la deriva en su nave de reconocimiento. Luego se echó a reír.



Capítulo 68

El liderazgo se oculta detrás de muchos disfraces.

Iblis Ginjo, Opciones para la liberación total

Cuando volvió de su reunión precipitada y secreta con Hécate, Iblis se enteró de que Serena había convocado una reunión del Consejo de la Yihad a sabiendas de que no se esperaba su presencia. Fue directamente a la cámara del Consejo desde el puerto espacial, totalmente decidido a no dejar que lo apartaran del proceso de la toma de decisiones. Habían pasado varias semanas y tenía que ponerse al día.

Llegó a la entrada de la cámara justo en el momento en que Serena daba inicio a la sesión, y se encontró a la jefa de serafinas protegiendo la puerta. Niriem vaciló, como si se debatiera con su sentido de la lealtad, y, tras un instante, lo dejó pasar.

La sacerdotisa de la Yihad, cómodamente instalada a la cabeza de la mesa, pareció sorprendida al verle. Iblis encontró enseguida un asiento lo más cerca que pudo de Serena, aunque no era su sitio habitual. Sin hacer ningún comentario, Serena pronunció un discurso que obviamente llevaba muy bien ensayado, mientras los demás escuchaban con atención.

—No podemos seguir con esta Yihad solos. La pasión humana es poderosa, pero los recursos de la Liga no se pueden equiparar a las fuerzas que Omnius puede enviar contra nosotros. Las máquinas pensantes pueden crear montones de robots nuevos por cada uno que nosotros destruimos. Pero cada vez que muere un yihadí, una vida se pierde para siempre. Debemos preservar tantas de esas preciosas vidas como podamos.

—¿Qué proponéis, Serena? —Iblis eligió las palabras y el tono con tiento, con la esperanza de encontrar la forma de aprovechar sus discursos para sus propios fines. Cuando paseó la vista por la mesa, vio con sorpresa al menudo comerciante de carne tlulaxa Rekur Van sentado en el extremo más alejado, con expresión nerviosa. Daba la impresión de que se le había llamado especialmente para aquella reunión, y se le veía fuera de lugar. Con discreción, Iblis arqueó una ceja con expresión inquisitiva, pero la única respuesta que recibió del tlulaxa fue una mirada perpleja.

—Los yihadíes y los mercenarios —dijo Serena— no son los únicos que luchan en nuestra guerra santa. Es hora de que reconozca y bendiga a otros que aportan una



importante contribución a nuestra lucha. —Sonrió y señaló con el gesto a Rekur Van, que se sonrojó abochornado al verse convertido en el centro de atención—. Aunque no han intervenido directamente en el combate contra las perversas máquinas, los tlulaxa han ayudado mucho a nuestros guerreros. Los productos de sus granjas de órganos han servido para que veteranos mutilados pudieran volver a luchar. Mi querido amigo el primero Harkonnen es el caso más conocido. —E hizo un gesto de reconocimiento en dirección al comerciante, ante lo cual los aplausos se extendieron por la mesa—. Desde que era una joven parlamentaria —siguió diciendo Serena—, mi sueño más ferviente ha sido incorporar Planetas No Aliados a la Liga de Nobles. Ahora, muchos de esos mundos, incluido Caladan, nos han hecho propuestas en relación a su posible incorporación a la Liga. Es mi intención hacer una gira por los planetas que son posibles futuros miembros, y mi primera parada será Tlulax. Quiero ver por mí misma las maravillosas granjas de órganos y hablar con sus jefes, que espero consideren la posibilidad de unirse a nosotros. Quiero ver sus maravillosas ciudades y demostrarles cuánto valora la sacerdotisa de la Yihad los esfuerzos que hacen por nuestra causa.

Iblis sintió un nudo en el estómago al comprobar que sus cuidadosos planes seguían desmoronándose. El tenía acuerdos secretos con la industria de órganos de Tlulax. ¡Esa mujer no sabía lo que hacía!

—Estos planes quizá sean precipitados, sacerdotisa. El pueblo tlulaxa quiere preservar su intimidad y nosotros debemos respetarlo. No se como reaccionarían si os presentáis por sorpresa.

Con una mirada furibunda, Serena cruzó los brazos sobre la tela blanca de la túnica que cubría su pecho.

—He paseado entre los míos en muchos planetas. Es inconcebible que los líderes tlulaxa no reciban con agrado una visita de la sacerdotisa de la Yihad. Nuestros guerreros están en deuda con ellos. Es imposible que tengan nada que ocultar... ¿no es así, Rekur Van?

—Por supuesto que no —se apresuró a contestar Iblis—. Estoy seguro de que el gobierno tlulaxa estará encantado de que los visitéis. Sin embargo, debéis enviar un mensajero al sistema de Thalín para que puedan prepararse debidamente. Es el procedimiento diplomático habitual.

—Muy bien, pero la guerra avanza a su propio ritmo, y nosotros debemos ir siempre un paso por delante. —Mientras Serena exponía sus ideas ante el Consejo, Iblis permaneció sentado con una expresión ininteligible en el rostro.

¿Qué haría Hécate para ayudarles? Esperaba que fuera algo significativo, y que lo hiciera pronto.

Cuatro meses después de que Seurat entregara involuntariamente el agresivo virus informático, Bela Tegeuse aún se resentía de sus efectos debilitadores. Las máquinas que habían logrado sobrevivir luchaban por recuperarse, pero tenían



problemas para comunicarse con la supermente. Finalmente, los robots independientes eliminaron los segmentos dañados de la encarnación de Omnius; solo una ínfima parte del saber del ordenador seguía siendo operativa.

Eran increíblemente vulnerables.

En aquel mundo oscuro y nuboso en que los esclavos conseguían sus cosechas iluminando las plantas con luces artificiales, el populacho, enfurecido, se dio cuenta de la debilidad de las máquinas y empezó a hacer planes tratando de aprovechar la situación. Sin embargo, los robots estaban al tanto de las revueltas que se habían producido en muchos de los Planetas Sincronizados y estaban atentos a cualquier señal de peligro.

Bela Tegeuse no podría estar a la altura de los otros planetas sincronizados hasta que recibiera una nueva copia incorrupta de la supermente. Así que esperaron...

Y cuando una solitaria nave cimek no identificada llegó al sistema tegeusano diciendo que venía con una copia intacta directa del Omnius-Corrin, las máquinas recibieron al mensajero con los brazos abiertos. El perímetro defensivo se abrió para que el cimek pudiera pasar y dirigirse con la debida prontitud al núcleo central en Comati, al pie de las montañas.

Hécate no esperaba poder entrar con tanta facilidad. ¿Es que los cimek no habían enseñado nada a las máquinas?

Para esta empresa, la titán rebelde había abandonado su cuerpo móvil asteroide, y adoptó la apariencia de una nave cimek más tradicional, si bien algo anticuada. Hécate guiaba sus sistemas estabilizadores mediante mentrodos que conectaban su cerebro a las funciones de la nave.

Allá arriba, las nubes eran densas masas flotantes de humedad que impedían el paso del débil sol tegeusano y convertían el clima del planeta en un ciclo impenetrable de lluvia y bruma. A los sistemas robóticos no les importaba el clima, y los esclavos humanos, con una piel de color enfermizo, no habían conocido otra cosa.

Hécate se preguntó qué harían aquellos pobres esclavos cuando fueran libres. Iblis Ginjo le había encomendado aquella acción violenta y justificada, y tenía intención de estar a la altura y demostrar de lo que era capaz. Sería interesante.

Por sus constantes y discretos fisgoneos, la titán traidora sabía que al inicio de su lucha el ejército de la Yihad había tratado de liberar Bela Tegeuse de la dominación de las máquinas. Su flota atacó la ciudadela de Omnius y dañó la infraestructura, pero sufrió pérdidas tan importantes que tuvo que retirarse sin lograr una clara victoria. Las máquinas que quedaron, arañando recursos de forma implacable y trabajando sin descanso, lograron reconstruir y recuperar el control del planeta en menos de un año, como una marea inexorable que borra las huellas en la playa.

Hécate esperaba que los humanos hubieran aprendido la lección y esta vez actuaran con mayor decisión. Gracias a ella, tendrían una segunda oportunidad. Si



estaban atentos. Había dejado un mensaje para Iblis Ginjo en un punto de aprovisionamiento que se suponía que Yorek Thurr vigilaba. De ellos dependía que estuvieran o no preparados.

Cuando aterrizó en el bien iluminado puerto espacial de Comati bajo una fría llovizna, los robots avanzaron hacia ella transmitiendo preguntas y pidiendo que se identificara.

—Los reductos de nuestro Omnius no pueden acceder con sus ojos espía a tu nave —dijo un robot administrativo que parecía estar al frente de las instalaciones. A Hécate le pareció un comentario totalmente absurdo, sobre todo viniendo de una unidad dotada de inteligencia artificial. Sonrió para sus adentros. A veces las máquinas eran tan ciegas y tan ingenuas...

Los esclavos humanos se apretujaban contra las vallas, con la ropa mojada. Observaron la llegada de la nave con hastío, con mirada triste, como si la nueva actualización de Omnius fuera a quitarles las pocas esperanzas que tenían.

Hécate abrió la escotilla y bajó con su cuerpo de dragón.

—Los mecanismos de vuestros ojos espía deben de estar averiados —les dijo a los robots que la esperaban—. El Omnius-Corrin tuvo que cerrar muchos de sus sistemas periféricos para evitar el contagio.

Los robots aceptaron su explicación.

—¿Cuál es tu designación? No estamos familiarizados con tu modelo de neocimek.

—Oh, soy la última novedad. —Lo dijo con orgullo, como si fuera superior a los modelos anteriores. Hécate avanzó, sujetando el pesado cilindro en sus extremidades articuladas. Sus escamas de diamante destellaban bajo la luz de los paneles de luz del puerto espacial—. Después de tantos colapsos en los sistemas, Omnius ordenó la creación de nuevos neocimek escogidos entre los humanos de confianza. A diferencia de las mentes de circuitos gelificados de los ordenadores, el cerebro humano no sucumbe a este virus. Así que han enviado a neos como yo a entregar actualizaciones protegidas mediante una programación diseñada para eliminar el virus. Las ventajas son evidentes, ¿no es cierto?

Un trío de robots del puerto espacial se adelantaron para coger el pesado cilindro. A Hécate casi le pareció que estaban entusiasmados, ansiosos por librarse de sus extraños problemas. Tal como esperaba, para su desgracia no eran lo bastante desconfiados.

—Os lo aseguro —dijo—, esto os quitará todas vuestras preocupaciones.

Aunque en sus tiempos detestaba profundamente las matanzas que provocaba Ajax, Hécate se convenció a sí misma de que eliminar máquinas pensantes —y sobre todo a Omnius— era diferente... y mucho más admirable. ¡Los humanos quedarían asombrados y complacidos!



—¿Hay instrucciones especiales para instalar esta actualización? —preguntó el robot.

Hécate retrocedió hacia su nave con su cuerpo móvil.

—Utilizad el procedimiento estándar. Se me ha ordenado partir inmediatamente, puesto que debo visitar otros Planetas Sincronizados. Omnius depende de la rapidez con que se lleve a término esta misión. Estoy segura de que lo entendéis.

Asintiendo con rigidez, los robots se alejaron con el ominoso cilindro y Hécate se instaló una vez más frente a los controles de su nave. Dirigiendo los mandos mediante mentrodos, despegó del puerto espacial bajo los focos amarillos.

Abajo, en la ciudad cuadrículada de Comati, los robots entraron en la ciudadela donde la supermente atrofiada luchaba por mantener sus funciones vitales. Con unas delicadas manos manipuladoras, las máquinas abrieron la cubierta del cilindro y retiraron las capas de blindaje.

Finalmente dejaron al descubierto la poderosa ojiva nuclear de extraña forma. Inmediatamente, sus sistemas se pusieron a buscar una respuesta apropiada, mientras en el visor los números de la cuenta atrás iban bajando, hasta que llegaron a cero...

La nave de Hécate estaba muy por encima de las dos capas de nubes cuando vio una luz de color amarillo plateado brotar como un sol allá abajo. Se había asegurado de que la explosión fuera lo suficientemente potente para eliminar los restos de la supermente herida. Las vibraciones electromagnéticas de la bomba, favorecidas por el diseño de la ojiva, se extendieron por el cielo de Bela Tegeuse y la gruesa capa de nubes actuó como pantalla y las envió de vuelta hacia abajo. Todas las subestaciones de Omnius fallaron una tras otra, en una reacción en cadena.

¡Qué emocionante!

Mientras dejaba aquel sombrío planeta a su espalda, Hécate pensó en los humanos que habrían sobrevivido, los que no estuvieran en las proximidades de la zona de la explosión. Siempre habían vivido bajo el dominio de las máquinas. ¿Serían capaces de cuidar de sí mismos? Oh, bueno. Sobreviviría el más fuerte.

—Ahora sois libres —anunció, consciente de que en el planeta nadie podía oírla—. Bela Tegeuse es vuestro, si lo queréis.



Capítulo 69

Los humanos son las criaturas con mayor capacidad de adaptación. Incluso en las circunstancias más difíciles, invariablemente siempre encontramos la forma de sobrevivir. Mediante nuestro cuidadoso programa de selección genética, quizá podamos potenciar este rasgo.

Zufa Cenva, lección n.º 59 a las hechiceras

En su primera mañana en Arrakis, tras dormir sobre la dura roca en la reconfortante compañía de Chamal, Rafel despertó al amanecer. Un nuevo día en un nuevo planeta. Contempló aquella violenta salpicadura naranja que teñía el paisaje, los marrones y amarillos del desierto y las rocas que despertaban tras una noche de sueño. Rafel respiró hondo aquel aire caliente y seco y llenó sus pulmones de libertad.

Aunque lo que él esperaba no era poder ser libre en el Sheol.

Desde algún lugar muy arriba entre los elevados peñascos oyó el sonido de pájaros y vio sus siluetas negras aleteando y planeando alrededor de las grietas, como si buscaran comida.

«Al menos hay quien sobrevive aquí. Eso significa que nosotros también podemos.»

Rafel era esclavo desde que nació, en Poritrin, y durante toda su vida había soñado con ser libre. Pero jamás habría imaginado la libertad en un planeta yermo y desolado como aquel. La miseria del delta del río Starda era mala, pero el calor opresivo de aquel planeta era mucho peor.

Aun así, había seguido al padre de Chamal, porque la otra alternativa era luchar contra los habitantes de Poritrin. Y ahora que estaban allí, tenían que hacer lo que pudieran. Ishmael tenía razón: mejor ser libre en un lugar como aquel que trabajar ni una hora más como esclavo.

Durante el aparatoso aterrizaje de la nave piloto, solo habían visto una pequeña parte de aquel planeta que el comerciante de carne llamaba Arrakis. Seguro que había tierras verdes y fértiles en algún lugar, y un puerto espacial. «Solo tenemos que encontrarlos.» Quizá el tlulaxa sabía dónde encontrar oasis secretos, pero no compartiría la información con ellos a menos que lo animaran.



Más de cien hombres y mujeres habían escapado de Poritrin, pero ninguno de ellos entendía el funcionamiento de la nave que los había llevado hasta allí. Y por lo visto Keedair tampoco. Desde luego, los esclavos de primera generación, los que fueron secuestrados en sus planetas de origen y transportados por el espacio, jamás habían visto nada que se pareciera a aquellas extrañas luces auróreas que envolvieron a la nave cuando el espacio se plegó a su alrededor.

Estaban en Poritrin y un momento después estaban en Arrakis. Atrapados en Arrakis.

Rafel miró el casco maltrecho de la nave y supo que aquel trasto no volvería a volar. «Ahora estamos solos.» Temió por su joven esposa, y se prometió que haría lo imposible para lograr que los rescataran. Quizá Ishmael encontraría una forma.

Oyó pasos a su espalda y al volverse vio que el padre de Chamal se acercaba. Un manto de quietud cubría la mañana, pero los refugiados no tardarían en despertar y empezarán a explorar aquel entorno desolador. El e Ishmael permanecieron lado a lado, en un incómodo silencio, contemplando el amanecer.

—Tenemos que averiguar qué hay ahí afuera —dijo Rafel—. Quizá haya tierras verdes y agua cerca.

El único medio de transporte que tenían era una pequeña nave de exploración que iba en el interior del carguero, seguramente para que el equipo de pruebas pudiera desplazarse —o huir— cuando probaran los motores del prototipo.

Ishmael asintió.

—No tenemos mapas, así que estamos limitados a lo que podamos ver con nuestros ojos. Hoy subirás al vehículo de reconocimiento y saldrás a explorar los alrededores. Tuk Keedair te acompañará.

Rafel frunció el ceño.

—No quiero a ese vendedor de carne conmigo.

—Tampoco creo que él tenga muchas ganas de estar contigo. Pero él sabe mucho más de Arrakis que nosotros. Quizá pueda reconocer algún punto geográfico, y es posible que le necesites para negociar la ayuda, si encontráis a alguien.

Aunque a desgana, Rafel tuvo que darle la razón. Sabía que era aquel tlulaxa quien había capturado a Ishmael y que, por tanto, seguramente él lo odiaba más que nadie. ¿Habría en sus palabras algún mensaje oculto que debía entender o alguna orden? «¿Me está pidiendo que me lleve a Keedair lejos de aquí y lo mate?» Pero la expresión de Ishmael era totalmente ininteligible.

—Si quiere sobrevivir, ese negrero tendrá que trabajar como los demás —insistió Rafel—. Y se le dará una ración de agua y comida más pequeña.

Ishmael asintió, con expresión distante.



—Le irá bien probar en sus carnes cómo viven los esclavos.

Tras tomar un racionado desayuno, Rafel eligió a otro esclavo, un hombre de hombros anchos llamado Ingu, para que vigilara al quejumbroso Tuk Keedair. Mientras Ishmael observaba, el tlulaxa los miró a todos con expresión furibunda y sacó un trozo de metal afilado que había sustraído de la nave siniestrada.

Ingu y Rafel retrocedieron, convencidos de que les iba a atacar, aunque era evidente que no podría con cien zensuníes furiosos.

—Lord Bludd ya me perjudicó bastante, pero ahora, después de décadas de conseguir pingües beneficios, vosotros me habéis arruinado. ¡Totalmente! —E hizo ademán de atacar con aquel arma improvisada—. Esclavos estúpidos e inútiles.

Y entonces, en un arrebato de desesperación, se cortó la trenza. Keedair sostuvo en alto aquella sogá flácida y polvorienta y la dejó caer sobre la arena. El antiguo negrero se veía extrañamente desnudo sin su trenza; se quedó mirando su pelo sin su arrojito de siempre.

—Arruinado.

—Sí —le dijo Ishmael sin dejarse impresionar, y le cogió el fragmento de metal de las manos—. Tendrás que empezar a ganarte el sustento como nosotros.

—¡El sustento! Es inútil... aquí cada aliento es un derroche de líquidos corporales. Mira esa gente, a pleno sol con el calor que hace... ¿por qué no han aprovechado el frescor de la noche para hacer lo que tuvieran que hacer? —El tlulaxa los miró furioso.

—Porque por la noche los zensuníes rezan y duermen.

—Pues si hacéis eso en Arrakis moriréis. Las cosas han cambiado, y tenéis que aprender a cambiar vosotros también. ¿Es que no os habéis fijado en el calor y el polvo? Aquí incluso el aire os roba las gotas de sudor, os chupa el agua del cuerpo... ¿con qué la vais a reponer?

—Tenemos suministros al menos para algunas semanas, puede que meses.

Keedair dedicó una dura mirada a Rafel.

—¿Y estáis seguros de que será suficiente? Debéis proteger vuestra piel del sol abrasador. Debéis dormir durante las horas de más calor y hacer el trabajo aprovechando el fresco de la noche. Si lo hacéis así sudaréis la mitad.

—También podemos conservar las fuerzas si tú te encargas del trabajo más duro —dijo Ishmael.

—No queréis entender, ¿eh? —dijo Keedair, disgustado—. Pensaba que un hombre que ha arriesgado tanto para liberar a los suyos, que los ha guiado hasta un planeta lejano, querría mantenerlos con vida el máximo tiempo posible.



Grupos de refugiados estaban tratando de abrir la cubierta de carga para que Rafel pudiera salir con el vehículo de exploración. Era un vehículo bastante mal equipado, e ignoraban hasta dónde podría volar o cuánto combustible llevaba. Pero no tenían otra forma de cruzar aquella vasta extensión de arena. Aparte de caminar.

—Vamos a explorar los alrededores —dijo Rafel, dando un abrazo de despedida a Chamal. Miró de reojo a Keedair, que tenía cara de enfado y los ojos inyectados en sangre—. El negrero nos ayudará a encontrar un lugar donde establecer un campamento.

Tuk Keedair suspiró.

—Creedme, tengo tantas ganas de volver a la civilización como vosotros. Pero no sé dónde estamos, ni dónde podemos encontrar agua, o comida...

Ishmael lo atajó.

— Entonces tendrás que buscarlos. Sé útil y gánate tu parte de las provisiones.

Los tres hombres subieron al pequeño vehículo y Rafel miró con escepticismo el panel de mandos.

—Motores estándar. Se parece a un vehículo aéreo que piloté una vez en Poritrin. Creo que podré manejarlo. —El vehículo se elevó sobre la cubierta y salió de la nave.

Bajo la mirada atenta y esperanzada de Chamal, Ishmael y los demás esclavos, la nave se alejó de las rocas y salió a la zona abierta de dunas. El fornido Ingu miraba el paisaje con el ceño fruncido, con la esperanza de divisar un oasis o alguna señal de civilización. Rafel miró a Keedair.

—Dime hacia dónde voy, negrero.

—No sé dónde estamos. —El tlulaxa lo miró con desdén—. Me parece que me atribuíis unas capacidades que no tengo. Primero Ishmael se empeña en que pilote una nave que no conozco, y ahora que nos hemos estrellado queréis que yo os salve.

—Si nosotros sobrevivimos, tú también —señaló Rafel.

Keedair señaló con el gesto la ventanilla, sin indicar nada en particular.

—Muy bien. Ve... por allí. En el desierto, da lo mismo en qué dirección vayas. Solo asegúrate de que tienes bien las coordenadas para que luego podamos volver.

El pequeño vehículo se deslizaba sobre la arena a una velocidad razonable. Estuvieron volando en círculos cada vez más amplios alrededor del campamento base, en las rocas, explorando cada vez más lejos en todas las direcciones. El calor del día se hacía sentir, y hacía que se elevaran corrientes de aire caliente de las rocas y la arena. El vehículo se sacudía y Rafel trató de estabilizarlo. En el interior de la cabina la temperatura empezó a subir, el sudor caía por sus mejillas.

—Sigo sin ver nada de nada —dijo Ingu.



—Arrakis es un planeta muy grande, prácticamente inexplorado y con una población escasa. —Keedair entrecerraba los ojos a causa de la intensidad del sol—. Si encontramos algo, no será por mi pericia o mi experiencia, sino por pura suerte.

—Budalá nos guía —citó Rafel.

Lejos del lugar donde la nave se había estrellado, ante ellos el desierto se extendía interminablemente hasta el horizonte. Rabel siguió volando, sin otra cosa que su fe, buscando algo, lo que fuera. En el océano tostado y amarillo de arena de vez en cuando aparecía algún saliente de roca, pero no vio ningún lugar verde, ni agua, ni asentamientos humanos.

—No encontraréis nada por aquí —dijo Keedair—. No veo nada que me suene, y dudo que este aparato tenga combustible para que podamos llegar a Arrakis City.

—¿Prefieres ir andando? —preguntó Ingu.

El hombrecito se calló.

Al atardecer, después de un día de búsqueda infructuosa, aterrizaron suavemente en medio del mar de arena, cerca de un remolino de color óxido. A varios kilómetros de allí, otra barrera de roca desnuda se elevaba entre las dunas, pero a Rafel le pareció que sería más seguro y sencillo aterrizar al descubierto. El sol ya se había puesto y se estaba más fresco, y a su alrededor Rafel solo oía un silencio inerte y el rugido de la arena agitada por el viento. El aire parecía impregnado de un olor muy fuerte, como a canela. Ingu caminaba alrededor del vehículo, y parecía que buscara algo.

Keedair fue el último en aventurarse a salir; miró con desánimo aquel vacío interminable. Dando un suspiro, se inclinó y cogió un puñado de arena rojiza.

—Felicidades, has encontrado una fortuna en melange. —Y se puso a reír, aunque su risa tenía un deje de histeria—. Ahora solo tenemos que comercializarlo y seréis ricos.

—Esperaba que esa decoloración del suelo indicara la presencia de agua —dijo Rafel—. Por eso he aterrizado aquí.

—¿Se puede comer? —le preguntó Ingu a Keedair.

—Por mí como si te quieres comer la arena. —Keedair alzó la voz—. Nunca habéis tenido que vivir de vuestro ingenio. Habéis nacido para ser esclavos. Dentro de nada tu gente estará suplicando para que los llevéis de vuelta a Poritrin donde los nobles puedan cuidar de ellos. —Escupió sobre el polvo rojo y al momento pareció arrepentirse: un derroche innecesario de humedad corporal—. Os hice un favor capturándoos y llevándoos a la civilización. Pero sois tan necios que no sabíais ver lo que teníais.



Rafel agarró al pequeño tlulaxa, se sacó un pequeño cuchillo hecho de chatarra que Ishmael le había dado y se lo puso delante de la cara. Pero el antiguo negrero ni se inmutó. Con gesto burlón, se dio unos toquitos en la garganta.

—Vamos, hazlo ¿o eres un cobarde, como todos los tuyos?

Ingu se acercó con un par de /aneadas, como si estuviera deseando unirse a la trifulca, pero Rafel empujó al tlulaxa a un lado.

—Budalá me castigaría por matar a un hombre a sangre fría, por mucho sufrimiento que haya causado. He memorizado los sutras, he escuchado con atención a Ishmael. —Frunció el ceño y se contuvo. Pero lo cierto es que deseaba sentir la sangre caliente de aquel hombre perverso escurriéndose por la hoja de metal y por su mano.

Keedair se rió con desprecio desde el lugar donde había caído en el suelo.

—Sí, utilizadme como cabeza de turco, puesto que soy el responsable de generaciones de vuestra patética ira, el único objetivo de vuestras risitas estúpidas. Yo no quería traeros aquí, y ahora no puedo ayudaros. Si pudiera encontrar quien nos rescatara, lo haría.

—He estado buscando una excusa para poder deshacerme de ti, diga lo que diga Ishmael. —Rafel señaló hacia el desierto—. Vete, vete tú solo y sigue tu camino. ¿Por qué no te alimentas con tu valiosa melange? Veo mucha por aquí.

Haciendo caso omiso de lo que dictaba el buen juicio, el tlulaxa se fue tambaleándose hacia las dunas y luego se volvió hacia ellos.

—Si os deshacéis de mí, vuestras posibilidades de sobrevivir se reducirán bastante.

Ingu puso cara de suficiencia y satisfacción ante la apurada situación del hombre.

—Viviremos más tiempo si no tenemos que compartir nuestras provisiones con un comerciante de carne —dijo Rafel.

Aliviado al ver que lo dejaban marchar y también asustado por quedarse solo en medio del desierto, Keedair sacó pecho y se alejó valientemente por el mar de arena.

—Haga lo que haga soy hombre muerto. Y vosotros también.

Rafel observó cómo se alejaba con una desagradable sensación de incertidumbre. ¿Era eso lo que Ishmael quería que hiciera? ¿Había algún mensaje sutil en sus palabras que él no había sabido interpretar? Rafel quería impresionar a su suegro, pero no estaba seguro de haber entendido lo que tenía que hacer...

Más tarde, Rafel e Ingu estaban sentados en el exterior del vehículo, tomando el fresco de la noche. Comieron frugalmente obleas de proteína y dieron unos sorbitos de agua. Luego sacaron unos sacos de dormir del pequeño compartimiento donde



estaban guardados y los extendieron sobre la arena. Cuando se acostaron, con una profunda sensación de inseguridad, Rafel deseó poder estar junto a Chamal.

Rafel guardó el cuchillo, preguntándose si habría predadores nocturnos en el desierto... o si el negrero, desesperado, volvería y los mataría mientras dormían, y luego robaría el vehículo de reconocimiento.

Sí, necesitaban protección. Así que dejó a Ingu roncando en su saco de dormir y subió a la cabina. No le sorprendió comprobar que Norma Cenva había dotado aquella pequeña nave con escudos Holtzman. Sería una buena defensa.

Confiado, activó los escudos, que formaron un abanico protector de aire ionizado en torno al campamento. Luego volvió a su saco de dormir y se sintió seguro... durante un momento.

El suelo se sacudió, como si hubiera un terremoto. Las dunas cambiaron y se agitaron, y un fuerte ruido llegó desde muy abajo. Luego, con un gran estruendo, como un huracán, las dunas se hundieron. La nave se tambaleó, cayó sobre el mecanismo de aterrizaje.

Rafel se incorporó con un grito, pero enseguida empezó a tambalearse y cayó sobre las arenas movedizas. Ingu salió corriendo del saco de dormir, agitando los brazos en un intento por mantener el equilibrio.

De pronto, el desierto nocturno se convirtió en una tempestad de figuras frenéticas, demonios inmensos y segmentados que se elevaban como pesadillas vivientes. Rafel cayó sobre la espalda, medio enterrado en la arena, y se encontró mirando a las bocas cavernosas de los monstruos que salían de debajo de la arena, enloquecidos... ¡por la vibración de los escudos!

Ingu chilló con una voz extrañamente aguda.

Todos los gusanos atacaron a la vez; destrozaron el vehículo de exploración, el campamento y a los dos hombres. Rafel pensó que lo que estaba viendo era un dragón gigante devorador de fuego. Pero no había ojos. Lo que sí vio fue el destello de unas puntas cristalinas y brillantes que rodeaban el interior de la inmensa boca.

Y luego sombras, un profundo dolor y una oscuridad total.



Capítulo 70

La vida se basa ante todo en las decisiones que tomamos —buenas y malas— y en sus efectos acumulativos.

Zufa Cenva, Filosofías matemáticas

Irritada pero con curiosidad, Zufa Cenva llegó a Kolhar respondiendo al extraño aviso telepático que había llegado a ella a través del espacio. A la hechicera el planeta le pareció austero y rudimentario; la colonia de humanos que vivían allí había sobrevivido, pero no era precisamente próspera. ¿Por qué iba a querer nadie que fuera hasta allí? Aquel mundo tenía muy pocos recursos y un clima tan inhóspito que la supervivencia era muy dura.

Pero no había ninguna duda: la habían llamado. «¿Quién puede querer verme aquí? ¿Y cómo se atreven a convocarme?»

Cuando estaba entrenando a sus hermanas con más talento en Rossak, guiándolas a través de unos peligrosos ejercicios mentales en las selvas tóxicas, sintió la llamada con tanta fuerza que estuvo a punto de perder la concentración, y eso habría podido tener consecuencias desastrosas. En aquellos momentos sus pupilas estaban tratando desesperadamente de controlar su energía mortífera, de contener el holocausto en sus mentes.

Pero Zufa no había podido apartar aquel pensamiento. Era como si alguien se hubiera puesto a gritar en su cabeza, exigiéndole que partiera inmediatamente. «Ven a Kolhar. Reúnete allí conmigo.» Y ella, la hechicera suprema de la Yihad, no tuvo elección.

Aquel planeta poco destacable estaba cerca de las rutas comerciales de Ginaz, aunque nunca le había prestado mucha atención. Zufa tenía otras prioridades en la Yihad.

«¡Ven a Kolhar!»

Su nave privada empezó a descender y los sistemas de a bordo escanearon la superficie buscando un lugar seco donde aterrizar cerca de los toscos asentamientos que había en los márgenes de una zona pantanosa y desolada. Una profunda sensación de tristeza la invadió como un veneno. El cielo, el agua, la tierra empapada e incluso los árboles retorcidos, todo le parecía apagado.



«Madre. Ven a Kolhar. ¡Ahora!»

¿Madre? ¿Era posible que fuera alguna extraña forma de comunicación con el feto que crecía en su interior, la hija de Iblis Ginjo, que ya fuera un ser presciente y la enviara a una misión? De ser así, se trataría quizá de la mayor hechicera de todos los tiempos. Sonriendo para sus adentros, Zufa se tocó el vientre, aunque aún no se notaba el embarazo.

Desde luego, la canija de Norma no podía tener aquellos poderes. Hacía años que no sabía nada de ella. Incluso el savant Holtzman había dejado de perder el tiempo con ella y es posible que la hubiera deportado antes del desastroso levantamiento de los esclavos.

¿Significaba eso que Norma estaba viva, que había sobrevivido? A pesar de la decepción que había tenido con ella, seguía siendo su hija, y le preocupaba.

Pero, suponiendo que siguiera con vida, aquel mensaje no podía ser de ella, ¿verdad?

Un oscuro puesto fronterizo con un anticuado puerto espacial apareció a la vista. Como mucho, el principal asentamiento de Kolhar tendría solo unos cuantos cientos de miles de habitantes.

Cuando inició la aproximación, un hombre con voz débil autorizó su aterrizaje por el comunicador. Zufa no vio otras naves extraplanetarias por ninguna parte, solo el movimiento letárgico del tráfico local.

—Tenemos un lugar reservado para su nave, hechicera. La estábamos esperando.

Con una curiosidad que rayaba la irritación, Zufa lo presionó, e incluso trató de influir en él con sus capacidades telepáticas, pero el hombre no soltó prenda. Ella solo quería resolver aquel misterio y volver a su trabajo.

Siguiendo la llamada que oía en su mente, Zufa cogió un taxi-rail que la llevó del puerto espacial a una localidad situada doscientos kilómetros al norte. ¿Por qué iba a ir nadie hasta allí voluntariamente? El pequeño coche se deslizaba lentamente por una vía estrecha; fue un trayecto accidentado, sobre todo cuando subieron a una elevada meseta rodeada de montañas nevadas por tres de sus lados. Zufa sintió la tentación de utilizar sus poderes telequinésicos para que aquel trasto fuera más deprisa, pero se contuvo.

Cuando finalmente se apeó del vehículo en una pequeña estación y caminó por el estrecho andén de madera expuesto a los fríos vientos, una mujer rubia y sorprendentemente bella la llamó.

—Hechicera suprema Cenva. La he estado esperando.

Aunque el aire de Kolhar era húmedo y fresco, llevaba solo unas ropas anchas y finas que por alguna razón el viento no agitaba. Era joven, pero tenía algo atemporal,



unos afables ojos azules y una piel inmaculada, como porcelana fina. Curiosamente, le resultaba familiar.

—¿Por qué se me ha convocado a venir hasta aquí? ¿Con qué medios has enviado semejante señal? —Consciente siempre de su posición, Zufa deseó no haber utilizado la palabra «convocado», como si no fuera más que un lacayo al que su amo hace ir y venir a su antojo.

La bella desconocida le dedicó una sonrisa extraña e irritante.

—Sígueme. Tenemos muchas cosas de que hablar... cuando esté preparada para escucharme.

Zufa la siguió al interior del edificio de la estación, donde un anciano flacucho se inclinó servilmente y le ofreció un grueso abrigo. Zufa lo rechazó, sin hacer caso del frío de aquella meseta.

—¿Quién eres? —De pronto, recordó uno de los mensajes: «Madre, ven a Kolhar. ¡Ahora!».

La mujer se volvió a mirarla tranquilamente, como si esperara algo. A Zufa sus rasgos le resultaban tortuosamente familiares. Pómulos altos, perfil clásico: evidentemente era de Rossak. Parecía una de las grandes hechiceras, pero tenía una belleza más comedida y elegante. En cierto modo, sus ojos le recordaban a... pero ¡no podía ser!

—Si abres los ojos, verás que las posibilidades son ilimitadas, madre. ¿Eres capaz de verme bajo un aspecto distinto?

Sorprendida, Zula echó la cabeza hacia atrás, luego dio unos pasos al frente, con los ojos entrecerrados y mirada recelosa.

—¡No es posible!

—Ven conmigo y hablaremos, madre. Tengo muchas cosas que contarte.

Se alejaron del pueblecito de la meseta en un vehículo terrestre y se adentraron en una desoladora zona de marismas medio heladas. Mientras el vehículo se abría paso por aquel terreno agreste y sin caminos, Norma le explicó su historia. Zufa estaba perpleja, casi no podía creer lo que oía, pero no podía negar algo que estaba viendo con sus propios ojos.

—Entonces, después de todo, ¡sí tenías poderes!

—Cuando me sometieron a aquellas terribles torturas fue como una sacudida que abrió mi mente a capacidades que no sabía que tenía. Mi mente se volvió hacia sí misma, y allí encontré mi belleza y mi paz. La piedra de soo que Aurelius me había regalado movió algo dentro de mí y me ayudó a centrarme. Los cimek no esperaban esa respuesta, y lo pagaron con sus vidas. Después me permití el lujo de moldear mi nuevo cuerpo de acuerdo con los rasgos que llevo grabados en mis genes. Dado el potencial de mis antepasadas, este tendría que haber sido mi aspecto.



El asombro de Zufa era evidente.

—Esto es lo que siempre había esperado, lo que exigía de ti. Y aunque nunca diste muestras de tener el don, me alegra ver que no me equivocaba. Si fui tan dura contigo fue porque era necesario. Lo llevabas dentro. —E hizo un gesto de asentimiento, dando a entender que lo decía como un cumplido—. Después de todo, eres digna de mi nombre.

Norma no se inmutó. Nada de lo que su madre dijera podía herirla. En su mirada había cierto escepticismo, como si no acabara de creer lo que Zufa le decía.

—Mi belleza es irrelevante para las cosas que ahora puedo hacer. Cuando mi cuerpo se desintegró, lo rehice en consonancia con las imágenes de mis antepasadas maternas. Este cuerpo me gusta, pero supongo que si quisiera podría recuperar mi forma anterior. A mí nunca me ha importado tanto como a ti. Después de todo, la apariencia no es más que eso, apariencia.

Zufa estaba perpleja. Después de ser una decepcionante enana durante años, su hija parecía considerar aquella nueva belleza física como algo secundario. Norma no había adoptado aquella perfecta figura femenina para impresionar a nadie... o eso decía.

—No tendrías que haber renunciado, madre. —A pesar de sus palabras, Norma parecía estar más allá de la ira y el deseo de venganza, imbuida de una seguridad y una serenidad superiores—. Muchas de tus pupilas han muerto durante sus ataques mentales contra los cimek. Pero yo fui capaz de controlar un holocausto mental que hubiera destruido a cualquier otra hechicera... incluso a ti.

A Zufa aquella posibilidad le pareció maravillosa. Había visto morir a demasiadas hermanas en ataques contra las máquinas con mente humana.

—Tienes que enseñarme cómo se hace. —Miró a su hija, y se preguntó qué estaría pensando.

Norma aparcó el vehículo terrestre a escasa distancia de una casita aislada, y ella y su madre se aparearon. Como si el viento frío la hubiera congelado, Norma se quedó muy quieta, con la vista clavada en una pequeña formación rocosa que había a unos metros. Ya habían pasado semanas desde el incidente que cambió su vida, y en ese tiempo no había intentado utilizar de nuevo sus poderes. No por cansancio, sino por la incertidumbre y el miedo a que sus capacidades se manifestaran de formas inesperadas. Pero, sobre todo, tenía miedo de hacer daño a su madre, que estaba junto a ella.

Norma relajó su cuerpo.

—Ahora no. No estoy preparada. Cuando me rehice a mí misma, fue solo externamente, y movida por una situación extrema. Pero siento que esto es solo el principio, madre, una fase intermedia. No te sorprendas si en el futuro se producen más cambios en mí. No te sorprendas de nada de lo que pueda hacer.



El comentario asustó a la hechicera experimentada, que desvió la mirada, con las mejillas ardiendo de vergüenza.

Norma parecía distante y preocupada.

—Me preocupa el futuro, no el pasado. Si ya no te sientes decepcionada, significa que unidas podemos ser fuertes, más poderosas de lo que imaginas. —Un viento ártico agitó sus cabellos largos y rubios, dándole un aspecto etéreo contra el paisaje de montañas nevadas del fondo—. Es un buen momento para cimentar una nueva relación entre nosotras. Tenemos mucho que hacer.

Zufa no podía admitir abiertamente que lo sentía —una vida entera de disculpas no habría podido borrar el desprecio y la desilusión con los que había castigado a su hija durante tanto tiempo—, pero quizá podría esforzarse y unir sus capacidades a las de Norma para que pudieran hacer progresos significativos en su lucha contra el enemigo. Con el tiempo, Norma vería que su comportamiento era una forma implícita de disculparse.

La hechicera tendió las dos manos, indecisa, y, al hacerlo, vio que Norma hacía lo mismo, solo que una fracción de segundo más tarde. ¿O había sido simultáneo? Las dos mujeres se cogieron de las manos con torpeza y se abrazaron en un gesto que les resultaba extraño.

Luego caminaron sobre el suelo helado e irregular hacia la casa, un viejo edificio prefabricado, levantado hacía tiempo por un colono bien intencionado que había renunciado a sus sueños de independencia. Norma la había renovado y la había hecho habitable otra vez.

Norma habló, señalando los extensos campos que las rodeaban.

—Madre, yo veo más que un vacío desolador. ¡Veo todo un paisaje lleno de posibilidades! Por fin tengo los poderes mentales de una hechicera de Rossak, y conservo la agudeza matemática que desarrollé por mí misma. Ahora tengo la respuesta. Después de todos estos años, por fin sé cómo crear los motores que permitirán plegar el espacio. —Se volvió a mirarla, y Zufa sintió vértigo en aquella mirada—. ¿Lo entiendes, madre? Podemos construir naves que viajen de un campo de batalla a otro en un abrir y cerrar de ojos. Imagina el bien que podrían hacer nuestras naves si pudieran aparecer en cualquier lugar del universo en cuestión de segundos. El ejército de la Yihad podría golpear a los Planetas Sincronizados de forma tan inesperada que Omnius no tendría tiempo de reaccionar.

Zufa mantuvo el equilibrio, pero su mente daba vueltas y vueltas mientras veía todo un nuevo abanico de maravillosas posibilidades.

—Eso podría significar el cambio más importante en este largo conflicto desde... desde la destrucción atómica de la Tierra.

—Es mucho más que eso, madre. Mucho más. —Norma entrecerró sus ojos claros—. Pero esta vez no fallaré por culpa de mis defectos. En Poritrin infravaloré la



importancia de la política y las relaciones personales. No entiendo el arte de la manipulación, ni deseo hacerlo.

Norma miro hacía la extensión de campos agrestes, como si en su mente pudiera ver ciudades invisibles aún por construir.

—Por tanto, necesito tu ayuda, madre. Mi visión es demasiado importante para negarla. No permitiré que ningún necio ni ningún burócrata egocéntrico me detenga. El savant Holtzman me perjudicó enormemente en Poritrin, y no me di cuenta de cómo entorpecía y retrasaba mi trabajo hasta que trató de robármelo todo. Quería mucho más que mis ideas. Quería poseer esas ideas porque él ya no es capaz de tener las suyas propias.

Zufa no fue capaz de disimular la sorpresa.

—¿El savant Holtzman? Ha muerto en la revuelta, igual que lord Bludd y la mayor parte de la gente que estaba en Starda.

Norma asintió.

—Lo sé, así que tendremos que empezar de cero, aquí en Kolhar. Necesito la habilidad y la influencia política de la Hechicera Suprema de la Yihad. Limitarse a desarrollar matemáticamente la idea no basta. Yo me encargaré de la parte tecnológica y tú te asegurarás de que se utilice. Tú y las otras hechiceras debéis ayudarme a convertir este lugar en unos astilleros enormes y secretos.

—Pero... ¿aquí? —preguntó Zufa, mirando hacia aquel terreno inhóspito.

Norma extendió los brazos con gesto expansivo.

—En mi mente veo una inmensa zona de lanzamiento en esta misma llanura, desde donde las naves podrán viajar por el universo, inmensas naves que dejarán pequeña la tecnología espacial que conocemos.

—Norma, tengo que decirte una cosa —dijo Zufa de pronto—: Yo... estoy embarazada de una niña. Controlando cuidadosamente mis ciclos internos, he concebido una hija con Iblis Ginjo.

Incluso la bella y poderosa Norma pareció sorprendida.

—¿El Gran Patriarca? Pero ¿por qué?

—Porque tiene un enorme potencial del que ni siquiera él es consciente. Seguramente tiene algo de sangre de Rossak. Pensé que podría darme una hija perfecta. Pero ahora veo que quizá no haga falta.

—Por lo visto las dos tenemos noticias sorprendentes —dijo Norma—. Muchas cosas han cambiado entre nosotras. Y respecto a Aurelius. El paisaje del futuro ha cambiado. —Sonrió con expresión afable.

«A partir de ahora la compensare por mis errores, por mi total y vergonzosa falla de fe en ella», se prometió Zufa a sí misma. Se sentía profundamente culpable,



porque sabía que tendría que haberla ayudado desde el principio. La compensaría por sus errores pasados.

—Sí, puedo ayudarte en esta misión tan importante. Me alegra que me hayas elegido para esta responsabilidad, hija mía.

La dulce sonrisa de Norma se borró, y fue como si mirara a través de su madre, como si sopesara aquel cambio de actitud en ella.

—Eres carne de mi carne y sangre de mi sangre. Si no puedo confiar en ti, ¿en quién voy a confiar? No tengo elección.

Entonces sus claros ojos azules destellaron de entusiasmo.

—Y para el siguiente paso necesito reclutar al perfecto hombre de negocios, para que patrocine esta importante empresa. —Norma respiró hondo aquel aire helado, y entonces se volvió para abrir la puerta de su casa—. Estoy impaciente por volver a ver a Aurelius.



Capítulo 71

Cuando el observador cree realmente la ilusión, esta se convierte en algo real.

Maestro de armas Zon Noret

El maestro mercenario estaba sentado sobre un promontorio de roca y arena, junto a un altar de coral decorado con jacintos frescos. Aquel monumento en memoria de Manion el Inocente ofrecía consuelo y protección contra las máquinas demoníacas, aunque Jool Noret prefería confiar en sus habilidades para la lucha, como había hecho en Ix hacía más de un año.

El joven apartó la vista y miró a través del mar de arena que rodeaba su pequeña isla privada. Veía enemigos imaginarios, objetivos.

Noret solo llevaba puesto un taparrabos ceñido a la cintura. Se acuclilló, forzando los músculos hasta que le dolieron. Pero se negaba a cambiar de posición, a pestañear siquiera, aunque los hilillos de sudor caían sobre sus cejas y le entraban en los ojos.

Y entonces, con la velocidad del rayo, golpeó con su espada de impulsos. El borde disruptor se clavó en el aire en el punto exacto donde Noret quería.

Noret se había prometido no permitir que su habilidad para el combate disminuyera, ni siquiera cuando volvía a Ginaz entre combate y combate. Tenía que seguir entrenando con Chirox, seguir mejorando. Ya había modificado el algoritmo de adaptabilidad del mek mucho más allá de sus límites anteriores. Se probaba a sí mismo una y otra vez, y nunca estaba satisfecho. El sutil reloj de la edad iba avanzando en su interior, y no quería que el tiempo le hiciera perder agilidad. Un pensamiento curioso y enfermizo para un hombre que aún no había cumplido los veintitrés.

Unos meses atrás había vuelto a Ginaz con un grupo de veteranos que iban de camino a Salusa Secundus. Ninguno de aquellos mercenarios furiosos y atezados tenía ganas de perder el tiempo ociosamente por el soleado archipiélago, así que durante semanas estuvieron recorriendo el espacio, siguiendo el perímetro de los Planetas Sincronizados en busca de algún enemigo rezagado. Encontraron y destruyeron un par de naves robóticas de reconocimiento, pero, al ver que no había más objetivos a la vista, finalmente el transporte de tropas se dirigió hacia Rossak y



Ginaz. Después de atravesar el cinturón de asteroides del sistema, llegaron al planeta oceánico.

A Noret no le importó. Deseaba volver a su isla, con Chirox, y afilar sus habilidades como una nanocuchilla. Para matar mejor a las máquinas.

Sin previo aviso, giró dando un salto en el aire y golpeó a su espalda. Desde pequeño había entrenado con diferentes armas, incluidos complejos aparatos que podían eliminar a una docena de robots de combate a la vez. Aun así, siempre volvía a la espada de impulsos de su padre. Era un arma arcaica, pero precisa. El uso de una espada requería de una habilidad que no hacía falta para utilizar granadas descodificadoras u otras armas de fuerza bruta.

«Un combate requiere sobre todo precisión y sincronización, la aplicación correcta de los sentidos y el conocimiento que procede de la experiencia.»

Cuando no estaba destinado a alguna misión del ejército de la Yihad, Jool Noret pasaba horas entrenando solo o con el *sensei* mek. Dado que no deseaba la compañía de otras personas, no había hecho amigos entre los otros soldados que entrenaban en la isla. Solo paraba para beber agua tibia o comer alimentos ligeros, lo suficiente para que su cuerpo pudiera seguir luchando, entrenando y mejorando.

Pronto estaría listo para volver al combate. Él se veía a sí mismo como un hombre cuya única razón de ser era eliminar máquinas pensantes. Algún día su temeridad le costaría la vida, pero antes se aseguraría de llevarse por delante a todos los siervos de Omnius que pudiera.

Abajo, en la arena pisoteada, algunos alumnos lo observaban en un respetuoso silencio. El *sensei* mek estaba con ellos. Noret los veía en su zona de visión periférica, pero no les prestó atención. Él mismo había aprendido mucho observando a su padre, así que podían mirar cuanto quisieran, pero no pensaba hacerles de profesor.

Noret dio la espalda a su público y siguió con sus ejercicios. La gente conocía sus hazañas por los informes de guerra que el Consejo de Veteranos difundía entre los mercenarios que se estaban recuperando y la multitud de entusiastas alumnos. Todos en la isla habían oído hablar de sus triunfos. En su primera misión, Jool Noret se había convertido prácticamente en una leyenda, ya que él solo colocó una bomba atómica que eliminó al Omnius-Ix. Después, en innumerables escaramuzas, derrotó a montones y montones de máquinas.

Pero Noret evitaba los elogios y se negaba a regodearse en la fama. Sentía que no lo merecía.

Sin embargo, en las últimas semanas, la cantidad de alumnos que iban a verlo entrenar ansiosos por aprender sus técnicas era cada vez mayor. Con la boca abierta, observaban sus ataques sobrehumanos contra el mek de combate.

El número de espectadores aumentaba. Algunos de los aspirantes a guerreros suplicaban abiertamente que les diera clases, pero él siempre se negaba.



—No puedo. Todavía no he aprendido lo que necesito saber.

Aunque trataba de ocultarlo, no quería dar clases porque se sentía culpable por la muerte de su padre. Su corazón era como una piedra. Sabía que algún día caería en combate, porque ese era el destino de los de su clase. Pero se prometió hacerlo rodeado de un halo de gloria, llevando sus capacidades al límite. El desinterés que sentía por su seguridad le permitía realizar proezas como las que todos veían durante sus entrenamientos. ¿Qué bien podía hacer ese tipo de combate a otros mercenarios, a no ser que quisieran que los mataran?

Cada día, Noret superaba el nivel más alto de combate que Chirox podía demostrar.

—Otros alumnos desean aprender de ti, maestro Jool Noret —dijo el robot de combate cuando el sol dorado empezaba a bajar sobre el extenso mar—. ¿No es un deber de Ginaz enviar más guerreros a la lucha?

Noret frunció el ceño.

—Mi deber es volver a la lucha. Tengo intención de partir en la siguiente nave. —Levantó su espada de impulsos, escenificando en su cabeza futuros combates contra las perversas máquinas pensantes.

Entonces uno de los alumnos más lanzados se acercó, se atrevió a dirigirse al famoso y solitario mercenario.

—Jool Noret, te admiramos. Eres un azote para Omnius.

—Yo solo hago mi trabajo.

El alumno tenía el pelo oscuro y una piel clara que, después de haberse quemado por efecto del sol y haberse pelado, finalmente se había cubierto de pecas. Era evidente que no era de Ginaz, y sin embargo, había ido hasta allí para aprender. Allí. Era por lo menos cinco años mayor que Noret, y su fuerza procedía de su robusto cuerpo y de sus poderosos músculos. Jamás poseería la agilidad de un diestro mercenario de Ginaz, pero eso no significaba que no tuviera el aspecto de un formidable guerrero.

—¿Por qué te niegas a enseñarnos, Jool Noret? Todos somos armas que esperan que alguien las forje.

Muy tranquilo, Noret repitió unas palabras que se habían convertido en un interminable mantra para él.

—Yo mismo sigo siendo indigno. No estoy preparado para enseñar a nadie.

El otro hombre habló con voz ronca.

—Me arriesgaré. Vengo de Tyndall. Hace ocho años las máquinas pensantes capturaron el planeta, mataron a millones de personas y esclavizaron al resto. Mis hermanas fueron asesinadas, y mis padres. —Sus ojos estaban muy abiertos, llenos



de ira y de lágrimas—. Entonces el ejército de la Yihad lanzó una contraofensiva. Vinieron a Tyndall con un contingente abrumador de soldados y de mercenarios de Ginaz, y expulsaron a las máquinas. Soy libre y estoy vivo gracias a ellos. —El labio superior le temblaba—. He venido aquí porque quiero ser un mercenario. Quiero destruir máquinas. Quiero mi venganza. Por favor... enseñame.

—No puedo. —Noret trató de hacerse el fuerte ante la expresión alicaída del refugiado de Tyndall—. Sin embargo —dijo, volviéndose hacia Chirox después de pensarlo mucho—, no me opondré si tú deseas entrenar a los candidatos por mí.

Aunque era un entrenador poco ortodoxo y los instructores más veteranos lo miraban con bastante escepticismo, el robot de combate empezó a dar clases a los jadeantes y ambiciosos peregrinos que iban a la isla de Noret.

A los pocos días de partir su amo, Chirox aceptó a dos alumnos, luego a doce, y finalmente acabó dirigiendo varios turnos de entusiastas mercenarios, todas las horas del día y de la noche. Les enseñaba las técnicas básicas para destruir robots. Él no necesitaba descansar.

Cada día, muy temprano, los alumnos se entregaban a los entrenamientos con toda la vehemencia que podría desear un maestro. Todos querían ser como el legendario maestro de Ginaz, aunque cuando les preguntaban, ninguno sabía decir exactamente por qué su ídolo era diferente de otros mercenarios. Solo sabían que era excepcionalmente rápido.

Cuando el *sensei* mek consideraba que un alumno estaba preparado, lo enviaba para que se le aceptara como mercenario oficial de Ginaz. Después de proclamarse seguidores de Jool Noret, cada uno extraía un disco de coral de una canasta y adoptaba el espíritu de un mercenario caído.

Y entonces partían para poner sus habilidades al servicio del ejército de la Yihad.



Capítulo 72

Los cabos sueltos siempre se los arreglan para estrangularte.

General Agamenón, Nuevas memorias

En el exterior de las cámaras del Consejo de la Yihad, un nuevo estandarte proclamaba: «¡Bela Tegeuse liberada!». Ahora que el Omnius local había sido destruido, el planeta estaba prácticamente desprotegido, esperando a que lo conquistaran... si el ejército de la Yihad podía reaccionar con la suficiente rapidez.

Hécate había cumplido su promesa, aunque se había tomado su tiempo para informar a Iblis Ginjo. El hombre no sabía nada. De haber conocido sus planes de antemano, podía haber tenido al ejército preparado para atacar y haberse atribuido el mérito de otra perfecta victoria.

Pero después de llevar tanto tiempo viviendo, la titán no parecía excesivamente preocupada. Cuando la presionó, ella se mostró petulante, hasta indignada.

—Le di a tu representante todos los detalles, tal como me indicaste. Quizá deberías comprobar si no se ha producido también un fallo general en vuestro sistema de comunicaciones. —A Iblis aquel tono burlón le molestó, pero Yorek Thurr insistía en que no había recibido ningún mensaje.

Bela Tegeuse seguía esperando, herido. Y el Gran Patriarca estaba convencido de que a aquellas alturas la respuesta llegaría demasiado tarde. A pesar de ello, dirigió un encendido debate en el Consejo. Incluso si fracasaba siempre podía decir que había tenido una visión.

Tras enterarse del ataque a Bela Tegeuse, Iblis preparó cuidadosamente una falsa carta y una petición de un grupo ficticio de supervivientes del desastre de Comati. Bajo el nombre de «guerreros por la paz», estos supuestos humanos describían lo sucedido, la llegada de una misteriosa nave que había destruido al Omnius local, y suplicaban a la Liga de Nobles que enviaran ayuda militar inmediatamente, antes de que las máquinas pudieran recuperar el control.

—¡Las calles y edificios de Bela Tegeuse están cubiertos de máquinas destrozadas e inoperativas! El Omnius planetario no funciona. ¿Qué mejor oportunidad para atacarles? —dijo con su voz más persuasiva—. Grupos de civiles están atacando a las defensas robóticas supervivientes, pero no tienen capacidad militar. Esta es nuestra



oportunidad de triunfar donde antes hemos fracasado. ¡Imaginad lo que significaría para la Yihad una victoria en Bela Tegeuse!

Pero otros, escocidos aún por la primera y sangrienta batalla que hubo en el planeta en los inicios de la Yihad, querían más información, querían enviar un equipo de reconocimiento, reunir una fuerza militar lo bastante importante para no correr riesgos. Iblis se sentía cada vez más decepcionado; sabía que, cada minuto que perdían, las máquinas se recuperaban un poco más.

Y Serena no estaba allí. Tras delegar en él parcialmente la responsabilidad de las decisiones, había regresado a la Ciudad de la Introspección para preparar su partida inminente hacia el sistema de Thalim, donde visitaría las granjas de órganos de Tlulax.

Antes las cosas funcionaban de forma mucho más eficaz, cuando él personalmente estaba al frente de todo.

El debate se dilató hasta bien entrada la noche. Un representante militar, el primero Vorian Atreides, estaba sentado a la mesa con una expresión tan turbada e impaciente como la de Iblis. Este oficial de alto rango, que había regresado recientemente después de establecer una avanzada militar en el planeta no alineado de Caladan, había hecho un anuncio sorprendente: contó que había utilizado una versión alterada de Omnius y había engañado a un capitán robot, que había entregado la mortífera versión a muchos de los Planetas Sincronizados.

Tras horas de debate, Vor dio un largo suspiro y comentó:

—Bela Tegeuse está ahí, esperando. Si seguimos hablando y hablando, no hará falta decidir nada. Omnius no esperará.

Esto hizo que algunos miembros del Consejo vacilaran. Dos de ellos se mostraron moderadamente de acuerdo, y los demás no les discutieron sus argumentos.

El Gran Patriarca veía a su compañero huido de la Tierra como un poderoso aliado, al menos en aquella cuestión. Viendo que la opinión general se volvía en favor de Vorian, Iblis recomendó:

—¡Escuchad al primero Atreides! Es un hombre de acción, un experto en estos asuntos. —Al mirar a los miembros del Consejo, Iblis se dio cuenta de que ahora seguían a Serena Butler, que ya no eran unos simples monigotes que hacían lo que él les decía. Eso le hizo sentirse extrañamente inepto. ¡Lo que había que hacer estaba tan claro!

Una puerta lateral se abrió en ese momento, y el primero Xavier Harkonnen entró apresuradamente después de terminar con los preparativos para acompañar a Serena a Tlulax. Se le veía cansado y ojeroso, y llevaba el uniforme inusualmente desaseado. Miró a los presentes en aquella sala abovedada, vio a Vorian Atreides y fue a sentarse a su lado.

—¿Ha establecido el Consejo algún plan?



—Demasiada cháchara —le contestó Vor en voz baja—. He recomendado que se envíen una o dos divisiones mientras preparamos un ataque en toda regla, pero apenas he terminado la frase ya estaban todos discutiendo. Algunos me apoyan, la mayoría seguramente, pero los pocos que no están convencidos están frenando el proceso. Algunos han utilizado tu oposición a la trampa que preparé con el virus informático en Anbus IV para desacreditarme.

—Normalmente soy yo el que aboga por una acción más directa y tú el que prefieres métodos más sutiles —dijo Xavier con una sonrisa cansada.

Tras un breve descanso, un representante de Kirana III tomó la palabra. Era un hombre pequeño y moreno, con bigote negro, y propuso que pospusieran la decisión para poder estudiarla con mayor detenimiento, «para que pudieran enfrentarse a aquella decisión tan importante con la mente clara». Propuso que el Consejo reuniera toda la información disponible y retomara el debate la semana siguiente.

Varios representantes apoyaron la moción.

—¿La semana que viene? —exclamó Vor poniéndose en pie.

—¡Es demasiado tiempo! —gritó Xavier.

—¡Todo estará perdido! —dijo Iblis con desesperación, consciente de que tendría que ganarse los votos. No recordaba haber fracasado nunca tan estrepitosamente ante el Consejo de la Yihad.

—Con el debido respeto, este Consejo tiene muchos asuntos importantes que tratar —dijo el representante de Kirana.

Furioso y decepcionado, Iblis bajó la cabeza y ni siquiera se atrevió a mirar a los dos primeros a la cara. Los tres sabían que volverían a perder Bela Tegeuse. Innecesariamente.

—Tengo una pregunta, general Agamenón —dijo el Omnius-Corrin. La voz de la supermente, que salía de todas partes a la vez, era tranquila pero extremadamente amenazadora—: ¿Quieres que haga retirar y pulverizar tu cerebro? —Cada palabra sonaba más fuerte que la anterior y vibraba por toda la estructura de metal líquido de la ciudadela central—. He decidido que es una respuesta apropiada a tus numerosos errores y fracasos.

El titán, con un cuerpo blindado dorado cubierto de púas y puertos para armas, replicó:

—No os aconsejaría que le hicierais algo así a un cimek tan valioso como yo, después de diez siglos de servicio productivo a los Planetas Sincronizados. Soy uno de los tres titanes originales que quedan. —Agamenón sabía que las restricciones introducidas en su programación le impedirían cumplir su amenaza.



A su alrededor, las paredes sin ventanas de la ciudadela empezaron a abrirse y cerrarse en una vertiginosa variedad de colores y formas. Aquella cámara flexible y cambiante, que a veces parecía inmensa, se redujo considerablemente, como si quisiera aplastar al titán. De pronto, cuando las paredes estaban a escasos centímetros de él, volvió a expandirse, como si inspirara profundamente.

A continuación, la ciudadela empezó a serpentear como una serpiente, y Agamenón tuvo que utilizar los estabilizadores de su cuerpo móvil para mantener el equilibrio. Nunca habría esperado un comportamiento tan inmaduro de una supermente informática, era como un crío *con* una rabieta. Quizá el software dañado de la versión corrupta del Omnius-Tierra seguía afectándole y provocaba ese peculiar comportamiento.

«Estas máquinas merecen que las venzamos, que las destruyamos... con Jerjes o sin él.» Agamenón hizo un esfuerzo para evitar que su cuerpo mecánico se crispara.

—¿Crees que no podría encontrar la forma de librarme de las restricciones que Barbarroja introdujo en mi programa de base? —preguntó Omnius—. Sería un grave error por tu parte que subestimaras mis capacidades.

Agamenón pensó en lo que acababa de decirle. Si la supermente había descubierto cómo burlar la orden primaria de no perjudicar a ninguno de los veinte titanes, ¿no los habría destruido hacía tiempo?

—Me limitaré a recordarte que sigo siendo muy útil, Omnius. Vuestro imperio mecánico se ha beneficiado enormemente de mi éxito en las operaciones militares. Mi cuerpo es una máquina, mientras que mi cerebro es humano. Yo represento lo mejor de los dos mundos.

—Tu base mental orgánica sigue siendo defectuosa. Te iría mucho mejor sin ella.

Agamenón no entendía a qué venían aquellas protestas, pero conservó la calma.

—Mi cerebro humano me permite entender mejor al enemigo. Las máquinas pensantes, con su lógica y eficacia, no pueden entender la naturaleza caótica del hombre. Tácticamente sería un grave error que no aprovechéis todos vuestros recursos.

Debajo del cimex el suelo se hundió, porque la altísima ciudadela se contrajo hasta el nivel de la calle. De pronto la sensación de movimiento cesó y las paredes de metal líquido se volvieron totalmente transparentes, lo que dio a Agamenón una panorámica nocturna de la ciudad robótica. Deslumbrantes luces azules brillaban en el exterior del edificio; naves robóticas pasaban volando por encima.

—Ese asunto de Hécate me disgusta, si es esa realmente su identidad. —El volumen de la voz de Omnius fue como una bofetada para el cimex—. Es uno de tus titanes, y debería estar bajo tu control. Recientemente ha provocado graves daños en Bela Tegeuse.



—Es una ex titán. Hécate ha estado escondida durante mil años. No me considero responsable de sus actos.

— Tendrías que haberle seguido la pista y haberla eliminado. Hace mucho tiempo.

—Pero vos me teníais ocupado con otros asuntos, Omnius. Nunca me habéis dado permiso para que pasara décadas buscando a alguien que, hasta hace poco, no había causado ningún problema.

Agamenón tenía la sospecha de que aquella ostentosa ira de Omnius no era más que un farol, otra irritante forma de intimidación. ¡Como si la supermente supiera algo de manipulación!

—Esta es mi generosa decisión, Agamenón: te permitiré vivir un poco más, pero debes acabar con Hécate. Asegura nuestra posición en Bela Tegeuse e instala una copia completa de mi supermente antes de que los humanos puedan establecer una avanzadilla en el planeta. Tienes que darte prisa. —De pronto, las paredes transparentes volvieron a sellarse con sus barreras de metal líquido.

—Sí, Omnius, haré como ordenéis.

La voz cambió y le llegó desde un único punto. Desde arriba.

—Entonces este es el trato. Si te libras de Hécate, vivirás. Pero si fracasas, te aplastaré.

—Siempre es mi deseo servirlos adecuadamente, Omnius. Pero, como bien decís, la parte humana que queda en mí me hace ser imperfecto.

—Me diviertes, Agamenón. Pero eso no es suficiente.

El general cimek salió de la ciudadela lleno de rabia y siguió calle abajo con su inmenso cuerpo de combate. Al ver a dos esclavos humanos por las calles de Corrin, se desvió de su camino expresamente y los aplastó contra una pared. Otros humanos de confianza corrieron a cobijarse en los edificios más próximos.

Durante siglos, Agamenón y su grupo menguante de titanes habían servido a Omnius porque no tenían elección. Ahora el general deseaba más que nunca mover ficha. Al menos el necio de Jerjes ya no volvería a entrometerse.

La determinación palpitaba en su interior como si se la hubieran infundido. Ya había esperado suficiente. Beowulf, su nuevo aliado, había localizado bastante más de cien neos secretamente desleales. Tenía que aprovechar la oportunidad. Ahora.

No encontraría momento ni lugar mejor que Bela Tegeuse.



Capítulo 73

La mente humana, cuando no se enfrenta a ningún desafío real, no tarda en estancarse. Así pues, para la supervivencia del humano como especie es esencial que cree dificultades, que las afronte y las supere. La Yihad Butleriana fue producto de este proceso en su mayor parte inconsciente, y sus raíces se remontan a la decisión originaria de ceder demasiado control a las máquinas pensantes y la inevitable aparición del imperio de Omnius.

Princesa Irulan, Lecciones de la Gran Revuelta

Dado que la colonia fronteriza de Kolhar tenía pocos negocios, Aurelius Venport nunca había estado allí. Aquel planeta desolado e inactivo no era un lugar donde él pudiera ver posibles beneficios.

Pero, en cuanto recibió el mensaje de Norma —¡estaba viva!—, no se le ocurrió un lugar mejor al que ir. Habría ido a donde fuera por verla, a pesar del críptico comentario que le hizo.

—No te sorprendas por nada de lo que veas.

Venport era un hombre de negocios, y sabía que las sorpresas muchas veces se traducían en pérdidas. VenKee Enterprises sacaba grandes beneficios con negocios bien planificados basados en sólidas prácticas empresariales, la experiencia personal y el instinto. Y a pesar de ello, no se le ocurría una sorpresa más agradable, más deliciosamente inesperada, que saber que su querida y preciosa Norma había sobrevivido.

Recibió el escueto mensaje cuando estaba en los campos farmacéuticos de Rossak, y en él no le daba detalles. ¿Cómo había escapado de la revuelta de Poritrin? ¿Qué había pasado con el prototipo? ¿Dónde estaba Tuk Keedair? ¿Por qué y cómo había ido a parar a Kolhar?

Cuando llegó al discreto puerto espacial, Venport se quedó perplejo al ver que Zufa Cenva iba a recibirlo. Su ex amante parecía cambiada, su expresión era menos agria, su belleza glacial tenía cierta calidez.

—Zufa, ¿qué haces aquí? He recibido un mensaje de Norma...

—Yo también. —Su actitud parecía más positiva que en los años que estuvieron juntos, menos dura, más optimista—. Te vas a llevar una gran sorpresa, Aurelius. Esto lo va a cambiar todo en la Yihad.



Sin embargo, a los pocos momentos Zufa volvía a ser la de siempre y, con un irritante aire de superioridad, se negó a contestar a ninguna de sus preguntas. Le aseguró que Norma estaba sana y salva, pero no dijo más. Aurelius, impaciente, la miró con el ceño fruncido. Zufa siempre andaba con sus juegucitos mentales, como un luchador que trataba de echarle la pierna encima.

En un taxi-rail, Zufa se lo llevó de la ciudad a un lugar aislado en una llanura cenagosa y fría rodeada de montañas escarpadas. El suelo, cubierto a tramos de nieve sucia y trozos de hielo, crujía bajo los pies del comerciante, que siguió a la mujer hasta una sencilla cabaña de troncos. Un banco desnudo era lo único que había en el pequeño porche exterior. En uno de los lados de la casa, un toldo protegía una pila de leña, aunque Venport no veía árboles por ningún lado.

Zufa cruzó el porche y, tras abrir la puerta le indicó que la siguiera. Venport no se molestó en preguntar, y se limitó a entrar a toda prisa, con la esperanza de encontrar a Norma dentro. Recordó el mensaje —«No te sorprendas por nada de lo que veas»— y respiró hondo. Entró en la modesta casa, sonriendo.

Dentro, notó el calorcito de una chimenea natural, el resplandor rojizo del fuego. El dulce olor de la madera impregnaba el aire. Una mujer alta y sorprendentemente adorable, con el pelo dorado y la piel lechosa, se volvió hacia él, sonriendo, riendo, con una expresión alegre como la de una niña. ¿Qué hacía allí una de las hechiceras de Zufa?

—¡Aurelius! —Y corrió hacia él.

La mujer lo abrazó, pero él estaba perplejo.

—¿Norma? —La separó un poco de su cuerpo para poder mirarla con atención. Los ojos eran azul claro, chispeantes; aquel rostro perfecto lo dejó sin aliento—. ¿Mi pequeña Norma?

Al ver la cara que ponía, ella se echó a reír.

—He crecido.

Venport se volvió hacia Zufa, suplicando en silencio que se explicara, pero ella se limitó a asentir.

—Aurelius, soy yo... Norma. De verdad. —Le echó las manos a los hombros y lo acercó a su lado.

Finalmente, viendo que realmente aquellos eran los ojos que tantas veces le habían mirado durante los cálidos momentos y las deliciosas conversaciones que habían compartido, Venport la abrazó, sintiendo que se derretía. Ahora, los ojos eran de un color diferente, pero el alma que se adivinaba a través de ellos era la misma. La abrazó con fuerza, la meció contra él y hundió su rostro entre sus largos y delicados cabellos.



—No me importa el aspecto que tengas, Norma, mientras sepa que eres tú y que estás bien.

Norma se inclinó para besarlo, con timidez, pero al ver que Venport respondía, se animó. Su adorable rostro estaba lleno de alegría, y su voz profunda y gutural sonaba auténtica. Y aquellos ojos... aquellos ojos tenían una mirada tan profunda. Las pestañas eran largas y negras.

Zufa los observaba, algo incómoda, pero a Venport no le importaba.

—Yo... yo fui a Poritrin. Busqué por todas partes, pero nadie sabía nada. La ciudad de Starda ha sido destruida. Tio Holtzman ha muerto, junto con lord Bludd y cientos de miles de personas. El prototipo ha desaparecido, tu laboratorio ha sido saqueado. Y no pude encontrar a Keedair por ningún lado.

Norma frunció el ceño.

—No tengo ni idea de qué pasó con Keedair. Anularon su visado, y estaba a la espera de que lo deportaran, igual que yo. Me temo lo peor.

—Yo también.

—No importa si el prototipo ha desaparecido, Aurelius, porque ahora sé muchas más cosas. Sé cómo plegar el espacio y cómo construir las naves. Viajarán más deprisa que ninguna nave conocida. Debes construirlas... aquí, en Kolhar. En realidad, a partir de ahora te quiero siempre aquí, conmigo.

Entonces, todavía abrazado a ella, porque no quería apartarse de su lado, escuchó mientras Norma se lo explicaba todo.

Mientras trataba de asimilar aquella historia increíble, Venport le sonrió con expresión pensativa.

—Me costará un poco acostumbrarme a esta nueva... encarnación tuya, Norma. Ya sabes que estaba muy encariñado con la otra versión. Si lo recuerdas, hace tiempo te hice una importante propuesta, y tú prometiste contestarme cuando nos volviéramos a ver. Yo... siento que hayamos tardado tanto.

La mirada de Norma venía de muy adentro de aquellas hermosas facciones. Estaba pensando, como si infinidad de ideas y posibilidades pasaran simultáneamente por su cabeza, con una rapidez y eficacia que ningún humano lograría. Venport la abrazó. Se notaba tenso, no estaba seguro de cuál sería la respuesta.

Finalmente, ella habló.

—Te necesito a mi lado, Aurelius. Necesito tu apoyo y tus conocimientos. Y el matrimonio nos facilitará mucho las cosas.

Aurelius tardó un momento en comprender que le estaba diciendo que sí. Se rió entre dientes y la abrazó con más fuerza.



—Norma, Norma... voy a tener que enseñarte a ser un poco más romántica.

Zufa dio un bufido, pero él no hizo caso.

Norma parecía sorprendida de sí misma.

—Oh, por supuesto que quiero estar contigo más que con nadie en todo el universo, Aurelius. Pero la nuestra será una relación que irá más allá del plano personal o los negocios. Juntos, tú y yo crearemos el futuro de la humanidad. Mi visión es tan clara..., y tú eres parte esencial de ella..., tú y mi madre.

La expresión de Zufa se veía más tensa a cada momento que pasaba. Venport entendía que se sintiera incómoda: durante años él había sido su amante, y ahora quería casarse con su hija. Pero la eminente hechicera había dejado de verlo como un compañero hacía mucho tiempo.

—Sí, Norma. —La voz de Zufa tenía un algo de admonitorio, como si intuyera consecuencias que ellos aún no podían imaginar—. Quizá necesites ayuda para no perder tu humanidad.

Venport solo hacía que pensar en la bellísima persona que Norma había sido siempre por dentro, y esperaba que la esencia de aquella destacable mujer no se hubiera perdido durante la transformación física.

—Te prometo una cosa, Aurelius —dijo Norma—. A partir de ahora tu vida no volverá a ser aburrida.

Fuera, mientras miraba aquella extensión de marismas heladas y arbustos grises, a Venport no le pareció que su nueva base de operaciones fuera gran cosa. Pero Norma extendió los brazos y describió lo que veía para Kolhar.

—Estas llanuras indómitas serán perfectas como zona de aterrizaje, almacenamiento y para las instalaciones necesarias para el mantenimiento. Podemos construir mil naves tan grandes como queramos, inmensos cargueros espaciales, y poderosas naves de guerra.

Le habló de aquel inmenso proyecto de construcción, de lagos y marismas que habría que desecar, ríos que habría que desviar. Venport no quería ni pensar en la cantidad increíble de trabajadores que necesitarían, de materiales extraplanetarios, de maquinaria pesada... y la inimaginable inversión que aquello exigiría. La miró, sintiendo que un extraño temor le carcomía.

—¿Y... el coste?

—Astronómico —dijo Norma, riendo entre dientes por su ocurrencia—. Pero los beneficios serán algo sin precedentes. Te lo garantizo. Nuestras naves serán más veloces que ninguna nave convencional de la actualidad. Los mercaderes de la competencia se irán a la bancarrota tratando de seguir nuestro paso.



—Piensa en tu deber como patriota, Aurelius —agregó Zufa—, no solo en los beneficios. Estas naves transportarán a las fuerzas de la Liga por el espacio en segundos, y eso nos permitirá desconcertar a las máquinas. No sabrán dónde apareceremos la próxima vez. Al menos, podremos ganar la guerra.

Venport tragó con dificultad.

—Me canso solo de pensarlo. Pero ¿cómo voy a comprometer tantísimos recursos sin saber dónde está mi socio? Nadie sabe dónde está Keedair.

—Tienes que decidir lo que consideres más correcto, Aurelius —replicó Norma—. Tú sabes lo que tienes que hacer. No podemos esperar. La Yihad no puede esperar.

Venport miró a la más joven de las dos mujeres, pero no fue su increíble belleza lo que vio. En su intensa mirada reconoció a la vieja Norma, su querida amiga, y supo que no podía fallarle.

—Nunca he dejado de creer en ti —dijo—. Pagaré lo que haga falta.

La noche siguiente, Venport cenó con Norma en su cabaña. Zufa ya se había metido de lleno en las actividades necesarias para poner en marcha la inmediata construcción de los astilleros. Sus recelos personales hicieron que los dejara solos.

Al principio, Venport se sintió abochornado e incómodo, pero luego no le importó. El solo quería estar con Norma y no dejaba de maravillarse por haberla encontrado con vida, a pesar de sus temores.

Tenían un agradable fuego encendido, y estaban disfrutando de una comida que Zufa les había mandado con los primeros trabajadores contratados para el equipo inicial de construcción. La pareja estaba sentada a la mesa, frente a frente, comiendo perdiz de la estepa asada con menta y patatas dulces de Kolhar, servidas con vino salusano de importación con un toque de melange. Venport sabía que pronto tendría que vigilar cada céntimo que invertía allí, pero jamás escatimaría en una comida especial con Norma.

Cuando miraba su rostro, aún no acababa de creer lo que veía. Era increíblemente hermosa, aunque cuando veía a la vieja Norma en sus gestos, en la delicada curva de su sonrisa, su anhelo era mucho mayor.

—No tenías que cambiar tu aspecto por mí —le dijo—. Ya te había pedido que te casaras conmigo tal como eras.

Ella rió, como si no se le hubiera pasado por la imaginación rehacer su cuerpo de aquella forma para ser más atractiva a sus ojos.

—Me limité a rehacer mi cuerpo basándome en los mejores rasgos genéticos de mi línea materna. —Sin embargo, mientras hablaba, apartó la mirada y Venport supo que sí se le había ocurrido—. Pero me alegra que te guste el resultado.



Se sentaron juntos sobre una alfombra blanca ante el fuego.

—Esto es un escenario típicamente romántico, ¿verdad? —preguntó Norma—. Siempre imaginaba así a los amantes. Nunca pensé que algún día me pasaría a mí, y desde luego no con un hombre tan increíble como tú.

Venport le sonrió y dio algunos sorbos a su vaso de vino.

—No soy nada del otro mundo, Norma. —El genio de Norma le intimidaba, pero a veces, como en aquellos momentos, le parecía increíblemente inocente e ingenua. La miró por encima del borde de su vaso—. ¿Estás tratando de seducirme?

Ella pareció realmente sorprendida; su voz sonó algo decepcionada.

—¿Tanto se me nota? No lo estoy haciendo nada bien, ¿verdad?

—El romanticismo es un arte, querida mía. No es que yo tenga mucha experiencia, pero te puedo enseñar un poco. —Venport se acercó y la cogió entre sus brazos; ella pareció derretirse contra su cuerpo. Toda la torpeza de Norma desapareció—. Tu madre me eligió como compañero de apareamiento por mis rasgos genéticos, pero en ese aspecto le fallé.

El día anterior, cuando supo que Zufa Cenva esperaba un hijo del Gran Patriarca, sintió una punzada de pesar al recordar los años que habían pasado juntos, las veces que había tratado de dar a la gran hechicera una hija digna. Pero todos sus embarazos acabaron en aborto.

No quería pensar en aquello. No en aquellos momentos.

Norma alzó el mentón.

—Nuestros hijos no serán una decepción, Aurelius. Yo me encargaré personalmente, manipulando cada célula si es necesario.

Venport la miró, luego miró hacia las cortinas de encaje que tapaban las ventanas. En el extenso llano del exterior, pronto empezarán los trabajos de construcción, bajo un implacable programa.

—¿Cómo vas a tener tiempo para hijos? ¿Estás segura de que no será un sacrificio demasiado grande para ti?

Norma le dedicó una mirada tan penetrante que a Venport le pareció que podía mirar a través de sus ojos y ver su pensamiento.

—No me importa, es una parte importante de la vida de una mujer. No quiero desaprovechar esta oportunidad.

Venport la besó en la boca; luego se apartó y la miró con dulzura, empapándose del intenso y apasionado azul de sus ojos. Trató de analizar lo que él mismo sentía, separándolo de lo que siempre había sentido por la otra Norma. Sí, no podía negar que, ahora que empezaba a acostumbrarse a aquella figura más hermosa, el deseo era



mayor... y eso le hizo sentirse avergonzado. Si realmente la amaba, ¿qué importancia podía tener su apariencia?

Entonces se dio cuenta de que Norma había escogido esa apariencia para complacerle.

—Eres el único hombre que se ha fijado en mí —le dijo ella—. No sé muy bien qué hay que hacer ahora.

—Confía en mí, en eso sí te puedo ayudar. —Y le acarició el pelo largo y rubio.



Capítulo 74

En mis investigaciones acerca de la cultura humana, me he encontrado con familias no tradicionales y padres que no estaban genéticamente vinculados a los hijos que tenían a su cargo. Nunca había entendido plenamente el sentido de estas relaciones, hasta que empecé a trabajar con Gilbertus Albans.

Diálogos de Erasmo

Erasmo andaba arriba y abajo por su estudio, pisando los círculos cobrizos que el sol que se filtraba por una gruesa ventana dejaba en el suelo. El robot se dio cuenta de que, estableciendo un paralelismo con el comportamiento de los humanos, podía decirse que estaba algo nervioso. El material ya estaba preparado, pero era la primera vez que pasaba por una prueba así con Gilbertus. Según indicaban los estudios acerca de la vida doméstica de los humanos y las culturas antiguas, aquello era un rito de pasaje para el hombre joven.

Si al menos pudiera delegar la tarea... Pero Erasmo no tenía una mujer que se responsabilizara de estas cosas. ¿Una esclava tal vez? No, no quería que nadie desbaratara los progresos que había logrado con su joven pupilo.

El robot había considerado el problema con detenimiento y había tratado de buscar la mejor manera de abordar aquel asunto tan delicado con el joven. Para una máquina pensante, aquello no tenía ningún misterio, no era más que una curiosidad biológica, un proceso natural confuso e ineficaz. Pero para muchos humanos parecía ser algo especial, incluso místico.

No tenía ninguna lógica. Era como si una máquina se sintiera reacia a hablar del concepto de software y hardware, de inteligencia artificial, de la forma en que se fabricaban, ensamblaban y conectaban las diversas máquinas... la miríada de métodos posibles para duplicar e intercambiar las esferas de actualización.

El acto de la creación.

Sobre su escritorio ornamentado, el robot tenía dibujos y literatura sobre el tema. Había dos maniquís humanos apoyados en un sofá, abrazados. Podía haberse limitado a utilizar un esclavo y una esclava de las cuadradas para que hicieran una demostración, pero eso habría sido demasiado fácil. Erasmo quería saber lo que significa ser humano, no quería eludir sus deberes «paternos».



Los humanos llamaban a esta función corporal «sexo», y había otras palabras, algunas de las cuales no se consideraban aceptables en un entorno educado según los antiguos escritos de diferentes civilizaciones. A Erasmo esto también le parecía curioso. ¿Cómo es posible que una simple palabra ofenda?

El robot pronunció diversas palabras que aludían al acto de copular, dejando que cada una brotara libremente de sus labios de metal líquido para comprobar su efecto. Repitió algunas de ellas, las que socialmente se consideraban menos aceptables. Nada. No le hacían ningún efecto. Sencillamente, no entendía a qué venía tanto revuelo.

El funcionamiento de las máquinas pensantes era mucho más sencillo y directo... salvo el de un robot curioso como él. Tantas preguntas y enigmas podían resultar muy decepcionantes.

Erasmo había empezado a investigar la naturaleza humana porque las complejidades de la especie le parecían interesantes y extrañas. Él quería asimilar las partes del cerebro y la conciencia humanas que quedaron fuera cuando diseñaron las primeras máquinas de inteligencia artificial. Pero, desde luego, no tenía ningún deseo de convertirse en humano. Él quería lo mejor de los dos mundos.

El joven Gilbertus había abierto la mente del robot a nuevos aspectos de su investigación. Curiosamente, conforme el proyecto avanzaba, Erasmo empezó a descubrir más cosas acerca de su relación con el joven adoptado (que tenía aproximadamente doce años) cuando sus hormonas se hicieron más activas. Dos años atrás, cuando aceptó el desafío de Omnius, en ningún momento pensó en términos de padre e hijo. Al principio parecía totalmente absurdo, imposible en un sentido fisiológico y emocional. Pero conforme enseñaba al joven e iba observando sus progresos, empezó a sentirse orgulloso de lo que veía y todo encajó.

De forma casi espontánea.

Entre los dos se había formado un curioso vínculo, y disfrutaban enormemente de la compañía del otro, con unas pocas y notables excepciones. Los experimentos sobre el pánico que Erasmo había realizado en las cuerdas de los esclavos no funcionaron muy bien, pero quizá con el tiempo eso cambiaría. Sorprendentemente, Erasmo descubrió que aprendían el uno del otro. Con todas las investigaciones que había realizado hasta la fecha, estaba seguro de poder afrontar aquella tarea sin ningún problema. Si por lo menos pudiera superar aquella inexplicable inquietud...

¿Se habría instalado algún reducto del puritanismo de los humanos en sus programas operativos? Eso lo explicaría, o quizá experimentaba aquella sensación artificial porque deseaba sentirla para comprender mejor el dilema al que históricamente debían enfrentarse los padres humanos.

Erasmo siempre era puntual, en cambio el chico siempre llegaba tarde. Con frecuencia se distraía con otros asuntos, se entregaba con cierta fascinación a



experiencias y objetos y después se lo contaba a su mentor. El robot lo consideraba un defecto, pero totalmente humano.

Oyó un golpecito seco en la puerta, que se deslizó y se abrió. Un joven desgarbado entró lentamente, con el pelo de color de paja revuelto y el rostro enrojecido. Evidentemente, había ido hasta allí corriendo.

—Llegas tarde, como siempre. —Erasmus puso una expresión severa en su rostro de metal líquido.

—Lo siento, señor Erasmus. Pero esta vez solo son nueve minutos. Ayer fueron...

—Empecemos nuestra lección sin más dilaciones. —Erasmus quería acabar con aquello—. Te he preparado algunos dibujos, además de explicaciones detalladas y demostraciones acerca de la procreación del humano. Espero que te resulten instructivos.

El joven parecía curioso, pero no incómodo.

—¿Es otra clase de biología? ¿Vamos a diseccionar algo?

Hasta la fecha, Erasmus solo había diseccionado los cuerpos de animales inferiores ante el joven, pero algún día pasaría a los humanos. Tenía que tomárselo con calma, no quería provocar su rechazo ni tratar de hacerlo avanzar demasiado deprisa. Algunas de las reacciones de Gilbertus a la violencia demostraban excesiva sensibilidad.

—No... esta vez no. Por ahora trataremos solo la teoría de la reproducción biológica, aunque puedo arreglarlo para que pongas las técnicas en práctica si sientes esa necesidad.

El joven asintió y observó con atención mientras el robot se dirigía hacia el sofá para examinar los maniqués, anatómicamente muy correctos, que había preparado.

—Como verás, aquí tenemos dos figuras humanas básicas, macho y hembra. Van vestidos con ropas tradicionales, y exteriormente son una reproducción exacta. —Hizo una señal al joven—. Acércate, por favor. Como habrás notado, el hombre y la mujer se están abrazando, y él tiene la boca cerca de la oreja de ella.

Obedientemente, Gilbertus siguió al robot plateado y miró con atención la escena. Erasmus trató de centrar sus pensamientos y mantener la compostura.

—Los maniqués no están dotados de mecanismos para realizar una simulación completa, así que tendrás que imaginar lo que sigue. Parece ser que se trata de un paso necesario para un correcto ritual de cortejo. El hombre besa la oreja a la mujer, la lame y luego le promete amor eterno. Tradicionalmente, esto hace que la mujer entre en celo. —Miró al joven con expresión severa—. ¿Hasta aquí lo has entendido?

Gilbertus asintió. Para consternación de Erasmus, el joven manifestaba escasa curiosidad y no parecía incómodo, ni manifestaba ninguna necesidad compulsiva.



—A continuación, el hombre besa a la mujer en la boca. En este punto los dos empiezan a salivar con profusión —dijo con tono profesional—. La salivación es una pieza clave en la procreación. Por lo visto, el sentido de los besos es el de hacer más fértil a la mujer.

El joven asintió, y esbozó una media sonrisa. Erasmo supuso que eso significaba que lo entendía. ¡Bien! El robot empezó a frotar las caras de los dos maniquís con fuerza.

—Bueno, lo que viene ahora es muy importante —dijo Erasmo—. Salivación y ovulación. Recuerda estos dos conceptos y habrás comprendido la base del proceso reproductor del humano. Después de besarse, el coito se inicia enseguida. —Ahora hablaba bastante más deprisa—. Y eso es todo lo que tienes que saber sobre la copulación entre humanos. ¿Tienes alguna pregunta, Gilbertus.

—No, señor Erasmo —dijo el joven—. Creo que lo ha explicado todo muy bien.



Capítulo 75

Algunos milagros no son más que pesadillas disfrazadas.

Serena Butler, Ecos de la Yihad

En su visita a las famosas granjas de órganos de Tlulax, Serena invitó a que la acompañaran Rajid Suk, un talentoso médico de campaña, y el primero Xavier Harkonnen, en calidad de representante militar de la Liga. El viaje al sistema de Thalim duró un mes entero. A pesar de la importancia de la misión, la decisión de apartar a aquellos dos importantes hombres de su puesto en el campo de batalla fue difícil para ella. Después de todo, los viajes estelares se hacían tremendamente largos, y todos los días moría gente.

El joven Suk había hecho un uso amplio e incluso milagroso de los productos de las granjas de órganos; había salvado a miles de veteranos heridos en combate. Después de la primera batalla de Zimia, uno de los predecesores de Suk se encargó de la intervención que permitió al primero Harkonnen tener unos pulmones nuevos.

Para ella, aquellos dos hombres eran héroes.

La expedición avanzaba con gran parsimonia. El carguero de Rekur Van se les había adelantado; llevaba a Iblis Ginjo, supuestamente para tenerlo todo preparado a su llegada, aunque Serena sospechaba que el motivo era otro. Iblis aún tenía secretos.

Finalmente, la nave entró en la órbita del planeta Tlulax. Serena estaba impaciente por bajar a la superficie y pasear bajo el sol de Thalim. Había pasado demasiado tiempo en el espacio. Una docena de impecables serafinas con sus túnicas blancas la acompañaban.

Sonriendo con orgullo, Serena esperó en su camarote a que la lanzadera estuviera preparada. Ningún representante oficial de la Liga había hecho nunca una visita a los mundos insulares y misteriosos de Tlulax. Si conseguía que aquellos magos de la biología entraran en la Liga, como miembros de pleno derecho, todos saldrían ganando.

Se decía que los tlulaxa eran gente extremadamente religiosa, aunque mantenían sus creencias y sus prácticas tan en secreto como su vida cotidiana. Pero ¿qué podían querer esconder? ¿Y por qué Iblis se llevaba tan bien con ellos? En cualquier caso, los



tlulaxa podían hacer una importante contribución a la Yihad. Sus avances en medicina y genética eran una bendición para la humanidad.

Aunque también era cierto que muchos tlulaxa comerciaban con carne en los pocos planetas de la Liga que seguían permitiendo la esclavitud. En su juventud Serena se había opuesto fervientemente a la esclavitud. Pero por desgracia, acabó por comprender que era una práctica tan enraizada que pasarían siglos antes de que pudiera erradicarse. Como líder, seguía viendo aquello con desagrado, pero su prioridad era ganar la Yihad y evitar el exterminio de la raza humana.

Los vendedores de órganos tlulaxa habían expresado repetidamente sus recelos a divulgar información acerca de sus actividades. Serena esperaba poder convencerlos para que compartieran sus conocimientos y salvaran más vidas; para ello protegería sus intereses mediante la concesión de patentes o monopolios. Dada su adaptabilidad e inteligencia, sin duda podrían mantener su superioridad comercial.

Con expresión firme, Niriem, su jefa de serafinas, anunció:

—El Gran Patriarca envía un mensaje desde la superficie para que sepáis que todo está preparado, sacerdotisa Butler.

En sus habitaciones, las guardianas vistieron a Serena con su uniforme más deslumbrante, que le daba el aspecto de una diosa. Niriem la miró con gesto crítico y asintió en señal de aprobación.

Aquella serafina entregada y fanática acompañó a Serena a la cubierta de lanzamiento, donde fue recibida por Rajid Suk y un Xavier Harkonnen con expresión fría. Xavier parecía el militar ideal, pero no sostuvo su mirada. Ese era su comportamiento desde que se casó con Octa.

El cirujano vestía con pulcritud, llevaba el pelo oscuro recogido en una cola de caballo y sus ojos parecían demasiado grandes para su cara. Sus dedos largos y elegantes se movían con impaciencia.

Dos de las serafinas subieron a la lanzadera; Niriem ocupó el asiento del piloto. Serena subió con paso grácil por la rampa, seguida por el enérgico doctor Suk y un Xavier mucho menos entusiasta. Los dos hombres se sentaron separados.

Durante el descenso hacia el punto asignado de aterrizaje, la lanzadera pasó por encima de la nueva y chispeante ciudad de Bandalong, que aún estaba en construcción siguiendo un proyecto impresionante financiado con los beneficios de las granjas de órganos y el mercado de esclavos. Lejos de los límites de Bandalong — una ciudad cerrada a los extranjeros, incluso a la sacerdotisa de la Yihad—, aterrizaron en un puerto espacial práctico y descubierto, con unas líneas definidas y una arquitectura anodina.

Cuando Serena y sus serafinas salieron, Iblis Ginjo y Rekur Van fueron a su encuentro. Por lo visto, la importancia política y la influencia del comerciante de



carne había aumentado notablemente gracias a su relación con el Gran Patriarca. El hombrecito la recibió con una reverencia.

Serena pestañeó bajo la luz dorada del sol, sorprendida al ver que el planeta seguía con sus actividades normales. No vio a una multitud fervorosa ni grupos de espectadores curiosos, como habría esperado en cualquier mundo de la Liga. Solo habían ido a recibirla unas docenas de hombres de negocios y representantes del gobierno. Era decepcionante, porque Serena sabía que su presencia podía encender el entusiasmo de la gente e insuflar sus corazones.

Su ego no necesitaba grandes recibimientos, pero lo cierto era que estaba desconcertada. Si los tlulaxa no pensaban hacer ninguna gran ceremonia de recibimiento, entonces ¿a qué tanta insistencia en los «preparativos»?

Uno de los representantes se separó del resto y se adelantó. Hizo una leve reverencia.

—Sacerdotisa Serena Butler, nos honra que hayáis querido utilizar vuestro valioso tiempo para hacernos una visita. Hemos dejado presentable una parte de nuestras granjas de órganos para que podáis inspeccionarla, pero debéis perdonarnos si no permitimos que presenciéis nuestros complicados procesos de trabajo.

Iblis lo interrumpió con voz potente y confiada.

—La demanda de productos tlulaxa aumenta con cada batalla contra las máquinas pensantes, y no queremos que ningún veterano herido se quede sin sus ojos o su nuevo corazón porque esta gente tan trabajadora está ocupada con una recepción diplomática.

Serena sonrió.

—El Gran Patriarca sabe que no deseo molestar. Solo quería mostrar nuestro reconocimiento y honrar la labor de los tlulaxa.

El doctor Suk estaba junto a Serena, y saludó a los burócratas.

—En mi trabajo como médico de campaña, he podido salvar un número incontable de vidas gracias a los productos tlulaxa. Hace mucho tiempo, el primero Harkonnen recibió unos pulmones nuevos gracias al mercader de carne Tuk Keedair. Si su vida no se hubiera salvado aquel día, no habría vivido para poder ser el padre de Manion el Inocente.

Serena vio que Iblis asentía con satisfacción. Las multitudes llamaban santo a su hijo por las calles de Zimia, y en otros mundos que participaban en la Yihad. Pero Xavier estaba allí, con expresión sombría, como si sus pensamientos lo turbaran. Después de toda una vida de servicio y dedicación completa, ¿sería eso lo que se recordaría como su mayor hazaña? ¿Ser el padre de un bebé asesinado?

Serena avanzó hacia el resto del grupo de bienvenida, preguntándose si era una rígida sociedad patriarcal, como las de tiempos pasados. Unos avances técnicos y



científicos tan extraordinarios como los que los tlulaxa habían logrado con sus granjas de órganos programables normalmente exigían el intercambio de información y el fomento de la innovación y el genio. Y eso no se lograba con una sociedad represiva e intolerante.

¿La recibían con tanta frialdad porque era mujer?

Sin dejar traslucir sus pensamientos, Serena los saludó y alzó la mano en un gesto de bendición.

—Y ahora vayamos a ver vuestras maravillosas granjas de órganos.

Rekur Van marchó al frente del grupo, y acompañó a Serena y a su séquito hasta una pequeña furgoneta aérea que se utilizaba para el transporte público. Detrás el sol destellaba sobre las nuevas estructuras de la distante Bandalong, y Serena vio que, aunque eran de diferentes tamaños, todos los edificios tenían formas cuadradas y funcionales, como hormigueros geométricos.

En las colinas que rodeaban la ciudad, la hierba corta y una red de carreteras pavimentadas formaban dibujos laberínticos, similares a los de los chips de los ordenadores antiguos.

—Tenemos miles de instalaciones de cría de órganos por todo el planeta —dijo Rekur Van—, todas en el exterior, donde pueden aprovechar la energía fotosintética del sol directo.

En media hora Serena vio las granjas. Se apeó de la furgoneta aérea y, con vacilación, avanzó veinte pasos, que seguían siendo más rápidos que los de los tlulaxa. Niriem y la otra serafina la siguieron de cerca. Pero cuando las guardianas se volvieron a mirar a Iblis, este negó con la cabeza, y ellas esperaron.

Serena, Xavier y el doctor observaron los tanques relucientes como si estuvieran ante un milagro. Tanques translúcidos con forma de huevo sujetos mediante tuberías de cromo, tubos de cristal y soportes de metal negro. Todos ellos eran enormes, curvados, y en su interior había un líquido burbujeante y amarillento parecido al líquido amniótico. Los tanques estaban suspendidos, como fruta madura, conectados a sistemas de diagnóstico y monitores que indicaban el estado de aquellos perfectos órganos clonados. Iblis les explicó que había diferentes tipos de tanque para cada órgano, y que ningún órgano podía ser rechazado por el paciente.

A través de las paredes curvas de cada tanque, Serena veía formas oscuras pero reconocibles: flácidos sacos de pulmones, corazones con sus arterias, cortinas de fibra muscular que parecían retales de pana. Alzó la cabeza, y miró hacia las colinas, donde había miles y miles de esferas destellando al sol, absorbiendo energía del cielo despejado de Tlulax.

El médico de campaña asomó la *cabeza* a uno de los tanques más próximos, donde una docena de globos oculares flotaban como un racimo de uvas, mirándole. Los nervios ópticos y las venas estaban conectados a un bulbo central nutriente.



—Es extraordinario. ¿Crían órganos según los pedidos? ¿Cada uno de esos ojos está diseñado para una víctima en particular?

—No —dijo Rekur Van echando una ojeada a los otros tlulaxa—. Los hacemos con una sangre de tipo neutro, para que sean compatibles para distintas víctimas. Tenemos bazos, hígados, riñones, todos los órganos vitales. En los tanques más grandes hasta tenemos láminas de piel.

—Lo sé —dijo Rajid Suk—. Yo mismo las he utilizado varias veces, sobre todo con víctimas de quemaduras. Han mejorado la calidad de vida de miles de personas.

Árboles de órganos rotaban para orientarse hacia el sol. El cirujano parecía perplejo.

—Durante siglos, nuestros mejores técnicos han tratado de conseguir niveles de clonación tan precisos como estos. Lo que han conseguido ustedes es un auténtico adelanto. Si no lo viera con mis propios ojos no lo creería. Ningún otro científico de la Liga se ha acercado a esto ni remotamente, ni siquiera en los gloriosos días del Imperio Antiguo.

Miró a Serena y le sonrió, y luego a los representantes tlulaxa.

—Por el bien de la humanidad, deben compartir sus conocimientos con la Liga. Así podríamos construir granjas similares. Las víctimas no tendrían que pasar meses conectadas a las máquinas de soporte vital esperando un trasplante.

Al ver la expresión de alarma de sus anfitriones, Iblis Ginjo alzó las manos.

—No nos adelantemos a los acontecimientos, doctor Suk. Estamos hablando del sustento de la civilización tlulaxa. —El pequeño grupo caminó entre los inquietantes e increíbles tanques, cada uno con uno o más órganos que algún día ayudarían a las víctimas de la guerra—. Si quisieran, podrían poner precios más altos para obtener mayores beneficios, pero están aportando su granito de arena en la lucha contra Omnius. Aquí nadie quiere aprovecharse de la guerra, ¿verdad, Rekur?

—En absoluto.

Animado, Iblis añadió:

—Con el tiempo, es posible que las granjas de órganos produzcan más beneficios que las actividades con esclavos.

—Me gustaría que fuera así —dijo Serena—. Evidentemente, hay más demanda de estos productos en tiempo de guerra. —Frunció el ceño y miró a su alrededor—. ¿Dónde están los esclavos? Esperaba encontrarlos trabajando en las granjas.

—La venta de esclavos es nuestra principal industria, sacerdotisa Serena —dijo Rekur Van—. Los humanos inteligentes y adiestrados son un lujo muy costoso, así que no nos los quedamos para nosotros. Además, no podríamos confiar el cuidado y mantenimiento de estas granjas a trabajadores indisciplinados que podrían tener estúpidos sueños de venganza.



Xavier asintió con rigidez, como si le costara controlar la ira.

— Como ha demostrado recientemente la revuelta de Poritrin.

— No tenemos intención de exponer nuestras granjas a semejante riesgo.

Serena aceptó la explicación. Recordaba demasiado bien el terror que los esclavos budislámicos habían sembrado en Poritrin. Todavía no había cifras oficiales de la cantidad de víctimas en Starda y los alrededores. Seguramente jamás sabrían la cantidad exacta, porque en el núcleo radiactivo de la explosión no quedaban más que escombros y las manchas de los cuerpos. En un acto de venganza, los supervivientes habían perseguido y matado a los esclavos rebeldes. Aquel planeta nunca volvería a ser el mismo.

Durante el resto del día, los anfitriones tlulaxa continuaron con la gira y les enseñaron todo tipo de muestras biológicas sumergidas en los tanques. Niríem, siempre alerta, no se separó en ningún momento de Serena.

Después de cenar, asistieron a una recepción oficial, donde siguieron hablando del tema. Iblis parecía bastante satisfecho cuando se presentó ante Serena con una oferta del consejo tlulaxa.

— Nuestros amigos han hecho una propuesta muy generosa, Serena. Desean tomar muestras de vuestras células y vuestro ADN. Esto les permitirá crear órganos sustitutos específicos por si... resultarais herida en algún intento de asesinato.

Serena frunció el ceño.

— ¿Acaso no puedo utilizar los órganos estándar como los soldados yihadíes?

Rekur Van se acercó a toda prisa en la pequeña sala de banquetes.

— Por supuesto, sacerdotisa, pero siempre existe una pequeña posibilidad de que su organismo los rechace. Biológicamente es imposible garantizar la compatibilidad de un órgano, a menos que se cree utilizando su ADN. Es como un seguro, y el Gran Patriarca está de acuerdo.

Xavier Harkonnen miró con escepticismo a Iblis y luego al comerciante de carne.

— No creo que sea necesario...

El rostro de Serena se iluminó.

— No, está bien. Creo que es una buena idea. También me gustaría que crearan una base con las células del primero Harkonnen, el Gran Patriarca Ginjo... e incluso del doctor Suk.

Xavier parecía alarmado, y se llevó la mano al pecho.

— Los pulmones que recibí hace años funcionan perfectamente, Serena. No veo la necesidad de...

— Pero yo sí. Así que está decidido.



A la mañana siguiente, después de que les tomaran las muestras y las etiquetaran cuidadosamente, Iblis los apremió para que volvieran cuanto antes al puerto espacial.

—Vamos, Serena. Los tlulaxa han sido más que generosos con su tiempo. Ya habéis visto lo que queríais. Además, ya no queda nada más que hacer aquí.

Finalmente, después de un desayuno que pareció extrañamente precipitado, Serena sonrió a sus anfitriones tlulaxa. Quería asegurarse de que entendían hasta qué punto valoraba lo que estaban haciendo.

—Estoy muy impresionada; les felicito por lo que han logrado. Mi sueño es que se conviertan ustedes en miembros de pleno derecho de la Liga de Nobles. Toda la humanidad se beneficiaría con su aportación.

—Quizá podamos discutir ese asunto en el futuro —dijo Iblis—. En todo caso, lo importante es que los tlulaxa continúen colaborando generosamente con nosotros.

—Sí, supongo que tenéis razón.

Iblis llevó rápidamente a Serena y su séquito de vuelta a la lanzadera, como si no quisiera que indagara más. El doctor Suk parecía totalmente impresionado.

—Sois la sacerdotisa de la Yihad —dijo Iblis—, la persona que ha unido a la humanidad frente a Omnius. Con vos nada es imposible. —Mientras hablaba, no dejaba de lanzar miradas significativas a Rekur Van y a los otros tlulaxa.

Cuando por fin se separaron, Serena pensó que el Gran Patriarca parecía muy satisfecho por cómo había ido la visita. Pero en su corazón no podía evitar tener la sensación de que algo no iba bien...



173 A.C.

Año 29 de la Yihad

Un año después del regreso

de los pensadores de la Torre de Marfil



Capítulo 76

Las oportunidades pueden surgir en un instante, o tardar mil años en desarrollarse. Debemos estar siempre preparados para coger lo que es nuestro.

General Agamenón, Nuevas memorias

Si Agamenón tuviera aún un cuerpo físico, su rostro habría esbozado una sonrisa triunfal mientras contemplaba la flota robótica reunida en Bela Tegeuse. Con su cerebro orgánico sumergido en el electrolíquido de su contenedor, el general cimek sintió un hormigueo por la expectación y la sensación de triunfo.

Omnius jamás sospecharía nada.

Los dos titanes que acompañaban a Agamenón se sentían exactamente igual, además del neocimek Beowulf y los ciento diecisiete ambiciosos neocimek a los que habían atraído a su revuelta contra los Planetas Sincronizados.

—¡Por fin podremos volver a una nueva Era de los Titanes! —Las palabras de Agamenón fueron transmitidas al enjambre de naves cimek que viajaban como discretas remoras entre un banco de mortíferos tiburones—. Reinstauraremos nuestro liderazgo y recompensaremos y daremos poder a los visionarios que deseen destruir a la supermente.

El Omnius-Corrin había enviado aquella inmensa flota, junto con numerosos cimek «leales» para imponer su control antes de que los salvajes humanos pudieran hacerse con el planeta. La supermente había dado a su general cimek instrucciones muy claras para que no permitiera que aquel planeta sincronizado herido cayera en manos de los hrethgir.

Y Agamenón pensaba cumplir las órdenes... solo que a su manera.

Beowulf, el mayor genio de la programación desde los tiempos del titán Barbarroja, había diseñado instrucciones y bucles de programación específicos para todas las naves robóticas, supuestamente para protegerlas frente al caos y el desorden que iban a encontrar en Bela Tegeuse. Las naves robóticas les protegerían contra cualquier absurda incursión de los humanos.

La flota robótica llevaba una actualización completa de Omnius, con todas las instrucciones y la información necesaria para devolver a Bela Tegeuse a su estatus de Planeta Sincronizado.



Todas aquellas hermosas e inmensas naves serían un buen punto de partida para la flota imperial cimek de Agamenón.

Las naves de guerra rodearon el planeta cubierto de nubes y enviaron señales de identificación para solicitar una respuesta del núcleo de Omnius de Comati. La única respuesta que recibieron fue el sonido de la estática. La ciudad había quedado arrasada tras el golpe atómico de Hécate. Momentos más tarde llegaron algunos mensajes fragmentarios de humanos de confianza que habían conseguido reactivar parte de la red tecnológica.

Agamenón se sintió aliviado al ver que no había fuerzas de ocupación hrethgir y no tendría que combatir contra los yihadíes y tratar de someter a Omnius a la vez. Sería más fácil enfrentarse al enemigo por separado.

—Atención, flota de máquinas pensantes —transmitió—. El cimek Beowulf ha preparado un programa para vosotros.

Beowulf tomó la palabra.

—Antes de que partiéramos de Corrin, Omnius me entregó un paquete confidencial que por razones de seguridad no debía instalarse hasta este momento. Preparaos para recibir la transmisión.

El genio neocimek introdujo los códigos de acceso y las confiadas máquinas pensantes lo aceptaron. Toda la flota de naves de guerra se tragó la reprogramación como una pastilla de veneno.

En una reacción en cadena, una a una, las naves robóticas se fueron desactivando encima del planeta, como luces que se apagan en una gran ciudad. Un golpe sin derramamiento de sangre.

Los gritos de alegría y sorpresa se extendieron por los canales privados de comunicación de los cimek y las líneas abiertas. Pequeñas naves cimek se pusieron a revolotear como avispas alrededor de la silenciosa flota robótica.

—¿Por qué no hicisteis esto hace siglos? —preguntó uno de los neos rebeldes.

—No era fácil reprogramarlos —dijo Beowulf—. Pero fue el hijo de Agamenón quien me indicó la dirección que debía seguir. Según nuestros infiltrados en la Liga, Vorian Atreides estaba detrás del engaño a los sensores de nuestras naves en Poritrin, y también del virus que engañó a la flota robótica en Anbus IV.

El general titán le dio la razón.

—Dado que Vorian volaba con Seurat en sus viajes de actualización (Seurat, el robot que repartió las actualizaciones contaminadas entre los Planetas Sincronizados), no me cabe duda de que él también está detrás de eso. También los cimek podríamos haber utilizado una técnica similar hace tiempo, pero esto solo puede funcionar una vez, y teníamos que prepararlo a conciencia. Todos. Y ahora por fin ha llegado el momento.



Agamenón examinó las fuerzas que había reunido y la poderosa pero confiada flota robótica.

—¡Llevo mil años esperando esto! Titanes, venid a bordo de la nave de vanguardia. Convocaremos una reunión con Omnius.

Las naves cimek convergieron en torno a la nave robótica central, como piratas que rodean el cofre del tesoro. Agamenón acopló su nave a la cámara estanca y las otras naves hicieron otro tanto. El general titán instaló su contenedor cerebral en un cuerpo móvil impecable y lo vistió igual que podría haber hecho el Agamenón originario cuando entró en la ciudad caída de Troya: con una capa triunfal.

—Hace mucho tiempo conquistamos el Imperio Antiguo y lo perdimos frente a Omnius —dijo a Juno, Dante y al orgulloso Beowulf, cuyo ingenio había hecho posible aquello—. Ahora los Planetas Sincronizados están debilitados después de siglos de lucha — contra los humanos libres. El ejército de la Yihad ha debilitado a las máquinas pensantes por nosotros. No debemos desaprovechar esta oportunidad.

La nave de actualización de Omnius estaba a oscuras, en silencio, y su robot piloto estaba paralizado gracias a la inteligente programación de Beowulf. Los cimek no volverían a tener la oportunidad de poner en práctica un truco como aquel, pero quizá tampoco haría falta.

En su cuerpo móvil, Agamenón abrió de un tirón el compartimento sellado donde se guardaba la actualización de Omnius. La gelesfera plateada descansaba sobre un cojín. Agamenón introdujo una extremidad con garras metálicas y cogió la reluciente esfera que contenía tantos decillones de pensamientos.

Bela Tegeuse era el primer paso.

—Omnius, pareces tan débil y frágil —dijo—. Con este sencillo gesto, doy inicio a una nueva era... y pongo fin a la tuya.

Agamenón cerró su puño articulado y estrujó la gelesfera plateada. Ahora Omnius y sus máquinas se enfrentaban a una guerra a tres bandas.



Capítulo 77

¿Qué clase de Dios nos prometería una tierra como esta?

Lamento zensuní

Después de cinco meses de penurias, sus provisiones habían menguado, había muerto gente... y Arrakis seguía siendo tan inhóspito e inhabitable como al principio. Ishmael notaba un descontento cada vez mayor entre los zensuníes.

—Este planeta no es más que una duna gigante —se lamentó uno de los refugiados demacrado y quemado por el sol. Estaba sentado en una roca, cerca de la nave siniestrada. No tenían a donde ir.

Aun así, su líder se negaba a perder la esperanza. Ishmael insistía en que tuvieran fe, que soportaran aquel calor opresivo y se adaptaran a aquel nuevo lugar que, por la razón que fuera, Dios había elegido para ellos. Recitó sutras que aplicó a aquella situación y que reconfortaron a su gente.

Uno de ellos lo había aprendido de su abuelo: «El coraje y el miedo se persiguen siempre el uno al otro, siempre».

Su hija Chamal se había vuelto callada y dura, y ya había dejado de creer que su marido quizá seguía con vida. El, Ingu y el tlulaxa se habían ido en el único vehículo que tenían, y no habían vuelto. Ya había pasado demasiado tiempo. Después de semanas sin saber nada, Chamal había dejado de esperar que Rafel volviera con buenas noticias y agua fresca.

En sus ojos Ishmael veía que había pensado en todas las posibilidades: que se habían perdido, que se habían estrellado durante una tormenta, que Tuk Keedair los había matado... A nadie se le pasaba por la imaginación que podían haber encontrado un lugar civilizado y no habían querido enviarles ayuda.

Ishmael se apoyó contra una roca y abrazó a su hija, deseando que pudiera volver a ser una niña sin preocupaciones. Había perdido a su marido, y ahora él era su único apoyo. Pero lo cierto es que él mismo había perdido a su mujer, y seguramente sería responsable de la muerte de todos aquellos refugiados zensuníes. ¿Con qué propósito habían huido? Quizá, después de todo, habría sido mejor que se hubieran unido a la revuelta de Alud. Con un poco de suerte, los zenshiíes habrían ganado aquella batalla en Porítrin, aunque lo dudaba, y dudaba que jamás llegara a saberlo.



A pesar de las penalidades, no se arrepentía de su decisión. Mejor morir de hambre en aquel infierno que convertirse en un asesino, aunque fuera un asesino de esclavistas.

—Budalá nos ha enviado aquí por algún motivo —murmuró, como si quisiera tranquilizar a Chamal—. Podrían pasar mil años antes de que nuestro pueblo descubra cuál es.

A todos los efectos, Ishmael y sus seguidores habían desaparecido del universo. Los zensuníes habían establecido su campamento alrededor de la nave, habían desmontado el casco y habían cogido todo lo que se podía aprovechar. Algunos de los más inteligentes construyeron ingeniosas trampas y filtros para recoger el rocío, pero no daba el suficiente líquido para mantenerlos a todos.

Aquel último día, antes de huir de Poritrin, los esclavos solo cogieron lo que pudieron encontrar en el hangar de Norma Cenva, y con eso no podían ni siquiera cubrir sus necesidades básicas. La nave no había sido pensada para transportar a cien prófugos zensuníes sin equipo ni material. Ni siquiera los más pesimistas esperaban ir a parar a una tierra tan yerma e inhóspita.

Arrakis no mostró compasión por ellos, no les ofreció ninguna ayuda.

Después de esperar durante un mes que fueran a rescatarlos, un grupo de endurecidos voluntarios abordó a Ishmael bajo el fresco del anochecer. Sus ojos estaban enrojecidos, sus mandíbulas apretadas.

—Necesitamos una brújula, agua y comida —dijo uno de ellos hablando en nombre de los demás—. Seis de nosotros queremos partir a pie para tratar de encontrar Arrakis City. Esta podría ser nuestra última oportunidad.

Ishmael no podía negarse, aunque estaba prácticamente seguro de que fracasarían.

—Budalá nos guía. Seguid su senda, sentidlo en vuestros corazones. Los sutras dicen: «La senda hacia Dios es invisible para el que no cree, pero incluso un hombre ciego podrá verla con total claridad si tiene fe».

El hombre asintió.

—He tenido un sueño en el que me veía caminando por las dunas. Creo que es la voluntad de Budalá que lo intente. —Ishmael no podía discutirle algo así, ni reprocharle su valentía.

El grupo solo llevaría una pequeña botella de agua y comida para una semana. Si no encontraban ningún asentamiento en ese tiempo, no tendrían provisiones para volver.

—Es mejor morir intentando salvar a nuestra gente que quedarnos aquí esperando que la muerte se nos lleve a todos —dijo el portavoz del pequeño grupo.

Mientras Chamal permanecía en pie a su lado bajo el cielo estrellado, Ishmael abrazó a cada uno de aquellos decididos voluntarios. Partieron en dirección opuesta



a la que tomó Rafel con la nave de reconocimiento, aprovechando el frescor de la noche. Ishmael siguió sus sombras mientras descendían por el lado de la montaña hacia la interminable extensión de dunas.

Ahora, cuando faltaba una hora para que amaneciera y las dos lunas llenas iluminaban la arena como si fuera mediodía, Ishmael miró hacia el silencioso horizonte. Los laboriosos exploradores aún no se habrían alejado tanto como para que no los viera.

Todos dormían profundamente e Ishmael no quiso molestarlos. Esperaba que una apacible noche de sueño los preparara para otro día difícil. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, distinguió las diminutas figuras encaramándose a una duna particularmente alta.

Vio que gateaban, presas del pánico. La duna pareció desintegrarse, mientras unas ondas trémulas la recorrían, hasta que un enorme hoyo se abrió bajo los pies de los exploradores. Y entonces vio una figura sinuosa que se elevaba, más grande y terrorífica que nada que hubiera podido imaginar.

Cuando llegó la mañana, no había rastro de los hombres.

«¿Qué clase de lugar es este?» Parecía estar más allá de la imaginación de cualquiera, más allá de sus peores pesadillas.

Ishmael decidió no contar lo que había visto, ni siquiera se lo dijo a Chamal. Los demás podían seguir rezando para que aquel segundo grupo volviera con ayuda. Ishmael no quería mentirles, pero al menos dejaría que tuvieran alguna esperanza. La esperanza no les costaba nada.

A pesar de las austeras y rigurosas medidas que Ishmael impuso, las provisiones de la nave casi se habían agotado. Arrakis no tardaría en acabar con todos ellos.

Más de una tercera parte de los zensuníes que habían escapado de Poritrin ya habían muerto de hambre, de sed o por la exposición al sol. Algunos habían muerto tratando de encontrar ayuda; otros, simplemente, se habían rendido y habían muerto en silencio mientras dormían.

Los pocos zensuníes que tenían conocimientos técnicos recorrieron la nave de arriba abajo y manipularon los motores con trozos sueltos de metal y con tubos para crear sistemas innovadores para destilar y reciclar el agua, e incluso para convertir parte del combustible y del líquido refrigerante en un líquido potable, aunque el sabor fuera asqueroso. También lograron construir un tosco transmisor para enviar señales de alerta a cualquier artefacto que volara por el planeta, pero las señales no parecían llegar a ningún sitio. Por lo visto, las frecuentes tormentas de arena provocaban una intensa ionización de la atmósfera que creaba interferencias.

O quizá nadie quería ir en su ayuda.



En los momentos de mayor desesperación, Ishmael oyó que algunos de los supervivientes hablaban de comer la carne y aprovechar el líquido de los muertos, pero él se opuso terminantemente.

—Es preferible renunciar a nuestra vida que a nuestra humanidad. Budalá nos ha enviado aquí por una razón. Esto es una prueba, o un castigo, una forma de seleccionar a los que de verdad son fieles. ¿Qué sentido tiene sacrificar nuestra alma por una comida si mañana volveremos a estar hambrientos?

Morirían siendo libres... pero morirían.

Cada noche Ishmael comulgaba con los sutras, recitaba versículos y buscaba un significado más profundo a todo aquello, pero no encontraba respuestas. ¿No había forma de que alguien pudiera rescatarlos? ¿No había ningún aliado que los zensunies pudieran encontrar en Arrakis? No, pensó Ishmael con una profunda desazón, si había un pueblo lo bastante duro para sobrevivir en aquella tierra yerma, seguramente no recibiría a los extraños con los brazos abiertos.

Cada día, durante las horas más soportables del amanecer y el anochecer, los refugiados se dispersaban y buscaban entre las piedras y las grietas de aquella península de roca. Encontraron vegetación dispersa, líquenes, y unos cuantos lagartos; en una ocasión, un jovencito derribó a un pájaro carroñero con una piedra. Cazaban todo lo que podían, incluso escarabajos y centípedos. Cada pizca de proteína y humedad era un instante más de vida, un precioso aliento más.

Pero poco más podían hacer.

Cuando las sombras empezaban a caer en otra de aquellas despejadas noches del desierto, Chamal vio cierto movimiento en las dunas, una figura gigante y sinuosa que avanzaba hacia la extensa barricada de roca donde los refugiados zensunies habían establecido su campamento. La joven gritó para alertar a los demás, y todos se acercaron a ver, dando traspiés y arrastrándose a causa de la debilidad y la fatiga.

En la penumbra cada vez más densa, Ishmael distinguió la figura monstruosa y sinuosa, el resplandor anaranjado de su garganta, las chispas que provocaba la fricción de su piel sobre la superficie abrasiva del desierto. Su gente estaba junto a él, perpleja ante la visión de aquel monstruo. En los pasados cinco meses, en dos ocasiones habían visto gusanos, lejos, en las dunas, pero normalmente aquellas criaturas se movían sin una dirección concreta y rara vez pasaban mucho rato fuera de la arena.

En cambio aquel parecía dirigirse hacia allí... iba directo hacia ellos.

—¿Qué significa, padre? —preguntó Chamal. Todos miraron a Ishmael.

—Un presagio —dijo una mujer. Su rostro se veía amarillo por las luces que Ishmael había sacado de la nave, porque no tenían suficiente combustible para hacer las tradicionales fogatas zensunies.



—El demonio quiere comernos —apuntó un hombre—. Nos está llamando para que salgamos a las dunas para el sacrificio. ¿Ya no hay esperanza?

Ishmael meneó la cabeza.

—En las rocas estamos a salvo. Quizá sea una manifestación de Budalá.

Y se dio la vuelta mientras el gusano de arena se revolvía al pie de los peñascos. La oscuridad de la noche no permitía ver los detalles, pero a aquella distancia oyeron que la bestia rozaba algunas rocas sueltas y se detenía.

Un débil sonido, un grito, una voz humana tal vez, resonó entre las piedras. Ishmael escuchó con atención pero no oyó nada más; se convenció de que había sido su imaginación, o el sonido de algún ave nocturna de presa.

—Venid —dijo—. Sentaos conmigo y os hablaré de Harmonthep. Cada uno hablará de su hogar para que siempre conservemos vivo su recuerdo.

El valiente líder se sentó con su gente a la débil luz de las lámparas, que sustituían las hogueras, y habló con tristeza de las marismas de Harmonthep. Describió los peces y los insectos que capturaba, las flores que recogía, la vida idílica que conoció en sus días de juventud. Un sutra le vino a la cabeza: «El hambre es un demonio con muchas caras».

Interrumpió su narración cuando estaba a punto de mencionar a los negreros. No quería hablar de aquello. Haber arrastrado a Keedair a Arrakis con ellos y dejar que se perdiera en el desierto. ¿Acaso no era ya suficiente venganza?

Movidos por el compañerismo, todos hablaron de su hogar y de su infancia perdidos, y se consolaron con los pocos buenos recuerdos que tenían. Muchos de aquellos refugiados ya habían nacido en Poritrin; eran una generación de esclavos que no habían conocido nada más y que ahora estaban abandonados a su suerte en aquella esfera cubierta de dunas.

No oyeron acercarse a los intrusos. Llegaron como sombras silenciosas traídas por la brisa. Esperaron como fantasmas al amparo de los salientes de la roca, en el exterior del círculo de luz donde Ishmael hablaba.

De pronto, un hombre se adelantó, sobresaltándolos, y les habló en galach, el idioma estándar de la galaxia, con un fuerte acento.

—Bonitas historias, pero no encontraréis nada parecido por aquí.

Ishmael se levantó de un salto, y sus seguidores trataron de armarse con lo primero que encontraron.

Cuando los nómadas del desierto salieron a la luz, Ishmael vio que eran hombres delgados y endurecidos con los ojos totalmente azules.

—¿Quiénes sois? Si sois bandidos, no tenemos nada. Apenas estamos vivos.



El gigante de rostro chupado, que evidentemente era su líder, lo miró y, para su sorpresa, le contestó en el idioma secreto chakobsa.

—Somos zensuníes como vosotros. Hemos venido para ver si los rumores eran ciertos.

La cabeza de Ishmael daba vueltas. ¿ Otra tribu perdida? La mayoría de budislámicos habían huido de la Liga hacía mucho tiempo. Quizá algunos se habrían establecido en aquel espantoso desierto.

—Mi nombre es Jafar. Dirijo a una banda de forajidos que cumplen con la sagrada misión de Selim Montagusanos. Hemos debatido vuestra situación en nuestro consejo, porque no sabíamos si creer lo que habíamos oído. —Alzó el mentón con orgullo—. Sois esclavos fugados, y hemos decidido acogeros en nuestra tribu si trabajáis duro, si nos ayudáis y os ganáis vuestro sustento. Os enseñaremos a sobrevivir en el desierto.

Las exclamaciones de alegría resonaron en la noche, gritos de alivio y oraciones de agradecimiento a Budalá. Jafar y los suyos examinaron la nave siniestrada como si trataran de decidir si aún podían sacar algo de ahí.

—Aceptamos tu generosa oferta, Jafar —dijo Ishmael sin vacilar. Evidentemente, su gente pensaba que Budalá les había ofrecido la salvación en el momento de más necesidad—. Trabajaremos duro. Será un honor unirnos a vosotros.



Capítulo 78

En otro tiempo pensaba que la crueldad y la malicia solo eran rasgos humanos. Ay, parece que las máquinas pensantes han aprendido a imitarnos.

Vorian Atreides, Momentos decisivos de la historia

Cuando la patrulla de la Yihad llegó a la pequeña colonia de Chusuk era demasiado tarde. Las máquinas lo habían destruido todo.

Las ciudades arrasadas habían dejado de humear; los fuegos se habían consumido. Lo único que quedaba eran vigas negras y retorcidas, los cráteres de las enormes explosiones y un silencio impregnado de olor a quemado.

Habían pasado demasiados días para que pudieran encontrar supervivientes.

Vor Atreides estaba en tierra, mirando aquel panorama desolador, con las piernas abiertas para no caerse a causa de la impresión. Otras cinco lanzaderas de salvamento bajaron desde las dos ballestas que había en órbita, pero aquello no sería una operación de rescate, tendrían que limitarse a confirmar la matanza.

Los yihadíes estaban boquiabiertos por el dolor. Algunos de ellos tenían parientes o amigos allí, en Chusuk. A Vor el corazón se le heló, no podía creer que las máquinas hubieran provocado deliberadamente aquella carnicería.

—Omnius ni siquiera ha intentado tomar el planeta —dijo con voz hueca. Chusuk tenía la suficiente infraestructura para que la supermente estableciera allí un Planeta Sincronizado menor. Pero por lo visto a las máquinas no les interesaba—. Ellos lo han destruido todo.

Vor meneó la cabeza. Su pelo oscuro estaba desordenado y sudado, las cejas estaban muy juntas.

—Quizá han cambiado de táctica. Si hacen esto en otros planetas significa que quieren eliminar a su población y convertirlos en planetas inhabitables. —Por encima del hombro miró a los soldados, que por puro hábito intentaban encontrar algo útil que hacer en aquella colonia muerta.

El primero avanzó lentamente por las calles destrozadas y quemadas. Había pasado sus primeros años de vida sirviendo a Omnius, aprendiendo los entresijos de la conquista, y creía conocer bien a las máquinas.



—No tiene sentido, a menos que hayan sido los cimek.

Chusuk era una colonia próspera, no un paraíso, desde luego, pero sí un lugar donde valía la pena vivir, una plaza fuerte de la humanidad en un mundo tranquilo y poco destacable. Allí la gente tenía una vida apacible, amores agradables, familias unidas, sueños poco ambiciosos; eran personas reales que solo querían vivir el día a día.

Y las máquinas los habían convertido en víctimas.

A través de una gruesa ventana de plaz en el suelo, Vor vio una habitación subterránea que parecía intacta, con unos instrumentos de música sobre una mesa de trabajo. Es curioso cómo en una guerra a veces se conservan ciertas cosas, como si estuvieran protegidas dentro de una burbuja angelical. Ordenó enseguida que algunos hombres fueran a comprobar esas habitaciones, pero en unos momentos ya estaban de vuelta: tampoco allí había señales de vida.

Vor siguió avanzando. Los edificios quemados seguían en pie como esqueletos ennegrecidos. Las paredes habían cedido, dejando al descubierto la estructura y los ladrillos rotos. En la plaza de la ciudad solo quedaba un gran cráter que habían dejado los explosivos, disparados seguramente desde naves aéreas.

Vor vio cuerpos calcinados que parecían espantapájaros, con los brazos retorcidos, los labios tensados hacia atrás dejando al descubierto dientes agrietados por las llamas. Personas reales. Nunca conseguiría acostumbrarse al terrible coste de la Yihad. La gente le miraba con las cuencas de los ojos vacías, como hoyos de carbón, como si aún se estuvieran preguntando por qué habían tardado tanto en ir a ayudarles.

Tres yihadíes uniformados gritaron desde una esquina. Vor aceleró el paso y al doblar se encontró con dos mek de combate destruidos en la defensa de Chusuk. Los habitantes de la colonia apenas tenían armas, pero por lo visto habían conseguido acabar con un par de máquinas.

Por desgracia, todo ejército mecánico contaba con miles de unidades de combate como aquellas. Los colonos de Chusuk habían resistido, pero no tenían ninguna posibilidad.

Vor frunció los labios. Se sentía vacío, porque sabía que no podían haber evitado la matanza. Llevaban casi un mes de camino, y se habían aproximado a Chusuk en una patrulla rutinaria. Habían llegado allí para aprovisionarse y disfrutar de una semana de permiso. No habían recibido ninguna llamada de socorro, aunque de todos modos ninguna señal habría podido llegar a tiempo.

Se estaba poniendo malo. No esperaba una brutalidad tan absurda de las máquinas, no allí.

Pero tendría que haberlo sabido.



Durante el largo y lento viaje hacia Chusuk, incluso un primero tenía pocas cosas que hacer. Vor se había dedicado a leer documentos y a tomar notas para unos tratados de táctica militar en los que explicaría lo que sabía acerca de las máquinas pensantes.

Serena Butler había escrito algunas ingeniosas polémicas sobre su cruzada contra las máquinas, polémicas que Iblis Ginjo citaba libremente. En cierto momento, Vor hasta había considerado la posibilidad de escribir unas memorias, ya que había vivido muchos años y había experimentado muchas cosas, pero cuando pensaba en todas las mentiras que su padre había incluido en sus memorias, haciéndolas pasar por historia, la idea le repelía. Incluso si trataba de ser sincero, la naturaleza humana seguramente le haría embellecer algunas cosas.

Dentro de un siglo más o menos, si seguía haciendo progresos, quizá reconsideraría la idea. De momento, prefería dedicar su tiempo a jugar alguna partida ocasional de *fleur de lys* con sus hombres. Haría historia a través de sus actos, no mediante ningún documento escrito.

Durante las horas que pasaba solo en su camarote, Vor se entregaba a menudo a recuerdos agradables, y se imaginaba a sí mismo llevando una vida diferente. Normalmente, la primera persona que le venía a la cabeza era Leronica Tergiet, de Caladan. Aquella mujer le había llegado al corazón.

Hasta entonces nunca se había permitido sentir esa clase de compromiso ni de proximidad emocional con nadie, pero Leronica le hacía desear ser alguien distinto, alguien sin obligaciones ni responsabilidades de importancia cósmica, un hombre sencillo que pudiera ser un esposo y un amigo. Vor no se arrepentía de ser quien era, ni de sus logros; sabía que había defendido la población de planetas enteros, pero habría sido bonito ser un insignificante soldado de a pie llamado Virk.

Hasta el momento, sus obligaciones con la Yihad habían impedido que viajara discretamente a Caladan como él quería. Enviaba cartas a Leronica con los yihadíes asignados a la estación de seguimiento, e incluso algún regalo ocasional. Pero nunca recibía respuesta. Ni siquiera estaba seguro de que Leronica pudiera hacerle llegar sus cartas. Con una profunda desolación, Vor se dio cuenta de que seguramente ni siquiera se acordaba de él.

Una mujer como ella seguramente ya habría elegido un marido y tendría una familia. Si era así, al menos esperaba que lo recordara con afecto.

Aunque lo había pensado a veces, sabía que no estaba bien que se presentara allí y perturbara la felicidad que hubiera podido conseguir en su vida. Algún día volvería a Caladan y lo averiguaría por sí mismo.

Entretanto, durante los largos y solitarios viajes interestelares, él seguía escribiendo extensas cartas y se las enviaba a través de mensajeros. Sabía lo mucho que le gustaba oír hablar de otros planetas y otras gentes. Además, aquello hacía que Leronica siguiera en su pensamiento y que se sintiera un poco menos solo.



Afortunadamente, las exigencias de la guerra hacían que el tiempo pasara deprisa. Quizá la vería antes de lo que esperaba. El pulso se le aceleraba solo de pensarlo. ¿Era posible que Leronica le estuviera esperando?

Vor seguía caminando entre las ruinas de Chusuk; con el corazón apesadumbrado observaba aquella terrible devastación. Las máquinas habían sido excesivamente concienzudas, aunque de una forma bastante... ineficaz. Los ejércitos robóticos no tenían necesidad de causar tantos daños solo para conseguir un objetivo.

Uno de los cuartos que iba al frente de un escuadrón de reconocimiento se acercó para informar.

—Primero Atreides, hemos contado los cuerpos. No habrá más de cien.

—¿Cien? Es muy poco para una colonia de este tamaño. ¿Los otros se desintegraron durante el ataque?

—El perfil de destrucción hace pensar que no, señor.

Vor frunció los labios, todavía perplejo.

—Seguramente se los han llevado como esclavos para que sustituyan a los que han muerto en las revueltas. Compadezco a esos pobres desgraciados. —Entonces se irguió y alzó el mentón—. Debemos terminar cuanto antes. Tomad todas las imágenes que haga falta. Volveremos enseguida a Salusa Secundus. Debo informar a la sacerdotisa de lo que ha pasado aquí.

La expresión del cuarto se volvió decidida.

—En cuanto ella vea las imágenes encenderá a la gente. Las máquinas pensantes se arrepentirán de haber hecho esto en una de nuestras colonias.

El oficial corrió a reunir a sus hombres. Vor intuyó que la chispa de Chusuk haría que aquella lucha fuera aún más fanática y terrible.

En aquellos momentos, deseó más que nunca poder estar en Caladan, en los brazos de Leronica...



Capítulo 79

En el banquete de la vida, nuestras actividades cotidianas son el plato principal, y el postre lo componen nuestros sueños.

Serena Butler, Manifiestos de la Yihad

No habían pasado más de cuatro meses desde que Vorian Atreides y los ingenieros yihadíes se habían marchado de Caladan cuando Leronica Tergiet accedió a casarse con un hombre que la había cortejado sin éxito durante años.

Ella fue una de las dieciséis mujeres a las que aquellos bulliciosos soldados dejaron embarazadas. Pero no se avergonzaba, al contrario; cuando su padre trataba de consolarla, ella reía discretamente. Mientras el contingente de técnicos de Vor estuvo destinado en el pueblo, Brom Tergiet estuvo en alta mar, hacia el este, así que no sabía que su hija había pasado tanto tiempo con aquel hombre.

Cuando el embarazo fue demasiado evidente para negarlo y estuvo segura de que ya no podía abortar, Leronica se lo confesó a su padre. Brom Tergiet no dijo nada, siguió sentado en el muelle, reparando diligentemente sus redes de pesca. No miró a los ojos orgullosos e imperturbables de su hija. Se limitó a menear la cabeza, como si no se lo pudiera creer y estuviera disgustado.

—Oh, papá, todos sabemos cómo van estas cosas —dijo Leronica, en parte divertida por la reacción de su padre—. Soy muy feliz por haber podido estar con Virk, y acepto todo lo que haya podido dejarme, incluido un hijo.

Sin embargo, Leronica no reveló a nadie la verdadera identidad del oficial, ni siquiera a su padre. Ahora que sabía que tendría un hijo suyo, el secreto era más importante que nunca, y no quería poner a su bebé en peligro.

—Estarás sola, Leronica —le advirtió el hombre—. Ese soldado nunca volverá, ni por ti ni por su hijo.

—Oh, eso ya lo sé —dijo ella sin inmutarse—, pero tengo su recuerdo, y las historias que me contó sobre lugares exóticos. Con eso tengo bastante. ¿Preferirías que fuera una mujer débil y que me pasara el día lamentándome y llorando por mi situación? Me gusta mi vida y mis circunstancias. Preferiría contar con tu apoyo, pero si hace falta puedo arreglármelas sola. Puedo seguir trabajando hasta que salga de cuentas, y solo me tomaré unos días libres para el parto.



—Siempre has sido muy independiente —dijo Brom con una sonrisa. Entonces se puso en pie, dejó las redes enredadas sobre las tablas descoloridas y gastadas del muelle, y la abrazó, diciéndole con sus caricias y sus gestos lo que no sabía decir con palabras—. Después de todo, lo que importa es el bienestar de mi nieto.

En realidad, dada la escasa población de Caladan, los pueblecitos costeros recibían con los brazos abiertos la llegada de hijos que aportaran sangre nueva al linaje local. Los yihadíes aportarían una nueva generación de vitalidad a aquella región apartada y a menudo olvidada.

Así pues, sin hacerse ilusiones de que Vorian Atreides volviera y se la llevara de Caladan, porque sabía que eso no pasaría, Leronica decidió que lo mejor era buscar un marido dispuesto a criar a aquel hijo como si fuera suyo.

Kalem Vazz era un soltero tranquilo y diligente, diez años mayor que Leronica. Desde que la joven había alcanzado la mayoría de edad, Kalem la había pedido en matrimonio tres veces. Ella siempre lo rechazaba, no por despecho o porque quisiera jugar con él, sino porque ya tenía bastante cuidando de su padre, la taberna y los botes de pesca, para tener que preocuparse también por un marido. Pero ahora su vida había cambiado.

Después de decidirse, una mañana Leronica fue a casa de Kalem muy temprano, antes de que saliera en el barco de pesca. Eligió un pulcro vestido, cubrió sus rizos con un pañuelo y se puso una gargantilla de coral finamente trabajado.

Llamó a la puerta y Kalem abrió; se estaba metiendo a toda prisa una segunda camiseta que le protegería del frío de alta mar. Parecía sorprendido y tenía ojos de sueño, pero no se puso a charlar del tiempo; sabía que si Leronica había ido a verle era por algo importante.

—Me habías pedido que fuera tu mujer —dijo ella—. ¿Sigue en pie la oferta, Kalem Vazz, o ya has dejado de esperarme?

El rostro cuadrado de aquel hombre perdió quince años de golpe cuando le sonrió, sorprendido. El embarazo ya empezaba a notarse, pero Leronica no creía que se hubiera dado cuenta.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Hay ciertas condiciones —le dijo, y entonces le habló del bebé. Él se lo tomó bien, hizo ciertos comentarios de apoyo y se mostró comprensivo. Finalmente dijo—: Si quieres ser mi marido, tendrás que aceptar hacer de padre del hijo de otro hombre. Aparte de eso, no te pido nada, y te prometo ser la esposa que esperas.

Sabiendo que Kalem había entendido la situación y que no lo estaba engañando, Leronica esperó su respuesta a aquella propuesta sobre la que construiría su vida. Ya había disfrutado del amor, y siempre guardaría el recuerdo de Vor en su corazón, pero aquello no tenía relevancia en las circunstancias actuales.

—¿Y si vuelve? —preguntó Kalem.



—No volverá.

Él la miró fijamente, y los dos supieron que la respuesta no era satisfactoria.

—Si volviera —preguntó él—, ¿irías corriendo a sus brazos? O, peor, ¿te negarías a hacer algo así y te quedarías conmigo, pero te pasarías el resto de tu vida preguntándote si habías hecho bien?

—La marea puede subir o bajar, Kalem, pero ¿de verdad crees que mi corazón es como la espuma y que la corriente lo arrastra a donde quiere? Cuando hago una promesa, la mantengo.

Kalem apretó los labios, como si estuviera considerando un negocio, pero Leronica vio que sus ojos brillaban ante aquel cambio inesperado de la fortuna.

—Antes, yo también quiero pedirte una cosa.

Ella lo miró fijamente, con las manos en las caderas, preparada para entrar en los detalles de la negociación.

—Si ese soldado tuyo de verdad se ha ido y aceptas casarte conmigo, entonces nunca debes deshonrarnos, ni a mí ni a él, comparándonos en ningún aspecto. — Kalem cruzó sus manos grandes y callosas—. Sé que no soy un hombre perfecto, y que no puedo quitarte tus recuerdos. Pero el tiempo que pasaste con él es solo un recuerdo, y en cambio yo soy real. ¿Podrás vivir con eso?

Leronica no vaciló ni por un momento.

Así que se casaron, en una de las dieciséis ceremonias apresuradas que se celebraron en los pueblecitos pesqueros. Entre los novios, pocos eran los que parecían preocupados; al contrario, no acababan de creer su buena suerte al haber podido conseguir esposas atractivas que siempre habían estado fuera de su alcance.

En las semanas que siguieron, Kalem Vazz siguió trabajando en su barco pero junto con el de Brom Tergiet. Y, sumado a los ingresos de la popular taberna, Leronica y sus dos hombres pudieron vivir relativamente bien.

Era lo mejor que podía esperar en Caladan, aunque por las noches, cuando estaba en la cama junto a Kalem y sus dedos recorrían su vientre cada vez más voluminoso, pensaba en los lugares lejanos y maravillosos de los que Vor le había hablado.

Leronica permanecía tumbada en silencio, mirando por la ventana abierta al cielo estrellado, y pensaba en Vorian Atreides, que estaba tan lejos. En aquellos momentos, él estaría luchando contra malvados robots, capitaneando grandes naves, y puede que incluso pensara en ella de vez en cuando. Un guerrero tan guapo y arrojado... Y suspiraba.

A veces se daba la vuelta y veía a Kalem, despierto e inmóvil, con los ojos abiertos y brillantes —¿eran lágrimas?—, pero él no decía una palabra y jamás hizo nada que indicara que sabía lo que Leronica estaba pensando. Nunca le preguntó el nombre de su soldado, y Leronica se alegró de no tener que mentir para mantener la promesa



que había hecho a su amante. Aquel hombre bueno y trabajador parecía totalmente satisfecho con lo que tenía, y Leronica trató de sentir lo mismo.

Los dos sabían que el yihadí nunca volvería.

Cuando llegó el momento, Leronica dio a luz a dos gemelos sanos que insistió en llamar Estes y Kagin, por los dos abuelos de su marido. No quería que nada los relacionara con el nombre de Vor. Todos los lugareños resaltaron el parecido que los niños tenían con Brom Tergiet —cosa que hizo que el pescador se sintiera henchido de orgullo—, aunque algunos de sus compañeros bromearon diciendo que con un poco de suerte no tendrían su espantosa risa de caballo.

Sin embargo, cada vez que miraba a sus hijos, Leronica veía en ellos un eco del oficial aventurero y de cabellos oscuros que le robó el corazón y luego desapareció en el espacio.

Fiel a su palabra, Kalem Vazz fue un marido leal, un trabajador incansable y un padre atento. Se desvivía por los niños, y jamás dejó traslucir que no eran suyos. Su amor por los niños era más importante que la sangre que llevaran por sus venas.

Dos años después de que Vor se fuera, Leronica ya no sentía tristeza, solo una curiosidad melancólica por saber qué hacía, si estaba bien. Por primera vez en su vida, empezó a prestar atención al desarrollo de la Yihad, y seguía las noticias de las batallas más importantes.

Al menos una vez al mes, Kalem y su padre salían con los barcos a las fértiles aguas de los arrecifes más alejados. Entonces, Leronica dejaba a los gemelos con una vecina, tomaba prestado uno de los vehículos de metano del pueblo y viajaba hacia el norte, por la accidentada carretera de la costa, hasta la estación militar de seguimiento que había establecido allí el ejército de la Yihad.

Un puñado de soldados vivían en los barracones prefabricados y se encargaban de la estación. De vez en cuando, dos o tres iban por el difícil camino hasta el pueblo para comprar pescado fresco y provisiones; otras veces, Leronica les enviaba comida de las cocinas de la taberna, y la cambiaba por información sobre la guerra contra Omnius.

La presencia de Leronica se convirtió en algo habitual en los puestos de control que había bajo las torres que conectaban la red de satélites que rodeaban Caladan. Cerca del puesto había un claro donde hasta no hacía mucho las lanzaderas despegaban y aterrizaban regularmente, y con el tiempo quizá se convertiría en un puerto espacial en toda regla, aunque por el momento rara vez se utilizaba.

Los yihadíes creían erróneamente que Leronica tenía interés en la política y la táctica militar, y le daban copias de los mejores discursos de la sacerdotisa Serena Butler y los mítines del Gran Patriarca Iblis Ginjo. Pero lo cierto es que se moría por oír lo que fuera sobre el primero Vorian Atreides, aunque tuvo mucho cuidado de no decirle a nadie que lo conocía.



Con los ojos brillantes, Leronica escuchaba mientras los soldados resumían los problemas con Bela Tegeuse y, más recientemente, la terrible aniquilación de la colonia aislada de Chusuk. Con el tiempo, fue averiguando detalles de las pasadas hazañas de Vor, sobre todo cómo había ayudado a salvar a Anbus IV y el engaño de la flota falsa de Poritrin.

A veces Vor le enviaba cartas y paquetes, siempre bajo un nombre falso. Normalmente llegaban cuando su marido estaba trabajando. Aunque los soldados que le entregaban aquellos paquetes suponían que tenía un amor en alguna parte del espacio, ella nunca les dijo su nombre. Leía los mensajes con una intensidad que jamás manifestó ante Kalem. Detestaba tener secretos con su marido, pero lo hacía para protegerlo, no porque se sintiera culpable.

Nunca trató de contestar a los mensajes de Vor, nunca se atrevió. .. aunque ni ella misma entendía muy bien la razón. El primero Atreides estaba en su lejana guerra, ajeno a la existencia de sus hijos, y ella no tenía intención de decirle nada. Solo esperaba que no sufriera ningún daño, y que pensara en ella de vez en cuando.

Satisfecha con lo que había oído, Leronica daba las gracias a los yihadíes y volvía a toda prisa al pueblo. Debía llegar antes de que anocheciera. Kalem y su padre aún estarían fuera un par de días, pero tenía que recoger a los gemelos y preparar la cena en la taberna. La maternidad le robaba mucho tiempo, pero Leronica seguía llevando la taberna y alimentando a los trabajadores que estaban demasiado cansados para cocinar ellos mismos.

Y entonces abría las puertas a la multitud de bulliciosos clientes de la noche, con una sonrisa en los labios. Las noticias frescas y las historias —y sobre todo la carta especial que demostraba que su amante realmente la recordaba— la satisfacían durante unos días.

Pero cuando su marido volvía, Leronica se volcaba totalmente en él. Como había prometido, nunca lo comparó con el otro hombre, aunque no podía olvidar a su bravo oficial. En cierto modo, tenía lo mejor de aquellos dos mundos.



Capítulo 80

¿Es humano decir que nadie me entiende? Esa es una de las muchas cosas que he aprendido de ellos.

Diálogos de Erasmo

A lo largo de su prolongada existencia, a Erasmo se le había acusado de infinidad de cosas. Mucha gente, incluida la enloquecedoramente interesante Serena Butler, le había tachado de carnicero por sus perspicaces experimentos con la naturaleza humana, y sobre todo por arrojar al bebé de Serena por el balcón.

Antes de su caída, el Omnius-Tierra había insinuado que estaba tratando de convertirse en humano. ¡Qué idea tan divertida! Y recientemente, el Omnius-Corrin había insinuado que quería usurpar su sitio, aunque fue su rapidez y su eficiencia la que salvó a Corrin del desastre y evitó que la versión contaminada de la supermente siguiera extendiéndose.

A Erasmo no le gustaba que lo clasificaran de una forma tan simplista, y se enorgullecía de escapar a toda descripción o interpretación. Quería muchas más cosas de las que nadie imaginaba.

En aquellos momentos, mientras avanzaba dificultosamente por un extenso campo nevado con el joven Gilbertus Albans siguiéndole los pasos —sujeto por una cuerda—, Erasmo meditó en lo provincianas que eran otras mentes, incluidas la de Omnius, comparadas con la suya. A través de sus investigaciones, Erasmo se había implicado en el conjunto de los factores biológicos mucho más que ningún otro investigador, hombre o máquina. Disfrutaba de lo mejor de todos los mundos posibles.

Aunque el adolescente no se quejaba, Erasmo oyó que respiraba trabajosamente y aminoró su paso mecánico. Había modificado sus piernas y pies de metal líquido para tener mayor estabilidad sobre la nieve y utilizaba sus copiosas reservas de energía para avanzar y abrir el camino. Aun así, para el joven era difícil seguirle el paso. La pendiente era más pronunciada de lo que parecía, y era irregular; ningún humano podía igualar las características móviles de un diseño robótico avanzado.

El Omnius-Corrin, reparado y bastante recuperado de la sucesión de fallos generales, los seguía con un ejército de ojos espía que zumbaban alrededor de sus



cabezas como mosquitos. La supermente, que en realidad no era más que un software sin un cuerpo concreto disperso como una nube invisible de datos, jamás podría disfrutar de una experiencia real como aquella.

Era otro de los aspectos en los que Erasmo, con su cuerpo autónomo y móvil, podía sentirse superior. La supermente informática podía absorber cantidades ingentes de datos, pero era incapaz de experimentar nada por sí misma.

«Lo que importa no es solo la cantidad de información —pensó Erasmo—, sino la calidad.» Le divirtió pensar que *Omnius* era como un *voyeur*, siempre mirando pero sin participar, sin vivir.

«Vivir.» La palabra hacía que se planteara toda clase de preguntas filosóficas. Dado que no tenía estructuras celulares, ¿se podía considerar realmente que una máquina pensante vivía? Algunos como él sí, pero la mayoría no. Se limitaban a seguir los mismos parámetros día tras día. ¿Estaba vivo *Omnius*? El robot pensó en la pregunta unos momentos, y llegó a una conclusión: «No, no está vivo.»

A su vez, esta respuesta, suscitó nuevos interrogantes, como los brotes que salen de una rama en un árbol. Erasmo se dio cuenta de que había jurado lealtad a un ser inanimado, muerto, y se preguntó si aquello era moralmente válido.

«Puedo hacer lo que yo quiera. Haré lo que yo quiera y cuando quiera.»

El gigante rojo desprendía una intensa luz cobriza, pero en aquella zona tan elevada no dejaba notar su calor. Al mirar atrás, Erasmo vio con satisfacción que el joven *Gilbertus* no estaba haciendo demasiados esfuerzos, sobre todo con aquella pesada mochila que había insistido en llevar. Había que evitar que se hiciera daño.

Por sus características biológicas, *Gilbertus* era vulnerable a los accidentes y al entorno, así que Erasmo tenía que estar muy atento. Solo para proteger a su objeto de estudio, por supuesto... o eso quería pensar. En los últimos cuatro años, había hecho grandes esfuerzos para educar a aquel joven, para convertir a aquel salvaje en el hombrecito educado que era ahora.

Erasmo miró pendiente arriba, a una zona de terreno fracturado y cubierto de hielo, que había quedado como reducto del largo invierno de *Corrin*. Reconoció determinados rasgos topográficos y siguió subiendo. Hacía siglos que no iba por allí, pero su perfecta memoria de circuitos gelificados le permitía saber exactamente adonde iba.

—Creo que ya sé adonde me lleva, señor Erasmo. —*Gilbertus* tenía la cara fina y la boca grande, ojos grandes de color verde oliva y pelo rojizo que sobresalía por debajo de la capucha de la parka. Aunque era bajito para su edad —quizá por la mala alimentación que recibió de niño en las cuadras de esclavos—, era enjuto y fuerte.

—¿Tú crees? Bueno, pues sigue creyendo lo que quieras, *Gilbertus*, porque quizá tenga algún as escondido en la manga.

—No intente engañarme. Los robots no hacen trampas.



—Tú mismo te contradices. Si estuviera intentando engañarte, Gilbertus, ¿no sería eso hacer trampa y por tanto tu postulado sería incorrecto? Debes elaborar tus pensamientos de una forma más lógica.

Gilbertus guardó silencio para pensar en aquel enigma. Erasmo volvió a sus cavilaciones, esta vez relacionadas con la cantidad de datos inútiles que Omnius había ido acumulando sin saber cómo extraer una lección de ellos. Los datos en sí no eran nada, a menos que se utilizaran como un medio para extraer nuevas conclusiones.

Erasmo podía acceder prácticamente a todo lo que la supermente sabía desde un edificio electrónico que contenía los archivos de seguridad de Omnius. Ni siquiera tenía que conectarse a la supermente para conseguir información, cosa que evitaba para preservar su independencia y proteger sus secretos. Evidentemente, Omnius también tenía secretos, archivos a los que ningún robot tenía acceso.

—¿Falta mucho, señor Erasmo? —preguntó el joven, jadeando.

El robot formó una sonrisa con su rostro de metal líquido y giró su cabeza oval y brillante casi del todo para mirar a su espalda.

—Casi hemos llegado. Tendría que haber tenido más niños además de a ti, Gilbertus. Soy un maestro excelente.

Gilbertus hizo una pausa para pensar lo que el robot había dicho y luego sonrió.

—Usted es una máquina. No puede tener niños.

—Cierto, pero soy una máquina muy especial, con muchas adaptaciones y modificaciones. No te sorprendas por nada que me veas hacer.

—Por favor, no haga cosas raras otra vez, señor Erasmo.

El robot simuló una risa. Disfrutaba de la compañía de Gilbertus mucho más de lo que habría imaginado. Aquel jovencito de trece años había resultado ser extraordinariamente brillante, un verdadero tesoro, mucho más que un simple experimento. Bajo su dirección, Gilbertus empezaba a manifestar sus posibilidades. Quizá, bajo su guía constante y un entrenamiento riguroso y paciente, a través de su pupilo el robot independiente podría llevar el potencial humano a su nivel más alto. Omnius conseguiría mucho más de lo que esperaba con aquel desafío.

A veces el robot y el joven bromeaban, tratando de hacer tropezar al otro a partir de suposiciones infundadas o errores de lógica. Erasmo se había encargado de enseñar a su alumno la historia del universo, filosofía, religión, política y la perfecta belleza de las matemáticas. La paleta de temas entre los que podían escoger contenía una variedad infinita de colores, y la mente entusiasta del joven los utilizaba todos con notable destreza.

A diferencia de la apuesta que había hecho con el Omnius-Tierra —que consistía en que Erasmo volviera a un humano de confianza contra sus amos—, esta vez



estaba buscando algo positivo. Aunque ya no era necesario, el robot mantuvo una sonrisa orgullosa cuando siguió caminando por la nieve hacia una profunda grieta entre la roca.

La pendiente se suavizó y Erasmo reconoció dos rocas separadas por un profundo abismo.

—Pararemos aquí y montaremos el campamento. —Extendió su brazo metálico—. Antes ahí había un puente.

—Y a usted no se le ocurrió verificar su solidez antes de cruzarlo —dijo Gilbertus, mientras se quitaba la mochila de la espalda y la dejaba caer sobre la nieve—. Se rompió cuando trató de cruzar y usted cayó al abismo y se quedó allí atrapado durante años.

—Nunca volveré a cometer un error como ese... aunque con la perspectiva del tiempo, las consecuencias fueron absolutamente maravillosas. Durante todo ese tiempo, no tuve nada que hacer aparte de pensar, como un pensador. Eso fue la semilla de mi forma única de independencia.

Gilbertus miró con respeto el abismo de roca, sin hacer caso del viento helado.

—He estado deseando ver este lugar desde que me habló de él. Es como... como si usted hubiera nacido aquí.

—Curioso pensamiento. Me gusta.

Aquella noche, mientras el joven terminaba de montar el campamento prefabricado, Erasmo hizo de cocinero en una cocina portátil; metió su sensor en un estofado de conejo de Corrin y lo sazonó como si supiera lo que estaba haciendo. Luego observó con atención mientras Gilbertus comía. El robot se limitó a probar los platos con sensores gustativos en un intento por comprender lo que su pupilo estaba experimentando.

Después el robot continuó su última lección desde el punto donde la habían dejado. Ahora que había conseguido inculcar a aquel salvaje un comportamiento más cívico, Erasmo se concentraba en fomentar su memoria mediante ejercicios mentales.

—Treinta y siete billones, ochocientos sesenta y ocho millones, cuarenta mil ciento cincuenta y seis —dijo.

—La población que tendría ahora la Tierra, basándonos en las proyecciones de las tasas de nacimiento y mortalidad, de no haber intervenido Omnius y si el planeta no hubiera sido destruido.

—Exacto. Una educación adecuada no tiene límites.

Mientras el frío arreciaba y la noche avanzaba, Erasmo siguió haciendo preguntas y más preguntas, y su alumno manifestó una notable habilidad para organizar y utilizar los datos que tenía en su mente, igual que haría una máquina. La capacidad de aprendizaje de aquel joven era impresionante, y demostró que era capaz de reali-



zar cálculos y procesos de pensamiento avanzados. El cerebro orgánico de Gilbertus había aprendido a barajar las diferentes posibilidades y consecuencias, y a escoger la mejor alternativa.

Más tarde, aquella misma noche, cuando empezaba a nevar, Erasmo vio que su alumno empezaba a cometer errores. Pacientemente, el robot siguió incorporando información a lo que su alumno ya sabía, colocando pacientemente nuevos datos en su mente de forma que pudiera recurrir a ellos con rapidez en la forma de memoria orgánica. Pero aunque Gilbertus no dijo nada, su atención se desviaba y parecía que le costaba concentrarse.

Erasmo se dio cuenta de que estaba agotado por la difícil escalada y la falta de descanso. Cometía ese mismo error con frecuencia, olvidaba que los humanos necesitan dormir y que ni siquiera las sustancias más avanzadas pueden suplir esa función natural. Incluso si Gilbertus Albans tenía un suministro de energía biológica regular, no podía enseñarle ininterrumpidamente las veinticuatro horas.

«Aunque el conocimiento no tiene límites —meditó—, la capacidad de aprendizaje del humano tiene unas fronteras muy definidas.»

—Ahora duerme, Gilbertus. Deja que tu mente asimile y procese la información, y seguiremos cuando te levantes.

—Buenas noches, señor Erasmo —dijo el joven con voz cansada pero juguetona, y se metió en su cubículo calentito.

Erasmo se quedó sentado, inmóvil, mirando y grabando con cientos de fibras ópticas hasta que Gilbertus se quedó dormido. Aquella excursión le estaba resultando mucho más gratificante de lo que esperaba.

Sin despertarlo, dijo:

—Buenas noches, Gilbertus.



Capítulo 81

Es un hecho comprobado en la existencia humana que las relaciones cambian. Nada es completamente estable, ni siquiera de una hora a otra. Siempre hay variaciones sutiles, alteraciones y ajustes que hay que tener en cuenta. Nunca hay dos momentos que sean exactamente iguales.

Serena Butler, Observaciones

Cada una de las máquinas grandes y negras que había sobre la turba helada estaba dirigida por un par de operarios humanos situados en una cabina muy alta ante los mandos. Largos brazos hidráulicos se hundían en aquella materia helada, extraían grandes cantidades de materia vegetal, esponjosa y derretida, y la arrojaban en los camiones de tierra que iban y venían. Los llanos de Kolhar parecían un hormiguero gigante y revuelto.

Después de meses de preparativos y grandes inversiones, la construcción de los astilleros estaba en marcha. Durante la breve estación cálida, aquellas marismas cobraban vida y se llenaban de flores, malas hierbas y algas, aves e insectos voladores. Pero ese año sería diferente. De ahora en adelante, aquella enorme extensión sería el hogar de naves gigantes cuyos motores podrían plegar el espacio. El paisaje de Kolhar cambiaría para siempre.

Aurelius Venport, en pie en uno de los márgenes de la marisma, se arrebujó frente al viento gélido y se echó una capucha peluda sobre la cabeza. El sol de la mañana hacía brillar con tanta intensidad la nieve que enharinaba el paisaje que Aurelius tuvo que entrecerrar los ojos; se ajustó las filtroplaz oscuras sobre los ojos.

Los obreros extraplanetarios llevaban un atuendo similar. Venport los observó y se preguntó cuánto le estaba costando cada minuto de aquel monumental proyecto. Había tomado muchísimo dinero prestado de sus diversas empresas para equilibrar el negocio. También había enviado equipos a Arrakis para aumentar el volumen de especia recolectada, aprovechando que el naib Dhartha ya no estaba y que los bandidos —por la razón que fuera— habían dejado de ser un problema.

Y todo para conseguir el capital suficiente para aquella empresa. «El sueño de Norma.»



Desde sus primeras apuestas comerciales con las sustancias medicinales de Rossak, Venport siempre había asumido riesgos. Pero nada que se pareciera ni remotamente a aquello. Cuando se paraba a pensarlo, las rodillas le flaqueaban. Aun así, a pesar de la enorme inversión, su instinto le decía que había tomado la decisión correcta. Como siempre, Norma le parecía irresistible y entusiasta. No había dobleces en ella, solo una inmensa seguridad. Y Venport confiaba ciegamente en sus visiones.

Una de dos, con aquello o se arruinaba o se convertía en el hombre más rico del universo. No había término medio.

Se volcó personalmente en el trabajo que se estaba realizando en Kolhar y dejó que otros representantes de VenKee se ocuparan de vigilar la melange y sus otros negocios. Ahora más que nunca habría querido saber qué había pasado con Tuk Keedair. Había pasado demasiado tiempo, y lo más probable es que el hombre hubiera muerto en las matanzas de Poritrin, como tantos cientos de miles de víctimas sin identificar. Así que ahora los riesgos y los beneficios eran solo de Venport. Y la empresa.

La llanura de marismas de Kolhar se extendía hasta el horizonte, pero las inmensas estructuras que Norma quería construir no parecían menos grandes. Cada semana lo llevaba en un vehículo terrestre para mostrarle cómo sería el perímetro de cada edificio. No tardarían mucho en empezar a construir las naves, siguiendo los detallados planos de Norma.

Del bullicioso campamento de operarios llegaba el ruido constante de la maquinaria, vehículos, motores que se encendían hasta su máxima potencia y luego la reducían. A Norma estos sonidos parecían reconfortarla, porque veía que el trabajo seguía las veinticuatro horas del día.

Norma corría arriba y abajo por la llanura, consultando a los arquitectos y los capataces, planificando la construcción de estructuras y zonas de aterrizaje adicionales para sus innovadoras naves. La nueva y enérgica forma de Norma prácticamente no tenía necesidad —ni tiempo— para dormir.

Cuando lo vio inspeccionando el trabajo, Norma corrió hasta él. A pesar de su ajetreada agenda, siempre tenía tiempo para Aurelius. Lo saludó con un abrazo afectuoso y luego le confesó la razón de aquellas atenciones.

—He visto a las máquinas pensantes, y no quiero ser como ellas. —Le dedicó una sonrisa pero, a pesar de su perfección, Venport aún podía detectar a la jovencita insegura que había debajo—. Debo tomarme mi tiempo para ser humana.

Venport la abrazó.

—Eso está bien, Norma. —Pero a Venport se le antojaba que bajo aquella forma mejorada y hermosa, Norma estaba fuera de su alcance, del alcance de cualquier humano. Nadie podría igualar ni de lejos sus capacidades. Desafiaba toda comparación. Como su madre.



—Y para eso, me he permitido concebir nuestro primer hijo. —Venport la miró, demasiado sorprendido para preguntar nada, pero ella siguió hablando—. Creo que es la extensión lógica de lo que quiero hacer. Las sensaciones son extrañas, pero interesantes. Creo que será un varón. Y me aseguraré de que sea sano y fuerte.

Venport no tuvo necesidad de preguntar cómo pensaba hacerlo. Nunca había pretendido entender las sorprendentes cosas que Norma podía hacer, ni antes ni después de su extraña metamorfosis.

Recientemente, su madre había vuelto a su ciudad de cuevas cerca de Rossak para su último mes de gestación. A pesar de los avanzados medicamentos que él mismo había desarrollado en su empresa farmacéutica, Zufa Cenva tenía miedo de que hubiera algún problema con el hijo de Iblis Ginjo. Ella no tenía la capacidad de manipular las células y las sustancias como Norma.

Venport aún sentía emociones encontradas cada vez que miraba a Zufa. Mientras estuvo allí, en los astilleros, notó cierta tristeza en los ojos claros y gélidos de la hechicera cada vez que le miraba. En otro tiempo él la había querido de verdad, pero Zufa siempre fue muy despectiva con él y prefería dedicar su tiempo y su pasión a otras cosas, principalmente a la guerra y a la gratificación personal.

Afortunadamente, Norma no era así.

Venport oyó el chisporroteo de unas explosiones telequinésicas a lo lejos. Dada la importancia de aquella nueva empresa, Zufa había convocado a catorce de sus candidatas a hechicera más dotadas para que vigilaran la zona mientras ella estaba fuera. Estas mujeres proporcionaban mayor seguridad en la forma de «escudo defensivo telepático», y estaban siempre alerta ante posibles amenazas. Aunque había mercenarios vigilando las instalaciones y los accesos al planeta, las hechiceras tenían otras armas.

Corría el rumor de que ahora los cimek estaban en guerra contra Omnium, pero era imposible predecir el comportamiento de aquellos híbridos. Ningún predador cimek sobreviviría a un ataque contra aquel planeta. Ningún espía robótico robaría los secretos de los astilleros de Kolhar. Norma no perdería aquella empresa, como había pasado con su complejo experimental en Poritrin.

Esta vez triunfaría frente a cualquier obstáculo.

Cuando ya pasaba del octavo mes de embarazo, Zufa Cenva deseó poder arreglarse sin hombres, ser capaz de inseminarse a sí misma y dar a luz de forma andrógina, como la antigua diosa Sofía, de la Vieja Tierra. Pero la hechicera suprema de la Yihad estaba constreñida por las limitaciones de su cuerpo mortal. Su hija Norma quizá sería diferente, con sus emergentes poderes mentales y creadores.

Después de ser torturada y quedar prácticamente destruido su sistema celular, Norma había recreado su cuerpo. Ahora que se había casado con Aurelius Venport



—cuya sangre tenía numerosas ventajas, eso Zufa lo sabía—, sin duda descubriría las posibilidades de su sistema reproductor...

Norma también había descubierto la forma de controlar la tormenta telepática que permitía aniquilar a los cimek sin que ella corriera peligro. Ah, si al menos Zufa pudiera aprender a hacer eso y enseñarlo a sus pupilas...

Zufa estaba ante una abertura en las cuevas de roca volcánica, mirando el exuberante follaje y percibiendo aquella mezcla de olores húmedos. Había vuelto a las ciudades de cuevas para dar a luz. Recordaba demasiado bien sus numerosos abortos, los monstruos que nacieron muertos, las terribles decepciones.

Qué extraño e irónico que Norma, contra todo pronóstico, se hubiera convertido en la hija perfecta y sin tacha que tanto deseaba. Zufa pensaba en su hija con sentimientos encontrados: se sentía orgullosa por lo que Norma era y quería hacer, pero también se sentía confusa, incluso asustada. Lo que no comprendía le asustaba. Y también se sentía culpable por haberla tratado mal durante tantos años.

«La chispa siempre debió de estar allí, el potencial, pero yo no lo veía. Yo, la gran hechicera, estaba ciega a las posibilidades de mi propia carne.»

Ahora Zufa deseaba colaborar en el grandioso sueño de su hija, pero necesitaba información. Esperaba poder conservar y hasta mejorar la nueva relación que había entre ellas. Pero el parto era inminente, así que la hechicera se concentró en su interior, en su nueva hija. Llevaba tanto tiempo deseando aquello... pero el caso es que llegaba en el momento más inoportuno.

Zufa se prometió que solo permanecería en Rossak el tiempo justo para dar a luz y que entregaría a la niña a otras hechiceras para que la cuidaran y la educaran adecuadamente. Su deber y su obsesión la reclamaban en Kolhar, donde Venport y Norma estaban totalmente volcados en las excavaciones iniciales de lo que iba a convertirse en los mayores astilleros de la Liga.

Zufa apoyó una mano en su vientre hinchado. Estaba en un elevado saliente, mirando el denso dosel de la selva. A pesar de las toxinas ambientales y el rudo paisaje que caracterizaba la mayor parte de los continentes, Rossak seguía siendo el más hermoso de todos los planetas que había visitado. La selva púrpura y plateada proporcionaba alimento, permitía domesticar la atmósfera y conseguir numerosas sustancias medicinales que constituían la base del imperio comercial de Aurelius Venport.

Pensó en los interminables ciclos de la naturaleza, en todas las especies que vivían en la selva de aquel mundo, las complejas interacciones y los nichos ecológicos que incluso las más diminutas formas de vida de Rossak sabían encontrar por sí mismas. Notó un movimiento en su interior y eso le recordó el lugar que ella misma ocupaba en la biología del planeta, y en la Yihad.



Zufa notó que un líquido tibio se le escurría entre las piernas y caía al suelo de piedra. Acababa de romper aguas. ¡Y mucho antes de lo que esperaba! Llamó a una de las jóvenes hechiceras que había cerca.

—Que venga enseguida la comadrona Ticia Oss. Dile que necesito sus servicios... ahora.

Aunque otras hechiceras acudieron a ayudarla, Zufa insistió en ir por su propio pie por el pasillo que llevaba hasta sus alojamientos, donde todo estaba ya preparado para el parto.

Siete mujeres se habían turnado para vigilar a Zufa en las últimas semanas de aquel importante embarazo. La hechicera suprema las quería como si fueran de su familia, y había entrenado a cinco de ellas para que actuaran como bombas psíquicas si se las convocaba. Había decidido que su hija llevaría el nombre de la comadrona que la ayudaría durante el parto.

«Ticia, mi hija llevará ese nombre para el resto de sus días.» Y quizá la comadrona aceptaría hacerle de tutora y madre sustituta durante un tiempo, para que ella pudiera volver a Kolhar.

Tal vez su hija tenía tantas ganas de nacer como ella de librarse de aquella carga.

La habitación se llenó de hechiceras altas y pálidas, cada una con una tarea concreta. Zufa trató de concentrarse en un tapiz de la pared para no pensar en el dolor; utilizaría sus poderes mentales para dirigir el parto y bloquear el dolor. A pesar de todo, con cada nueva contracción, el bebé la obligaba a sentir el parto en toda su intensidad.

Finalmente, Ticia Oss sacó un bebé brillante y rojo y cortó el cordón umbilical mientras las ayudantes le traían toallas, paños y toallas tibias.

—Tienes una hermosa hija.

—No esperaba menos —dijo Zufa, agotada y sudorosa. Ticia Oss le entregó al frágil bebé envuelto en una mantita verde claro.

Mientras tenía al bebé en brazos, enrojecido y arrugado por la dura prueba que acababa de pasar, Zufa sintió un profundo alivio: no era ningún engendro deforme que había que enterrar en la selva. Había pasado por aquello demasiadas veces. No, aquella niña —Ticia Cenva— estaba sana y sobreviviría sin problemas sin las constantes atenciones de Zufa. Sería una niña fuerte.

Cuando pasaran unos días y estuviera más recuperada, Zufa lo prepararía todo para volver a Kolhar. En el pasado había despreciado injustamente a Aurelius y a Norma, y ahora quería compensarles.



Capítulo 82

Un aliado que no es de fiar no es mejor que un enemigo. Preferimos tener nuestra independencia, nuestro control.

General Agamenón, La nueva Era Dorada

«¿Qué elegirías?»

Los maltrechos reductos de esclavos de Bela Tegeuse nunca habían tenido que valerse por sí mismos, ni habían establecido nada que se pareciera mínimamente a un gobierno. Durante incontables generaciones, habían vivido bajo el cuidado benevolente de las máquinas pensantes. Y ahora, cuando pensaban en el intervalo que se había producido entre la destrucción del Omnius local y la instauración del nuevo poder de los cimek rebeldes, aquella libertad temporal les parecía algo desagradable.

Así, después de volver a empezar tras el ataque atómico a Comati, los tegeusanos supervivientes estaban listos para la conversión, el lavado de cerebro. Solo pensarían lo que la titán Juno les dijera.

Después de dejar en órbita a la dócil y reprogramada flota robótica, lista para repeler cualquier incursión del ejército de la Yihad o de las fuerzas de Omnius, Agamenón convirtió aquel Planeta Sincronizado herido en una pieza central y base de operaciones para la conquista de la odiada supermente. No habían malgastado recursos ni había perdido a ningún cimek en aquella victoria inicial, pero si querían tener capacidad para soportar los ataques tenía que ampliar el número de fuerzas rebeldes.

Agamenón y sus cimek tenían la voluntad y la visión, pero ahora lo más importante era crear un ejército poderoso e imparable. Lo antes posible. Necesitaban más industrias, más armas y más neos. Muchos más.

Con ayuda de las naves robots, los cimek trasladaron a enormes grupos de prisioneros humanos desde los alrededores de Comati, afectados por la radiación. Con gran eficacia y previsión, las máquinas pensantes prepararon grandes reservas de suministros y, cuando Agamenón ofreció a los asustados supervivientes más comida, medicina y un grado de libertad algo mayor, los antiguos cautivos de Bela Tegeuse empezaron a ver a los titanes como salvadores. Relativamente bien



alimentados y con la mirada soñadora por aquel cambio en su situación, estaban preparados para la llegada de Juno y sus palabras hipnóticas.

Para aquella ocasión, la titán había elegido un cuerpo móvil más grande y glorioso que los que solía utilizar, más de lo que hacía falta para impresionar a nadie. E hizo que siervos robots reprogramados lo pulieran para que brillara como una tarántula andante hecha de cromo y plata. La idea era inspirar reverencia en quienes la vieran, volver a la legendaria Era de los Titanes.

Mediante los mentrodos, Juno conectó su simulador de voz a unos amplificadores.

—¿Queréis vivir para siempre?— preguntó a la turba, e hizo una pausa, esperando grandes vítores, aunque ver cómo la gente contenía la respiración por la emoción fue recompensa suficiente. La multitud se arremolinaba. Juno sabía que aquellos infortunados no habrían tenido muchas ocasiones de sentir esperanza, que solo ahora podían permitirse empezar a soñar—. ¿Os gustaría ser inmortales y no sentir dolor, ser poderosos y poder conseguir lo que queráis? ¡Es la vida que yo tengo desde hace mil años! Y el general Agamenón. Todo neocimek fue primero un humano de confianza que demostró ser digno del mayor premio que puede conseguir un mortal. ¿Alguno de vosotros es digno de ese honor?

Los antiguos esclavos conocían demasiado bien la monotonía y la dureza de la vida bajo el control de la supermente. Al verse frente al inmenso cuerpo de Juno y escuchar sus palabras, la gente se quedó sin habla.

—Mis compañeros titanes y yo hemos roto las ataduras de Omnius y, por primera vez en vuestras vidas, podéis ser libres.

Hemos conquistado este planeta en nombre de los titanes y deseamos atraer a los mejores de vosotros a nuestra lucha.

Vio que la gente se agitaba. Aquello nunca se les habría ocurrido.

—Podemos crear una nueva época dorada para los humanos, gracias a las ventajas de los cimek. Nuestro propósito es escoger a nuestro primer grupo de tenientes entre la población de Bela Tegeuse.

Afortunadamente, la mayor parte de humanos de confianza había muerto en Comati, porque Juno y Agamenón no deseaban reclutar humanos que anteriormente hubieran sido fieles a la supermente. No, la idea era buscar voluntarios que pusieran su alma al servicio de los titanes.

Juno debía actuar con rapidez. No sabía de cuánto tiempo disponía antes de que el ejército de la Yihad se presentara para ocupar las ruinas de Bela Tegeuse. Agamenón y sus cimek tenían que reforzar su posición.

—Os pedimos que miréis en vuestros corazones y vuestras mentes. —Juno levantó aún más la voz—. ¿Tenéis la energía y la lucidez necesarias para convertirnos en uno de nosotros? ¿No estáis cansados ya de vuestros frágiles cuerpos? ¿No estáis



cansados de la enfermedad, de que vuestros músculos y vuestros huesos no estén a la altura de lo que necesitáis?

En ese punto hizo girar la torreta de la cabeza y examinó a la chusma.

—Si es así, con mucho gusto el titán Dante y sus ayudantes neocimek os escucharán y considerarán vuestro caso. Harán pruebas y seleccionarán a aquellos que nos causen mejor impresión. ¡Estamos en los albores de una nueva era! Aquellos que se unan a nosotros ahora conseguirán muchas más recompensas que quienes teman correr riesgos.

Agamenón esperaba que convenciera solo a unas pocas docenas de voluntarios competentes, pero Juno sabía que su amante era demasiado pesimista. En su opinión, lo mejor era dejar que unos cientos, o incluso mil humanos fueran transformados en cimek, con contenedores cerebrales provistos de mecanismos de seguridad y sistemas de autodestrucción, por si alguno les salía rebelde. Porque, en aquellos momentos, lo que necesitaban eran guerreros, ejércitos de máquinas con mentes humanas dispuestos a luchar hasta la muerte y a aceptar misiones suicidas para acabar con el dominio de Omnius, y con la desagradable Yihad de Serena Butler.

—Por tanto —siguió diciendo Juno con su voz atronadora pero seductora—, os ofrecemos la inmortalidad, la posibilidad de vivir en cuerpos mecánicos de combate, flexibles, invencibles. —Alzó sus extremidades anteriores, lisas y plateadas—. Tendréis la capacidad de estimular los centros de placer del cerebro a voluntad. Jamás volveréis a pasar hambre, a sentir fatiga. Jamás os sentiréis débiles. —Caminó arriba y abajo como un purasangre. Luces artificiales e intensas *realzaban* las suaves curvas y el exoesqueleto de su cuerpo—. Pensadlo bien antes de contestar —les advirtió con voz sensual—. Y ahora, decidme, ¿quiénes deseáis uniros a nosotros?

Cuando oyó resonar los vítores y el rugido ensordecedor que se levantó entre la multitud, Juno supo que tendrían muchos más voluntarios de los que necesitaban.



Capítulo 83

Me siento capaz de hacer cualquier cosa... excepto, tal vez, estar a la altura de lo que los otros esperan de mí.

«La leyenda de Selim Montagusanos»

Ahora que los zensunies supervivientes estaban bien alimentados y volvían a tener esperanza en el futuro, Ishmael se permitió por fin sentir cierta satisfacción. A pesar de las condiciones de dureza de la supervivencia, la vida entre los habitantes del desierto de Arrakis empezaba a seguir unos ritmos naturales. Sí, quizá no era una vida cómoda, pero al menos estaban más seguros que antes.

Cuando Jafar y los otros condujeron a los refugiados hasta las cuevas donde vivían, los recién llegados miraron aquel santuario con expresión de reverencia y asombro, como si acabaran de llegar al cielo. La banda de forajidos de Selim les dio la bienvenida en el frescor de las cuevas. Algunos de los zensunies de Poritrin aceptaron la comida o el agua tibia que les ofrecían; otros solo fueron capaces de dejarse caer al suelo con alivio.

Aquella noche, profundamente satisfecho, Ishmael los estuvo observando, sobre todo a Chamal. Tuvo ganas de llorar. Solo quedaban cincuenta y siete de los cien que habían salido de Poritrin, poco más de la mitad. Pero ahora eran libres.

A pesar de aquella dura prueba, los supervivientes lo veían como un líder seguro, cuya perspicacia y fe les había mantenido unidos y había ayudado a que la mayoría pudieran salvarse. Gracias a él, habían huido de la tiranía de sus amos, habían cruzado la galaxia en una nave que nadie había probado y habían sobrevivido durante meses... y eso era mucho en un lugar como Arrakis.

Los refugiados insistieron en que los forajidos respetaran a Ishmael. Marha, la esposa de Selim, abrazó a su hijo El'hiim, que aún no tenía un año, y miró a Ishmael haciendo un gesto de asentimiento.

—Nos alegra tener entre nosotros a un hombre tan digno de respeto.

Aquella primera noche, Ishmael, en pie ante una de las entradas de la cueva, contempló el desierto a la luz de la luna, maravillándose por la belleza de aquella claridad tenue que bañaba la arena. Allá en lo alto, las estrellas parpadeaban en medio de una atmósfera despejada y seca.



Entonces se volvió hacia su gente y les habló con voz firme y tranquilizadora.

—Esto es lo que Budalá nos prometió. Quizá no sea lo que esperábamos, aquí no tendremos una vida fácil, no es ningún paraíso, pero con el tiempo quizá las cosas mejoren.

Los supervivientes siguieron celebrando su suerte, consumiendo provisiones robadas en las caravanas de los recolectores de especia o en aldeas desprevenidas que habían acumulado su riqueza mediante el comercio con la melange. Los refugiados de Poritrin alababan a Budalá y a Ishmael mientras que los forajidos entonaban cantos a Selim Montagusanos y narraban historias acerca de Shai-Hulud.

Un día, Ishmael se encontró a solas con Jafar en el interior de las cuevas.

—¿Cómo supiste de nuestra existencia? —le preguntó a aquel hombre alto y feroz—. Llevábamos mucho tiempo buscando ayuda.

Jafar entrecerró sus ojos azules, que parecían hoyos ensombrecidos en su rostro.

—Encontramos a un hombre vagando solo por la arena, medio muerto. Lo salvamos y nos pidió que fuéramos a rescataros. —Se encogió de hombros—. No sabíamos si creerle, porque a menudo las palabras de un mercader y un negrero son falsas.

Acompañó a Ishmael a una cámara oscura en el corazón de la montaña.

—Os dejo solos para que podáis hablar. —Desde la abertura de la entrada, Ishmael vio a duras penas a un hombre delgado, sentado bajo la tenue luz de un pequeño globo de luz. Tuk Keedair.

Jafar se dio la vuelta con su túnica del desierto y se fue.

Ishmael casi no podía creerlo. Se adelantó unos pasos.

—Desde luego, los caminos de Budalá son extraños. ¡Un comerciante de carne que ha dirigido tantas incursiones para capturar esclavos ha salvado la vida de estos zensunies!

El tlulaxa tenía un aspecto demacrado y torturado, estaba muy flaco y su pelo estaba descuidado. Cuando alzó la vista para mirar a su visitante, la expresión de Keedair no era desafiante, ni de miedo, solo cansada.

—Bueno, lord Ishmael de los esclavos, veo que contra todo pronóstico habéis sobrevivido. Vuestro dios debe de tener grandes planes para vosotros o alguna jugarreta preparada.

—No soy el único que ha seguido con vida a pesar de este planeta. —Ishmael entró en la habitación—. ¿Qué pasó con Rafel e Ingu, y con la nave de reconocimiento?

Keedair se meció adelante y atrás en el saliente de piedra que le servía de cama.



—Están en el estómago de un gusano. —Se pasó una mano que parecía una garra por su pelo desgreñado—. Rafel me amenazó con rebanarme el pescuezo, pero al final decidió abandonarme en el desierto. Aún no me había alejado mucho cuando aparecieron tres enormes gusanos enloquecidos. Destruyeron la nave, y no quedó ni rastro. —Levantó la vista y clavó sus ojos en un punto situado más allá de Ishmael—. Estuve vagando durante días antes de que Jafar y sus hombres me encontraran.

Ishmael frunció el ceño al oír que su yerno había abandonado al antiguo negrero en el desierto, donde era casi seguro que moriría. ¿Era su forma de vengarse? ¿Había castigado Budalá a Rafel por haber querido tomarse la justicia por su mano?

—No debes decírselo a mi hija —le dijo.

Keedair se encogió de hombros.

—Todo quedó entre Rafel y el gusano. Para mí no significa nada. —Extendió una mano nervuda—. Te doy mi palabra.

Ishmael no hizo ningún movimiento para devolverle el gesto.

—¿Esperas que acepte la palabra de un comerciante de carne? ¿La palabra del hombre que atacó mi aldea y me convirtió en esclavo?

—Lord Ishmael, un hombre de negocios que no mantiene su palabra se queda rápidamente sin negocios. —No utilizaba aquel título con sarcasmo, sino con reverencia.

Intuyendo que había alguien a su espalda, Ishmael se dio la vuelta y se encontró con la mujer de ojos grandes que había sido la esposa de Selim Montagusanos. No la había oído acercarse.

—¿Qué quieres que hagamos con él, Ishmael? Tú debes decidir.

Ishmael frunció el ceño, incómodo ante aquella responsabilidad.

—¿Por qué le dejasteis vivir?

Para Marha la respuesta era evidente.

—Para ver si era verdad lo que decía acerca de unos zensunies que venían de un mundo lejano. Pero el agua y la comida no abundan, y lo que menos falta nos hace son más bocas en la tribu.

En su celda, Keedair puso mala cara, como si ya supiera el destino que le aguardaba.

—Sí, sí, ahora que tenéis la barriga llena y la garganta ya no os quema, podéis pensar en la venganza. Llevas mucho tiempo esperando esto, Ishmael.

Otros refugiados de Poritrin se habían ido congregando en el corredor al oír las voces. Chamal estaba allí, con expresión inquisitiva. Ishmael no sabía qué debía contestar. Jafar y Marha se apartaron para que los otros refugiados vieran lo que



pasaba dentro; el tlulaxa los miró con gesto airado. Muchos gruñían, con una ira tan palpable que empedaquesecía su alegría por haberse salvado.

—Mátale, Ishmael —imploró una anciana.

—Arrójalo desde lo alto de los riscos.

—Déjalo a merced de los gusanos.

Ishmael abría y cerraba los puños, cerca del cautivo. Cerró los ojos y recitó en silencio sus sutras coránicos, con la esperanza de que sus palabras de perdón y esperanza calaran en su corazón.

—Tuk Keedair, me has robado muchas cosas. Me has herido, me has separado de la mayor parte de mi familia, me has robado casi todos los años de mi vida. Ahora mi gente y yo estamos aquí, en Arrakis, y no podremos marcharnos jamás, ni volver a nuestros planetas de origen. Cuando pienso en todo lo que me has hecho, me estremezco. Pero nuestras tribulaciones aquí no son responsabilidad tuya. —Aspiró una bocanada de aire seco—. Te devuelvo tu vida, negrero.

Desde el corredor llegaron murmullos de sorpresa. Incluso Chamal le miró con expresión furiosa e incrédula.

—Sería una deshonra matarte ahora —siguió diciendo Ishmael—, puesto que has reparado tu deuda con nosotros. Sin duda mi gente habría muerto si no hubieras pedido a estos forajidos que nos buscaran. —Extendió las manos, mirando a su hija—. No te confundas, sigo ansiando una venganza, pero ya no tengo derecho a ella. Aquellos que toman lo que no les pertenece no son mejores que... un negrero.

Los refugiados estaban visiblemente descontentos, perplejos, pero aceptaron su decisión. Jafar miró a Ishmael con renovado respeto, y también Marha, como si por primera vez lo vieran como un líder. Un verdadero líder.

Mientras los refugiados volvían a sus cámaras, Marha se llevó a Ishmael aparte y salió con él al exterior, donde pudieron sentarse bajo las estrellas. Aunque muchas de las figuras que formaban las estrellas eran distintas a las que veía en Poritrin, reconoció la constelación del Escarabajo y muchas otras. Algunas cosas no cambiaban.

—Dejé a mi mujer en algún lugar, allá fuera. —En aquella bóveda cósmica, Ishmael ni siquiera era capaz de situar el planeta donde había pasado la mayor parte de su vida. Con un único movimiento, aquella nave les había hecho atravesar un paisaje entero de estrellas—. Su nombre era... es... Ozza. Rezo para que siga con vida, junto con nuestra otra hija, Falina.

Marha lo animó a hablarle de sus recuerdos, de sus buenos momentos junto a Ozza, de lo diferentes que eran al principio, aunque después se convirtieron en compañeros, hasta que lord Bludd los separó por despecho. Hacía casi tres años que no la veía.



Ishmael suspiró.

—Jamás volveré a abrazar a mi Ozza, pero no sirve de nada lamentarse. Budalá me ha traído hasta aquí por algún motivo, ha mantenido a nuestra gente con vida y nos ha mantenido unidos.

Durante un buen rato, Marha permaneció en silencio a su lado.

—Yo también tengo una historia que contarte —dijo entonces—, una historia que nuestra gente debe recordar de generación en generación. —Le sonrió, y su voz se suavizó—. Escucha y conocerás la historia de Selim Montagusanos.



166 A.C.

Año 36 de la Yihad

Ocho años después del gran levantamiento

de esclavos en Poritrín. Siete años después de la

Fundación de los astilleros de Kolhar



Capítulo 84

La única certeza en la vida es que moriremos y la única certeza en la muerte es su aterradora imprevisibilidad.

Dicho de la Vieja Tierra

En el trigésimo sexto año de la Yihad que llevaba el nombre de su nieto asesinado, el viejo Manion Butler murió entre sus queridos viñedos. El tiempo era frío y el virrey retirado temía que helara. La tierra estaba endurecida y seca, pero él se empeñó en salir al alba hacia las viñas con su pala.

Tenía ya ochenta y cuatro años y, aunque podía confiar tales labores a sus trabajadores, a Manion le pareció que era importante que él mismo saliese a cubrir con paja la base de las delicadas cepas. Siempre había trabajado duro, y atendía sus viñas y olivares con la misma dedicación con la que había trabajado durante sus largos años de servicio en el Parlamento.

Como un caballo campeón, al viejo Manion no se le pasó por la cabeza reducir su ritmo de actividad, o pensar que las prisas por terminarlo todo en una mañana tal vez fueran exageradas.

Xavier se había acostado tarde, contento de estar en casa con su esposa y con Wandra, su hija más joven, que ya tenía ocho años. Se acurrucó junto a Octa en la cama, acostumbrándose de nuevo al contacto con su cuerpo, a su cercanía. Pero el primero nunca había sido un hombre ocioso. Se levantó temprano, desayunó y se puso unas viejas ropas de trabajo.

Habían pasado ocho años desde que la revuelta de los esclavos de Poritrin provocó la destrucción de la ciudad de Starda y la pérdida de tantas vidas humanas. Y desde que la inesperada rebelión cimek liderada por Agamenón llevó al caos a los Planetas Sincronizados y desvió la atención de Omnius.

Mientras los despiadados intentos de conquista de las máquinas se dispersaban, la Yihad continuaba su laborioso periplo. Xavier dirigió incontables incursiones en territorio sincronizado, protegió colonias vulnerables y atacó las naves de guerra robóticas siempre que se le pusieron a tiro.



Sin embargo, cuando volvía a casa disfrutaba trabajando en los campos y viñedos de la propiedad de los Butler, donde intentaba distraerse y encontrar un poco de paz interior en aquel universo en guerra.

Salió a la fresca luz de la mañana, se puso unos guantes gruesos y, sonriendo, echó a andar para reunirse con el anciano y ayudarlo a terminar de proteger las viñas. Xavier llegó a tiempo de ver que Manion se detenía de pronto y se tambaleaba, como desorientado. El anciano aferró el mango de la pala intentando mantenerse en pie, pero su rostro se crispó y se tiñó de un color ceniciento; al final cayó desplomado al suelo.

Gritando, Xavier corrió hacia su suegro, pero ya no podía hacer nada por él.

—Ahora hemos perdido a dos Manion —dijo la madre de Serena; las lágrimas caían por su rostro curtido y la imagen que devolvían las ondas del estanque de la Ciudad de la Introspección era la de una anciana.

La abadesa Livia Butler siempre había aparentado mucho menos de ochenta y un años, pero la muerte de su marido la había hecho envejecer terriblemente. A pesar de su estoica serenidad y de la elegante túnica de contemplación que vestía, Livia estaba encorvada en su asiento, como un árbol separado de sus raíces.

Serena estaba sentada junto a su madre en un banco, al borde del estanque. Manion había muerto pacíficamente después de una vida satisfactoria. «¡Si hubiese vivido para ver el final de aquella desgraciada guerra!»

El dolor de la tragedia no se había apaciguado a pesar de los treinta y cinco años de la Yihad. A veces llegaba la noticia de que poblaciones enteras habían sido borradas del mapa, como en Chusuk o en la matanza de Honru; otras, la pena era mucho más personal. Serena nunca renunciaría a su juramento de liderar la lucha contra las máquinas pensantes, pero a veces le habría gustado poder entregarse a la meditación, y a su pena. Había pensado en ir a Zimia para meditar junto a uno de los numerosos santuarios públicos rodeados de flores. Pero no tenía ganas de ver multitudes.

Serena alzó la vista hacia el mausoleo donde se conservaba el cuerpo de su hijo, en lo alto de una pendiente cubierta de hierba. Su pequeño era el símbolo inocente del espíritu humano, la antítesis de la crueldad y la falta de humanidad de las máquinas.

—Sí —dijo—, ahora hemos perdido a dos Manion. Pero la Liga y su Yihad tendrán que seguir adelante sin ellos —concluyó, aunque sentía que uno de los pilares más importantes de la Liga de Nobles se había hecho añicos.

Serena tomó la mano de su madre para reconfortarla y ella respondió con un apretón, cada vez más enérgico y apremiante. Los ojos de Livia se dilataron y gimió con un dolor que iba mucho más allá de la tristeza. Serena trató de sostener a su



madre, pero la anciana se desplomó junto al estanque. Serena se arrodilló y la sujetó por los hombros mientras gritaba pidiendo ayuda.

Durante un momento terriblemente largo, Serena miró los ojos abiertos y sin vida de su madre. Aunque Livia y Manion Butler habían vivido separados durante muchos años, ocupado cada uno en sus propios intereses, siempre estuvieron unidos por un vínculo invisible. Llevaban casados más de medio siglo.

Livia había ido a reunirse con su querido esposo.

Aunque apenas durmió esa noche, Serena desempeñó sus obligaciones cotidianas con energía. Más tarde, el Gran Patriarca le dijo que parecía más fresca e inspirada que nunca, como imbuida de un nuevo poder.

Su sensación de vacío se había transformado en ira, como si hubiesen conectado un interruptor en su mente. Las máquinas pensantes, las odiosas e irrazonables máquinas, le habían arrebatado demasiadas cosas. Había perdido más de lo que podía expresar con palabras.

Después de tantos años, se sentía defraudada porque la lucha aún no había terminado. Sin duda tenía que ver con alguna flaqueza humana, con su falta de decisión. Tenía que cambiar aquello como fuera.

La sacerdotisa de la Yihad deseó desesperadamente poder pedir consejo a su madre, una vez más, o a la pensadora Kwyna. Ahora, más que nunca, necesitaba sabiduría. Pero ¿dónde la encontraría?

Después de mucho pensar, decidió que había llegado el momento de hacer algo nuevo, de cambiar los parámetros. Ocho años atrás, Iblis Ginjo y ella misma habían proporcionado generosamente nuevos subordinados para los pensadores de la Torre de Marfil. Los voluntarios, cuidadosamente seleccionados, habían tenido tiempo de sobra para convencer a Vidad y a sus cinco camaradas filósofos de que compartieran sus conocimientos. Ya estaba cansada de esperar.

Sintió un escalofrío. Si los pensadores se negaban a venir, no tendría más remedio que ir ella.

Mientras se ultimaban los preparativos para el doble funeral de Estado del virrey retirado y la abadesa, las calles se llenaron de caléndulas de color naranja, flores que testimoniaban el pesar del pueblo. Serena miraba desde la ventana. ¡Había tantas personas que la seguían ciegamente a pesar de los riesgos! Vorian Atreides había regresado para informar al Consejo de la Yihad de sus esfuerzos por reforzar a los Planetas No Aliados y había traído la noticia de otra colonia humana destruida sin motivo, esta vez en las minas del planetoide de Rhisso. Su informe causó gran consternación. Al parecer, habían bombeado un gas somnífero en las cúpulas atmosféricas y secuestraron a la mayoría de los colonos antes de destruir las instalaciones.



Vor terminó su informe de pie ante Serena. Iblis Ginjo escuchaba con expresión afligida, pero Serena advirtió cierto brillo en sus ojos, como si para él aquello fueran buenas noticias. Aquel hombre despertaba en ella emociones encontradas. A pesar de que algunas de sus acciones eran cuestionables, sabía que el entusiasmo del Gran Patriarca por la Yihad jamás decaería. Por un momento, Serena apartó la mirada, inquieta, y luego volvió a fijarla en él. Esta vez solo vio tristeza en su rostro.

Vor creía que las máquinas se habían llevado a la gente de Rhisso como esclavos a algún planeta distante donde necesitaban mano de obra. Parecía una explicación razonable, pero Serena no acababa de encontrarle sentido.

—El informe que ha traído el primero Atreides sin duda encenderá los ánimos del pueblo en toda la Liga y recibiremos un nuevo aluvión de reclutas para nuestro ejército —dijo Iblis con intención de consolarla—. No creáis que estáis sola, Serena.

Pero Serena estaba furiosa, y llena de energía. Sí, la noticia de aquel desgraciado incidente exasperaría al populacho, como pasó con el de Chusuk, pero con eso no bastaba. Tal vez incluso provocaría una nueva oleada de protestas contra el conflicto. Ya habían pasado más de treinta años desde la destrucción del Omnius-Tierra.

«¿Por qué no hemos obtenido aún la victoria?»

—Ojalá dispusiera de miles de millones de apasionados combatientes en vez de solo unos pocos millones. Pero hay otra manera de ganar. —Alzó la cabeza y miró a Iblis con decisión—. Y pienso empezar consiguiendo nuevos aliados. ¡Aliados poderosos!



Capítulo 85

La línea que separa la vida de la muerte es delgada. Solo un latido o un aliento separan al humano de la oscuridad eterna. El hombre que entiende esto está dispuesto a arriesgarse. Si reclutara soldados para la Yihad, enseñaría este concepto y lo explotaría al máximo.

Erasmus, archivos de laboratorio

—Esto me va a doler más a mí que a ti —dijo Erasmo mientras tendía al muchacho boca arriba en la mesa de laboratorio—. Créeme, es por tu bien.

Gilbertus no se resistió.

—Confío en usted, señor —dijo, pero, a pesar de todo, su mirada nerviosa se paseó por la sala mientras Erasmo le sujetaba las muñecas, los tobillos y el torso a la mesa. El joven había visto los suficientes experimentos del robot independiente para saber que no sería una experiencia agradable.

Erasmus acercó un carrito cargado de tubos llenos de líquidos brillantes, bombas neuromecánicas y máquinas equipadas con sensores y agujas largas y afiladas. Infinidad de agujas.

—Es importante que lo haga —dijo. Tiró de uno de los brazos de metal flexibles que salían del carrito y lo pasó sobre el torso del muchacho. Tenía que haberle pedido permiso a Omnius para hacer aquello, pero no quería tener que explicarle sus motivos.

«Algunas cosas es mejor mantenerlas en secreto», pensó.

—Me gustaría que después me describieras qué has sentido. Tengo mucha curiosidad.

—Lo intentaré, señor Erasmus —dijo el muchacho con cierto nerviosismo.

Unas agujas de acero salieron del brazo flexible y se hundieron en el cuello y el pecho del joven, buscando órganos internos específicos. Él jadeó e intentó gritar, pero trató de soportar el dolor. Su expresión y su evidente sufrimiento entristecieron a Erasmo. El robot nunca había sentido remordimientos mientras observaba las reacciones de dolor en los sujetos de estudio, pero Gilbertus era más que un simple experimento.



Relegando sus sentimientos a una subrutina menor, el robot ajustó los mandos para aumentar el dolor del sujeto paulatinamente. Tenía que seguir todos los pasos.

—Terminaremos enseguida; y me disgustaría mucho que murieses justo ahora.

Gilbertus se debatía y se retorció pero no podía escapar. Solo sus gritos salían libremente y resonaban por las paredes del laboratorio. Sus labios crispados dejaban ver los dientes apretados y manchados de sangre, porque se había mordido la lengua.

El robot soltó algunos de los tópicos que había aprendido de los humanos.

—Ya verás como todo va bien. Es por tu bien. Sé valiente, muchacho.

Finalmente, el cuerpo de Gilbertus se relajó, y quedó sumido en la seguridad de la inconsciencia. Erasmo redujo los niveles gradualmente y apagó la máquina extensora de la vida. Una consola mostró que las constantes vitales del sujeto mejoraban. Gilbertus era joven y fuerte, y después de aquello aún sería más fuerte.

Sus párpados temblaron y se abrieron. Al ver el sonriente rostro de metal líquido del robot esbozó una débil sonrisa.

—Confías en mí, ¿verdad? —preguntó Erasmo mientras cubría las heridas con parches cicatrizantes.

—Por supuesto, señor Erasmo. —Apenas se le oía, y escupió sangre en el cuenco que el robot le puso delante—. Pero ¿cuál era el propósito de esta... prueba? ¿Ha aprendido algo?

—Te he llevado hasta el borde de la muerte y te he hecho volver. Es mi regalo. —Soltó las correas—. Se trata de un procedimiento desarrollado durante los tiempos del Imperio Antiguo y que se ha mantenido en secreto en los Planetas Sincronizados. Los cimiek lo utilizan para mantener su salud orgánica. Ahora yo te he dado vida, Gilbertus, vida en el mismo sentido en que tus padres te la dieron. Tu cuerpo biológico conservará su salud durante siglos, posiblemente más si te cuidas. Desgraciadamente, tu umbral de dolor es muy bajo y no he podido aplicarte una dosis mayor.

—Entonces ¿le he fallado?

—En absoluto. No eres culpable de tus debilidades humanas.

—Ahora me siento casi como una máquina pensante —dijo Gilbertus, incorporándose con dificultad. Bajó las piernas de la mesa, pero cuando intentó ponerse en pie se tambaleó. Erasmo tuvo que ayudarlo a mantener el equilibrio.

—Las máquinas y los humanos tienen distintas capacidades.

Los ojos del chico empezaron a brillar cuando entendió las consecuencias del tratamiento que acababa de recibir.

—Prometo que haré que se sienta orgulloso de mí, señor Erasmo.



—Ya lo estoy, mi muchacho.



Capítulo 86

Una leyenda puede ser tanto una herramienta para la enseñanza como un gran peligro, no solo para sus seguidores, sino para el mismo sujeto de la leyenda.

Chirox, Diarios de un maestro de armas

Muy por encima del inquieto océano, un hombre escalaba la pared del acantilado iluminada por la luna con la misma facilidad con que correría en terreno llano. Se impulsaba vigorosamente apoyándose en salientes y fisuras de la roca sin dar un mal paso, siempre avanzando. Abajo, las aguas del mar de Ginaz rompían contra los traicioneros arrecifes rocosos.

Pero Jool Noret no caería; nunca le había sucedido. Durante nueve años no había dejado de arrojar a las fauces de la muerte, y la muerte siempre lo escupía.

El más extraordinario de los mercenarios vestía un traje blanco de combate —sin mangas, con pantalones hasta la rodilla— que no le protegía pero que le daba total libertad de movimientos. Un pañuelo negro ceñía su cabeza, a la manera de los antiguos guerreros ronin de la Vieja Tierra. Aunque le traía sin cuidado impresionar a los espectadores, Noret vestía el traje blanco para que pudieran seguir su avance por la pared de roca desnuda.

Desde arriba, en lo alto del acantilado, las figuras oscuras de una veintena de alumnos de Ginaz lo observaban en compañía de Chirox. A la luz de la luna, Noret veía el destello plateado del anguloso *sensei mek* de múltiples brazos. Sabía que la máquina les estaría diciendo cuáles debían ser sus objetivos, que nunca excedieran sus capacidades. Mientras observaba al grupo, una parte de Noret se sintió orgullosa por haber inspirado a tantos voluntarios a prepararse para destruir a las máquinas; pero toda aquella atención le desconcertaba.

Desde luego, se había convertido en el guerrero más importante que había salido del archipiélago de Ginaz, quizá el más grande que saldría jamás.

Pero Noret también era un hombre muy enigmático y solo en contadas ocasiones se dirigía a sus alumnos. Unos años atrás, un alumno abatido grabó la cita más famosa del maestro de armas en una piedra pulida cercana al grupito de cabañas de la isla: «Yo mismo sigo siendo indigno. No estoy preparado para enseñar a nadie».



Cuando le preguntaban por sus legendarias victorias, Noret callaba, y eso obligaba a los alumnos a aprender y adornar las historias por su cuenta. Solo él conocía la verdad. En cada batalla se exponía cada vez a mayores peligros, siempre buscaba los enfrentamientos más arriesgados, los enemigos más mortíferos, y dejaba a su paso un reguero de robots destrozados. Jool Noret no vacilaba jamás y se había convertido casi en invencible sencillamente porque no le importaba vivir o morir. Todos sabían que deseaba morir, y sin embargo seguía vivo.

Luchaba por la simple belleza de la batalla y la sensación de liberación que le producía, por la expresión artística de la violencia. Había nacido para ello, heredero del espíritu de Jav Barrí, y había trabajado esa herencia instintiva para convertirse en un guerrero insuperable. La muerte de su padre le obligaba a hacerlo.

Noret había iniciado él solo rebeliones en muchos de los Planetas Sincronizados más débiles: se infiltraba en poblaciones humanas cautivas y les proporcionaba armas de impulsos para fundir los circuitos gelificados o explosivos, y armas más convencionales para iniciar sabotajes. Se escabullía como un asesino entre las máquinas y desactivaba y destruía veintenas de robots y, después de alborotar el avispero e infligir el mayor daño posible, escapaba y regresaba a los planetas de la Liga.

Pero nunca le parecía suficiente.

Escalar aquel acantilado desnudo era un ejercicio mucho más sencillo que superar las condiciones que se había impuesto para vivir y demostrar su valor. En el tramo más difícil de la pared, un saliente peligroso, Noret incluso aumentó la velocidad de su vertiginoso ascenso.

Se daba cuenta de que las demostraciones como aquella siempre eran arriesgadas, no solo para él, sino también para cualquiera de los jóvenes mercenarios que intentara emularlo. Pero era una lección valiosa: en la vida no había redes de seguridad y desde luego tampoco en tiempos de guerra, cuando la violencia podía cambiar cualquier situación en cuestión de segundos.

En las raras ocasiones en que regresaba a Ginaz, realizaba aquellos ejercicios para él mismo y, al tiempo que afinaba sus habilidades, proporcionaba a los otros algo que emular. Eso no significaba que se relacionara con los estudiantes; se mantenía lejos de la admirativa mirada de los alumnos, solo. Por el mero hecho de llegar a la cima les enseñaba que el cuerpo es capaz de gestas notables. Los seres humanos debían matar con precisión y refinamiento, una forma de arte que ni la más eficiente de las máquinas dominaría jamás. Se secó el sudor de sus cabellos claros y siguió escalando, cada vez más cerca de la cima del acantilado.

De pronto se deslizó en silencio hacia un lado y se perdió en las densas sombras de una grieta donde no llegaba la luz de la luna, para reaparecer un instante después debajo del saliente donde esperaban los alumnos. Noret corrió por una estrecha cornisa y siguió subiendo. Le traía sin cuidado lo que otros dijeran de él o el aura de



misterio que le rodeaba y que no hacía más que aumentar la curiosidad y fascinación de la gente. Sus razones para entrenarse tan duramente eran privadas.

—¿Dónde está? —oyó que preguntaba uno de los alumnos—. No lo veo.

—Está detrás de nosotros —respondió Chirox, volviéndose para saludar a Noret—. En esta partida, nos ha matado a todos.

Veinte pares de ojos se volvieron a mirar.

Jool Noret permanecía inmóvil en posición de combate, y las sombras de la noche daban a su rostro bronceado y cruzado de cicatrices un aspecto aún más enigmático. De pronto, sin previo aviso, dejó atrás a los alumnos, saltó por el borde del acantilado, con los largos cabellos ondeando al viento, y desapareció de la vista.



Capítulo 87

A veces, la línea entre el valor y la temeridad es indistinguible.

Zufa Cenva, Memorias de la Yihad

Después de más de siete años, los astilleros de Kolhar habían producido al fin la primera flota de naves mercantes que viajaban plegando el espacio. Se habían probado numerosos prototipos y Venport decidió que había llegado el momento de adaptarlos para usos comerciales, esto es, para el transporte de los productos que necesitaba la Liga de Nobles.

Aunque la idea la inquietaba, Norma no tuvo más remedio que desarrollar sistemas de navegación parcialmente computarizados para sus avanzadas naves. Los cálculos de Holtzman y la generación del campo de distorsión requerían unas matemáticas tan complejas que ningún humano normal podría resolver las ecuaciones sin ayuda. Y tras años de rigurosas pruebas, disponía de datos suficientes para saber que los vuelos eran demasiado peligrosos y el nesgo de destrucción era inaceptable.

Esperaba que los complicados instrumentos de navegación la ayudaran, pero tuvo buen cuidado de no crear ningún sistema de gelscircuitos potencialmente independiente. Antes preferiría desbaratar toda la flota mercante de VenKee que crear sin darse cuenta un nuevo Omnius. Ella era la única persona que tenía acceso a las salas de navegación de las nuevas naves; ni siquiera Aurelius, su marido, podía entrar en esas áreas selladas.

Encerrada entre las paredes negras de la cámara de orientación de su nave más moderna, Norma insertó un pequeño cilindro en un puerto de activación y luego observó con atención una pantalla holográfica tridimensional donde aparecían las coordenadas de todos los cuerpos astronómicos conocidos. A su juicio, ningún ser humano, ni siquiera un genio de su talla, podría trazar una ruta segura a través de las circunvoluciones del espacio plegado y de los riesgos que se escondían en el vasto universo. No tenía más remedio que confiar en los ordenadores, por peligrosos que fueran.

El sistema terminó de cargar la detallada relación de coordenadas y ella retiró el cilindro y lo escondió en uno de los grandes bolsillos de su bata de laboratorio de color verde pálido.



A pesar de la ingente cantidad de fondos y recursos invertidos en Kolhar, la Liga de Nobles ignoraba la existencia de las nuevas naves. Sin embargo, la gente empezaría a sospechar cuando centenares de las pequeñas y veloces naves de VenKee empezaran a dejar atrás a la competencia. En cuanto se corriera la voz —y eso era inevitable—, ella se aseguraría de que Aurelius Venport fuera considerado el impulsor de aquella revolucionaria tecnología. Nunca le habían interesado la fama y el poder, le parecían una pérdida de tiempo. Además, ella había visto con sus propios ojos cómo el ansia de poder o de fama podían torcer y destruir el genio, como le había ocurrido al gran Tio Holtzman.

Y ya que su marido siempre había tenido fe en ella y le había proporcionado los fondos necesarios, le cedería de buen grado los honores. Aurelius era un político astuto y tendría mucha más influencia si contaba con las cartas adecuadas. Encontraría la manera de disfrutar de la atención al tiempo que esquivaba las preguntas sobre la naturaleza de aquella tecnología. De todos modos, a ella solo le interesaba el éxito del proyecto.

Se había enviado más de un centenar de sus nuevos cargueros tripulados por pilotos mercenarios que conocían y aceptaban los riesgos. Después de muchos años y de una colosal inversión, Aurelius estaba a punto de conseguir unos enormes beneficios a pesar del número de naves y cargamentos que se perdían. Y sin su socio tlulaxa, Venport controlaba aquel inmenso imperio comercial gracias a Norma.

A pesar de los numerosos accidentes que hubo, la primera tanda de vuelos se completó con sustanciosos beneficios. En las bodegas de las nuevas naves VenKee transportaba rápidamente productos vitales a través de enormes distancias. Se entregaban drogas y alimentos perecederos procedentes de Rossak en cualquier lugar de los mundos de la Liga, y en menos tiempo del que se tardaba en encargarlos. El comercio de melange había crecido exponencialmente a medida que su uso se extendía a lo largo y ancho de la Liga y cada transporte de especia prácticamente cubría el coste de uno de los cargueros que plegaban el espacio.

Con suerte, el nivel de seguridad aumentaría. Dentro de los límites del secreto industrial, Venport informaba previamente a las tripulaciones de los grandes peligros que planteaban las nuevas naves y les pagaba un sustancioso suplemento por peligrosidad. En privado, había confesado a Norma que habría preferido no tener que arriesgar vidas humanas, que sería mejor que lo hicieran todo las máquinas. Pero, después de meditarlo mucho, decidió que eso era imposible. No se podía confiar en las máquinas.

Los ciudadanos de la Liga habían empezado a ver a Venport como a un salvador y un patriota, y sus competidores buscaban desesperadamente la manera de descubrir el secreto de aquellos viajes tan rápidos. Tio Holtzman había confiscado todos los trabajos y diseños de Norma, pero se había volatilizado en la explosión pseudoatómica que había destruido Starda, y ella sabía que ninguna otra persona tenía capacidad para comprender el sistema.



Tras estudiar el cráter y las ruinas de la ciudad en Poritrin, Norma creía haber encontrado la explicación de lo ocurrido. El resto de la Liga podía seguir pensando que los esclavos zenshiíes habían conseguido un ingenio nuclear, pero ella recordaba un ensayo controlado realizado en un asteroide hacía casi cuarenta años. Vio los resultados de la interacción de un arma láser con un escudo Holtzman. Norma sospechaba que un error, quizá cometido por el mismo Holtzman, había provocado la devastadora explosión.

Y ella no deseaba cometer un error semejante.

Puso en marcha el sistema de navegación en modo autodiagnóstico y dirigió la nave en varios viajes simulados a través del espacio. En las paredes que la rodeaban aparecieron unas pantallas ovaladas que mostraban nebulosas, cometas y novas.

Aurelius nunca le había fallado, nunca le había sido infiel. Incluso cuando analizaba fríamente la relación que mantenían, le sorprendía que siguiera con ella tal como había prometido. Aquel hombre la quería de verdad y era un padre extraordinario para el único hijo que tenían. Justo lo que siempre había deseado.

Pero la mayor creación de Norma seguía siendo el nuevo ingenio. Tenía la profunda convicción de que aquella tecnología —si alguna vez resolvía los problemas y peligros que aún planteaba— se convertiría en la base de una empresa comercial que empuñaría a los planetas de la Liga, algo mucho más importante que una simple compañía.

Hasta la fecha, algunas de las naves se habían desviado de su ruta, otras habían sufrido graves desperfectos y algunas habían desaparecido. En otro de los viajes, una nave atravesó el corazón de un sol y fue destruida. Cuantos más viajes se hicieran, más naves —y más pilotos— se perderían.

El excesivo índice de accidentes indicaba los riesgos de aquella innovadora tecnología. Norma se había devanado los sesos tratando de encontrar una solución, pero no parecía haber ningún sistema de seguridad fiable, aparte de una navegación precisa. No había vuelta de hoja: las grandes naves recorrían enormes distancias en un instante y estaban condenadas en el momento en que se fijaba una ruta equivocada. Ningún humano, y probablemente ninguna mente computarizada, podía reaccionar y hacer los cálculos para corregir una ruta equivocada en cuestión de segundos.

Pero para Venport la relación entre ganancias y pérdidas seguía siendo aceptable, porque seguía habiendo un número suficiente de naves que conseguía llegar. Dejando aparte su preocupación por las posibles bajas entre los pilotos, que mitigaba pagándoles generosamente, describía la rentabilidad como una lotería. Solo tenía que ajustar los precios para tener en cuenta lo que él llamaba «disminución de las existencias».



En la sala de navegación, la nave en la que Norma simulaba un viaje pasó junto a un ficticio campo de batalla en el que los cruceros de guerra de la Yihad estaban destruyendo fuerzas robóticas, un ligero aderezo que había añadido por diversión.

—Ocupada, como de costumbre. Me maravilla que puedas pasarte días enfrascada en tu trabajo sin descansar.

Norma notó que su marido entraba, y en ese momento se dio cuenta de los complejos sistemas computarizados que tenía ante ella.

—No deberías distraerme. ¿Cómo has conseguido entrar?

—Unas cámaras ocultas me revelaron cómo entras en estas habitaciones.

Norma frunció el ceño.

—Entonces tendré que endurecer las medidas de seguridad. Esta zona está restringida para todo el mundo, incluido tú.

Venport también frunció el ceño. Aunque tenía sesenta y dos años, gracias al constante consumo de melange, todavía parecía un hombre de treinta.

—Y por lo visto, también tu hijo. Adrién lleva días tratando de verte y tú ni siquiera le has respondido. Es muy espabilado para su edad, pero sigue siendo un niño.

La imagen de su hijo cruzó por su pensamiento. El niño tenía la sonrisa y el cabello negro y ondulado de su padre. Sus genes eran perfectos gracias a la manipulación interna que realizó Norma durante el proceso de concepción. Descubrió que podía visualizar y dirigir su sistema reproductor de manera que solo el espermatozoides y el óvulo óptimos se unieran.

Norma bajó la vista.

—He estado ocupada tratando de comprender los errores de navegación. Con un coeficiente de pérdidas tan alto, no podemos permitirnos prestar nuestras naves a la causa de la guerra. Y ese era mi propósito original. Mi madre me ha estado presionando para que comunique al ejército la existencia de nuestra tecnología, para que puedan usarla para transportar tropas a las zonas de batalla, pero no quiero tener tantas muertes sobre mi conciencia.

—Norma, encontrarás una solución. —Sonrió y luego la besó—. Cederemos la tecnología a los militares en cuanto sea suficientemente segura.

—¿Me disculparás con Adrién, por favor?

Venport estudió con atención los instrumentos, las pantallas, los controles y las bobinas de datos.

—¿Este es el sistema computarizado del que me hablaste?

—Sí.



—¡Que los dioses nos protejan!

—Aurelius, por favor, tengo trabajo. Ya discutimos las razones por las que he introducido estos estrictos controles.

—Sí, sí, lo sé. —Norma lo miraba con cansancio y finalmente él se dio por vencido con un suspiro—. Si alguien puede dominar a las máquinas pensantes eres tú —dijo—, pero no me gusta.

—Ni a mí tampoco, pero por el momento no hay alternativa.

Cuando su marido se fue, Norma volvió a sellar la puerta y practicó programando distintos destinos en el sistema de navegación, dejando que la computadora calculara cada ruta para evitar soles, planetas y otros obstáculos en el espacio. Aunque ella había creado personalmente aquel ordenador y había introducido numerosos dispositivos de seguridad, la proximidad de una máquina pensante todavía la inquietaba. Y no se atrevía a instalar el sistema en las naves reales que ya estaban en activo.

Si encontrase una manera de guiar las naves que plegaban el espacio con una mente humana y no una mecánica... pero eso era imposible.



Capítulo 88

La carne tal vez no pueda ser eximida de las leyes de la materia, pero la mente no está así trabada. Los pensamientos trascienden la física del cerebro.

Pensador Vidad, Pensamientos desde la objetividad del aislamiento

En Hessra, un planeta frío y desolado con una atmósfera apenas respirable, unos vientos furiosos clavaban en la piel cristales de hielo como agujas, y unos glaciares lentos pero constantes surcaban su superficie. Pocos habrían deseado pasar allí más de una semana, y mucho menos dos milenios, pero los pensadores de la Torre de Marfil habían elegido aquel lugar para continuar sus infinitas reflexiones, porque allí era poco probable que ningún elemento exterior perturbara su soledad.

Pero Serena Butler los encontró.

Aunque había perdido a la benevolente Kwyna en la Ciudad de la Introspección, estos otros misteriosos pensadores seguían existiendo. Vidad y sus filósofos de la Torre de Marfil siempre habían procurado aislarse, evitar intervenir en los asuntos humanos, aunque seguramente tenían una fuente externa de ingresos y provisiones. Serena tenía la intención de dirigirse directamente a ellos y pedirles —no, exigirles— que ayudaran a la raza humana. ¿Cómo podían negarse?

Incluso los pensadores de la Torre de Marfil debían ver que la neutralidad ya no era posible. En otro tiempo habían sido humanos pero, a diferencia de los titanes y neocimek, nunca se habían aliado con Omnius. Con sus milenios de sabiduría, tal vez pudieran proponer opciones de acción que la humanidad no había tenido en cuenta. Serena pensaba que su codiciado conocimiento tal vez llevaría a la victoria definitiva sobre los Planetas Sincronizados.

Los ayudantes que Iblis había elegido tan cuidadosamente para los pensadores llevaban ya ocho años sirviendo en Hessra. Serena apenas sabía nada de aquellos reemplazos, aparte de que ella les había dado su bendición poco antes de que partieran. Recordaba haber pensado entonces que todos parecían extraordinariamente píos y educados.

Iblis le había comentado que aquellos subordinados habían recibido instrucciones para que hablaran a los pensadores de los daños que durante siglos habían infligido a la raza humana las malvadas máquinas pensantes. Los nuevos subordinados



cuestionaban con frecuencia la moralidad del aislamiento de los pensadores e intentaban lograr que Vidad y sus contemplativos socios comprendieran que limitarse a ser neutral no era necesariamente una virtud.

Serena se dirigió directamente a Hessra acompañada solo por Niriem y otras cuatro serafinas. Su nave se posó en una plataforma de nieve y hielo que los subordinados habían preparado con ocasión de su visita. Las negras torres metálicas y los salientes cilíndricos, coronados por afiladas cúpulas apenas visibles entre los remolinos de nieve de la fortaleza de los pensadores, se elevaban sobre la piedra gris.

Originariamente, los pensadores construyeron aquel lugar de retiro sobre una estribación desnuda que miraba sobre un profundo cañón, pero, en el curso de veinte siglos de laborioso trabajo, un glaciar había bajado arrastrándose desde los altos neveros y estaba empezando a abrazar las torres. El grueso hielo tenía un color azul verdoso a causa de los contaminantes químicos destilados de la acida atmósfera de Hessra.

Hasta el momento, la marea de hielo había cubierto ya la mitad de los fundamentos inferiores y los sótanos del edificio, y Serena se preguntó si los pensadores abandonarían alguna vez aquella fortaleza. Allí sintió el implacable paso del tiempo. Cuando los glaciares acabaran cubriendo las torres, tal vez Vidad y sus complacientes compañeros se quedarían en su tumba de hielo, sumidos en sus pensamientos imposibles pero sin ir a ninguna parte.

A menos que Serena les incitara a la acción.

Un grupo de subordinados embutidos en parkas aislantes y encabezados por un hombre en el que reconoció a Keats salió por las puertas cubiertas de hielo de la torre principal. Serena se adelantó con torpeza, tosiendo a causa de la tenue atmósfera y del viento helado. Niriem se adelantó para acompañarla, pero Serena la despidió con un ademán. Le dijo a la serafina que permaneciera en la nave; prefería resolver aquella cuestión sola.

Los subordinados hicieron entrar a Serena en el túnel. Olían a productos químicos, como si hubieran estado trabajando en un laboratorio. Uno de ellos tocó una palanca y la pesada puerta del túnel se cerró detrás de ellos con un golpe. Mientras avanzaba junto a su sombría escolta, veía cómo el vapor de su aliento se elevaba ante sus ojos. Los corredores avanzaban en espiral como un sacacorchos, para descender finalmente a una amplia sala de paredes desnudas cuyas ventanas estaban cubiertas por unas sólidas cortinas de hielo. En los bloques de hielo habían tallado unos extraños símbolos que recordaban a las runas muadru. Seis pensadores de la Torre de Marfil descansaban sobre bruñidos pedestales, como las grandes piezas de un juego, y el pálido color azul de los electrolíquidos de soporte vital brillaba en los contenedores cerebrales. Más tanques de líquido vital, mucho más del que los pensadores necesitarían en su vida, se amontonaban en unos huecos. Serena se preguntó para qué querían tanto líquido.



Haciendo acopio de fuerzas, Serena recordó las distintas técnicas de debate que había aprendido de Kwyna y de Iblis Ginjo. En ese encuentro necesitaría toda su habilidad. Esperaba que Keats y sus ambiciosos compañeros subordinados hubieran preparado hábilmente el terreno para lo que venía a pedir.

—¿Buscas consejo? —preguntó Vidad.

Su voz salía de un altavoz implantado en la parte baja de su contenedor, muy semejante al de un cimek. El sistema parecía, nuevo y Serena supuso que era una innovación que los subordinados de Keats habían incorporado para permitir a los cuidadores conversar con más de un pensador a la vez. Antes de esta modificación, Vidad y sus compañeros seguramente habían reposado durante siglos en un plácido silencio, atendidos por mansos subordinados.

Ahora, con la gente de Iblis entablando debates constantemente, la vida de Vidad debía de haber cambiado mucho.

—Necesito tu ayuda —dijo Serena eligiendo cuidadosamente las palabras y el tono de voz para mostrar educación y respeto, pero también firmeza—. Nuestra Yihad ha durado muchos años y ha costado miles de millones de vidas humanas. Nuestra determinación se ha convertido gradualmente en estancamiento. Estoy dispuesta a hacer lo que haga falta para conseguir una victoria rápida y decisiva.

Vidad no respondió, pero otro de los pensadores dijo:

—Según nuestros actuales subordinados, vuestra Yihad se inició hace solo unas décadas.

—¿Y te preguntas por qué estoy tan impaciente?

—Era solo una observación.

—A diferencia de vosotros, yo estoy limitada a unas pocas décadas de existencia. Es natural que busque el éxito en el lapso de mi vida.

—Sí, lo comprendo. Sin embargo, la batalla general de los humanos contra Omnius ha durado apenas más de un milenio, lo cual no es tanto cuando se ve el asunto desde una perspectiva más amplia. Los pensadores de nuestro grupo guardan recuerdos que se remontan al doble de ese espacio.

—Como humana transitoria —añadió Vidad—, tu percepción del tiempo es sesgada y limitada, Serena Butler, e irrelevante en el gran lienzo sobre el que se pinta la historia.

—Puesto que los seres humanos registran su propia historia, la duración de la vida humana es la única medida del tiempo significativa —contestó ella con un tono apenas mordaz—. Vosotros, pensadores, fuisteis humanos. —Serena hizo una pausa e inspiró profundamente, tratando de eliminar la estridencia de su habla—. Pensad en las víctimas humanas de las máquinas pensantes —continuó ya más tranquila—. Cada persona que ha muerto tenía un cerebro, lo que significa que cada uno de ellos



tenía el potencial para convertirse en un pensador como vosotros. Pensad en las revelaciones y percepciones que podríamos haber ganado si esas villas no hubieran sido apagadas prematuramente por Omnius.

Los pensadores guardaron silencio y meditaron sus palabras. Apostados discretamente junto a las paredes, Keats y los otros subordinados la miraban con evidente admiración.

—Coincidimos en que es una tragedia —respondió Vidad al fin.

La voz de Serena se elevó de nuevo.

—Durante treinta y cuatro años, los guerreros humanos han luchado duramente y han soportado mucho sufrimiento. Una generación entera ha sido diezmada y mi pueblo está empezando a perder la esperanza. Temen que nuestra Yihad no pueda vencer, que la guerra continúe durante siglos. Se desesperan intentando encontrar una solución inminente.

—Una preocupación legítima —convino uno de los pensadores.

—¡Pero yo no quiero que lo sea! No podemos perder impulso ahora. Fue necesario el asesinato de mi hijo y un extraordinario esfuerzo para unir al pueblo contra las máquinas después de siglos de apatía y falta de iniciativa.

—Ese es un problema humano y sin interés para los pensadores.

—Con el debido respeto, pensador, en tiempos de crisis los cobardes a menudo justifican la pasividad con tales comentarios. Revisad vuestros recuerdos históricos.

—Los subordinados de la Yipol sonrieron, mirándola de reojo. Tal vez ellos también habían hecho observaciones similares a Vidad—. Tienes una gran sabiduría y me niego a creer que hayas perdido por completo la humanidad. ¡Sería una pérdida terrible!

—¿Y qué esperas de nosotros, Serena Butler? —dijo Vidad, y su voz simulada dejó traslucir una ligera exasperación—. Somos conscientes de tus fervientes convicciones, pero somos pensadores neutrales. Por tanto, Omnius nos deja en paz. Hace mucho tiempo, algunos de los veinte titanes recurrieron a nuestro saber, al igual que lo hicieron algunos humanos de la Liga. Nuestra posición es la quintaesencia de la justicia y el equilibrio.

—Vuestra posición es la quintaesencia de la imperfección —replicó Serena—. Tal vez os creáis neutrales, pero de ningún modo sois independientes. Sin vuestros subordinados humanos desapareceríais. La razón por la que estos subordinados ofrecen su tiempo y su servicio fiel, incluso su vida, para que vosotros podáis disfrutar de vuestra neutralidad y de la contemplación es que los humanos valoramos vuestras mentes. Ni las máquinas pensantes ni los cimek os han asistido nunca. Los humanos necesitan vuestra ayuda. Tenéis una oportunidad de la que no disponen mis yihadíes. Vuestra supuesta neutralidad os da acceso a Omnius y a las máquinas



pensantes. Como pensadores, podéis hablar con ellos, observarlos e incluso decirnos cómo vencerlos.

—Los pensadores no actúan como espías —dijo Vidad.

Serena alzó el mentón.

—Tal vez no. Pero debéis vuestra existencia a los humanos. Yo soy una humana de vida breve, Vidad, mientras que tú tienes dos mil años de experiencia a los que recurrir. Si no apruebas mi sugerencia, te pido que utilices tu superior intelecto para encontrar otro modo de ayudarnos. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. No creo que este sea un desafío más allá de tus capacidades.

—Serena Butler, nos has dado mucho en que pensar —dijo Vidad. La luz brillaba con más intensidad en el interior de su contenedor cerebral y también en el de sus compañeros, como si aquellos cerebros desprovistos de cuerpo pensarán furiosamente—. Consideraremos tu petición y emprenderemos cualquier acción que juzguemos adecuada.

Serena aguardó un momento con la esperanza de que diría algo más, pero el pensador se mantuvo en silencio.

—No medites mucho tiempo, Vidad. Cada día mueren seres humanos a causa de la crueldad de las máquinas. Si ves un modo de terminar con esta pesadilla, debes actuar lo antes posible.

—Actuaremos cuando sea el momento. No abandonamos nuestra neutralidad fácilmente, pero has presentado argumentos de peso que son un eco de las afirmaciones de nuestros leales subordinados.

Muy cerca, Keats inclinó la cabeza con reverencia tratando visiblemente de ocultar una sonrisa.

Terminada la reunión, Serena enfiló los gélidos y ventosos corredores. Los subordinados apenas podían contener su entusiasmo mientras la escoltaban hacia la nave.

—Sabíamos que la sacerdotisa de la Yihad conseguiría lo que nosotros no habíamos logrado —exclamó Keats—. El Gran Patriarca tiene razón al honraros. Sois la madre y salvadora de toda la humanidad.

Serena frunció el ceño, incómoda ante aquellos elogios tan fervientes.

—No soy más que una mujer con una misión. Es lo que he sido siempre. —Entonces murmuró—. Es lo único que necesito ser.



Capítulo 89

El caudillo militar que deja pasar una oportunidad es culpable de un crimen igual al de la franca cobardía.

General Agamenón, Nuevas memorias

Después de que los titanes consolidaran el oscuro y nublado mundo de Bela Tegeuse como la piedra angular del nuevo imperio cimek, pasaron varios años remodelando las ciudades y la población para adecuarlas al formato que deseaban. El trío de titanes que quedaba, además de Beowulf y varios de los neos de alto rango, utilizaban el planeta como base para sus incursiones contra las naves de actualización de Omnius y buscaban puntos débiles en otros Planetas Sincronizados con vistas a su expansión definitiva. Mientras, Bela Tegeuse estaba segura y protegida frente a la supermente y los hrethgir.

La llegada de otra nave cimek los sorprendió. Apareció entre las nubes y aterrizó cerca de sus cuarteles generales. Se trataba de una estructura oval de color gris con grandes puertas y escasas ventanas.

Ataviados con unas formidables formas móviles diseñadas para impresionar a la ya acobardada población, Agamenón y Juno salieron a recibir al intruso acompañados de numerosos neos tegeusanos recién fabricados.

Las poderosas máquinas móviles rodearon la nave no identificada en cuanto se posó en la pista de aterrizaje recién pavimentada. El casco de la nave se abrió y una insólita y exótica forma móvil salió pavoneándose. Las láminas de diamante que cubrían el cuerpo cimek centelleaban y unas alas angulosas se abrían como el plumaje de un cóndor. Una galaxia de fibras ópticas relumbraba en lo alto de un largo cuello segmentado.

Tan pronto como Agamenón vio la extravagante y ostentosa coraza que aquel cimek llevaba supo que, a pesar de sus defectos, Jerjes tenía razón en sus sospechas. Reconoció a Hécate por las características descargas eléctricas en el interior de su contenedor cerebral.

Se irguió para elevarse sobre la deslumbrante forma de dragón.

—¡Por los dioses, mira quién ha salido del cubo de basura de la historia! Ha pasado un milenio desde la última vez que te atreviste a aparecer, Hécate.



—Podía haber tardado un poquito más —añadió Juno con sarcasmo.

Hécate soltó una risa discordante, un sonido ronco que salió de su garganta de dragón.

—¡Mis queridos amigos!, ¿acaso solo sabéis emplear vuestras habilidades y longevidad para guardar rencor? He cambiado, y prometo no defraudaros.

—Para empezar, tú no eres nadie, Hécate, así que difícilmente podrías defraudarnos —dijo Juno pegándose más a su amante—. Saliste del camino de la historia hace mucho y no puedes ni imaginar cuánto ha cambiado desde la Era de los Titanes.

—Oh, pero me las he arreglado para evitar un montón de feos y desagradables sucesos —dijo Hécate—. Y nunca tuve que servir como esclava de Omnius. ¿Puede alguno de vosotros decir lo mismo? Quizá tendríais que haber venido conmigo.

Algunos de los habitantes de Bela Tegeuse se apiñaban a una distancia relativamente segura, sorprendidos por aquella confrontación entre máquinas semejantes a dioses, incapaces de comprender un pulso mental e histórico que quedaba tan lejos de su experiencia.

—Ahora hemos asegurado nuestra libertad —señaló Agamenón.

—Eso fue gracias a mi ayuda. No estaríais en Bela Tegeuse si yo no le hubiera enviado mi regalito atómico a la supermente y si la Liga humana no hubiera demostrado su incapacidad para aprovechar la oportunidad. —No mencionó el satélite mortal que mantenía oculto en otro lugar ni sus otras intervenciones, menos conocidas, a lo largo de los años. Desde su reaparición había tomado parte en la guerra, ayudando a Iblis Ginjo secretamente de múltiples y pequeñas maneras, pero quedaba mucho por hacer. Y ahora necesitaba que los otros titanes supieran algunas de las cosas que había hecho. Tenía una visión de largo alcance y la propuesta que estaba a punto de hacer podría cambiarlo todo y resolver finalmente la lucha contra Omnius.

—¿Qué es lo que quieres, Hécate? —preguntó Agamenón con brusquedad—. ¿Por qué has elegido este momento para regresar? ¿Crees que necesitamos tu ayuda?

—¿O quizá echabas de menos nuestra fascinante compañía? —preguntó Juno con un bufido sarcástico—. A lo mejor te sentías sola después de tanto tiempo sin nadie a tu lado.

Hécate enderezó la postura de su magnífica forma móvil de dragón y se acercó a ellos.

—A lo mejor me pareció que ya es hora de hacer algunos cambios. —Hablaban en un tono dulce y razonable—. Podemos elegir entre quedarnos al margen y mirar la guerra o dar un paso y cambiar las cosas.



—Me parece recordar que he dicho exactamente lo mismo muchas veces a lo largo de los pasados mil años, Hécate, pero seguramente no lo sabías, puesto que no estabas aquí para oírlo.

—Pero ahora vuestras alianzas han cambiado. Vosotros, titanes y neocimek, os habéis vuelto contra las máquinas pensantes, igual que los humanos. ¿Por qué no formar una alianza con la Liga de Nobles, mi querido Agamenón? Os sería muy ventajoso.

—¿Con los hrethgir? ¿Estás loca?

—No me gusta el cariz que está tomando esto —dijo Juno.

Hécate emitió un sonido parecido a un cloqueo.

—Por una vez en tu vida, piensa como un verdadero general. Tú y los humanos tenéis un enemigo común, demasiado poderoso para que ninguno de los dos pueda vencerlo por separado. Pero trabajando juntos, los cimek y los hrethgir podríais acabar con todas las encarnaciones de la supermente. —Sus miembros de dragón se crisparon—. Después podéis destruirlos mutuamente si os divierte.

Juno contestó con un grosero exabrupto; Agamenón rechazó la propuesta de plano.

—No te necesitamos en nuestra lucha, Hécate... ni a los humanos. Lo que propones legitimaría a mi insolente hijo Vorian. Aquí, en Bela Tegeuse, dispongo de montones de neocimek leales y el populacho entrega de buena gana todos los candidatos que necesitamos para fabricar nuevos conversos. Estás sola, Hécate. Han pasado demasiadas cosas desde que nos dejaste.

—Ya veo —dijo Hécate simulando un suspiro—. Desde que me marché, el gran general Agamenón se ha convertido en un pelmazo obstinado y dos de los titanes supervivientes le siguen ciegamente sin un solo pensamiento original en sus cerebros fosilizados. —Girando su cabeza segmentada, caminó de regreso a su nave—. Sin Tlaloc nunca fuisteis capaces de tener una visión de conjunto.

El general cimek amplificó su voz y le gritó:

—¡He fundado mi propio imperio aquí, y no necesito nada de los humanos, excepto el material que aportan a los nuevos cimek! Restauraré la Era de los Titanes. Los humanos de la Liga tienen sus propios planes; en cuanto destruyéramos a Omnius, se volverían contra mí.

—Pero solo porque lo mereces. —Hécate subió a bordo del transporte para regresar a su asteroide artificial, en órbita alrededor de Bela Tegeuse—. Veo que tendré que luchar a mi manera, tanto si mis compañeros titanes me aceptan como si no —gritó, desafiante—. No eres capaz de ver las posibilidades de la situación, Agamenón, pero nada me apartará de mi misión.

Selló el transporte y abandonó la castigada superficie de Bela Tegeuse.



Hécate tenía que hacer algo sin ellos para que todos tomaran nota.



165 A.C.

Año 37 de la Yihad

Un año después de la expedición

de Serena a Hessra



Capítulo 90

En tiempo de guerra, con frecuencia se nos pide que demos más de lo que tenemos.

Serena Butler, Mítines de Zimia

En el año treinta y siete de la Yihad de Serena Butler, Aurelius Venport tardó tres semanas en viajar de Kolhar a Salusa Secundus en una nave convencional. Poseía una flota de más de cien cargueros que plegaban el espacio, pero aquella tecnología seguía siendo extremadamente peligrosa. No, él prefería los viajes espaciales de siempre, más seguros, y no tenía ningún deseo de volar en una de aquellas naves superrápidas.

Primero viajó a Rossak y allí cogió un transporte comercial de pasajeros que salió hacia Salusa Secundus desde una de las estaciones orbitales. Las dos naves iban a un paso desesperantemente lento.

Cuando salió de la nave de línea al calor del verano salusano, Venport notó la habitual desorientación de tener que adaptarse a un nuevo mundo. Tenía negocios por toda la Liga y en algunos planetas no aliados. A veces en uno de los lugares que tenía que visitar era primavera, en otro era invierno y en un tercero verano.

En Zimia hacía muchísimo calor, y las colinas circundantes tenían un color pajizo y reseco. Mientras esperaba el vehículo de Venkee Enterprises que debía trasladarlo a la sede regional de la empresa, su frente empezó a sudar. No esperaba que el chofer llegara tarde.

Venport se sorprendió cuando un vehículo negro y largo del gobierno se detuvo ante él. La puerta de atrás se abrió. Serena Butler estaba sentada en el interior, con expresión neutra.

—Venga conmigo, directeur Venport. Hemos hecho que su vehículo se retrase para que podamos charlar un rato.

Un terrible presentimiento recorrió su columna.

—Por supuesto, sacerdotisa. —Nunca había hablado con aquella eminente mujer, pero enseguida supo que aquello tenía prioridad sobre cualquier otro asunto—. ¿A qué debo este honor?



—Es un asunto de vital importancia para la Yihad. —Y sonrió, indicándole con el gesto que se sentara ante ella—. Y una posible traición.

Venport vaciló, luego subió al vehículo, secándose la frente.

—¿Traición? —La puerta se cerró y Venport notó una refrescante ráfaga de aire fresco. Cada vez se sentía más sorprendido e incómodo—. Tendría que aplazar una reunión con un distribuidor farmacéutico de la competencia. ¿Me permite que llame a mi socio?

Serena meneó la cabeza y le clavó una mirada severa, con sus ojos lavanda llenos de interrogantes.

—Ya hemos cancelado esa reunión, y tendría que darnos las gracias. Según Yorek Thurr este hombre pretendía hacerle chantaje. Nunca tuvo interés en venderle a usted sus negocios de sustancias médicas.

—¿Chantaje? —Venport se encogió como si descartara la idea, porque sabía que no estaba expuesto a ese tipo de vulnerabilidades—. Sus espías deben de haberse confundido.

—No, no es así. —Se inclinó hacia él mientras el vehículo avanzaba—. Estamos al corriente de las actividades de VenKee Enterprises en Kolhar. Sabemos que ha construido una nueva flota de naves que, según fuentes de confianza, utilizan un sistema de navegación notablemente rápido, mucho más que cualquier otro disponible, incluso del ejército de la Yihad. ¿Es eso cierto?

—Sí... —Venport trató de no mostrarse alarmado. ¿Qué sabía exactamente Serena Butler de los motores que plegaban el espacio y de los astilleros? Pensó en las muchas personas que habían sido acusadas de relacionarse con las máquinas pensantes en las purgas de las décadas anteriores, y supo que no debía suscitar la desconfianza de Serena Butler ni de la Yipol—. Soy un hombre de negocios, madame. Yo hago inversiones, desarrollo tecnologías. Y debo proteger esa información...

La expresión de Serena era fría, y Venport se dio cuenta de que estaba realmente furiosa. Dejó de hablar.

—¡Estamos en guerra con el mayor enemigo que ha tenido jamás la raza humana, directeur! Si ha desarrollado una tecnología que tiene utilidad militar, ¿cómo es posible que la niegue a nuestros valientes soldados? El Consejo de la Yihad considera que ocultar descubrimientos de importancia vital, como parecen ser estas naves, es un acto de traición.

Mientras el vehículo terrestre seguía su camino, Venport trató de comprender lo que estaba sucediendo.

—¿Traición? Eso es ridículo. No hay persona más leal a la causa de los humanos que yo. Ya he donado ingentes sumas de...

Serena arqueó las cejas.



—Y sin embargo se ha guardado una prometedora tecnología para usted solo. No me parece una forma muy convincente de demostrar su lealtad.

Venport se tranquilizó como le había enseñado a hacer Norma, respirando hondo y tratando de visualizar la manera de salir de aquello.

—Sacerdotisa Butler, está usted sacando conclusiones muy injustas. Es cierto que he construido un gran complejo de astilleros en Kolhar. Hemos construido algunas naves y estamos experimentando con un nuevo sistema para viajar por el espacio que permite que las naves de VenKee viajen sin utilizar los métodos tradicionales de propulsión. —Extendió las manos—. Desconozco los detalles. Mi esposa, Norma Cenva, ha desarrollado el principio basándose en unas modificaciones de las ecuaciones de Holtzman.

—Bajo mi dirección, Iblis Ginjo ha examinado los registros de VenKee y ha rastreado sus gastos. Por lo que parece, llevan una década trabajando en esos astilleros y esas naves. Creo que ha tenido tiempo de sobra para informar al Consejo de la Yihad acerca de sus actividades. ¿Es que no se da cuenta de lo decisiva que puede ser esa tecnología para nuestros esfuerzos de guerra?

Venport empezaba a sentir calor. Serena meneó la cabeza, como si no pudiera entenderle.

—Directeur, ¿es que no lo ve? ¡Esas naves serían una baza fundamental para el ejército de la Yihad! Con ellas podríamos asestar un golpe decisivo contra los Planetas Sincronizados. Por fin tenemos la oportunidad de conseguir la victoria antes de que nuestra gente se rinda por pura desidia. Los opositores llevan años pidiendo la paz.

Venport frunció el ceño.

—Pero la tecnología aún no está lista para extender su uso, sacerdotisa. Viajar en estas naves es extremadamente peligroso. Los sistemas de navegación no son seguros. Sí, es cierto que las naves tienen un sistema totalmente innovador de propulsión, pero la tasa de incidencias es altísima. Hemos tenido bastantes accidentes debido a la falta de exactitud. Una nave mal orientada puede chocar contra un sol, contra planetas habitados, contra lunas... cualquier cosa que se ponga por medio. Muchos de nuestros pilotos de pruebas se niegan a subir a estas naves después de solo uno o dos viajes. —Y siguió dándole las estadísticas de accidentes y daños—. Yo mismo prefiero no utilizarlas.

—Me han dicho que, a pesar del peligro, empezó usted a utilizar comercialmente estas naves hace más de un año. ¿Es eso cierto?

—Solo de forma provisional, y hemos perdido muchas...

Ella lo atajó.

—Si usted puede encontrar pilotos dispuestos a correr el riesgo, directeur Venport, ¿cree que yo no voy a encontrar voluntarios yihadíes que dirijan nuestras misiones



militares? ¿Su tasa de pérdidas es mayor que el porcentaje de bajas que tenemos nosotros en una ofensiva contra los Planetas Sincronizados?

Al escucharla, Venport sintió vergüenza por no haber pensado en ello antes. Se había concentrado más en los beneficios que en ganar la guerra.

—Esas naves nos permitirían contar con el elemento sorpresa —siguió diciendo ella con mayor fervor—. Nos permitirían entregar mensajes e informes de inteligencia con mayor rapidez, transportar tropas y material, y eso nos daría una importante ventaja táctica y estratégica frente a las máquinas pensantes. ¿No cree que esas ventajas compensarían más que de sobra la pérdida de alguna nave?

—Es... algo más que unas pocas naves, sacerdotisa.

Serena miró por la ventanilla del vehículo hacia los altos edificios de Zimia.

—Llevamos décadas enzarzados en esta guerra abierta contra Omnius, directeur, y mucha de nuestra gente ha perdido el impulso. El año pasado viajé al hogar aislado de los pensadores de la Torre de Marfil con la esperanza de que nos ayudaran en nuestros esfuerzos contra las máquinas, pero hasta el momento no hemos tenido respuesta. Temo que me van a fallar. —Se volvió a mirarlo, con ojos como rayos—. Espero que no hará usted lo mismo, directeur Venport.

Venport sabía que no podría convencerla.

—Quizá podríamos negociar un acuerdo de confidencialidad que permitiría el acceso militar al nuevo diseño de nuestros motores Holtzman, siempre y cuando no caiga en manos de otros mercaderes o...

—Por supuesto, a nuestros ingenieros les gustaría estudiar esos diseños, pero nuestro ejército tardaría demasiado en construir una flota entera. —Le sonrió con calma—. ¿Cuántas naves tiene en estos momentos y cuándo puede empezar a adaptarlas para su uso como naves de guerra?

Venport respiraba hondo, preguntándose si su imperio comercial estaría a punto de venirse abajo.

—Sacerdotisa Butler, nuestras naves no son más que cargueros, no son naves de combate.

Ella agitó una mano como si nada y siguió sonriendo. Hacía tanto tiempo que la Yihad era su vida que no se le pasaba por la imaginación que pudiera haber nada más importante, ni para ella ni para nadie.

—Estoy segura de que nuestros ingenieros sabrán hacer las modificaciones necesarias. Vuestras instalaciones y astilleros están en Kolhar, lejos de las principales rutas espaciales, en un lugar seguro. Estratégicamente es una buena elección.

Venport trató de controlar la sensación de impotencia.



—Sacerdotisa, por favor, tiene que comprenderlo, para financiar los astilleros y toda la empresa tuvo que hipotecar prácticamente todos los activos de VenKee. Es el negocio más costoso de la historia de mi empresa. A duras penas podemos pagar a los acreedores. Su propuesta nos arruinaría por completo.

Serena estaba visiblemente decepcionada por su incapacidad de ver una imagen de conjunto.

—Aurelius Venport, todos hemos hecho grandes sacrificios por la Yihad, algunos más que otros. Todos los humanos estaremos arruinados si perdemos esta guerra. — Suspiró— Si tiene alguna propuesta para que podamos empezar a utilizar su flota de forma inmediata, quizá encontraremos la forma de compensarle y reducir el impacto de su deuda, aunque eso es lo de menos en estos momentos, ¿no cree?

Para él no era lo de menos, pero la sacerdotisa seguía con sus planes. Venport no sabía cómo detenerla educadamente. Si lo decidía, Serena tenía poder para hacer que sus soldados se hicieran con los astilleros. O, si los rumores eran ciertos, podía dejar que los agentes de la Yipol se ocuparan de él con discreción.

En el pasado, siempre que se había encontrado acorralado en alguna negociación, había descubierto que lo mejor era hablar con tono razonable pero no comprometerse a nada concreto y dejar que el problema se enfriara un poco.

—Necesito tiempo para discutir esto con mis socios y formular una propuesta. Hay muchas consideraciones. Tengo numerosos inversores y responsabilidades financieras para...

La mirada de Serena era glacial. El vehículo se detuvo y la puerta se abrió al aire caliente y húmedo.

—Directeur Venport, tenemos la capacidad de cambiar las leyes si hace falta para darle plenos poderes y dejar que tome la decisión adecuada.

—Aun así... por favor, permítame que vuelva a Kolhar y busque una solución que satisfaga a todas las partes implicadas.

—Pues hágalo, directeur. Pero no tendré paciencia para ninguna negociación cuyo único objetivo sea proteger sus márgenes de beneficios. No me haga esperar.

—Entiendo. Le aseguro que será mi máxima prioridad.

—Entonces informaré al Consejo de la Yihad de que pronto tendremos una nueva tecnología a nuestra disposición.

La serafina que conducía el vehículo con expresión hierática miraba al frente, como si fuera de piedra. La sacerdotisa de la Yihad le indicó que diera la vuelta al vehículo y volvieran al puerto espacial de Zimia. Venport no había pasado ni una hora en Salusa Secundus.

—Entretanto —dijo Serena—, mandaré una delegación de oficiales y asesores militares para que echen un vistazo a los astilleros.



Capítulo 91

Las sociedades humanas prosperan con la guerra. Si eliminamos este elemento, las civilizaciones se estancan.

Diálogos de Erasmo

Mojado por un aguacero estival, Vorian Atreides avanzó por el pasillo central de la sala del Parlamento y vio que Xavier ya estaba junto a Serena Butler, cerca del foso del estrado, hablando con ella. Aparte de ellos tres, la inmensa sala estaba vacía. Vor se acercó sonriendo. Xavier y Serena eran sus mejores amigos y tenían más o menos su misma edad. Aunque él parecía mucho más joven.

«¿De verdad tenemos casi sesenta años?»

Al verle, Serena le indicó que se acercara. Era agradable poder verla sola, y no rodeada —asfixiada— por aquellas pesadas guardianas que siempre la acompañaban.

Vor respiró hondo, pensando aún en la lluvia fresca y cálida. La inmensa sala resonaba, y sus zapatos mojados crujían sobre el suelo. Parecía un lugar extraño para que se reunieran.

Como siempre, Xavier parecía preocupado, aunque la disciplina militar que había aprendido durante décadas de servicio le ayudaba a controlar sus emociones. Era un hombre tan y tan serio... Cuando Vor le estrechó la mano y le dio unas palmaditas en la espalda, Xavier lanzó una mirada inquieta a la mujer más famosa del universo conocido.

Ella subió a la cámara geodésica de discursos y activó el aparato. A los pocos momentos, su imagen se proyectó en las paredes del recinto; ahí estaba la imagen de la amada sacerdotisa, mirándolos con gesto beatífico, como una diosa.

Xavier tomó asiento en la primera fila, y Vor se sentó a su lado tras echar su capa mojada sobre otro de los asientos.

— ¿Qué pasa? ¿Qué está haciendo?

Xavier meneó la cabeza, dando un suspiro.

— Otra de sus ideas. — Y miró la imagen de Serena, sentado muy tieso. Vor frunció los labios, asintiendo con gesto apreciativo, pensando en todo lo que Serena había



conseguido. Se comportaba como una reina, una mujer elegante con ese toque de altivez propio de las nobles. Su imagen parecía mirarles directamente, como si fuera una versión más grande de Serena, viva.

—Bienvenidos, caballeros —dijo Serena a través del sistema de megafonía. Sus palabras resonaron en la sala—. Me siento como si volviera a tener diecinueve años y me estuviera dirigiendo al Parlamento. Resulta difícil creer que ha pasado tanto tiempo, que han pasado tantas cosas.

—Sigues siendo hermosa —dijo Vor levantando la voz para que el comentario llegara hasta ella.

Xavier, a pesar de su inexplicable gesto de desaprobación, parecía estar pensando lo mismo, aunque no era hombre que hiciera ese tipo de comentarios. Hacía mucho tiempo, Serena rechazó el afecto de ambos y cada uno siguió por diferentes caminos. La Yihad se había interpuesto entre ellos. Vor frunció el ceño con expresión soñadora, pensando en Leronica Tergiet. Tenía que mandarle otra carta, aunque a aquellas alturas seguramente ya se habría olvidado de él. Quizá si le enviaba algún paquete extravagante la próxima vez... estaba seguro de que podría haber tenido una buena vida a su lado, pero la había perdido por la misma razón: la Yihad.

Y ahora los tres volvían a estar juntos, muy distintos a como eran antes, aunque en el fondo seguían siendo los mismos. Cuando miraba a Serena, Vor seguía viendo a la misma persona que conoció en la villa de Erasmo. Ella se había mostrado irrespetuosa y desafiante con él, a pesar de su posición de humano de confianza. Pensar en aquello le hizo reír entre dientes, ¡una simple esclava doméstica hablándole de aquella forma! Incluso en aquella época la fuerza de Serena le había dejado admirado... y esa fuerza le hizo mucha falta para superar todo lo que le pasó luego en aquel lugar.

—Os he convocado aquí para discutir un asunto muy importante —dijo, pero mientras los miraba por encima del pulpito, Vor notó cierta dureza en ella, una rigidez implacable en su mentón.

—Allá vamos —le dijo en un susurro a Xavier.

De pronto, Serena apagó el aparato y bajó un tramo de escalones para acercarse a los primeros.

—Han instalado un nuevo sistema de megafonía. Quería probarlo antes de la sesión de mañana. Iblis me ha estado ayudando a controlar la voz para causar mayor efecto en el público. ¿Cómo ha sido mi entonación?

Vor le dedicó un aplauso de broma, pero con el rabllo del ojo vio que su amigo seguía preocupado.

—Bien para lo que quieres anunciar —dijo Xavier.

—En realidad tengo algo muy importante que pedir a los dos —dijo Serena— VenKee Enterprises ha desarrollado una flota de naves que pueden atravesar el



espacio en un instante. —Chasqueó los dedos—. ¡Imaginaos! Una nave está en Salusa Secundus y un momento después está lanzando un ataque contra Corrin. Podemos golpear con fuerza a Omnius, reorganizarnos y volver a golpearle enseguida en otro sistema estelar. Pensadlo bien: ¡La Yihad podría acabarse en cuestión de semanas!

Vor aspiró maravillado al comprender la importancia de aquello. Dio un silbido.

—¿Por qué nadie nos había dicho nada?

—Aurelius Venport ha mantenido el descubrimiento en secreto. Dice que es porque aún están ajustando los sistemas de navegación. Pero los registros indican que ha estado utilizando estas nuevas naves para misiones comerciales desde hace más de un año. —Serena se sentó en un escalón delante de los dos hombres—. Tenemos que encontrar la forma de poner estas naves al servicio de la Yihad.

—Un carguero es muy distinto de una nave de guerra. Con las nuevas tecnologías es mejor no precipitarse hasta que no se han probado adecuadamente —dijo Xavier.

Vor se sentía optimista.

—Pues la probamos, amigo mío.

Serena asintió, con expresión sombría.

—El directeur Venport dice que hay un porcentaje elevado de accidentes, pero estoy segura de que podemos solucionarlo. La mayoría de viajes culmina con éxito. Si tenemos la fortaleza necesaria para aceptar las bajas, podríamos derrotar a las máquinas de una vez por todas. Nuestra victoria en Ix costó muchas vidas humanas, pero mirad cuánto nos hemos beneficiado de sus instalaciones industriales. Y con las naves nuevas el riesgo no será tan grande como en Ix.

Xavier pensó, rascándose la cabeza.

—Siempre perdemos parte de nuestras fuerzas. A la larga, la velocidad y la eficacia de estas naves podría reducir el número de bajas... si ayuda a poner fin a la guerra.

—A corto plazo, seguramente habrá más bajas, y eso hará que las familias de las víctimas cuestionen nuestra decisión —Vor se pasó los dedos por el pelo mojado—. Pero creo que tienes razón, Serena. Es una decisión difícil, pero parece lo más correcto.

Xavier habló con tono admonitorio.

—Las proyecciones y los cálculos no siempre reflejan la realidad de las situaciones de batalla.

—Nunca te habías preocupado tanto por los riesgos —señaló Vor.

—Hay riesgos y riesgos. Yo he tomado decisiones que han costado muchas vidas cuando me he visto entre la espada y la pared. Pero esto es diferente. —Dio un suspiro—. Quiero ver esas naves personalmente.



— ¿Cuándo iremos a ver esas supernaves? — preguntó Vor poniéndose en pie.

Cruzando los brazos sobre el pecho, Serena dijo:

— Quiero que los dos partáis inmediatamente hacia Kolhar con un importante contingente de ingenieros. Bajo mis órdenes, tomaréis el control de los astilleros y empezaréis a trabajar para convertir esos aparatos en naves de guerra. Venport tiene más de cien. Llevaréis dos divisiones con vosotros, lo suficiente para poner en práctica y reforzar esta nueva prioridad y para proteger Kolhar de posibles ataques.

— ¿Estás segura de que Venport colaborará? — Xavier parecía escéptico.

Serena parecía decidida.

— No tiene elección. Esto es por el bien de la Yihad. ¿O creéis que preferiría hacer negocios con Omnius?

— En tiempos de guerra no hay garantías — dijo Xavier—. Solo muerte y destrucción, y luego más muerte y destrucción.

Vor sabía que parecía un joven oficial y no un primero curtido en la batalla.

— Vamos, Xavier, no seas pesimista. Empiezas a hablar como un viejo gruñón.

— Exacto — dijo él con una sonrisa forzada.

Los dos hombres salieron juntos de la sala para iniciar los preparativos.



Capítulo 92

¿Qué hace de un hombre un gran héroe? La acción desinteresada, dirás. Sí, pero eso es solo uno de los aspectos, el que ven la mayoría y se menciona en las crónicas. Para que el héroe actúe, las circunstancias deben ser las adecuadas; debe ser arrastrado por una sucesión épica de acontecimientos que le permitan cabalgar en la cresta de una ola humana. El héroe, sobre todo el que sobrevive, es un oportunista. Cuando ve una necesidad, la satisface y obtiene por ello un sustancioso provecho. Incluso los héroes muertos se benefician de algún modo.

Zufa Cenva, Recuerdos de la Yihad

En el interior de una torre de control del puerto espacial de los llanos de Kolhar, Aurelius Venport caminaba arriba y abajo, observando a los controladores, revisando personalmente las columnas de datos, buscando alguna señal de la nave que esperaban. Uno de sus veloces cargueros que plegaban el espacio tenía que llegar de un momento a otro. Cada vez que los pilotos mercenarios utilizaban aquellos motores Holtzman, las probabilidades de que la nave se perdiera eran altas.

Fuera, el cielo brillaba como una luz azul clara y translúcida, aunque en su mente se estaban formando grandes nubes de tormenta. Al volver de su viaje a Salusa Secundus, había considerado momentáneamente la posibilidad de recogerlo todo y trasladar el proyecto a algún planeta desconocido y deshabitado.

Pero en su interior una vocecita le advirtió que, de una forma u otra, Serena Butler acabaría saliéndose con la suya, que lo encontraría y le arruinaría si se oponía a ella. Su vida, su sustento, su éxito... todo aquello por lo que había luchado desaparecería si Serena requisaba las instalaciones. Además, seguramente tendría que enfrentarse a cargos por traición, a pesar de la explicación razonable que había dado cuando la sacerdotisa le preguntó por qué no había revelado la existencia de aquella importante tecnología. Venport suspiró. Sí, él aceptaba que había que contribuir al esfuerzo de la guerra, pero la sacerdotisa daba por sentado que todo el mundo debía sacrificarse por la causa. Tenía que llegar a un acuerdo con ella. Aquella sería la negociación más difícil de su vida.

También sabía que Serena no perdería el tiempo. Sus soldados llegarían muy pronto a Kolhar.



Tratando de buscar una solución, planteó el problema a Norma y a Zufa Cenva en cuanto puso los pies en aquel planeta frío y desolador. La hechicera suprema le escuchó, pero no se mostró tan comprensiva como él esperaba.

—Aurelius, nunca has actuado de forma desinteresada para ayudarnos a ganar la Yihad. Si cada persona estuviera dispuesta a dedicar su vida y sus capacidades a la guerra, habríamos acabado con Omnius hace mucho tiempo.

—Para ti todo es o blanco o negro, ¿verdad? —le preguntó él con un suspiro—. Pensaba que esa manera de ver las cosas era más propia de los zensunies.

Zufa seguía mirándolo con expresión crispada.

—Muy gracioso. Pero ¿acaso no es más importante la Yihad que los beneficios de un comerciante? Tus naves pueden hacer cambiar el rumbo de la guerra y salvar billones de vidas al extirpar el conflicto como si fuera un tumor maligno. Todos te verán como un gran héroe por tu generosa contribución, como un patriota.

—Un patriota sin un penique.

Norma apoyó su mano delgada y cálida en el brazo desnudo de su marido.

—Aurelius, desde el principio siempre pensé que mis motores Holtzman se utilizarían en contra de Omnius. Cuando empecé a trabajar para el savant Holtzman, mi misión era ayudarlo a desarrollar armas de guerra. —Su rostro irradiaba belleza y exaltación, sus ojos miraban con intensidad, y Aurelius sintió que su resistencia empezaba a flaquear—. Si el ejército de la Yihad puede utilizar nuestros motores para lograr la victoria, ¿cómo vamos a negarnos?

Zufa le dedicó una sonrisa burlona.

—Y tu universo, Aurelius, ¿también es o blanco o negro? ¿Ves alguna otra solución?

El la miró con cierta sorpresa. Había pasado —no, desperdiciado— años amando a aquella mujer. Y aunque ella siempre lo despreció, Aurelius sabía que sacrificaría su vida por el bien de los demás si hacía falta, y eso no podía discutírselo.

Norma lo consoló.

—Con el tiempo conseguiremos beneficios económicos. Pero primero tenemos que ganar la guerra. —Su sonrisa hizo que todas las dudas de Aurelius se desvanecieran.

—Al menos los nietos de Adrién podrán beneficiarse de esto —dijo Venport con un profundo suspiro de resignación.

Desde que el Consejo de la Yihad había descubierto su negocio, Venport había aprovechado para utilizar sus cargueros las veinticuatro horas del día y enviarlos a planetas de la Liga y Planetas No Aliados, concentrándose en las rutas y los productos más provechosos. Transportaba tanta melange y productos farmacéuticos de Rossak como podía, buscó socios para almacenar productos no perecederos, y



protegió su renta para que VenKee pudiera sobrevivir a la pérdida inminente de los astilleros.

Conforme el riesgo aumentaba, cada vez tenía que pagar sumas más altas a sus pilotos, y los que estaban dispuestos a volar en las naves de Venport eran solo los más desesperados. Pero, antiguamente, en la Tierra, los capitanes de los barcos también hacían peligrosas travesías por el océano; muchos se perdían en alta mar, se hundían al chocar contra los arrecifes o durante las tormentas. ¿No era más o menos lo mismo?

Sus pasos resonaban en sus oídos mientras andaba arriba y abajo en la torre de control esperando la llegada de la nave.

—Detecto una señal en la periferia del sistema —informó Yuell Onder, una de las controladoras, ataviada con el uniforme marrón habitual, con una gorra a juego. Dio unos toquitos en la pantalla—. Pero es raro. Demasiados puntitos... hay más de una nave.

«Maldita sea pensó Venport—. Una nave que llega hecha pedazos.»

—Preparados para disparar a los fragmentos que penetren en la atmósfera —dijo otro de los controladores.

—Esperad, siguen una ruta establecida —dijo Onder—. Son naves convencionales. —Su pantalla estaba cubierta de trayectorias, líneas rojas que indicaban rutas no previstas. Soltó un silbido—. Parece una condenada flota. Entrarán en órbita en un par de horas.

—¿ Máquinas pensantes ? —preguntó un joven técnico palideciendo del susto—. ¿Un grupo de combate que viene a tomar Kolhar?

—Mirad eso —dijo Onder dando unos toquitos en un panel—. Esas formas son inconfundibles. Son ballestas de la Yihad.

Venport asintió.

—Las envía Serena Butler.

Rodeado por dos hechiceras de Rossak, Venport esperó que los representantes yihadíes desembarcaran de la nave que había en la pista. Trató de tragarse el nerviosismo, pero siguió ahí, como un mal sabor de boca. Una de las ballestas gigantes había aterrizado en el puerto espacial industrial adyacente a los astilleros, mientras el resto de la flota permanecía en órbita, como guardias.

Las ballestas eran las naves de guerra más grandes e imponentes de la Armada de la Liga. Pero mientras observaba las curvas macizas y las líneas redondeadas de la que tenía delante, con sus pesados motores y sus aparatosos tanques de combustible diseñados para desplazamientos largos, le pareció demasiado voluminosa y anticuada. Después del trabajo que había hecho con las naves que plegaban el



espacio, podía imaginar los cambios que habría en los diseños de las grandes naves militares cuando el uso de la tecnología de Norma se generalizara, preferiblemente a través del desarrollo y distribución de VenKee Enterprises.

«No solo naves militares, sino de todo tipo de transportes a larga distancia.»

Una cámara de transporte personal descendió por el lado del casco exterior de la ballesta y se desenganchó de la nave. Al abrirse la escotilla, vieron a dos primeros uniformados, con el pecho y los hombros cargados de insignias, medallas y condecoraciones.

Los oficiales estudiaron los cargueros que estaban a medio construir en aquellos terrenos industriales. Un ejército de ingenieros y trabajadores se movía bulliciosamente, entregado a sus respectivas tareas; algunos controlaban grúas y levantaban palés impulsados por la tecnología suspensora ideada por Norma.

Finalmente, los primeros se acercaron a Venport. Uno de ellos parecía, tener casi el doble de años que el otro. Al verlos más de cerca, Venport los reconoció: eran los héroes de la Yihad Xavier Harkonnen y Vorian Atreides. Su presencia demostraba la seriedad de las intenciones de Serena Butler.

El primero Atreides señaló con admiración los astilleros.

—Me alegro de haber venido. Mira todo esto, Xavier... las naves, los diques secos, el equipamiento. Una base de operaciones estratégica y bien organizada. —Y asintió con admiración mirando a Venport—. Directeur, tenemos entendido que ha desarrollado usted una increíble tecnología con aplicaciones militares, ¿no es así? Estamos deseando verla en acción, y empezar a modificar e incorporar al ejército las naves de VenKee.

Xavier Harkonnen se aclaró la garganta y añadió con rigidez:

—La sacerdotisa Serena Butler nos ha dado instrucciones para que viniéramos a Kolhar a expresarle nuestra gratitud por el donativo que ha hecho a la causa. Evidentemente, el principal objetivo de todo humano leal es ganar la lucha contra Omnium.

Venport pensaba y pensaba tratando de encontrar la forma de sacar algo bueno de una mala situación. «Donativo.» No le gustó la palabra, pero intentó sonreír.

—Por supuesto que pueden inspeccionar mis naves. Para servir a la Yihad estoy seguro de que podemos ceder la tecnología propiedad de VenKee para el uso...

Vio que tropas fuertemente armadas con uniformes verde y carmesí bajaban de la ballesta y se distribuían en formación por el puerto espacial. Varias naves más pequeñas aterrizaron muy cerca, un par de jabalinas y como mínimo veinte kindjal de combate. Había terceros gritando órdenes, y soldados que corrían a las posiciones que les asignaban y que tomaban el control de las instalaciones. Venport respiraba hondo, porque sabía que no podía oponerse.



Como dos soportes para libros, los dos primeros lo flanqueaban, mirando a su alrededor, tomando nota mentalmente de los recursos que había allí, de las naves que había en las pistas, de los hangares gigantes y los astilleros en los que VenKee Enterprises había invertido tanto dinero.

Atreides lo cogió del brazo.

—Gracias, directeur. Esto es fascinante. Enséñenos todo esto, así podremos decidir la mejor manera de adaptarlo para el esfuerzo de guerra.

El primero Harkonnen entrecerró los ojos.

—Naturalmente, tenemos la autorización del Consejo de la Yihad para requisar cualquiera de sus naves si consideramos que pueden convertirse en naves de guerra. Tengo entendido que dispone de unas cien, ¿me equivoco?

Venport sintió que el suelo se movía bajo sus pies.

—Es una estimación correcta, sí.

Trató de reunir fuerzas. Siempre había sido un hombre de negocios, un negociador. Podía conseguir unos términos aceptables de la Liga. Incluso si el ejército de la Yihad decidía requisarlo todo, Venport encontraría la forma de conseguir importantes concesiones. De aquel modo, todos saldrían ganando.

Aun así, no se sentía precisamente entusiasmado cuando acompañó a los dos oficiales a sus oficinas en el interior de la terminal.

—Por aquí, caballeros. Les enseñaré lo que mi esposa ha conseguido.

Los primeros estaban realmente impresionados. En las oficinas, Norma les explicó las capacidades de los motores Holtzman, mientras su madre permanecía a su lado. Venport estudió los informes sobre las naves que se estaban construyendo y las que tenían planificado algún viaje y lo preparó todo para que vieran algunas demostraciones.

Vorian Atreides parecía el más entusiasmado.

—Habíamos pensado modificar sus naves. Pero ¿es posible adaptar la tecnología para utilizarla en nuestras ballestas y en jabalinas de tamaño mediano?

—Creo que sí —dijo Norma.

—Por otro lado, aquí ya tienen las instalaciones y los trabajadores que necesitamos para adaptar los cargueros —dijo el primero Harkonnen—. No veo por qué no podemos convertir esos cargueros que ya están hechos en naves de guerra con un blindaje y un armamento mejorado. Podemos instalar puentes y cabinas para adaptar los compartimientos de carga e integrar escudos Holtzman para la defensa.

—Un proyecto a gran escala, y muy caro —advirtió Venport, sintiéndose débil ante la perspectiva de perderlo todo.



—Más sencillo y más barato que construir las naves de guerra desde cero —dijo el primero Harkonnen.

Venport no se lo podía discutir. Tenía el corazón apesadumbrado.

—Sin embargo, creo que convendría construir las jabalinas desde cero —añadió el primero.

Los dos oficiales empezaron a discutir las posibilidades con entusiasmo, haciendo grandes planes y propuestas ultrajantes sobre la forma de poner en funcionamiento las grandes naves de guerra y las naves más pequeñas de reconocimiento.

Venport carraspeó.

—Caballeros, reconozco que los motores que pliegan el espacio tienen enormes posibilidades, pero aún no hemos discutido los términos del acuerdo. —Sonrió con rigidez a Norma y a Zufa—. Todos queremos contribuir, pero esta tecnología y estas naves representan una gran inversión. Piensen solo en la extensión de las instalaciones. Para crear todo esto casi he llevado a la bancarrota a mi empresa. —Extendió las manos con gesto razonable—. VenKee Enterprises debe recibir algún tipo de compensación.

El primero Atreides rió entre dientes ante aquella audacia, pero su compañero, mayor que él, frunció el ceño, como si aquello le pareciera de mal gusto.

—Estamos en guerra, directeur. Semejantes negociaciones no entran dentro de mis competencias.

—¿Qué clase de compensación tenía pensado? —preguntó Atreides.

Con un profundo suspiro, Venport los miró. De todos era sabido que el primero Harkonnen era un soldado estoico acostumbrado a dar órdenes y conseguir lo que quería. Pero, por lo visto, no tenía ningún sentido de los negocios ni de la negociación, y en un asunto tan importante Venport no quería tratar con un aficionado. En cuanto al primero Atreides, parecía poco dado a ceremonias, lo cual también podía plantear problemas; era posible que el Consejo de la Yihad no cumpliera un acuerdo negociado por él.

—Quizá tendría que viajar a Salusa Secundus lo antes posible para negociar un acuerdo adecuado —sugirió con su voz más agradable de negociador—. Estoy seguro de que el Gran Patriarca Ginjo o incluso la sacerdotisa Butler estarán preparados para tomar ese tipo de decisiones.

Sonriendo, el primero Atreides saltó ante la idea.

—Utilice una de sus naves que pliegan el espacio. Yo me quedaré aquí y empezaré a trazar una hoja de ruta con el trabajo que hay que hacer para que podamos empezar enseguida a adaptar sus naves y sus instalaciones para construir nuestras naves de guerra. Utilizando los recursos disponibles, creo que podríamos tener listas las primeras naves de aquí a unos meses.



—Yo no las utilizo —dijo Venport—. Aún hay riesgos en estos viajes, y hay muchas cosas que dependen de mí personalmente. Por supuesto, pago muy bien a tripulaciones de mercenarios por el riesgo que corren.

—Entonces vaya en una de nuestras jabalinas —se ofreció Atreides—. Eso nos permitirá tener un carguero más con el que trabajar aquí. —Se volvió hacia su compañero—. Xavier, ¿podrías acompañar al directeur Venport de vuelta a Zimia?

—Quizá debería mandarte a ti, Vorian —respondió el otro—. No olvides que mi rango es ligeramente superior al tuyo.

—Yo lo decía por si querías entregar un informe militar al consejo y visitar a tu familia.

La expresión formal del primero se suavizó.

—Me conoces muy bien, amigo mío. Octa y las chicas están muy cambiadas cada vez que las vuelvo a ver. Y Emil Tantor empieza a ser muy mayor, así que estaría bien que pudiera pasar más tiempo con él. —Asintió, conforme se hacía a la idea—. Muy bien, estaré encantado de cumplir con esta misión, siempre y cuando no provoque mayores retrasos.

Zufa intervino.

—Yo también querría acompañar a Aurelius. Mi hija Norma se quedará aquí para trabajar con el ejército de la Yihad.



Capítulo 93

A veces, el regalo de un amante es aún más dulce cuando no está ahí para ofrecérselo en persona.

Leronica Tergiet

A través de incontables sistemas estelares, las máquinas pensantes y los humanos se mataban entre sí en cantidades desproporcionadas. En algún lugar, Vorian Atreides estaría librando sus propias batallas, mientras Leronica Vazz llevaba una existencia separada en Caladan.

Educaba a sus gemelos con amor y dedicación, pero no los consentía. Cuando Estes y Kagin cumplieron ocho años, ya les había enseñado a hablar y a escribir galach a un nivel muy avanzado para su edad. Les mostraba imágenes de otros planetas de la Liga, les señalaba estrellas importantes en el cielo y dibujaba constelaciones con formas de animales o bestias mitológicas.

Durante la temporada de tormentas, cuando estaba nublado, por las noches les contaba la historia del Imperio Antiguo y de la dominación de las máquinas pensantes, además de la epopeya de la Yihad de Serena Butler. Mientras, su marido Kalem tallaba intrincados juguetes para los gemelos sentado junto al fuego, y escuchaba también sus historias.

Leronica nunca hablaba de Vorian Atreides. A pesar de las cartas que recibía de vez en cuando, lo veía poco más que como una aventura de juventud. Ahora el primero se había convertido en una leyenda en su mente, como las de las historias que contaba a los chicos.

Durante la estación cálida, Kalem salía en el barco con Estes y Kagin y les enseñaba el funcionamiento de los sistemas de a bordo para que algún día fueran buenos pescadores. Con la exuberante curiosidad de los niños, los dos jugaban en la orilla, nadaban en el tranquilo puerto y corrían por el pueblecito costero. A veces jugaban a mercenarios y robots, pero la mayoría de las veces sus juegos se inspiraban en el mundo que les rodeaba: encontrar tesoros en los charcos que dejaba la marea, ver rostros en las nubes. Caladan era más grande de lo que sus jóvenes imaginaciones podían abarcar.



Leronica pasaba buena parte de su tiempo libre estudiando las imágenes que veía en los libros, soñando con los planetas de los que Vorian le había hablado, pero nunca dejó traslucir su tristeza. Kalem no la decepcionó como marido. Él había sido fiel a su palabra, y ella también...

Se había acostumbrado a levantarse cuando aún estaba oscuro, mucho antes de que amaneciera. En la sala de la taberna preparaba bebidas calientes y consistentes desayunos para los pescadores solteros. Aquel día, mientras andaba arriba y abajo sirviendo platos de huevos especiados y revoltillos humeantes de pescado con patatas, notaba una profunda desazón en el estómago. No porque los chicos fueran a salir, sino porque Estes y Kagin ya eran lo bastante mayores para salir a pescar con su padre y su abuelo.

No tenía por qué tener miedo, y confiaba plenamente en Kalem. Sin embargo, se sintió inquieta al ver que sus gemelos se marchaban con los ojos brillantes a su primer viaje de pesca. Después de todo, solo tenían ocho años. Por las historias que su marido le contaba, sabía que allá fuera las cosas podían ir mal. Muy mal.

Después de servir unos cuencos de fruta acida del interior y tarros de una fuerte bebida muy apreciada por los pescadores, Leronica miró a sus clientes.

—Podéis cuidaros vosotros solitos. Tengo que ir a despedir a mi marido y a mis hijos.

Kalem se había ido con los niños al muelle después de desayunar. Los niños corrían por las empinadas calles, despertando a los que no se habían levantado aún para iniciar el trabajo del día. Aunque habían salido algunas veces en el barco por la bahía, esta vez pasarían varios días en alta mar, y tratarían de traer una buena pesca. Como verdaderos marineros.

Leronica no habría sabido decir quién parecía más orgulloso, si los gemelos o Kalem. Su padre, Brom Tergiet, ya había hecho varios viajes a su barco y había traído algunos cestos con ropa, galletas especiales e incluso juguetes para sus nietos. Leronica preparó más mantas y medicamentos, aunque solo iban a estar fuera cuatro días. Sus hijos eran descendientes de Vorian Atreides, así que sabía que eran duros e inteligentes.

En el embarcadero, el agua se arremolinaba y lamía los pilares. Los pescadores se ayudaban unos a otros a subir a los barcos y sacudían las redes que se habían quedado rígidas por la escarcha de la noche. Leronica fue a toda prisa hacia los dos barcos de pesca donde su padre y su marido faenaban juntos, sin dejar de soplar los dedos por el frío.

Kalem salió de la cabina de motores complacido. Sonrió a su mujer con afecto.

—Ya estamos listos. Ahora íbamos a buscarte.



El alba rompió sobre el mar formando una línea carmesí que, poco a poco, fue extendiéndose con naranjas y amarillos más intensos. Leronica saltó a la cubierta por encima de la baranda.

—No quiero que os retraséis por mi culpa. Tenéis un largo viaje por delante.

Estes y Kagin corrieron hacia su madre y la abrazaron sin vergüenza. Cuando Leronica les miró a la cara, le recordaron los atractivos rasgos de Vor, aunque ellos no sabían nada.

—Quiero que hagáis todo lo que os digan vuestro padre y vuestro abuelo. Tienen un trabajo muy importante que hacer, trabajo de hombres. No les molestéis. Y fijaos bien en lo que hacen, así aprenderéis.

Kalem revolvió los cabellos oscuros de los niños, rizados como los de ella.

—Les enseñaré bien —dijo Kalem, y se inclinó para besarla.

Ella dio otro abrazo a los niños y los apartó de su lado.

—Vamos, marchaos, tenéis que salir al mar antes de que otro se lleve todos los peces.

Los niños corrieron hacia las redes riendo.

—¡Vamos a pescar todos los peces!

—No te preocupes. —Kalem bajó la voz—. Yo cuidaré de estos hombrecitos.

—Sé que lo harás. —En todos los años que llevaban casados, ella no había vuelto a quedar embarazada, pero él nunca había tratado a los niños de forma diferente porque fueran hijos de otro hombre. Actuaba como si Vorian Atreides no existiera y no hubiera estado nunca en Caladan.

Leronica se quedó en el embarcadero, diciendo adiós con la mano mientras los dos barcos partían hacia el luminoso horizonte, con su padre en uno y Kalem y los niños en el otro. Al ver a estos ayudando a su padre con las velas y los arcos del barco, Leronica sintió que había conseguido un buen matrimonio, que había tenido suerte al encontrar a un hombre tan generoso y cariñoso.

Y aun así, no sería sincera consigo misma si no reconocía que añoraba a Vor terriblemente...

Su apuesto soldado no había vuelto desde hacía más de ocho años. Sabía que el tiempo debía de transcurrir de forma distinta para un hombre que pasaba meses en viajes espaciales por las estrellas, reuniendo flotas para vencer a Omnius. Se sentía decepcionada, pero también aliviada. A pesar de lo que le había dicho a Kalem, no sabía qué habría hecho si Vor hubiera vuelto por ella.

Más tarde, aquel mismo día, cuando la taberna se quedó más tranquila y la mayoría de pescadores habían salido a alta mar a perseguir bancos de peces, Leronica recibió a un grupo de yihadíes del puesto de observación. Era el tercer



grupo de soldados de reemplazo, y aún no se habían adaptado a aquel nuevo destino.

Los hombres pidieron comidas en conserva para llevárselas al cuartel y finalmente se sentaron con sus grandes jarras de cerveza de algas. Entonces un joven cuarto, el jefe del grupo, le entregó un paquete con orgullo.

—Ayer una nave nos entregó las lecturas de reconocimiento de nuestro sistema y un paquete para usted. —Sonrió—. Me pregunto cuánto cuesta mandar esto.

—No todo el mundo es tan tacaño como tu mujer, Raff —dijo otro de los soldados bromeando.

—Quizá mi cocina es famosa por toda la Liga de Nobles —contestó Leronica volviendo el paquete en las manos—. ¿Por qué no tendría que recibir paquetes de soldados que están en lejanos campos de batalla?

Sostuvo el paquete con fingida curiosidad, como si no supiera quién lo enviaba, aunque su corazón latía con fuerza en el pecho.

Ni siquiera aquellos yihadíes sabían que lo mandaba el primero Atreides.

Fue apresuradamente a la trastienda y encendió varias velas —de las que le gustaban a Vor— y desenvolvió el paquete. Le maravillaba pensar que había viajado docenas de años luz para llegar hasta ella, en Caladan.

Dentro encontró una brillante piedra de soo de Buzzell, una sorprendente gemafuego extraída de Ix, recientemente liberado, y otra docena de cajitas más pequeñas, cada una con una piedra preciosa de un increíble brillo.

Los regalos le decían que Vor pensaba en ella con afecto, y la nota que los acompañaba hizo que su corazón se llenara de asombro:

Querida Leronica:

Ya que no te puedo llevar a todos estos planetas, he decidido enviarte un trocito de cada uno. Llevo años reuniéndolos.

Finalmente hemos desarrollado una nueva tecnología que quizá me permitirá viajar hasta ti con rapidez. Qué maravilloso si pudiera mirar tus adorables ojos en este momento... aunque tal vez ese día no está tan lejos. Sé que tienes tu vida, pero quizá de vez en cuando piensas en mí con afecto.

No sabía qué hacer con aquellos tesoros, y se pasó horas sentada con ellos mientras las velas se consumían. Cogía cada una de aquellas gemas y la sostenía en la palma de la mano, tocando lo que Vor había elegido especialmente para ella. Él había tenido aquellas mismas gemas en su mano, había contemplado sus brillantes y maravillosas facetas mientras pensaba en ella. Leronica no podía ni imaginar las



distancias que habría recorrido para reunir aquellas maravillas. Debía de haber tardado años, y en todo ese tiempo no la había olvidado.

Una semana después, el barco de pesca de Brom Tergiet volvió solo. Llegó renqueando al puerto, con los mástiles ennegrecidos, las velas rotas y quemadas, los motores apenas funcionaban. En cuanto avistaron el barco desde tierra, sonaron las alarmas y los otros pescadores salieron enseguida a ayudar a remolcar el barco de Brom hasta el embarcadero.

Presas del pánico, Leronica corrió a los muelles, pero no vio señal del barco de su marido ni de los niños. En vano miraba hacia el mar, mientras densas nubes de lluvia se congregaban en el cielo. Cuando ayudaron al viejo Brom a bajar del barco maltrecho, Leronica corrió hacia él. Tenía el corazón en un puño y los ojos se le llenaron de lágrimas, sobre todo cuando vio que las ropas de su padre estaban chamuscadas y tenía el pelo medio quemado y la piel de la cara enrojecida y desprendida.

Momentos después, dejó escapar un grito de alegría cuando finalmente vio que sus hijos salían de la cabina. Se les veía sucios y magullados, pero estaban a salvo.

— ¿Dónde está Kalem? ¿Dónde está el otro barco?

— Elecranes. — No hacía falta que dijera más. Aquella palabra aterraba a los pescadores. Leronica había oído hablar de aquellas extrañas criaturas eléctricas que vivían en lo más hondo de los mares de Caladan. Ningún pescador que se topaba con ellos conseguía salvarse. Leronica se puso derecha, sin querer dejarse llevar por la desesperación hasta conocer toda la historia.

— Nos metimos en un nido. Había por todas partes, como rayos vivientes. Se abalanzaron sobre nosotros como salidos de la nada. No pudimos escapar. — La voz le temblaba, sus brazos se sacudían mientras revivía el terrible incidente—. No creo que pretendieran atacarnos, pero les asustamos, y ellos se defendieron. Había rayos por todas partes. Las subidas de energía nos dejaron sin paneles de control. No teníamos ninguna posibilidad... ninguna.

Se le quebró la voz, sus ojos se enrojecieron, como si tuviera miedo de lo que iba a decir. Los gemelos se abrazaron a su madre, temblando, llorando.

— Kalem cogió a los chicos y los arrojó a mi barco como si fueran pescado. ¿Qué quería que hiciera? — Brom miró a su audiencia, que lo miraba fijamente, como si esperara que ellos le contestaran—. Me gritó diciendo que cuidara de ellos, que los sacara de allí. Casi no podía ni oírle en medio del aullido del viento y el chisporroteo de los elecranes. Entonces encendió los motores y se alejó de nosotros. No miró atrás. Los chicos lo llamaban, y en el último momento se volvió. Era como si nos estuviera diciendo adiós para siempre.

Los dedos de Brom no dejaban de abrirse y cerrarse.



—Os lo juro, Kalem fue directo hacia esos malditos elecranes. Yo sabía que tenía que salir de allí o después nos tocaría a nosotros.

Lo único que pensaba era que tenía que proteger a los chicos. Kalem... Kalem arrojó su barco contra la electricidad viviente y aquellas criaturas descargaron su ira sobre él. Finalmente conseguí arrancar mi barco, pero cuando miré atrás vi que el suyo era una bola de fuego. Los elecranes lo habían rodeado, y no dejaban de golpearle.

»Dio su vida por los chicos, y por mí. —Brom miró hacia su hija y se dio la vuelta, porque no podía mirarla a los ojos—. Kalem Vazz logró que nos salváramos. Le debo mi indigna vida a él, aunque tendría que haber sido al revés. El tenía una bonita mujer y dos hijos fuertes. —Brom dio un largo y torturado suspiro—. Tendría que haber salvado él a sus hijos y dejarme a mí atrás. ¿Por qué yo estoy vivo y él no?

En el embarcadero la gente murmuraba, y Leronica se abrazó a los chicos y a su padre, compartiendo su desazón y tratando de encontrar consuelo.



164 A.C.

Año 38 de la Yihad

Diez años después de la llegada de los refugiados

de Poritrín a Arrakis



Capítulo 94

Veo visiones, y veo la realidad. ¿Cómo voy a diferenciarlas cuando el futuro de Arrakis está en juego?

«La leyenda de Selim Montagusanos»

Hacía años que los nómadas del desierto no habían atacado con tanto éxito a los extranjeros. Después de oír la llamada de un explorador nocturno, Marha e Ishmael esperaron en lo alto de los riscos con otros miembros de la tribu, observando al grupo que volvía a casa como sombras escurridizas bajo la luz de la luna. Marha los vio trepar a lo alto de las dunas y seguir senderos ocultos que llevaban a su fortaleza de lava negra.

Jafar dirigió el ataque, aunque le dijo a Marha que no le hacía mucha gracia. Aquel hombre de rostro chupado estaba cautivado por la visión de Selim Montagusanos, y parecía decidido a seguir su llamada. Pero se sentía incómodo; nunca se había visto liderando un movimiento.

El hijo de Marha tenía nueve años, y dormía tranquilo en una de las cuevas. Era un jovencito brillante, inteligente, lleno de ideas, y aún no era consciente de la responsabilidad que recaería sobre el único hijo del Montagusanos.

Marha sentía un nudo en el pecho cuando pensaba en Selim, un mito, un hombre. Comprendía sus sueños y el camino que había tratado de seguir para alcanzarlos, y le dolía ver que su gente estaba perdida sin él. Jafar y Marha habían hecho lo posible por mantener a los forajidos unidos, lejos de la civilización. Habían pasado diez años, pero el sacrificio de su marido no parecía haber servido de nada. ¿Cómo esperaba Selim que su misión perdurara durante miles de años como había visto en sus sueños?

Marha sabía que tenían que hacer un cambio radical. La gente estaba demasiado segura en el desierto, empezaban a volverse cómodos y complacientes.

Días atrás, convocó a los adultos e insistió en que se dirigieran hacia Arrakis City a lomos de los gusanos. Por el camino debían buscar y atacar a todo aquel que realizara actividades relacionadas con la recolección de especia. Un grupo de catorce personas partió en esta misión, las que habían pasado más tiempo con Selim, hom-



bres y mujeres que habían intentado mover a los demás a la acción en lugar de apoltronarse en aquel rincón perdido del desierto.

Los refugiados de Poritrin habían aportado sangre fresca e ideas nuevas a la banda. Habían buscado pareja entre los seguidores de Selim y habían revigorizado el grupo con numerosos niños. Ishmael había conseguido salvar a su gente y apartarla de las zarpas de los negreros. Aunque la esclavitud le había hecho envejecer antes de tiempo, la libertad en aquel desierto le había quitado de encima el peso de su vida. Diez años después de que la nave experimental se estrellara en Arrakis, se le veía más joven y mucho más fuerte. Era una persona sólida, un guía, pero no un hombre violento, ni un revolucionario dispuesto a matar para conseguir sus objetivos.

Y en Arrakis eso era imprescindible.

Ishmael no acompañó al grupo de atacantes; prefirió quedarse con Marha y su hijo. El no era un guerrero, y no había aprendido a montar a los gusanos, aunque Marha estaba segura de que podía hacerlo.

Marha le daba clases sobre la vida en el desierto, y a cambio él le enseñaba algunos de los sutras budislámicos que había memorizado de niño. Trataba de explicarle los entresijos filosóficos de la interpretación zensuní y cómo esas ideas habían sido la base de las decisiones que había tomado en su vida. Marha debatía con él, utilizando su ingenio y su inteligente sonrisa, y decía que las escrituras no se pueden aplicar a todo.

Él fruncía el ceño.

—Cuando Budalá crea su Ley, no la cambia cada vez que el viento sopla en una dirección diferente.

Marha lo miró con dureza.

—En Arrakis, negarse a cambiar significa la muerte. ¿Y dónde estaría entonces Budalá, si todos nos hubiéramos convertido en momias disecadas en la arena?

Al final, Marha e Ishmael llegaban a un acuerdo, satisfechos y complacidos por aquel desafío intelectual, porque estaban encontrando la forma de aplicar los sutras budislámicos, no solo a la leyenda de Selim Montagusanos, sino a las realidades de su vida diaria en Arrakis...

El grupo de incursores entró en las cuevas; iban cargados con paquetes de material y provisiones robados. Marha vio con alivio que el número de personas que volvían era el mismo que había salido. No habían matado ni capturado a nadie.

Sonrió. Selim les había enseñado a vivir con austeridad, pero cuando robaban provisiones a sus enemigos, lo celebraban. Dentro de una hora empezaría la fiesta.

—Este es un gran día —dijo Marha—. Ni siquiera Selim habría podido pedir más.

Los ojos de Ishmael destellaron.



—Marha —dijo—, durante mucho tiempo los esclavos oprimidos de Poritrin no dejaron de soñar con la libertad. Ha llegado el momento de que dejemos de descansar y escondernos, y decidamos qué vamos a hacer con nuestras vidas.

Entre el botín de lo que habían robado a las cuadrillas de excavación había varios paquetes de melange fresca y procesada, la esencia desecada de Shai-Hulud. Marha cogió un paquete de aquel potente polvillo de color de herrumbre y sonrió a Jafar bajo la luz amarilla de la cámara principal de la cueva.

—Lo habéis hecho muy bien. Es hora de que lo celebremos y hablemos del futuro.

Ishmael estaba en pie a su lado. Se sentía muy próximo a aquella gente del desierto, que luchaba día a día para sobrevivir. Sus compañeros de Poritrin, incluida su hija Chamal, se habían adaptado bien. Y lucharían por su vida con tanto empeño como cualquiera de los miembros de la banda de Selim.

Con el rabillo del ojo Ishmael notó que algo se movía y, al volverse, vio al joven y sigiloso El'hiim que pasaba corriendo por una de las entradas a la cueva. Podía ver el parecido con las facciones de Marha, y trató de hacerse una idea del aspecto que debía de tener Selim.

El'hiim, con su pelo oscuro, bajó a gatas por una empinada pendiente, agarrándose a las rocas y descolgándose para apoyar el pie en un lugar más seguro. Era ágil y fuerte, y siempre estaba pensando en explorar grietas y cañones. El chico tenía ojos oscuros e intensos y, aunque hablaba poco, su cabeza parecía llena de ideas.

Ishmael se había encariñado mucho de El'hiim. Evidentemente, Marha lo había arreglado todo para que el chico pasara muchas tardes con él. No había buscado otro compañero después de la muerte de Selim, y sus intenciones con Ishmael eran evidentes. A él no le desagradaba la idea. El grupo era pequeño y parecía una decisión sabia.

Aunque no había olvidado a su mujer y a su hija pequeña, había tenido que marcharse de Poritrin y no podría volver. Ya habían pasado casi diez años. Nunca volvería a ver a Ozza ni a Falina.

Vio que el pequeño El'hiim se iba corriendo y su atención se desvió hacia un olor intenso y poderoso que llegó a su nariz. Marha había abierto los paquetes robados de melange y se había echado un poco en las manos.

—Selim Montagusanos encontró la verdad en las visiones que la especia le daba. Es una bendición de Shai-Hulud. La deja en el desierto para que podamos descubrir cuál es su voluntad. —Miró a Ishmael y a Jafar—. Ha pasado mucho tiempo desde la muerte de mi marido. Todos necesitamos centrarnos, saber adonde vamos. Esta especia se la arrebatamos a los ladrones del desierto y Shai-Hulud quiere que la consumamos para que podamos entender.



—¿Y si tenemos visiones diferentes? —preguntó Ishmael.

Marha le miró. Era hermosa, fuerte y segura, y tenía una pequeña cicatriz con forma de media luna sobre la ceja, a resultas de una pelea de arma blanca.

—Cada uno verá lo que necesita ver, y todo irá bien.

El sol se puso sobre el suave horizonte arenoso, las temperaturas bajaron en picado y los deslumbrantes colores del ocaso se manifestaron en toda su gloria. Los seguidores de Selim Montagusanos se reunieron en la cueva más grande y se pasaron la melange procesada. Todos tomaron mucho más de lo que consumían normalmente como parte de su dieta.

—Esta es la sanare de Dios, la esencia de Shai-Hulud. Ha concentrado sus sueños para nosotros, para que podamos participar de ellos y ver a través de los ojos del universo. —Marha comió una gruesa oblea de especia y le pasó otra a Ishmael.

Ishmael había consumido especia muchas veces, era una de las bases de la dieta de los habitantes del desierto, pero nunca tanta de una sola vez. Al tragar, notó que el efecto se extendía por sus venas y estallaba en su mente de forma casi instantánea.

En su mente se abrieron ventanas, como ojos que miraban desde diferentes lugares de su cráneo. No habría sabido decir si estaba mirando al futuro o al pasado, o si estaba viendo imágenes de lo que quería o temía que pasara. Selim Montagusanos había observado esas mismas cosas y las había incorporado a su misión.

Pero Ishmael vio imágenes horribles de cosas que no quería ver. Vio Poritrin, el familiar delta y los barracones de los esclavos, arrasados por la sangre y la violencia, en llamas. Los gritos de las víctimas llenaban la noche. Su corazón se convirtió en plomo, y supo que era Aliid quien había causado todo aquel dolor y sufrimiento.

Starda entera, la gran capital que había junto al río Isana, yacía en ruinas ante sus ojos, y la zona central no era más que un cráter humeante. Los cascotes de los edificios más altos se extendían en ondas concéntricas, como si el puño de un dios vengativo hubiera golpeado la metrópoli allanándolo todo.

Pero aquello solo era el principio. Vio a los nobles supervivientes y los reductos de la guardia de dragones que tomaban las armas buscando venganza. Persiguieron a los esclavos budislámicos por todos los continentes, atrapándolos y torturándolos. A muchos los quemaron vivos, encerrados en el interior de sus casas. A otros les dispararon. Y mutilaron los cuerpos.

En una visión que jamás olvidaría, porque fue como un hierro candente que se marcó en su memoria, vio a Ozza y Falina encogidas, abrazadas, gritando de miedo y suplicando clemencia. Entonces cinco hombres con largos cuchillos cayeron sobre ellas. No tenían prisa y prolongaron la diversión.

Pero la melange llevó a Ishmael más allá en una corriente blanca y vertiginosa de imágenes. Poritrin se desvaneció y fue sustituido por las dunas del desierto más seco.



Vio el lecho agrietado de lagos y rocas negras y arrugadas que se elevaban para ofrecer un refugio frente a los voraces gusanos.

Sin palabras, sintió la misión de Selim Montagusanos y vio a un hombre cabalgando sobre un enorme gusano, llevando su mensaje y sirviendo al Viejo Hombre del Desierto. Aunque Selim había muerto hacía tiempo, Ishmael se vio cabalgando a su lado, cruzando una vasta extensión de desierto sobre un gusano de arena. Los dos guiaban a Shai-Hulud y a sus compañeros montagusanos hacia un maravilloso horizonte, un futuro en el que podrían ser fuertes y libres... y todos los gusanos estaban vivos.

Ishmael contuvo el aliento. Su corazón latía muy deprisa, se sentía alentado por su sueño. Entendía lo que Marha sentía, y el propósito que el mismo Selim había inspirado entre sus seguidores.

Entonces sintió la presencia de un peligro, un miedo negro y devorador que no formaba parte de su visión, sino que era una tragedia más personal e inmediata... El'hiim.

Aquello no era una visión del futuro, ni una advertencia lejana. El chico estaba atrapado en una pequeña abertura entre las rocas. Mientras los adultos estaban allí reunidos, El'hiim había salido a explorar los peñascos y las pendientes, buscando ratones canguro o lagartos para la tribu entre las grietas y las rocas. Ishmael intuyó unas patas como tijeretas y un peligro que pasaba rozándolo como los cuchillos de mil asesinos.

Ishmael salió corriendo de la cueva. Sabía que aquello no formaba parte de la visión. Una fuerza superior lo guiaba. Dejó a los otros meciéndose en brazos de sus visiones.

Cuando Marha se dio cuenta de que había salido, corrió dando tumbos detrás de él. Pero Ishmael no podía detenerse. Intuitivamente supo adonde tenía que ir, aunque hacía horas que no veía al chico. Con una agilidad impresionante, trepó entre las rocas y se metió por una pequeña abertura.

Sus ojos observaban los detalles de su entorno y su cabeza veía la terrible visión: el chico atrapado y los asesinos con cuchillos cada vez más cerca.

El'hiim tenía miedo. Ya había gritado pidiendo ayuda, pero nadie le oía.

Nadie excepto Ishmael en su visión.

—Ishmael, ¿qué pasa? ¿Dónde estás? —la voz de Marha sonaba arrastrada y lejana, pero llena de preocupación. Ishmael no podía contestarle. Aquella llamada lo arrastraba a seguir hasta que, finalmente, llegó a una grieta oscura. El'hiim debía de haberse colado por ahí, encogiéndose sus hombros estrechos, tratando de encontrar algún tesoro o comida o un escondite secreto.

Y lo que había encontrado era un terrible peligro.



Ishmael se coló por la grieta, arañándose la piel. Tendió un brazo y tocó un saliente de roca, se agarró para hacer fuerza y adentrarse un poco más. No sabía cómo iba a salir de allí, pero no podía detenerse. El'hiim estaba atrapado. Ishmael oyó un grito, no de miedo, sino de advertencia.

— ¡ Están por todas partes! No dejes que te toquen.

Ishmael se estiró y se estiró, hasta que tocó la mano del niño y tiró para atraerlo a su lado. Volvió a oír las patas como tijeras, notó un movimiento muy cerca, pero sentía que el chico estaría a salvo si lo acercaba a su lado. Ishmael desplazó su cuerpo hasta una zona algo más amplia de la grieta, hasta que vio que tenía espacio para soltarlo.

Y entonces los asesinos le atacaron a él. Sintió sus agujijones venenosos como cuchillos, cuchillas minúsculas que penetraban en su ropa y su piel. Pero él seguía sujetando al niño y no se preocupó por su propio dolor. Al contrario, retrocedió y retrocedió, desgarrándose la piel de la espalda, hasta que consiguió sacar a El'hiim al exterior. Una vez fuera, se quedó abrazado al hijo de Selim, que estaba sano y salvo.

Marha fue corriendo, cogió al niño de los brazos y entonces miró a Ishmael horrorizada.

Su cuerpo estaba cubierto de escorpiones negros, arácnidos venenosos que le habían picado una y otra vez, inyectando dosis fatales.

Ishmael se sacudió aquellas criaturas de encima como si no fueran más que mosquitos y ellas corrieron a esconderse entre las grietas de las rocas.

— Mira bien al chico — le dijo a Marha —. Comprueba si está bien.

El'hiim meneó la cabeza con asombro.

— Estoy bien. No me han picado.

Entonces Ishmael se desmayó.

Ishmael despertó después de tres días de fiebre y pesadillas. Respiró hondo y notó que el aire le quemaba en los pulmones, pestañeó y se incorporó en la cama, en el interior de la cueva. Se tocó los brazos y vio que tenía moretones, aunque eran de color rosado y parecía que se estaban curando.

Marha apareció en el umbral, apartando la cortina de la entrada. Miró con sorpresa a Ishmael.

— Cualquiera de esas picaduras podría haberte matado, y sin embargo estás vivo. Te has recuperado.

Ishmael tenía los labios agrietados y notaba la boca muy seca, pero aun así consiguió sonreír.



—Selim me mostró lo que tenía que hacer. En mi visión, me hizo salvar a su hijo. Sabía que no me dejaría morir.

En ese momento entró su hija Chamal, con los ojos hinchados y enrojecidos. Había estado llorando, aunque los bandidos de Arrakis no veían con buenos ojos que derrochara de aquella forma sus líquidos corporales.

—Quizá sea la melange que llevas en la sangre lo que te da fuerzas, el espíritu de Shai-Hulud.

Ishmael se sentía mareado, pero se obligó a mantenerse derecho en la cama. Su hija corrió a su lado para acercarle un vaso de agua. Sabía a néctar.

Finalmente, El'hiim entró también en la cámara y miró a Ishmael con los ojos muy abiertos.

—Los escorpiones te picaban, pero me salvaste. No te han matado.

Ishmael le dio unas palmadas en el hombro, aunque tuvo que hacer un enorme esfuerzo.

—Preferiría no tener que volver a salvarte.

Marha sonrió, sin acabar de creer que hubiera sobrevivido. Respiró hondo.

—Parece que somos bendecidos una y otra vez. Por lo visto tú también piensas crear tu propia leyenda.



Capítulo 95

Hemos esperado suficiente. Ha llegado la hora.

Pensador Vidad, Pensamientos desde la objetividad del aislamiento

Erasmus nunca se había considerado un líder político, a pesar de sus estudios sobre la diplomacia y la interacción social en los humanos, y de la gran cantidad de capacidades teóricas que tenía. Su habilidad para manejarse por las aguas de la política le había permitido establecerse como robot independiente y convencer a Omnius para que le dejara seguir con sus experimentos con humanos.

Sin embargo, los pensadores de la Torre de Marfil no eran exactamente humanos.

Una tarde recibió a una extraña delegación del planetoide helado de Hessra, unos cuantos subordinados que no dejaban de pestañear por el resplandor cobrizo del sol gigante de Corrin. Llegaron con aquellos antiguos cerebros —filósofos como él mismo— en contenedores de conservación.

El robot independiente los recibió en la opulenta sala de visitas de su villa, sorprendido y complacido, porque no solía tener invitados. Dados los numerosos ataques del ejército de la Yihad, Omnius había sugerido que la reunión se hiciera allí y no en la ciudadela central, por si los pensadores trataban de introducir alguna arma insidiosa.

Vestido con ropas nuevas y elegantes, su joven pupilo observaba como un perfecto ayudante. En una de las paredes, un ojo espía de Omnius escuchaba la reunión emitiendo un suave resplandor, pero la supermente no parecía saber muy bien qué hacer con aquellos inesperados visitantes. Tres temibles robots vigilaban en el recibidor.

Una procesión de monjes ataviados con túnicas amarillas entró. Los primeros seis llevaban los cilindros translúcidos y ornamentados como si fueran reliquias sagradas. Los subordinados no parecían entender el peligro que suponía presentarse voluntariamente en un Planeta Sincronizado.

—Los pensadores de la Torre de Marfil desean consultar a Omnius una importante cuestión —dijo el monje principal sujetando el pesado contenedor del primer pensador—. Soy Keats, subordinado de Vidad.



El cerebro sin cuerpo flotaba en su electrolíquido azulado, como si sus pensamientos lo mantuvieran telepáticamente en equilibrio. A Erasmo le recordó a los cimek rebeldes y a las mentes antiguas y maquinadoras de los titanes. La revuelta absurda e inesperada de Agamenón había alterado mucho a Omnius, aunque en realidad no fue ninguna sorpresa. Después de todo, los titanes eran cerebros humanos con defectos humanos, y tan poco de fiar como ellos.

Erasmo extendió sus brazos de metal líquido en un gesto de bienvenida; las mangas de su túnica carmesí y dorada se le replegaron.

—Soy el enlace designado por la supermente. Estamos muy interesados en escuchar vuestra propuesta.

Vidad habló por medio de un simulador, como los de los cimek.

—Después de largas meditaciones, debemos hacer una propuesta en relación con este largo conflicto entre humanos y máquinas. Como pensadores, ofrecemos una perspectiva equilibrada y una propuesta para solucionar el conflicto. Podemos actuar como intermediarios.

Erasmo formó una sonrisa.

—Habéis asumido una labor difícil.

Los ojos espía flotaban cerca del techo, grabándolo todo. Gilbertus también observaba, detrás de Erasmo. La pantalla de Omnius que había en la pared brillaba como si estuviera viva. La supermente habló, con una voz tan fuerte que resonó.

—Este conflicto es costoso e ineficaz. Terminar con él tendría muchas ventajas, pero los humanos son demasiado irracionales.

El subordinado Keats hizo una leve reverencia.

—Con la debida humildad, el pensador Vidad cree que puede conseguir una resolución satisfactoria. Somos una delegación neutral. Creemos que puede haber posibilidades para una negociación.

—¿Y venís sin anunciaros, sin un cuerpo de seguridad? —preguntó Erasmo.

—¿De qué nos serviría traer un cuerpo de seguridad al planeta más poderoso de la red de Omnius? —preguntó Vidad retóricamente.

Keats miró a su alrededor y sus ojos se encontraron con los de Gilbertus Albans, que no manifestaba ninguna emoción. El subordinado parecía incómodo.

Recordando sus deberes de anfitrión, de acuerdo con los antiguos registros que había asimilado, Erasmo pidió que trajeran un refrigerio. Cuando vio que los subordinados miraban con expresión hambrienta pero recelosa los zumos frescos y las frutas exóticas, Gilbertus se sentó y probó cada uno de ellos para demostrar que no estaban envenenados.



Erasmus caminó entre los contenedores cerebrales, que los humanos dejaron sobre unas sólidas mesas en la sala.

—Creía que los pensadores de la Torre de Marfil se habían aislado de las distracciones de la civilización y la sociedad... incluidos sus conflictos —dijo—. ¿Por qué habéis aceptado esta noble causa precisamente ahora? ¿Por qué no décadas o incluso siglos antes?

—Vidad cree que la paz podría estar cerca —dijo Keats, cogiendo un segundo vaso de zumo azul zafiro.

—Serena Butler declaró una guerra santa contra las máquinas hace treinta y seis años estándar —dijo Erasmo, y su rostro formó una leve sonrisa al pensar en aquella fascinante mujer—. Los humanos no quieren resolver el conflicto... quieren nuestra aniquilación. En antiguas bases de datos leí la parábola de un hombre que quiso hacer el bien poniendo fin a una disputa entre vecinos y al final lo mataron. Esto podría ser peligroso para vosotros.

—Todo es peligroso, pero los nobles pensadores renunciaron a la carga del miedo hace mucho tiempo, cuando renunciaron a sus cuerpos.

Omnius habló con voz atronadora.

—Vuestra respuesta es insuficiente. Después de todo este tiempo ¿por qué acudís a mí ahora?

Los subordinados de túnicas amarillas se miraron entre ellos, pero esperaron a que el pensador Vidad hablara a través de su simulador de voz.

—En uno de los frentes, los titanes tienen un ejército de neocimek, y ya han destruido muchas de tus naves de actualización. En el otro lado están los humanos libres, que siguen lanzando poderosos ataques contra ti. Ya has perdido varios Planetas Sincronizados. Lógicamente, lo que te interesa es llegar a un acuerdo con los humanos para poder concentrarte en la amenaza de los cimek. La marea se está volviendo en tu contra.

—La victoria última está asegurada. Solo es cuestión de tiempo y esfuerzo.

—Por cuestión de eficacia, ¿no es aconsejable que minimices el gasto en tiempo, esfuerzo y recursos? Como pensadores, nosotros podemos actuar como mediadores imparciales para conseguir una resolución racional y equitativa a este conflicto. Creemos que podemos conseguir un acuerdo satisfactorio.

—¿Satisfactorio para quién? —preguntó Erasmo.

—Para los Planetas Sincronizados y los mundos de la Liga de Nobles.

—No podréis convencer a los humanos para que se alíen con nosotros en contra de los cimek. Agamenón quiere conquistarnos a los dos.

—No es nuestro propósito negociar la guerra, sino la paz.



—Conozco muy bien a Serena Butler —dijo Erasmo—. Está ridículamente preocupada por nuestros esclavos humanos, aunque los mundos de la Liga también los tienen. ¡Qué hipocresía!

Los subordinados se miraron entre ellos y asintieron.

—Muchos esclavos están cayendo víctimas de la violencia en ambos bandos —dijo Vidad—. No tenemos cifras concretas del número de muertos en Ix, Anbus IV y Bela Tegeuse, pero suponemos que es alto.

—En un Planeta Sincronizado ordenado, donde la sociedad no es torpe e ineficaz, hay muy pocas bajas entre los esclavos —señaló Omnius—. Puedo demostrarlo con exhaustivas estadísticas.

—De este modo —terció Erasmo—, podría decirse que se salvarían más vidas humanas si acordamos un alto el fuego. Tenemos que demostrar a los humanos que el coste de la Yihad es demasiado alto para ellos. Serena Butler lo entenderá.

—La solución más sencilla es el cese inmediato de las hostilidades entre vosotros y la Liga de Nobles —dijo Vidad—. Vosotros conserváis los Planetas Sincronizados y los humanos libres conservan los suyos. Y a cambio se acaban los conflictos. No habrá más muertes, ni más violencia entre el hombre y la máquina.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta siempre.

—Acepto la oferta —dijo Omnius desde la pantalla de la pared—. Pero debéis enviar a un representante de la Liga para aceptar formalmente los términos. No volváis si la Liga se niega.



Capítulo 96

El valor se define por los actos de valentía, independientemente de los motivos que la persona tenga en su corazón.

Titán Jerjes, Un milenio de satisfacciones

Sentado bajo la cúpula de la cámara del Consejo de la Yihad, Aurelius Venport tomaba a sorbitos una bebida helada, tratando de manifestar una seguridad que no sentía en ausencia de Zufa. Frente a él estaban el Gran Patriarca Iblis Ginjo y el comandante de la Yipol, Yorek Thurr, además de Serena Butler, cuya dedicación era inflexible. El traje de sastre de Venport era lo bastante fresco para evitar que el sudor de los nervios se notara.

Venport tenía que realizar la negociación más importante de su carrera.

—Me complace que podamos sentarnos y discutir nuestras mutuas necesidades como adultos —empezó a decir después de dar otro sorbo. Tenía que afrontar la pérdida de su veloz flota de naves mercantes como un hombre de negocios. La situación había cambiado, y tenía que conseguir una compensación aceptable. No podría conservar los beneficios y el poder que esperaba, así que debía convertir lo que quedaba en algo distinto. Puede que incluso mejor.

Había participado en negociaciones similares con lord Bludd sobre los derechos de comercialización de los globos de luz y le había ido bien. Ahora se enfrentaba a algo mucho más significativo, con importantes repercusiones.

—Han propuesto ustedes que mis mercantes que pliegan el espacio se conviertan en naves de guerra para el ejército de la Yihad y que los nuevos motores se adapten para su uso en jabalinas de tamaño mediano. Vuestros entusiastas aunque ingenuos oficiales opinan que debo liquidar alegremente mis activos, ceder la tecnología, olvidar una década de trabajo e investigación continuado, y limitarme a entregarles todas las naves de mi costosa flota sin ningún tipo de compensación. Por lo visto, mi recompensa será... ¿el orgullo?

Serena frunció el ceño, unió las yemas de sus dedos.

—Incluso si no se le diera nada a cambio, algunos hemos dado mucho más por la causa.



—Nadie pretende minimizar vuestros sacrificios, Serena —dijo Ginjo—. Pero quizá no hace falta que arruinemos a este hombre para conseguir lo que necesitamos.

Sin inmutarse, Serena preguntó:

—¿Pretende aprovecharse de la guerra, directeur Venport?

—¡Desde luego que no!

Thurr frunció el ceño, atusándose un lado de su bigote mientras comentaba con voz tranquila:

—Por otro lado, tampoco debemos ser tan crédulos para pensar que al directeur Venport nunca se le pasaron por la imaginación las aplicaciones militares que podrían tener estas naves que pliegan el espacio. Y sin embargo no se molestó en informar al Consejo de la Yihad de sus actividades en Kolhar.

Venport miró a aquel hombre oscuro con irritación.

—Las naves que pliegan el espacio aún son nuevas y peligrosas, señor. Perdemos un porcentaje preocupante de vuelos. Los frecuentes desastres me obligan a aplicar sustanciosos recargos a los precios del cargamento, para poder construir nuevas naves y compensar a las familias de los pilotos mercenarios que aceptan el riesgo.

Thurr cruzó las manos.

—Los rebeldes cimek, y el mismo Omnius, estarían encantados de tomar las instalaciones y robar la tecnología.

—Durante años he utilizado los beneficios de buena parte de los negocios de VenKee para financiar este programa; necesito sacar algún provecho de esa tecnología. Jamás habría pagado las investigaciones y el desarrollo de no haber pensado que tendría una compensación. Incluso si en los próximos años todo fuera como la seda, tardaría décadas en pagar la deuda que he acumulado para construir los astilleros. ¿Creen ustedes que en la Liga algún hombre de negocios invertiría todos sus activos para desarrollar una importante tecnología si supiera que el gobierno se lo iba a quitar todo y dejarlo en la bancarrota?

Serena hizo un gesto de impaciencia con el índice.

—Yo puedo hacer desaparecer esa deuda. Entera.

Venport se la quedó mirando, sin acabar de creer sus palabras. Nunca se le habría ocurrido una solución tan drástica.

—¿Usted... usted puede hacer eso?

Iblis Ginjo se puso derecho en la silla y sacó pecho como un ave que practica para exhibirse en época de apareamiento.

—Es la sacerdotisa de la Yihad, directeur. Solo tiene que poner una firma.



Aprovechando la situación, Venport empezó a recitar los puntos que había ido pensando durante el viaje a Salusa.

—Mi esposa Norma Cenva ha dedicado más de treinta años al desarrollo de la tecnología para plegar el espacio. Ha tenido que afrontar numerosas penalidades, incluidas terribles torturas a manos de los cimek, pero su visión del futuro de la humanidad jamás ha vacilado. Incluso mató al titán Jerjes. Y durante todo ese tiempo yo he sido el único que la ha apoyado, el único que ha creído en ella. Hasta el savant Holtzman la echó de su lado.

Al mirar alrededor en la mesa, se dio cuenta de que varios miembros del Consejo parecían impacientes por que fuera al grano. Venport se inclinó hacia delante.

—Por tanto, solicito que VenKee Enterprises y sus sucesores tengan la patente irrevocable de la tecnología para plegar el espacio.

—El monopolio de los viajes espaciales —dijo Thurr con un gruñido.

—Estoy pidiendo la propiedad de mi sistema para viajar por el espacio, utilizando mis motores y mis naves. Durante miles de años, el humano ha recorrido enormes distancias con las naves tradicionales. Si lo desean pueden seguir utilizando las antiguas, pero quiero una consideración especial para las mías, que han sido creadas por mi esposa con el patrocinio de mi empresa. Me parece una petición razonable.

Ginjo tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—No nos confundamos. Si algún día consiguen solucionar el problema de la seguridad, sus naves serán las preferidas para los viajes interestelares y las otras tecnologías quedarán obsoletas.

—Entonces, si es el método más rápido y seguro, ¿por qué no se puede beneficiar mi empresa? —Venport cruzó los brazos sobre el pecho.

Pero Serena ya había oído suficiente.

—Estamos perdiendo el tiempo. Que se quede con sus patentes y su monopolio, pero cuando la Yihad termine.

—¿Y cómo puedo estar seguro de que la guerra terminará?

—Tendrá que correr ese riesgo.

Por la expresión de Serena, Venport supo que no cedería ni un centímetro más.

—Hecho, pero los derechos pasarán a mis herederos si muero antes de que termine la Yihad.

Serena asintió.

—Iblis, encargaos de que se redacten los documentos.

Al final, el astuto Aurelius Venport también negoció el derecho a transportar al menos una parte de sus mercancías en algunas misiones militares. Aunque él no



había iniciado las conversaciones, ni era responsable de la crisis comercial que las hizo necesarias, cuando terminaron, empezó a sospechar que aquello podía convertirle en un hombre muy muy rico.

Le dieron el premio inesperadamente.

En el interior del edificio del Parlamento colgaban estandartes, y se permitió que ciudadanos de a pie presenciaran la ceremonia desde el fondo de la sala. Miles de personas se congregaron en la plaza conmemorativa y siguieron el acontecimiento en unas pantallas tan altas como edificios.

Zufa Cenva estaba sentada junto a Venport en la primera fila de asientos, y los de detrás se extendían hacia arriba como ondas de agua en un estanque. Su pelo claro y sus facciones hacían que pareciera la encarnación de la electricidad estática, y su poderosa presencia demostraba que era la suprema hechicera de Rossak.

Zufa le miró, haciendo que sintiera vértigo bajo el escrutinio de aquellos ojos claros.

—Ahora eres un gran héroe, Aurelius. Tu nombre está en boca de todos los yihadíes que luchan por la libertad. Pasarás a la historia.

Mirando al estrado, a los dignatarios ataviados con sus imponentes ropas, Venport dijo:

—Nunca me ha preocupado mucho la historia, Zufa, pero me complace la forma en que esto cambiará el día a día en mi vida. —Se puso bien el cuello arrugado y su traje excesivamente formal—. Tú y Norma teníais razón. He sido obtuso y egoísta. Dedicar nuestros recursos a aplicaciones militares y no comerciales será un revés, pero con el tiempo hará de VenKee Enterprises una empresa mucho más fuerte.

Ella asintió.

—El patriotismo siempre tiene un precio, Aurelius. Ahora empiezas a entenderlo.

—Sí. —De hecho, al principio había pensado que aquella medalla no era más que un premio de consolación, una baratija para que se sintiera mejor tras sus sacrificios. No se había dado cuenta de que haría que su posición mejorara a ojos de la gente. En el futuro, muy pocos elegirían a la competencia de VenKee Enterprises.

Así que, de pronto, estaba impaciente por volver a los astilleros y empezar a arreglarlo todo para adaptarse a la nueva situación: hacer una valoración de materiales y productos, y decidir lo antes posible cuáles se transportarían en las naves dedicadas a misiones militares. Sus productos viajarían en función del espacio disponible. Yorek Thurr, moviendo los hilos desde la Yipol, ya lo había arreglado todo para que Aurelius y Zufa volvieran a Kolhar en un pequeño yate espacial. Partirían inmediatamente después de la ceremonia.



Venport permaneció rígidamente sentado durante las presentaciones. En aquellos momentos, Iblis Ginjo pronunciaba unas palabras con su impresionante voz; luego habló Serena Butler, con su eterna túnica blanca con adornos rojos, deslumbrante. Parte de sus cabellos estaban blancos, como si le hubieran echado cenizas encima, y en su rostro se reflejaba el peso de la edad y las tragedias. Pero cuando pidió a Venport que subiera al estrado, junto con el famoso y joven cirujano de campaña Rajid Suk, su voz era fuerte.

Entre ensordecedores aplausos, Venport caminó hacia el podio. Sorprendentemente, Zufa Cenva parecía orgullosa de él. Ojalá Norma hubiera estado allí también. Por una vez en su vida, Norma merecía los elogios y el reconocimiento de los demás, tanto si los quería como si no.

Las luces lo emocionaron e hicieron que se le nublara la vista; se sentía como si aquella marea de aplausos lo fuera a arrastrar. Venport pestañeó, trató de recuperar el equilibrio. Evitó mirar al mar de rostros que rodeaban la plataforma central y se colocó junto al doctor Suk.

—Cada uno de vosotros va a recibir la medalla más importante que la Yihad puede otorgar —dijo Serena—. La Cruz de Manion lleva ese nombre por mi hijo, el primer mártir de nuestra guerra santa contra las máquinas pensantes. Muy pocos son los que la consiguen.

»El doctor Rajid Suk —dijo volviéndose hacia el primer homenajead— es nuestro mejor cirujano de campaña. Ha renunciado a ejercer como médico privado, ha acompañado en repetidas ocasiones a nuestra flota a lejanas zonas de guerra y ha dedicado su tiempo a nuestra misión sagrada y a ayudar a salvar a incontables yihadíes. —Suk permanecía con los hombros cuadrados, sacando pecho. Serena le hizo entrega de la medalla entre los vítores del público—. A continuación voy a presentaros al más sorprendente empresario, un hombre que ha combatido en la guerra del comercio interestelar y ha creado una red de suministro y reparto que abarca sistemas estelares. El directeur Aurelius Venport acaba de ceder su flota entera al ejército de la Yihad. Creo que por fin podremos aplastar a Omnius para siempre. —Tuvo mucho cuidado de no mencionar ningún detalle concreto de la tecnología para plegar el espacio; la Yipol había demostrado una y otra vez que podía haber espías de Omnius por todas partes.

La audiencia lo vitoreó, enfervorecida, aceptando las palabras de Serena sin dudar. Sin embargo, Venport dudaba que pudieran lograr tal victoria militar a corto plazo, ni siquiera poniendo todo el esfuerzo en los astilleros e invirtiendo grandes cantidades de dinero. Sencillamente, las naves con motores Holtzman eran demasiado nuevas y no se habían probado lo suficiente.

Aun así, Venport hizo una reverencia formal cuando la sacerdotisa le pasó la medalla por el cuello.



Entonces Serena se apartó a un lado y señaló con la mano a los dos hombres, ante la multitud.

—¡Los nuevos héroes de nuestra Yihad! Gracias a ellos estamos dando grandes pasos hacia la victoria.

El mercader levantó la cabeza, sorprendido al notar que las lágrimas le escocían en los ojos. Su corazón parecía querer salirse del pecho. Mientras los representantes de la gran sala se ponían en pie, aplaudiendo y lanzando vítores, estrechó la mano de Serena y del doctor Suk.

Después, los homenajeados dijeron unas palabras a la concurrencia. Cuando le llegó el turno, Venport dijo:

—Aunque he pasado casi toda mi vida como empresario y hombre de negocios, estoy aprendiendo que hay cosas mucho más importantes que la riqueza. Muchas gracias a todos; este es el momento más feliz de mi vida.

Extrañamente, aunque jamás habría pensado que se sentiría de aquella forma, lo decía de verdad.



Capítulo 97

En otro tiempo pensaba que debíamos terminar esta Yihad al precio que fuera... pero hay precios que son demasiado elevados.

Serena Butler, borrador de un discurso no pronunciado

Poco después de que Venport y Zufa partieran en su largo viaje de vuelta a los astilleros de Kolhar, los pensadores fueron en procesión a Salusa Secundus con gran ceremonia. Vidad, asistido por los subordinados, incluido un extasiado y satisfecho Keats, solicitó una reunión urgente con el Parlamento de la Liga.

Los delegados planetarios dejaron apresuradamente sus residencias, sus compromisos y eventos sociales para ir a reunirse en el salón de asambleas. Tenían curiosidad, aunque estaban algo molestos por haber sido convocados de forma tan precipitada e inesperada. En la sala enseguida se llamó al orden, y Keats colocó el antiguo cerebro de Vidad sobre un pedestal en el centro del estrado; los otros cinco pensadores descansaban sobre pedestales más bajos alrededor de su portavoz.

El Gran Patriarca Ginjo entró a toda prisa en la sala, colocándose bien la túnica. No había tenido tiempo de ponerse en contacto con Serena, que se había encerrado en la Ciudad de la Introspección para preparar sus planes secretos para las naves que plegaban el espacio y que estarían listas en un año.

En realidad, Iblis prefería ocuparse personalmente de los asuntos relacionados con los pensadores. Después de todo, Keats era uno de los hombres que él había escogido.

Así pues, entró en la sala abarrotada y ruidosa en el momento en que el antiguo filósofo empezaba a hablar por su simulador de voz. Iblis estaba encantado de que hubieran vuelto.

—Como pensadores, nosotros decidimos retirarnos a un lugar donde pudiéramos meditar sobre las grandes cuestiones todo el tiempo que necesitáramos. La sacerdotisa de vuestra Yihad vino a Hessra hace dos años estándar y nos hizo comprender el precio tan alto que han pagado los humanos por siglos de dominación de las máquinas y por el derramamiento de sangre.

»Normalmente no somos partidarios de actuar de forma rápida e impetuosa, pero la sacerdotisa es una mujer persuasiva. Ella nos ayudó a ver cuál era nuestro deber,



no solo para con los humanos, sino para con la eficaz red de Omnius. Después de considerar el asunto cuidadosamente, ahora os ofrecemos una solución, una forma de lograr la paz inmediata entre los dos bandos.

La audiencia murmuraba, impaciente por saber qué iba a proponer Vidad. Con los años, conforme el número de muertos y de colonias que caían iba en aumento y los recursos de la Liga se agotaban, la gente había empezado a anhelar una salida a aquella interminable guerra. Ya habían pasado tres docenas de años desde que se inició la guerra santa contra las máquinas, y la humanidad libre no parecía estar más cerca de la victoria.

Algo inquieto, Iblis miró a los cerebros en sus cilindros translúcidos. Tal como se les había ordenado, Keats y los otros subordinados habían abierto la mente de aquellos filósofos solitarios. Pero ya no estaba tan seguro de querer oír sus sugerencias.

—Hemos adoptado el papel de mediadores entre la Liga y los Planetas Sincronizados. Los años de derramamiento de sangre y conflicto han llegado a su fin. —Vidad hizo una pausa, como si quisiera aumentar el dramatismo del momento—. Hemos negociado con éxito una paz con las máquinas pensantes. Omnius ha aceptado el cese definitivo de las hostilidades. Las máquinas no volverán a amenazar a los mundos de la Liga de Nobles y los humanos no amenazarán a los Planetas Sincronizados. Una Pax Galáctica sencilla. Ninguno de los dos bandos tiene motivos para continuar con las hostilidades. —Guardó silencio, dando tiempo a que la audiencia diera un profundo suspiro colectivo.

Keats miró a Iblis y anunció con orgullo:

—¡Lo hemos logrado! ¡La Yihad ha terminado!

Las serafinas de túnicas blancas corrieron a interrumpir las meditaciones de Serena Butler. Bajo su capucha de malla dorada, la expresión de Niriem parecía angustiada; era la primera vez que Serena veía aquella expresión asustada en su rostro.

—Algo terrible ha pasado —dijo la serafina, entregándole una grabación—. El mensajero me ha dicho que Iblis Ginjo solicita vuestra presencia inmediatamente en el edificio del Parlamento.

—¿Inmediatamente?

—Se trata de una crisis relacionada con los pensadores. Tenéis que escuchar la grabación.

—¿Qué ha hecho el Gran Patriarca? —Serena respiró hondo, con exasperación—. Escucharemos esto por el camino.

Aunque Iblis, Serena y los otros líderes de la Liga de Nobles tenían acceso a los sistemas militares de comunicaciones, basados en el uso de señales codificadas de retroalimentación, recientemente muchos mensajes habían sido interceptados por los



agentes de Omnius. El asunto era tan preocupante que en aquellos momentos solo la flota utilizaba los sistemas de comunicación en el espacio, pero nunca en la superficie de los planetas. Y eso significaba que necesitaban un mayor número de correos.

Niriem la apremió y subieron a un vehículo terrestre que se desplazó velozmente por las amplias carreteras en dirección a Zimia. En el compartimiento para pasajeros, Serena escuchó perpleja y desolada la grabación con el anuncio sorpresa de Vidad.

—¡Esto no es lo que queremos en absoluto!

—Sacerdotisa, me temo que están tan desesperados por conseguir la paz que aceptarían cualquier cosa.

Sí, Niriem tenía razón. Así que Serena escuchó tres veces más el breve anuncio del pensador, como si con la repetición las implicaciones de sus palabras pudieran cambiar; sentía que el horror y la incredulidad burbujeaban en la boca de su estómago como un líquido hirviendo.

—Esto es imposible. ¡No ganamos nada con ese acuerdo!

Esperaba que llegaran antes de que se corriera la voz. Una noticia así no podía ocultarse, y la gente reaccionaría de forma exagerada. Los opositores, que no dejaban de aumentar, saldrían a las calles a provocar disturbios. Incluso los representantes de la Liga se obcecarían por la euforia de forma totalmente irracional. Tenían que llegar allí enseguida.

Al llegar a Zimia, un pelotón de guardias femeninas la escoltó por los escalones de piedra vetada del imponente edificio gubernamental. Niriem iba despejando el camino, como un ariete, sin miedo a demostrar su fuerza. Y aunque la sacerdotisa Serena ya era mayor, seguía teniendo una fiera exuberancia.

En el centro de la sala, los subordinados permanecían en pie junto a los pedestales donde estaban colocados los pensadores de la Torre de Marfil. La atmósfera era ruidosa y festiva. Iblis Ginjo estaba a un lado del estrado, tratando de restablecer el orden. No parecía que tuviera mucho éxito.

Con la *cabeza* muy alta, Serena fue hasta el centro del estrado. Se oía un gran vocerío entre los representantes, y algún que otro grito en contra del nuevo plan de paz de los pensadores, pero la mayor parte de los presentes lanzaba vítores y aplaudía.

—¡No nos precipitemos! —dijo Serena sin que hiciera falta que la presentaran—. Las peores consecuencias a veces vienen disfrazadas de buenas noticias.

En la sala el griterío se había convertido en murmullo. Iblis parecía feliz y aliviado al ver que Serena había llegado por fin.

—Serena Butler —dijo Vidad a través de su simulador de voz—, nosotros explicaremos los detalles de nuestras delicadas negociaciones con Omnius. Hemos



garantizado la seguridad para el representante de la Liga que viaje a Corrin para aceptar formalmente los términos de esta paz.

Serena casi no podía creerlo.

—Nosotros no aceptamos esos términos. ¿Paz a cualquier precio? Entonces ¿para qué han servido todos estos años de lucha? Te diré cuáles son nuestros términos: ¡la destrucción de todas las máquinas pensantes! —Paseó la mirada por la sala, que cada vez estaba más llena porque la noticia ya empezaba a extenderse.

Solo se oyeron unos pocos aplausos en respuesta a sus palabras. Poco a poco el ruido cesó, y se hizo un profundo silencio.

Serena dio unos pasos para acercarse a Vidad.

—Yo fui prisionera de Omnius y fui torturada por él, así que sé mucho más del sufrimiento de los humanos en los Planetas Sincronizados que vosotros con vuestros dos mil años de aislamiento. Nos conocéis muy poco si pensáis que los humanos buscamos un acercamiento a Omnius.

—Nuestro conocimiento es mucho mayor del que imaginas. Escucha a tu pueblo, Serena Butler. Desean poner fin a tanta muerte.

La ira ensombreció el rostro de Serena.

—Sí, es posible que vuestro plan ponga fin a la guerra por un tiempo, pero no aporta una solución real. ¡Ni una victoria! ¿La muerte de billones de personas ha sido en vano? ¿Y la muerte de mi hijo? Omnius seguirá dominando los Planetas Sincronizados, esclavizando a su población humana. ¿Todo el trabajo que hemos hecho será inútil? ¿Y Zimia? ¿Y la Tierra? —Y citó una lista de lugares decisivos, alzando la voz para mencionar cada uno de aquellos planetas heridos—. Bela Tegeuse. Honra. Tyndall. Bellos. Rhisso. Chusuk. Anbus IV. La colonia Peridot. Ellram. Giedi Prime.

Se volvió para mirar a la audiencia, inquieta y dócil.

—¿Hace falta que siga recordándoos todos los sacrificios que hemos hecho? Después de lo mucho que he luchado, me horroriza oír lo que proponéis.

—Pensad en las vidas que se salvarán, Serena —gritó un representante desde la multitud. Serena no reconoció su voz.

—¿A corto o a largo plazo? ¡Imaginad qué futuro nos espera si empezamos a regatear con Omnius! ¿Y por qué ahora? —Levantó el puño. Tenía que impedir que aquellos representantes cometieran el error más costoso de la historia de la humanidad.

Oh, cuánto deseaba que aquellas naves capaces de plegar el espacio estuvieran listas. Pero el Parlamento no sabía nada del trabajo secreto que se estaba realizando en Kolhar. Cuando el ejército de la Yihad tuviera aquella flota capaz de recorrer distancias interestelares en un abrir y cerrar de ojos a su disposición, podrían atacar



los Planetas Sincronizados tan deprisa que Omnius no tendría tiempo de contar las derrotas. Los humanos nunca habían tenido una ventaja tan importante. En cuanto Omnius se diera cuenta del poder que tenían, se replegaría a los planetas que le quedaban y no se atrevería a atacarles nunca más. Pasaría a una posición defensiva, y cada nueva victoria de los humanos haría que se replegara más y más, lo que reduciría su gran imperio, hasta que algún día dejara de existir.

Serena golpeó con el puño la palma de su otra mano.

—¡Ahora, sobre todo ahora, debemos presionarles para conseguir una victoria definitiva! No podemos darnos la vuelta y evitar el desafío.

—Pero estamos cansados de luchar —dijo el embajador provisional de Poritrin que había sustituido a lord Niko Bludd. Después del espantoso levantamiento de esclavos del planeta, su gente no tenía ni el ánimo ni los recursos para continuar con las grandes ofensivas—. Estos pensadores nos ofrecen la posibilidad de detener esta guerra sin fin. Debemos considerarlo, dejarnos guiar por su sabiduría.

—No si eso significa aceptar una paz absurda. —Serena agitó su túnica en un destello de blanco y púrpura—. Las máquinas jamás respetarán a los humanos, ni respetarán ningún acuerdo al que hayamos llegado. Para Omnius nuestras vidas son inútiles y prescindibles.

Hizo una pausa, sintiendo que el estómago se le revolvía y las rodillas le flaqueaban. El público la miraba como si se estuviera excediendo, y eso la puso más furiosa.

—En estos momentos las máquinas están debilitadas. Tenemos la oportunidad de destruir hasta el último panel de circuitos. —Bajó la voz con un gruñido—. Si no lo hacemos, si dejamos que nuestra determinación flaquee, volverán a levantarse y se opondrán a nosotros con más fuerza que nunca.

—Hagamos lo que hagamos es arriesgado —dijo el representante de Giedi Prime—. Yo, más que nadie en esta sala, estoy en deuda con la sacerdotisa Serena. Si nuestro mundo es libre es gracias a las valientes acciones que vos emprendisteis para defendernos. Pero nuestro pueblo sigue siendo frágil, aún no nos hemos recuperado del daño que Omnius nos infligió durante su breve conquista hace décadas. Si hay alguna posibilidad de que lleguemos a una tregua, una tregua que no exija una capitulación vergonzosa, tendríamos que aceptarla.

Otro importante representante se puso en pie.

—Pensemos en las ventajas. Dado que los humanos hemos recuperado algunos planetas y militarmente estamos a la altura de las máquinas, estamos en una posición de fuerza para negociar los términos de esta paz que han propuesto los pensadores.

—¡Hagámosles caso! —dijo una mujer que permaneció sentada, pero cuya voz se oyó por toda la sala—. Ahora que la revuelta cimex está mermando sus recursos



tanto como las revueltas de los humanos, Omnius aceptará realmente un alto el fuego. No puede luchar contra todos a la vez.

El debate volvió a empezar y fue subiendo de tono hasta convertirse en un griterío de voces furiosas. Serena empezaba a desesperarse. Había demasiados representantes a favor de aquella paz, de que la humanidad tuviera un respiro que le permitiera recuperarse, reconstruir su flota y sanar las heridas de su población.

Pero Serena temía lo que aquella decisión podría costarles. En el fondo de su alma sabía que aquella capitulación sería un error terrible. «Terrible —pensó—. ¿Cómo pueden ser tan estúpidos?» Sin embargo, se dio cuenta de que si insistía en seguir con la guerra, perdería el apoyo de buena parte del Parlamento.

Tenía que encontrar otra forma de hacerles cambiar de opinión. El Gran Patriarca la miraba con los ojos muy abiertos, con expresión suplicante. Había hecho tantas cosas para impulsar la Yihad que ahora debía de estar sintiendo el amargo sabor de la derrota en la boca, igual que ella.

Los pensadores habían ganado. Por propia iniciativa, Vidad había negociado una paz que dejaría a la humanidad tullida y llevaría a la Liga a una muerte lenta.

Omnius nunca olvidaría aquella guerra santa. Se haría cada vez más fuerte, y siempre tendría el mismo objetivo en mente: la erradicación total de los humanos en todos los sistemas estelares. Y cuando llegara el momento, Serena ya no estaría allí para decir que ella les había avisado.

Dando la espalda a la asamblea, salió de la sala disgustada; no quería seguir escuchando. La desesperación le pesaba en el alma. Durante más de tres décadas había reunido a la gente, pero no les había inspirado lo bastante para lograr la victoria.

Durante el trayecto de vuelta a la Ciudad de la Introspección, estuvo pensando, buscando respuestas, preguntándose en qué había fallado.



Capítulo 98

A veces los héroes consiguen sus mayores hazañas después de muertos.

Serena Butler, Mítines de Zimia

Iblis Ginjo se dio la vuelta y quedó tendido en una cama que olía a sexo y sudor. La cabeza le dolía por la profunda miseria que sentía ante el desastroso cambio de rumbo de los acontecimientos, pero también por los excesos hedonistas que se había permitido la noche anterior. ¿Qué importancia tenía?

En aquellos momentos no había nadie con él, pero recordaba un borrón de caras. ¿Cuántas mujeres estuvieron con él... cuatro, cinco? Demasiadas incluso para sus hábitos; hasta había una que se parecía a su mujer. Pero había estado bien: se sentía demasiado desesperado y preocupado.

Ya había sido bastante malo cuando, a pesar de todo lo que había hecho, Serena Butler usurpó su puesto al frente de todo, hacía once años. Y ahora la Yihad entera estaba a punto de terminar por una absurda propuesta de paz. No funcionaría. ¿Cómo era posible que Keats y los otros subordinados hubieran fracasado tan estrepitosamente? ¿Es que no se daban cuenta de lo que habían hecho?

Trató de no pensar en el papel que él mismo había desempeñado en aquella lamentable situación, y deseó poder culpar a otro. Como líder de la Yihad, Serena era la candidata perfecta, pero ella vivía en una fortaleza. Después de todo, fue él quien designó a Keats y a los demás subordinados de los pensadores.

Por primera vez desde los tiempos en que trataba con el pensador Eklo en la Tierra, Iblis se cuestionó la lucidez de aquellas mentes antiguas. Después de tantos años y tantos millones de personas muertas en la lucha, esperaban que humanos y máquinas se dieran la mano. Qué desastre.

Así que, en un intento por distraerse, pasó la noche ahogando las penas con la ayuda de la melange y las mujeres. Una forma entretenida y agotadora de pasar el tiempo, aunque en el fondo no servía de nada. Por la mañana sus problemas seguían ahí.

Unas raídas cortinas de blonda cubrían solo parcialmente la ventana de la habitación de aquel modesto hotel. Muy distinta a la suite privada pagada por el



Estado que tenía en Zimia, donde vivía con su distante mujer y tres hijos que rara vez le dirigían la palabra.

Arrugando la nariz por el olor a suciedad de las sábanas y las toallas y por las exóticas drogas de Rossak, fue con dificultad hasta la ventana, sin molestarse en cubrir su desnudez. Estaba en algún lugar del distrito antiguo de Zimia, muy lejos de los edificios gubernamentales y de los nobles que los frecuentaban. Allí el Gran Patriarca se enfrentaba a la esencia descarnada de la humanidad, gentes a las que podía estafar, consolar y convencer fácilmente con su encanto natural. Iba por allí ocasionalmente, porque disfrutaba del cambio de ritmo, de los ropajes bastos y sórdidos de la clase baja. Todo era más grosero y natural, como cuando hacía de capataz en la Tierra. Al menos en aquel entonces podía ver los resultados directos de su poder.

Serena estaba obsesionada con lograr una victoria santa contra aquel enemigo demoníaco, un bonito objetivo, pero muy simplista. Hasta entonces él había sido quien veía las cosas con más pragmatismo. Durante años, había construido una infraestructura inmensa: las empresas industriales, mercantiles y religiosas de la Yihad, y, puesto que era él quien hacía que todos los engranajes funcionaran, había aceptado dinero, poder e incontables galardones. Casi todo antes de que Serena se hiciera con el control. Si la Yihad terminaba, Iblis no tendría ninguna posición legítima. Serena y él habían estado a la greña, pero ahora solo ellos dos podían salvar a la raza humana de una debacle, una locura de proporciones inmensas. Serena debía acudir a él... él era su único aliado.

Mientras estaba ante la ventana abierta, sintiendo la brisa de la mañana en su cuerpo desnudo, Iblis rechinó los dientes. Nunca en su vida se había rendido a la desesperación. Siempre había una forma de salvar la situación, al precio que fuera. Solo tenía que encontrar la tecla adecuada.

Pero ¿qué podían hacer él y Serena que fuera lo bastante significativo para quitarles la venda de los ojos? Aquella gente cansada y maltrecha aceptaría el plan de paz de Vidad por desesperación. La situación exigía medidas realmente drásticas.

Oyó una voz familiar en el pasillo y su pulso se aceleró.

— ¿En qué habitación está? Necesito ver al Gran Patriarca enseguida. — Iblis cogió una bata vieja, se humedeció el pelo e intentó ponerse medio presentable antes de abrir la puerta con una sonrisa en los labios.

Respaldada por Niriem y otras cuatro serafinas, Serena plantó cara a los guardias de la Yipol que Iblis había dejado fuera. Con su elegante túnica blanca con adornos dorados, y un medallón con la imagen de su hijo mártir, se la veía totalmente fuera de lugar en aquel entorno tan sórdido. Al ver a las estoicas serafinas tan cerca de Serena, Iblis se sintió aliviado. Hacía tiempo, había creado aquel cuerpo de vigilancia para que actuara de amortiguador entre la sacerdotisa y las realidades poco convenientes. Seguían informándole cada vez que Serena hacía algo, aunque



empezaban a manifestar una perturbadora lealtad hacia ella. Bueno, al menos Niriem seguía siendo suya.

Serena hizo una mueca, censurando claramente las actividades nocturnas de Iblis.

—No malgastéis vuestras energías de este modo, Iblis. Tenemos una misión vital. Sobre todo ahora.

Indicándole con un gesto decidido que la siguiera, Serena se alejó por el pasillo. Sus serafinas esperaron a que Iblis y sus guardias las siguieran.

Cuando Iblis estuvo instalado junto a ella en su vehículo privado, con Niriem al volante, lanzó una última mirada a aquel lugar miserable.

—Serena, a veces me alejo de las torres relucientes y las bonitas residencias gubernamentales para recordar lo mal que vivía en la Tierra. Me ayuda a ver las cosas con perspectiva. Cuando miro estos sucios cuchitriles y veo lo peor de la humanidad —drogadictos, borrachos, putas—, pienso en por qué luchan nuestros valientes yihadíes. Luchan para que salgamos de todo esto. —Pensó con rapidez, cada vez más lanzado, y bajó la voz a un susurro—. He venido aquí para pensar la mejor forma de salvar la Yihad.

—Os escucho. —Los ojos de color lavanda de Serena brillaban de desesperación.

Iblis se sentía sorprendentemente tranquilo. Su voz era firme, y sus palabras fueron lo bastante duras para hacerle entender ciertas verdades.

—Yo nací esclavo y tuve que luchar mucho para llegar a ser un humano de confianza. Con el tiempo, me convertí en líder de una revuelta y en Gran Patriarca de vuestra Yihad santa. —Con una expresión amarga, se acercó más a Serena—. Pero nunca pude competir con vos, Serena Butler. Siempre era vuestro nombre el que gritaban. Vos erais la aristócrata que trataba de ayudar a las masas por un sentimiento de culpabilidad a causa de las riquezas que vuestra familia había acumulado a costa de la gente corriente.

—*Noblesse oblige*. ¿Estáis tratando de psicoanalizarme?

—Solo pongo las cosas en su contexto. Si yo pudiera hacer lo que quiero proponeros, lo haría. Pero tenéis que ser vos, Serena. Solo vos. Si estáis dispuesta a pagar el precio, claro. —Se acercó más, tratando de concentrar su habilidad, con la mirada encendida.

—Haría lo que fuera por ganar la Yihad. —Su rostro se veía beatífico y resuelto. Sus ojos llameaban, como los de él—. Lo que fuera. —Serena se dio perfecta cuenta de lo que estaba diciendo, e Iblis supo que la tenía.

—Con los años, he ayudado a avivar la llama, pero ahora la conflagración ha quedado reducida a unas simples ascuas. Como un vendaval, vos debéis avivar esas ascuas y convertirlas en un holocausto imparabile. Desde el principio los dos hemos



despreciado a la gente que no estaba dispuesta a sacrificarse. Bien, pues ahora hay algo que debéis hacer.

Serena esperó.

— ¿Os acordáis de cuando Erasmo mató al pequeño Manion? En aquella ocasión, os arrojasteis contra el robot sin preocuparos por vuestra seguridad.

Serena se apartó, como si el mismísimo Shaitan le estuviera susurrando al oído. Sabía que Iblis tenía sus propios planes y que se beneficiaba de su posición. Sin embargo, también sabía que, aunque jugaban con diferentes normas, los dos querían lo mismo.

Iblis siguió hablando, con mayor fervor.

— En aquel momento iniciasteis la Yihad. Erasmo enseñó a los esclavos que veían la escena desde la plaza lo monstruosas que pueden llegar a ser las máquinas, pero vos les enseñasteis que un simple humano podía devolverles el golpe y ganar.

Serena escuchaba, mientras las lágrimas caían por su rostro. No se molestó en limpiarlas.

— Ahora, después de años de lucha, la gente ha olvidado la maldad de nuestro enemigo. Si pudieran recordar el terrible asesinato de vuestro hijo, ni una sola persona aceptaría la paz con Omnius. Debemos abrirles los ojos y enseñarles lo perverso que es el enemigo. Tenemos que recordarles por qué es necesario destruir a Omnius y a todos sus esbirros.

Sus ojos llameaban y, por un momento, Serena vio billones de ojos ardiendo en su interior. Incluso desde su pequeño pulpito en un vehículo privado, incluso después de una noche de juerga, Iblis seguía siendo un hombre sólido, no lo podía negar.

Con tono conspirador, Iblis dijo:

— La llama se ha apagado. Debéis hacer un gesto grandioso, algo que la gente no pueda olvidar.

Serena estudió su rostro. Después de años de dudas, finalmente decidió que Iblis tenía más cosas buenas que malas. A pesar de sus motivaciones egoístas, sabía que se aseguraría de que la lucha continuaba. Y eso era lo único que importaba.

— Hace falta mucho valor — dijo Iblis.

— Lo sé. Creo que tengo la suficiente determinación.

Serena estaba ante la asamblea de la Liga con gesto orgulloso. Ella e Iblis habían planeado aquello cuidadosamente, habían puesto los engranajes en movimiento. Yorek Thurr y sus misteriosos agentes se estaban ocupando de los detalles. Hasta sus serafinas tendrían un papel en todo aquello, aunque Niriem protestó enérgicamente.



Aun así, Serena era la sacerdotisa de la Yihad, y cuando daba una orden, sus guardianas no podían oponerse.

Tal como temía, y esperaba, la asamblea había aceptado por votación el cese de las hostilidades negociado por los pensadores. La Liga retiraría sus ejércitos de los Planetas Sincronizados, con la orden expresa de que no se molestara a las fuerzas de las máquinas I pensantes. Omnius tomaría medidas similares. Ahora los representantes tenían que decidir a quién enviaban como emisario de la humanidad libre, quién debía ir a Corrin y firmar el tratado con la principal de las encarnaciones de la supermente.

Serena los sorprendió a todos. Solicitó hablar desde el estrado, porque tal era su derecho como virreina interina, título al que nunca había renunciado formalmente. La audiencia gruñó; pensaban que intentaría aleccionarlos una vez más por los inaceptables términos de aquella paz.

Pero no fue eso lo que hizo.

—Después de pensarlo mucho, he decidido que yo soy la persona que debe ir a Corrin. —Por la sala se extendieron murmullos de sorpresa, como olas que un huracán inesperado levanta en el mar. Nadie había previsto aquello. Serena siguió hablando con una sonrisa sincera—. ¿Quién mejor para llevar el estandarte de la humanidad libre que la sacerdotisa de la Yihad?



Capítulo 99

Mejor que el reloj de este disparate religioso aún no tenga toda la cuerda, no todavía. El universo aún no está preparado para un sonido tan fuerte.

Pensadora Kwyna, archivos de la Ciudad de la Introspección

Convencidos de que el hecho de que Serena Butler aceptara personalmente el acuerdo de paz era justo la señal que Omnium necesitaba, el Consejo de la Yihad y el Parlamento de la Liga aprobaron su solicitud. Estaban encantados de que se hubiera inclinado por la causa de la paz, para que humanos y máquinas pudieran coexistir en armonía. Los actos de celebración desbordaban las calles de Zimia.

A Xavier Harkonnen el plan de Serena le aterraba. Sospechaba que no había cambiado realmente de opinión, aunque también sabía que nadie le haría caso. Sobre todo en aquellos momentos.

El Parlamento ofreció a la sacerdotisa una nave diplomática pequeña y veloz. Con ella viajarían cinco de sus serafinas escogidas como guardia de honor, pero se negó a llevar ningún otro cuerpo de seguridad ni acompañamiento.

—A Omnium no le impresionaremos más por actuar con mayor pompa, y si las máquinas intentan alguna traición, ¿qué cambiarían una docena de guardias, o cien, o incluso mil? —Y con una sonrisa triste, añadió—: Además, ¿por qué llevar soldados a una misión de paz? Les estaríamos dando una impresión completamente equivocada.

La gente, agotada después de casi cuatro décadas de lucha encarnizada, estaba delirante ante la perspectiva de una reconciliación. Elogiaban a Vidar y a sus compañeros pensadores. Prepararon exuberantes desfiles, soñando ya con lo diferentes que iban a ser sus vidas sin el temor continuo a los ataques de las máquinas. Necesitaban desesperadamente creer en la posibilidad de un futuro seguro.

En opinión de Xavier eran todos unos idiotas si confiaban en las promesas de Omnium. Seguramente Serena pensaba lo mismo, y por eso no acababa de entender qué se llevaba entre manos.

Ataviado con su uniforme verde y carmesí, con todas las medallas e insignias que tenía, el viejo primero se dirigió con un vehículo terrestre militar hasta los arcos de



entrada a la Ciudad de la Introspección. Desde el vértice de la arcada principal, la figura estilizada de un niño angelical —su hijo— contemplaba el complejo.

En señal de deferencia, los yihadíes se apartaron para dejarle pasar, pero las mujeres de túnicas blancas no. El sol brillaba sobre sus capuchas doradas.

—La sacerdotisa de la Yihad no recibe visitas.

—A mí me recibirá. —Xavier sacó pecho y alzó la vista hacia la figura idealizada del bebé asesinado—. Lo exijo en nombre de mi hijo, Manion Butler. —Esto hizo que las serafinas titubearan. Así que Xavier cruzó las puertas y penetró en el complejo amurallado donde Serena había querido recluirse durante tanto tiempo.

Serena lo recibió cerca de los estanques de peces del jardín, sonriente y expectante. Mucho tiempo atrás, los había convocado a él y a Vorian en aquel mismo lugar para reclutarlos para su Yihad. Cuando Xavier la vio en aquel lugar tan pacífico, una avalancha de recuerdos lo asaltó y sintió que sus rodillas flaqueaban.

Por un momento, se quedó ante ella sin decir nada, así que Serena tomó la iniciativa.

—Mi querido Xavier, desearía que hubiéramos podido pasar más tiempo juntos como amigos. Pero la Yihad nos ha tenido demasiado ocupados...

—Si no te fueras a Corrin, podríamos pasar juntos todo el tiempo que quisieras. — Su voz era un tanto brusca—. La idea de que voluntariamente interrumpas las hostilidades contra tu enemigo a muerte es tan falsa como la sonrisa de un robot.

—Las máquinas están dotadas de una programación rígida, pero una de las ventajas que tenemos los humanos es nuestra capacidad de cambiar de opinión. Y hasta de ser... caprichosos cuando hace falta.

—¿Y esperas que me lo crea? —Xavier quería abrazarla, o al menos acercarse, pero ella no se movió de su sitio, y él permaneció tan rígido como una estatua.

—Cree lo que quieras —dijo ella con una sonrisa agrisada—. En otro tiempo sabías leer en mi corazón. Ven, sígueme. —Y lo guió por el camino de gemagrava hacia una zona privada.

Mientras caminaba a su lado, Xavier dijo:

—Me gustaría que las cosas hubieran sido distintas, Serena. No solo lamento la pérdida de mi hijo, sino también el amor y los años de alegría que habríamos podido compartir. —Dio un suspiro—. Aunque por nada del mundo cambiaría mi vida con Octa.

—Os quiero a los dos, Xavier. Debemos aceptar el presente, por mucho que queramos que el pasado hubiera sido distinto. Me alegra que tú y mi hermana pudierais encontrar un poco de felicidad en medio de esta tempestad. —Serena le acarició la mejilla afeitada, mirándolo con expresión decidida—. Estamos marcados



por nuestras tragedias y nuestros mártires. Sin el pequeño Manion, los humanos jamás habrían tenido el valor de levantarse y luchar contra Omnius.

A Xavier el corazón le dio un vuelco cuando vio adonde le llevaba. Hacía muchos años que no visitaba el altar principal, y en aquel momento vio el ataúd cristalino, la cripta con paredes de plaz donde se conservaban los restos mortales de su hijo. Aún se acordaba de cuando sacó el cuerpo del *Viajero Onírico*, cuando Vorian Atreides escapó de la Tierra con Serena e Iblis.

Serena intuyó que Xavier quería retroceder, y lo apremió para que siguiera.

—Esta Yihad es por nuestro hijo. Todo lo que he hecho desde hace décadas ha sido para vengarle a él y a los hijos y las hijas de los humanos cautivos en todos los Planetas Sincronizados. Ya oíste los vítores en el Parlamento. La Liga quiere aceptar esa ridícula propuesta de paz. Si yo no voy a Corrin, irá otra persona, y eso provocaría un desastre mayor.

Serena y Xavier permanecieron en silencio, muy cerca, mirando al pequeño inocente asesinado por el robot Erasmo. Xavier había visto cientos de altares y monumentos en memoria de su hijo en diferentes mundos de la Liga, adornados con caléndulas y adorables pinturas. Se notaba la garganta seca, y su profunda sensación de pérdida e indignación aumentaba por momentos.

Refunfuñó.

—Pero si nos rendimos sin resolver nada, será como el primer golpe que asestamos en Bela Tegeuse. Al poco tiempo las máquinas habrán vuelto con más fuerza que nunca, y todas nuestras batallas y el sacrificio de nuestros héroes caídos habrán sido en vano.

Serena dejó caer los hombros.

—Si no consigo inspirarles un mayor fervor, la Yihad caerá en el pozo de la historia. —Sus labios formaron una mueca disgustada, sus ojos torturados mostraban una desilusión profunda e innumerable, una expresión que jamás mostraba ante su público exultante—. ¿Qué otra cosa puedo hacer, Xavier? Lo pensadores ofrecen una salida fácil, y todos están deseando aceptarla. Mi Yihad ha fracasado por la falta de voluntad de la gente. —Hablaba tan bajo que Xavier a duras penas la oía—. A veces siento una vergüenza tan grande que me cuesta alzar la cabeza y mirar al cielo.

El sol se reflejaba como fuego en la superficie de cristal del ataúd. Maravillado ante la calidad del trabajo de reconstrucción, Xavier se inclinó para mirar más de cerca el rostro pacífico del pequeño, del hijo al que habría querido conocer. Manion parecía tan sereno...

Y entonces, en la base del mentón, vio un pliegue de algo que parecía polímero, el pequeño destello de un hilo metálico, y líneas de adhesivo que, después de décadas de exposición al sol salusano, amplificado por la cámara prismática, empezaban a



arrugarse. Era imposible que fuera el niño destrozado que habían recuperado en medio de la revuelta en la Tierra. ¡Era una copia, un engaño!

Serena lo miró, vio las dudas y los interrogantes en su cara, y habló antes de que él pudiera decir nada.

—Sí, yo descubrí la trampa hace años. Nadie viene aquí y mira con tanta atención como yo... o como tú. Iblis hizo lo que consideró necesario en aquel momento. Sus intenciones eran buenas.

Xavier respondió en un susurro, para que las serafinas no pudieran oírle.

—¡Pero esto es un fraude!

—Es un símbolo. Cuando me di cuenta del engaño, la gente ya se había reunido en torno a la figura de Manion y había jurado luchar por la Yihad. ¿Qué hubiera ganado poniendo el engaño al descubierto? —Arqueó las cejas—. Supongo que no creerás que todos los objetos que hay en los altares y los relicarios por todos los mundos de la Liga son reales, ¿verdad?

Él frunció el ceño.

—Yo... nunca me había parado a pensarlo.

—Esto es un altar a nuestro hijo, que fue asesinado por Erasmo. Eso es algo real, innegable. —Pasó las yemas de los dedos por el cristal liso, con expresión distante y soñadora. Y entonces hizo acopio de valor y lo miró directamente—. No cambia nada, Xavier. Lo que yo creo, lo que la gente cree, es lo único que importa. Un símbolo siempre es mucho más poderoso que la realidad.

Xavier tuvo que darle la razón a regañadientes.

—No me gusta este engaño, pero tienes razón: eso no cambia lo que le pasó a nuestro hijo. No cambia nuestros motivos para odiar a Omnius.

Serena lo rodeó con sus brazos y, cuando la abrazó, Xavier sintió un profundo pesar por todos los años que habían perdido.

—Si todos mis seguidores fueran como tú, habríamos derrotado a Omnius en un año.

Él dejó caer la cabeza.

—Ahora no soy más que un soldado viejo y cansado. Los otros oficiales son mucho más jóvenes. Han olvidado la determinación que hizo de la Yihad una lucha tan furiosa. Nunca han conocido otra cosa, y a mí me ven solo como un abuelo que cuenta viejas historias de guerra.

Serena se alisó la túnica.

—Xavier, necesito que pienses en el futuro. Yo iré a Corrin y me enfrentaré a Omnius, pero tú debes quedarte y continuar con mi lucha. Iblis me ha prometido que



él lo hará. También tú debes hacer lo necesario para que no perdamos todo aquello por lo que tanto hemos luchado.

—Nada de lo que diga te hará cambiar de opinión, ¿verdad?

La sonrisa de Serena era distante.

—Debo hacer lo que pueda.

Xavier abandonó la Ciudad de la Introspección con un fuerte presentimiento. Algo en la mirada de Serena y en el tono de su voz le decía que iba a hacer algo terrible, irrevocable, y él no podría detenerla.



Capítulo 100

Siento que mi corazón tira de mí a un lado y a otro. ¿Por qué tienen que tirar el Amor y el Deber en direcciones opuestas?

Primero Vorian Atreides, diarios privados

Se suponía que no era más que un viaje para probar las naves que se habían construido para el ejército de la Yihad. Los motores con efecto Holtzman diseñados por Norma Cenva le permitirían viajar de los astilleros de Kolhar a donde él quisiera en un tiempo muy reducido.

Vorian Atreides sabía exactamente adonde quería ir: a Caladan. ¡Por fin!

Ajeno al revuelo que había en la Liga y a los acuerdos poco satisfactorios que los pensadores de la Torre de Marfil habían negociado con Omnius, Vor insistió en hacer aquel viaje de prueba personalmente. Aunque tenía cincuenta y nueve años, seguía sintiéndose joven y entusiasta.

Bajo la supervisión atenta de Norma Cenva, los ingenieros de la Yihad habían construido varias naves militares experimentales, más pequeñas que los cargueros de VenKee y mucho más apropiadas para tareas de reconocimiento.

Evidentemente, había que hacer algunos viajes de prueba. Vor sabía pilotar prácticamente cualquier cosa y quiso hacer aquel ensayo personalmente. Los otros oficiales no creían que alguien de su rango tuviera que asumir una misión tan arriesgada e incierta, pero Vor nunca había sido muy amante de la ceremonia, para disgusto y desesperación de su amigo Xavier.

A pesar de las incógnitas que rodeaban aquel precipitado viaje por el tejido plegado del espacio, Vor no llevó a nadie con él. Había visto los registros de los vuelos mercantiles de VenKee, y sabía que el riesgo era real, así que no quiso poner en peligro la vida de nadie más.

—¡Qué serios estáis todos! Ya he tomado la decisión, y ninguno de vosotros tiene autoridad para anular mis órdenes. —Sonrió—. ¿Alguna apuesta sobre el tiempo que tardaré en volver?

Los motores que plegaban el espacio funcionaron a la perfección..



Vor iba en la cabina del piloto, rodeado por instrumentos brillantes y luces que parpadeaban, y aquel viaje relámpago fue como un sueño. Fue como si no se hubiera movido. Al principio, la nave estaba cerca del mundo inhóspito de Kolhar. Y entonces el cosmos se dobló y se retorció a su alrededor, llenándose de colores e imágenes que jamás habría imaginado. Antes de darse cuenta, ya estaba en el mundo acuático que tan bien recordaba de cuando había estado allí diez años atrás. El viaje solo había durado unos segundos.

Vor aterrizó en las primitivas instalaciones militares levantadas en la costa para el mantenimiento y la supervisión de los satélites de reconocimiento. Los ingenieros y los mecánicos estacionados allí nunca habían visto una nave como aquella, y los soldados se sorprendieron ante la llegada inesperada de un oficial tan importante.

—Llevamos mucho tiempo atascados aquí, primero —dijo uno de los soldados—. ¿Ha venido para levantarnos la moral?

Vor le sonrió.

—En parte sí, quinto. Pero en realidad venía por otra cosa. Quiero ver a una persona.

Esta vez no se molestaría en ocultar su identidad ni su rango. Ya no había necesidad de que se preocupara por Leronica. Él solo quería verla y asegurarse de que la vida le iba bien. No había razón para que ocultara su identidad.

Aun así, cuando empezó a acercarse al pueblo, rodeado por el olor a mar y el sonido de los barcos de pesca, estaba tan nervioso como si fuera a enfrentarse a un ejército de robots. Su optimismo se ahogó en un mar de dudas. Pues claro que una mujer como Leronica se habría casado y tendría una familia, y llevaría una vida feliz y relajada en Caladan. Vor supo desde el primer momento que no podía quedarse allí y vivir como un simple pescador, y que no podía llevársela a ella de un lugar tan pacífico para arrojarla a la vorágine de la Yihad.

En todo caso, Vor había perdido su oportunidad hacía casi diez años. Lo mejor habría sido que la olvidara, y sin embargo había intentado mantener el contacto a pesar de la distancia. Le había escrito muchas cartas, le enviaba paquetes y regalos, y nunca recibió una respuesta. Tendría que haber dejado de pensar en ella hacía tiempo. Quizá no había sido una buena idea ir hasta allí. Seguramente a ella le violentaría volver a verle, y él reviviría demasiados sentimientos. Había esperado mucho tiempo, y el único responsable era él mismo.

Pero sus pies seguían andando y su corazón le impulsaba a seguir adelante.

Aquel pueblecito costero no había cambiado; volvió a acogerlo como hogar adoptivo. La taberna de Leronica parecía haber prosperado con los años. Vor deseaba volver a verla, pero no era tan estúpido como para pensar que podía echarse en sus brazos como si nada después de tanto tiempo.



No, se verían como amigos, quizá hasta compartirían recuerdos durante un rato, y la cosa quedaría ahí. Leronica le importaba, la recordaba mucho más que a ninguno de sus otros amores, y estaba impaciente por saber qué había sido de su vida.

Cuando cruzó la puerta, Vor se quedó mirando al interior, aspirando el intenso aroma del humo, del pescado, de los pasteles que seguramente había cocinado Leronica. Los recuerdos lo asaltaron. Sonrió y sintió que se llenaba de confianza.

Antes de que sus ojos pudieran acostumbrarse a la luz del interior, oyó a Leronica.

— ¿Virk? —dijo—. ¿Vorian? —Y entonces calló, sin acabar de creer lo que veía—. Vorian Atreides, no es posible que seas tú. No has cambiado nada.

Con una amplia sonrisa, Vor se adentró más en la taberna.

— Eso es que tu recuerdo me mantiene joven. — Con una sonrisa traviesa, se acercó y vio que ella parecía diez años más vieja. La expresión de su rostro era más madura, sus facciones estaban más llenas y llevaba su cabello rizado más largo, aunque a él seguía pareciéndole igual de atractiva.

Leronica salió de detrás de la barra y se echó a sus brazos. Antes de darse cuenta, ya se estaban besando, riendo, mirándose a los ojos. Finalmente, Vor consiguió recuperar el aliento, y retrocedió un poco. Meneó la cabeza con incredulidad, pero los oscuros ojos de Leronica estaban muy abiertos, muy brillantes.

— Vaya, te lo has tomado con calma, señor. ¡Diez años!

De pronto Vorian volvió a dudar.

— No me has esperado, ¿verdad? No pretendía que te quedaras sola mirando las estrellas. — No quería que se sintiera culpable.

Ella profirió un sonido burlón y le dio una palmada juguetona en el hombro.

— ¿Es que crees que no tenía nada mejor que hacer? Para nada. Tengo una buena vida, gracias. — Y le sonrió—. Aunque eso no significa que no te haya echado de menos. Aprecio mucho cada carta y cada regalo que me has mandado.

— Entonces ¿estás casada? ¿Tienes una familia? — Se mantuvo a una distancia respetuosa, tratando de convencerse de que quería saber la respuesta—. No pretendo inmiscuirme en tu vida. — Apartó una silla y se sentó.

El rostro de ella se entristeció.

— Soy viuda. Mi marido murió.

— Lo siento. Si quieres me lo puedes contar mientras tomamos una jarra de cerveza de algas.

— Haría falta más que una jarra.

Él le dedicó una sonrisa infantil, consciente del aspecto tan joven que tenía.

— No tengo prisa.



Así que se contaron sus vidas, poco a poco. Cada una de las revelaciones de Leronica acaparaba su atención. Había tenido dos hijos, gemelos. Se había casado con un pescador, pero a los ocho años, un extraño monstruo marino lo mató. Ya hacía más de un año que era viuda.

—Me gustaría ver a los chicos —dijo Vor—. Seguro que son unos hombrecitos estupendos.

Ella le dedicó una extraña mirada.

—Como su padre.

Vor se quedó en Caladan varias semanas, buscando excusas y tareas que exigían su presencia allí. Pero los días pasaban. Vor conoció a los chicos, Estes y Kagin, y le asombró comprobar cómo se parecían a él. Los gemelos tenían nueve años, así que no fue difícil atar cabos. Pero decidió esperar a que Leronica se lo dijera cuando estuviera preparada, si quería hacerlo.

Incluso si él la había dejado embarazada, nunca había hecho de padre de aquellos niños. Leronica decía que Kalem Vazz había sido un buen hombre, así que prefirió dejar que siguieran recordándolo como su padre. Por lo visto ella había llegado a la misma conclusión.

Pasaron juntos mucho tiempo, redescubriendo su amistad. Leronica no sugirió en ningún momento que reavivaran su historia de amor; no lo rechazaba, pero tampoco hacía nada que indicara que quería que volvieran a ser amantes. Se notaba que seguía queriendo a Kalem y era fiel a su recuerdo. Ahora era su viuda, aunque no se regodeaba en su dolor.

Vor escuchaba mientras ella le hablaba de Kalem, de su vida en Caladan. Finalmente, cuando pasaron los primeros días, en una ocasión ella suspiró y luego sonrió.

—Todo esto debe de sonarle terriblemente aburrido a un héroe de la Yihad.

—Me suena maravillosamente tranquilo, un descanso de todos los horrores que he vivido. —En su cabeza, no podía borrar el recuerdo de las masacres de las colonias indefensas, los terribles combates, los robots inutilizados y los humanos destrozados.

Leronica se apoyó en él, sintiéndose deliciosamente arropada y sólida.

—El hombre desea siempre lo que no tiene. —Le acarició la mejilla y él oprimió su mano contra su piel—. Y ahora háblame de todos los lugares exóticos donde has estado. Me enviaste un paquete de hermosas piedras, pero prefiero que dibujes las imágenes en mi cabeza con tus palabras. Llévame a mundos lejanos y maravillosos con tus historias.

Vor estaba convencido de que quería compartir su vida con aquella mujer que había conquistado su corazón. Había dedicado décadas enteras a la Yihad de



Serena... ¿acaso no merecía un descanso? Podía dejar la lucha por un tiempo, ¿no es cierto? Cuando miraba a Leronica, veía lo que de verdad quería.

—Tengo todo el tiempo del mundo; no veo qué hay de malo en pasar medio siglo contigo... si lo deseo.

Pero ella se rió.

—Vorian, Vorian, nunca serías feliz aquí. Caladan no es suficiente para un hombre como tú.

—No estaba pensando en Caladan —dijo él—. Pensaba en ti, Leronica. Para mí, tú eres más brillante que todas las estrellas del universo.

Se abrazaron y se dieron un beso largo y tierno...

Todo cambió dos días más tarde, cuando un mensajero de la Yihad llegó a Caladan buscándole. El joven había viajado en otra de las naves que plegaban el espacio, cubriendo una inmensa distancia en cuestión de segundos. Por lo visto, el primero Harkonnen había enviado otra nave idéntica poco antes, pero no había llegado a destino. Vor sintió que el corazón se le encogía cuando supo que se había perdido otra de las naves.

—Realmente tiene que ser muy grave si Xavier arriesga tanto para ponerse en contacto conmigo.

—Se trata de la sacerdotisa de la Yihad —dijo el correo sin aliento.

Vor escuchó con profundo temor, y se quedó perplejo cuando se enteró del acuerdo de paz y de que Serena iba a reunirse con el Omnius-Corrin. No era posible que Serena fuera tan estúpida o tan crédula. Entonces se le heló el corazón, porque, por el mensaje de Xavier, comprendió que Serena sabía exactamente lo que hacía, que tenía algún plan.

—Tengo que irme —le dijo a Leronica.

La expresión de ella no se alteró. En cuanto vio llegar al correo, supo que el deber llamaba a Vor.

—¿Lo entiendes ahora? —le dijo a Vor con una sonrisa triste—. No puedes quedar al margen de la Yihad y conformarte con una vida tranquila.

—Créeme, Leronica —la besó y retrocedió—, no hay nada en todo el universo que desee más, pero el universo no suele preguntarme mis preferencias.

—Ve y haz lo que tengas que hacer. —Leronica le dedicó una sonrisa amable—. Pero procura no esperar otros diez años para venir a verme.

—Lo prometo. La próxima vez nadie podrá separarme de ti.

Leronica frunció el ceño y lo empujó hacia el correo uniformado.



—Deja de portarte como un crío, Vor. En estos momentos tienes cosas más importantes en que pensar.

—Cuando vuelva tendrás que creerme.

Vor corrió hacia la nave de reconocimiento. En unos momentos —si conseguían realizar el pasaje sin contratiempos—, estaría de vuelta en Salusa Secundus, y trataría de ver a Serena antes de que se fuera en aquella disparatada misión para reunirse con el líder de las máquinas. Esperaba hacerla cambiar de opinión.

Pero si las sospechas de Xavier eran correctas, quizá no llegaría a tiempo.



Capítulo 101

De todas las armas que utilizamos en la guerra, potencialmente el tiempo es la más efectiva, y la que más escapa a nuestro control. Hay tantos hechos decisivos que podían haber cambiado si se hubiera dispuesto de un día más, una hora, o incluso un minuto.

Primero Xavier Harkonnen, carta a sus hijas

En el puerto espacial de Zimia, a Xavier Harkonnen se le asignó uno de los asientos para las personalidades importantes en los palcos habilitados para presenciar la partida de la sacerdotisa de la Yihad. Él era el único que no parecía contento.

Aunque Octa se había quedado en casa, en la propiedad de los Butler, Omilia, su segunda hija, fue con él a ver el espectáculo. Tenía treinta y cinco años y seguía con su carrera de intérprete de baliset, y ofrecía conciertos en los festivales culturales salusanos. En aquellos momentos sonreía, sentada junto a su padre, feliz de poder estar con él.

Xavier no dejaba de pensar, mientras la inquietud lo carcomía por dentro. En medio de toda aquella pompa y las grandes esperanzas que todos habían puesto en la misión de Serena, Xavier se sentía terriblemente solo. Había enviado un mensaje urgente a Vorian Atreides, pero estaba seguro de que su viejo amigo no llegaría a tiempo. Concentró su atención en Iblis Ginjo, que charlaba alegremente con otros dignatarios; parecía demasiado satisfecho. Xavier estaba seguro de que aquel hombre había tenido mucho que ver en la decisión de Serena. Le hubiera gustado saber qué estaba pasando.

Niriem y otras cuatro serafinas escogidas ya estaban a bordo, preparándose para llevar la nave hasta Corrin. Ante la rampa de acceso, Serena pronunció un discurso grandilocuente, hueco y desapasionado, pero aun así fue bien recibido. La gente estaba demasiado ebria ante la posibilidad de que la Yihad terminara por fin, y no escuchaban realmente. Solo oían lo que querían oír.

Emocionada, Omilia aferró el brazo nervudo de su padre. Al mirarla, Xavier se sorprendió, porque vio que su hija ya era una mujer hermosa y prometedora, y que tenía cierto parecido con Serena. Incluso la pequeña Wandra tenía ya casi diez años, y Omilia tenía casi el doble de la edad que Serena tenía cuando ella y Xavier anunciaron sus esponsales, tiempo atrás...



«¿Cómo es posible que hayan pasado tantos años y que haya tan pocas alegrías que recordar?»

Xavier miraba, lleno de preocupación y malos presentimientos, con expresión intensa. En medio de la alegría de los asistentes y de los lazos ondeantes, Serena le pareció terriblemente cansada, resignada. Aunque se comportaba con decisión.

Se sacó del bolsillo el collar de diamantes negros que Serena le regaló hacía tantos años, antes de su impetuoso viaje para salvar Giedi Prime. En aquel entonces, la joven y afligida Octa le entregó el collar con el mensaje holográfico que lo acompañaba. Aquella decisión, aquella misión de Serena, había cambiado las vidas de todos para siempre.

Y ahora se iba en una misión muchísimo más importante...

Cuando la nave diplomática se cerró y sonaron las fanfarrias, Xavier se dejó caer en su asiento mientras las lágrimas caían por su rostro arrugado. Algunos de los asistentes le miraron, pensando quizá que era un viejo veterano que recordaba pasadas glorias.

Omilia le dio ligeramente con el codo, sonriendo.

— ¿Qué pasa, padre? Todo irá bien. De toda la gente, seguro que tú eres quien más fe tiene en la sacerdotisa Serena, ¿verdad?

Él acarició las gemas negras y lisas del viejo collar.

—Sí, Omilia. Serena conseguirá cualquier cosa que se proponga. —Meneó su cabeza desgreñada—. Pero mi corazón me dice que no volverá.

Vor no perdió el tiempo preocupándose por los riesgos de navegar con los nuevos motores con efecto Holtzman. Simplemente, se lanzó al espacio con su nave, porque sabía que debía llegar al mundo capital de la Liga lo antes posible.

Pero cuando llegó a Zimia, Serena ya se había ido.

Sin saber muy bien qué hacer, se dirigió a la casa de los Butler. Quizá él y Xavier encontrarían una solución. Vor no dudaba ni por un momento que podía hacer algo.

En lo alto de la colina, en la puerta principal de la casa solariega, el viejo primero lo miró con ojos cansados y ensombrecidos. A Vor le chocó ver a aquel hombre que había sido su compañero durante tantos años. ¿Era posible que Xavier fuera tan viejo? En su rostro había una expresión totalmente derrotada que nunca le había visto.

—Sabía que vendrías. —Las manos de Xavier se aferraban a la estructura oscura de madera de la puerta.

— ¿Cómo sabías que me encontrarías en Caladan?

Xavier le dedicó una sonrisa triste.



—Me parece que no te has dado cuenta de la frecuencia con la que hablas de esa mujer. ¿Dónde ibas a estar?

—Tendría que haber estado aquí. Quizá yo podría haberla detenido. —Y escupió las palabras con expresión furiosa.

Xavier meneó la cabeza.

—No hubiera servido de nada, Vorian. Conoces a Serena tan bien como yo.

Vor chasqueó la lengua con resignación y pasó al vestíbulo. Sus tres vidas —la suya, la de Xavier y la de Serena— llevaban tanto tiempo entrelazadas que era como si fueran diferentes facetas de una misma entidad.

—Pero ¿por qué estás tan preocupado? Si Omnius ha accedido a recibirla en Corrin, seguramente no hay peligro. Los cimek ya no están allí, y la supermente no sabe romper promesas. Podemos odiar a las máquinas todo lo que queramos, Xavier, pero los humanos somos infinitamente más traicioneros.

—Quizá tengas razón. Espero.

Los dos hombres bajaron por el pasillo cavernoso, que parecía frío y vacío, lleno de sombras ominosas.

—Ven, Serena ha dejado algo para nosotros —dijo Xavier—. Lo tengo en mi estudio.

Xavier cerró la puerta de la sala con revestimiento de madera, donde sabía que no les molestarían. Se metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña llave con la que abrió cuidadosamente un cajón de su despacho; extrajo el paquete sellado.

Vor vio que a su amigo le temblaban las manos cuando abrió el sello con una uña.

—Dejó instrucciones para que lo abriera cuando estuviéramos juntos.

Del interior del paquete sacó una pequeña caja rectangular con una superficie negra mate y sin ningún tipo de distintivo, como si además de la luz se hubiera tragado todo lo demás. Xavier se la entregó a Vorian, y este la sostuvo durante unos momentos. Era ligera. Levantó las cejas y miró a su amigo, que parecía muy preocupado.

—Las serafinas de Serena me lo entregaron cuando ya se había ido. —Los labios de Xavier formaron una fina línea—. Ya te he hablado del collar que me dio hace años, cuando se escapó para salvar Giedi Prime. Todavía lo tengo. Y me temo que esto es algo parecido, que va a hacer algo peligroso.

Vor se peleó con el cierre y, al abrir la caja, vieron que dentro había otro collar de cristales oscuros perfectamente trabajados que parecían absorber la luz. Detectó una fuente de energía en el minúsculo colgante central y, al tocarlo, el proyector se activó. Enseguida apareció una pequeña imagen holográfica de la orgullosa y carismática Serena Butler, con sus deslumbrantes túnicas de sacerdotisa.



Vor le dio la vuelta al colgante para que la imagen quedara de cara.

«Xavier y Vorian, mis queridos, mis fieles amigos, cuanto más pienso en lo que debo decir, más me convenzo de que es mejor que no estéis conmigo en estos momentos. No tengo estómago para discutir con vosotros. —Extendió las manos—. Solo quiero que lo entendáis, incluso si no estáis de acuerdo.

«Qué irónico que nuestras vidas, incluso nuestros pensamientos, hayan quedado tan marcados por las máquinas pensantes. Omnius destruyó todos mis sueños, todo cuanto quería para mi futuro. Pero la pensadora Kwyna me enseñó que el tapiz de la historia está hecho con hilos poderosos y que la mayoría no se ven, a menos que te alejes lo bastante y mires desde una perspectiva más amplia.

«Sé que siempre me habéis querido, pero nunca he podido corresponderos a ninguno de los dos como merecáis. En lugar de eso, un poder superior ha establecido un propósito más importante para nosotros tres. ¿De verdad nos hubiéramos contentado con unas vidas tranquilas? Dios solo concede ese favor a los débiles. Para nosotros tenía planes más importantes. Sobre nosotros (y sobre Iblis Ginjo) ha recaído la misión de convertir el largo y oscuro camino de la supervivencia humana en la luz deslumbrante de la Yihad. La grandeza tiene sus recompensas... y un precio terrible.»

Vor aferró los bordes afilados del collar, esperando lo peor. Miró con los ojos entrecerrados el rostro de Serena, ya maduro pero aún atractivo. Tenía una expresión totalmente beatífica, como si ya se hubiera ido a otro mundo. Se estremeció.

Xavier seguía en su asiento, con la cabeza entre las manos.

«Mi error no ha sido dirigir la lucha, sino permitir que la gente se acostumbrara a una batalla sin fin. Han perdido el fervor, y el fanatismo es imprescindible si queremos tener alguna posibilidad de derrotar a las máquinas pensantes. Debo hacer esto para revitalizar la Yihad, para renovar la determinación de la gente. —Sonrió, con gesto más afable—. Soy vieja, y estoy dispuesta para un acto final y definitivo que le demuestre a Omnius que ni él ni sus serviles robots podrán entender jamás el espíritu humano. Cogeré su ridícula paz y se la meteré por sus frías gargantas de metal.»

—No, no, te matarán —musitó Vor.

Pero estaba hablándole a un holograma, y ella no contestó.

Serena siguió hablando:

«Iblis ha sido mi mentor en este difícil momento. Y tiene razón. Él sabe lo que hay que hacer y me ha ayudado a prepararlo todo. Me ha enseñado cuáles son mis obligaciones. Escuchadle vosotros también.»

Su imagen parpadeó y desapareció como un jirón de humo blanco. Vor miró al vacío donde antes estaba la imagen de Serena, con la esperanza de que volviera, de



que al menos quedara su aroma. Con una fría sensación de miedo, supo que aquellas eran las últimas palabras que oirían decir a Serena Butler.

Miró a su apesadumbrado amigo, sin saber qué hacer con sus propias emociones. Vor volvió a dejar el collar en la caja y la cerró.

— ¿Iblis ha sido su mentor en esto? ¿Y eso qué significa? ¿Él la ha convencido para que lo haga?

Xavier respondió con una firmeza que recordaba la fuerza que tenía en su juventud.

—Creo que es lo que Iblis Ginjo quería, y ya sabes que es muy persuasivo. Ha manipulado a Serena, la ha convencido para que lo hiciera. Si no vuelve, estará él solo al frente de la Yihad.

Vor conocía a Ginjo desde los días de la revuelta en la Vieja Tierra, y sabía hacía tiempo que se dedicaba en cuerpo y alma a su gloria y a su poder personales. Aquel hombre, que había utilizado el nombre de Serena Butler para sus ambiciones, le desagradaba; no confiaba en él.

Xavier estaba tan afligido que Vor lo abrazó. Los dos se abrazaron, sin poder hacer absolutamente nada para salvar a aquella mujer a la que siempre amarían.



Capítulo 102

No temo a la muerte, porque, para empezar, me siento afortunada por haber nacido. Esta vida es un regalo, y nunca ha sido realmente mía.

Serena Butler, último mensaje a Xavier Harkonnen

Cuando Serena Butler llegó a Corrin y ella y sus serafinas desembarcaron, fueron recibidas por un comité de relucientes robots apostados a ambos lados de una alfombra carmesí. Serena avanzó con valentía, sola, entre los robots.

«La guarida de los demonios, de mis enemigos.» Sobre sus cabezas, el inmenso sol rojo parecía a punto de colisionar contra Corrin y quemar aquel mundo infestado de Omnius.

—He venido en respuesta a la propuesta de paz de los pensadores —dijo alzando la voz. Había ensayado aquellas palabras, escogiendo de forma precisa cada una de ellas para que las máquinas hicieran lo que quería—. Soy la sacerdotisa de la Yihad, virreina interina de la Liga de Nobles, cabeza del Consejo de la Yihad. Todos los humanos siguen mis instrucciones. Llevadme ante Omnius, mi homólogo entre las máquinas pensantes.

Cuando Serena indicó a sus serafinas que se acercaran, vio que Niriem la miraba con curiosidad, sorprendida tal vez ante aquella forma tan poco habitual de darse importancia. Serena actuaba con seguridad, consciente de que sus cinco serafinas harían exactamente lo que se esperaba de ellas cuando llegara el momento.

Un robot robusto y de aspecto implacable se separó de la formación y le habló con una voz sintetizada que sonó metálica en aquella atmósfera enrarecida.

—Sígueme.

Serena se estremeció al pensar en el robot Erasmo, que la había esclavizado hacía tantos años, que la torturó y mató a su hijo. Pero dejó su aprensión a un lado; aquello había pasado en otra época, en otro lugar, en la Tierra.

Al otro extremo de la alfombra roja, Serena siguió a su escolta hasta una cinta transportadora que las llevó a ella y a su pequeño séquito al corazón de la ciudad robótica y finalmente se detuvo ante un edificio poco llamativo hecho de metal plateado y mate.



Niriem siguió a Serena de cerca cuando esta entró con orgullo y elegancia en el inmenso vestíbulo rectangular de la ciudadela, hecho de aleometal y plaz.

—¿Dónde está Omnius? —preguntó Serena con tono exigente—. Veremos si es digno o no. Muy pocos tienen la suerte de hablar conmigo. —Tenía que prepararlos, provocarlos, hacer que hicieran lo que debían.

Una voz resonante llegó desde todas partes de las paredes que la rodeaban, y pantallas brillantes como ojos gigantes destellaban en las superficies lisas de metal.

—Yo soy Omnius. Estoy en todas partes. Aquí todo es parte de mí.

Serena miró a su alrededor, sin molestarse en disimular la expresión de desdén.

—Y yo sola represento a la raza humana, que ha resistido tus envites durante tanto tiempo.

Sin mayores formalismos, la supermente dijo:

—Vuestros intermediarios pensadores propusieron unos términos para acabar con este conflicto ineficaz. Los dos aceptaremos el acuerdo siguiendo el procedimiento que requieren los humanos. —La voz informática vibró, esperando.

Serena sonrió y respiró hondo, consciente de lo que tenía que hacer.

—¿No creerás que vamos a abandonar las armas sin más y nos iremos a casa? Después de décadas de Yihad, ¿crees que podemos olvidar el motivo por el que fuimos a la guerra? No, Omnius. Firmaré un acuerdo solo si aceptas una condición muy simple y lógica: liberar a todos los humanos.

La voz de la supermente se convirtió en una mueca exagerada, que divirtió a Serena por su artificialidad.

—Eso no es lo que los pensadores dijeron. No es lo que yo he aceptado.

Serena insistió.

—Solo podrá haber paz cuando liberes a todos los humanos de los Planetas Sincronizados. Cuando reciba la confirmación de que esto se ha cumplido, y solo entonces, informaré al ejército de la Yihad para que cesen las operaciones militares.

Sabía que Omnius no aceptaría estos términos. Sabía que las máquinas nunca negociarían y que sus palabras serían una provocación.

—Tendría que haberlo previsto, basándome en los informes sobre el carácter impredecible de los humanos —dijo Omnius—. Estos hrethgir son un enigma.

El robot escolta hizo ademán de coger a Serena con su poderoso brazo mecánico. Sus serafinas entraron en acción y se arrojaron sobre él para defender a Serena.

En un abrir y cerrar de ojos, el suelo de metal vivo se convirtió en una cavidad con barrotes afilados, como las costillas de una bestia prehistórica, y atrapó en su interior a Serena y a sus protectoras. La ciudadela entera se contorsionó y se expandió,



elevándose al cielo de Corrin. A Serena el estómago se le revolvió de vértigo cuando sintió que saltaba en el aire.

Aquel lugar anguloso y plateado brillaba a su alrededor. Las paredes se curvaron, el techo se abrió, como los dedos de un puño que se abren para dejar ver el gigante rojo del cielo de Corrin. Y entonces se formó un nuevo techo sobre la habitación de altas paredes, que ahora era circular. El suelo se solidificó bajo sus pies como arcilla metálica.

Serena sacó pecho y siguió con sus provocaciones.

—Solo yo doy órdenes a la Liga, Omnius. No te atrevas a amenazarme. Me ven como a una auténtica diosa.

Vio que la cámara estaba tachonada con ojos espía decorados con rubíes y portas de armas; pretendía intimidarla o impresionarla. Quizá la supermente conocía aquel tipo de extravagancias por algún archivo de la Era de los Titanes o incluso del Imperio Antiguo y por eso hasta había incluido un trono. Una esfera plateada y reluciente quedó suspendida sobre el trono.

—Tu desafío es ilógico, Serena Butler. Tu posición es insostenible, no tienes nada que ganar. —La voz salía de mil lugares a la vez—. Solo eres una humana; te atribuyes más importancia de la que tienes.

Serena estaba con los brazos cruzados sobre el pecho. «Muerte, no te temo. —Trató de controlar el pulso—. Solo temo al fracaso.»

Desde el interior de la jaula, Serena dijo:

—Soy el líder de esta Yihad. Yo inspiré a la humanidad cuántio las máquinas pensantes asesinaron a mi hijo. Decenas de trillones de personas me miran buscando guía, visión, esperanza.

—Según nuestros cálculos, vuestra población es mucho menor.

—¿Y acaso son siempre exactos tus cálculos? ¿Habías previsto que nos resistiríamos con tanto empeño? —«¿O lo que estoy a punto de hacerte?»

—Erasmus me ha contado muchas cosas de ti, Serena Butler. Aún no sabría decir si está encariñado contigo o decepcionado.

Erasmus. Aquel nombre la llenaba de espanto. Respirando rápidamente, recordó un mantra que su madre le había enseñado en la Ciudad de la Introspección.

—No tengo miedo, porque el temor es la pequeña muerte que me mata una y otra vez. Sin miedo, solo puedo morir una vez.

A su lado, oyó que Niriem seguía el canto silencioso; las otras serafinas también añadieron sus voces.



Una de las paredes curvas se fundió y dejó al descubierto a un robot con una capa ridículamente pomposa. A su lado había un joven. El rostro de metal líquido del robot adoptó una sonrisa complacida de bienvenida.

—Hola, Serena.

El esqueleto de la jaula se deshizo como hielo en el suelo de metal flexible, dejándola libre... y expuesta. Serena quería gritar. Siempre había pensado que Erasmo había muerto en la Tierra.

—Ha pasado mucho tiempo. —La amplia sonrisa del robot la enfureció. Erasmo avanzó y su acompañante siguió sus pasos obedientemente. El joven, que tendría unos dieciséis o diecisiete años y tenía el rostro cubierto de pelusilla, la miraba con expresión burlona.

—Te odio. —Serena escupió a la cara del robot, enturbiando la perfección de su expresión. Hizo un esfuerzo por controlarse y dijo con voz amenazadora—: Tú, Erasmo, tú personalmente iniciaste la Yihad al matar a mi hijo.

—Sí, algo he oído de eso. —Hablaba con voz erudita, distante—. Aunque nunca he entendido cómo algo tan pequeño pudo... —La voz del robot se perdió, y pareció como si su mente se entregara al recuerdo. Y entonces dijo—: No acabo de ver cómo un bebé insignificante pudo causar tanto revuelo. Si las cifras son correctas, billones de humanos han muerto en tu guerra santa contra las máquinas. Piensa en las cifras: ¿no os habría salido más barato no hacer caso de la muerte de tu vástago?

Serena no podía, más y, consciente de que no tenía nada que perder, se arrojó contra él y empezó a golpearle con los puños, como hizo cuando el robot tiró a su hijo por el balcón.

Pero Erasmo la aferró con fuerza, tranquilo y férreo, y la apartó de su lado, haciendo que se magullara la cara y los brazos al caer al suelo. Serena trató de ponerse en pie.

El robot enderezó su capa y se volvió hacia su joven acompañante.

—Gilbertus, esta es la humana fanática e irracional que me sirvió en otro tiempo en mi villa. Ya te he hablado de ella.

El joven asintió.

—Le prometo que yo no le decepcionaré.

Serena miró al joven con expresión furiosa. Aunque era humano, la miraba como si fuera un insecto en una bandeja de disección, con curiosidad, pero sin manifestar ningún tipo de emoción.

—¿Es tu nuevo juguete? —preguntó a Erasmo—. ¿Otra víctima inocente de tus experimentos?

El robot vaciló, y pareció algo abochornado.



—No, Gilbertus es... mi hijo.

Las máquinas pensantes la estuvieron estudiando y provocando durante lo que a Serena le parecieron horas.

La jaula de metal líquido donde estaban confinadas Serena y sus serafinas, al igual que el conjunto de la ciudadela central, era un organismo mecánico que podía transformarse. De hora en hora, según el capricho de Omnius, la celda adoptaba diferentes aspectos, desde una malla de aleometal a los barrotes de antiguas prisiones en campos de concentración invisibles.

En aquel momento, la cárcel parecía extenderse cientos de metros, sin ninguna barrera visible, aunque Serena sabía que estaban ahí. Ya no le importaba la forma que tuviera la jaula. Sin embargo, en una muestra más de la crueldad de las máquinas, su entorno se metamorfoseó y se convirtió en una réplica exacta de los jardines de la propiedad de los Butler en Salusa, donde Serena había pasado tantos días felices con su familia y había jurado su amor a Xavier en un banquete de bodas.

La exactitud de la réplica demostraba que había espías en los mundos de la Liga; sin duda la información había sido entregada a Omnius por humanos traicioneros que trabajaban para él. La sola idea de que una persona de carne y hueso sirviera voluntariamente a Omnius le revolvía el estómago.

El recuerdo del banquete volvió a su mente: los intérpretes salusanos, que anudaron lazos en los arbustos y deleitaron a todos con sus encantadoras danzas populares; las mujeres con faldas vaporosas y los hombres ataviados como orgullosos pavos reales. Y Xavier, que vestía un impecable uniforme de la Armada. Estaba tan guapo, tan feliz ante la perspectiva de que compartieran sus vidas...

Los ojos de Serena se nublaron, pero no quería darle a Omnius la satisfacción de verla llorar, y se contuvo.

—Esta farsa me hace perder demasiado tiempo —dijo finalmente la supermente—. Serena Butler, debes cambiar de opinión y aceptar los términos que propusieron los pensadores.

—Fíjate bien en lo que hace —le dijo Erasmo a Gilbertus Albans.

Serena dio un bufido.

—No te atreverás a hacerme daño, Omnius. Mi gente me considera invencible, por eso debo hacerte frente yo sola y exigir la inmediata liberación de todos los esclavos humanos que tienes en tus dominios. Soy el equivalente a la supermente para la raza humana, aunque no soy como tú Omnius, ¡yo tengo alma y tengo corazón! Por eso no puedo fracasar.



Las serafinas permanecían junto a su sacerdotisa, tensas y expectantes. Niriem la miraba con gesto suplicante. «Pronto.» Si pudiera hacer que las máquinas mordieran el anzuelo...

—Si no aceptas los términos, haré que te maten. Tu muerte causará un gran daño a vuestra causa. Verán que no eres invencible.

Serena alzó el mentón.

—No puedes matarme. Prometiste inmunidad al representante de los humanos.

—Prometí inmunidad con la condición de que un humano viniera a aceptar el acuerdo. Y tú te niegas a hacerlo, por tanto has roto las condiciones. Ya no estoy obligado a cumplir mi palabra.

Erasmus estudió a la hermosa Serena, atrapada en el interior de la proyección holográfica de la propiedad de los Butler. A pesar de su carácter independiente y desafiante, aquella mujer había sido el objeto de estudio más interesante que había tenido... además de Gilbertus. Él y Serena podían haber logrado tantas cosas juntos... Pero ¿qué estaba haciendo, por qué provocaba a Omnius de aquella forma?

El joven Gilbertus seguía observando, como se le había indicado, con los ojos brillantes.

—¿Qué le va a pasar?

El rostro de metal líquido de Erasmus cambió para mostrar una sonrisa forzada.

—Eso depende de ella. Es imposible predecir el resultado.

—Todo esto es una farsa —dijo finalmente Serena—. Y no cambiaré de opinión.

—Por favor, sacerdotisa —susurró la jefa de serafinas, acercándose a ella en medio de las imágenes bucólicas de Salusa Secundus—. ¿No hay otra solución?

—Conoces muy bien la respuesta, Niriem.

Serena no dejó de sonreír en ningún momento, con los brazos cruzados sobre el pecho. «Mi vida no importa, salvo en la medida en que ayude a asegurar nuestra libertad. Mi muerte hará mucho más por la causa que todas las palabras y discursos que podría haber dado en años venideros.»

Iblis Ginjo se ocuparía de lo demás. Omnius, siempre tan lógico e inconsciente, jamás sabría qué había provocado el cambio.

Cuando Erasmus vio la sonrisa inexplicablemente beatífica del rostro de Serena, se sintió turbado. «¿Qué es lo que se me escapa?»

Durante años, en un intento por buscar una explicación racional a la caótica Yihad, Omnius había manifestado curiosidad por el fanatismo religioso de los humanos. Erasmus había tratado de enseñarle, compartiendo con él las lecciones que sacaba de sus investigaciones, pero para un ordenador era difícil asimilar conceptos intangibles.



Al retener a Serena, la supermente estaba tratando de demostrar algo a los desafiantes hrethgir que seguían luchando contra la maravillosa civilización que Omnium había creado. Su gente la veía como alguien indestructible, como una fuerza impulsora, una mezcla de profeta y salvadora. Era el equivalente humano de la supermente. Serena sabía que sin ella los yihadíes se volverían débiles y vacilantes. ¿Por qué arriesgarse de aquella forma?

«Y ¿por qué insiste en sonreír como si controlara la situación? Seguro que sabe que mantener esa actitud solo puede llevar a su ejecución.»

—La decisión está tomada —dijo Omnium, y sus ominosos robots de combate se adelantaron—. Matad a Serena Butler y a sus acompañantes.

Las serafinas se pusieron tensas, dispuestas a dar sus vidas en defensa de la sacerdotisa. Serena se permitió una sonrisa fugaz, extrañamente aliviada. Erasmo se dio cuenta.

De pronto el robot tuvo una intuición. En la historia, esa clase de ejecuciones no amedrentaban a los fanáticos religiosos. Simplemente, creaban mártires. Aquella intuición se convirtió en certeza. Conclusiones y consecuencias encajaron en su sitio.

El concepto de martirio no era fácil para las máquinas pensantes, pero Erasmo lo había descubierto durante sus investigaciones históricas y culturales. A veces, cuando fracasaban totalmente, algunos humanos se hacían más fuertes. Si Serena Butler se salía con la suya, sin duda despertaría más virulencia entre los humanos de la que suscitó la muerte de su hijo. La Yihad iría a más.

Los robots de combate avanzaron, sacaron sus armas, brazos de bordes afilados y cuchillas. Iban a hacer pedazos a las víctimas. Serena alzó levemente el mentón, como si diera la bienvenida a la muerte.

—¡Alto! —gritó Erasmo. Ataviado con su voluminosa capa real, el robot independiente se abrió paso y alzó un brazo metálico para detener el golpe que habría matado a Serena Butler—. Esto es exactamente lo que quiere.

Los robots de combate titubearon. Las serafinas se arrojaron sobre las máquinas, pero Omnium inquirió con voz atronadora:

—Erasmo, explícate.

—Pretende convertirse en una mártir. Quiere que la matéis para que los humanos os odien aún más. Así jamás resolveréis la crisis.

—Erasmo, tus conclusiones son ilógicas e incomprensibles.

—Sí, Omnium. Pero recordad, estamos tratando con humanos.

Los robots de combate levantaron sus armas y se apartaron de Serena y las serafinas.

—¡No podéis deteneros ahora! —gritó Serena.



Serena se había lanzado a aquella confrontación arriesgándolo todo. Pensaba que podía hacer que las máquinas siguieran sus predecibles patrones. Pero Erasmo había arruinado sus planes, como había hecho con tantas otras cosas.

Serena se volvió y miró a su jefa de serafinas, que le dijo:

—Lo siento, sacerdotisa. —Lágrimas ardientes caían por su rostro. Se movió con demasiada rapidez para que los robots pudieran adivinar lo que pretendía—. El Gran Patriarca me dio instrucciones.

Los ojos de Serena se abrieron con desmesura cuando la guerrera se abalanzó sobre ella. Niriem había estado esperando como una serpiente, con los músculos en tensión, y en aquel momento saltó. Serena lo entendió enseguida: incluso conociendo su plan de incitar a las máquinas para que la mataran y pusieran así de manifiesto su maldad, Iblis Ginjo no podía dejar al azar el éxito de la misión.

Él nunca dejaba nada al azar.

Aspiró con fuerza, y en ese momento un pie de Niriem impactó contra su cuello, partiéndolo de forma instantánea. La jefa de serafinas giró con un fuerte impulso y su puño golpeó a su víctima en la sien, destrozando el cráneo como la endeble cáscara de un huevo.

Sin un solo sonido, ni siquiera un débil gemido de dolor, Serena cayó muerta. En sus labios se insinuaba una serena sonrisa de resignación.

Omnius calló, confuso, sorprendido. La ilusión desapareció, dejando al descubierto los muros metálicos de la elevada ciudadela y los robots centinelas.

Las cinco serafinas, sabiendo que estaban condenadas, siguieron sus últimas instrucciones. Se arrojaron todas juntas contra los robots, aullando. No tenían más armas que sus propios cuerpos, pero Niriem y sus compañeras destruyeron a veintiséis robots centinela y robots de combate antes de que las máquinas acabaran con ellas.

Cuando terminó la carnicería, Erasmo permaneció junto a Gilbertus Albans contemplando la escena. Serena estaba muerta en el suelo, con una expresión casi pacífica. «¿Qué sabe esta mujer?» Incluso muerta, parecía convencida de su victoria.

El joven pupilo del robot estaba pálido. Aunque nunca se le habían enseñado las emociones y había crecido al cuidado del robot, Gilbertus parecía tener una humanidad innata. Estaba mirando a la sacerdotisa.

—Me siento profundamente apenado, padre. —El joven parecía debatirse con sus pensamientos—. Pero sobre todo me siento furioso. Era valiente y admirable. Esto no tendría que haber ocurrido.

Erasmo asintió con su cabeza plateada.



—Es exactamente lo que esperaba que sintieras como humano. Omnius nunca entenderá por qué dices estas cosas, pero yo sí. Cuando el tiempo lo permita, exploraremos tus sentimientos más en profundidad.

Finalmente, los robots de combate que quedaban volvieron a sus posiciones y la voz atronadora de la supermente emergió de las paredes.

—¿Por qué ha hecho esto, Erasmo? Explícamelo.

El robot caminaba a un lado y a otro, ordenando sus pensamientos.

—Estoy preocupado, Omnius. Muy preocupado.

A pesar de la trágica escena que habían presenciado, el robot independiente sospechaba que las cosas habían salido exactamente como Serena quería. Erasmo temía las consecuencias. Sin quererlo, era posible que hubieran desatado el arma más peligrosa de todas.



Capítulo 103

Yo controlo la forma en que vivo mi vida. Cómo me recordará la historia ya es otra cosa.

Aurelius Venport, testamento administrativo privado, VenKee Enterprises

El desastre les golpeó cuando volvían a los astilleros de Kolhar.

Aurelius Venport ocupaba el asiento del pasajero, e iba sumido en sus pensamientos, mientras Zufa pilotaba aquella nave convencional a través de un cinturón de asteroides próximo a Ginaz. Los escudos Holtzman les protegían del impacto de pequeños residuos, pero el sistema se sobrecalentaba con frecuencia a causa de las largas horas de uso. Aurelius esperaba que no tuvieran que pasar mucho más en medio de aquel cinturón.

Desorientado aún por sus sentimientos, el mercader tenía la Cruz de Manion en la mano, un adorno llamativo pero impresionante, y que tantas cosas simbolizaba. Algo ebrio por los elogios y las recompensas que había recibido de manos de la sacerdotisa de la Yihad, y las concesiones que tan lucrativas iban a resultar a largo plazo, el hombre se había resignado a perder sus naves mercantes que plegaban el espacio. Por el momento.

Pero, a la larga, su nombre quedaría grabado en los anales de la historia como el de un gran benefactor de la Yihad, y eso era algo que no se podía pagar con dinero. Venport nunca se había considerado un patriota desinteresado, pero los elogios y la gratitud le producían una vertiginosa sensación de placer, tan intensa como si se hubiera tomado una fuerte dosis de melange.

«Curioso.»

Mientras Zufa pilotaba la nave, él pensó cómo habían cambiado su suerte y sus sentimientos. En un momento dado, ella le lanzó una mirada, y Venport trató de imaginar lo que aquella mujer estaría pensando. ¿Era posible que, para variar, se sintiera orgullosa de él?

Venport podía traducir aquella nueva respetabilidad en mayores beneficios para VenKee Enterprises, más negocios. Desde luego, aún conservaba sus cargueros tradicionales, que funcionaban sin problemas. Seguramente, antes de que cesaran las hostilidades habría reunido el capital necesario para iniciar la construcción de una



flota mercante de naves que plegaran el espacio, utilizando las patentes y los diseños, que seguían en poder de la compañía. Sonrió para sus adentros.

En ese momento, los cimek atacaron desde el interior del campo de asteroides.

Beowulf, el mayor de los neocimek renegados, había estado esperando al acecho entre los residuos espaciales junto con otros diez fanáticos reclutados entre el populacho de Bela Tegeuse. Su fuente en la Liga les había dicho que sería una emboscada perfecta. Al saber que la gran hechicera y el poderoso mercader tenían que pasar por aquel cinturón de asteroides de camino a Kolhar, Beowulf decidió dar aquel importante golpe contra sus enemigos hrethgir, y sobre todo contra la hechicera de Rossak.

Ningún cimek podía olvidar el daño que aquellas brujas habían provocado entre sus filas. Gracias a las hechiceras entrenadas por Zufa Cenva, el mentor y amigo de Beowulf, Barbarroja, había sido aniquilado en Giedi Prime. Fue la primera víctima de sus insidiosas tormentas mentales. Y ahora él se sentía feliz por tener la ocasión de vengarse.

Con una intuición inusual, Zufa supo que estaban en peligro momentos antes de ver que las relucientes figuras plateadas aparecían como avispa entre las rocas flotantes. Tras gritar a Venport, inició una maniobra de evasión, haciendo girar la pequeña nave y cambiando de rumbo de forma tan brusca que los dos estuvieron a punto de salir disparados de sus asientos. Venport se agarró al panel de mandos para estabilizarse.

Sorprendidos por la velocidad de la reacción, los cimek abrieron fuego y lanzaron una andanada de proyectiles que se perdieron en el espacio abierto. Tres impactaron contra masas de roca, pulverizando el hielo y la piedra. Otros dos proyectiles colisionaron contra los escudos Holtzman cada vez más debilitados, que disiparon la energía cinética de los misiles.

Con expresión dura y mirada encendida, Zufa hizo girar la nave alrededor de un inmenso asteroide. Después de otros cuatro impactos directos, los escudos empezaron a vibrar a causa del sobrecalentamiento, y finalmente se apagaron. Zufa aumentó la velocidad, arriesgándose a colisionar, pero tenía que poner distancia entre ellos y sus atacantes.

—No tenemos muchas probabilidades de salir con vida de esto, Aurelius —dijo.

Él la miró y tragó con dificultad; estaba tan blanco como la tez lechosa de Zufa.

—De verdad, aprecio tu sinceridad, pero preferiría seguir teniendo un poco de esperanza.

—¿Alguna sugerencia?

Venport se hundió en su asiento.

—Nunca me habías pedido ayuda, Zufa.



Sin ningún plan concreto, Zufa disparó una andanada de artillería defensiva. Los proyectiles tocaron indirectamente una de las naves cimek y causaron los suficientes daños para que quedara fuera de control. El neocimek disparó sondas estabilizadoras para recuperar la orientación, pero antes de que tuviera tiempo de reponerse, colisionó contra un pedazo de roca y explotó.

Aún quedaban otros diez cimek.

Beowulf transmitió con una voz atronadora y artificialmente elevada.

—Preparaos para ser abordados, o seréis destruidos.

—Negociemos una tercera opción... en cuanto se me ocurra —respondió Venport.

—No hay otra opción —dijo Beowulf—. Tenemos intención de conseguir los detalles de la tecnología para plegar el espacio para el general Agamenón.

Venport miró a Zufa perplejo.

—¿Cómo es posible que lo sepan? ¿Cómo sabían que podrían interceptarnos aquí? —Y entonces emitió un bufido despectivo para ocultar su miedo—. Se equivocan si creen que alguno de los dos comprende realmente las ecuaciones de Norma, o que nos dejaremos atrapar con vida.

Sin hacerle caso, la hechicera respondió fríamente por el sistema de comunicación.

—Haréis mejor en destruirnos directamente. Perdéis el tiempo si pensáis que divulgaremos esa información.

—Estaremos encantados de arrancártela directamente de tus células cerebrales.

«Justo lo que me temía», pensó Venport. Haciendo un gran alarde de valor, sin saber si sería capaz de llevar aquello hasta el final, Venport empezó a introducir órdenes en el panel de control. Mientras Zufa pilotaba la nave como podía, él trató de concentrarse en preparar la secuencia de autodestrucción.

Las naves cimek evitaron los residuos del asteroide y siguieron disparando, tratando de alcanzar los motores. Zufa volaba acercándose peligrosamente a los obstáculos. Otros tres proyectiles enemigos les tocaron; dañaron los reactores y estabilizadores de navegación y dejaron la nave fuera de control. La hechicera se debatió con los sistemas que aún funcionaban, tratando de evitar que chocaran contra una montaña flotante.

Los neocimek los rodearon como una manada de lobos sanguinarios en el agujero negro del espacio. Venport casi podía imaginar unos colmillos mecánicos que goteaban mientras apretaban para matar a su presa. Terminó de introducir la secuencia; todo estaba preparado.

Zufa arrugó la frente, totalmente concentrada en apuntar y disparar sus últimos proyectiles. Parecía estar utilizando sus capacidades telequinésicas para enviarlos en la dirección adecuada. Cuatro impactaron en la nave más próxima y la destruyeron.



—Estamos progresando —dijo Venport—. Ya van dos.

—Pero siguen quedando demasiadas. —Lo miró con expresión sombría—. Y no nos queda munición.

—Rendíos y preparaos para ser abordados —exigió Beowulf.

A modo de respuesta, Venport abrió el canal de comunicación y gritó:

—Os informo de que el piloto de esta nave es una hechicera de Rossak. Estoy seguro de que ya sabéis las cosas que pueden hacer. Si subís a la nave os garantizo que vaporizará vuestros cerebros.

El cimek puso las cartas boca arriba.

—Y el tuyo. Y el suyo. Lo sabemos todo de Zufa Cenva, y de las naves que pliegan el espacio, Aurelius Venport. Su bomba psíquica podría matar a uno, puede que a dos de mis neos, pero seguiremos teniendo vuestra nave y los registros. El general Agamenón seguro que los encontrará muy útiles.

Venport apagó el comunicador de un manotazo.

—Parece que la autodestrucción es la única opción que nos queda.

—Solo están tratando de intimidarnos —dijo Zufa. Un disparo enemigo acertó en el morro de la nave, y empezaron a saltar chispas en el panel de mandos de la hechicera. Zufa lo apagó, y miró el panel destrozado.

—Esto era nuestro sistema de comunicaciones... transmisor y receptor.

—De todos modos tampoco tenía muchas ganas de seguir oyendo las amenazas de los cimek.

Entonces, como si los dioses les sonrieran, una inmensa roca elipsoidal se desvió de su camino en el cinturón de rocas dispersas y empezó a ganar velocidad, desafiando la mecánica celeste. El inmenso asteroide iba derecho hacia el grupo de atacantes, con rumbo de colisión.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó Venport inclinándose hacia la pantalla frontal.

Zufa aferró los mandos tratando de evitar aquel objeto, y vio que el asteroide se lanzaba contra el grupo de cimek. Estos se dispersaron enseguida, pero la roca gigante empezó a lanzar esferas cinéticas desde unas troneras que parecían cráteres. Densas bolas de piedra salieron disparadas a velocidades casi relativistas. Las esferas cinéticas no necesitaban explosivos, con la increíble energía que resultaba de su velocidad, y su masa era suficiente.

Sumidos en el caos, Beowulf y sus compañeros giraron para enfrentarse a aquella amenaza inesperada. Las naves plateadas bombardearon la superficie del asteroide gigante, pero solo causaron desperfectos leves. Una nueva andanada de esferas cinéticas salió como una granizada mortífera de los cráteres-tronera.



Zufa, que estaba prácticamente entre los dos fuegos, intentaba sacar su nave de allí.

El misterioso asteroide parecía tener una cantidad inagotable de proyectiles. Cientos de esferas cinéticas volaban implacablemente contra el confiado grupo de atacantes. Fragmentos metálicos de las naves cimek volaban entre los residuos del cinturón de asteroides de Ginaz.

Beowulf, en el último de los vehículos cimek que quedaban, elevó la nave para salir del plano del asteroide y evitar la tormenta cinética. Una docena más de bombas salieron disparadas de los cráteres. Una de ellas abrió una brecha en el casco de la nave de Beowulf; otra destruyó sus motores. A oscuras, el último atacante se perdió en el espacio, fuera de control.

Aunque acababa de ver cómo quitaban de en medio a los cimek que les atacaban, Zufa no creía que tuvieran motivos para alegrarse. Se debatió con los mandos tratando de arrancar algo más de velocidad a los sistemas de propulsión dañados al tiempo que evitaba los asteroides naturales —pero igualmente mortíferos— que llegaban de todas direcciones.

—Ginaz está cerca —dijo con los dientes apretados—. Si conseguimos salir de este campo de residuos, trataré de llegar al planeta. Quizá sobreviviremos a un aterrizaje de emergencia en alguna de las islas.

—Supongo que es mejor eso que ser capturado por un cimek, aunque la verdad es que ninguna de las dos alternativas me atrae especialmente. —Miró el sistema de autodestrucción, que solo esperaba la orden final.

Entretanto, en medio del cinturón de asteroides, ahora que había eliminado a todos los cimek, el asteroide artificial cambió su trayectoria y se dirigió a toda velocidad hacia ellos. La roca gigante se acercó velozmente, aparentemente concentrada en su nuevo objetivo.

—Ha destruido a esos cimek —dijo Venport—. Y ahora viene a por nosotros.

—Podría habernos destruido fácilmente hace rato —comentó Zufa, sentada muy derecha y con expresión ominosa—. Creo que nos tiene reservado algo mucho peor.

Venport sintió que se le helaba hasta la médula.

—Alguien nos ha traicionado. Los enemigos de la humanidad quieren meter sus zarpas mecánicas en la tecnología para plegar el espacio.

La nave estaba bastante dañada, y a Zufa le resultaba difícil maniobrar. Sus esfuerzos para escapar del asteroide eran patéticamente inútiles. La gran roca se acercaba, cada vez más grande contra el fondo titilante del espacio. Un gran cráter apareció delante, como una boca, como la mandíbula de un tiburón hambriento listo para tragárselos.



Venport volvió a bajar la vista hacia la secuencia de autodestrucción y tragó con dificultad. Casi había llegado la hora...

Demoledoras ráfagas de energía salieron disparadas de unos proyectores que Venport nunca había visto, y golpearon la nave como rayos, extendiéndose con un chisporroteo por los motores casi inutilizados y quemando los pocos sistemas que aún quedaban operativos. La cabina quedó a oscuras.

Zufa se veía blanca de miedo a la débil luz de las estrellas que entraba por las pantallas. No podía maniobrar, no podía activar las luces de emergencia.

—Todo está desconectado, incluso *los* sistemas de soporte vital. Estamos indefensos.

Venport miró las pantallas negras, consciente de que también habían perdido el sistema de autodestrucción.

—Tendría que haber actuado antes.

El asteroide gigante redujo distancias; ocupó totalmente la pantalla frontal y finalmente los engulló. Mientras unos rayos tractores los arrastraban a la profunda garganta y después por un hondo pozo hasta la cámara interior, Venport vio hileras de luces, sistemas mecánicos y varios cuerpos móviles con el hueco para el contenedor cerebral vacío.

—Es la nave de un cimek. —La voz de Zufa sonaba desolada—. No me extraña que en su revuelta haya diferentes facciones. Recuerda... recuerda lo que Jerjes le dijo a Norma.

—Maldita sea —dijo Venport—, incluso aunque no podamos darles detalles técnicos de los motores para plegar el espacio, tú y yo seríamos unos rehenes muy valiosos para los cimek.

Venport vio una fría determinación en el rostro de Zufa, no muy distinta de la furiosa dedicación que demostró cuando era más joven y empezó a enseñar a sus hechiceras a convertirse en armas telepáticas contra las despreciables máquinas con mente humana.

—Aún podemos ser héroes. —Zufa no lo miraba, seguía con la vista clavada en el frente, mientras se adentraban más y más en la cámara, interior.

—El mecanismo de autodestrucción está inutilizado —dijo él.

—El mío no —repuso ella, y no dijo más.

Unas planchas metálicas se cerraron detrás de ellos y unas luces chillonas iluminaron la sala. Las paredes curvas e irregulares estaban unidas mediante cristales que reflejaban la luz como si se filtrara a través de un diamante. Venport y Zufa estaban sentados uno al lado del otro, tratando de protegerse los ojos.



Finalmente vieron que algo se movía en uno de los túneles, una forma cimek cubierta de joyas, más extraordinaria y chillona que ninguna que hubieran visto jamás. Los labios de Zufa formaron una mueca de repugnancia cuando pensó en la traicionera mente que había instalada en aquella máquina con forma de dragón.

Y entonces su rostro se serenó, su expresión se despejó, y miró a Venport.

—No tardaré mucho. —Cerró los ojos para concentrarse.

—¿No crees que tendríamos que esperar y ver qué quiere?

—Es un cimek —dijo ella, y en su voz llevaba el odio de toda una vida—. Ya sabemos qué quiere.

La forma de dragón se acercó a la nave y trató de abrir la escotilla desde fuera. Pero las cerraduras y los sistemas cortocircuitados la frenaban, así que empezó a utilizar poderosas herramientas.

Todos los sistemas de la nave estaban desactivados. No podían enviar ninguna señal de socorro, ni comunicarse con aquella máquina pensante.

—Estamos atrapados —dijo.

—Pero no indefensos. —Zufa respiraba hondo, y su piel se volvió translúcida, con un resplandor que la iluminaba desde el interior. Cogió la mano de Venport. El hombre notó que tenía los dedos muy calientes. Su pelo empezó a chisporrotear y se levantó por encima de su cabeza por la electricidad estática.

—Norma aprendió a controlarlo —dijo—. De todas mis hechiceras, solo mi hija sabe cómo sobrevivir a esto. Por desgracia, yo no tengo esa capacidad.

La energía psíquica fluía en su interior, aumentando hasta llegar a un punto crítico. Zufa había enseñado a muchas otras a hacer aquello, a dar un golpe mental contra los odiados cimek. Teniendo en cuenta el poder que tenía, aquel dragón debía de ser un importante enemigo, puede que incluso fuera uno de los titanes originales.

«Alguien digno de mi sacrificio.»

El captor cimek consiguió abrir la escotilla e intentó embutir parte de su cuerpo por la abertura. Un brazo y una garra metálica aparecieron. Venport apretó los dientes y esperó.

—Lo siento, no puedo controlarlo, Aurelius. Siento tantas cosas...

—Solo espero que no te equivoques.

El dragón cimek finalmente asomó la voluminosa torreta con la cabeza y anunció por su altavoz:

—Soy la titán Hécate...



Era lo único que Zufa necesitaba saber, así que desató su fuerza psíquica inestable. Como tantas otras hechiceras habían hecho antes que ella, rompió las barreras y vació sus reservas de energía mental.

La onda de choque de aquella bomba psíquica fue como una supernova. Su último pensamiento fue el orgullo callado de poder eliminar a uno de los terribles enemigos de la humanidad. Su energía purificadora se expandió y coció todos los cerebros orgánicos que había a su alrededor: el de Venport, el de Hécate y el suyo propio.

Después de acelerar para interceptar la nave, el asteroide de Hécate salió del cinturón de asteroides de Ginaz. Cuando la bomba de Zufa destruyó la mente de la titán, todos los mentrosos que la conectaban a los sofisticados sistemas de navegación y orientación quedaron cortados.

El inmenso asteroide, fuera de control, sin nadie que lo dirigiera, se salió del cinturón de asteroides y acabó penetrando como una bala de cañón en la atmósfera de Ginaz, atrapado por su gravedad.



Capítulo 104

Llevamos tumbas en nuestra alma, y vidas resucitadas.

Maestro de armas Jav Barri

Una noche, muy tarde, el maestro mercenario Jool Noret se detuvo, exhausto y sudoroso, pero sintiéndose intensamente vivo tras horas de duros entrenamientos. Solo tenía treinta y dos años, pero se sentía como un anciano. Había participado en más combates y destruido más máquinas que el miembro más destacado del Consejo de Veteranos. Y aun así, sentía que le quedaban tantas cosas por hacer, tantos enemigos a los que destruir... tenía una deuda tan extensa como toda una vida.

Descalzo en la arena, Noret había luchado durante horas con el *sensei* mek Chirox, que seguía ayudándole a modificar sus técnicas de lucha. Año tras año, el robot de combate aprendía más y más de su mejor alumno, aumentando de ese modo sus propias habilidades.

En los diez años que habían pasado desde su fundación, la escuela de la isla había prosperado y había formado con éxito a muchos mercenarios que creaban sus propias técnicas siguiendo el ejemplo del estilo de combate de Jool Noret, «lucha con abandono». Jool observaba a algunos de los mejores luchadores que se habían entrenado con el *sensei* mek. Muchos eran especialistas en la lucha contra los más temibles oponentes robóticos e incluso habían desarrollado una habilidad especial para enfrentarse a humanos protegidos con escudos personales.

Chirox había demostrado ser un gran maestro, y Noret prefería que las cosas siguieran así. El había hecho lo que había podido. Cientos, puede que incluso miles de entusiastas seguidores suyos se habían repartido por los territorios donde se libraba la Yihad y habían destruido a incontables enemigos mecánicos.

Si sumaba todo aquello, seguramente ya había pagado más que de sobra la pérdida de su padre. Pero no sabía cómo librarse de la cárcel de sus propias expectativas.

En aquellos momentos, bajo el cielo despejado y salpicado de brillantes estrellas, Noret estaba en la playa, limpiándose el sudor de la frente después de una dura sesión de ejercicio. Con un total abandono, había luchado al límite de su capacidad, rayando en la perfección. Tenía la espada de impulsos sujeta por el mango liso y



pulido. Tendría que recargarla dentro de poco, porque había utilizado sus descargas destructoras en repetidas ocasiones en aquella última sesión.

A lo lejos, Noret oyó un sonido retumbante, y alzó los ojos para mirar en la profunda oscuridad. Vio una estela de fuego en el cielo estrellado, la estela de un meteorito, tan brillante que iba dejando marcado un reluciente camino sobre el océano cósmico. Era el bólido más grande que había visto, y se veía cada vez más brillante, más intenso. Noret se protegió los ojos con la mano. La estela gigante iba seguida por unos atronadores estampidos sónicos, como una sucesión de percusiones en el aire.

Noret pestañeó, y se tambaleó mientras un intenso haz de color púrpura quemaba sus retinas. Aquel objeto estaba cada vez más caliente, de un blanco incandescente.

Muy lejos, más allá de las aguas interminables, la roca espacial cayó en el mar y un resplandor cegador iluminó todo el cielo. Menos de un minuto después, Noret oyó el ruido atenuado de la explosión, ondas de sonido se deslizaron como piedrecillas sobre el agua.

Chirox avanzó con pasos pesados por la arena. El *sensei mek* se detuvo junto a Noret y concentró sus sensores ópticos en el horizonte.

—¿Qué ha pasado?

—Un meteorito ha caído en el mar —dijo él, todavía pestañeando a causa de la intensidad de la explosión—. Parecía enorme.

En la oscuridad el *sensei mek* miraba al horizonte. Al sudoeste, las luces de una isla lejana titilaban como joyas. Mientras los dos miraban en silencio, de pronto una línea de luces desapareció, como si alguien las hubiera apagado de un soplo. Luego desapareció oír una línea, esta vez más cerca.

—¿Qué crees que ha sido eso? —preguntó Noret.

Unos momentos después, vislumbraron el gran muro de agua que se acercaba, la ola gigante que había provocado el impacto del asteroide. La ola avanzaba implacablemente por el mar, sin reparar en nada de cuanto encontraba a su paso. El sonido era cada vez más ensordecedor.

Noret meneó la cabeza, porque comprendió qué iba a pasar.

—Oh, no.

No había ninguna posibilidad de evacuar la isla, de poner a sus alumnos a salvo. Ya empezaban a oírse los gritos de los guerreros que salían de sus cabañas.

Noret aferró su espada de impulsos, como si deseara poder hacer algo heroico con ella. Por primera vez desde hacía años, se sintió completamente impotente. No podía hacer nada, solo esperar junto a Chirox, mientras la ola saltaba con violencia los arrecifes y se dirigía hacia ellos.



Horas más tarde, mientras las aguas marrones y espumosas se retiraban del archipiélago de Ginaz, las corrientes se calmaron y dejaron las islas completamente limpias de personas y árboles.

Subiendo dificultosamente la pendiente hacia la isla donde había entrenado a tantos guerreros, el robusto mek metálico salió de entre las olas que seguían rompiendo a su alrededor. Las aguas lo habían doblado, arañado, arrastrado, pero seguía siendo funcional. Caminó por la arena, con pasos pesados y laboriosos.

En dos de sus seis brazos, el robot de combate llevaba el cuerpo magullado de Jool Noret, el mejor de sus alumnos, aplastado por la fuerza de la ola.

Chirox, que era la única cosa que aún se movía en la isla, caminó por la playa asolada. Con mucho cuidado, casi con cariño, depositó el cuerpo de Noret sobre la arena mojada. Por lo que podía recordar, aquel era más o menos el lugar donde Zon Noret había caído. Giró su cabeza y enfocó sus sensores ópticos hacia su maestro y alumno.

Durante generaciones, el robot había pasado la mayor parte del tiempo interactuando con humanos, y había aprendido que la vida orgánica es resistente. No pasaría mucho tiempo antes de que los mercenarios que había en el exterior volvieran de sus respectivas misiones y repoblaran el archipiélago con voluntariosos alumnos. Y, como había hecho en los últimos diez años, Chirox enseñaría a nuevos mercenarios. Seguirían yendo a Ginaz para aprender las técnicas del gran maestro de armas, Jool Noret. Chirox les enseñaría todo lo que sabía, todo lo que había aprendido del maestro.



Capítulo 105

Tiempo. O tenemos muy poco o tenemos demasiado... pero nunca lo justo.

Norma Cenva, diarios privados de laboratorio

Aunque seguía teniendo un cuerpo hermoso y escultural, Norma Cenva había recuperado su antigua costumbre de trabajar de forma obsesiva, y sola.

En el interior de las cámaras de conducción de una de las naves reconvertidas para plegar el espacio que estaba casi acabada, Norma vio su reflejo en las paredes negras y brillantes. Estaba tan enfrascada en su trabajo que no se había bañado ni cambiado de ropa desde hacía días. Su mono de trabajo y la bata verde del laboratorio, sucios y arrugados, colgaban holgadamente sobre su cuerpo.

Pero para ella había cosas mucho más importantes. Hasta el momento, ella y sus equipos de construcción habían transformado dieciocho de aquellas inmensas naves en naves de guerra, y estaban a punto de entrar en servicio por el bien de la Yihad... si conseguía que fueran más seguras y no hubiera tantos errores desastrosos. También se estaban construyendo más de cuarenta nuevas jabalinas.

Nadie podía ayudarla, ni siquiera los más brillantes ingenieros de la Liga. Solo ella comprendía los complicadísimos aspectos matemáticos de la tecnología para plegar el espacio.

Su madre y Aurelius habían ido a Salusa Secundus, y había hechiceras que se encargaban de cuidar a su hijo, así que Norma se entregó de lleno a los problemas de navegación que planteaban sus naves para que fueran más seguras. Ahora que las tropas de la Yihad estaban allí, en los astilleros, el problema había llegado a un punto decisivo. Tenía que lograr que todo funcionara. Dependía de ella.

Curiosamente, aunque no había comido bien ni ingería las cantidades necesarias de líquidos, no se apreciaba en su cuerpo pérdida de peso ni señales de fatiga. Pero aun así, Norma tenía sus límites.

Después de trabajar durante tres días sin tomarse ni un pequeño descanso, finalmente Norma fue al dormitorio que compartía ocasionalmente con su marido, cuando no pasaba la noche en los laboratorios y las salas de pruebas. A los pocos momentos se quedó profundamente dormida; cuando despertó, se sentía triste y agotada.



Por casualidad, mientras se vestía, encontró un suministro de melange que Aurelius guardaba para su consumo personal en su escritorio. VenKee Enterprises aún tenía un próspero negocio con el transporte de la especia de Arrakis, y Aurelius siempre tenía un poco a mano, porque consumía regularmente. Decía que le ayudaba a mantener la agilidad mental, a conservar el cuerpo joven y a tener imaginación.

Quizá eso era lo que necesitaba en aquellos momentos. Aunque no tenía ni idea de cuál era la dosis adecuada, sobre todo con aquel cuerpo metamorfoseado, Norma comió una oblea. Cuando llegó a las salas donde se hacían las pruebas de vuelo, ya notaba los efectos de la especia en su interior, como el contenido de una olla que empieza a hervir. En su cabeza aparecían destellos de luz, ideas de escala galáctica.

Activó el sistema de navegación computarizado y realizó unas secuencias para comprobar cómo sería viajar de Kolhar a una zona ficticia y lejana de guerra. Sistemas estelares aparecieron y cambiaron mientras una luz naranja intermitente destellaba, en representación del proceso de plegar el espacio. Pantallas holográficas mostraban informaciones esenciales, incluidas las coordenadas astronómicas y los movimientos históricos de los cuerpos cósmicos.

Ahora que la melange corría por sus venas, todo parecía distinto. Sus dedos se movían con mayor rapidez y precisión. Norma aceleraba y reducía la velocidad de los diferentes sistemas, buscando problemas, contemplando la hipnótica danza universal de las nebulosas plegándose unas sobre otras.

«Es todo un bonito aquí fuera.»

De pronto, se dio cuenta de que había perdido la perspectiva, de que se sentía como si estuviera en un vuelo real, pero a cámara lenta. Había participado en muchas simulaciones, pero había evitado los viajes de verdad por el riesgo de que no sobreviviera. La pérdida de Norma Cenva habría sido desastrosa para el programa de desarrollo.

Ahora se sentía como si estuviera flotando, como si estuviera en el mar, a la deriva. La solución a los problemas se había disuelto en el agua etérea y ella solo tenía que destilarla.

Porque seguía habiendo graves problemas de navegación. Hacía tan solo una semana, una nave había emergido en el sector equivocado, pero afortunadamente no colisionó con nada y se pudo salvar sin perder ninguna vida humana. Otra había pasado rozando un meteorito, y sufrió daños superficiales en el casco y un incendio que fue rápidamente sofocado. Y una pequeña nave de reconocimiento que salió en busca del primero Atreides desapareció.

Norma miró las relucientes pantallas holográficas, con su despliegue de datos, pero sus ojos se desenfocaron y se concentraron en otra imagen. De nuevo parecía estar en espacio abierto, y había soles que parpadeaban a su alrededor cuando ella pasaba a toda velocidad. Una infinidad de sistemas solares, uno detrás de otro.



Galaxias que giraban, nebulosas que resplandecían con todos los colores, luz intensa, y el negro más negro de toda la creación.

Y entonces, como aquella primera y tortuosa visión que tuvo de su línea materna, cuando las figuras de todas sus antepasadas se fusionaron en una, los soles se consolidaron y brillaron con una fiera incandescencia. Norma parecía dirigirse hacia ellos, hacia una luz muy brillante.

Y entonces la melange golpeó con mayor fuerza.

Norma, aterrada y entusiasmada, miró al frente y se lanzó al cosmos. La imagen de un humano apareció en un primer plano —la de Serena Butler con una túnica blanca—, pero solo durante un instante. La sacerdotisa de la Yihad emitió un resplandor dorado y desapareció entre las llamas. Pero de alguna forma, aquellas llamas no eran reales. Norma no entendía lo que estaba viendo.

A través de los ojos de Serena, Norma vio una multitud de máquinas pensantes que rodeaban a la líder de la Yihad. Antes de que pudiera reaccionar, la aparición se evaporó, dejando solo un ascua en su recuerdo.

Y entonces vio a su madre y a Aurelius en un grave peligro, rodeados de cimek que querían hacerse con la tecnología para plegar el espacio. Norma sintió pánico y trató de controlar su visión. Vio cómo la poderosa hechicera vivía sus últimos momentos; como había enseñado a hacer a tantas de sus pupilas, emitió una intensa luz mientras sus poderes telepáticos la consumían... a ella y a su marido, que no podía soportar la supernova de energía.

«Aurelius está muerto —comprendió Norma con un temor que la carcomía, sin saber muy bien si aquella visión era una premonición o reflejaba algo que ya había sucedido, o si podía hacer algo para evitarlo—. Serena Butler. Mi marido. Mi madre. Todos se han ido o se irán muy pronto.»

A través de las llamas, Norma vio el centro de un sol inmenso y devorador. En su nave mental, Norma Cenva atravesó aquella luz y se adentró en un territorio oculto, un nuevo universo. Vio gusanos de arena gigantes en el mundo desértico de Arrakis, y una sustancia eterna que la gente llamaba Agua de Vida. El sustento para el cuerpo, la mente y el alma.

«El camino al infinito —pensó—. Y quizá para llegar más lejos.»

Vio el futuro de la humanidad, con naves que plegaban el espacio y conectaban un vasto imperio, una civilización que seguía vinculada al pasado mediante una extensa línea de hechiceras vestidas con túnicas negras y capucha.

Y entonces oyó el canto hipnótico y armonioso del desierto: «Muad'dib... Muad'dib... Muad'dib...». Norma se unió a aquel éxtasis de voces, luego bebió el Agua de Vida y gritó extasiada.

Despertó de su visión, esperando ver el rostro de Aurelius arrodillado a su lado, acariciando sus cabellos rubios.



Pero estaba sola, prácticamente aplastada por las implicaciones terribles y sorprendentes de lo que acababa de ver.

—He mirado en el corazón del universo.



Capítulo 106

Hay incontables maneras de morir. La peor de ellas, ir apagándose sin ningún propósito.

Serena Butler, último mensaje a Xavier Harkonnen

Por toda la Liga la gente estaba impaciente y aguardaba con esperanza el regreso de Serena Butler con el glorioso anuncio de una paz duradera. Los pensadores de la Torre de Marfil permanecían en Zimia, estudiando documentos de las grandes bibliotecas culturales de Salusa Secundus. Por primera vez desde hacía décadas, el futuro parecía prometedor.

Pasaron semanas y meses sin que tuvieran noticias. Algunos de sus seguidores empezaban a desesperar. Otros se aferraban a un débil hilo de esperanza; a pesar del nerviosismo y la preocupación, trataban de convencerse de que los viajes espaciales convencionales eran terriblemente lentos.

Iblis Ginjo seguía tranquilizando a la gente, pero también la preparaba. Tenía que esperar el momento justo. Todo se había preparado al detalle antes de la partida de Serena.

Finalmente, más de un mes después de la fecha en que se esperaba su regreso, Iblis mandó a Yorek Thurr a realizar su misión. Si a alguien se le ocurría investigar cuando pasaran la sorpresa y la desazón iniciales, los diarios de navegación mostrarían que se había recibido una señal de radar proveniente de una pequeña nave que salió de los límites de los territorios sincronizados.

A los pocos días el comandante de la Yipol y su grupo de naves de reconocimiento interceptaron una cápsula que iba directa hacia el sistema salusano. Aquella cápsula era poco más que el tubo de un torpedo modificado, con unos motores sujetos a la parte posterior.

Dentro encontraron un mensaje, algunas imágenes y el cuerpo quemado y mutilado de una mujer.

Thurr no tuvo ningún problema para encontrar la cápsula, puesto que estaba exactamente donde él e Iblis la dejaron.

El comandante volvió a la torre del Gran Patriarca con la terrible noticia. Pronto correría la voz, y él quería controlar en lo posible lo que se contaba, para lograr los mejores resultados.



Thurr le entregó un paquete visual con aspecto sucio, un grupo cuidadosamente sellado de grabaciones. Iblis lo sostuvo con cuidado y nerviosismo, como si le acabaran de entregar una bomba de relojería. Tragó saliva, sintiendo un gran temor en su corazón.

—Entonces ¿crees que realmente está muerta?

Aquel hombre calvo se atusó su largo bigote.

—Oh, está muerta, sí; ya sea por haber provocado a Omnius o a manos de Niríem. Sea como sea, la gente creerá que las máquinas son las responsables.

Iblis rompió el sello del paquete.

—Veamos una vez más los crímenes que la perversa supermente informática ha cometido.

El Gran Patriarca puso en marcha el reproductor. Él y Thurr se sentaron a ver las terroríficas imágenes, sonriendo con satisfacción.

—Nadie dudará jamás de la veracidad de estas imágenes.

En la grabación, centinelas robots, meks de combate y apocados esclavos humanos esperaban en pie ante la ciudadela de Corrin.

Los centinelas brillaban en filas perfectas bajo la luz rojiza del sol; los esclavos de ojos hundidos permanecían en silencio, pero con gesto rebelde. Las cinco serafinas de Serena, presas, aguardaban indefensas la ejecución de su sacerdotisa.

El robot sociópata Erasmo —a quien todos los humanos odiaban por ser el asesino de Manion el Inocente— hablaba como si fuera el narrador. Iblis no estaba seguro de que Erasmo aún existiera, pero la gente lo odiaba tanto que creerían que seguía causando estragos.

—La supermente —dijo el robot— ha decretado que las máquinas pensantes no pueden coexistir pacíficamente con los humanos libres. Sois demasiado volubles, violentos, no se puede confiar en vosotros. Tenemos que demostraros que sois débiles, que Omnius es superior. —El rostro metálico formó una sonrisa demoníaca—. Al destruir a vuestra líder Serena Butler, la supermente sabe que os sentiréis derrotados y cejaréis en esta Yihad.

A su espalda, el edificio de metal líquido con forma de aguja cambió y se agachó como una serpiente gigante, y luego formó una inmensa abertura negra, como una boca. Como en el truco de un mago, regurgitó a una Serena Butler maltrecha.

Las serafinas gritaron con desazón, y los esclavos murmuraron con inquietud.

Dos grandes meks de combate avanzaron hasta la prisionera y la ataron a la fuerza a una estructura con forma de cruz. Debajo de ella, una sección del suelo empezó a rotar lentamente. Serena trataba de soltarse, pero no gritaba. Entonces sus ojos se



volvieron hacia un lado de la plaza descubierta, de donde provenía un sonido siseante y pesado.

Una inmensa máquina, un monstruo, salió a la plaza. Tenía una piel sintética de un rojo carbón y grandes cuernos curvos, y escupía llamas por todo el cuerpo. Por un momento, Serena lo miró con horror, luego con decisión.

Como un coro griego, Erasmo habló a la cámara:

—Omnius ha estudiado los archivos de la historia para determinar cuál es la forma de morir que los humanos consideran más desagradable. Tras indagar en la imaginería religiosa, la supermente ha escogido una demostración que acabará con la resistencia de los humanos para siempre. La extravagante muerte de Serena Butler demostrará que los humanos jamás seréis un desafío para nosotros.

La máquina satánica se detuvo ante Serena, que estaba atada a la cruz. Unas llamas precisas e intensas salieron de una de las garras de la bestia y acertaron en el correspondiente dedo de Serena. Ella hacía muecas de dolor mientras aquella estructura seguía girando, pero no gritó, ni siquiera cuando todos los dedos de una de sus manos quedaron encogidos y quemados, dejando los nudillos cauterizados.

Aquello solo era el principio.

Las serafinas cautivas aullaban y gritaban insultos, pero Serena no emitió ningún sonido desde la cruz.

A continuación, la malvada máquina disparó llamas que quemaron los ojos de Serena, dejando unas cuencas agrietadas, sin chamuscar apenas la piel del resto del rostro.

—La aplicación cuidadosa de dolor —explicó Erasmo— está pensada para causar un daño que no resulte fatal. Serena sufrirá durante mucho rato.

Unas estacas de soporte vital salieron de la cruz para mantener a Serena con vida y consciente. El robot siguió con sus torturas sádicas, quemando partes del cuerpo de Serena, y luego arrancó la cruz y la colocó boca abajo para que su víctima quedara de cabeza al suelo. Todo quedó grabado.

La voz de Omnius era como el trueno.

—Al destruirte a ti, destruiré tu Yihad. Los humanos ya no tendrán un líder que provoque más destrucción. Tu muerte es una solución eficaz a un problema que ha durado demasiado.

—Tú... tú... nunca... entenderás. —Aunque su rostro quemado miraba en dirección contraria a la cámara, su voz era clara, porque procedía de viejos discursos—. ¡Mi pueblo seguirá luchando en mi nombre!

Una de las llamaradas del robot prendió en su ropa. Pero ni siquiera cuando su piel se estaba fundiendo como cera quiso gritar. Sí gritó unas palabras desafiantes a



sus torturadores, aunque nadie pudo entenderlas. Estaba demostrando una valentía extraordinaria.

Siguiendo con sus atroces y dolorosas torturas, el verdugo asó viva a Serena Butler, le prendió fuego como si fuera una antorcha: primero los brazos y las piernas; reservó el tronco y la *cabeza*, para el final. Los sistemas de la cruz incrementaron el dolor de Serena, haciendo que se mantuviera consciente, aunque sus nervios y otros sistemas corporales trataban de cerrarse, de morir.

Las serafinas gritaban de indignación, algunas se mesaban los cabellos, otras miraban con los ojos llenos de lágrimas. Era evidente que aquel espectáculo no las llevaría a rendirse. Al contrario, su ira era más intensa que antes.

El robot demoníaco de piel roja arrojaba sus llamaradas, inmoldando a su víctima. Y aunque los sistemas de soporte vital de la cruz hacían que siguiera con vida, ella no gritaba.

El fuego consumió el cuerpo de la sacerdotisa de la Yihad; quemó la piel y dejó al descubierto sus huesos ennegrecidos, hasta que no quedó nada, salvo su legado.

A Iblis le pareció una producción excelente. Ya podía sentir el horror y el espanto que aquellas imágenes provocarían, además de un perdurable odio por las máquinas pensantes... mucho mayor del que recordaba, ni siquiera cuando vivían oprimidos por los titanes. Miró a Thurr con una expresión más apasionada y vengativa que nunca.

—Asegúrate de que se hacen las pruebas al cadáver. Las muestras de ADN demostrarán que es de Serena. Si no siempre habrá quien diga que todo esto es un montaje. —Ginjo ya sabía lo que iban a demostrar las pruebas de ADN; sus amigos tlulaxa se habían asegurado de que las células fueran idénticas. Sin embargo, no pensaba esperar los resultados para hacer su terrible anuncio.

—Debemos enseñar las imágenes a todo el mundo —dijo, comprendiendo lo increíblemente efectivo que iba a resultar—. A todo el mundo. Esto es mucho más impactante de lo que Serena podía imaginar. —Con manos temblorosas, devolvió el paquete visual al comandante de la Yipol—. Asegúrate de que se hacen copias y se distribuye por toda la Liga de Nobles.



Capítulo 107

En la guerra, hay más formas de perder que de ganar.

Iblis Ginjo, El paisaje de la humanidad

Al poco tiempo, toda la humanidad libre había visto aquellas imágenes terroríficas, brutales, inhumanas. Hubo una oleada de reacciones, y todos se preguntaban cómo habían podido plantearse una paz con aquellos monstruos. La Yihad no podría terminar hasta que Omnius fuera eliminado totalmente.

Haciendo nuevamente un gran alarde de poder, ahora que su rival ya no estaba, Iblis Ginjo vestía sus ropas más extravagantes como Gran Patriarca.

—Una cosa os prometo: Serena Butler jamás caerá en el olvido, ni lo que las máquinas pensantes le han hecho.

Las cárceles de la Yipol soltaron a un puñado de hombres y mujeres que estaban entre los más declarados opositores a la Yihad. Los prisioneros, que no sabían nada de la muerte de Serena, fueron liberados con sus pancartas pegadas a la espada: «¡Paz a cualquier precio!».

Las masas no tardaron en congregarse a su alrededor y despedazar a aquellos pobres desgraciados.

En una sesión de emergencia del Parlamento de la Liga, Iblis Ginjo mostró con expresión sombría terribles imágenes de la colonia de Balut, que —al igual que había sucedido con Chusuk y Rhisso años atrás— había sido arrasada por los robots.

—Las máquinas pensantes hicieron esto mientras Serena viajaba hacia Corrin como embajadora de paz. Desde el primer momento tenían pensado engañarnos. No hubo supervivientes en Balut. —La voz del Gran Patriarca se volvió ronca por el dolor—. Para ser exactos, las perversas máquinas destruyeron hasta la última persona, hasta el último hogar.

Las escenas de edificios en llamas, cráteres abiertos por las explosiones y cuerpos carbonizados eran muy duras, pero incluso aquello era poco comparado con la ejecución de su amada sacerdotisa. Y fue una forma de añadir más leña al fuego, justo como el Gran Patriarca tenía pensado



Los representantes de la Liga que acudieron a la sesión estuvieron sorprendentemente callados, y miraban a Iblis con expresión glacial. Después de terminar su discurso, permaneció en el estrado. Muchos lloraban, y entonces un murmullo se extendió entre los presentes. Poco a poco, en el gran auditorio todos empezaron a levantarse para dar al Gran Patriarca la mayor ovación de su carrera.

Él, aprovechando el momento, gritó:

—¡Ahora nuestra Yihad debe tener más decisión, un propósito mortífero! Nunca más escucharemos las propuestas de paz de Omnius. Y os digo una cosa, amigos míos: jamás vaciléis en vuestra determinación de erradicar completamente a las máquinas pensantes. ¡La Yihad seguirá viva hasta que logremos la victoria definitiva!

Aunque estaba realmente apenado por la suerte de Serena, Iblis lo consideraba un sacrificio necesario. Ella había aceptado el precio y salió a luchar. Sola.

Mientras la gente aplaudía, Iblis decidió aprovechar la ocasión para velar por sus otros intereses. Aquello era parte del acuerdo, ya que los tlulaxa le habían ayudado con el paquete visual de la tortura y ejecución de Serena.

—Debemos avanzar, y luchar. La mayoría ya sabéis que la sacerdotisa Butler deseaba desde hace tiempo estrechar nuestras relaciones con los Planetas No Aliados a fin de fortalecer la Liga y la humanidad libre. Ahora necesitamos esa fuerza, dondequiera que nos la ofrezcan.

»En honor a ella, como primer paso deberíamos buscar una relación más estrecha con los tlulaxa. Aunque hasta ahora habían permanecido fuera de la Liga de Nobles, sus granjas de órganos han servido a nuestra causa. —Respiró hondo y prosiguió—: Con vuestro apoyo, viajaré a Tlulax y les convenceré para que por fin se unan a la Liga.

Como si le diera la réplica, un gran héroe de los primeros tiempos de la Yihad se puso en pie: el primero Xavier Harkonnen.

—Estoy de acuerdo. Unos pulmones de las granjas de órganos de Tlulax me salvaron la vida hace mucho tiempo, y me permitieron seguir luchando contra las máquinas. Sé que Serena hubiera estado de acuerdo; ella visitó personalmente esas granjas e invitó a los tlulaxa a unirse a nosotros. Ahora debemos insistir para que nos den una respuesta.

Iblis sonrió, sorprendido. Ciertamente, Harkonnen era un aliado inesperado.

—Gracias, primero Harkonnen. Ahora, yo...

Pero Xavier no se sentó.

—De hecho, me ofrezco voluntario para llevar al Gran Patriarca a Tlulax. Soy demasiado viejo para dirigir una nueva carga contra las máquinas pensantes, pero puedo colaborar en otras misiones. Hay miles de Planetas No Aliados. Debemos llegar al mayor número de personas posible, y deprisa.



Con el sorprendente apoyo del primero Harkonnen, los representantes que abarrotaban la sala aprobaron la petición de Iblis por un margen mucho más amplio de lo que él esperaba. Después salió de la cámara de ponencias y se paseó entre su público, estrechando manos y dando palmaditas en la espalda a los políticos.

Serena no habría podido pedir más.



Capítulo 108

Para poder curarse, lo primero es contar con la capacidad de recuperación del propio cuerpo, tanto si se trata del cuerpo físico como si se trata de sus diferentes formas políticas y sociales.

Doctor Rajid Suk., Cuadernos de batalla

Consciente de la importancia de aquella comida, Octa se empleó a fondo y preparó un exquisito festín de despedida antes de que Xavier partiera con el Gran Patriarca y su séquito de agentes de la Yipol. Los criados y el cocinero de la casa insistieron en ayudar, pero Octa lo hizo casi todo personalmente: era su forma de demostrar su amor por su marido. Sabía exactamente lo que a Xavier le gustaba, cuáles eran sus platos y postres preferidos.

Pero en realidad a Xavier lo que más le gustaba era poder pasar una velada con ella y sus tres hijas. La más pequeña, Wandra, solo tenía diez años y seguía viviendo en casa, pero las otras dos ya les habían hecho abuelos. La vida de Xavier parecía plena y satisfactoria, tenía todo lo que podía desear.

Pero había perdido a Serena... otra vez. Y esta vez ya no volvería.

Xavier había visto aquellas imágenes totalmente horrorizado; vio cómo el robot verdugo torturaba y mataba a Serena. Aquella espantosa y dolorosa muerte hizo que en la Liga todo el mundo aullara de rabia y clamara venganza.

Ya antes de que partiera de Salusa Secundus, Xavier se temía lo peor, sospechaba que Serena ya lo había decidido. Era consciente de lo que iba a pasar; es más, seguramente ella misma lo habría provocado. Pero a Xavier le costaba creer que la supermente fuera tan estúpida para entregar aquellas imágenes y el cadáver a la Liga, cuando era evidente que solo podía suscitar el deseo de venganza.

Pero claro, las máquinas pensantes nunca habían entendido a los humanos. Obviamente, lo que Omnium quería era mandar un aviso a la Liga de Nobles, pero el martirio de Serena dio un impulso totalmente inesperado a la humanidad libre.

Seguramente Serena pensó que era la única posibilidad que tenía su Yihad. Y el manipulador de Iblis Ginjo la convenció para que se sacrificara a sí misma. Xavier sabía muy bien que ella lo había visto como una forma de ayudar a la gente a la que amaba tan profundamente.



Sus seguidores estaban cansados, y dispuestos a aceptar unos términos inaceptables con tal de poner fin a aquella eterna lucha. Pero la brutalidad que las máquinas pensantes habían empleado contra su amada sacerdotisa los convirtió en una fuerza unida y furiosa, mucho más fuerte y decidida que nunca. Decenas de millones pedían poder convertirse en yihadíes. Al menos Serena no había muerto en vano.

A la cabeza de la mesa, Xavier sonrió con gesto feroz al pensar en su próxima misión. Ya antes de que la capturaran en Giedi Prime, Serena quería atraer a los Planetas No Aliados a la Liga, pero no tuvo mucho éxito.

Ahora él llevaría a Iblis Ginjo a Tlulax para animar a su población a unirse a la mayor alianza, de la humanidad. Para Serena aquello era una prioridad; estaba convencida de la importancia de contar con un mayor número de granjas de órganos para ayudar a los guerreros heridos en combate. En su nombre, la lucha continuaría.

Octa, que seguía siendo una mujer esbelta y agraciada a sus cincuenta y cinco años, entró en el comedor con una bandeja de lomo de erizón cazado en los terrenos de su propiedad. Sonrió a su marido. Sabía muy bien que, hacía muchos años, Serena y él hicieron el amor por primera vez durante una cacería. Octa lo hizo como un gesto hacia su marido y su amada hermana, y sirvió la carne con una salsa de grosella. Sus tres hijas parecieron encantadas con la presentación del plato. Xavier apenas pudo contener las lágrimas.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Wandra con la ingenuidad de una niña.

Octa le acarició el hombro, y se agachó para besar su cabeza canosa. Él le pasó un brazo por la cintura.

—Nada, Wandra. Es que os quiero tanto a todas que me he emocionado. —Miró a Octa con sus ojos marrones brillantes.

—Lo sé —le dijo ella—. Me lo has demostrado de muchas maneras.

Xavier escuchó a sus hijas mayores mientras hablaban de sus hogares y sus familias, del trabajo de sus maridos y sus ambiciones personales. Roella, la mayor, que tenía treinta y siete años, parecía ir tras los pasos de Serena, y ya había sido elegida representante del Parlamento de la Liga en Salusa Secundus, gracias en parte a su ascendencia, Butler y Harkonnen. Omilia seguía ofreciendo conciertos de baliset ante grandes auditorios, y hacía horas extra para aprender los entresijos del negocio de su marido.

Con la diplomacia de un político, Roella dijo:

—Padre, estamos orgullosas de que acompañes al Gran Patriarca en esta misión. Las repercusiones políticas serán muy importantes, y tú serás una poderosa influencia estabilizadora.

Xavier asintió con cierta reserva, porque no quería desvelar la verdadera razón por la que iba a un lugar al que no deseaba ir, y en compañía de un hombre en quien



no confiaba. «Serena me pidió que ayudara en su Yihad cuanto pudiera. Y alguien tiene que vigilar a Iblis Ginjo.»

Xavier se dio cuenta de que no había prestado demasiada atención a la comida, así que se lanzó sobre su plato con entusiasmo y elogió a su mujer repetidas veces.

—Está absolutamente delicioso. Te has superado, querida.

Octa era justo lo contrario que su hermana, se contentaba con las pequeñas actividades cotidianas, y no tenía la gran aspiración de salvar a la humanidad. Octa no necesitaba aquello para sentirse realizada. A su manera, era tan fuerte como Serena, y trataba de mantenerlos a todos unidos y ser un apoyo para Xavier cuando la galaxia cabeceaba sobre aguas tormentosas.

—Hemos oído decir que se han producido nuevos ataques de las máquinas contra planetas de la Liga —dijo Roella—. Otra colonia ha sido totalmente aniquilada. Es terrible. ¿Cómo se llamaba... Balut?

Con el rostro ensombrecido, Xavier dio un sorbo a su chiantini, aunque apenas reparó en el sabor del vino.

—Sí, era un pequeño asentamiento. Y ha sido eliminado. Todo ha quedado destruido. No quedan más que unos cuantos cuerpos carbonizados en las calles. A la mayoría de humanos se los han llevado, seguramente para obligarlos a trabajar como esclavos. Como pasó en Chusuk hace nueve años. Y en Rhisso.

Roella meneó la cabeza.

—¿Y Omnius no se quedó para establecer una ciudadela en esos mundos? ¿Sencillamente llegaron, lo destruyeron todo y se llevaron a los esclavos?

—Eso parece —dijo su padre—. Y pensar que estábamos a punto de aceptar su oferta de paz.

Omilia se estremeció.

—¡Paz a cualquier precio! —Y lo dijo como si fuera una maldición. Wandra miraba con sus enormes ojos oscuros.

—Las máquinas pensantes —siguió diciendo Xavier— seguirán descubriendo nuestros puntos débiles y atacando. Nosotros debemos hacer lo mismo. Todas las víctimas de las máquinas lo exigen.

Octa apartó su plato, visiblemente preocupada por la conversación. Se suponía que aquello tenía que ser un banquete agradable. Pero Xavier sabía que lo entendía.

—Nadie entiende a Omnius —dijo Octa—. Serena tenía razón: tenemos que destruir a las máquinas pensantes a toda costa. —Tragó con dificultad y miró a Xavier—. Incluso si sigue separando a mi familia.

Xavier bajó la vista hacia su plato. Los ojos le escocían. Despreciaba a Omnius, pero cada vez estaba más convencido de que Iblis Ginjo era el verdadero responsable



de la locura del acto final de Serena. Sin la poderosa personalidad del Gran Patriarca, a nadie se le habría ocurrido mandarla a una misión tan disparatada y suicida.

—Nuestra cruzada debe continuar incluso si pone en peligro a nuestra familia y trillones de familias más. Buscamos mucho más que la victoria en la batalla. Nuestro objetivo es asegurar el futuro de la raza humana, para nuestros nietos, y para los nietos de nuestros nietos.

—Entonces espero que tu misión a Tlulax te ayude. —Parecía vacilante, pero él le dio unas palmaditas en la mano. Miró a Octa con ternura, y luego a sus hijas, una a una, con los ojos empañados.

—Haré lo que haga falta —prometió—, por la Yihad y por la memoria de Serena.



Capítulo 109

La mente es algo disparatado.

Grafiti en el exterior de la ciudadela de Corrin

Erasmus estaba en lo alto de una montaña negra, bajo el ascua mortecina del sol gigante, mirando más allá de las colinas, hacia la reluciente ciudad de Corrin. Desde que había vuelto a la grieta donde estuvo atrapado en otro tiempo, había querido seguir explorando el territorio salvaje de aquel planeta.

Los exploradores humanos tenían aquel mismo impulso, el deseo de llegar a donde nadie había llegado antes, de ver cosas que nadie había visto, de poner banderas y señalar nuevos territorios. ¿Cómo iba a ser menos un robot independiente?

Abajo, en una hondonada protegida entre unas rocas salpicadas de nieve en el límite de la línea de árboles, su pupilo Gilbertus Albans dormía en una tienda, exhausto por la agotadora caminata.

Erasmus se dio cuenta de otro aspecto positivo de escapar a la actividad de la ciudad mecánica. Los humanos habían comprendido hacía mucho tiempo los beneficios de la soledad y la contemplación en un entorno agreste y estéticamente agradable. Algunos viejos diarios hasta se referían al proceso como «recargar las pilas mentalmente». Tenía la sospecha de que los humanos se parecían a las máquinas más de lo que estaban dispuestos a reconocer.

A lo lejos, gracias a la alta resolución de sus fibras ópticas, el robot vio un destello en lo alto de la ciudadela central de la ciudad.

Momentos después, un enjambre de minúsculos ojos espía plateados apareció a su alrededor, a diferentes alturas, observándolo desde diferentes ángulos.

—¿Estabas tratando de huir de mí? —preguntó Omnius a través de los ojos espía, para que el sonido llegara de todas partes—. Es algo irracional.

Erasmus contestó imperturbable.

—No importa lo lejos que vaya, sé que siempre estáis controlando mis movimientos. Simplemente, estoy en un ejercicio de entrenamiento para Gilbertus Albans. Es necesario para que pueda meditar sin interrupciones ni distracciones.



Los ojos espía se acercaron.

—Creo que el esfuerzo de guerra de los humanos habrá quedado bastante mermado ahora que Serena Butler ya no puede alentarlos. Es hora de que me des la razón.

—Me temo que el incidente tendrá repercusiones que no habéis previsto. Simplificáis demasiado a los humanos, Omnius, y habéis caído de lleno en la trampa. Nos arrepentiremos de haberla convertido en mártir. Los humanos sacarán sus propias conclusiones sobre lo que pasó aquí, con o sin datos objetivos.

—Ridículo. Ella está muerta. Eso hundirá la moral de esos soldados.

—No, Omnius. Es evidente que su muerte solo servirá para empeorar las cosas.

—¿Acaso te consideras más inteligente y perspicaz que yo?

—No confundáis la acumulación de datos con la inteligencia, Omnius. No es lo mismo. —Detrás de ellos, el joven Gilbertus salió de la tienda al oír que hablaban, con aspecto de sentirse renovado y deseando retomar sus estudios.

Los ojos espía vibraron, Omnius hizo una pausa y añadió:

—No deseo que nuestra conversación se llene de acritud. He determinado que esta es nuestra conversación número trescientas mil. Una ocasión importante, según el sistema de valores de los humanos, aunque no entiendo por qué un número tiene que ser más importante que otro.

El rostro de metal líquido de Erasmo, cubierto de una capa de escarcha por el viento helado de la montaña, formó una expresión ceñuda. Rápidamente, comprobó sus propios datos y descubrió que Omnius se equivocaba.

—Según mis archivos el número es algo mayor. Hay un error en vuestros bancos de datos.

—Eso no es posible. Los dos hacemos las cuentas de la misma forma. Recuerda que, originalmente, eras una extensión de mi mente.

—Aun así, estáis equivocado, no habéis calculado correctamente mis conversaciones con el Omnius-Tierra, porque recibisteis una actualización incompleta y defectuosa.

Durante largo rato, los ojos espía permanecieron en silencio, luego dijeron:

—Eso explicaría cualquier posible error. Si es que lo hay.

Erasmo insistió.

—Pensadlo, si estáis equivocado en algo tan simple como una cuenta, es posible que también os equivoquéis en algo mucho más importante, como el asunto de Serena.



Los ojos espía giraron en el aire, rodeando la cabeza reflectante del robot. Gilbertus se adelantó, escuchando; Erasmo se preguntó si querría protegerle.

—Quizá tendría que analizar y verificar tus sistemas —dijo Omnius—. Hay las mismas probabilidades, sino más, de que seas tú y no yo el que se equivoca. Lo mejor es limpiar todas tus pistas de circuitos gelificados, que nos ajustemos y empecemos desde los principios básicos. En unas décadas, volverás a desarrollar una nueva personalidad.

Erasmo consideró aquel inesperado giro de los acontecimientos. No deseaba que borrarán sus pensamientos y su personalidad y lo sincronizaran con la supermente. Sería como... como morir.

—Primero dejad que repase mis cálculos, Omnius. —En lo alto de la montaña, Erasmo hizo un diagnóstico interno completo de sus circuitos y de nuevo sacó una cifra más alta. Finalmente, había llegado el momento de aplicar el conocimiento adquirido después de estudiar a generaciones y generaciones de humanos.

Así que mintió.

—Tenéis razón, Omnius. Ahora me sale la misma cantidad. Me había equivocado en mis cuentas. He borrado el error.

—Eso está bien.

Erasmo no pensó que aquello estuviera mal, aunque acababa de decirle a Omnius una mentira. No, lo había hecho por su supervivencia, otro rasgo muy humano. Debido a los problemas que podía acarrear la muerte de Serena Butler, el robot independiente sentía que los Planetas Sincronizados lo necesitaban más que nunca. Después de todo, de no ser por su rápida intervención cuando la actualización sabotada de Seurat contagió el virus a la supermente de Corrin, aquel planeta podría haber acabado convirtiéndose en un mundo de la Liga. Por supuesto, de paso había manipulado los datos, minimizando el papel que él había tenido en la subversión de los humanos de confianza que iniciaron la revuelta en la Tierra.

Con la práctica, Erasmo seguramente mejoraría en su uso de las técnicas humanas de mentir y racionalizar acciones. Asimilaba aquellos patrones de comportamiento por una buena razón. Si quería entender la mente humana, tenía que diseccionarla en su laboratorio y ser capaz de imitarla. A lo largo de la historia, los humanos habían logrado muchas victorias gracias a subterfugios. Ejemplo: el plan de la actualización.

Por desgracia, Omnius recordaría el incidente que acababa de producirse en el que él supuestamente se había equivocado en un cálculo y lo había corregido. La supermente seguiría analizando y cuestionando lo sucedido. Y aunque no tomara ninguna medida de forma inmediata, sus dudas pasarían a las actualizaciones que se entregarán a los otros Planetas Sincronizados, y en consecuencia los otros Omnius también procesarían y volverían a procesar el asunto. ¿Y si finalmente Omnius cumplía su amenaza de arrebatarse su independencia y la de otros robots



independientes como él, haciendo que se amoldaran nuevamente a la rigidez de la supermente?

«Tendré que hacer algo para evitarlo —pensó Erasmo—. Yo solo.»



Capítulo 110

Debemos resistir la tentación de manipular el universo.

Pensadora Kwyna, archivos de la Ciudad de la Introspección

Después de la ejecución de Serena, a Vorian Atreides no le sorprendió la rapidez con que Iblis Ginjo recuperaba protagonismo. Antes de aquel terrible suceso, la estrella del Gran Patriarca no había dejado de caer, sobre todo desde que Serena asumió un papel más activo en el Consejo de la Yihad. Iblis, siempre tan preocupado por sus intereses personales y acostumbrado al poder, seguramente no aceptó de buena gana aquella situación. Vor conocía muy bien a aquel antiguo capataz, y estaba convencido de que la idea de deshacerse de Serena de aquella forma tan espectacular había salido de él.

Ahora, el «apenado» Gran Patriarca disfrutaba animando a la gente a vengarse. Y por lo visto esperaba recibir más elogios por su cacareada misión a los planetas tlulaxa para animar a aquella raza reservada a entrar en la Liga de Nobles. Al acompañarlo en una nave diplomática a Tlulax, el respetado primero Harkonnen legitimaba la misión de Iblis, aunque Vor sabía que su amigo también tenía sus dudas sobre Iblis Ginjo.

Vor se quedó en Salusa, nervioso e impotente. Vidad y sus compañeros pensadores de la Torre de Marfil llevaban meses en Zimia, interfiriendo ingenuamente en la Yihad y en la política de la Liga. Finalmente, cuando los furiosos representantes y la muchedumbre arremetió contra ellos, hicieron los preparativos para volver a su fortaleza entre glaciares, en Hessra. Sus subordinados, inquietos y confundidos por el martirio de la sacerdotisa, se prepararon para partir, felices y sin la menor duda de volver a su aislamiento.

Pero antes de que se fueran de Salusa Secundus, Vor tenía que hablar con aquellas mentes sin cuerpo y, por lo visto, también sin entendederas. Los pensadores de la Torre de Marfil se consideraban filósofos iluminados. Pero en realidad no parecían más que unos necios obcecados y antiguos.

Nadie trató de detener al primero Atreides cuando entró a grandes zancadas en la biblioteca cultural fortificada. Los pensadores permanecían allí, mientras sus subordinados copiaban documentos casi olvidados de antiguos tratados filosóficos y manifiestos escritos durante los años en que Vidad y los demás habían estado



recluidos. Vor entró solo en las espaciosas salas de datos, a pesar de los entusiastas yihadíes que se ofrecieron a acompañarle.

Seis subordinados lo recibieron en la cavernosa biblioteca, en pie junto a los pedestales donde descansaban los contendores cerebrales de los pensadores.

—Primero Atreides —dijo Keats, el principal de los subordinados, con expresión preocupada y vacilante—. Vidad ordena que partamos enseguida. Durante el viaje de regreso a Hessra y después tendremos mucho que debatir con nuestros amos.

—Ya me lo imagino, porque yo también tengo bastantes cosas que discutir con Vidad. —En su voz se palpaba una intensa ira que sorprendió a los subordinados. Vor había recordado las cosas oscuras que aprendió —y que creyó estúpidamente— a raíz de la lectura de las memorias de Agamenón.

En lo alto de sus pedestales, los cerebros desprovistos de cuerpo flotaban en el electrolíquido azulado.

—Como pensadores, estamos deseando discutir asuntos importantes —anunció uno de los legendarios cerebros a través de un simulador de voz—. La iluminación aumenta mediante el intercambio de opiniones e información. Vorian Atreides, eres un hombre experimentado, aunque eres mucho más joven que ninguno de nosotros.

—Con la edad llega también la fosilización mental —dijo Vor—. Vuestro intento de lograr la paz es una vergüenza para todos los pensadores, un insulto a las capacidades de los de vuestra especie.

A lo subordinados les asombró que aquel antiguo lacayo de las máquinas pensantes hablara de aquella forma tan ofensiva. En cambio, aunque los contenedores llenos de fluido brillaron por la actividad mental, los pensadores no parecían excesivamente preocupados.

—No eres realmente consciente de lo que ha sucedido, primero Atreides. Eres incapaz de comprender los detalles más sutiles.

—Entiendo que vuestro ingenuo optimismo ha provocado una situación muy peligrosa, como si fuerais niños inmaduros jugando con los asuntos de los mayores. Habéis tomado una decisión estúpida que ha costado la vida a la mujer más grande que jamás ha existido.

Vidad no parecía alterado.

—Serena Butler nos pidió que nos comunicáramos con las máquinas pensantes. Su propósito era encontrar una forma de poner fin a la Yihad. Si hubiera seguido nuestro plan, las hostilidades entre máquinas y humanos habrían cesado. Creemos que Serena Butler provocó intencionadamente a Omnius para que actuara violentamente. De lo contrario las máquinas no habrían respondido de esa forma.

Vor meneó la cabeza y apretó los dientes.



—¿Cómo es posible que hayáis vivido tanto tiempo y entendáis tan poco? Una guerra no puede detenerse sin más, debe resolverse en un sentido o en otro. El motivo que hay detrás de la Yihad de Serena Butler no desaparecerá porque vosotros decidáis ignorarlo, o porque la gente esté cansada de luchar. De haber triunfado, vuestro plan nos habría llevado al borde de la extinción.

El pensador meditó, luego dijo:

—Estás siendo irracional, Vorian Atreides, al igual que la mayoría de la humanidad.

—¿Irracional? —Vor lanzó una risa amarga—. Sí, eso es lo que los humanos hacemos mejor, y quizá sea lo que nos permita conseguir la victoria.

—Si vives lo suficiente, quizá algún día llegarás a valorar la profundidad de nuestra sabiduría.

Vor meneó la cabeza.

—Si lo meditas bien, Vidad, quizá acabarás por comprender que te estás engañando.

Vor se volvió para marcharse, furioso, consciente de que no serviría de nada seguir discutiendo con aquellos pensadores sin cuerpo físico que se habían distanciado de las realidades y las necesidades de la humanidad. Cuando ya salía de la sala, por encima del hombro dijo:

—Regresad a Hessra y quedaos allí. No intentéis volver a ayudarnos.



Capítulo 111

Mi mayor error ha sido creer que yo tomaba mis propias decisiones. A veces, ni el hombre más perspicaz es capaz de ver los hilos que lo controlan.

Primero Xavier Harkonnen, carta privada a Vorian Atreides

Los representantes tlulaxa dieron la bienvenida a un sonriente Iblis Ginjo, que salió de su lanzadera diplomática acompañado por guardias de la Yipol y ayudantes. Los políticos y los ancianos del lugar habían hecho numerosos negocios con Iblis, pero nunca fueron registrados oficialmente. Al llegar, el Gran Patriarca hizo sutiles gestos y cruzó miradas de connivencia con el mercader Rekur Van y sus colegas. Varios guardias y ayudantes de la Yipol se ausentaron para ocuparse de asuntos secretos, como ya habían acordado. Los tlulaxa habían hecho exenciones especiales para Iblis.

En la pista de aterrizaje, los tlulaxa también recibieron al veterano Xavier Harkonnen —un testimonio viviente de sus hazañas biológicas— con todos los honores. Él permaneció rígido como una estatua, sin dejar que se trasluciera la agitación de su interior.

Solo uno de sus ayudantes de bajo rango lo acompañaba, el quinto Paolo. El joven Paolo miraba al veterano con expresión soñadora, porque lo veía como una leyenda, no como un hombre de carne y hueso que había cometido errores y guardaba muchas penas en su corazón. Xavier no necesitaba que lo adularan; el devoto y joven quinto seguiría sus instrucciones sin mostrarse excesivamente servicial.

Rekur Van y los otros representantes del planeta ofrecieron una ceremonia en las granjas de órganos de la ladera. Xavier permaneció en pie en aquel extraño bosque tecnológico, bajo el sol de Thalim, recordando la vez anterior que estuvo allí. «Con Serena.» Los contenedores con forma de árbol tenían frutos hinchados y artificiales: diferentes órganos clonados y modificados, todos con etiquetas con extrañas letras.

Rekur Van se deshacía en sonrisas y enseñaba sus dientes afilados al tiempo que extendía los brazos para señalar la riqueza biológica de sus granjas de órganos.

—Primero Harkonnen, es un placer verle. Tlulax se siente honrado por su visita. Con los pulmones de cultivo que lleva en su pecho, es usted el mejor ejemplo de lo que nuestra maravillosa sociedad puede ofrecer a la Liga.



Xavier asintió, pero no dijo nada. Permaneció firme y respiró hondo, y al hacerlo notó cierto olor a productos químicos.

Desde su visita al planeta, el doctor Rajid Suk había seguido con sus experimentos, atraído por las posibilidades que ofrecía la clonación de especímenes médicos, aunque sus intentos habían sido un fracaso. Solo los genios de la genética de Tlulax habían sido capaces de proporcionar el suministro constante de órganos perfectos y compatibles que el ejército de la Yihad necesitaba desesperadamente.

Cuando Iblis subió al estrado, su rostro anguloso estaba lleno de satisfacción.

—En esta ocasión vamos a hacer realidad uno de los sueños más importantes que Serena Butler compartió con nosotros. Era su ferviente deseo que los tlulaxa formaran parte de la Liga. Aunque esta misión resulta muy dura después de su trágica muerte, os prometo que no dejaré que los sueños de nuestra amada sacerdotisa mueran con ella.

»Por tanto, me complace aceptar a Tlulax como planeta de la Liga, y doy la bienvenida al pueblo tlulaxa como socio en los negocios y como aliado. Vuestros científicos nos proporcionarán unos productos vitales en estos tiempos en que, sin duda, para lograr nuestro objetivo sagrado habrá muchos más heridos. La Yihad está entrando en una nueva etapa más gloriosa.

El Gran Patriarca demostraba una gran alegría, una energía y un optimismo ilimitados. Había conservado su salud y su vitalidad gracias al consumo masivo de la especia que importaba Aurelius Venport, la melange, una sustancia exótica que seguía siendo muy popular entre los nobles más importantes de la Liga.

En cambio, Xavier no dejaba de sentir sobre sí el peso de los años y de sus tragedias. El primero observaba a los extraños tlulaxa —todos hombres— que habían acudido al evento. No se veían mujeres por ningún lado. Aunque no había nada que pudiera considerar directamente sospechoso, se sentía como si acabara de meterse en la guarida de unos predadores. Los dientecitos afilados y los ojos negros de roedores de aquella gente aumentaban esa impresión.

En los oscuros ojos de Iblis Ginjo se reflejaba una secreta sensación de triunfo. Sus oficiales de hombros anchos estaban junto a él, observando a la multitud, vigilando. Solo el joven quinto Paolo parecía aceptar aquella celebración por lo que parecía.

—Hemos garantizado la privacidad de los tlulaxa, y respetamos su deseo de restringir las visitas del exterior —siguió diciendo el Gran Patriarca—. Aun así, los recibiremos como hermanos en la lucha sagrada contra las máquinas pensantes.

Xavier seguía ante las granjas de órganos, observando las masas de tejido cuidadosamente cultivado. Respiró hondo y notó cómo el aire penetraba en sus pulmones, que habían salido de unos tanques similares hacía cuatro décadas. Su mirada se detuvo en los globos oculares que flotaban en unos contenedores con unos nutrientes oscuros. Todos parecían mirarle como fantasmas acusadores.



Los tlulaxa proporcionaron a Xavier una suite en un elevado complejo de viviendas fuera del perímetro de la ciudad de Bandalong, en medio de un laberinto de pasillos, balcones exteriores y pasarelas. En sus habitaciones había un mobiliario agradable y piezas de arte inusuales, pero el diseño básico parecía austero e industrial, y Xavier se preguntó si no habrían puesto la decoración allí por él.

Una vez terminada la ceremonia en las granjas de órganos, el interés de los tlulaxa y de Iblis Ginjo por Xavier se acabó. Todos juntos asistieron a un banquete en el que comieron platos especiados, acompañados por una conversación algo forzada. Después el Gran Patriarca despachó claramente a Xavier, aludiendo a su «fatiga a causa de la agotadora actividad de la jornada», y propuso que se retirara a sus habitaciones a descansar el resto de la velada.

El quinto Paolo dormiría en una pequeña habitación cercana. La Yipol no tenía ningún trabajo para el joven, y el puerto espacial y las zonas comerciales de aquella sección suburbana no ofrecían mucha vida nocturna para un militar enérgico como él. El centro de Bandalong estaba cerrado a los extranjeros por supuestos motivos religiosos, aunque Xavier no consiguió que nadie le dijera nada concreto sobre ese tema.

En su habitación, Xavier no dejaba de pensar. Mentalmente se sentía cansado, pero físicamente no, y no quería dormir. No le gustaba tener que pasar tanto tiempo solo, sin nada que hacer, porque sabía que las dudas y las sospechas se cebarían con él.

Aunque Serena Butler había escrito tratados apasionados e Iblis Ginjo había publicado sus populares ensayos y unas memorias, Xavier nunca había sentido la necesidad de alardear de su vida o sus heroicos actos de campaña. A pesar de su importancia como militar, nunca se había molestado en documentar o justificar su trabajo para que las futuras generaciones pudieran leerlo. Prefería dejar que sus actos hablaran por sí solos.

Aquella noche, Xavier pasó horas y horas repasando los últimos escritos de Serena Butler. No encontró en ellos nada nuevo ni revelador, porque conocía sus pensamientos y sus argumentos muy bien. A pesar de ello, saboreó la cadencia y la poesía de sus palabras, como si le estuviera hablando directamente. Luego abrió los recuerdos que tenía de ella como si fueran un libro separado y guardado con mimo en su mente y pensó en las cosas tan notables que había hecho en su vida.

«Una vida tan corta...»

En ese momento oyó un ruido, unos golpecitos desesperados en la dura placa de la puerta del balcón, y vio con sorpresa que una sombra se movía en el exterior, la figura de un hombre.

Podía haber sentido miedo o recelo, pero venció la curiosidad. Cuando abrió la puerta del balcón, una brisa fría y acre le golpeó en la cara, y vio a su misterioso visitante, un hombre esquelético con la piel cenicienta, excepto allá donde había marcas de cicatrices. Solo tenía un ojo; el lugar del otro lo ocupaba un cráter



horripilante. Unos tubos translúcidos salían de su cuello y estaban conectados a unos paquetes de un líquido gelatinoso que llevaba sujetos a la cintura.

De alguna forma, el hombre había conseguido aclararse con las pasarelas y se había descolgado hasta su balcón con ayuda de una cuerda mojada. Xavier no entendía cómo un hombre tan débil había conseguido reunir la fuerza para hacer algo así.

El desconocido temblaba como si estuviera agotado, o desesperado.

—Primero Harkonnen... te he encontrado. —Estuvo a punto de desplomarse por el alivio.

Xavier sujetó a aquel desventurado y lo entró a la habitación. Instintivamente, el primero habló en voz baja.

—¿Quién eres? ¿Sabe alguien que estás aquí?

El desconocido meneó la cabeza, y aquel esfuerzo resultó excesivo. La dejó caer sobre el pecho hundido. Aquel hombre parecía una colección de heridas y cicatrices. Pero no eran cicatrices de combate, eran cicatrices de operaciones. Xavier lo ayudó a llegar a una de las sillas.

—Primero Harkonnen... —El hombre se paraba para coger aire entre palabra y palabra—. Quizá no me recuerda. Serví junto a usted en Anbus IV, hace trece años. Yo dirigí uno de los destacamentos contra las máquinas pensantes. Soy el tercero Hondu Creggh.

Xavier entrecerró los ojos intentando recordar. Aquel oficial había preparado la segunda emboscada terrestre en una aldea zenshií, pero los lugareños sabotearon la artillería y dejaron a Creggh y a sus comandos indefensos ante el ataque robótico. Como le pasó a Vergyl.

—Sí, te recuerdo muy bien. —Sus cejas se juntaron—. Pero pensé que te habían reasignado a tu mundo de origen... Balut, ¿verdad? —aspiró por la sorpresa—. ¡Balut! ¿Y lograste sobrevivir al ataque?

—Balut fue mi hogar... en otro tiempo.

Xavier se inclinó hacia delante, con un montón de preguntas en la cabeza.

—Vi el informe táctico, las imágenes sumariales. ¡Qué terrible! Las máquinas pensantes lo destruyeron absolutamente todo, no quedó ni un alma... pero ¿cómo escapaste?

—No fueron las máquinas las que nos atacaron. —Hondu Creggh meneó la cabeza—. Eso es lo que querían que creyeráis, pero no fue Omnius. Fueron Iblis Ginjo y los tlulaxa.

A Xavier casi se le paró el corazón.

—Pero ¿qué dices!



—Tengo que enseñarle una cosa, si mi cuerpo puede aguantar el esfuerzo. — Cregh alzó la cabeza, y su ojo, demasiado grande e inyectado en sangre, parpadeó—. Pero se lo aviso, correrá un grave peligro. No me agradecerá que se lo haya dicho.

—No me preocupa el peligro, ya no. —Xavier apretó la mandíbula—. Y si has tenido el valor de venir aquí en tu estado para hablarme, lo menos que puedo hacer es escucharte.

El tercero Cregh dejó caer la cabeza de nuevo, y los hombros.

—He venido porque ya no tengo nada que perder, primero. Estoy muerto. — Acarició los paquetes gelatinosos que llevaba sujetos a la cintura, tocó los tubos intravenosos que se introducían en su cuello y en su pecho. Su único ojo miró a Xavier—. Me han quitado los riñones y el hígado. Los tlulaxa me han conectado a sistemas y máquinas de soporte para que no me deteriore demasiado deprisa, mientras espero a que me extraigan el resto de órganos y miembros útiles.

Xavier no acababa de entender lo que le estaba diciendo.

—¿Cómo? Pero si tienen las granjas de órganos. Pueden cultivar lo que necesitan. ¿Por qué iban a...?

—Soy un donante de órganos... al estilo tlulaxa —dijo el hombre demacrado con una sonrisa espantosa. Se levantó de la silla y se sostuvo sobre sus piernas temblorosas—. Sí, los tlulaxa tienen granjas de órganos, pero son muy poco productivas. Pueden crear órganos muy caros en tiempo de paz, tal vez... pero no tienen ni de lejos la capacidad para satisfacer las exigencias de la Yihad.

—Pero ¡eso es imposible! —Xavier sintió que una profunda repulsión crecía en su alma—. Yo mismo llevo pulmones de esas granjas...

La cabeza de Cregh seguía cayendo, como si su cuello ya no tuviera fuerza para sujetarla.

—Quizá sí es cierto que sus pulmones proceden de uno de esos tanques, o quizá se los arrancaron a algún pobre esclavo que tenía tejidos compatibles. Cuando los veteranos y los heridos de la Yihad empezaron a pedir órganos sanos, los tlulaxa tuvieron que buscar fuentes alternativas. ¿Quién se iba a preocupar por unos pocos colonos y unos insignificantes esclavos budislámicos?

Xavier tragó con dificultad.

—Entonces ¿las granjas de órganos que Serena y yo visitamos eran un engaño?

—No, eran tanques funcionales, pero solo satisfacen una pequeña parte de las necesidades de la Yihad. Y los tlulaxa no querían perder un negocio tan importante y lucrativo. Los mercaderes de carne quieren que creáis en su progreso tecnológico y os venden los órganos a un precio exorbitante.

Lo peor de todo era que Xavier sabía que, de haber sabido la verdad desde el principio, muchos de los receptores de órganos los habrían aceptado igualmente. Es



posible que incluso él lo hubiera considerado un mal necesario por el bien de la Yihad.

Cregg dio un suspiro, hondo y furioso.

— Así que cuando llegan pedidos, los tlulaxa extraen los órganos solicitados a gente que según ellos no sirve para ninguna otra cosa. Gente como yo.

Mientras trataba de asimilar lo que estaba oyendo, Xavier se preguntó qué papel tendría Iblis Ginjo en aquello.

— Y el Gran Patriarca... ¿está al corriente de esto?

El hombre entrecerró su ojo y lanzó una risotada.

— ¿Que si lo sabe? Él lo creó.



Capítulo 112

La humanidad siempre ha buscado más y más conocimiento, porque lo consideraba una bendición para la especie. Pero hay excepciones, hay cosas que nadie tendría que aprender a hacer.

Pensadora Kwyna, archivos de la Ciudad de la Introspección

Aturdido, Xavier siguió al tercero Cregh al estrecho balcón, que estaba muy alto, por encima de las calles del suburbio. La noche era húmeda y fría. Los dos avanzaron trabajosamente por barandillas, ayudándose con la cuerda, cruzando oscuros pasajes y pasos superiores. Xavier ayudaba al tercero siempre que podía.

Xavier estaba seguro de que habría guardias apostados a la puerta de su habitación y de la habitación del quinto Paolo. Esperaba que nadie entrara a comprobar si estaba allí antes de que hubiera tenido tiempo de ver lo que aquel soldado desesperado quería enseñarle. Y lo peor, esperaba que no hubieran puesto cámaras de vigilancia en la suite. Aunque ya era demasiado tarde para preocuparse por eso.

Durante la noche, la zona prohibida de la ciudad era oscura y siniestra.

—¿Vamos a entrar ahí? —preguntó Xavier a aquel veterano medio muerto. Hablaba en voz baja—. Es una zona de seguridad, está prohibido pasar...

—Hay maneras de entrar. Los tlulaxa tienen tan pocos visitantes extraplanetarios que ni siquiera conocen los puntos débiles de su sistema de seguridad. —Cregh aspiró emitiendo un sonido líquido y conteniendo visiblemente el dolor—. Pero sospecho que será más difícil entrar que salir. La mayoría de prisioneros, como yo, no tenemos mucha capacidad... ambulatoria. ¡Chis! Mire. —Y señaló.

Agachados, vieron pasar a tres tlulaxa, cada uno con un aparato electrónico. Cuando el camino estuvo despejado, Hondu Cregh se movió con rapidez entre las sombras, seguido por Xavier.

En un callejón abarrotado situado en el exterior de un edificio metálico del tamaño de un hangar, Cregh abrió una trampilla y se agachó. Los dos entraron por una rampa de suministro. Evidentemente, el esfuerzo era demasiado grande y doloroso para Cregh, pero no aminoró el paso.



En el interior de aquel gran edificio, el hedor a productos químicos y muerte era demasiado intenso incluso para Xavier, que tenía el sentido del olfato muy debilitado. Pero lo que vio le hizo desear haber perdido también la vista.

Las camas de confinamiento eran como ataúdes equipados con aparatos de diagnóstico y sistemas para mantener a aquellas figuras patéticas y quejumbrosas con vida bombeando líquidos en su interior. Aquel lugar cavernoso se extendía hasta donde alcanzaba la vista, bajo unas luces mortecinas.

Miles de cuerpos yacían atrapados. Especímenes vivos. Algunos no eran más que un tronco cortado, o las extremidades, que se mantenían frescas mediante inyecciones de nutrientes y líquidos, simples retazos de humanidad diseccionada. Otros cuerpos llevaban allí poco tiempo, y los tenían atados mientras les extraían los órganos y miembros uno a uno para satisfacer los pedidos.

Las verdaderas «granjas de órganos».

Xavier respiró hondo conteniendo un sollozo, sintió náuseas. Mientras notaba el sabor del aire, se preguntó si a él también lo habrían salvado mediante el sacrificio de alguna víctima desconocida que había proporcionado un par de pulmones sanos.

La mayoría de cautivos tenían el pelo oscuro y la piel morena característicos de los budislámicos, como los de Anbus IV, o los rebeldes de Poritrin. Los zensuníes y los zenshiíes que aún tenían ojos, lo miraban con desesperación, con esperanza o con odio.

—Yo escapé de mi cama —dijo Creggh con voz achacosa—. Ya me han extraído casi todos los órganos vitales, así que no creyeron que pudiera sobrevivir fuera de este sitio... una hora o dos como mucho. Pero uno de los otros donantes murió y pude quitarle sus paquetes de nutrientes y estimulantes. Eso me ha dado la fuerza que necesitaba para salir y buscarle. Sabía que estaba aquí. Oí que dos de esos carniceros lo decían. —Aspiró hondo, como un fuelle que se hincha, y entonces tosió—. Tenía que morir... para que usted lo supiera, primero Harkonnen.

Xavier quería morir. Quería correr, pero sacó fuerzas de flaqueza y miró al horripilante superviviente.

—Pero ¿cómo te capturaron los tlulaxa? Pensábamos que tú y los otros colonos habíais muerto en Balut.

—La Yipol del Gran Patriarca y una docena de naves tlulaxa llegaron de noche y bombardearon la ciudad principal —dijo Creggh—. Lanzaron gases paralizantes que nos dejaron inconscientes y por eso no pudimos oponer resistencia. Igual que pasó en Rhisso. Mataron a algunos de los nuestros para poder repartir los cuerpos por las calles. Y a los demás nos llevaron con ellos. Destruyeron los edificios y no dejaron nada, salvo unos cuantos robots de combate destrozados que habían recogido en algún antiguo campo de batalla. La Liga dio por sentado que habían sido las máquinas.



Lo que estaba oyendo le mareaba. Finalmente, la debilidad venció a aquel hombre y cayó de rodillas.

—Así es como los tlulaxa consiguieron material fresco para sus granjas, e Iblis pudo dar un nuevo impulso contra las máquinas. Su gente lucha por la causa sin sospechar nada.

—Un plan abominable —dijo Xavier.

—Eso no es todo. Hizo lo mismo en Chusuk hace años, y en el planetoide minero de Rhisso. Y dentro de poco atacarán... Caladan. Debe detenerlos.

Xavier escuchaba con una creciente sensación de terror mientras el tercero hablaba entrecortadamente, como si se le estuviera acabando la batería. Finalmente se desplomó sobre el suelo, ya no le quedaban fuerzas. Xavier no entendía cómo había podido sobrevivir tanto rato sin sus órganos vitales —solo el corazón, la cabeza y las extremidades— y desconectado de aquellos complejos sistemas de mantenimiento que los tlulaxa utilizaban para que los órganos se conservaran en buen estado.

Xavier se arrodilló, le colocó el brazo sobre el hombro huesudo y se levantó. Trató de arrastrarlo con él, aunque sabía que ya no se podía hacer nada. Fue trastabillando entre las camas-ataúd y las mesas de disección, arrastrando al valiente soldado. Pero al final no pudo seguir. Hondu Creggh estaba muerto.

Con suavidad, Xavier dejó el cuerpo del tercero sobre el suelo manchado. Veía otros cuerpos medio desmembrados, conservados con vida para aprovechar los órganos y los tejidos. A algunos les habían arrancado la piel —seguramente para utilizarla en soldados con quemaduras—, y se veía el tejido muscular en carne viva.

Xavier empezó a andar dando tumbos, pensando si debía liberar a aquella gente, pero sabía que la mayoría moriría enseguida sin los sistemas a los que estaban conectados. Ya habían perdido órganos vitales. Quizá algunos lograrían sobrevivir, pero... ¿adonde iban a ir? ¿Qué podía hacer para ayudarles?

Aunque era un oficial de alto rango del ejército, allí estaba solo, rodeado de enemigos: los tlulaxa y también Iblis Ginjo y su Yipol. No podía dar la voz de alarma. Xavier se aferró al borde de una de las mesas de disección. El cuerpo que había sobre ella movió débilmente una mano y trató de tocarle.

—Creo que se imponen algunas explicaciones —dijo una voz poderosa—. No juzgue aquello que no entiende.

Xavier se volvió y vio al Gran Patriarca en pie al final del largo pasillo, acompañado por investigadores tlulaxa, guardias de la Yipol y comerciantes de carne. Se quedó petrificado. Sabía que, a pesar de su posición, estaba perdido. Quizá aprovecharían para quitarle también sus órganos...

—Entiendo mucho más de lo que querría —dijo Xavier, tratando de disimular su desagrado y su indignación—. Supongo que podréis justificar esto.



—Solo hay que ver las cosas con un poco de perspectiva, primero. Estoy seguro de que lo entiende, ¿verdad? —Iblis se veía robusto y fuerte, y en cambio Xavier se sentía increíblemente viejo.

—¿Es de aquí... —preguntó— es de aquí de donde salieron mis pulmones?

—Eso fue antes de que yo subiera al poder, así que no tengo forma de saberlo. Pero incluso si fuera así, cualquier persona objetiva lo consideraría un intercambio justo: la vida de un despojo sin nombre por la de un gran primero. —Iblis se irguió, buscando la forma de dar un argumento convincente—. La mayoría de estas personas son esclavos, parias salidos de planetas indeseables. —Miró con desprecio a las víctimas que estaban confinadas en las camas—. Pero usted es un genio de la táctica, un leal soldado de la Yihad. Piense en todo lo que ha hecho en las pasadas décadas, primero... todas las victorias que ha conseguido frente a Omnius. Se mire como se mire, su vida es muchísimo más valiosa que la de un simple esclavo, sobre todo un budislámico cobarde que se negó a luchar por la Yihad.

—El fin justifica los medios —dijo Xavier, sin atreverse a demostrar su repulsa—. Puede ser un argumento válido, sí.

Iblis sonrió, tomando erróneamente la calma de Xavier por aprobación.

—Mírelo de esta manera, primero: al mantenerlo vivo y con capacidad para rendir al máximo, el esclavo que sacrificó sus pulmones contribuyó a su manera a la lucha contra las máquinas. Si esa gente hubiera contribuido voluntariamente al esfuerzo de guerra de otra forma (como debe hacer todo humano) jamás los habríamos traído aquí, ¿no es cierto?

—Pero no todos los que hay aquí son budislámicos —dijo Xavier, mirando el cadáver macilento de Cregh. Las palabras eran como bilis amarga en su boca—. Este hombre fue soldado del ejército de la Yihad.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó Iblis, con tono mordaz, apretando la mandíbula.

Xavier meneó la cabeza.

—Estaba demasiado débil, y ha muerto enseguida, pero le he reconocido. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Ese hombre ya no existe —dijo Iblis—. Algunos quedan tan malheridos en el campo de batalla que es imposible que sobrevivan. Aun así, sus cuerpos aún pueden dar esperanza a otros. La familia de este oficial cree que murió como un valiente en combate, y a todos los efectos, así ha sido. Después su cuerpo ha proporcionado los órganos necesarios para mantener con vida a otros yihadíes y a otros mercenarios. Hubiera muerto de todas formas. ¿Puede pedir más un soldado?

Xavier se sentía débil y asqueado. Nada de lo que Iblis dijera podía justificar lo que él y esos monstruos tlulaxa habían hecho.

—¿Serena estaba al corriente de esto? —preguntó al final con voz derrotada.



—No, pero la tecnología tlulaxa nos permitió recrear la fantasía de su martirio. Utilizando las células que los tlulaxa le tomaron de muestra cuando visitó Thalim hace diez años, clonamos un cuerpo genéticamente idéntico y lo mutilamos horriblemente. Captamos cada momento en imágenes con todo detalle, preparamos cada movimiento e hicimos que Omnius se comportara como el monstruo que todos sabemos que es.

A Xavier también le costó asimilar esto.

—Entonces ¿Serena no fue torturada? ¿No fue asesinada por las máquinas...?

—Di orden de que su jefa de serafinas la matara personalmente si el Omnius-Corrin no lo hacía. Serena tenía que provocar a Omnius para que la matara, pero si no lo lograba... Bueno, no podíamos permitir que eso pasara. Tenía que ser un golpe rápido e indoloro que sorprendiera totalmente a las máquinas. —Iblis se encogió de hombros.

Xavier se tambaleó a causa de la incredulidad.

—¿Y por qué iba a hacer una cosa tan terrible? ¿Qué ganaba...? —Pero él mismo se interrumpió—. Claro. Estaba echando más leña al fuego para avivar la llama de la Yihad. Sabía que nuestra gente estaba dispuesta a aceptar la paz de los pensadores por puro agotamiento, a menos que ella diera su vida para asegurarse de que eso no pasaba.

Sonriendo, el Gran Patriarca extendió las manos como si la respuesta fuera evidente.

—¿Puede imaginar una forma mejor de incitar a todos los humanos de la Liga? Serena no podía, ni yo. Yo me limité a asegurarme de que no fracasaba en su intento. Incluso los que protestaban callaron cuando vieron lo que Omnius había hecho a su amada sacerdotisa.

El gemido de uno de aquellos zensunies medio descuartizados hizo que la atención de Xavier volviera a las camas. Tragó con dificultad.

—¿Sabía ella algo de los órganos, sabía de dónde venía la mayoría..., que cortáis a esta gente a trozos como si fuera una sastrería?

El Gran Patriarca lanzó una sonrisa de connivencia, mientras su Yipol y los tlulaxa esperaban inquietos junto a él.

—Serena tenía otras cargas que llevar, y solo se le decía lo que tenía que saber. Ella me pidió que buscara la forma de cuidar de nuestros yihadies heridos, de conseguir esos órganos que necesitaban tan desesperadamente. Y aunque reconozco que todo esto no es agradable, es totalmente necesario. Estoy seguro de que lo entiende. —Esbozó una amplia sonrisa—. Piense en Serena y en su memoria, primero. Ya sabe lo mucho que elogió estas granjas y el bien que hacían. Ya sabe lo mucho que deseaba que Tlulax se uniera a la Liga de Nobles. A pesar de las formas, esto es lo que ella quería. —Dio un ominoso paso hacia él, fingiendo un tono paternal y comprensivo—.



Xavier Harkonnen, sé que la amaba. No se precipite, por favor, no arruine el legado que Serena nos ha dejado a todos.

Xavier trató de contener su ira.

—No, no lo haré —dijo, esperando haber convencido a Iblis.

Los tlulaxa y los guardias de la Yipol lo miraban con recelo, pero Xavier no apartó la mirada de aquel hombre tan pagado de sí mismo.

—He visto demasiados horrores, demasiada guerra. Cuando volvamos a Salusa Secundus os pediré que... que aceptéis mi dimisión como primero del ejército de la Yihad.

Por un momento, Iblis pareció sorprendido, luego puso cara de alegría. Pero enseguida disimuló y asintió.

—Como quiera, y será con todos los honores, por supuesto. Ha servido fielmente al ejército, pero la guerra debe continuar hasta que derrotemos a Omnius. En el nombre de Serena, seguiremos haciendo lo que haga falta.

—Por supuesto —dijo Xavier—. Solo tenéis que decirlo, y haré lo que haga falta por Serena. Pero de momento solo quiero volver a casa.

Pero Xavier tenía otros planes, si lograba actuar con la suficiente rapidez.



Capítulo 113

Una auténtica creación, del tipo que a mí me interesa, con el tiempo se independiza de su creador. La evolución y la experiencia llevan al sujeto inicial muy lejos de sus orígenes, con un resultado incierto.

Erasmus, Reflexiones sobre los seres biológicos racionales

En medio de los altibajos de la Yihad, las naves de actualización de Omnius siguieron con sus rutas interminables y predecibles, yendo de un Planeta Sincronizado a otro. La naturaleza inmutable de la supermente era su punto más vulnerable.

Agamenón y sus cimek unificados sabían exactamente dónde esperar a la nave en la periferia del sistema de Richese. El general había dejado a Juno en Bela Tegeuse para que siguiera reuniendo y convirtiendo a la población. Tras nueve años de rebelión, contaban con muchos guerreros neocimek que se lo debían todo a los tres titanes supervivientes.

Y Omnius no se había tomado la amenaza en serio.

Mientras esperaban emboscados, Agamenón y Dante detectaron la llegada de la nave de actualización plateada y negra, que seguía tranquilamente su ruta entre Planetas Sincronizados. El capitán robot hacía su trabajo, sin plantearse en ningún momento que también formaba parte del conflicto.

Seis naves de neocimek esperaban al acecho, listas para atacar. Todas habían sido reforzadas con fuertes blindajes y mayor potencia de fuego en las industrias restauradas de Bela Tegeuse. Omnius había agregado pequeñas baterías de armas defensivas a muchas de las naves de actualización, pero se trataba básicamente de un gesto simbólico, insuficiente para proteger las esferas de un ataque cimek.

Agamenón sabía que sus rebeldes podrían apoderarse de la nave fácilmente. Los neos captados entre la población tegeusana estaban deseando demostrar su valía y participar en la lucha.

Beowulf los acompañaba con dificultad. El neocimek más antiguo había quedado muy tocado durante el ataque a traición de Hécate, y su nave casi quedó destruida por el bombardeo de esferas cinéticas. Cuando trataba de huir, las subidas de tensión provocadas por los fuertes impactos pasaron a su cerebro orgánico a través de los



delicados mentrodos y quemaron algunas zonas. Beowulf quedó flotando a la deriva en el cinturón de asteroides de Ginaz, de donde fue rescatado por una partida cimek de reconocimiento. A causa de las heridas, ya no podía funcionar al mismo nivel que antes. Su mente no volvería a ser la misma.

Sin embargo, en un gesto de compasión muy poco habitual, el general titán había permitido que el cimek tullido y achacoso los acompañara en aquel ataque, aunque no iba a servir de gran cosa.

Aunque el ataque contra Zufa Cenva y Aurelius Venport no había salido como esperaban, los dos humanos habían muerto, y también Hécate, lo que significaba que no podría seguir interfiriendo en sus planes. Sí, un resultado aceptable.

Agamenón también había descubierto que era muy útil tener gente que difundiera rumores y espías entrenados por los mundos de la Liga más importantes. Después de ofrecerles la inmortalidad prometiéndoles convertirlos en neocimek, la gente de Bela Tegeuse se había ofrecido voluntariamente para actuar como observadores y reunir datos, cosa que permitiría que los titanes lucharan en aquella guerra de dos frentes con mayor eficacia. Omnius también utilizaba espías humanos, aunque con precaución, ya que temía que el contacto con la humanidad libre los corrompiera de forma irreparable... como había sucedido con su propio hijo, Vorian Atreides.

—Preparados para dirigirnos hacia el objetivo, general —anunció Dante.

Beowulf emitió un sonido entusiasta y finalmente ajustó sus sistemas de comunicación para que sus palabras fueran definidas, aunque algo lentas.

—Hora de matar a Omnius.

—Sí, es hora de matar a Omnius. —Agamenón dio la orden para que las naves emboscadas rodearan la nave de actualización.

Agamenón y Dante observaron desde una distancia prudencial mientras los neocimek se lanzaban sobre la nave y la obligaban a detenerse. Tenían orden de no causar ningún daño que no pudiera repararse con rapidez. En cuestión de minutos, los disparos precisos dejaron los motores de la nave fuera de combate y quemaron los sistemas implantados de transmisión.

El capitán robot trataría de enviar una señal de socorro, pero el Omnius-Richese jamás la recibiría ni sabría qué había pasado. Agamenón y su equipo se harían con el control de la nave y la mandarían de nuevo hacia el confiado planeta antes de que pudieran percibir ningún retraso.

—Deprisa —dijo—. No tenemos mucho tiempo.

Las naves cimek se acoplaron a la fuerza a la nave de actualización. Uno de los neos tegeusanos fue el primero en entrar, caminando con pasos mecánicos y ruidosos por las cubiertas metálicas y frías. Agamenón entró detrás y se dirigió hacia la cabina del piloto, impaciente por estrujar otra gelesfera plateada en sus garras de metal.



En el interior de la cabina, el robot de piel cobriza cogió totalmente desprevenido al osado neocimek. Le disparó con un arma de fuego y el proyectil compacto acertó en su contenedor, salpicando las paredes con materia gris y electrolíquido.

Agamenón retrocedió, levantando las armas implantadas en su forma mecánica articulada. El robot volvió su rostro cobrizo y liso hacia él.

—Ah, eres Agamenón, supongo que tendría que haberte disparado primero. Pero entonces Vorian se habría enfadado conmigo.

El general titán titubeó al reconocerlo: era Seurat, el robot independiente que había llevado a Vor como copiloto en incontables misiones de actualización.

—Al contrario, Seurat. Creo que mi hijo habría estado encantado si le hubieras hecho el trabajo sucio.

El capitán robot simuló una risita.

—No lo creo, Agamenón. Me parece que a él le gusta enfrentarse personalmente a sus problemas y saborear la victoria.

Otros cimek habían subido a bordo y se arremolinaban detrás del general. Los capitanes de las otras naves de actualización habían sido arrojados al espacio desde las cámaras de descompresión, todavía humeantes, pero Seurat podía proporcionarle información valiosa.

—Coged a este robot prisionero —indicó Agamenón a los neos blindados—. Quiero interrogarle.

Seurat se mantuvo firme.

—No puedo permitir que captures la esfera de actualización. Mi programación me lo impide.

—Haz un análisis y evalúa tus opciones. Si quisiera podría fácilmente disparar un impulso descodificador y desconectar todos tus sistemas, y luego arrojarte al espacio. Puedo dispararte un proyectil y destruirte. O puedes seguir mis instrucciones y sufrir los mínimos daños físicos. Ninguna de las opciones incluye que protejas la copia de Omnius.

Los neocimek se adelantaron haciendo mucho ruido mientras Seurat consideraba sus posibilidades.

—Tu afirmación es correcta, Agamenón —dijo el robot—. Prefiero no sufrir daños. Quizá surjan nuevas opciones más adelante.

—No cuentes con ello.

Dos neocimek se llevaron al robot a una de las naves que esperaban y Agamenón fue a abrir la cámara de contención donde estaba la actualización de Omnius. Aunque aquello no era necesario para su plan, estrujó la gelesfera y convirtió a la supermente en un reluciente amasijo de circuitos.



Mientras él se divertía con aquello, otros cimek se movían por la nave, y robots preparados para moverse por el vacío se desplazaron por el casco exterior como insectos metálicos. Repararon a toda prisa los desperfectos que habían provocado sus armas e instalaron nuevas antenas de transmisión para que la nave pudiera seguir su camino hacia Richese.

—Los motores vuelven a estar operativos, general Agamenón —informó Dante—. La nave de actualización puede seguir su camino.

Utilizando lo que sabían de las predecibles rutas de la supermente, los rebeldes cimek ya habían seguido e interceptado diez naves de actualización. Habían destruido las suficientes copias de Omnius para que los Planetas Sincronizados, tan distantes entre sí, empezaran a fragmentarse. Las diferentes encarnaciones de la supermente ya no actuaban de forma coordinada.

—Instalad la nueva programación y soltad nuestra nueva arma. —Agamenón manipuló los mandos.

La nave de actualización aún tenía sus códigos de acceso y enlaces aprobados para el Omnius-Richese. Una vez hubiera franqueado el perímetro defensivo, alteraría su ruta. Los motores acelerarían y, como un martillo a toda velocidad, atravesaría la atmósfera y asestaría un golpe destructivo contra la ciudadela central de la supermente electrónica.

Y entonces los cimek podrían lanzarse contra aquel vulnerable Planeta Sincronizado. Agamenón ya tenía una poderosa fuerza militar esperando para atacar, asimilar y limpiar; tenía naves inmensas construidas en Bela Tegeuse, a las que se unía la fuerza robótica de combate recuperada y reprogramada que le habían robado a Omnius. En cuanto su nave destructora de actualización colisionara contra Richese, los cimek bajarían para terminar el trabajo. Quizá las máquinas pensantes del planeta tratarían de organizarse, pero las subestaciones de Omnius no podrían unificarlas con la suficiente rapidez.

El general titán volvió a su nave y todos los cimek observaron cómo la nave de actualización reprogramada entraba en el plano orbital del planeta. Richese pronto estaría bajo el control de los cimek, un paso más para lograr una nueva Era de los Titanes. Allí, Juno nuevamente haría su labor de convertir a los humanos oprimidos y desesperados en fieles aliados cimek.

Y quizá el robot cautivo Seurat le daría alguna idea de cómo actuar con su hijo traidor, Vorian...

—Preparados para entrar en acción —dijo Agamenón—. Esta vez no hay duda de que lograremos la victoria.



Capítulo 114

Me importa un comino la historia. Haré lo que sea más correcto.

Primero Xavier Harkonnen, carta a Vorian Atreides

Cuando partieron de Tlulax, Xavier pilotaba la nave diplomática personalmente. Ya lo había hecho en el viaje de ida, era su deber, y aunque se le veía terriblemente cansado, insistió en cumplir con su obligación. El primero parecía aletargado cuando despegaron de la ciudad cuadrículada de Bandalong.

Iblis Ginjo estaba en pie en la cabina del piloto, totalmente satisfecho, sujetándose al respaldo del asiento del pasajero y contemplando la brillante cuadrícula de metal y cristal de la ciudad. Las laderas se extendían en nítidas hileras, salpicadas por las puntadas de las engañosas granjas de órganos.

A bordo de la nave, cinco sargentos de la Yipol controlaban los movimientos de Xavier, pero el viejo primero manejaba los mandos con expresión cansada y derrotada. Decía que estaba impaciente por volver a casa.

Sin embargo, en su corazón sabía que Iblis no dejaría que llegara a Salusa Secundus. El Gran Patriarca no podía arriesgarse a que sus escandalosos secretos salieran a la luz, sobre todo los relacionados con las granjas de órganos de Tlulax y la payasada del martirio de Serena.

No, los sargentos de la Yipol provocarían algún accidente, lo matarían durante la travesía y volverían a Zimia fingiendo un gran pesar por la muerte del viejo héroe. Entonces Iblis podría seguir con sus planes de destruir Caladan, llevarse a su población para convertirlos en donantes involuntarios de órganos y avivar la ira de la gente contra las máquinas pensantes.

—Siempre he hecho lo que era mejor para la Yihad, Xavier —dijo Iblis con tono conciliador, tratando aún de convencerlo—. Piense en lo fuertes que somos ahora. El fin justifica los medios, ¿no?

—Todos podemos decir lo mismo —contestó Xavier—. Vorian, Serena y yo. Ha sido una guerra increíblemente larga. Y todos hemos hecho cosas de las que no estamos orgullosos.

—Seguro que hasta Serena habría estado orgullosa de nuestros actos —insistió Iblis—. Debemos ser fieles a su visión. Debemos hacerlo en su memoria.



Xavier hizo ver que estaba de acuerdo. Tenía que hacer creer al Gran Patriarca que no era una amenaza, que no haría ninguna temeridad. Pero, costara lo que costase, no podía dejar que aquel hombre corrupto siguiera ejerciendo su poder. Había que hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

Discretamente, Xavier ya le había dado instrucciones al joven Paolo.

Aquel transporte diplomático funcionaba con motores espaciales convencionales que tardarían varias semanas en llevarlos del sistema de Thalim a Salusa Secundus. Para casos de emergencias, una de las pequeñas kindjal de reconocimiento de la cubierta inferior había sido equipada con los nuevos escudos Holtzman de los astilleros de Kolhar. Sin embargo, viajar plegando el espacio aún era peligroso, y muchos pilotos habían desaparecido en viajes rutinarios. Pero si lo que buscaban era velocidad, no había otro remedio. El quinto Paolo aceptó el riesgo.

Una vez salieron de los límites de la atmósfera de Tlulax, Xavier maniobró lenta y cuidadosamente, como si se estuviera alineando con el vector adecuado para un lanzamiento a través del abismo del espacio.

En el panel de control se encendieron unos indicadores de alarma, tal como Xavier esperaba.

Iblis se dio cuenta enseguida.

—¿Qué es eso?

Xavier fingió estar confundido.

—Parece que la escotilla del hangar se está abriendo. Mmm, quizá no funciona bien. —Los hombres de Iblis miraron a su alrededor furiosos y sorprendidos.

Iblis no se dejaba engañar.

—¡Su ayudante! ¿Qué se llevan entre manos?

Xavier volvió a mirar las pantallas de seguimiento y dejó de fingir.

—Se está preparando para lanzar un kindjal que pliega el espacio. No creo que sus hombres lleguen a tiempo para detenerle.

Iblis espetó:

—¡Deprisa! Los cinco. Esa nave no tiene que despegar. ¡Traed a Paolo inmediatamente! —Los policías de la Yipol salieron a toda prisa de la cabina y se fueron por el corredor, pero el quinto Paolo ya se había ido.

Xavier estaba satisfecho; lo había sincronizado todo a la perfección. Iblis Ginjo y sus hombres no le habían quitado los ojos de encima, pero nadie esperaba que aquel oficial joven y despreocupado hiciera algo. Tampoco habían considerado la posibilidad de que Xavier actuara tan pronto, porque ni siquiera habían salido al espacio abierto.



—No sé qué espera que haga ese chico —dijo Iblis con expresión desdeñosa— ¿Con quién va a hablar? ¿Quién va a creerle? Yo controlo las noticias y la información por toda la Liga. La gente cree en mí, así que puedo perfectamente denunciarle, a él y a usted. Y de todos modos ¿adonde piensa ir?

Sonriendo, Xavier se recostó en el respaldo de su asiento de piloto y manipuló los mandos. La puerta blindada de la cabina se cerró con un sonido siseante, dejándolo encerrado con el Gran Patriarca. Mientras Iblis se giraba alarmado, Xavier inutilizó el mecanismo de la puerta.

Las puertas ya no se podían abrir, al menos no con ninguna de las herramientas o los sistemas que había a bordo. Acaba de ganar por jaque mate a su oponente. Vorian, que disfrutaba tanto con las apuestas, se habría sentido orgulloso.

La nave diplomática seguía en el sistema de Thalim, pero Paolo ya había iniciado su viaje a las estrellas. Plegó el espacio y culminó su misión sano y salvo.

Furioso, Iblis aporreó la puerta, tratando de abrir, pero cuando vio que era inútil se volvió hacia Xavier y lo miró con expresión furibunda.

—Esperaba que no fuera tan estúpido, primero. Pensaba que entendía mi posición.

—Sé muchas cosas de usted, Iblis. Las granjas de órganos son solo uno de sus imperdonables crímenes y engaños. —Xavier entró en los controles de navegación, selló la ruta, cortocircuitó el panel de controles y dejó el puente inoperativo. Ahora Iblis no podría hacer nada para detenerle.

—¿Qué está haciendo?

Muy por encima del planeta, la nave diplomática describió un arco y empezó a avanzar hacia el ardiente corazón del sistema. El sol de Thalim brillaba con intensidad, arrojando un intenso resplandor al interior de la cabina y proyectando sombras alargadas.

—Sé lo que hizo en los asentamientos de Chusuk, Rhisso y Balut —dijo Xavier—. No fueron las máquinas quienes los atacaron, ¿verdad?

—No tiene ninguna prueba —contestó con la voz destilando hielo.

—Interesante respuesta, pero no es precisamente lo que diría alguien que es inocente.

Mientras la aceleración automática hacía que la nave avanzara a toda velocidad, Iblis consiguió llegar dando tumbos al panel de mandos y echó a Xavier a un lado. Ninguno de los controles respondía. Empezó a maldecir.

—También sé lo que tenía pensado para los habitantes de Caladan —siguió diciendo Xavier—. Donantes frescos para las granjas de órganos mientras usted manipula al resto de la Liga.



El rostro anguloso de Iblis se ensombreció con una expresión obstinada de autojustificación.

—Serena Butler lo hubiera entendido. Ella sabía que la gente había perdido entusiasmo. Son perezosos, ya no piensan en la importante lucha que tenemos que librar. Por Dios, ¡si estaban dispuestos a aceptar la propuesta de alto el fuego de los pensadores! No debemos permitir que vuelva a pasar.

—Estoy de acuerdo —dijo Xavier—. Pero no a ese precio.

Unos fuertes golpes resonaban en la puerta de la cabina: eran los guardias de la Yipol, que trataban de entrar. Iblis trató de manipular un panel de control que había en la pared, pero la puerta siguió sellada. Se volvió a mirar a Xavier con rabia.

—¡Deje que entren, maldito sea!

Xavier se limitó a recostarse en su asiento y contempló la luminosa escena por las pantallas frontales. La nave se dirigía a toda velocidad hacia el horno deslumbrante de la estrella central del sistema de Thalim.

—Serena comprendía la necesidad del sacrificio y la motivación —dijo—, pero cuando llegó el momento, lo hizo personalmente. No pidió a ninguna otra persona que se convirtiera en una víctima por ella. Usted es un hombre egoísta y con una insaciable sed de poder, Iblis.

—No sé lo que...

—En lugar de protagonizar actos peligrosos usted mismo, elegía a víctimas confiadas. Ha hecho que la gente de Chusuk, Rhisso y Balut pague por su ambición.

—Si trata de poner al descubierto lo que considera mis crímenes, jamás logrará probar sus acusaciones. —Iblis lo aferró por los hombros. El primero ni siquiera se resistió cuando el Gran Patriarca lo arrojó de su asiento—. Nadie le escuchará, vejestorio. Mi poder es demasiado sólido.

—Lo sé —dijo Xavier, levantándose del suelo. Y con una extraña formalidad se sacudió su uniforme—. Por eso no puedo permitir que los políticos se encarguen de esto. Usted y su lacayo Yorek Thurr manipularían las pruebas y conseguirían librarse del castigo. Es una pena que no esté aquí con nosotros. Por eso voy a actuar en calidad de oficial del ejército por el bien de la Yihad... como he hecho siempre. Y mi decisión es eliminar al enemigo del campo de batalla. En este momento, usted es el mayor enemigo de la humanidad, Iblis Ginjo. —Sonrió.

La nave seguía su camino hacia el enorme sol de Thalim. La fuerte gravedad tendió sus dedos invisibles y seductores, acercándolos más y más deprisa. Iblis seguía debatiéndose inútilmente con los controles, maldiciendo, golpeándolos con el puño. Sacó su cuchillo y amenazó a Xavier.

—Haga que demos la vuelta.



—He inutilizado los sistemas de navegación. Nada en el universo podría alterar la ruta.

Los ojos oscuros de Iblis se abrieron desmesuradamente, porque al fin comprendió.

—¡No puede hacer esto!

— Ha sido muy fácil. Mire al sol. ¿Ve?, cada vez está más brillante.

—¡No! —se lamentó Iblis.

La Yipol continuaba aporreando la puerta sellada de la cabina, pero sus herramientas y sus armas no servían de nada. La nave se precipitó hacia las cortinas de fuego coronal que brotaba de la estrella.

—Lo peor de todo es que sé que fue usted quien convenció a Serena para que se sacrificara. Por su culpa esa mujer extraordinaria perdió su vida.

—¡Ella misma lo decidió! No podía permitir que los pensadores se salieran con la suya. Fue a Corrin a dar su vida para que la Yihad pudiera continuar. Era la única solución posible. Ella estaba dispuesta a pagar ese precio.

—Pero no de la forma en que usted lo dispuso. —Xavier ya no le escuchaba—. De todos modos, pronto podré preguntárselo personalmente.

La nave empezó a sacudirse a causa de la corrientes ionizadoras de la furiosa estrella, vibrando a causa de la altísima velocidad, pero no se desvió de su ruta. El transporte iba lanzado como una daga embotada hacia la esfera hinchada de gas incandescente. Iblis tenía la cara cubierta de sudor por el pánico y por el calor cada vez más intenso.

Xavier pensó en su vida, su familia, en todo lo que había hecho y dejado de hacer. No le importaba si la leyenda lo recordaba como un personaje menos importante de lo que había sido. Si el quinto Paolo conseguía culminar su misión con éxito, por lo menos Vorian Atreides lo entendería. Era lo único que pedía.

Aquello iba mucho más allá de sus motivos personales; no lo hacía por venganza. Sin Iblis y su habilidad para manipular a la gente, la Yipol y los tlulaxa no tendrían el carisma ni la autoridad para poner en práctica sus horripilantes planes para las colonias humanas. Xavier salvaría a la población de Caladan, y a todas las futuras víctimas del retorcido y mal enfocado fervor de Iblis.

Iblis gritaba que no una y otra vez. Palabras totalmente inútiles. Los guardias de la Yipol seguían golpeando la puerta mientras la nave volaba inexorablemente hacia las llamaradas ardientes del sol. Ahora la fotosfera ocupaba por completo la pantalla frontal, y su luz era tan intensa que parecía que iba a fundir el metal y el plaz.

En la cabina el calor era intenso. Los sistemas de circulación gemían y vibraban en un intento inútil por combatir la sobrecarga térmica. Cada aliento era como fuego en los pulmones de Xavier.



Cerró los ojos con fuerza, pero el resplandor y el calor seguían quemando sus nervios ópticos. Una pira funeraria muy apropiada para él y para Iblis, sí señor.

Mientras la nave volaba al corazón del sol, Iblis no dejó de gritar.



Capítulo 115

La sincronización es esencial, sobre todo si se quiere utilizar el elemento sorpresa.

VORIAN ATREIDES, Memorias sin vergüenza

Inmensas formas bulbosas se alzaban alrededor de Norma Cenva, una auténtica ciudad imaginaria que iba cobrando forma conforme modificaban o construían de cero sus naves para plegar el espacio. Con la ayuda de una numerosa fuerza obrera militar, con las sustanciosas inversiones de la Liga y la sensación de urgencia que caracterizaba a la nueva Yihad, en los astilleros de Kolhar el trabajo avanzaba a un ritmo frenético. El sueño de Norma se estaba haciendo realidad.

Los astilleros se extendían a lo largo de más de mil kilómetros en todas las direcciones, unas bulliciosas instalaciones que formaban una parrilla colosal sobre lo que habían sido las llanuras pantanosas de Kolhar. Las diferentes zonas de trabajo estaban conectadas por tranvías suspensores de alta velocidad, con cápsulas blancas que circulaban por unos raíles invisibles.

Aun así, Norma nunca se había sentido tan vacía y perdida. Estaba junto a Adrien, su hijo de ocho años, a la sombra de una de aquellas naves colosales, y las lágrimas caían por su rostro adorable. El oficial de la Yihad esperaba ante ella, incómodo, con expresión grave por la noticia que había tenido que darle.

«Lo vi en mi visión. Sabía que no volvería a ver a Aurelius.

En aquellos momentos, tenía que dejar a un lado las cuestiones personales. Era demasiado tarde para reprocharse haber pasado tan poco tiempo junto a su marido, para lamentarse por los años que había perdido por culpa de la guerra. Si quería resolver los peligrosos problemas de navegación de sus naves, tenía mucho trabajo que hacer. De lo contrario, muchos yihadíes y mercenarios morirían.

«Debo hacer que mi otra gran visión se convierta en realidad.»

Hasta el momento, treinta y siete naves militares se habían reequipado o se habían construido desde cero. Otras cincuenta y tres se estaban construyendo y pronto estarían acabadas. Aquellas inmensas estructuras, en diferentes fases de acabado, eran negras, cubiertas con los estandartes dorados y plateados. Una selva de andamios suspensores y barcasas de trabajo flotaban en el aire alrededor de cada nave.



Aunque habían requisado la flota de naves de VenKee Enterprises, las autoridades militares aún permitían que la empresa transportara gran cantidad de mercancías según el espacio disponible. Por fortuna, aún no se había producido ningún accidente grave, pero solo era cuestión de tiempo.

Ya hacía meses que aquellos transportes de mercancías se realizaban con éxito, y eso significaba que en VenKee seguía entrando dinero, y que los cargamentos de melange llegaban sin problemas a los numerosos nobles que se habían hecho adictos a ella. Dado que los representantes parlamentarios exigían un aumento en la importación de melange, cabía la posibilidad de que el ejército cediera algunas naves para su uso debido a las «urgentes necesidades» de la Liga. Entretanto, Norma había enviado docenas de cargueros comerciales convencionales para que el suministro de materiales necesarios no se interrumpiera.

Gracias a las concesiones que Aurelius había negociado, VenKee Enterprises sobreviviría. Quizá con el tiempo hasta prosperarían. Pero eso si tenían suerte...

Norma se enjugó las lágrimas, pero aparecieron más. Era una reacción tan humana... estaba acostumbrada a encerrarse en su trabajo, y eso le permitía escapar a la interacción con otras personas y a los insignificantes conflictos de las relaciones personales, los negocios y la política. Pero en aquellos momentos, aunque su mente prodigiosa podía ver viajes a través de un universo plegado, no podía escapar a su terrible realidad personal.

—Un equipo de investigadores de la Liga encontró pruebas en el lugar donde impactó el asteroide en Ginaz —dijo el oficial con voz triste. Norma ni siquiera sabía su nombre—. Decenas de miles de hombres han muerto en el archipiélago, muchos eran expertos mercenarios. No creo que nunca lleguemos a saber qué pasó realmente.

Norma no cuestionó la veracidad de la noticia. El frío viento de la llanura le echó al oficial el flequillo sobre la frente, casi sobre los ojos. El hombre se aclaró la garganta.

—Hemos encontrado pruebas que indican que se produjo un ataque de los cimek en el cinturón de asteroides. Su madre y su marido tenían que pasar por la zona.

—Ya sé lo que les pasó —dijo Norma—. Lo vi en una... visión. Estoy segura de que lo que vi coincide con las pruebas que tienen. —Le explicó lo que había visto después de consumir la especia.

Tratando de controlar sus emociones, Norma meneó la cabeza ante aquella terrible pérdida. Dos personas con un increíble talento se habían ido. Adrien ya tenía edad para comprender. El niño permanecía en silencio junto a su madre.

Al mirar a su hijo, Norma vio una versión más joven y delgada de Aurelius, lleno de dolor. Apretó la mandíbula.

—Debemos trabajar más que nunca. Tú y yo, Adrien, para preservar el legado de tu padre.



—Lo sé, mamá. Las naves. —El niño se acercó más y se abrazó a su cintura. Tenía la capacidad para ser tan brillante como ella, y tan hábil en los negocios como su padre.

Norma asintió.

—Crearemos una poderosa empresa comercial para esas naves. Tenemos que pensar en el futuro.



Capítulo 116

En mis sueños, escucho el susurro lejano de los mares de Caladan, como recuerdos fantasmales que me llaman. Caladan está lejos, muy lejos de la Yihad.

Primero Vorian Atreides, diarios privados

Magullado y triste después de saber la horrible muerte de Serena, Vorian Atreides volvió a Caladan. No tenía ninguna misión militar, ningún plan, solo motivos personales. Hacía mucho, mucho tiempo, había visto cómo Serena se le escapaba de las manos, y no tenía intención de dejar que volviera a pasar. Había encontrado a otra mujer que era especial para él.

«Leronica.»

¿Por qué no retirarse, por qué no dar la espalda a la lucha y dejar que otros se ocuparan de la guerra? Él llevaba décadas luchando. ¿No era suficiente? Sobre todo ahora que la humanidad, indignada, buscaba la venganza en nombre de su sacerdotisa.

En Caladan, con Leronica, podía olvidarse de todo por un tiempo. No se trataba de un descanso, ni de un período para recuperarse, era una forma de adormecer sus recuerdos. Pero mejor eso que nada. Y después volvería a la guerra, como siempre.

Ella ya se acercaba a los cuarenta años estándar, sus gemelos casi tenían diez, pero Vor no había cambiado exteriormente desde los veintiuno, cuando Agamenón le administró aquel doloroso tratamiento para hacerle inmortal. En unos años, Leronica sería lo bastante mayor para parecer su madre. Pero eso no le importaba, nunca le había importado. Solo esperaba que a ella no le preocupara demasiado su apariencia, o la de él.

Cuando Vor llegó de nuevo a la taberna de Leronica, a ella pareció sorprenderle que hubiera vuelto tan pronto. Corrió a abrazarlo, luego se apartó de sus brazos y vio el dolor en su mirada. Algo había cambiado. No había chistes, ni andares desenfadados, no la hizo girar alegremente en un abrazo.

Vor se limitó a abrazarla, y durante un buen rato no dijo nada.

—Te lo diré más adelante, Leronica... pero no ahora.



—Tómame el tiempo que necesites. Siempre eres bienvenido. Quédate conmigo si quieres.

En los días que siguieron, Vor pasó horas en los muelles, mirando el hipnótico y pacífico océano. A veces Leronica se sentaba junto a él, o volvía al trabajo y lo dejaba pensando en el extraño rumbo que había seguido su vida. Uno de los pescadores hasta se lo llevó a navegar con él un día; a Vor aquel trabajo duro pero honrado le gustó, igual que la satisfacción de comer el pescado fresco que había pescado él mismo.

Los chicos, Estes y Kagin, se encariñaron bastante de él sin saber la verdad. Vor sentía que su corazón se hinchía cuando pensaba en las cosas que Xavier le había contado de su vida familiar con Octa, cosas que él nunca había podido entender... hasta entonces.

—Tendrías que haber vuelto a casarte, Leronica —le dijo una tarde cuando caminaban por una playa pedregosa—. Mereces ser feliz, y tus hijos también. He conocido a algunos hombres de aquí que serían excelentes maridos.

Ella levantó las cejas.

—Hace poco más de un año que soy viuda. ¿Te estás quejando porque todavía estoy soltera?

—No, no me quejo, pero me resulta difícil de entender. ¿Es que los aldeanos y los pescadores están ciegos?

—Muchos sí. —Ella le dedicó una mirada juguetona, y se llevó las manos a las caderas—. Además, tú no eres el más indicado para decirme cómo tengo que vivir mi vida. Esperaré el tiempo que quiera hasta que el hombre adecuado se cruce en mi camino. —Se estiró para besarle—. En tus cartas, cuando me hablabas de exóticas aventuras y lugares destacables, he visto mucho del universo Caladan está bien, pero contigo he probado el sabor de estrellas que siempre han estado fuera de mi alcance.

Leronica miró las aguas interminables y calmadas con expresión pensativa.

—Este lugar y esta vida no son suficientes. Quiero algo más para mis hijos. Cuando pienso en la Liga de Nobles, las ciudades de Salusa Secundus y Giedi Prime, imagino a Estes y a Kagin como senadores, doctores o incluso artistas con el apoyo de mecenas nobles. Aquí, en Caladan, están destinados a convertirse en unos simples pescadores. No quiero que se conformen con algo tan pequeño.

A pesar de la paz y la soledad de Caladan, Vor no podía huir de la Yihad. La humanidad entera se había levantado ante el martirio de Serena, y los rebeldes cimek —incluido su padre, Agamenón— habían asestado poderosos golpes a la supermente. Si actuaban coordinadamente, Vor sentía que finalmente el ejército de la Yihad podía derrotar a Omnium. Pero la lucha que les esperaba era difícil.



Cuando el mensajero llegó a Caladan, sabía muy bien dónde encontrar a Vor. En sus últimas instrucciones, el primero Harkonnen le había dicho adonde tenía que ir.

Vor se sintió muy inquieto cuando vio al oficial uniformado corriendo hacia él en la playa. El rostro del quinto Paolo estaba sonrojado por la importancia de su misión. Encontró a Vor sentado en una roca, escuchando el arrullo de las aguas que subían con la marea.

—¡Primero Atreides! Traigo un mensaje urgente y privado del primero Harkonnen.

Leronica quiso marcharse para dejarles que hablaran.

—Tengo que volver a la taberna. Discutid vuestros asuntos tranquilamente.

Vor la sujetó por la muñeca y la hizo quedarse a su lado.

—No tengo secretos para ti. —Se volvió hacia el oficial de rango inferior y esperó.

—Vengo directamente de Tlulax. El primero Harkonnen me envió con un mensaje urgente. Me ordenó que no fuera a Zimia ni entregara el mensaje a ninguna otra persona del ejército. Teme que sus palabras se tergiversen. Por eso me dijo que le encontraría a usted en Caladan, con esta mujer.

El corazón de Vor latía con fuerza; sabía que Xavier nunca se habría saltado el protocolo sin un motivo.

—El primero me dijo —repitió Paolo—: «Me basta con que mi buen amigo Vorian Atreides sepa la verdad».

El joven oficial llevaba un paquete plano y sellado en sus manos. Parecía estar haciendo un gran esfuerzo por mantenerse firme y respirar con normalidad, pero todo él parecía totalmente rígido. Quizá el protocolo era importante para Xavier, pero lo único que Vor quería era escuchar el mensaje.

—Vamos, quinto. ¿Cuál es el mensaje?

Paolo tragó con dificultad.

—Escribió esto rápidamente delante de mí, y me envió antes de que la Yipol del Gran Patriarca pudiera detenerme. A duras penas conseguí escapar. Y temo por la seguridad del primero Harkonnen. Yo... no tendría que haberle dejado solo, pero me lo ordenó.

Vor abrió el paquete. Extrañamente no llevaba ningún sello de seguridad ni código. Era una nota, nada más. Más adelante, al recordar aquel momento, Vor comprendió que aquel detalle, por sí solo, ya decía mucho de la desesperación de Xavier.

Vor leyó con los ojos muy abiertos, mientras la brisa del mar agitaba la hoja en sus manos: el engaño de las granjas de órganos de Tlulax, los supuestos ataques robóticos de Chusuk, Rhisso y Balut, que en realidad habían sido obra de la policía



secreta de Iblis Ginjo, las matanzas de humanos, los órganos que se arrancaban a personas de carne y hueso conforme se necesitaban, la costumbre de culpar a Omnius. Y Caladan, el siguiente planeta en la lista.

«¡Caladan!»

Vor recordaba el osario que había visto en Chusuk, en contraste con la belleza prístina de aquel mundo oceánico.

—¡Hijo de puta! —Las fosas nasales se le hincharon al pensar en lo que le haría al Gran Patriarca en cuanto lo tuviera delante.

Siguió leyendo. Xavier describía lo que pensaba hacer, destruir el encanto envenenado de Iblis Ginjo en un acto heroico final. El viejo primero era consciente de lo que pensarían todos de él: lo verían como un fanático, un traidor, el asesino del amado Gran Patriarca, pero a Xavier no le importaban aquellas desgracias póstumas. Ni la gloria, si finalmente la verdad salía a la luz.

«¿Asesino?»

Al igual que Xavier, Vor conocía la poderosa maquinaria que Iblis Ginjo había creado para rodearse de un halo mítico, y de sus engaños... el cuerpo de policía secreta y yihadíes fanáticos que mantendrían la ilusión de la sacerdotisa Serena Butler y su devoto Gran Patriarca.

Junto a él, el quinto Paolo se aclaró la garganta.

—El primero Harkonnen se arrojó con su nave contra el sol, llevándose al Gran Patriarca con él.

Vor comprendió enseguida lo que aquello significaba y se dio cuenta de que aún había muchas trampas en las que podía caer. No existían la verdad o la justicia, y la realidad nunca era blanca o negra como Xavier siempre había creído.

Iblis había pasado décadas estableciendo redes en la Liga de Nobles, y no sería fácil eliminarlas. Y lo que era peor, si la verdad llegaba a saberse algún día, el escándalo destruiría el impulso que Serena había conseguido como mártir de la cruzada contra las máquinas pensantes. Sus seguidores lucharían entre sí en lugar de combatir a Omnius.

Vor cruzó las manos con fuerza. No podía hacerle eso a la memoria de Serena, así que solo él sabría la verdad acerca de Xavier. Esperaba que su amigo lo entendiera.

Al menos Iblis Ginjo ya no estaba.

Otro problema: ¿qué hacer con los tlulaxa, aquellos despreciables asesinos? Aunque el Gran Patriarca hubiera muerto, sus colaboradores seguían con vida.

Vor tenía que poner al descubierto lo que había detrás de aquellas granjas de órganos, y eso los arruinaría. Sí... podía utilizarlos como chivos expiatorios; desde luego lo merecían. En cuanto la gente conociera aquel horrible engaño, los mirarían



con desprecio. Las granjas de órganos serían destruidas y los esclavos que habían servido como reservas vivientes de órganos serían liberados... de una forma o de otra.

Vor suspiró, sintiendo una enorme responsabilidad sobre sus hombros. Se vio como un nexo de unión entre el pasado y el futuro. Al igual que su amigo, tampoco a él le importaba que lo vieran como un personaje glorioso o culpable.

Leronica estaba a su lado, mirando el mar, con expresión de preocupación y desánimo.

—No puedo retenerte aquí, Vor. Ve y ocúpate de esa emergencia. —Vor vio que las lágrimas brillaban en los bordes de sus ojos marrón oscuro, aunque trató de ocultarlas—. Vuelve cuando puedas, como siempre.

A un lado, el quinto Paolo parecía nervioso e impaciente por marcharse, como si se sintiera perdido mientras no recibiera nuevas órdenes.

Vor se acercó a aquella mujer que se había convertido en un ancla emocional para él. La sujetó por el mentón y le hizo volver la cara para mirarle.

—He pensado mucho aquí. A partir de ahora necesito ser un humano además de un soldado. Yo... quiero que vengas conmigo.

La sorpresa y la alegría de su rostro le quitaron diez años de encima.

—Pero solo soy una pobre mujer de Caladan. No tengo derecho a ser la consorte de un gran primero...

Vor le puso los dedos con ternura sobre los labios.

—Tú eres mi amor, y la madre de mis hijos. —Vor vaciló, esperando que ella negara lo que ambos sabían.

Cuando miraba a Estes y a Kagin no tenía ninguna duda.

Ella apretó los labios.

—Quiero que los chicos recuerden a Kalem como su padre. Él sacrificó su vida por ellos, y no dejaré que empequeñezcas el recuerdo que tienen del hombre al que han conocido toda su vida.

—Ni lo querría. Kalem Vazz hizo lo que tendría que haber hecho yo. Él los crió, les inculcó una moral y les enseñó el valor del trabajo. Él estaba aquí y en cambio yo no.

—Eso no significa que no puedas empezar ahora. —Leronica respiraba agitadamente, y las lágrimas caían por sus mejillas.

—Educaremos a nuestros hijos en la Liga de Nobles —dijo Vor asintiendo—, con todas las ventajas que la civilización puede ofrecer. —Su voz se llenó de emoción, y él atrajo a Leronica a su lado—. Tengo una galaxia entera que enseñarte.



Capítulo 117

La noche es un agujero en el ayer, y un túnel hacia el mañana.

Poema zensuní de campamento

Habían pasado diez años desde que Marha, Jafar y los otros seguidores de las visiones de Selim abandonaron el que había sido su campamento durante tanto tiempo y se perdieron en el desierto, lejos de los cazadores extraplanetarios y los traidores que acompañaban al naib Dhartha. Aquel día aciago, después de trepar a la Aguja, Marha vio morir a su marido. Pero aquello en realidad fue un principio, porque el gran Montagusanos pasó a formar parte del cuerpo segmentado de Dios.

Durante diez años habían seguido los sueños y la misión de Selim. Las noticias sobre el increíble destino del líder de los forajidos se habían difundido entre los asentamientos zensuníes de Arrakis y cientos de personas salieron a buscar el escondite de los forajidos para unirse a los Montagusanos.

Las cuevas de piedra y las dunas de Arrakis eran un refugio, no una cárcel. Los Montagusanos y los forajidos habían encontrado nuevas runas muadru grabadas en la fría piedra. A Ishmael aquellos símbolos le recordaban los antiguos escritos sin descifrar que su abuelo conservaba entre los pergaminos de los sutras en su choza de Harmonthep. Ishmael no sabía cómo interpretarlos, pero estaba seguro de que transmitían un mensaje de esperanza y solidaridad.

En el primer año los refugiados de Poritrin aprendieron a vivir con los nativos de Arrakis, trabajando codo con codo con ellos, ayudándoles en las tareas cotidianas para la supervivencia. Los más débiles recuperaron su fuerza, y nadie se quejó. A causa de haber vivido siempre en la esclavitud, sirviendo a amos caprichosos en tareas de las que incluso una máquina se habría resentido, los esclavos eran resistentes y fuertes.

Ishmael estaba con los suyos ante una enorme abertura que dominaba la ominosa extensión donde jamás verían las pisadas de los negreros. Era un luminoso amanecer. Marha les había dicho que aquel era el momento del día favorito de Selim Montagusanos.

La hija de Ishmael, Chamal, parecía esperanzada y fuerte, y era toda una mujer. Tenía veintiséis años y había vuelto a casarse, a la manera de las curtidas gentes del



desierto, y ya había tenido tres hijos. Aún llevaba a Rafel en su corazón, pero todos en el grupo de refugiados habían perdido a algún familiar o en Poritrin o en Arrakis. Tenían que seguir adelante, porque ahora sabían que aquel sería su hogar, para siempre.

La adorable Marha se situó junto a Ishmael y miró con ojos implacables el desierto. Él le sonrió con dulzura y permanecieron el uno junto al otro, como símbolo de la unión de dos pueblos. El'hiim, el hijo que había tenido con Selim Montagusanos, se había convertido en un jovencito fuerte de casi diez años, y había aprendido a tener más cuidado antes de meterse en grietas desconocidas, donde podía haber escorpiones negros.

Menos de un año después de rescatar a los refugiados, Marha no ocultaba que Ishmael le parecía un buen sucesor de Selim. Ella había sido bendecida con un hijo sano e inteligente y, gracias a las costumbres zensuníes y a la dificultad de la vida nómada, la gente de Arrakis no marginaba a los niños huérfanos o a las mujeres que habían perdido a sus maridos.

—Yo fui la mujer del Montagusanos —le dijo en la quietud de una cueva, alzando el mentón como una princesa del desierto. La cicatriz de su ceja izquierda parecía apagada entre las sombras—. Cuando Shai-Hulud devoró a mi marido y al perverso naib Dhartha, sé que tendría que haber elegido como compañero a Jafar, el segundo en el mando, pero...

Apartó la mirada y luego volvió a mirarle.

—Jafar idolatra la memoria de Selim, y se siente intimidado por su sombra. Él no me lo ha dicho, pero intuyo que para él sería una especie de sacrilegio si me tomara como esposa. Los otros hombres también adoraban a Selim, le seguían como a un profeta. Honran su memoria, las tradiciones que estableció, y me tratan como si fuera una diosa intocable. —Marha le tocó el brazo—. Una persona no puede vivir así, Ishmael.

Él la miró.

—Y como yo soy casi un desconocido, ¿crees que no me frenarían todas esas cosas?

—Tú eres un líder para tu gente, un hombre que se ha ganado su respeto, que es justo y decidido y no teme defender sus convicciones. Eres una roca, no una duna que la brisa errante moldea a su antojo.

Él frunció el ceño.

—Me pides que olvide a mi otra esposa.

Marha meneó la cabeza.



—No te pido que olvides nada. Yo no pienso olvidar a mi esposo. Los dos tenemos un pasado, Ishmael... y un futuro. Juntos seremos fuertes.

Aquellas palabras le asustaban, pero sabía que tenía razón.

—Me ofreces una pesada carga.

Marha estaba muy cerca, tratando de influirle con su inteligencia y su belleza. Entonces se encogió de hombros y le besó su áspera mejilla.

—Todos tenemos una carga que llevar, ¿no es cierto?

Y así fue como se casaron, y trabajaron unidos para dirigir el grupo cada vez mayor de forajidos en su esfuerzo por detener la hemorragia de la melange que salía de Arrakis. Todos ellos juraron defender a Shai-Hulud y evitar el robo de la especia.

Ahora, después de convocar a sus bandidos en la entrada de la cueva, Ishmael miró a aquella gente que lo había seguido desde tan lejos, y a los otros, los que le habían aceptado como sucesor de Selim Montagusanos. A su espalda, sobre la arena, un nuevo día empezaba.

Selim había tenido muchas visiones, había visto momentos del futuro gracias su conexión con el gran Shai-Hulud a través de la melange. En cambio, Ishmael no tenía una fuente tan fiable que le guiara en sus decisiones. Tenía que estudiar los sutras coránicos y las otras escrituras con la esperanza de entender adecuadamente cuál era la voluntad de Dios. A veces, en lo más profundo de la noche Ishmael encontraba un momento para observar el infinito desierto, como si esperara ver el futuro allá fuera, en algún lugar...

Mientras el sol se arrastraba sobre las escarpadas rocas, respiró hondo aquel aire seco y sintió su dureza. Arrakis era mucho menos acogedor que Harmonthep o Poritrin, pero era su nuevo hogar, un lugar donde podría vivir lejos de la amenaza de los negreros y las máquinas pensantes, e incluso de la Liga de Nobles.

Con una sonrisa miró su alrededor, a cada una de las caras que tenía ante él.

—Podemos vivir en este planeta comoelijamos, y crear nuestra propia vida y nuestro futuro. ¡Jamás volveremos a ser esclavos! —Suspiró con orgullo y añadió—: A partir de este día, se nos conocerá como *Free Men** de Arrakis.

* *Free Men*. Literalmente «hombres libres». De ahí saldrá el nombre de fremen. (N. de la T.)



Apéndice

Relación de victorias y derrotas:

Sucesos significativos en la marcha de la Yihad

(fechas estandarizadas según el calendario convencional)

201 a. C. (antes de la Cofradía) El robot Erasmo asesina al hijo de Serena Butler.

200 La Armada de la Liga responde utilizando armas atómicas en la Tierra para destruir a Omnius.

198 Primer ataque organizado del ejército de la Yihad, tras la victoria en la Tierra. Los yihadíes eligen un Planeta Sincronizado al azar, Bela Tegeuse, y se dirigen hacia allí a bombo y platillo. Vorian Atreides se distingue en el combate. A pesar del gran número de bajas humanas y robóticas, la batalla termina sin un vencedor claro. Las fuerzas humanas se retiran.

197 Al darse cuenta de que el carácter del conflicto ha cambiado, el Omnius-Corrin responde enviando otra poderosa flota a Salusa Secundus, pero el ejército de la Yihad repele el ataque. El segundo Xavier Harkonnen siente aquello como una venganza, una forma de desquitarse por la batalla de Zimia, en la que resultó gravemente herido años atrás.

Vorian Atreides vuelve a Bela Tegeuse para ver lo que ha sucedido un año después de las escaramuzas y descubre que las máquinas pensantes han reconstruido las industrias y restablecido sus bases como si nada hubiera pasado. A pesar de la lucha y de las vidas que se perdieron, la Yihad no ha hecho ningún progreso.

196 Vorian Atreides es ascendido a segundo, primer grado.

Norma Cenva modifica los escudos Holtzman para solventar parcialmente el problema del sobrecalentamiento durante las batallas. Los fallos térmicos siguen siendo un problema, pero los nuevos escudos han mejorado significativamente con respecto a su versión anterior.

195 Matanza de Honru. En una gran ofensiva, el ejército de la Yihad trata de liberar a la población cautiva del planeta sincronizado de Honru, pero les engañan en relación al número de efectivos enemigos que van a encontrar esperándoles. Omnius



utiliza tácticas más agresivas, y sus naves robóticas suicidas destruyen a la flota yihadí. Mueren más de quinientos mil soldados libres.

194 Después de la matanza de Honru, el Gran Patriarca, Iblis Ginjo, y la sacerdotisa de la Yihad, Serena Butler, piden más voluntarios para la lucha. Iblis Ginjo sospecha que los espías de las máquinas transmitieron deliberadamente informaciones erróneas sobre el número de efectivos enemigos. Forma un equipo para investigar el asunto, encabezado por Yorek Thurr.

Tras el llamamiento urgente a nuevos voluntarios, el hermano adoptivo del segundo Xavier Harkonnen, Vergyl Tantor, que solo tiene diecisiete años, entra en el ejército de la Yihad.

193 Se crea oficialmente la Yipol (policía de la Yihad) después de que Yorek Thurr entregue un informe donde se declara la presencia de más espías de las máquinas en los planetas de la Liga, humanos leales a Omnius.

En un matrimonio político pensado para reforzar su poder, Iblis Ginjo desposa a Camie Boro, descendiente del último emperador que gobernó antes de la Era de los Titanes, más de mil años atrás.

192 Los mercenarios de Ginaz ofrecen sus servicios como luchadores independientes, no como soldados del ejército de la Yihad. Después de debatir ampliamente las implicaciones, el Gran Patriarca propone que los acepten. Otros planetas ofrecen los servicios de sus mercenarios, aunque se considera que los guerreros de Ginaz son los mejores.

El savant Tio Holtzman presenta la técnica intermitente para sus escudos, un sistema perfectamente sincronizado que permite desconectar los escudos protectores durante una fracción de segundo para que las naves puedan disparar al enemigo. Norma Cenva modifica y corrige discretamente sus cálculos, evitando el desastre, pero no le dice nada.

191 Importante purga: siete representantes de la Liga —todos rivales políticos de Iblis Ginjo o personas que han hablado en su contra— son declarados espías de las máquinas. Yorek Thurr los interroga. El Gran Patriarca Ginjo crea un cuerpo de serafinas para que protejan a Serena Butler, un cuerpo de guardianas fanáticas y leales.

190 Manion Butler se retira como virrey y pide que su hija Serena sea nombrada para el cargo. Es elegida por mayoría absoluta, pero ella insiste en que se la considere virreina interina solo hasta que la guerra termine.

189 Las máquinas pensantes atacan y conquistan la pequeña colonia de Ellram. Su población humana es asesinada o esclavizada. La batalla ha terminado antes de que la Liga tenga noticia de lo sucedido.

Intento de asesinato abortado de Serena Butler cuando se presenta para hablar ante la asamblea del Parlamento (una de sus serafinas muere para defenderla).



Serena es trasladada inmediatamente a la Ciudad de la Introspección. El presunto asesino muere y, tras una investigación, Yorek Thurr descubre que el hombre era un espía enviado por Omnius.

188 Las máquinas atacan de nuevo, esta vez en la colonia Peridot.. El ejército de la Yihad lucha enconadamente y obliga a las fuerzas sincronizadas a retirarse. Zon Noret dirige a sus mercenarios de Ginaz en la superficie y destruyen a muchos robots, pero las fuerzas enemigas siguen una política de tierra quemada y finalmente los asentamientos humanos de la colonia son arrasados.

Desobedeciendo las órdenes, un grupo de impetuosos yihadíes decide atacar la nueva base de las máquinas en Corrin para destruir el principal Omnius. Todos mueren a manos de los robots.

187 El segundo Xavier Harkonnen encabeza un movimiento que pide que se levante un monumento para recordar a los muertos de la Yihad. Serena Butler le da su apoyo y se inicia su construcción en Giedi Prime, un lugar donde se perdieron muchas vidas pero donde se logró una importante victoria sobre las máquinas. Un monumento idéntico se construye en Zimia.

Después de los desastres de Ellram, la colonia Peridot y Corrin, el Gran Patriarca Ginjo se dirige al Parlamento de la Liga. Hace trece años que se inició la Yihad, y propone que mientras dure la guerra haya un cuerpo gobernante diferente, un Consejo de la Yihad. Propone que todo lo relacionado con la Yihad —a nivel interno (Yipol) y en el exterior (ejército de la Yihad)— sea administrado por el Consejo. El resto de cuestiones, comerciales, sociales y domésticas, podrán debatirse holgadamente en el Parlamento. Pero la Yihad exige un liderazgo rápido y decisivo que sería imposible con las mil voces del Parlamento. La propuesta es aprobada.

186 Nuevas purgas de la Yipol en la Liga. La paranoia y el miedo a los espías de las máquinas se extiende entre la población. Serena Butler pronuncia discursos apasionados desde su retiro en la Ciudad de la Introspección.

185 Xavier Harkonnen y Vorian Atreides ascendidos al rango de primeros en el ejército de la Yihad.

184 Las máquinas pensantes empiezan a atacar Planetas No Aliados porque los consideran objetivos fáciles. No encuentran fuerzas de la Yihad que se opongan a ellos, y las poblaciones autóctonas no tienen fuerza para detener a Omnius. Tres planetas no alineados son conquistados y se utilizan como base de operaciones para la expansión de los Planetas Sincronizados.

182 Mientras Norma Cenva sigue obsesionada con sus ecuaciones para plegar el espacio y trabaja en solitario, el savant Tio Holtzman contrata nuevos ayudantes para aprovecharse de sus ideas; ellos están entusiasmados ante la oportunidad de trabajar con el gran científico.



181 Dos nuevos Planetas No Aliados caen bajo el dominio de las máquinas: Tyndall y Bellos. Estos mundos tienen una población escasa de comerciantes, mineros y campesinos, y el Consejo de la Yihad no entiende por qué Omnius se molesta en conquistarlos. El primero Atreides ve un patrón: aquellos planetas se utilizarán para rodear los planetas de la Liga como una red, en previsión de un ataque coordinado a gran escala.

179 Con el apoyo de Xavier Harkonnen, Vorian Atreides propone que el ejército de la Yihad dedique sus recursos y sus efectivos a defender también los Planetas No Aliados. Al principio el Consejo se resiste, pero mediante unas proyecciones tácticas el primero Atreides les muestra los movimientos de Omnius y el patrón que sigue para controlar sistemas estelares estratégicos periféricos. Las máquinas pensantes tendrán bases desde las que lanzar poderosos ataques contra Salusa Secundus y otros importantes planetas de la Liga. Iblis Ginjo ve esta propuesta como una oportunidad para ampliar el territorio de la Liga.

178 El planeta no aliado de Tyndall, recientemente capturado por Omnius, es liberado en un contraataque masivo e inesperado de la Yihad. La batalla coordinada es dirigida por los primeros Atreides y Harkonnen. Vergyl Tantor se distingue en la batalla y recibe dos medallas, que envía a su mujer y a sus tres hijos.

177 Se detectan fuerzas enemigas en el planeta no aliado de Anbus IV, probablemente la nueva conquista que Omnius quiere hacer siguiendo su plan. El ejército de la Yihad envía un importante contingente a defender el planeta, de población mayoritariamente zenshií.

Fin